



LA AVENTURA DE UN AMOR
PROFUNDO COMO EL OCÉANO

DE PASIÓN
Y DESHONRA
CONSTANZA CHESNOTT

Constanza Chesnott

DE PASIÓN Y DESHONRA

Índice

Dedicatoria
Prefacio

PRIMERA PARTE LAS REINAS DE LOS MARES, 1639

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

SEGUNDA PARTE NUEVA ESPAÑA, 1640

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

TERCERA PARTE
LAS INDIAS ORIENTALES, 1641-1642

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48

Epílogo
Sobre la autora
Agradecimientos
Notas
Créditos

*A Dios, por todas las bendiciones que derrama en mi vida cada día.
A mi familia, por ser la bendición más bella de todas.
A mi madre, por velar por nosotros desde el más allá.*

Prefacio

24 de agosto del año de Nuestro Señor de 1642. La hora de la deshonra

A Gonzalo Portillo, gobernador de isla Hermosa, le parecía que el sonido insistente y machacón de los tambores se acercaba como el trueno de la tormenta anunciando la descarga incendiaria del relámpago. Hasta hacía algunos meses, antes de la llegada del socorro de Manila, se sentía lleno de energía y arrojo. Como en sus mejores tiempos, cuando batallaba en Mindanao, se creía capaz de repeler a esos malditos holandeses, cuyo gobernador Tradenius había tenido el descaro de solicitarle entregar el fuerte sin pelear. El verano anterior había rechazado con éxito el ataque anunciado y el enemigo se había replegado al sur de la isla, de regreso al fuerte Zelandia, si bien los holandeses habían conseguido aliarse con los nativos de los alrededores, quienes se mostraban hostiles desde entonces. Después de solicitar refuerzos tras el ataque, pues sabía que volverían, ¿qué había recibido? Mejor hubiera sido que Corcuera se hubiese ahorrado la treintena de hombres enviados, de los que tan solo un tercio eran españoles, y hubiese cargado la nave con palas para cavar sus propias tumbas, pues estaban condenados a una muerte segura. Ahora, sus cincuenta y ocho años pesaban como las losas de un cementerio. La cúspide de su carrera había sido un engaño. Él, que luchó en Flandes, que destacó en Terrenate por su valentía y ardor en la batalla y fue nombrado por ello sargento mayor de la plaza. Él, que conquistó Caracoas y fue capitán del cuerpo de infantería de la guarnición y del fuerte de Tondo en Manila. Él, que había recibido su nombramiento como gobernador como el culmen a una vida de entrega a su patria y al Rey, y que había jurado defender la plaza hasta la muerte y no rendirla jamás al enemigo, era una marioneta, el sepulturero de una colonia a la que habían dejado morir. Al llegar dos años antes la había encontrado mal guarnecida y con pocas defensas, y a pesar de sus intentos para fortificar los baluartes honrando el

juramento que pronunció en su toma de posesión, sin el apoyo de Manila la colonia perecía ante sus ojos.

Miró en derredor. Apenas contaba con un puñado de hombres mal alimentados y exhaustos: cuarenta españoles, menos de una veintena de pampanganos y un grupo reducido de cagayanos eran todas sus fuerzas. Más de la mitad habían sido heridos defendiendo la Mira. Por cada diez disparos, los holandeses lanzaban doscientos en un bombardeo incesante. Se imaginaba los gritos de terror de los pocos pobladores que se habían refugiado en la iglesia del convento de Todos los Santos con cada estallido de los atronadores cañones enemigos.

Los tambores resonaban con fuerza. El grito del vigía le sacó de su ensimismamiento, producto del agotamiento de los últimos días.

—¡Se aproxima un mensajero! ¿Disparamos?

—¡Paso franco! —gritó.

A los pocos minutos recibía de manos de uno de sus oficiales la carta en la que se le ofrecía la rendición. Los enemigos habían derrumbado los muros de la Retirada. El reducto encaramado a la colina frente al fuerte San Salvador, que lo protegía de ser aniquilado, era una posición estratégica, la más importante, y ahora estaba en manos de los holandeses.

«¿Deshonra o muerte?», se preguntó. La sangre le latía con fuerza en las sienas. Con los puños apretados, echó un último vistazo a sus hombres. Solo una palabra le vino a la mente: vida.

—Bandera blanca, nos rendimos —musitó.

PRIMERA PARTE

LAS REINAS DE LOS MARES, 1639

En tierras de Granada, 1639

La luz matinal se filtraba a través de los pesados cortinajes y esparcía pequeñas gotas luminosas sobre el rostro atormentado por un sueño premonitorio. Como si su mente estuviese sumergida en almíbar, la incesante melodía bañaba su pensamiento con su dulce y triste tonada. Mariana López de Peñaflor apretó los puños aferrándose a las sábanas al ver ante sí los ojos melancólicos y anhelantes del desconocido que la llamaba desde el más allá y que ponía fin a la intranquilidad de sus noches. De nuevo se despertó sobresaltada, con la imperiosa necesidad de descifrar el mensaje oculto de su desasosegante sueño. Contemplando aún la huella suspendida en la penumbra del azul turquesa de sus iris, reflexionó un momento. A medida que se había ido acercando el día de la partida, su angustia nocturna había aumentado dejándole el cuerpo destemplado y la mente aturdida.

Se estiró por debajo de las mantas mientras sentía el frescor de la aurora que entraba por las rendijas de los ventanales y el rumor del ajeteo matutino. El verano se apagaba y era hora de regresar a la ciudad, y tal vez esa sería su última estancia en la hacienda. Llenándose de valor, se incorporó, puso los pies desnudos sobre las baldosas del suelo y un escalofrío le recorrió la espalda hasta erizarle la piel. Se puso en pie y se acercó de puntillas hasta la ventana para descorrer las cortinas. Los ojos se le llenaron de la luz verdosa de las moreras que se extendían hasta el horizonte; más allá, la sierra.

Cuando comenzaba la primavera, la familia Peñaflor se desplazaba con todos sus enseres para pasar varios meses en la hacienda. Era la época de la cría del gusano y todos los pueblos de los alrededores estaban al servicio del patrón. Mariana pasaba ese periodo entre las hileras de moreras, comiendo sus sabrosos frutos: negros, blancos, rosados. La siembra comenzaba con una misa para pedir a la Virgen abundantes hojas y una fiesta que atraía a todos los vecinos de la comarca y que abría durante dos días las puertas de la propiedad a quienes quisieran conocer la cuna de la seda de mejor calidad del reino. A la joven le encantaba observar cómo los peones regaban y labraban los árboles,

con sus fuertes brazos tostados por el sol y su tez surcada por profundas arrugas. Formaban un ejército disciplinado de varios centenares de hombres de todas las edades —padres, hijos, abuelos— que cada día recorrían los bosques con sus carros y subían a la morera a tirar hojas, que depositaban sobre mantas y sacos de yute y que después cargaban en sus carros. Miles y miles de jugosas hojas, el más preciado fruto, para alimentar a millones de gusanos. Cuando caía la tarde, ayudaba a su abuela Justa, al frente de disciplinadas sirvientas, en el reparto de limonada y pastelitos de mora y se unía a los cantos que marcaban el final de la jornada.

Se desató la trenza y el cabello ondulado cayó por su espalda hasta la cintura. Sin poder evitarlo, tarareó la melodía que acompañaba aún sus pensamientos matutinos. Sus sueños nocturnos, todavía en la retina, se mezclaron con los sonidos familiares del trasiego en los campos hasta disipar paulatinamente las brumas de su mente. Permaneció un rato junto al ventanal observando las tierras que ahora eran propiedad de la familia, pero que en otro tiempo quedaron ensangrentadas por la rebelión de los moriscos. Su bisabuelo Feliciano, que había luchado a las órdenes del capitán general de Granada, Íñigo López de Mendoza y Mendoza, marqués de Mondéjar, había obtenido en pago a sus servicios durante la guerra contra los moriscos, y a su valiente contribución a la victoria, la hidalguía y grandes extensiones de terreno en una zona especialmente devastada por los sangrientos combates, cuya población había quedado seriamente mermada. Además, le asignaron varias familias de esclavos moriscos como botín de guerra. A pesar de los intentos de la Corona por repoblar las tierras granadinas, pocos cristianos viejos quisieron emigrar al territorio tras la contienda, pero al bisabuelo Feliciano no le daba miedo el trabajo duro y consiguió colocar los cimientos de lo que hoy era la hacienda López de Peñaflor. Don Feliciano contrajo matrimonio con la hija menor de un productor de seda valenciano, quien le aseguró que la joven conocía a la perfección el arte de la seda y aportó la importante dote necesaria para poner en marcha el negocio. La bisabuela Ramona, a pesar de su juventud, pues solo contaba catorce años de edad, trabajó junto a su marido y fue la verdadera artífice de la riqueza familiar. Ahora, frágil y arrugada, pasaba la mayor parte del tiempo en su mecedora y era la adoración de Mariana.

La puerta se abrió a sus espaldas. Mariana se giró y vio entrar a su aya con la bandeja del desayuno.

—¿Es que no sabes llamar antes de entrar?

La vieja Milagros ignoró el comentario y dijo:

—Acercaos a desayunar algo, que vuestro padre ya ha mandado preparar el carruaje y partiréis en breve.

Mariana se sentó dócilmente y empezó a engullir con rapidez mientras Milagros le cepillaba el cabello y se lo recogía en un laberinto imposible. Desde el patio se oyó la voz de don Segundo, que retumbó por toda la alcoba como un potente trueno:

—Mariana, baja, que nos vamos —le ordenó.

La joven se asomó al balcón y vio a su padre montando en un alazán cordobés y dando las últimas órdenes a los peones de la hacienda.

—Hernando, sube a por el arcón de Mariana —le escuchó decir.

Milagros se dispuso a vestirla —camisa, jubón, enaguas, faldones— y después le ató los botines. Se negó a ponerse el cuerpo con el cartón de pecho, demasiado incómodo para tan largo viaje. Mariana se deshizo de los cuidados de su aya, que la atosigaba alisándole el vestido y atusándole el cabello, y ya se apresuraba a salir de la estancia cuando a punto estuvo de chocar con el mozo de origen morisco que entraba en ese momento en la alcoba.

—Se ve bonita esta mañana, señorita —dijo mirándola con sus ojos de carbón y echándole su aliento a especias.

—No seas atrevido, patán, y haz lo que se te ha ordenado —respondió apartándole de su camino con el brazo. Lo único que le agradaba de dejar la hacienda era perder de vista a ese moro insolente.

Hernando, el atrevido patán, y su madre Zulema eran los únicos descendientes de los esclavos moriscos que fueron asignados a don Feliciano tras la guerra de las Alpujarras. Cuatro décadas después del estallido del alzamiento morisco, y a pesar de haber dispersado a la población musulmana por toda la península, Felipe III dictó el edicto de expulsión. Muchos se marcharon al norte de África, pero los esclavos de la hacienda fueron obligados a convertirse a la fe verdadera, ya que el patrón no quería perder mano de obra, de por sí escasa en esa época, por lo que Hernando fue bautizado al nacer. El joven había crecido en la finca, y al ser el único niño entre los sirvientes de la casa grande, había sido mimado por todos. Hasta don Segundo, el patrón, le tenía cariño. A pesar de su condición se sentía un pequeño príncipe en esas tierras, especialmente cuando el patrón le subía a la grupa de su caballo y juntos iban a ver los campos. Pero las cosas cambiaron para él cuando los patrones tuvieron una niña. Mientras fue bebé siguió recibiendo la atención del amo, pero Mariana creció y cada año que pasaba

Hernando, todavía en edad infantil, era más consciente de las diferencias. Él era siervo e hijo de sierva, que fue hija de esclavo, y ella era la heredera de la hacienda. Empezó a odiarla. Cinco años mayor, la perseguía por toda la finca y esperaba el momento propicio para hacerle pagar con alguna travesura la humillación a la que se veía sometido. Mariana le tenía terror y en cuanto olisqueaba en el aire su olor corporal, una mezcla dulzona a especias, se escondía temerosa. Otras veces le veía acercarse con sus ojos de carbón y corría a refugiarse en los faldones de su abuela paterna, doña Justa. Cuando la joven alcanzó los doce años y fue consciente de su superioridad de clase, dejó de temerle y comenzó a tratarle con desdén. Con veinticinco años, Hernando se había convertido en un hombre fuerte de tez oscura que trabajaba duro. Don Segundo le tenía en alta consideración y delegaba en él las tareas más importantes en la administración de la hacienda a pesar de las continuas quejas de su madre, doña Justa, para quien no dejaba de ser un esclavo moro. No era raro verles a caballo supervisando juntos la labor de los peones. Mariana le despreciaba. Y él a ella, también.

La joven bajó las escaleras con rapidez y salió al patio. Volvió a escuchar la voz de don Segundo llamándola, se recogió el vestido de terciopelo verde para no tropezar y echó a correr a su encuentro. De pie, junto al carruaje, esperaba su madre, doña Aurora, que daba indicaciones al ama de llaves y a las sirvientas sobre el cuidado de la casona en su ausencia. Doña Justa, su suegra, la miraba adustamente. Era ella quien con mano firme dirigía la producción de seda en ausencia de su hijo y dejaba a su nuera las tareas meramente decorativas; su fragilidad la exasperaba. Don Segundo desmontó del corcel y recibió el abrazo de Mariana, que saltó a su cuello como cuando era niña.

—Vamos, hija, se hace tarde y tenemos un largo trecho hasta Sevilla.

—Espere, padre, tengo que despedirme —respondió Mariana.

Atravesó con prisa los campos de moreras, acariciando las hojas que empezaban a marchitarse, para despedirse de los campesinos que se encontró a su paso. Llegó a su arbusto favorito, bajo el que se escondía cuando era niña para escapar de Hernando. Arrancó unas moras negras y las saboreó con un placer infinito, el último del verano. De regreso a casa vio a su bisabuela Ramona sentada en su mecedora del pórtico. Se arrodilló ante ella, tomó sus manos suaves y arrugadas, las besó y susurró:

—Volveré pronto, esperadme.

La anciana sonrió con los ojos llenos de memoria. Mariana siempre se despedía con congoja de aquella mujer octogenaria, pensando que sería la última vez. Miró a su abuela y le hizo una pequeña inclinación de cabeza, pues sabía cuánto detestaba las muestras públicas de afecto; las consideraba una debilidad imperdonable. Doña Justa respondió con un ligero asentimiento. Su madre esperaba ya en el coche de caballos.

El carruaje partió al trote de cuatro hermosos alazanes. Delante iba su padre, gallardo con su fino bigote y su sombrero emplumado, escoltado por dos robustos mozos en sus cabalgaduras. Detrás, la recua de mulas y sirvientes con los enseres y baúles de la familia.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas sin poder contenerlas; su madre, delicada y dulce, le tomó la mano y se la palmoteó con ternura.

—No llores, Mariana, la hacienda seguirá aquí, esperándote, para cuando desees volver. Tú eres quien ha decidido partir. Y yo envidio tu decisión, tus agallas, porque a tu edad a mí me asustaba hasta salir de casa. Tu padre se ha plegado a tu deseo y ha aceptado el compromiso con Francisco. Sabes que hubiera preferido unir lazos con don Sancho y asegurar el futuro de la hacienda y los negocios. Álvaro es un buen partido.

—Álvaro es como mi hermano, hemos crecido juntos —protestó Mariana.

Las dos permanecieron unos minutos calladas mientras contemplaban los campos ondulados, con sus doradas alfombras de hierba extendiéndose majestuosamente a los pies de robustos árboles decorados con los colores de finales del estío.

—Madre, ¿qué me espera como esposa? —preguntó Mariana.

Doña Aurora tardó unos segundos en contestar, desbordada por sus recuerdos y ocupada en observar e intentar captar la profundidad de las inquietudes de su hija. Mariana bajó la mirada.

—El matrimonio... —no, no le hablaría de lo que debía afrontar, ya lo descubriría ella—, el amor ayuda a superar las dificultades, porque has de saber que en el matrimonio, como en la vida, hay buenos y malos momentos. Por eso tu padre y yo estuvimos de acuerdo en permitirte aceptar la propuesta de Francisco, aunque eso suponga dejarte marchar. Sin embargo... el afecto que te une a Álvaro podría transformarse con el tiempo en amor. Él te adora. ¿Estás segura de que...?

—Madre, por Dios, no...

—Está bien, pero recuerda que siempre serás una Peñaflo, estés donde estés. Dios tenga a bien mandarnos pronto noticias de tu prometido.

Diez jornadas tardaron en llegar a Sevilla. A Mariana se le fue diluyendo la nostalgia de un periodo de su vida que estaba a punto terminar mientras el carruaje cruzaba el puente desde donde se divisaba toda la extensión del Arenal y la brillante Torre del Oro. Atravesaron la muralla por la puerta de Triana y accedieron a la ciudad portuaria recorriendo las estrechas calles abarrotadas de vendedores ambulantes, viandantes y carruajes. La joven miraba embelesada los colores de Sevilla, los rostros de sus gentes — mulatos, negros, indios llegados de oriente y occidente con las flotas de Indias — y la blancura luminosa de sus casas. A pesar de los aires de crisis que se percibían y que tenían tan preocupado a su padre, Sevilla seguía mostrando hermosura y vitalidad. Había presenciado en silencio algunas reuniones de negocios que don Segundo mantenía con su socio, Sancho, y otros comerciantes sevillanos. El contrabando estaba mermando sus ganancias. Y los asaltos de piratas holandeses, ingleses y franceses, la guerra en Flandes y las malas cosechas afectaban a las arcas de la Corona, que estrujaba los bolsillos de los comerciantes, que se veían obligados a concederle préstamos muy desventajosos.

La joven contempló a su madre, que dormitaba con la boca entreabierta. Todavía era hermosa. ¡Qué poco se parecía a ella! Frágil y delicada, su piel era blanca, casi transparente. Y su cabello, negro como el fondo de un pozo. Como su abuela Justa, voluptuosa y de carácter aguerrido, no tendría miedo y afrontaría sin temor su nueva vida como esposa, pensaba.

Unos gritos la sobresaltaron. El carruaje frenó en seco, se precipitó hacia delante y cayó sobre su madre, que despertó en ese momento. Un mendigo harapiento se había abalanzado sobre una de las mulas para robar un cofre. Mariana asomó la cabeza por el ventanuco del coche de caballos y vio cómo el hombre, en el suelo, se cubría la cabeza con manos y brazos mientras le llovían patadas de los criados de don Segundo. La muchacha saltó a la calle, llena de barro e inmundicias.

—¡Hija, vuelve, deja que tu padre se ocupe! —le imploró doña Aurora, aunque sabía que don Segundo no haría nada. Miraba con desdén la escena desde lo alto de su montura, mientras los viandantes se acumulaban para presenciar el espectáculo.

—¡Padre, por amor de Dios, dígales que se detengan, está en los huesos, lo van a matar! —le suplicó.

El hombre hizo un gesto a sus lacayos con la cabeza y estos llevaron al mendigo en volandas hasta el callejón más próximo.

—Vuelve junto a tu madre —le ordenó.

Varios minutos después los sirvientes regresaron, ocuparon sus puestos al lado de don Segundo y la marcha se reanudó. Mariana miró de soslayo a su padre a través de la cortinilla del ventanuco del carruaje. Su dureza siempre la dejaba desolada; le parecía un extraño con esa mirada llena de desprecio. Era implacable. Le adoraba. Le detestaba. Cerró los ojos y se concentró en arrancarse la rabia que se adhería a su corazón. Empezó a rezar en susurros apenas audibles mientras imágenes de otros mundos —de ella misma, pero de otro ser— se confundían con la realidad. Después, le venció el sueño.

—Mariana, hija, despierta, que ya hemos llegado —dijo su madre mientras le acariciaba la mejilla y le apartaba un mechón de la frente.

Mariana se desperezó y bajó del carruaje ayudada por uno de los sirvientes. Subió los peldaños de la mansión familiar, situada en el centro de la ciudad, en los alrededores de la catedral, cogida de la mano de su madre. A su espalda, don Segundo daba instrucciones a los mozos para la descarga del equipaje. Podía sentir en sus posaderas todos los baches del camino. Doña Aurora golpeó la aldaba y se oyeron detrás de la puerta carreras y órdenes a media voz.

Antonia, el ama de llaves, abrió la puerta y doña Aurora encontró a la servidumbre en perfecta alineación, como a ella le gustaba, y con los mandiles impolutos.

—Señora, ¿cómo ha ido el viaje? —le preguntó.

—Todo bien, Antonia, gracias a Dios. Preparáanos un chocolate caliente para recuperarnos un poco de la fatiga.

—Antonia, que me preparen un baño de tina, quiero desprenderme del polvo del viaje lo antes posible —ordenó Mariana—. Madre, subo a mi alcoba.

—Andando, ya habéis oído —dijo Antonia al tiempo que con dos palmadas despejaba de sirvientes el zaguán del palacete para dirigirse después a doña Aurora—. Señora, hace varias semanas llegaron dos cartas, una para la niña Mariana y otra para su merced.

El ama de llaves entregó las cartas a la señora y se dirigió a la cocina para dar orden de que se preparara un refrigerio para los cansados viajeros.

La despensa de doña Aurora estaba suntuosamente provista con toda la variedad y riqueza culinaria de las Indias: cacao del Yucatán, azúcar de Pernambuco, batata confitada, tomates, pimientos, frijoles; además, los árboles frutales del jardín daban chirimoyas, piñas, aguacates, mameys, papayas y otras frutas tropicales. Como era de esperar, don Segundo, en su calidad de uno de los comerciantes sevillanos más respetados de la ciudad, gozaba de una red de agentes comerciales distribuidos por los puertos más destacados de la carrera de Indias. Y Álvaro Fábregas de Valor, hijo de su socio Sancho, se encargaba personalmente de velar por los negocios familiares y de ampliar y fortalecer las alianzas comerciales con Nueva España y las Filipinas. En julio había regresado con la flota de Indias y en primavera volvería a partir con la siguiente.

Don Segundo apareció en el umbral y dio un beso en la mejilla a su esposa, al tiempo que le informaba de que iba a visitar a su socio Sancho para invitarle a cenar junto con su familia y ponerse al día de las novedades. Ella intentó persuadirle de que entrara a descansar y dejara el reencuentro para el día siguiente, pero su esposo era de ideas fijas.

Doña Aurora entró en el dormitorio de Mariana y la encontró en la tina de bronce, herencia de la abuela materna, dormitando entre vapores olorosos. Volvía a estar en la hacienda Peñaflor, rodeada de árboles frutales y jazmines. Se aproximó a la cama y dejó caer la carta con suavidad.

—Hija, es de Francisco —afirmó con voz temblorosa mientras salía de la alcoba con el mismo sigilo.

Mariana, como si de pronto hubiera escuchado el comentario de su madre, se incorporó de golpe.

—¡Casilda! ¡La toalla, rápido! —gritó a la sirvienta.

Arrebató de las manos de la muchacha la toalla de tela labrada de Holanda amarilla, salió de la tina y se envolvió en ella con rapidez. Se secó las manos, tomó la carta y rasgó el lacre con los dedos.

—¡Madre, madre!

Envuelta en la toalla, Mariana corrió por el pasillo lleno de tapices salidos de los telares del negocio familiar hasta llegar al cuarto de doña Aurora. Abrió la puerta sin llamar y se precipitó al interior.

—¡Madre, madre! —dijo a pesar de que la emoción le impedía hablar—. Francisco me ha pedido que me reúna con él en Nueva España para contraer matrimonio. Ha adquirido una propiedad de grandes dimensiones y con bellos jardines en la Ciudad de los Ángeles, y su prestigio como médico ha llegado

hasta Ciudad de México, donde le requieren las familias de más abolengo del virreinato. Me adjunta carta para la Casa de Contratación para que pueda partir con la próxima flota de Indias. Madre, ¿qué le sucede?, ¿no está contenta?

Doña Aurora estaba pálida, le corrían lágrimas por el rostro y le temblaba todo el cuerpo. Mariana tomó las frías manos de su madre entre las suyas.

—Madre, ¿qué tiene? Conteste, me está asustando. ¡Antonia! ¡Casilda! ¡Rápido, traed los remedios de mi madre! —gritó saliendo al pasillo.

Antonia, fuerte como una mula, cogió en brazos a su señora, la metió en el lecho y la tapó hasta el mentón. Acto seguido, le dio a oler de un frasco de cristal.

—El padre Agustín, que venga el padre Agustín —balbuceó doña Aurora antes de perder el conocimiento.

—Casilda, no te quedes ahí como un pasmarote y ve a buscar al padre Agustín —espetó Antonia—. Y no vuelvas sin él o te azotaré. ¡Vamos!

—Cuando hayas avisado al padre Agustín, ve a buscar a don César —añadió Mariana.

—¿Al médico, señorita? —preguntó la sirvienta.

—¿A quién va a ser, tonta? ¡Ve, rápido!

Francisco se ajustó el embozo, se caló el sombrero y salió al frío matinal. Oyó las campanas de la iglesia llamando al rezo de *prima*. A esa hora estarían abriendo el portón de Santa Cristina para que entraran los sirvientes a hacer las tareas de saneamiento del hospital, pensó. Tenía prisa por llegar, necesitaba rezar en silencio. Apresuró el paso. La Ciudad de los Ángeles empezaba a despertar. Intentó quitarse de la mente las imágenes que le perturbaban repasando las dolencias de sus pacientes, pero la visión era recurrente. «Mi dulce Mariana, estás tan lejos», susurró. Se sobresaltó al oír el saludo que le dedicó el portero. Atravesó el zaguán y se dirigió con paso firme a la pequeña capilla ubicada en la zona de la enfermería. Al entrar se santiguó avergonzado, se descubrió la cabeza, se arrodilló y empezó a rezar. Perdió la noción del tiempo. El frío y la humedad le anquilosaban los dedos entrelazados y le punzaban las rodillas de estar tanto tiempo en la misma posición. Volvía a tener tentaciones y el rezo matutino, aunque le sosegaba el

alma, no era suficiente para calmarlas. «Necesito confesarme y hacer penitencia», se dijo.

El hospital de patrocinio regio dedicado al apóstol San Pedro, fundado hacía casi un siglo por el obispo fray Julián Garcés y casi tan antiguo como la propia ciudad inspirada por los ángeles del Señor, despertaba del letargo nocturno.

Francisco recorrió los pasadizos contiguos al patio, desde donde le llegaba el rumor del agua de la fuente, y se encaminó al área de administración, donde tenía asignado un pequeño despacho. El hospital estaba ya en plena actividad. Los sirvientes estaban terminando de asear las dependencias de los enfermos, vaciando las bacinillas de orines acumulados durante la noche. Vio pasar a cuatro ayudantes que acarreaban un cuerpo envuelto en una tela blanca. En cabeza iba fray Anselmo, quien les guiaba hacia la parte trasera de la iglesia, anexa al hospital, donde se hallaba el cementerio.

—Buenos días le dé Dios, doctor. Antonio Luján, se lo llevaron las fiebres hace apenas tres horas. Descanse en paz —dijo santiguándose—. Pudo confesarse, no deja hijos y su última voluntad es que su viuda ingrese en el convento de Santa Teresa —le contó fray Anselmo sin dejar de caminar.

—Le espero en mi despacho para empezar la ronda —alcanzó a decir el galeno antes de que fray Anselmo se perdiera de vista al doblar la esquina.

Los médicos del San Pedro hacían dos visitas al día, acompañados por los enfermeros y el boticario, y recorrían las naves de enfermos llevando consuelos para el cuerpo y el alma. Francisco se dejó caer en la silla. Una cabeza redonda y afeitada apareció en el umbral. Era Sebastián Contreras, el boticario.

—¿Cómo se encuentra esta mañana, doctor? Le veo más pálido de lo normal.

—No he pasado buena noche.

—Acaba de llegar una doncella con un corte en una pierna. Debería ser la primera que viésemos hoy.

En el pasillo se les unió fray Anselmo, acompañado de dos enfermeros asistentes. Se encaminaron juntos a la zona destinada a las mujeres.

Sor Betania atendía a la recién llegada, quien tenía la parte inferior de los faldones manchados de sangre.

—¡Juana! ¿Qué haces aquí? —preguntó Francisco.

—No me regañe su merced, que me tropecé al bajar la escalera y caí sobre una maceta que se rompió y me rasgó la pierna, mire —dijo levantándose las enaguas ensangrentadas y rompiendo a llorar—. Me duele mucho.

—Sor Betania, ayúdeme, por favor. Es mi sirvienta —explicó al ver la cara de curiosidad de sus acompañantes—. Juana, tumbate, que vamos a curarte. Sebastián, prepare cocimiento de romero para limpiar la herida. Sor Betania, agua caliente, un paño limpio y las pinzas de cobre.

Una de las asistentes de sor Betania agarró con fuerza la pierna de la accidentada mientras Francisco limpiaba con mano temblorosa la herida. Tras comprobar que no quedara ningún fragmento incrustado, la roció con el cocimiento preparado por el boticario y le cubrió la herida con un paño limpio.

—No es profunda, no creo que necesite al cirujano para cerrar la herida. Descansa un par de horas, y cuando termine de revisar al resto de pacientes, vendré a buscarte para volver a casa.

Juana hizo un mohín de conformidad y permaneció recostada con los ojos cerrados.

Sentada en el suelo con las rodillas abrazadas, Mariana esperaba ansiosa la salida del padre Agustín de la alcoba de su madre. Sentía un nudo en la garganta y luchaba por contener las lágrimas. La noticia de su próxima partida la había alterado en demasía, hacía tiempo que no tenía uno de sus ataques de nervios, pensó. El médico se había marchado hacía escasos minutos y le había asegurado que no se debía a ninguna dolencia física, sino que más bien era resultado de una fuerte emoción. Se sentía culpable y no oyó el rechinar de la puerta al abrirse.

—Hija mía, ya puedes pasar a ver a tu madre —dijo el padre Agustín posando su mano carnosa en la cabeza de la joven.

Mariana se incorporó y se echó al cuello del padre Agustín rompiendo en sollozos.

—Vamos, vamos, no debes preocuparte, tú no eres culpable de su malestar —dijo deshaciéndose con suavidad del abrazo de la joven y tratando de consolarla.

Doña Aurora permanecía serena, recostada entre almohadones. Mariana se aproximó con timidez. Su madre le tendió la mano y ella la besó todavía

con lágrimas en sus mejillas sonrosadas.

—Madre, ¿se encuentra bien?

—Sí, mi niña, no ha sido nada. He recibido carta de mi hermana desde Lisboa. Su esposo ha fallecido y sería de gran consuelo para ella que la visitáramos lo antes posible —hizo una breve pausa para mirar con atención los ojos enrojecidos de su pequeña—. Cuéntame ahora qué dice Francisco en su carta.

Madre e hija conversaron largo rato acerca de las noticias recibidas. Después, Antonia les anunció que don Segundo había regresado acompañado de la familia Fábregas de Valor y las dos mujeres se separaron con un afectuoso abrazo, pues debían prepararse para la velada.

El ocaso desplegaba su abanico de cálidos colores sobre el jardín y lo llenaba de una tenue luminosidad. Los árboles de hojas amarillas emanaban vapores de fruta madura. La fuente daba frescor en el calor todavía estival de principios de otoño.

Mariana se asomó a la balaustrada de la segunda planta y miró hacia el jardín, desde donde llegaba el eco de una animada conversación. Divisó la figura esbelta de Álvaro, que presintió a la joven y se giró.

—¡Álvaro! ¡Aquí, arriba! —gritó mientras levantaba el brazo envuelto en encajes.

Bajó las escaleras emocionada por el reencuentro, pero se detuvo al llegar para recomponerse el vestido. Álvaro la contempló de arriba abajo, le dedicó una amplia sonrisa y tomándole la mano se la besó con delicadeza.

—Señorita Peñaflor, es una dicha volver a veros.

—¿Cuándo has regresado?

—Hace ya algunas semanas. El veintiocho de julio anclamos en la bahía de Cádiz.

—Llegaron noticias del ataque pirata que demoró la partida de la flota. ¡Qué emocionante! ¿Tomaste partido en la batalla?

—Veo que sigues soñando con aventuras de caballería, pero siento desilusionarte. La flota de Tierra Firme, al mando del capitán Carlos Ibarra, se enfrentó con éxito en el cabo de San Antón a una escuadra holandesa comandada por el temido pirata Pata de Palo. Habrás oído que los piratas siempre están acechando en el Caribe. El capitán, imposibilitado para entrar en La Habana, puso rumbo a Veracruz. Nuestra flota recibió aviso de presencia de velas enemigas y permanecimos en puerto esperando noticias,

hasta que llegó la escuadra con la plata a salvo, aunque un poco maltrecha. No vi ni de lejos a los piratas, lo siento.

—Tengo entendido que pasaste el invierno en Veracruz.

—Permanecí algunas semanas allí, pero el aire es muy pernicioso. Viajé a Xalapa e hice algunos negocios en la zona.

—No sé si ya te lo ha contado madre, pero parto a Nueva España con la próxima flota. Hemos recibido carta de Francisco, que está asentado en la Ciudad de los Ángeles. Contraeremos matrimonio a mi llegada. ¿Tuviste ocasión de verle?

—No —dijo Álvaro sin reponerse de la impresión de la noticia.

—Estoy feliz. Solo pido a la Virgen que llegue pronto el día de volver a verle. Deseaba poder compartir mi dicha contigo —añadió Mariana mientras Álvaro sonreía y bajaba la mirada.

—Hijo, no acapares a la beldad de la casa Peñaflor —dijo don Sancho aproximándose a ellos.

—¿Cómo está vuesa merced?

Mariana saludó además a Eleonora de Valor y a sus dos hijas, María Asunción y María Jimena, quienes tomaban un refrigerio en el velador acompañadas de doña Aurora. Mariana se acercó a su madre, le dio un beso en la cabeza y tomó asiento junto a ellas mientras los hombres departían de pie.

—Por las informaciones que hemos recibido esta mañana de nuestros agentes en el norte, Oquendo está a punto de llegar a La Coruña al mando de la capitana Santiago, de mil trescientas toneladas, con una escuadra de veintidós buques —informó el joven.

—Tengo entendido que le acompañan Martín Ladrón de Guevara con cuatro galeones, la escuadra de Nápoles al mando del general Pedro Vélez de Medrano y la escuadra de Jerónimo Massibradi —añadió don Sancho.

—Salvo las naos de Oquendo, las demás son de embargo. Ya veremos cómo se portan —comentó don Segundo.

—Lope de Hoces y Córdoba ya espera en La Coruña con la escuadra del Cantábrico, y con las respectivas de Galicia, Portugal, las Cuatro Villas y Vizcaya. Sin duda, será nombrado capitán general por el Consejo de Guerra, pues es el más veterano de la mar oceánica —añadió don Sancho.

—Eso si se lo permite Oquendo —afirmó don Segundo.

—Esperemos que no se enzarcen en luchas de poder. Hace tiempo que se necesitan refuerzos en Flandes —comentó Álvaro.

—Sin contar, hijo, con la desmoralización de nuestras huestes, que llevan varios meses sin recibir su soldada. Esperemos que sea el golpe definitivo a esos herejes luteranos —respondió don Sancho.

—Así que por fin has recibido noticias de tu prometido, del que he oído que es un joven muy gallardo y con gran futuro —dijo doña Eleonora haciendo un guiño a su amiga.

—Así es, doña Eleonora. Francisco consiguió la licencia del Protomedicato para ejercer como médico y en poco más de un año su buen hacer le ha valido convertirse en uno de los médicos más solicitados del virreinato —explicó Mariana.

—Contadnos otra vez como os conocisteis, ¡fue tan providencial! —pidió María Jimena, la menor de la casa Fábregas de Valor.

La joven sonrió en señal de aceptación, pero empezó a sentir un sudor frío al recordar los ojos que la persiguen en sus sueños. ¿Serían de ese hombre?

Sevilla, 18 de mayo del año de Nuestro Señor de 1634

Esa mañana parecía que en la plaza de San Francisco se estaban celebrando fiestas patronales. Las damas se sorprendieron al ver la inmensa multitud concentrada en las inmediaciones de la plaza y cerca de la Audiencia. El color negro de los viandantes contrastaba con la algarabía de las conversaciones en voz alta. Acababan de llegar la noche anterior de visitar a unos parientes y deseaban adquirir género para confeccionar nuevos vestidos para el periodo estival, que ya estaba en ciernes. Pasearon por los sombreados soportales y revisaron la mercancía expuesta en los coloridos tenderetes ambulantes, más pendientes de su misión que de lo que ocurría a su alrededor. Señoras de bien acompañadas por sus esclavas negras, religiosos con el hábito franciscano — sin duda residentes en el convento situado en el lado occidental de la plaza—, soldados, escribanos en sus covachuelas bajo los portales y pillos de toda condición se mezclaban, se empujaban, conversaban y esperaban.

Bordearon la plaza entre zarandeos y griterío. El cielo plomizo dejaba escapar a cortos intervalos una fina llovizna que iba calando sus pesados ropajes.

—Madre, por aquí está más despejado. Déme la mano, que nos vamos a perder.

Mariana agarró con fuerza la mano enguantada de doña Aurora y fue avanzando sin dirección. De pronto, ante sus ojos se alzó el altar de la muerte deshonrosa.

—¡Madre, es un cadalso! —exclamó turbada.

Las dos damas fueron empujadas hacia adelante por una fuerza incontenible de cientos de almas expectantes.

—¡Ahí llegan! ¿Puedes ver a don Juan? —preguntó una voz chillona a su acompañante señalando hacia un punto cercano que Mariana no lograba identificar debido a la densidad de personas que la rodeaban.

—Aún no, solo alcanzo a distinguir a los criados de Justicia haciendo espacio con sus varas. Son muchos, al menos una decena —respondió el otro,

un señor orondo, calvo y sudoroso que se pegaba a Mariana más de la cuenta.

—¡Le veo! ¡Le veo! ¡Los alguaciles de la Real Audiencia vienen detrás!
—apuntó la voz chillona.

La joven le vio también, y él a ella. El hombre, anciano, con la cabeza cubierta con una capucha de paño negro bajo la que se le veía el cabello cano hasta los hombros, avanzaba lentamente montado en un caballo blanco. Su actitud era de reposada humildad. La nivea barba le llegaba hasta la cintura. Sus ojos eran de un color verde intenso, transparentes y estaban enrojecidos por la vigilia. Le seguían tres religiosos y otros tantos oficiales. La plaza se llenó de un silencio denso, agónico. Su mirada se posó en ella y se quedó suspendida en la intensidad de sus ojos. La joven sintió que llegaba a un lugar desconocido, nunca visto, un mar crispado, una playa, la selva densa, humo. Le zumbaban los oídos, no conseguía entender dónde se encontraba y qué estaba pasando. Suspendida en sus ojos, no escuchó la sentencia.

—Esta es la Justicia que manda hacer el Rey Nuestro Señor y los señores de sus Reales Consejos a este hombre por las culpas que tuvo en la pérdida de la flota que se llevó el enemigo en el año de 1628. Mándale degollar por eso. Quien tal hace, que tal pague.

Don Juan subió a la tarima. El verdugo, tras pedirle perdón, le ató de manos y pies. Los dulces ojos de la bella joven llenos de estupor fue lo último que vio antes de que el lienzo negro le cubriera la vista. Mariana se desplomó al tiempo que el hacha bajaba hacia el cuello del anciano. Sangre para limpiar la deshonra.

—Mariana, seguid, que os habéis quedado absorta —le pidió María Jimena.

—Sí, sí, ¿qué pasó después? —preguntó María Asunción.

—Disculpadme, me acordé de algo. Cuando desperté, estaba recostada sobre la capa de un apuesto galán que me sostenía la muñeca. Madre estaba a mi lado y le agradecía sus atenciones. Francisco insistió en acompañarnos a casa y me recetó unos remedios para superar la impresión. Me visitó todos los días, todos los días durante un año. Se convirtió en el médico de la familia, y con la bendición de mis amados padres, en mi prometido. Partió hace ya dos largos años a Nueva España y estoy deseando volver a verle. Dios quiera que sea pronto.

—Pobre don Juan. Según me contaron mis amigas, Julita Tamames y Rosalía Espinosa de los Montes, que estuvieron en el ajusticiamiento, daba

pena verle. Los años de encierro en Carmona le dejaron en los huesos — comentó doña Eleonora.

—Esposa mía, pena la del Rey, que todavía le debe hervir la sangre por la vergüenza de aquel aciago día. Es tarde y las damas querrán retirarse temprano para descansar del viaje. Gracias por la velada —añadió don Sancho ofreciendo un apretón de manos a don Segundo.

Álvaro besó la mano de Mariana y le deseó buenas noches mientras la miraba fijamente. Ella se estremeció al sentir la suavidad de sus labios y el cosquilleo de su incipiente barba, y apartó la mano con las mejillas sonrojadas.

La mañana amaneció clara y despejada. La familia salió con el alba hacia la catedral para oír misa de seis, como era costumbre. Los cascos de los caballos retumbaban en las calles a esas horas tan tempranas mientras el sol comenzaba a desvelar el intenso azul del cielo que auguraba una jornada calurosa. Don Segundo mantenía a su alazán a la altura de su esposa quien, en silla de mano, no paraba de bostezar.

—¿Descansasteis poco, esposa mía? —le preguntó con afecto.

—La misiva de mi hermana me produce mucho desasosiego. Quisiera partir lo antes posible a consolarla.

—Ya lo hemos hablado, acabamos de volver de la hacienda y debéis descansar unos días —respondió don Segundo con firmeza.

—Dejadme partir, os lo ruego. Mariana y el padre Agustín podrían acompañarme. No tendré paz hasta que no pueda atender su petición de prestarle mi apoyo. Es mi hermana menor, la cuidé cuando madre falleció siendo ella una niña, y ahora, viuda y con cuatro hijos pequeños, soy su único apoyo —argumentó doña Aurora mientras le temblaba ligeramente la voz y contenía las lágrimas.

Se miraron durante unos segundos. Ella sabía que su esposo nunca le negaba nada y que esta vez no sería diferente.

—Está bien —accedió al fin.

A la puerta de la iglesia los mendigos yacían tendidos en esteras y alzaban sus sucias manos hacia las damas engalanadas de domingo, quienes dejaban caer algunos maravedíes al suelo, temerosas del contacto con la miseria. Al atravesar el umbral en penumbra de la catedral, don Segundo escuchó susurrar su nombre. Al girar la cabeza hacia la dirección de la voz

reconoció en el lado derecho, escondido detrás de una columna, a Vincent Audenarden. Soltó el brazo de su esposa y se aproximó. Le llegó un olor a orines y vino rancio que le provocó una arcada, lo que le hizo girar la cabeza para escapar del pegajoso olor y consiguió controlarse.

—¿Qué hace aquí? Creí que estaba todo claro.

—Le suplico unos segundos, seré breve.

—Aquí, no. Venga a verme esta noche a las nueve, llame al portón de servicio —le contestó tajante el caballero.

Su interlocutor asintió y desapareció como una sombra. Don Segundo volvió al lado de las damas.

El interior de la iglesia mayor de Sevilla, iluminado por centenares de velas tintineantes, estaba fresco y olía a humedad e incienso. Se encaminaron hacia la Capilla Real, contigua al altar mayor. Estaba llena. Las familias más pudientes de Sevilla madrugaban para coger el mejor sitio, el más próximo a la talla de la Virgen con su Hijo sentado en su regazo, herencia del gran rey Fernando, que sirvió de buen augurio para reconquistar la ciudad a los moros. Mariana se arrodilló junto a su madre y ambas permanecieron en recogido rezo durante largo rato en espera del comienzo de la santa misa.

—*In nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti* —dijo el sacerdote al comenzar la misa.

—*Amen* —se escuchó una sola voz.

—*Introibo ad altare Dei.*

—*Ad Deum qui lætificat juventutem meam* —contestaron los feligreses.

Los sirvientes se habían retirado ya a sus cuartos y Manuela comprobó que los postigos del portón trasero estaban cerrados. El señor Francisco hacía rato que había apagado la luz de su estudio y desde el patio, y a través de la ventana, se percibía una suave luminosidad producida por el fuego de su alcoba. Todo estaba en silencio y en orden. Se acomodó la mantilla envolviéndose bien en ella; estaba fresca la noche. Caminó en dirección a los cuartos de servicio a grandes zancadas, con el candil en la mano. De pronto le pareció oír unos golpes, casi imperceptibles. Se paró para escuchar bien, tal vez eran las ramas de los árboles golpeando entre sí, hacía noche de viento. Volvió a escuchar los golpecitos. Ahora sí estaba segura. Se acercó con sigilo y vio una silueta pequeña y encorvada que golpeó de nuevo la puerta y se quedó en espera, inmóvil. Manuela se aproximó e iluminó con el candil. Ahí

estaba la vieja Anacleta, menuda, con sus ojillos pequeños y brillantes y su cara surcada por profundas arrugas.

—¡Qué susto me ha dado, mujer!

—¿Qué hace aquí a estas horas? ¿Cómo ha entrado? —preguntó Manuela.

En ese momento se abrió la puerta y apareció la joven sirvienta en el umbral.

—¿Por qué has tardado tanto en abrir, Juana? Me estaba quedando pasmada de frío —se quejó la vieja Anacleta.

—No la oí, pase. —Y dirigiéndose a Manuela, dijo con tono altivo—: Yo me ocupo, váyase a dormir.

—¿Qué te traes entre manos, Juana?

—No sea malpensada, me trae unos remedios para la pierna.

—Quien trata con brujas, regala el alma al diablo —sentenció Manuela mientras daba media vuelta para dirigirse a su habitación.

El cuarto de Juana parecía una celda de clausura. Tenía un pequeño ventanuco, un camastro y un baúl en el que guardaba las pocas pertenencias que poseía. Las paredes eran de adobe y estaban encaladas. Hija de campesinos, sus padres la casaron cuando tenía doce años con un ganadero viudo cuyos dos hijos, ya crecidos, habían marchado como soldados a combatir en Flandes. Buscaba una muchacha que le cuidara en su vejez y quedó prendado de la belleza de la niña. Aunque le sacaba casi cuatro décadas de diferencia, era robusto y sentía el ardor de la juventud cuando la tenía cerca. A los dos años le falló el corazón en pleno acto amoroso. Juana vendió cuanto tenían y marchó a Sevilla para buscar pasaje a las Indias. Quería alejarse lo más posible de su infancia mancillada. Se pasó varios días en el Arenal ofreciéndose como criada a los viajeros hasta que consiguió ser aceptada por un comerciante que viajaba con su esposa y sus cinco criaturas y cuya sirvienta, con ataque de pánico, se encontraba ya indispuesta antes de subir al barco.

Anacleta miró el corte de la pierna.

—Está cicatrizando bien. Aunque estuviste a punto de desangrarte. Te dije que más abajo. Ponte este unguento. Su olor es excitante.

Abrió una bolsa de cuero raído que traía y sacó un frasco de cristal pequeño y redondo, con un contenido de color ámbar, y dijo:

—Dos gotas diluidas en agua o leche a la caída del sol. No te pases de la dosis, que puede ser peligroso. ¿Mis dos reales?

Juana abrió la palma de la mano y mostró las sudadas monedas de plata a la vieja alcahueta, quien sonrió enseñando su mellada dentadura.

—*Ite, missa est.*

—*Deo gratias* —contestaron a su vez los feligreses en una sola voz.

Los Peñaflor abandonaron el frescor del interior de la catedral. El sol, potente ya a esas horas tan tempranas, irradiaba alegría y esperanza a todos por igual. A las puertas de la iglesia los más notables de Sevilla intercambiaban parabienes y confidencias. Saludaban a unos y a otros en un ritual de domingo que se alargaba durante más de una hora. Mariana tocó en el hombro a Álvaro Fábregas de Valor, quien reía la ocurrencia de un acompañante que era desconocido para la joven.

—Buenos días, Mariana —dijo al girarse hacia ella—, permíteme que te presente a Rodrigo De Vera. Nos conocimos en Ciudad de México hace unos meses. Se dedica a la producción de lana de excelente calidad, viajamos juntos de regreso a Sevilla. —Y dirigiéndose al caballero, añadió—: Mariana y yo hemos crecido juntos. Nuestras familias han estado unidas por lazos de amistad y negocios desde hace varias generaciones.

—Es un honor —dijo el caballero haciendo una inclinación y tomando la mano de la joven para besarla sin posar los labios en su piel—. La descripción que vuestro amigo me había hecho de vos no os hace justicia, sois más hermosa de lo que había imaginado. Tengo entendido que pronto empezaréis una nueva vida en mi tierra.

—¿Acaso nació su merced en Nueva España? —preguntó la joven.

—Así es, y para ser más exactos, en la Ciudad de los Ángeles. Mi padre emigró siendo muy joven, allí se casó y también allí nacimos mis tres hermanos y yo. Él nunca volvió. Le gustará, es una tierra fecunda y llena de maravillas. Sería un placer poder recibirla en mi hogar y mostrarle nuestra labor.

—Me encantará. Como sabe por Álvaro, nos interesa mucho la producción textil, los dos somos de tradición sedera. Tengo entendido que no se produce seda en Nueva España.

—Actualmente, muy poco. Se produjo, y de gran calidad, pero los comerciantes sevillanos consiguieron que el Rey prohibiera el comercio con el virreinato del Perú y nos arruinaron, así que ahora nos dedicamos a la lana —afirmó sonriendo y haciendo un guiño a Álvaro.

—Tal vez quiera acompañarnos en nuestro paseo por la Alameda. Se ha convertido en una costumbre dominical de la que toda Sevilla disfruta. Tendría la oportunidad de conocer a lo más granado de nuestra comunidad.

—Nada me gustaría más, pero debo ocuparme de algunos asuntos urgentes. Álvaro, te espero a almorzar la semana próxima —y haciendo una reverencia con el sombrero en la mano a modo de despedida, se alejó.

—Parece un buen hombre, de modales exquisitos para haberse criado en las Indias —comentó Mariana.

—Es un buen hombre de negocios, que es lo que a mí me interesa. Tiene contactos importantes y me está orientando mucho respecto a la nueva empresa en las Filipinas. Por lo demás, no te dejes llevar por las apariencias, tal vez manejes un concepto de bondad diferente al que se usa en el virreinato. Tienes que ir preparándote para lo que vas a encontrar al llegar.

—Álvaro, Mariana, vamos, los carruajes están listos —llamó María Asunción a distancia.

Los Peñaflor y los Fábregas de Valor se encaminaron juntos hacia la zona donde los mozos cuidaban de los caballos ensillados y donde aguardaban las carrozas.

A Mariana la anticipación de su partida le hacía contemplar todo con nuevos ojos, podía percibir cada detalle como si fuese una pintura. El tiempo se ralentizaba. Escuchaba el zumbido de las avispas, se dejaba invadir por el olor a azahar, apreciaba las sombras de los álamos en el paseo dibujando con sus hojas filigranas de mil formas y tamaños. Lo que había visto antes, ahora era nuevo, más intenso y más bello. Sentía una nostalgia extraña, futura, premonitoria. Quería poder apresar cada segundo, guardarlo en la memoria para siempre, evocar cada sensación con la misma intensidad. Sintió una punzada de dolor físico, penetrante, un vacío en la boca del estómago, vértigo y tristeza. Le vino a la mente esa extraña melodía que le surgía de muy adentro, compañía eterna de sus sueños. Sabía en el fondo de su corazón que la distancia desdibujaría sus recuerdos, que perderían el contorno y solo le quedaría el regusto en la boca de algo indefinido y lejano. No, no, Sevilla era eterna, se rebeló. Ahí estaban las estatuas de Hércules y Julio César para dar testimonio. Y volvería, antes o después volvería a casa. Aún quedaban algunos meses para su viaje, tenía que disfrutar, gozar cada momento y dar gracias a Dios por los dones que estaba recibiendo, por su familia y por sus amigos.

Los coches de caballos se detuvieron y dirigió una mirada a su entorno. Su madre conversaba en voz baja con el padre Agustín, en cuyo brazo se apoyaba. Don Sancho, su padre y dos caballeros cuyos rostros le eran familiares, habían desmontado y parecían estar tratando de asuntos importantes, a juzgar de la seriedad de sus rostros, junto a un ciprés de rugoso tronco. Los tres hermanos Fábregas de Valor bajaban del carruaje para comenzar su habitual paseo por la Alameda. Mariana se apresuró a unirse al grupo. Quería preguntarle a Álvaro muchas cosas sobre la travesía hasta Nueva España.

—La Hacienda Real está en serias dificultades, la situación parece peor que la quiebra del veintisiete, y de nada valió entonces la promesa del Rey de no embargar nuestros bienes, porque la universidad de cargadores terminó concediéndole el préstamo que casi nos deja en la ruina más absoluta —se quejaba el comerciante de más edad.

—Volverán a retener la plata de nuestros negocios en las Indias y tendremos que resignarnos a cobrar en juros —comentó otro de los mercaderes.

—Dos millones de escudos ha trocado la Corona en vellón en los dos últimos años —dijo otro.

—Nosotros estamos considerando invertir las ganancias en negocios en Filipinas, adonde mi hijo viajará en prospección el año entrante. Hemos establecido algunos contactos con cargadores de la Nao de China en Acapulco. Y ahora que el Rey ha revocado las medidas implementadas por el visitador Pedro de Quiroga y Moya, las mercancías asiáticas pueden volver a entrar en Nueva España, y después de estos años de escasez los productos se van a revalorizar enormemente. Tenemos que aprovechar la coyuntura. Nuestro oro y nuestra plata no tocarán Sevilla, será invertido directamente —señaló don Sancho.

María Jimena vio cómo la miraba fijamente. Estaba apoyado en una de las fuentes, tenía el cabello húmedo hacia atrás y la barba crecida y espesa y estaba muy desmejorado. Le costó reconocerle.

—María Asunción, ¿ese no es Vincent Audenarden? —le susurró a su hermana—. ¿Qué le ha sucedido? Parece un pordiosero.

—¡Ay, hermana, no te enteras de nada! —se quejó María Asunción.

—Yo no me dedico a escuchar detrás de las puertas.

—Padre y don Segundo confiscaron sus bienes al no poder devolver el préstamo que le concedieron. Las malas lenguas dicen que duerme en una

mancebía del Arenal y que su manceba favorita es una botella. No le mires — sentenció María Asunción antes de girarse para entablar conversación con su madre.

Pero ella no podía dejar de mirarle. Tenía el calzón raído y la camisola estaba tan desgastada que no se distinguía el color. Sin embargo, su mirada denotaba orgullo. ¿Cuántos años tendría?, se preguntó. Tenía hijos un poco más jóvenes que ella, así que por lo menos rondaba los treinta y cinco. Sin percatarse, se fue acercando como un imán, se apoyó en la fuente del lado opuesto y se abanicó con brío. A continuación posó el abanico en el poyete de la fuente, metió las manos en el agua y se refrescó el cuello y la cara.

—¡María Jimena! ¿Qué haces ahí sola? —preguntó de pronto su madre.

—Solo me estaba refrescando —dijo mientras se apresuraba a reunirse con ella.

—Una joven doncella no debe separarse de su compañía para no dar pie a habladurías que acaban con la honra en un santiamén.

—Perdonadme, madre. Solo tenía calor —dijo dedicándole una última mirada de soslayo al objeto de su interés.

Las damas continuaron caminando tomadas del brazo bajo la sombra de los álamos. Doña Eleonora saludaba a las esposas de los comerciantes colaboradores de su marido y se paraba de vez en cuando para hacer algún comentario sobre el vestido de alguna de ellas o sobre los cotilleos de la Corte y de la nobleza sevillana.

Mariana echó una ojeada hacia atrás y vio que su madre seguía en confidencias con el padre Agustín.

—Debemos partir en dos días, a más tardar. Iremos a caballo, avanzaremos más rápido. Hace años que no hemos hecho el trayecto hasta Lisboa, pero aún recuerdo los lugares en los que descansar y poder cambiar los caballos. Tengo urgencia por llegar lo antes posible. Os agradezco que me acompañéis en este trance tan doloroso. Solo siento remordimientos por tener que mentir a mi señor esposo —dijo doña Aurora con voz agitada mientras se limpiaba dos gotas rebeldes de los lacrimales.

—Las circunstancias lo requieren, porque él nunca lo consentiría —dijo el padre Agustín—. Yo os absolveré y vuestro corazón encontrará la paz que no ha tenido desde ese día.

Doña Aurora asintió, pero su rostro denotaba preocupación.

—Cuéntamelo de nuevo. ¿Cómo es el viaje hasta Nueva España? —suplicó Mariana.

—Te lo he contado cientos de veces —protestó Álvaro.

—Esta vez prometo prestarte atención —respondió ella. Álvaro rio de buena gana la contestación de su amiga.

El viento aullaba por todos los rincones de la casona. Fue una antigua hacienda sedera, y justo por eso la había adquirido, para que Mariana se sintiera como en casa. Los dueños habían vendido los terrenos al cabildo y solo quedaba un patio empedrado y un jardín con árboles y unos pocos morales. Francisco se asomó al ventanal. La noche estaba cayendo, el cielo estrellado mojaba con perlas brillantes la copa de los árboles que se balanceaban con fuerza mecidos por el viento. Se sentía solo. Dos años de intenso estudio y relaciones habían dado frutos, estaba satisfecho. Sentía en sus entrañas el hambre de conocimiento, por eso cada noche se dedicaba con ahínco a revisar los apuntes de sus pacientes y las notas que tomaba cuando visitaba al *tiçitl*. «¡Qué complicada es la lengua náhuatl! —pensaba—, más sencillo sería llamarle sanador indio». Se quedaba dormido sobre las coloridas hojas de *Historia natural de Nueva España*, obra de su tío-abuelo Francisco Hernández, cuyo parentesco tantas puertas le estaba abriendo y que le ayudaba a entender los remedios medicinales usados por los indios que tantas creencias profanas despertaban en la población.

Llamaron tímidamente con los nudillos y escuchó cómo chirriaban los goznes de la puerta a su espalda. Se giró y vio entrar a Juana con una bandeja.

—Le traigo un vaso de leche caliente y unas galletas, no bajó a cenar —dijo la sirvienta en voz baja, casi susurrando.

—Está bien, ponlo sobre la mesa.

Juana apoyó la bandeja y se alejó cojeando. Él se acercó a la mesa, tomó un largo sorbo del vaso y se dio cuenta de lo hambriento que estaba. Cerca del umbral la mujer lanzó un grito de dolor y cayó al suelo. Francisco corrió a socorrerla. La ayudó a ponerse en pie y la acompañó hasta la butaca que estaba cerca de la ventana.

—¿Cómo sigue la herida?, hace días que no la he revisado. Por lo que veo te sigue doliendo, deberías estar descansando. ¿Me permites que le eche un vistazo?

Juana se levantó las enaguas en señal de asentimiento. El corte estaba en la zona superior de la cara interna del muslo. Él retiró con cuidado la venda y vio que la herida ya estaba cicatrizada, aunque desprendía un olor intenso. Se

acercó más para intentar identificarlo y cerró los ojos para aislar el aroma en su mente. Miró fijamente a la joven, no se había dado cuenta hasta ese momento de la esbeltez de su cuello blanco, de sus ojos de gata, siempre ligeramente entornados.

—¿De qué ungüento has hecho uso? No recuerdo haberte recetado nada parecido —le preguntó.

—Fue el boticario del San Pedro, porque me dolía mucho y me acerqué a verle. Su merced no estaba —mintió la sirvienta.

Francisco, sin poder contener la curiosidad, posó la yema de los dedos en el corte para impregnarse del ungüento, se llevó los dedos a la nariz y aspiró el fuerte olor, que le hizo toser. Empezó a sentir calor. Volvió a posar la mano sobre la herida de la criada, acariciándola con dedos suaves, expertos. Le excitó el contraste entre la tez morena de su mano y la blancura de Juana. Retiró la mano aturrido, pero ella la cogió y la colocó con firmeza encima de su pierna. Él seguía con la mirada la dirección de la mano, estaba asombrado de su osadía, sin capacidad de reacción. La sirvienta, valiéndose de su sorpresa, empujó su mano hacia arriba, deslizándola por el muslo desnudo y cálido hasta el centro de su deseo. Le hundió la mano cada vez más adentro y él se dejó hacer. Luego, mirándole con intensidad felina, le tomó la otra mano y la posó sobre uno de sus pechos. Le besó en la boca, despacio, lamiéndole los labios. Francisco sintió entre sus muslos todo el deseo desbordado, palpitando, empujando por ser satisfecho. Ciego de pasión, la agarró con violencia, la empujó a la alfombra y se bajó las calzas con desesperación. Ella sonreía y le invitaba con gemidos. Se montó encima, le chupó el cuello al tiempo que le estrujaba los senos con ambas manos y gritó de rabia al penetrarla. Mientras con una mano seguía atenazándole uno de los pechos, con la otra mano le cogía de las nalgas para apretarla contra su miembro, y volcado completamente encima de ella empezó a embestirla con toda la rabia de su descontrolado deseo.

Se deshizo dentro de ella a la tercera embestida.

El ambiente en la taberna de la Rosario era irrespirable. Había bebido demasiado. Quería mantenerse sobrio para el encuentro que se avecinaba. Sentía la cabeza embotada, como si un gigante le estuviera estrujando el cráneo con las dos manos. Le pitaban los tímpanos del estruendo que estaban armando los borrachos con sus risotadas, gritos y peleas de costumbre. Incorporándose, sacó unos maravedíes de una bolsa sudada de cuero que llevaba escondida en sus partes pudendas, ya que tenía los bolsillos de las calzas llenos de agujeros, y los lanzó sobre la mesa acompañados de un sonoro silbido para llamar la atención de la tabernera, quien se acercó contoneando sus generosas carnes. Salió de allí lo más erguido que pudo disimulando la tremenda cogorza que llevaba. Era ya de noche, se paró en el dintel de la puerta sin atreverse a salir. Miró a derecha e izquierda, los rufianes y sus golfillos abundaban y no quería verse sorprendido en una esquina. «Hortensia, si supieras, soy un hombre rico que no tiene nada», se dijo sorprendiéndose de la voz gruesa de ese extraño en el que se había convertido. ¿Cómo había fallado así siendo tan cuidadoso? Había sucumbido a la tentación como Eva y tenía a la serpiente enrollada al cuello estrangulándole. Pero ahora era un hombre rico.

Perdió el hilo de su pensamiento, los vapores del aguardiente le enturbiaban la vista y a punto estuvo de ir a parar al fondo del Betis. Le pareció oír un chapoteo y susurros. Se asomó al río y vio cinco barcazas avanzando sigilosas. Una cuadrilla de contrabandistas estaba metiendo género de matute en Sevilla. Salió de allí pitando antes de ser descubierto y amanecer flotando en las aguas turbias del Guadalquivir. Aún no había sonado el toque de queda, así que tenía que darse prisa.

Zigzagueó por callejas cruzándose con rostros borrosos hasta que un claro de luna penetró los densos nubarrones e iluminó la fachada de la casa que buscaba. Dado su estado, se convenció de que un ángel le había conducido hasta allí. Empujó la verja de hierro y se encaminó a las caballerizas; necesitaba refrescarse. Metió la cabeza en el abrevadero ante la mirada

atónita de un cordobés, que le dedicó un sonoro bufido. Escuchó voces y se ocultó.

—¡Qué obra tan bien representada! ¿No cree, madre?

—Sí, hija, han recitado con mucha emoción.

—La vi un poco distraída.

—Sí, puede ser, pensaba en tu tía, viuda y sola afrontando su dolor.

—Padre me ha contado su intención de partir inmediatamente. Creo, como él, que debería posponer el viaje unas semanas, la encuentro cansada.

—Soy más fuerte de lo que te imaginas, hija. Partiremos en dos días, el tiempo justo para preparar el viaje. Tu compañía y la del padre Agustín es cuanto necesito para cumplir mi cometido.

Quiso volver Mariana a un tema más ligero por miedo a alterar a su madre y provocarle uno de sus ataques de nervios.

—Es la primera vez que asisto a una comedia en el corral de la Montería, pero he encontrado nuestro aposento más amplio que el de doña Elvira, hasta la chusma se comportaba mejor.

—Señoras mías, apresuren el paso, que ya es noche cerrada y conviene ir a descansar de tan intensa jornada, están a punto de dar el toque de queda — oyó la voz de don Segundo.

Las voces se fueron distanciando hasta que dejó de escucharlas. Al cabo de pocos minutos retumbó en la noche un portazo como punto final a la velada dominical de la familia López de Peñaflor.

Vincent avanzó con sigilo sin saber muy bien por qué, como si hasta allí le hubiese llevado una misión secreta. Contenía la respiración pensando que alguien podría descubrirle y arruinar sus planes. Divagaba de nuevo. Portón de servicio a las nueve, ese había sido el mensaje. Se atusó el cabello hacia atrás con las dos manos, se compuso la camisola, se aseguró las calzas desgastadas y puso la expresión más digna que pudo encontrar en el arcón de los recuerdos de lo que fue un día no muy lejano. Llegó al lugar designado y con mano indecisa dio tres golpecitos rítmicos en la puerta, que apenas produjeron un susurro hueco. Probó con más brío y la puerta se abrió con precipitación.

—¡Que no estoy sorda, buen hombre! ¿Vos de nuevo? ¿Qué se os ofrece?

—preguntó Antonia mientras secaba sus regordetas manos en el mandil que llevaba atado alrededor de su voluminosa panza.

—Vengo a ver a don Segundo.

—¿A estas horas? ¿Habéis perdido la razón? Mi señor se encuentra descansando.

—Os ruego me anunciéis, me está esperando.

Antonia le dedicó una mirada de arriba abajo para valorar la afirmación del individuo que tenía delante, que no le inspiraba ninguna confianza. Él se mantuvo con las manos entrelazadas y lo más estirado que pudo para mostrar su determinación de que no se movería de allí hasta ver al señor de la casa.

La sirvienta dio media vuelta sin mediar palabra y se perdió en el interior de la mansión. Al cabo de unos minutos, que a él le parecieron una eternidad, apareció de nuevo.

—Si sois tan amable de acompañarme...

No podría recordar el recorrido ni aunque tuviera un mapa. Atravesaron un patio pequeño de azulejos con motivos florales, donde predominaba el azul que reflejaban los faroles colgados de los portales que lo rodeaban. Cruzaron numerosas salas en penumbra ricamente decoradas con tapices, cuadros y objetos de procedencia indiana, aunque no sabía distinguir si de Oriente o de Occidente. Finalmente, llegaron a un gran patio con palmeras y frondosa vegetación que trepaba por las paredes encaladas y con una majestuosa escalinata de piedra que ascendía al segundo piso. Le costaba seguirle el paso y estaba ya sin resuello cuando terminó de ascender los escalones.

—Esperad un momento que recupere el aliento —pidió en vano mientras Antonia continuaba el recorrido hasta la biblioteca donde se encontraba don Segundo.

La sirvienta llamó a la puerta con suaves golpes de los nudillos y abrió la puerta lentamente.

—Su visita ha llegado —anunció, y cerró de nuevo la puerta una vez que Vincent hubo cruzado el umbral.

—Buenas noches —las palabras se le atascaron en la boca y solo consiguió emitir una especie de gruñido incomprensible.

—Tomad asiento, por favor —dijo don Segundo indicándole una butaca de piel junto a la chimenea apagada.

Vincent buscaba su voz escondida en algún lugar en el fondo de su garganta. Se sentía cohibido ante el hombre que apenas un año antes era su igual. Esta era su única oportunidad para recuperar lo que era suyo. Carraspeó incómodo mientras don Segundo servía dos copas de vino dulce y le hacía entrega de una de ellas, tras lo cual se dejó caer pesadamente en otra butaca de parecido estilo.

- Vos diréis, os escucho —dijo el anfitrión.
- Deseo recuperar lo que es mío. Como sabéis, yo...
- Eso no es posible —le interrumpió don Segundo.
- Os ruego que me escuchéis hasta el final.

Vincent se agarraba las manos pellizcándose en nerviosa contención. Su interlocutor hizo un gesto afirmativo con la cabeza invitándole a proseguir.

—He trabajado quince años para construir un negocio sólido en la ciudad, incluso su merced me hizo una oferta para adquirirlo hace unos años, que amablemente rechacé. Ingenuo de mí, acepté su consejo de diversificar negocios y entrar en la carrera de Indias, alentado por la generosa ayuda que prometió darme asesorándome en estas lides desconocidas para mí, ya que hasta entonces mis negocios estaban centrados en proveer al mercado local y a mi Flandes natal, financiando además mi nueva ventura.

Don Segundo hizo ademán de volver a interrumpirle, pero se abstuvo intimidado por la enardecida mirada que tenía delante.

—Os entregué una suma considerable de plata para financiar mi carta de naturaleza con la que poder embarcarme yo mismo. Sin embargo, vuestros esfuerzos no dieron su fruto y al final el hijo de vuestro socio se encargó de mi mercancía. Su merced fue informado puntualmente de las razones del retraso de la flota y, por tanto, de mi incapacidad para hacer frente a la deuda. Pues bien, con la llegada de la flota hace unas semanas me he convertido en un hombre rico. Quise comunicároslo inmediatamente, pero vuestra sirvienta insistía en que no os encontrabais en Sevilla.

—Y así era, estaba en mi hacienda, en tierras de Granada.

—Como fuere, aquí estoy para compraros mi negocio.

Se hizo un silencio denso entre los dos hombres. Don Segundo apuró su copa de vino, se incorporó y se acercó al ventanal, dando la espalda a su interlocutor. Meditaba. Al cabo de dos largos minutos se volvió hacia su visitante.

—Mirad, los dos honramos el contrato de préstamo suscrito en el que, a fecha de vencimiento, de no devolverse la cantidad entregada más los intereses pactados, se embargarían los bienes tasados como compensación. Aquí está la escritura de riesgo y cambio que acreditó la transacción —afirmó acercándose al escritorio de madera oscurecida y palmoteando un documento que había sobre su rugosa superficie—. Son bien conocidos los riesgos que entraña tomar parte en la carrera de Indias, que por otro lado puede reportar grandes beneficios si Nuestro Señor en lo Alto así lo quiere. Yo tengo que

velar por mis negocios y las más de dos mil almas que trabajan en mi hacienda y mis telares. El negocio de la seda, siendo aún rentable, se ha visto seriamente perjudicado en los últimos tiempos y la incorporación de vuestro negocio y personal cualificado está contribuyendo al fortalecimiento de nuestras empresas locamente y en ultramar. Como os expliqué en su día, aparte del comercio de seda, mi actividad como financista sirve de sostén a mi negocio principal, y como comprenderéis en vuestro caso la ley estaba de mi parte. Así que no puedo venderos nada en el momento presente.

El rostro de Vincent había ido perdiendo color a lo largo del pausado discurso de don Segundo. Parecía que el hombre estaba a punto de lanzarse sobre el causante de sus males para acabar con la infamia.

—Antonia, ¿qué hacéis ahí espiando?

Mariana encontró a la sirvienta con la oreja pegada a la puerta de la biblioteca. Ella le hizo un gesto de que se acercara en silencio y se uniera a la escucha y le dijo en un susurro:

—Vuestro señor padre lleva un rato encerrado con un señor de aspecto muy desaliñado, temo que sea un rufián del hampa de los que abundan por Sevilla.

Las dos mujeres permanecieron a la espera del fin de la entrevista con el oído agudizado para entender lo que estaba pasando.

—Os propongo que trabajéis para mí, conocéis bien el negocio. La compensación al principio no sería elevada, pero suficiente para que viváis honradamente. Ahorrad el retorno de las Indias para el futuro, que se presenta como un cielo tormentoso con oscuros nubarrones en el horizonte. Siendo vos de origen flamenco, vuestros contactos nos afianzarán y podremos desarrollar el comercio con el norte de Europa. ¿Aceptáis?

El hombre no se movía. Una mueca de estupor e indignación había tomado posesión de su cara y sentía el corazón desbocado galopándole en la boca, a punto de salir a la carrera. Bajó la mirada y se observó las manos, enrojadas de tanto pellizcarse y envejecidas prematuramente por la precaria existencia que había llevado esos últimos diez meses. Era rico, sí, pero ¿cuánto tardaría en gastarse lo recibido por la venta de las mercancías que había mandado a Nueva España sin un negocio en el que invertirlo? ¿Y a quién quería engañar? Llevaba más de ocho meses durmiendo con una botella y no sabía vivir sin su dulce consuelo. Solo susurró:

—Necesito pensarlo. Tendréis una respuesta en unos días.

—Como gustéis —contestó don Segundo encaminándose a la puerta e invitando al huésped a imitarle—. Don Vincent, permitidme llamar a mi ama de llaves para que os acompañe hasta la salida —dijo abriendo la puerta y encontrándose de bruces con Antonia y Mariana.

—Padre, venía a darle las buenas noches —se excusó Mariana—. No sabía que estaba ocupado.

—El señor Audenarden ya se iba. Antonia, acompañaile a la puerta principal —dijo. Y añadió dirigiéndose a él—: Quedo a la espera de vuestra contestación. Espero contar con vuestra inestimable experiencia y buen hacer, buenas noches.

El visitante se despidió con una mueca de amargura.

Las mujeres de la casa Peñaflor partieron a los dos días, tal y como doña Aurora había dispuesto, en espléndidas cabalgaduras: Mariana montaba a Valerosa, una hermosa yegua joven de color canela que su padre le había regalado cuando se comprometió con Francisco casi tres años atrás. Las damas viajaban acompañadas por el padre Agustín, numerosos criados y tres guardianes armados con sables y arcabuces. Los caminos eran inseguros y tendrían que recorrer muchas millas antes de entrar a Lisboa. Don Segundo no había tenido más remedio que aceptar la petición de su esposa, a la que adoraba con el alma y a la que le era muy difícil negar algo. Los años habían ido mermando su pasión, pero su corazón permanecía poseído del embrujo de sus ojos azules, limpios y suaves, que le dejaban sin capacidad de resistencia aun después de tantos años de matrimonio. Había mandado correos con un mensajero a sus clientes, amigos y conocidos informando de la llegada de sus mujeres y pidiendo su acogida y protección por los caminos de Castilla y Portugal. Calculó que estarían a punto de llegar al puerto más importante del reino hispano-luso.

El asunto de Vincent se había resuelto a su favor. El flamenco había aceptado su oferta y se había incorporado al negocio como empleado. A don Segundo un pequeño resquemor le punzaba la conciencia de vez en cuando, pero se decía a sí mismo que había hecho lo que en derecho le correspondía por el bien de todos los que dependían de su buen hacer de empresario. Le había encomendado a su amigo y socio, Sancho, que se encargara de Audenarden, pues no se sentía cómodo en su presencia, aunque estaba seguro de que aportaría fortaleza a sus negocios sederos. Parecía que el otrora

empresario se había adaptado con energía y entusiasmo a su nueva situación y hacía grandes esfuerzos por controlar su amistad con el aguardiente. Don Sancho le había nombrado su secretario personal y le había acomodado en una amplia alcoba en el ala de los invitados. Él también se sentía responsable de su desdicha. Todas las mañanas despachaban juntos y organizaban las tareas urgentes del día, se llevaban bien. Don Segundo se les unía dos veces por semana, pues por su parte tenía otros negocios que atender.

Le esperaban en el despacho comentando las últimas noticias que traía el levante con su aliento de arena y sales de mar.

—Don Sancho, en la Lonja se comenta que después de algunas escaramuzas con la escuadra de Tromp, Oquendo ha fondeado en la rada de las Dunas para reparar sus naves y esperar refuerzos y pólvora. Ha tenido bastante desgaste en la contienda, quiso abordar la capitana holandesa y por poco se va a pique.

—Sí, lo he oído. Dicen que el almirante holandés buscó refugio en Calais y en menos de una jornada ya estaba listo para el combate gracias a la ayuda prestada por los franceses, ¡malditos sean!

—Esperemos que Oquendo pueda saltar el cerco holandés y hacer llegar los refuerzos y las soldadas a Flandes —añadió el flamenco.

—Sois católico, ¿verdad, Vincent?

—Por supuesto, señor, mi familia es de Amberes y siempre hemos estado del lado de la Corona.

—Buenos días, señores —interrumpió don Segundo.

—Os estábamos esperando —dijo don Sancho levantándose y saludando con un apretón de manos a su socio y amigo—. Ahora que estáis sin damas que os cuiden, seguro que aún no habéis probado bocado esta mañana.

Don Sancho hizo sonar una campanilla, y cuando la sirvienta apareció solícita en el umbral, pidió un refrigerio matutino para los tres caballeros.

Don Segundo se sorprendió del cambio que había dado Vincent Audenarden en las escasas semanas que habían pasado desde que se incorporara a la vida de los Fábregas de Valor. Su tez volvía a ser luminosa, se notaba que había engordado algunos kilos y el temblor de sus manos estaba disminuyendo paulatinamente. Volvía a ser un gallardo caballero, aunque sus ojeras denotaban largas noches de insomnio.

Mientras los caballeros revisaban las finanzas de los últimos días, la pequeña de la familia, María Jimena, paseaba de un lado al otro del pasillo pugnando por encontrar una excusa con la que poder entrar. Al acercarse la

criada con la bandeja del desayuno, se ofreció solícita a ayudarla. Llamó a la puerta con traviosos toques, abrió y se adelantó con un saltito infantil.

—Buenos días, padre, me crucé con Gertrudis y me pidió que la ayudase. La pobre mujer ha cargado en demasía la bandeja con agasajos para sus mercedes —sonrió María Jimena iluminando la estancia de dulzura—. Buenos días, don Segundo, don Vincent.

Sin darse cuenta había pronunciado su nombre con delicadeza, lentamente, y le sostuvo la mirada mostrando sus pequeñas perlas blancas perfectamente alineadas en una tímida sonrisa. ¿Cómo ocultar la felicidad que sentía al estar cerca de él? Apenas habían cruzado escasas frases en el tiempo que llevaba en su hogar, siempre tan ocupado en los negocios de padre. Salía temprano y regresaba caída la noche, pero en esos escasos momentos en los que compartían el mismo espacio su corazón rebosaba de júbilo.

—Gracias, hija, puedes retirarte, aún tenemos asuntos que tratar.

La muchacha, un poco avergonzada por su azorado corazón, hizo una venia y se retiró sonrojada.

—Sancho, vuestra hija está cada día más hermosa, ¿cuántos años tiene ya?

—Dieciséis cumplirá el mes próximo. Es bonita, pero nada comparado con vuestra Mariana. En breve tendré que ir pensando en buscarle un buen marido. María Asunción es muy pía y parece que tiene inclinaciones religiosas serias, estamos contemplando con Eleonora la posibilidad de que ingrese en un convento. Para serte sincero, Segundo, Álvaro no pierde las esperanzas con Mariana, ya sabes lo testarudo que puede llegar a ser, así que quiere tu beneplácito para cortejarla. Sabe que accediste a su compromiso para darle gusto, ya que te tiene completamente subyugado, pero que te hubiese gustado que fuese él el preferido por tu hija.

—Así es. Dices bien, Sancho, pues nada me agradaría más que unir a nuestras familias, pero no podría casarla en contra de su voluntad, es indomable y convertiría en un infierno la vida conyugal. Tiene mi permiso, pero se impone la más absoluta de las discreciones, pues mi señora esposa está muy encariñada con su futuro yerno.

—Así se hará —le aseguró don Sancho.

La ciudad de las siete colinas bañada por el sol del amanecer parecía flotar en las brumas matinales de principios de octubre. El castillo de San Jorge

vigilaba espléndido desde lo alto el descanso de sus habitantes. Los caballos avanzaban con cansado paso por las calles empedradas de la ciudad portuaria. El viaje había llegado a su destino. Su madre, ojerosa y despeinada, había hecho alarde de una fuerza interior que ella desconocía, y su férrea voluntad no había fracasado en el empeño de llegar a Lisboa lo antes posible para cumplir su cometido. La brisa con sabor a sal mecía sus cabellos sueltos, que se desparramaban alborotados por su espalda. Mariana divisaba el puerto en su ascenso con sus barcos atracados procedentes de África, Brasil y las islas de las Especias, en el lugar donde el Tajo se abraza con el océano.

Una luz verdosa se extendía como una pradera por las fachadas de la ciudad, fusión amorosa de los rayos amarillos del sol con el azul profundo de las aguas. Aspiró el aroma de mares lejanos y tierras por descubrir que le impregnó el alma y la llenó de una vitalidad aventurera propia de su joven e indómito corazón.

Los caballos pararon frente a un edificio austero de piedra gris con sobria fachada de dos plantas y amplios ventanales alineados. Contaba en un lateral con una escalinata de piedra. Doña Aurora ordenó desmontar.

—¿Hemos llegado, madre? —preguntó la joven sorprendida por el lugar.

Su madre asintió con un leve movimiento de cabeza. Lágrimas contenidas en sus claros ojos del color de las aguas del Atlántico pugnaban por salir.

—¿Se ha recluido mi tía en un convento ante su viudez?

La pregunta quedó suspendida en el aire matinal, pues doña Aurora avanzaba ya con paso firme hacia la entrada lateral del edificio, donde se encontraba la iglesia del convento de Santa Marta, seguida muy de cerca por el padre Agustín. Había dado orden a los criados y guardianes de dejar descansar los caballos y aguardar sus instrucciones en las inmediaciones del lugar.

Atravesó la nave central en reverencial silencio siguiendo a su madre. Miró la cúpula por cuyos ventanales elevados entraba la luz, que iluminaba las capillas adyacentes y los vivos colores de los azulejos que decoraban las paredes, cuya viveza contrastaba con la austeridad grisácea del exterior.

Doña Aurora se agarró con fuerza a los barrotes del enrejado que mantenían a resguardo la clausura, como si del otro lado se encontrase la verdadera libertad. Una monja ensayaba en el órgano sencillas notas que retumbaban por toda la nave.

—Hermana —susurró.

Interrumpió el ensayo dejando los dedos suspendidos en el aire, se giró y con actitud sosegada se aproximó a la dama desconocida que estaba tras las rejas.

—¿Qué deseáis, señora? —dijo en portugués la monja, que no contaba más de quince años y tenía la piel clara, llena de pecas, y los ojos grandes y oscuros como el cabello que asomaba rebelde por debajo de la toca.

—Nos están esperando.

—Tiene que preguntar en la portería, señora.

—Venimos por Isabel —respondió con voz rasgada, casi inaudible.

La monja la contempló durante unos segundos, pero al ver cómo las lágrimas corrían por su rostro entendió que no debía insistir y desapareció por una puerta lateral en busca de ayuda. Al rato volvió con una compañera de rezos de mayor edad, quien después de luchar con el manajo de llaves, abrió la verja interior y les dio paso. El padre Agustín asió a Mariana por el brazo y la guio suavemente, pero con determinación, en pos de su madre. Atravesaron el claustro de arcos redondos que daba a un hermoso vergel. Solo se oía el retumbar de sus pasos sobre las piedras del suelo y el trinar de los pájaros anunciando el ascenso del sol.

—Esperen aquí, por favor —dijo la monja de mayor edad mientras abría una puerta que daba a una sala decorada con una mesa de madera y un banco a juego y bendecida por un crucifijo colgado en la pared opuesta.

Los tres entraron en la sala y se sentaron. El padre Agustín tomó la mano de doña Aurora y la sostuvo entre sus manos regordetas y cálidas infundiéndole ánimo con sus ojos sonrientes. Mariana observaba la escena entristecida por el dolor de su madre, sin saber cómo consolarla. En ese momento, se abrió la puerta y en el umbral apareció otra esposa de Jesús. Doña Aurora se levantó y se abrazó a la mujer gruesa de rostro bondadoso y firme mirada que Mariana veía por primera vez. «Mi tía», pensó la joven. Tras sostenerse las manos y las miradas durante algunos instantes, reparó en Mariana y acercándose a ella le dijo en portugués:

—Sois la viva imagen de vuestra madre —Mariana sonrió mientras miraba a su madre. Después, dirigiéndose a doña Aurora, añadió—: No hay tiempo que perder.

—Permitidme unos minutos con ella, con las prisas del viaje no hemos podido... —pero sus ojos inundados de agua salada no la dejaron continuar.

El padre Agustín y la monja abandonaron la estancia en silencio mientras madre e hija volvían a sentarse en el duro y frío banco de la salita.

—Mariana, mi niña —dijo mientras le acariciaba la mejilla inundada de ternura hacia su pequeña, que parpadeaba confundida—, me casé muy enamorada de tu padre. Era un joven de buen ver y de muy buena familia, yo era de rango inferior y me sentí tocada por los ángeles cuando posó en mí sus ojos negros. Nos amábamos con locura y el primer año de nuestra unión fue tal vez el periodo más feliz de mi vida. Pero luego, los meses y los años pasaban sin concebir y nuestras familias se impacientaban, él se impacientaba y yo me sumí en una profunda tristeza, pues mi deseo de ser madre me quemaba las entrañas. Sentía frío por dentro, una soledad infinita imposible de llenar ni siquiera con el afecto que tu padre me profesaba. Otras veces me consumía de desesperación, de mi interior manaba un grito hondo, incapaz de callar, chillaba durante horas contra la almohada encerrada en mi alcoba, hasta que del cansancio me quedaba dormida hasta la mañana siguiente, en la que la tristeza volvía a llenar el vacío de mi vientre. Una mañana llegó una carta desde Lisboa. Mi hermana, sabiendo de mi doloroso penar, me informaba de que había un hermoso bebé que iba a ser dado en adopción. Ese bebé eres tú y hoy vas a conocer a tu verdadera madre.

Los ojos de la joven se habían quedado suspendidos del eco de las palabras de doña Aurora, todavía flotando en el aire. No pestañeaba y sostenía la respiración como si se encontrase debajo del agua, del agua helada de un río desconocido, el entendimiento congelado, el corazón trepidante, los pulmones al borde del colapso. La mirada acuosa de doña Aurora no dejaba lugar a dudas. Al fin, balbuceó:

—No, madre, no, no puede ser. Vos sois mi madre, mi única madre, no, no —sus hermosos ojos se inundaron de agua turbia como la riberas del Guadalquivir con las crecidas del otoño.

—No hay tiempo. Isabel está muy enferma, si no la conoces ahora, te arrepentirás toda la vida.

Solo habían transcurridos escasos minutos desde la revelación de su origen cuando la puerta se abrió y apareció de nuevo en el umbral el ama de Isabel.

—No hay tiempo que perder —repitió.

Mariana se incorporó secándose las lágrimas que corrían en abundancia por su rostro dejándole surcos luminosos que resaltaban la palidez de su tez. Con paso decidido y semblante sereno, caminaba detrás de la gruesa monja en estado de trance, sin asimilar aún la revelación de un secreto largamente guardado.

La estancia estaba caldeada gracias a los rescoldos de la chimenea. En nada se parecía a las celdas de un convento de clausura. Encerrada desde los dieciséis años, el padre de Isabel había entregado una suma considerable de dinero a las hermanas clarisas del convento de Santa Marta para que su hija disfrutara de las comodidades de su jaula de oro, y a cambio había obtenido un poco de sosiego para su conciencia. Las paredes estaban adornadas con tapices flamencos, había un escritorio, unas sillas de madera de nogal con respaldo de terciopelo y un espejo con marco de plata peruana. La cama era amplia y tules de organdí cubrían con sus nubes la intensidad dorada de los cabellos de la mujer que yacía inerte en el lecho.

Mariana permaneció en el umbral observando el rostro velado. Oía un llanto desgarrado, golpes fuertes aporreando una puerta, de pronto silencio y la melodía triste de sus sueños inundándolo todo con su tonada. Sintió un suave empujón por detrás que la hizo salir del trance. Al girarse, se sorprendió de la presencia del ama de Isabel, su fiel compañera durante los más de diecinueve años de encierro, y se acordó de lo que había acontecido en los últimos minutos de su existencia.

La invitó a acercarse al lecho mientras ataba con lazadas los tules del dosel. La joven pudo verse entonces recostada sobre almohadones de plumas de ganso. Su mismo rostro ovalado, sus mejillas, su frente pequeña, solo el cabello era más claro. Se aproximó en sigilo temiendo despertarla y se sentó en el filo del lecho cerca de la cabecera. Observó su entrecortada respiración,

le salía un silbido interior con cada expiración. Se fijó en sus manos de dedos finos, delicadas y muy pálidas; las uñas tenían un tonalidad violácea. En un arranque de valor tomó una de las manos de la mujer y la sostuvo entre las suyas, mientras abundantes lágrimas resbalaban sin permiso por su rostro.

—Está más en el otro mundo que en este, pero habladle, os escucha —dijo y temiendo que no entendiese bien el portugués insistió con un gesto de la mano—. Habladle, habladle.

Mariana no encontraba las palabras. No sabía qué decir a esa persona que era su viva imagen y de la que hacía escasos minutos no conocía su existencia. Empezó a tararear la melodía de sus sueños para llenar el silencio de la estancia, y de pronto algo extraño sucedió. Palabras desconocidas asomaron a su boca y tomaron posesión de ella, la melodía derivó en un canto suave y desgarrador que consiguió dar un último aliento de vida al cansado corazón de Isabel.

Abrió los ojos, de color verde marino, y sonrió a su hija. Intentó hablar, pero le dio un acceso de tos. Su aya la ayudó a incorporarse ligeramente y le dio de beber.

—Catarina, *filha mia*, cartas, diario... —dijo en portugués con un hilo de voz.

El aya obedeció, se acercó al escritorio, abrió un cajón y sacó un legajo de cartas unidas por un lazo verde y una encuadernación de piel. Las colocó sobre el pecho silbante de su amiga. La mujer buscó la mirada de Mariana e intentó incorporarse, pero le fallaron las fuerzas. Al tocar los dos objetos que yacían sobre ella, halló un último resquicio de energía y con voz pausada, pero clara, le dijo:

—Busca a tu padre.

—Descansa Isabel, yo le explicaré todo, no te esfuerces más, descansa, mi niña —dijo el aya dándole un beso en la frente y acomodando los almohadones y la colcha.

Entonces le entregó a la joven la herencia de su madre y ella la recibió sin dejar de sostenerle la mano. Isabel, con dedos temblorosos por el esfuerzo, se aferraba a la vida que emanaba del contacto con su hija, del deseo de estar junto a ella hasta el fin de los tiempos. Las dos mujeres se contemplaron a través del velo acuoso de las emociones desbordadas durante varios minutos. Los ojos de Isabel intentaban contarle a su hija todos los años que había pasado esperando ese momento, lo bella que era, lo feliz que se sentía de verla, el amor que inundaba su frágil humanidad marchita. Mariana recibía

misteriosamente los mensajes de su madre, imágenes se colaban en su mente de una vida que no era la suya. Podía ver los ojos marinos de su madre mucho más jóvenes, su cabello dorado, el resplandor entrando por el ventanal. Nítidamente, tres palabras retumbaron en su interior: «Yo no quise».

A Isabel los párpados le pesaban cada vez más, pero luchaba por mantenerlos abiertos sostenidos en la mirada canela de Mariana. Finalmente, se dejó vencer y se abandonó. Al cerrar los ojos, se aferró con más intensidad a la mano de su hija, el único asidero a la vida mundana que le quedaba.

A los pocos minutos Mariana sintió que la mano de Isabel se escurría de la suya sin fuerza, sin vida. Isabel exhalaba su último aliento en presencia de su hija amada.

El dolor por el amor perdido que acababa de conocer le estalló dentro del pecho y salió corriendo abrazada a la herencia de Isabel, intentando escapar de él. En su carrera se cruzó con doña Aurora y el padre Agustín, que aguardaban a que saliese de la estancia de Isabel paseando apesadumbrados por los soportales que bordeaban el claustro. Corrió buscando la salida con desesperación, sin escuchar las llamadas a su espalda, se tropezó en el zaguán con alguien sin rostro y se precipitó a la bulliciosa calle sin rumbo, alejándose lo más rápido que pudo de aquel lugar y perdiéndose por las callejas empinadas de Lisboa.

Estaba cayendo el sol, deshaciéndose como azúcar brasileño en las aguas ondulantes del estuario del Tajo, impregnando de tonalidades anaranjadas los barcos atracados en el puerto. Habían anclado la fragata Reina Ester al sur, en una pequeña ensenada a varias millas de la ciudad, ya que no era seguro usar el puerto, pues podían cerrarles el paso fácilmente. Sus hombres ya estaban al tanto del plan. Se distribuirían alrededor de la plaza Rossio para controlar las calles que desembocaban en la misma y los movimientos de la guardia. En la calleja más cercana al Palacio dos Estaus esperaba el coche de caballos. Allí mismo era donde se había citado con su agente para obtener la información prometida que facilitase el asalto. Llegaba tarde y empezó a impacientarse. Estaba anocheciendo y los sonidos de la ciudad se iban apagando. Vio escurrirse una sombra por la pared e instintivamente echó mano a su daga, listo para atacar antes de ser atacado. A los pocos minutos apareció el rostro juvenil de Jerónimo Nunes da Costa, más conocido entre los miembros de la comunidad como Moisés Curiel.

—*Shalom aleijem.*

—*Aleijem shalom*, hermano —los dos jóvenes se abrazaron con efusión.

—¡Qué gusto volver a veros! ¿Cómo está vuestro padre?

—Ya le conocéis, solo vive para nuestra causa. Lleva invertida una fortuna en comprar voluntades que nos sean favorables —respondió Curiel.

—Contadme, ¿cómo ha ido la reunión?

—Como esperábamos, los ánimos están enardecidos. La nobleza se ve muy perjudicada por ese advenedizo de Olivares y quiere acabar con el yugo español, que ya dura casi sesenta años, para no perder sus privilegios. A la cena organizada por don Antao en el Palacio de Almada ha acudido una buena representación de ellos y algunos hidalgos con fortuna y aspiraciones. Don João está indeciso acerca de reclamar su derecho al trono, ya que tiene mucho que perder, pues la casa de Habsburgo ha sido muy considerada y lo cuenta entre uno de sus mejores aliados en Portugal, sin su apoyo la conjura carecería de legitimación. Esperan atraer a la causa nuevos refuerzos y alentar la rebelión del pueblo hambriento. Quieren esperar el momento propicio para asestar el golpe definitivo, no les vaya a pasar como en el treinta y siete y todo quede en aguas de borrajas. Suponen bien que Felipe IV mandaría fuerzas por tierra y por mar para aplastar a los conjurados. Mi padre ha reunido una importante suma de dinero de comerciantes de Bruselas para apoyar la causa a cambio de la protección de nuestro pueblo. Espera que podáis trasladar nuestra necesidad de recabar apoyos operativos y financiación a nuestra gente en Ámsterdam. Aquí tenéis una carta para mi tío David —explicó el agente.

—Entiendo. Tened cuidado, los nobles solo miran por sí mismos y por aumentar sus mercedes se venderían al diablo. Trasladaré la petición de vuestro padre a los miembros de la comunidad. Decidme ahora cómo entramos al palacio.

—No tenéis de qué preocuparos, he mandado repartir generosamente un sedante brillante que hace ciego y mudo a quien lo toma —dijo Moisés agitando una bolsa con monedas—. Aquí tenéis un plano para orientaros en el interior. Debe de estar en una de las celdas del ala izquierda en el sótano o en la sala de tortura, espero que no sea demasiado tarde. No os demoréis, el cambio de guardia está próximo.

—Gracias —afirmó Hans Van der Meer dándole un apretón de manos.

—¡Qué los vientos os sean favorables! Esperamos vuestras noticias, *shalom* —dijo al despedirse Moisés y acto seguido desapareció en la oscuridad de la noche.

—*Shalom* —repitió Hans al vacío que antes ocupase su confidente.

Cuando don Manuel Álvarez Pombo llegó a su casa en la *rua* de San José era ya noche cerrada. La oscuridad se había apoderado de la ciudad y le pareció que ocultaba a la perfección los secretos de las miles de almas que la habitaban. Aunque algunos secretos, como el que él atesoraba, podrían costarle la horca. Sabía que arriesgaba mucho, perder su hidalguía y hasta la cabeza, pero más perdían los nobles que confabulaban esa noche al resguardo de la oscuridad contra el Rey español. Subió los escalones con paso cansado mirando al suelo e intentando distinguir dónde pisaba, pues era escasa la luz que llegaba de las teas colgadas en la pared cercana.

—Don Manuel —susurró la sombra femenina que esperaba a la entrada de la casa.

—¿Quién anda a estas horas de la noche?

—Vengo de Santa Marta, me manda la madre superiora.

—¿De Santa Marta, hermana? ¿Y qué se le ofrece? —preguntó extrañado.

—Preferiría decírselo en el interior.

El señor, tras forcejear con la gruesa llave, empujó la puerta con lentitud y le cedió el paso.

Los sirvientes hacía rato que se habían retirado a sus cuartos, pero habían tenido la precaución de dejar el hogar encendido en espera de su señor.

—Acérquese a la lumbre, sabe Dios cuánto tiempo ha estado esperando.

—Apenas unas horas. Estoy acostumbrada al frío, en invierno el convento parece una cumbre nevada.

—¿Quiere un licorcito para entrar en calor?

—Se lo agradezco, pero no. Debo volver cuanto antes al convento, don Manuel.

—Si no le importa, yo me voy a servir una copa.

La hermana Águeda miraba a su alrededor asombrada de la lujosa decoración de la sala, y a pesar del aparente brillo del lugar, sentía la soledad impregnada en todas partes, en las pesadas cortinas, en la alfombra, hasta el crepitar de la leña semejava al llanto lastimero del abandono.

Don Manuel se quedó mirándola fijamente a los ojos, sosteniendo la copa de licor con la mano derecha, mientras apoyaba la izquierda en el respaldo de un sillón.

—Adelante, la escucho.

—¿No quiere sentarse? Se le ve cansado.

—Estoy bien.

—Bueno, la madre superiora... eh... la madre me ha permitido romper la clausura porque ha sucedido algo... eh... lo siento mucho don Manuel, siento mucho...

—Maldita sea, ¡dígallo de una vez! —gritó iracundo.

—Su hija Isabel ha fallecido esta mañana. Murió en paz. De madrugada recibió los santos óleos y se confesó. Le doy mi más sentido pésame —intentó tomarle la mano para consolarle, pero él se apartó hacia la chimenea dándole la espalda—. Queríamos saber qué dispone para su enterramiento.

Él se quedó mudo durante varios minutos.

La hermana Águeda repitió la pregunta, por si no la hubiese escuchado:

—En fin, la madre abadesa quiere saber qué dispone para su enterramiento.

Don Manuel seguía mudo. Vio una luz blanca cegándole, toda su vida le pasó ante sus ojos: sus nupcias, el nacimiento de su hija, sus bracitos de muñeca alrededor de su cuello, sus primeros pasos, su bella sonrisa, sus cabellos de oro y la deshonra. Apretó los puños clavándose las uñas en las palmas de la mano lo más fuerte que pudo.

—Mi hija murió hace diecinueve años y yo la enterré con mis propias manos. Buenas noches —sentenció.

La pena se sumaba ahora a la soledad, la hermana Águeda la vio flotar y pegarse como resina a las paredes. Salió de puntillas de la sala para no interrumpir los pensamientos del viejo, quien tan pronto oyó cerrarse la puerta principal se derrumbó de rodillas en el suelo y lloró amargamente la pérdida de su hija.

A Mariana se le había echado la noche encima sin darse cuenta. Había visto transfigurarse la ciudad con el ocaso. La brisa marina inundaba todos los rincones de la ciudad con su aliento a sal. Hacía horas que vagaba sin rumbo aferrada a las cartas, y en algún lugar con la precipitación de la carrera había perdido el cuaderno de cuero que ni tan siquiera había tenido tiempo de abrir. Tenía hambre y empezaba a hacer mella en sus piernas el cansancio de las emociones pasadas y su eterno errar. Solo recordaba que había bajado por la calle del convento y había desembocado de algún modo en una avenida más ancha llamada *rua* de la Anunciada. Estaba perdida, no sabía dónde se

encontraba en esos momentos ni cómo volver al convento de Santa Marta. Pero se sentía serena, mecida por las olas, cuyo rugir le llegaba como eco retumbando en su alma fatigada. Le embargó una extraña sensación, una necesidad íntima, profunda, de seguir adelante, de seguir caminando al encuentro de lo desconocido, sin volver atrás. Deseó con fuerza dejar de ser lo que había sido hasta ahora y descubrir su verdadero yo, el que no marcaban las vicisitudes de la vida, si no la férrea voluntad de decidir la propia identidad.

Se paró a contemplar la belleza de unos jardines majestuosos donde abundaban árboles frondosos y olorosas flores cuyos vivos colores velaba la oscuridad de la noche. No se veía a nadie en los alrededores.

Siguió caminando y llegó a una plaza amplia, iluminada con antorchas. En el lado opuesto se veía un edificio grande y macizo, avanzó con la mirada puesta en las luces tintineantes que iluminaban la fachada como luciérnagas en noches de verano. Le pareció ver unas siluetas que se movían en las sombras y apretó el paso, era su única oportunidad de orientar el rumbo y volver al lado de su madre. El eco de su nombre retumbó en su interior: madre, ¿qué madre? Apartó el dolor de su mente con un movimiento de muñeca al aire, como espantando una mosca molesta. Caminaba cada vez más deprisa; le iba calando la desesperación de estar en un lugar desconocido a una hora intempestiva, sola. Sujetándose el vestido para no tropezar, echó a correr hacia la tabla de salvación en la tormenta que se había convertido su vida.

—¿Salen?

—Aún no.

—Esto no me gusta, tardan demasiado, se les ha debido de complicar allí abajo.

—Estás alterando a los caballos con tu nerviosismo y nos van a descubrir. Serénate.

Aparecida como un espectro por detrás de los dos hombres ocultos en la esquina oriental del Palacio dos Estaus, a punto estuvieron de salir corriendo dando alaridos de pavor cuando escucharon la voz nerviosa de Mariana en su castellano seseado.

—Disculpen sus mercedes, ¿podrían indicarme dónde nos encontramos? Salí a dar un paseo y me he perdido.

—¿Qué hace una beldad como vos sola a estas horas? Podrían raptaros los piratas y venderos como esclava en tierras lejanas y vuestro esposo no tendría forma de encontraros —afirmó el hombre con la camisola abierta, que dejaba ver un vello moreno, rizado y abundante, mientras se acercaba amenazador a la joven.

—Duarte, déjala en paz, la estás asustando. Señora, no podemos ayudarla, vaya a buscar refugio en el Hospital de Todos los Santos que se encuentra a su derecha, en mitad de la plaza —le indicó con la mano.

De pronto se oyeron disparos de arcabuz y unos gritos, los cristales de la primera planta del edificio estallaron con un brutal estrépito y un humo denso y asfijante empezó a salir por los espacios rotos de los ventanales como una bandada de cuervos espantados confundiéndose con la oscuridad de la noche.

Los guardias del cambio de turno que estaban próximos a la plaza se vieron sorprendidos por el estallido.

—¡Han prendido fuego al Palacio da Inquisição! —gritó uno de ellos echando a correr hacia el incendio que ya avanzaba a la segunda planta seguido por sus compañeros, que comenzaron a disparar a los hombres que salían en tropel por la puerta principal, quienes respondieron a su vez con certeros disparos mientras sacaban a rastras a un hombre desnudo cubierto apenas con una sábana.

Mariana se tiró al suelo cubriéndose la cabeza con las manos en medio del fuego cruzado. Una mano la levantó en volandas y la metió de golpe en el interior de un carruaje que partió a la carrera sin rumbo conocido.

En el interior del carruaje, ante ella, había un hombre con el rostro tapado con un pañuelo cuyos ojos no la perdían de vista; se sentía intimidada y prefirió permanecer callada. A su lado, otro hombre muy delgado, cubierto con una sábana, tiritaba castañeteando los dientes y sus temblores se confundían con el traqueteo de la carroza, que avanzaba a toda velocidad con las ventanas cubiertas por cortinillas negras. Al cabo de una hora eterna, los caballos se detuvieron y se abrió la portezuela del carruaje. Instintivamente, Mariana se acurrucó contra el lado opuesto, resistiéndose a todo contacto, pero su mano era firme y la sacó prácticamente a rastras en medio de sus quejas y su resistencia.

—¡Apartad vuestras sucias manos de mí! ¿Por qué ocultáis el rostro? Sois un delincuente de la peor calaña, estoy segura, soltadme he dicho, ¡que me soltéis! —gritaba la joven.

Hans la tenía cogida por la muñeca mientras forcejeaba por zafarse, la condujo hasta su caballo rastras, la agarró de la cintura, lo que hizo que aumentaran sus gritos e insultos y la subió por la fuerza a la silla. Montó detrás de ella, la rodeó con sus fuertes brazos sosteniendo las riendas y se alejó al galope de vuelta a la ciudad sin haber pronunciado una sola palabra.

Amanecía. Al galope tendido atravesaban las inmensidades de los campos secos portugueses. Sentía el calor de su pecho contra su espalda y su respiración pausada y cálida que, atravesando el pañuelo que le ocultaba el rostro, se filtraba entre sus cabellos. Sentía frío y sin quererlo se había ido acurrucando entre sus brazos. Cabalgaban a lo largo de la costa al son del viento, al vaivén de las olas. Se dejó embargar por la belleza del lugar. Se volvió para mirarle, pero solo pudo contemplarse en sus ojos que le sonreían con una mirada pícaro e infantil. Le pareció joven. ¿Quién sería? Había rescatado a un hombre moribundo de las garras de la Inquisición. ¡Dios mío, había incendiado el Palacio de la Inquisición! ¿Era un hereje tal vez? Si lo encontraban, lo ahorcarían y estaban regresando a la ciudad, arriesgándose a ser atrapado. No recordaba haberle escuchado pronunciar una sola palabra. Tenía el cabello rubio y ondulado; algunos mechones le caían sobre la frente. Se empezaban a ver barcos anclados, se estaban acercando al puerto.

—¿A dónde la llevo, señora? —le susurró al oído.

Tenía la voz ronca, lo que desentonaba con sus ojos juveniles pero que, sin embargo, acompañaba a su tamaño, pues era alto y fuerte.

—Al convento de Santa Marta.

—Así se hará.

Le pareció que se burlaba de ella e instintivamente volvió a mirar atrás. Sus ojos reían. Entonces Mariana se percató de que su montura tenía una inscripción, en tinta negra, formada por cuatro símbolos.

—¿Qué significan estos signos? —preguntó la muchacha.

Su respuesta fue parar el caballo, pues hacía rato que habían entrado a la ciudad y las calles estaban muy concurridas; el peligro acechaba en cada esquina. La ayudó a desmontar sin bajarse del espléndido animal color azabache y a modo de despedida se agachó, la cogió sorpresivamente por el cuello, la atrajo hacia sí y le susurró al oído:

—*Emét*, la verdad.

Doña Aurora se había pasado la noche en vela esperando noticias de su hija. Estaba exhausta, al borde del colapso. De nada sirvieron los consejos del padre Agustín ni las pretendidas imposiciones de la abadesa, pues ella se resistió a descansar arrodillada durante horas rezando y derramando abundantes lágrimas de pesar por el dolor causado no solo a Mariana, sino también a Isabel, por haberle arrancado el corazón cuando se llevó a su bebé hacía casi veinte años.

Vidonia, el aya de Isabel, se acercó a ella y se arrodilló a su lado. Al cabo de algunos minutos su autoritaria presencia venció la resistencia de la dama y la condujo como a una ovejita mansa al cuarto de invitadas ilustres, de quienes pasaban por allí de vez en cuando buscando reposo para el cuerpo y el alma, especialmente en ausencia de sus aventureros esposos.

Al cabo de una hora la aldaba del portón retumbó por todo el convento y sacó del letargo a doña Aurora. Al oírlo, bajó las escaleras a medio vestir y descalza y corrió hacia el zaguán de la entrada lateral, a la portería que daba a la calle de Santa Marta. Se topó con numerosas monjas que conocían la desaparición de la muchacha y estaban allí desatracando la puerta.

Desgreñada y con la cara sucia, la joven se dejó caer en los brazos de su madre y sollozó como una niña pequeña que solo encuentra amor incondicional esperando enojo y preocupación.

—Lo perdí todo, madre —y aumentó el llanto con hipos descontrolados—, perdí las cartas y el diario, ahora nunca sabré la verdad.

—El diario se te cayó al tropezar con sor Angélica, está a buen recaudo —le dijo abrazándola con fuerza—. Vamos, tienes que descansar.

—Madre, necesito saber.

—Lo sabrás todo a su debido tiempo —le aseguró doña Aurora.

Hans paseó sin prisa por la ciudad. Le gustaba el desafío, era temerario y calculador cuando de una misión se trataba. Sin embargo, cuando estaba solo

no medía las consecuencias de sus actos, actuaba por impulso, y era el corazón el que dictaba las órdenes a su cabeza. Quería saborear haber burlado a la peste negra, se había adentrado con sus hombres en las mazmorras oscuras y pestilentes de la casa de torturas y había arrancado a la muerte la que de otra forma hubiese sido su siguiente víctima. Había retenes de guardias en los alrededores de la plaza Rossio y a distancia aún se veían unos pendones de humo elevándose al cielo desde el Palacio dos Estaus. Besó la cruz que llevaba al cuello, regalo de su madre. Le llegó el olor a jazmines que el cabello de la muchacha había impregnado en sus ropas, llegando hasta muy adentro. Era hermosa, pensó, una doncella sin duda de buena cuna. Sentía aún el calor de su cuerpo acurrucado contra el suyo y su suave temblor, le excitó el vacío que sentía ahora. Dio la vuelta a su montura y trotó por las cuestas hasta la salida de la ciudad. Cuando ya solo quedaban a la vista enormes naves atracadas y la inmensidad del campo ante sus ojos, apretando las rodillas puso a su montura al galope dejando a su paso un mar de polvo que se confundió con el rugir de las olas.

—¡Ahí llega! —gritó Tomé a sus dos amigos, Rui y Duarte, quienes se asomaron por la borda e hicieron señas al jinete, envuelto en un halo polvoriento.

—Capitán, llevamos varias horas esperándole, temimos que le hubiesen detenido —dijo Keled ayudándole a subir al batel cerca de la orilla y embarcando al caballo en otro.

Al subir a bordo de la fragata Reina Ester, sus tres amigos y hombres de confianza le salieron al encuentro.

—Encontramos esto en el carruaje —dijo Tomé entregándole un atado de cartas con un lazo verde.

Instintivamente, Hans se lo acercó a la nariz y aspiró profundamente el olor a jazmines.

—Creímos que te habría hechizado la bella doncella con sus ojos avellana y que habías decidido quedarte con ella —dijo Rui palmoteando la espalda a su compañero de aventuras.

—Dices bien, pues ganas no me faltaron, pero es una fierecilla y sabes que yo no fuerzo mujeres —afirmó mirando desafiante a Duarte.

—Sí, sí, ya sabemos que caen rendidas en tus brazos al primer susurro, no todos somos tan agraciados —replicó Duarte.

—Levad anclas, volvemos a casa —ordenó Hans sin prestarle atención.

Francisco yacía exhausto en su lecho después de holgar toda la noche con la sirvienta, quien dormitaba desnuda boca abajo, a su lado. Las primeras luces del alba empezaban a dispersar la oscuridad del cielo y ocultaban el brillo de las estrellas, que paulatinamente iban desdibujándose en el firmamento. Esas semanas habían sido muy fructíferas, pensaba, pues se había adentrado con tesón en el estudio de distintas hierbas indianas con excelentes resultados para algunas dolencias. Hoy tendría un día intenso. Desde hacía semanas se había detectado un brote de *cocolitzli* entre la población indígena, y aunque el Hospital de San Pedro solo trataba a españoles, el cabildo, dada su notoriedad como médico y por ser pariente de quien era, le había solicitado colaborar en el control y erradicación de la enfermedad, por lo que después de su ronda diaria se pasaba el día en los barrios de indios y a la caída de la tarde se acercaba al Hospital de San Pablo de los Naturales, donde iban a parar los indios enfermos y pobres. Además, el día anterior había recibido recado de que algunos indios habían enfermado y estaban aislados para evitar el contagio, por lo que tendría que tratarles allí mismo y ver cómo organizar el traslado de los afectados al hospital.

A su lado, Juana se desperezaba estirándose como una gata por debajo de las sábanas. Francisco la miró con rencor.

—Levántate y vuelve a tu cuarto, ya despunta el alba y los demás sirvientes están a punto de iniciar sus quehaceres.

Ella acercó la calidez de su desnudez al cuerpo de su amo para provocarle de nuevo las ganas, pero no obtuvo respuesta. «Parece que se le ha pasado el efecto», pensó Juana, y obedeció vistiéndose aprisa y saliendo de puntillas de la alcoba, pues sabía que por las mañanas su mala conciencia le tornaba iracundo. De vuelta en su cuarto, se dejó caer en su catre y dormitó recordando la pasión de unas horas atrás. Con el paso de las semanas, la desesperación inicial de Francisco había dejado paso a un desahogo más sosegado y los embistes violentos del mar tormentoso que invadía al médico se habían ido diluyendo en una lluvia fina. Hubiera querido engañarse creyéndole enamorado de ella, pero la vida le había enseñado a desechar los deseos de los demás. Solo importaban los suyos, y ella quería seducirle, dominarle, hacerle suyo, y con él, todo lo que poseía. El filtro que le había comprado a la vieja Anaclea estaba perdiendo fuerza, estaba más arisco y distante, y ya no la buscaba como antes con manos temblorosas y ojos inyectados de lujuria. Tenía que subir la dosis, se dijo.

Al poco tiempo escuchó el relincho de un caballo y después los cascos golpeando la tierra en el patio. La voz de Francisco se oyó clara ordenando la apertura del portón. El médico había descubierto el consuelo de sentir los primeros rayos del sol acariciándole el alma acompañados del fresco aliento del viento y la fuerza vital del animal que le hacía volar a primera hora de la mañana, cuando los ángeles aún no habían desplegado sus bendiciones diarias sobre la mortal humanidad de los habitantes de la ciudad. Ésta estaba asentada en el valle de Cuetlaxcoapan, enmarcada entre el macizo de la Sierra Nevada con sus guardianes de humo, el Popocatepetl y la Iztaccihuatl; más allá, hacia el norte, por el volcán Matlalcuéyetl y por fortalezas naturales de menor altura; al sur, por las sierras del Tentzo, y al oriente, por Amozoc. La vista era deslumbrante y le hacía olvidarse de su traición, de la batalla que libraba con las tinieblas de la muerte y de la nostalgia de todo lo suyo al otro lado del océano. Estaba seguro de que había elegido bien el destino para recibir a su joven prometida. La tierra era fértil, abundante su riqueza y estaba surcada por serpientes de agua limpia que bajaban resbalando de la sierra. Atravesó la plaza con su catedral en construcción y se dirigió hacia oriente, al otro lado del río, donde se extendían parte de los asentamientos indios: los barrios de Analco y de San Francisco. Ese torrente de agua los separaba de la sangre limpia española. Cabalgó hasta el templo del Santo Ángel Custodio regentado por los franciscanos. Al llegar a la entrada desmontó y se sacudió el polvo de los ropajes. Alzó la vista y contempló la fachada gris. Las palabras allí inscritas le penetraron muy adentro, porque expresaban su necesidad más profunda y primaria en medio de ese nuevo mundo exuberante y enfermo, como si un ángel se las hubiese susurrado al oído para darle forma a su plegaria: *angele sancte dei sit semper custos mei*. «Santo Ángel de Dios, sed siempre mi custodio», musitó. Traspasó el umbral y se fundió con la oscuridad de su interior en busca del párroco.

Al otro lado del océano, en Lisboa, el cielo plomizo empezó a descargar un aguacero de tristeza. El mar y el cielo rugían y lanzaban sus ejércitos de agua y sal en una encarnizada lucha de dominación sobre los hombres. Mariana despertaba de un largo y pesado sueño. Le costó entender dónde se encontraba, no recordaba cómo había llegado a ese cuartito sencillo. Las brumas del sueño se disiparon de golpe con un trueno ensordecedor estalló en mil destellos ante sus ojos haciendo temblar los vidrios de la ventana que

daba al claustro. Se encontraba en la segunda planta. Aún llevaba puesta la ropa con la que había llegado a la ciudad a lomos de su yegua Valerosa hacía casi una eternidad. El silencio del interior contrastaba con el estruendo acuoso del exterior. Sentía los miembros aletargados, sin fuerza. Volvió a cerrar los ojos y se concentró en repasar uno a uno los momentos vividos desde que atravesó la nave de la iglesia de Santa Marta. Vio claramente ante sí esos ojos marinos llenos de amor y liberación, de descanso al fin. Sin quererlo, otra mirada misteriosa y burlona, la del jinete, apareció en su mente, llenándola de ganas de saber.

En la planta de abajo, en el refectorio, las hermanas acompañadas de doña Aurora comían en silencio una frugal cena mientras la madre abadesa leía pasajes de la Biblia desde el púlpito elevado en mitad del receptáculo. La sala era alargada, estrecha y rectangular, revestida con azulejos en tonos azules y blancos. La dama española estaba absorta, con la cabeza baja. Vidonia la animaba a llevarse alimento a la boca y estaba atenta a todas sus necesidades:

—Coma algo, señora, las penas pasan mejor con el estómago lleno —le decía.

Mariana se lavó la cara en una palangana que Vidonia le había dejado preparada con una toalla limpia bordada con la inicial *I*. Se peinó el abundante cabello con un peine de nácar y se lo recogió con un pasador con incrustaciones que había sobre la cómoda, junto al peine. Sobre una butaca que contrastaba en lujo con la austeridad del cuarto descansaba lánguidamente un hermoso vestido de terciopelo negro, elegante y sencillo, que se ajustaba a la perfección a sus formas redondeadas. Antes de salir tomó con delicadeza el cuaderno depositado sobre la cama y abrazada a él salió de la alcoba en busca de su madre. Después de abrir varias puertas que conectaban con el claustro en la planta baja, le llegó cercana una voz femenina. Abrió sigilosamente la puerta de madera labrada de la que provenía el sonido y asomó su pálido rostro. La joven recibió numerosas sonrisas de las monjas más jóvenes, que permanecieron sentadas. La abadesa levantó la vista de la lectura y al verla calló momentáneamente mientras Vidonia se levantaba y le cedía el sitio al lado de doña Aurora, quien no se percató de su presencia hasta que la tuvo sentada junto a ella. Otra joven velada apareció y le sirvió su cena, la cual devoró, pues no había probado bocado desde su entrada en Lisboa casi dos días antes.

—¿Has descansado, hija mía? —le preguntó doña Aurora con un hilo de voz mientras le acariciaba la cabeza.

—Sí, madre, desearía verla, yo... —Mariana no terminó la frase porque la abadesa alzó la voz para obligarla a callar y escuchar la lectura.

—Cuando termine la cena —le susurró su madre.

A los pocos minutos la madre abadesa cerró la Biblia, dio gracias a Dios por los alimentos dando por terminada la cena, y salió por la puerta del refectorio seguida en ordenada fila por el resto de hermanas.

—Acompáñenme —les dijo Vidonia.

Caminaron con pies ligeros, temerosas de disturbar el silencio del lugar tras la veloz figura negra de la dueña. Atravesaron un pasillo en penumbra y desembocaron en una pequeña capilla donde se había colocado el cuerpo sin vida de Isabel. El espacio era reducido, un olor denso y un calor asfixiante las abrazaron al entrar. El aroma de las flores se mezclaba con el agrio sudor de la muerte.

Siguiendo el ejemplo de Vidonia, se acercaron a contemplarla. Parecía una niña a punto de despertar de un bello sueño, una media sonrisa se dibujaba en sus marmóreos labios. Sus párpados ocultaban la última visión que se llevó al otro lado, la imagen de su hija añorada. Las dos se arrodillaron en el frío suelo y permanecieron en silencio. En ese trance estaban cuando apareció una novicia y susurró algo al oído a Vidonia.

—La madre abadesa desea hablar con sus mercedes —les informó.

El despacho de la madre Amada conectaba con el claustro y hasta él llegaba el repicar de la lluvia sobre las baldosas del suelo.

—Su presencia en nuestro convento supone una grave infracción a nuestra regla —dijo a modo de introducción la abadesa—. Sin embargo, y dada la naturaleza de la relación con nuestra querida Isabel y el patronazgo de su padre, acepté admitirlas entre nuestros muros por unos días. Mañana será enterrada y deberán abandonar entonces el convento —y tras una pausa en espera de algún comentario, prosiguió en un tono de voz más humilde y limosnero—. Esperamos que puedan contribuir con el sostenimiento de los gastos con una generosa donación.

—Agradecemos su hospitalidad, que será recompensada como Dios manda. Los bienes de Isabel ahora pertenecen a mi hija, espero que no ponga reparo en que nos los llevemos —contestó doña Aurora.

—Son vuestros, buenas noches —afirmó la abadesa dando por terminada la entrevista e invitándolas a salir.

Vidonia las guio entonces a sus respectivas celdas. Mariana se despidió de su madre, quien se encontraba verdaderamente exhausta. Sin embargo, en cuanto doña Aurora cerró la puerta, Mariana salió tras el aya.

—No tengo sueño, cuénteme de ella, necesito saber —le aseguró tomándola por el brazo.

Vidonia asintió y la condujo a la que hasta hacía poco había sido la residencia de Isabel. La ayudó a sentarse y tomó a su vez asiento frente a ella. Cerró los ojos sumergiéndose en sus recuerdos. Mariana estaba expectante con la respiración contenida. Pasaban los segundos y el aya con los párpados aún cerrados parecía haberse dormido.

—Isabel siempre fue una muchacha especial —comenzó—. Aún recuerdo la primera vez que mis ojos la contemplaron. Yo deseaba ser religiosa y dedicar mi vida a Jesucristo, pero mi padre se arruinó y no pudo pagar mi dote para entrar en el convento, así que a través de un vecino que conocía a don Manuel entré al servicio de la casa, ¿comprendéis?

A Mariana le costaba seguir el portugués palabra por palabra, pero no quería interrumpir la narración con preguntas, así que asintió y la invitó a continuar.

—Siga, por favor, la entiendo —aseguró la muchacha.

—Aquel día era 13 de junio, fiesta de San Antonio. La ciudad celebraba a su santo más querido con representaciones teatrales y corridas en su honor. El barrio de Alfama se vestía de gala y tronaban los cañones desde el castillo de San Jorge. Los claveles inundaban de color carmesí los balcones de las casas, los patios y los jardines. Llegué muy temprano para conocer a mis nuevos señores. La casa estaba alborotada por las fiestas e Isabel corría de un lado a otro emocionada porque iba a asistir por primera vez a los festejos. Siendo la hija única del señor Manuel, no había nada que no le consintiese. Tenía catorce años recién cumplidos. Hasta entonces solo había asistido a la misa oficiada por el arzobispo de Lisboa y al tedeum de cierre de las fiestas. Esta vez podría pasear por la verbena de la plaza de Terreiro do Paço, asistir a los recitales musicales que se daban en honor al santo y comer golosinas, pastelitos y hojaldres si se le antojaba. Parecía una ninfa, con su cabello rubio ondulado, sus ojos atlánticos y sus mejillas sonrosadas. Flotaba como una hadita con su vestido de muselina verde, el tiempo se detenía a su paso, todos quedábamos encandilados en su presencia con su risa de agua cristalina y su melodiosa voz. Yo la adoré desde ese primer instante en que la vi, y fue para mí una hija, aunque apenas le sacaba siete años. Por gracia de Dios, don

Manuel me asignó su cuidado como la más preciosa de mis tareas. A los pocos meses, amanecieron las sábanas manchadas de sangre. Mi niña se había convertido en mujer. La convencí de mantenerlo en secreto persuadiéndola de que la casarían y pasaría a pertenecer a su esposo, separándola de sus seres amados. Lo reconozco, me movía el egoísmo, la quería tener para mí, custodiando su inocencia y su pureza. Aunque no duró mucho nuestro secreto, porque doña Filipa y don Manuel preguntaban cada mes por la buena nueva y el cerco de vigilancia se estrechaba entorno a la niña Isabel.

»Cuando se descubrió su madurez, empezaron a desfilar los pretendientes por la casa. Venían acompañados por sus padres y salían igual que entraban, pues ninguno era digno del bien máspreciado de don Manuel. Por entonces, falleció doña Filipa de una mala tos. El luto de la casa, que duró un año, se tornó en ferviente actividad. El señor decidió que había que renovar la casona y construir un pabellón independiente para él. Así podría seguir viviendo con Isabel cuando hubiese contraído nupcias y ella no se separaría del lugar que la vio crecer ni de su amado padre.

»El señor contrató a los mejores constructores de la ciudad. La coordinación de los trabajos de arquitectura, albañilería y carpintería corrían a cargo del maestro Diogo Maradiaga. Su hijo Gonçalo, un joven muy talentoso que trabajaba en los astilleros en la Ribera das Naus, era un portento tallando y realizó todo el trabajo de ebanistería.

—¡Es mi padre! ¡Gonçalo es mi padre! —aseguró Mariana con voz temblorosa pero firme.

Vidonia asintió. Tal vez le traicionó su memoria al pronunciar el nombre del muchacho o tal vez era algo más misterioso lo que hizo reconocer a la joven a su progenitor.

—Nadie se dio cuenta del amor que nació entre el humilde carpintero y la hija del hidalgo, ni siquiera yo, y aún me lo estoy reprochando. Tampoco tu madre, Isabel, me confió su corazón ni buscó mi consejo. Demasiado tarde vine a darme cuenta, pero eso sucedió después. Entre los pretendientes de mi niña apareció una tarde de domingo el hijo del conde de Portanera, Gaspar de Azevedo y Sousa.

Al pronunciar su nombre la mujer cerró los ojos y frunció el ceño como si un pensamiento negro se estuviese apoderando de su mente.

—¿Vidonia?

—Sí, decía que nos honró con su visita el hijo del conde de Portanera. Estuvo encerrado en el despacho con don Manuel una larga hora. Era un joven

ancho de hombros, con pelo negro crespo y una cicatriz que le cruzaba el labio superior. Tenía una mirada fría y directa, vestía con mucho lujo y su porte era altivo y desafiante. Nunca le habíamos visto antes, pero le conocíamos por referencia porque los navíos de su familia traían sal de Setúbal, tabaco y azúcar de Brasil, esclavos africanos, armas y municiones. Nosotras nos encontrábamos bordando cuando irrumpieron en la sala don Manuel y su acompañante. Este sonreía y la cicatriz le daba un aspecto aún más escalofriante. Nos incorporamos al verles entrar.

»—Isabel, hija, tengo una gran noticia que darte. He aceptado la petición de mano de don Gaspar, quien será en un futuro el segundo conde de Portanera, y tú serás condesa.

»Al oírlo las mejillas de Isabel perdieron el color, sus ojos se congelaron en una expresión de terror y no alcanzó a pronunciar ni una palabra cuando su padre prosiguió.

»—Vamos a dejaros un momento a solas para que os vayáis conociendo.

»Y haciendo un gesto con la cabeza me indicó que saliese.

»Nunca me contó lo que hablaron ese día ni los días sucesivos, y cuando le preguntaba solo respondía: Nunca me casaré con esa bestia. Isabel sabía que de nada le hubiese valido enfrentarse a su padre, pues sus ansias de prestigio social eran tales que hasta lo más precioso que tenía bien podía cambiarse por un título.

»Tras meses de preparativos, llegó el día de la boda. Como cada mañana, ordené preparar el desayuno y subí a la alcoba de Isabel para abrir las cortinas y ayudarla a desperezarse. A vuestra madre le encantaba dormir, o como decía ella, soñar. Pero no estaba, la busqué por toda la casa y no estaba. Desesperada, volví a subir a su cuarto y lo revisé de arriba abajo, y al levantar su almohada la vi. Me había dejado una nota de despedida. Me temblaban las manos al leerla.

Pedidle perdón a mi padre. No puedo casarme con esa bestia, es a Gonçalo a quien ha elegido mi corazón. Os amaré siempre como una hija. Rezad por nosotros.

Siempre vuestra.

Isabel

»No entendía el significado de la misiva. Gonçalo, ¿qué Gonçalo?, ¿quién era Gonçalo? ¿Cómo la había descuidado tanto?, me preguntaba y me culpaba. ¿Dónde habrá conocido al tal Gonçalo? Me arrodillé apoyando los

codos en el lecho y recé a Dios para que me iluminase y me ayudase a recuperarla. Don Manuel la matará, pensé. Pero fue peor, pues la mató lentamente, y le infligió las penas más grandes, primero separándola del muchacho para siempre y luego arrancándolos a vos de sus brazos.

»De pronto los vi, él tallando la madera e Isabel haciéndole preguntas, como siempre curiosa sobre su trabajo. ¡El hijo de Maradiaga! Gonçalo, ¿no se llamaba Gonçalo?

»—¡Don Manuel!

»Salí corriendo, grité su nombre, mis aullidos le asustaron y salió en camisón al pasillo.

»—¿Qué tenéis, mujer?

»—¡Isabel, Isabel! ¡Isabel se ha fugado con el hijo de Diogo Maradiaga!

»—Pero ¿qué decís, mujer?, ¿os habéis vuelto loca?

»—Hay que recuperarla antes de que sea demasiado tarde.

»Pedí al señor que no le dijese nada al novio, pero no me escuchó. El de Azevedo se encargó con sus hombres de buscarles. Eran perros de caza, yo me temía lo peor. Ya era noche cerrada cuando aparecieron. Don Gaspar traía a Isabel montada en su caballo; ella, aunque asustada y polvorienta, estaba bien. Gonçalo, sin embargo, venía atado y golpeado por uno de sus secuaces. Don Manuel solo la miró con el mayor desdén que le cupo en el cuerpo.

»—Padre —sollozó Isabel postrándose a sus pies.

»—Has contaminado la sangre que corre por tus venas yaciendo con un marrano —le dijo escupiendo las palabras una a una—. Vidonia, preparadle un baño y rascadle la deshonra del cuerpo. Después, quema su ropa.

»—Señor Azevedo, acompañeme, por favor —dijo don Manuel al futuro conde.

»Mientras subía tratando de calmar los sollozos de Isabel, me miró con su carita de ángel.

»—Le van a matar, Vidonia. Ayudadle, os lo suplico.

La dejé en su alcoba y bajé a cumplir su ruego. Dos de los hombres de Azevedo vigilaban en el patio al muchacho maniatado, que sangraba por la nariz y parecía desmayado.

»—Señores, les puedo ofrecer un licor con unas nueces, higos y queso. Deben de estar sus mercedes fatigados. Pasen por aquí y no se preocupen por el muchacho, mi mayordomo le vigilará —dije mientras daba la orden de que así fuese.

»—Se lo agradecemos, porque el amo no nos ha dejado probar bocado en todo el día por culpa de este —dijo uno de ellos dando un puntapié a Gonçalo antes de acompañarme a la cocina.

»—Teodora, nuestra cocinera, les atenderá de mil amores. Si me disculpan, tengo que volver con la niña Isabel.

»Salí corriendo al patio, desaté lo más rápido que pude al muchacho ante la mirada atónita del mayordomo, a quien amenacé con la maldición más terrible si abría la boca. Le ayudé a incorporarse, le abrí el portón de carruajes y le dije:

»—Corred y jamás volváis.

Gonçalo, viéndose libre, quiso enfrentarse a don Manuel.

»—Yo cuidaré de Isabel, y cuando los ánimos se calmen, tal vez podáis verla, pero escapad ahora, porque si no os van a matar —le aseguré.

»Y volví a cerrar el portón antes de darle tiempo a replicar. Al rato salió Gaspar de Azevedo del despacho de don Manuel. Sus ojos negros echaban chispas de lo malhumorado que estaba.

»—¿Dónde estáis, inútiles? —gritó a sus hombres— Coged a ese miserable y andando, ya le voy a enseñar lo que les pasa a los que se atreven a meterse con lo que es mío.

»Ellos salían medio ebrios de la cocina con las dos botellas de ron que se habían metido entre pecho y espalda. Al salir al patio, vieron que Gonçalo se había esfumado.

»—Amo, se ha escapado —se atrevió a decir el más osado.

»—¿Cómo que se ha escapado? Mira que sois inútiles, no servís para nada. Vamos, que hay que atraparle, le voy a hacer pagar bien cara su osadía.

»Y como alma que lleva el diablo, salieron en tropel a las callejas oscuras.

Vidonia, agotada de recordar, guardó silencio.

—¿Qué pasó después? No me dejéis así —suplicó Mariana.

—Isabel tenía prohibido salir de su alcoba, vivía como en una cárcel. El padre del de Azevedo murió de una indigestión y su hijo Gaspar heredó el condado. A pesar de la afrenta sufrida, insistía en casarse con Isabel y frecuentaba la casa intentando convencer al señor, pero don Manuel era muy digno y él no podía perdonarse haber faltado a su compromiso de entregar a su hija doncella. Se debatía entre el inmenso amor que tenía por ella y la rabia por la traición sufrida. En pocos meses se descubrió que vuestra madre había quedado encinta, ante lo cual la rabia ganó la batalla y don Manuel decidió

recluir a su hija en el convento de Santa Marta y a mí con ella. Y para borrar la huella de la deshonra, a ti, Catarina, te dieron en adopción.

El entierro de Isabel fue al despuntar el sol el día siguiente, en el pequeño cementerio destinado para las hermanas clarisas, bajo el suelo de la nave lateral en la iglesia. El funeral fue oficiado por el padre Agustín y a él solo asistieron las monjas del convento de Santa Marta con la madre abadesa a la cabeza, Vidonia, doña Aurora y Mariana.

Vidonia, mujer fuerte y aguerrida ante las desgracias de la vida, y que hasta entonces se había mantenido serena, derramó abundantes lágrimas y tuvieron que sujetarla, pues a punto estuvo de lanzarse al foso con la niña Isabel para acompañarla hasta en ese último trance en este mundo. Doña Aurora, entendiendo su desesperación y vacío, la consoló limpiándole los mocos con su pañuelo de lino bordado y acunándola entre sus finos brazos.

—Ahora te vienes con nosotras a Sevilla, mi salud es frágil y yo necesito de tus cuidados —le dijo.

Vidonia sintió que volvía a tener una misión en la vida y tomó con fuerza la mano de su nueva señora, a la que desde ese día dedicaría todas sus energías y afecto.

Al terminar la ceremonia con bellos cantos que se elevaron a lo alto para pedir misericordia a Dios y descanso eterno para Isabel, doña Aurora entregó al convento una suma considerable en escudos de oro para que oficiasen una misa diaria a perpetuidad para la salvación de su alma y para que la madre abadesa no pusiera reparos en dejar marchar a Vidonia. A continuación, subieron al cuarto de Isabel a recoger sus pertenencias, mientras el padre Agustín salía en busca de los criados y guardianes para ordenarles, en nombre de la dama, que prepararan los caballos, cargaran los baúles y se aprovisionaran de víveres y agua para la partida, así como que contrataran un barco para salir de Lisboa.

—Señora, necesito despedirme de mis parientes antes de partir, solo tardaré media hora, como máximo —dijo Vidonia a doña Aurora.

—Está bien, ve y no tardes, que quiero llegar a Évora antes de que anochezca. Mientras, aprovecharemos para visitar a mi hermana, que con la

emoción de los acontecimientos ni tiempo he tenido de pensar en ella. No me perdonaría que hayamos viajado hasta Lisboa sin verla a ella y a su familia.

Vidonia salió del convento por la puerta lateral que daba a la portería y bajó por la *rua* de Santa Marta. Escasos minutos después llegó a la *rua* San José, que no había pisado desde hacía casi dos décadas. Reconoció la casa al instante, subió los escasos peldaños de dos en dos y aporreó la puerta con insistencia. Tenía prisa y ganas de sacarse la espina del corazón. A sus golpes acudió presto el mayordomo, quien al verla se quedó petrificado en la puerta, con la boca abierta y expresión bobalicona.

—Parece que hubieras visto un fantasma, alma de Dios. ¿Está don Manuel?

—Está indispuerto, vuelva en otro momento —respondió intentando cerrarle la puerta en las narices.

—No seas mentecato, a ver si crees que una sale de un convento de clausura todos los días —contestó Vidonia empujando la puerta con brío.

—¿Quién es? —se oyó preguntar a don Manuel en el interior.

—Aparta —y pasó por delante del mayordomo echándole a un lado.

Al instante se encontraba frente al hombre que tanto había odiado durante esos largos años de encierro, especialmente por el sufrimiento que le había hecho padecer a Isabel. Recostado en un sofá cerca de la chimenea, tiritaba ligeramente a pesar del calor sofocante que hacía en la sala. Llevaba una gruesa manta sobre los hombros. Tantos años imaginándoselo y no se le había pasado por la cabeza que fuese a verlo en semejante estado de decrepitud y abandono. El poco pelo que le quedaba, ralo y sin vida, asemejaba una escoba de estopa vieja. El odio que encerraba su pecho se le transformó de golpe en compasión por su decadente humanidad.

—¿Tú? Presentía que vendrías —le confesó don Manuel.

—Entonces, ¿lo sabe? —le preguntó Vidonia.

—La madre abadesa tuvo a bien informarme enviando a una de las hermanas a darme la noticia.

—¿Por qué no hizo algo por ella? ¡Al menos se merecía ser enterrada conforme a su condición y no seguir encerrada entre cuatro muros de piedra! —le dijo alzando la voz.

—Mi hija murió hace muchos años, yo la enterré con mis propias manos —respondió don Manuel con un hilo de voz, mirando fijamente los rescoldos de la lumbre, ya sin convicción.

—Se quedó solo, don Manuel, solo como un perro, por anteponer el honor al amor, el desprecio al perdón, y solo estará el resto de sus días sabiendo que truncó la vida de la persona que más le amó. Ojalá Dios le perdone, porque yo no podré.

Vidonia se dio la media vuelta y se dirigió a la puerta, pero en el dintel se volvió súbitamente como si un relámpago le hubiese caído encima y añadió:

—La hija de Isabel vive, es su vivo retrato y yo velaré porque tenga la vida que su merced negó a su madre —dijo saliendo apresuradamente de la casa con los ojos bañados en lágrimas de impotencia y de profunda pena.

No era Mariana, pero se le parecía bastante. Morena, con generosas carnes, nariz pequeña y gruesos labios. Cerró los ojos y se dejó hacer.

—Mira que eres guapo, galán —dijo ella mientras con la uña larga del dedo índice le dibujaba el contorno del rostro.

Le dibujaba las cejas oscuras, pobladas y bien delimitadas y acto seguido le daba un beso, luego le pasaba la uña por el mentón y también le besaba ahí, las mejillas angulosas y otro beso, y finalmente su fino bigote enmarcando unos labios apetitosos y varoniles sobre los que descargaba su lengua traviesa. Él mantenía los ojos cerrados y se imaginaba que era otra la que le llenaba de caricias y de besos. Era conocido como el Príncipe entre las muchachas de la pensión, porque las elegidas eran tratadas como damas de la realeza, sin saber que era a otra a quien se imaginaba amando, e incluso algunas soñaban con alcanzar una vida mejor. Raro era encontrar a un señor de esas características tan bien educado, tan galante, dulce y apasionado amante a la vez. Los hombres que pasaban por allí eran en su mayoría marineros, corchetes, borrachos, vagos y mendigos sin oficio ni beneficio que robaban la bolsa a algún incauto forastero y llegaban a gastársela en ron y carnal desahogo.

Álvaro aprovechaba los viajes al Arenal para pasarse por la pensión de Macario, que aunque era un humilde agujero infestado de ratas, le tenía reservada la estancia más amplia del local, bien aseada, con muebles sencillos pero bien cuidados y con una enorme cama con dosel. Le prometía discreción al estar en el exterior de la muralla, más apartada de «la mancebía», zona situada dentro del perímetro de la muralla que se extendía entre la Puerta del Arenal y la de Triana y donde los sevillanos solían dar rienda suelta a la lujuria. Además, el hijo del tabernero, un chavalito de nueve años pelirrojo y

lleno de pecas, le hacía los recados. El joven galán se pasaba a caballo por delante de la pensión con sus dos fornidos escoltas y le decía a Pablito: «Dile a tu padre que vuelvo en una hora». Esa era la señal convenida para adecentar el lugar, echar a los borrachos e ir corriendo a llamar a las habituales que más gustaban al señorito Antón, como así se hacía llamar. Él mismo traía las viandas para que la mujer de Macario, que tenía muy buena mano con la cocina, le hiciera su plato favorito, la olla sevillana, un rico guiso compuesto por garbanzos, cebolla, ajo, perejil, repollo, tocino, carne de vaca aderezada con pimienta y azafrán. Doña Eleonora decía que era comida de campesinos y nunca se servía en casa de los Fábregas de Valor. Pablito volvía corriendo con tortas de aceite, cortadillos rellenos de cidra y piñonates por petición del señorito. La faena nocturna, con los riesgos que entrañaba, siempre le daba un hambre voraz.

Ese día no se dio cuenta de que alguien más le seguía los pasos y era testigo de todos sus actos. Vincent Audenarden llevaba dos meses revisando las cuentas de los negocios de don Sancho y don Segundo, y los números no cuadraban. Sabía que Álvaro contaba con toda la confianza de su padre y su socio y justamente por eso Vincent desconfiaba de él. Era Álvaro el que manejaba las transacciones comerciales con el virreinato de Nueva España, llevaba la mercancía a la colonia y traía el género a Sevilla, se encargaba de las compras y las ventas y también de pagar los almojarifazgos de Indias y el almojarifazgo mayor que liquidaba en la aduana cuando llegaba la mercancía de Indias o salía hacia países del entorno. Llevaba semanas siguiéndole sin mucha fortuna, pues su actividad resultaba bastante normal; cada día se pasaba por la Casa de la Lonja para encontrarse con distintos comerciantes, hacía la ronda con su padre o con don Segundo a su fábrica de hilaturas, visitaban los principales telares asociados, pasaba por la alcaicería de la seda para supervisar sus locales de venta al público y ver las mercancías de sus competidores y de vez en cuando visitaba a algún amigo o mujerzuela de los arrabales. Pero hoy algo le decía que sería diferente.

«¿En qué andas?», se preguntó Vincent oculto tras un sombrero y una capa a la caída de la tarde, sin quitar los ojos de la puerta de la pensión.

Llevaba esperando dos horas desde que Álvaro entrase con sus hombres a la fonda. Había conseguido sonsacarle al muchachito de las pecas algunas palabras mientras barría frente a la puerta de la pensión. Sabía que era un cliente habitual, que se hacía llamar don Antón y que era muy bueno con él, que le regalaba pastelillos y le daba alguna propina. También le contó que de

mayor quería ser como él para estar siempre acompañado de mujeres guapas. También solía encargarle que al anochecer llamara a Simón, el barquero. Tentado estuvo de entrar y tomarse una copa, pero se contuvo. Después de la primera, venía la segunda, luego la tercera, y borracho perdido, terminaba perdiendo la cuenta.

Finalmente, cuando ya el sol se derretía en las aguas del Betis y teñía de dorado las turbulencias acuosas del río, el cielo perdía la luz del astro rey y la penumbra avanzaba emborronando los contornos de la ciudad, Álvaro apareció ufano en la puerta. Se estiró con un sonoro bostezo, se compuso la ropa, se ajustó el sombrero, se envolvió en la capa para que no se viera su rostro y mandó a uno de sus fortachones a por los caballos. Pablito salió corriendo detrás de él.

—Señor Antón, señor Antón, se deja su pañuelo —y se lo entregó contento de hacerle un servicio.

—Quédatelo, Pablito. ¿Avisaste a Simón de que nos espere en el lugar de siempre?

—Sí, señor —contestó Pablito.

—Buen chico —le halagó desbaratándole el cabello y tirándole al vuelo un maravedí. Luego se volvió a su sirviente y le dijo—: Ve a buscar el carromato y avisa a los otros, y no tardéis.

Cuando estuvieron listos, Álvaro subió a su montura y con un suave trote, seguido por sus hombres, atravesó el Arenal. La explanada estaba prácticamente desierta a esas horas. El flujo de barcazas y naves de distinto calado para el comercio con Europa había bajado mucho en los últimos años en favor de la bahía de Cádiz. La partida y llegada de la flota una vez al año era uno de los acontecimientos que llenaba el río de colores, actividad y entusiasmo, así como de soldados y funcionarios de la Casa de Contratación, pero aún así fueron con tiento, pues siempre podía quedar algún corchete entre las sombras. Continuaron silenciosamente, al paso, siguiendo el cauce del río hacia el sur y en paralelo a la muralla, que en esa zona se ocultaba tras las casuchas, los almacenes y los garitos de juego.

Simón les estaba esperando a menos de media legua de distancia y allí estacionó el carromato listo para cargar la mercancía que llevaba varias semanas escondida en unas dependencias que había comprado Álvaro en el puerto de Cádiz.

A Vincent le costó seguirles el paso porque iba a pie, embarrándose los mocasines y llenándose de suciedad hasta las calzas.

Álvaro y sus hombres saltaron a la barcaza y se alejaron. Era noche sin luna y la oscuridad era prácticamente total. Vincent se quedó agazapado detrás de un matorral esperando su retorno. Al cabo de una hora larga, oyó un rumor en el río, vio acercarse un gran bulto y escuchó órdenes en susurros.

—No hagáis tanto ruido y dejad de moveros, que vamos a volcar —decía Álvaro con su voz juvenil.

—No se ve *ná*, jefe. ¿Está seguro de que fue por aquí donde dejamos el carronato?

—Sí. Acércate a la orilla, despacio, un poco más —contestó Álvaro.

Instantes después se oía un chapoteo cercano de varias personas saltando de la embarcación. Los susurros se acercaban y a punto estuvo de arrollarle la carreta cargada con todas las mercancías que habían transportado en la barcaza. No se alejaron mucho. Pararon delante de una construcción que Vincent intuyó que era un almacén, cuya pared posterior colindaba con la muralla. Cuando hubieron terminado, se oyeron aún algunos susurros, pero no pudo entender lo que decían. A continuación se oyeron de nuevo chapoteos, un caballo bufó, escuchó un chasquido para ponerlo en movimiento y sus cascos se oyeron amortiguados atravesando el lodazal.

Vincent aún permaneció donde se encontraba, esperando un tiempo prudencial, hasta que no oyó más ruidos. Tenía los leotardos empapados hasta casi la rodilla y la humedad empezaba a calarle el alma. Se acercó con sigilo al almacén y lo rodeó en busca de algún hueco por donde entrar al interior. Entonces vio una tenue luminosidad saliendo del ventanuco del habitáculo. Se asomó y vio a los dos fortachones, que siempre seguían a Álvaro a todas partes, sentados entre cajas echando una partida de cartas. Iban a estar toda esa noche y todo el día siguiente hasta que llegara el amo a recoger la mercancía.

Vincent pensó que ya había visto suficiente y se fue caminando paralelamente a la muralla en busca de algún árbol cuyas ramas colgaran hacia el otro lado, ya que las puertas de la ciudad habían sido cerradas y no se permitía a nadie acceder a ella después del toque de queda.

María Jimena no podía conciliar el sueño, sabía que él aún no había vuelto y tenía el corazón en la boca de preocupación y de celos. «¿Estará con alguna mujer? —se preguntaba—, ¿dónde estará?, ¿por qué no ha vuelto a cenar como todos los días?». Lo único que le dijo su padre cuando le preguntó es que

Vincent esa noche cenaba en casa de unos amigos. Ya era pasada la medianoche y Vincent seguía sin aparecer. Escudriñaba la oscuridad de la noche desde su ventana y se ponía alerta agudizando todos los sentidos con cada crujir de la madera de la casa. Varias veces había salido al pasillo creyendo oír pasos.

De pronto escuchó nítidamente un ruido, algo se había roto en la planta de abajo. Se echó un chal sobre los hombros y salió intentando contener las ganas de correr y gritar su nombre. Bajó lo más rápido que pudo e intentando ser sigilosa, pues todos dormían. Cuando alcanzó la sala, Vincent había encendido un candil que estaba sobre la mesita de madera del recibidor y recogía agachado los pedazos de porcelana de un jarrón de doña Eleonora. Cuando se incorporó, vio a la aparición observándole, pensó que era un ánima en pena, cerró los ojos y empezó a rezar. Cuando los volvió a abrir muy despacio esperando que el espectro hubiese desaparecido, el ánima estaba más cerca de él y le miraba con los ojos encharcados en lágrimas.

—No me hagáis sufrir de este modo —dijo el ánima a Vincent, que estaba petrificado por el miedo—. Creí que os habían asaltado o algo peor. Yo... yo os amo.

María Jimena se echó sobre su pecho y rompió a llorar, bañándole de lágrimas el jubón. Solo entonces, al sentir el calor de su cuerpo, el olor de sus cabellos y la fragilidad de su ser temblando buscando su abrazo, se dio cuenta de que aunque estaba en pena no era un ánima, sino la hija menor de don Sancho. La rodeó con sus brazos y la tranquilizó.

—No lloréis, ya estoy aquí y no me ha sucedido nada.

María Jimena levantó el rostro y le miró fijamente. Él le sonrió y ella le devolvió la sonrisa secándose las lágrimas con sus finos dedos.

—Yo me muero si a su merced le pasara algo.

A él le dieron ganas de reír al escuchar la confesión pasional de la joven, pero se contuvo y solo la miró con ternura, secándole una lágrima que resbalaba por su suave mejilla.

—Aún sois joven, ya aprenderéis que de amor no se muere —dijo él.

—¿Os burláis de mí?

—Por supuesto que no.

—No me tomáis en serio porque soy mucho menor que vos, pero os amo con todo el alma y daría mi vida por vos.

—Señorita Fábregas...

—Llamadme María Jimena, os lo ruego.

—María Jimena, soy un hombre casado con hijos, es un disparate que una jovencita como vos se interese por un hombre como yo.

—Supe que vuestra esposa os abandonó cuando perdisteis el negocio y vuestros hijos reniegan de vuesa merced —él permaneció callado recordando el vacío de su vida y ella se sintió culpable al instante por infligirle dolor, por lo que tomó sus manos y empezó a llenarlas de besos diminutos y calientes—. Disculpádmeme, no quería abrir vuestras heridas, dejadme ser vuestro bálsamo.

Vincent no dijo nada, pero la apartó suavemente.

—Señorita Fábregas, os agradezco los desvelos, pero yo no os convengo. Volved a vuestra alcoba, por favor. Creo que después de una buena noche de descanso, mañana veréis la situación con otros ojos.

—Yo seré quien decida quién me conviene y quién no —se rebeló María Jimena. Vincent no sabía de dónde había sacado tanta firmeza aquella muchacha que parecía un gatito frágil y asustadizo—. Pero si vos no me amáis... —continuó la joven dejando la frase sin terminar por miedo a ver en sus ojos lo que nunca se había planteado y que ahora se le presentaba como una realidad difícil de asumir.

—Volved a vuestra alcoba —fue la respuesta de Vincent Audenarden.

María Jimena le sostuvo la mirada, llena de tristeza y desesperanza dio media vuelta y volvió por donde había venido.

Vincent se dejó caer en una butaca de la sala y suspiró aliviado. Le hubiera encantado dejarse llevar por la ilusión de ser un gallardo joven lleno de esperanzas y con un futuro prometedor por delante, como lo era cuando se casó con Hortensia, y cortejar a María Jimena. No podía negarlo, se sentía halagado, la muchacha era bonita aunque sin llegar a ser hermosa, pero su dulzura y arrojo superaba a cuanta mujer había conocido en su vida. Intentó apagar de sus oídos las palabras de la joven, pero algo había encendido en su interior, su orgullo herido empezaba a sanar. Era capaz de despertar amor de nuevo en una mujer, bueno, en una mujercita. Se sonrió, con paso cansado subió la escalera y se encaminó a su cuarto. Habían sido muchas emociones para una sola noche.

Había oído hablar de las condiciones infrahumanas a las que estaban sometidos los operarios de los obrajes en la región, pero cuando el mayordomo Ferrán Matos abrió la portezuela de hierro oxidado del cuarto donde tenían hacinados a los enfermos, Francisco no pudo contener la arcada y

corrió al exterior doblándose en el suelo para expulsar los vapores demoniacos que se le habían colado por las fosas nasales.

—¿Y dice que le manda el cabildo? —había preguntado el capataz cuando el médico desmontó del caballo y se presentó ante él—. Creo que le han informado mal, aquí no tenemos enfermos.

Entonces había visto a los soldados acompañados por un peón de la fábrica de paños que había echado en falta en la mañana, cuando hizo su habitual recuento. Seguramente le había denunciado, el muy bribón se las iba a pagar.

—Ah, creo recordar que uno de mis aprendices me comentó algo de unos indios indispuertos. ¡Mateo! —gritó Ferrán Matos.

—¿Sí, maestro? —respondió el muchacho que apenas contaba quince años de edad.

—¿Dónde están esos indios que no se sentían bien esta mañana?

Mateo le miró con los ojos a punto de salirse de sus órbitas. Paralizado por el miedo, no sabía qué responder, y miraba del maestro al médico, del médico a los soldados y vuelta a su maestro intentando encontrar sentido a la pregunta.

—¿A qué indios se refiere, maestro? —preguntó tímidamente el aprendiz.

—¡Carajo, Mateo! A los indios que no han podido trabajar esta mañana. ¿Dónde los has metido?

El pánico que reflejaba el rostro del muchacho, pálido como la cal, iba convirtiéndose en terror. Sentía que la mirada del mayordomo escondía una maldición y que su alma estaba perdida para siempre.

—¿Se refiere al cuarto cerrado que hay detrás de la galera?

—¿Allí es donde los has metido?

—¿Yo, maestro?

—¡Carajo! Cierra la boca y llévanos hasta allí, ya nos has hecho perder bastante tiempo —ordenó el autoritario Matos.

El chico estaba a punto de echarse a llorar y tenía ganas de salir corriendo. Conocía las mañas de su maestro, se sintió intimidado por los guardias, que le miraban como a un condenado al cadalso. Bajó la cabeza y se dirigió al cuarto de castigo seguido por la comitiva. Allí era donde encerraban a los rebeldes o a los que desafiaban a alguno de los aprendices o al maestro. Hacía días que tenían encerrados a los enfermos, por miedo al contagio y para que no se escaparan. Preferían dejarlos morir.

Atravesaron las distintas salas donde los operarios se afanaban en sus quehaceres, cardando, hilando y finalmente tiñendo en la galera, como así se conocía a la sala de teñido de paños y sayales. La galera tenía una puerta trasera que comunicaba con un pequeño patio con forma alargada y techado. En su lado izquierdo se veía una puerta de metal cerrada con un candado. Al llegar frente a ella, Mateo se quedó parado con la cabeza agachada contemplando sus huesudos pies envueltos en unas alpargatas de cuerdas.

—¿Es aquí? —preguntó con malicia Ferrán Matos, pero no obtuvo respuesta del muchacho—. Abre la puerta —le ordenó.

—Yo no tengo la llave, maestro.

—¿Y quién la tiene?

—Su merced, maestro.

—Pero ¿qué estás diciendo, bribón? Verás la que te voy a dar —le dijo agarrándole de la oreja y poniéndole de rodillas.

A punto estaba de molerle a golpes cuando intervino Francisco.

—Señor Matos, arreglen sus diferencias en otro momento, quiero ver esta puerta abierta en dos minutos o estos soldados se lo llevan preso por orden del cabildo.

Ferrán Matos se irguió muy derecho, sacó pecho, respiró hondo y entornó los ojos valorando la amenaza que acababa de escuchar. «Cuando el amo vuelva, este mequetrefe de medicucho tiene los días contados», pensó. Levantó al muchacho, que seguía en el suelo frotándose la oreja por el dolor, y le apretó los genitales con fuerza.

—¿Cómo que no tenías la llave? —dijo metiendo su sucia manaza dentro de los calzones del chico y extrayendo una llave gruesa de hierro.

—Pero yo...

—Cállate y abre la puerta —ordenó empujándole hacia delante.

El acceso al infierno clamó con un chirrido agudo y prolongado por los goznes oxidados de la puerta, sonido que se confundió con los gemidos de los habitantes del cubículo. Matos y su aprendiz se apartaron a prudencial distancia mientras uno de los soldados empujaba la puerta hasta el fondo. Una ola de pestilencia les escupió en la cara vómito, orines y podredumbre. Francisco se asomó de nuevo al interior una vez que se hubo repuesto de la repugnancia inicial cubriéndose la boca y la nariz con un pañuelo. Contó los enfermos. Algunos no se movían, tal vez estuvieran ya muertos. Eran cinco mujeres y ocho hombres tendidos sobre un barrizal de excrementos y sangre.

—Agua —escuchó que pedía uno de ellos con un hilo de voz—, muero de sed, agua.

Parecía una plegaria desesperada al Todopoderoso. Francisco ordenó al aprendiz que trajese agua. Mateo miró a su maestro, y ante su gesto de asentimiento, salió corriendo en busca del preciado elemento.

Francisco se arrodilló junto al huesudo indio de facciones afiladas, y sosteniéndole la cabeza por la nuca, le dio de beber. Luego ordenó que cerraran la puerta después de asegurarles que les iba a sacar de allí.

—Que no se acerque ningún indio —indicó a los soldados—. Y eso va por ti también —dijo dirigiéndose a Pedrito, el indio que había dado la voz de alarma.

—Mi hermana está ahí encerrada, quiero estar con ella —contestó el indio.

—La enfermedad es sumamente contagiosa, no te acerques —replicó el médico con voz autoritaria. Y dirigiéndose a Matos, añadió—: Voy a organizar el traslado al hospital, necesito que lleve a todo el personal obrero a la sala más alejada, y que permanezcan tranquilos y sin salir. Luego mande higienizar todas las zonas por donde pasemos con los enfermos. Las tareas de limpieza las tienen que realizar españoles, inmunes al *cocolitzli*. ¿Entendido?

—Sí, doctor, ¿cómo no? —respondió huraño el capataz.

Francisco salió con paso apresurado, montó en su caballo y se alejó al galope dejando a la muerte tejiendo su red en el obraje De Vera.

El manto de estrellas que les regalaba el cielo nocturno se mecía al son de las alegres canciones con que se celebraba esa noche la vuelta a casa a bordo de la Reina Ester. Habían salido del puerto de Ámsterdam dos años y ocho meses antes y a él regresaban con un buen botín, toneles de azúcar, cuero, tabaco y palo de Brasil, entre otros muchos productos, además de haber apresado dos hermosas naves rendidas por el enemigo a las que habían rebautizado como Rebecca y Don Samuel. También llevaban las bodegas del Sin Fin y el Fénix Negro, las otras dos naves que componían la flota del corsario Hans Van der Meer, al mando de sus capitanes Tomé da Silveira y Rui Gomes Ataide, respectivamente, repletas de un ilimitado número de productos de contrabando adquiridos en las blindadas colonias españolas.

Soplaba una gélida brisa otoñal que les traía olores añorados desde la cercana costa. Aunque habían dejado hacía días la calidez del sur atlántico, el licor calentaba la sangre y enardecía los corazones de esos valerosos y temidos hombres que se servían a sí mismos, a la nación sefardí y a los intereses políticos y comerciales de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, también conocida como la WIC.^[1]

Habían recibido aviso de que una gran flota española estaba batiéndose en aguas del canal con la de Martin Harpertz Tromp, pero cuando atravesaron la zona esperando tomar partida en alguna escaramuza y ayudar así a su compatriota, las velas españolas se habían refugiado maltrechas en las costas del condado de Kent. Recalaron en Calais en su ruta, pues contaban con la amistad del gobernador, quien les dio buena cuenta del balance positivo del combate para el lado holandés. Hacía poco que había partido la flota de Tromp bien aprovisionada, después de desembarcar a los heridos y de realizar las pequeñas reparaciones necesarias para ir en persecución del enemigo.

La voz de varios marineros llenaba de ecos la noche clara, mientras otros acompañaban con las palmas y Hans lo hacía tocando una vihuela. Sus dos amigos, Tomé y Rui, se habían sumado a la fiesta con sus respectivas

tripulaciones habiendo dejado un timonel y dos vigías en cada nave, ya que se encontraban en aguas seguras.

El ron fue apagando las voces y adormeciendo las entendederas hasta que el casco de la Reina Ester se llenó de sonoros ronquidos y sueños de las hazañas más osadas aún por realizar.

Al amanecer pudieron ver el bosque de mástiles que se extendía a lo largo de varias millas. Era el puerto de Ámsterdam, la ciudad más importante del naciente imperio comercial de la República de las Provincias Unidas. Sortearon con cuidado el banco de arena Pampus y se adentraron en el Zuiderzee, al este de la ciudad, acercándose lentamente a la costa para levar anclas.

Las noticias de las hazañas de la banda de Hans Van der Meer siempre viajaban más rápidas que sus naves, por lo que eran ya conocidas en la ciudad cuando echaron el ancla y se acercaron a tierra en los bateles. Recibían vítores y saludos desde los barcos cercanos y los curiosos que se acercaban cada día a ver llegar las naves les palmoteaban en la espalda y sonreían sin saber muy bien por qué, tal vez arrastrados por la algarabía de la llegada. Hans, seguido por sus tres hombres de confianza —Tomé, Rui y Duarte—, dio orden de descargar la mercancía y transportarla a los almacenes del puerto. De la parte que le correspondía a la sociedad para la que trabajaba, a él y a su tripulación, se encargaba Tomé da Silveira. Del resto, que debía ser entregado a la WIC, pues seguramente ya tenía la mercancía adjudicada o la sacaría a subasta aprovechando el mercado de escasez, se encargaba Duarte da Rocha Tavares, ayudado por la sombra de Hans, Keled, un jolonés musulmán que Hans había rescatado de una galera española en el Caribe y que le servía fielmente. Rui Gomes Ataide se encargaría de llevar al huésped portugués, liberado del Palacio de Inquisición en Lisboa, a casa de su hermano, de quien recibirían una importante suma en pago por el rescate.

A pesar del frío, el sol irradiaba una cálida luz que refulgía en el agua de un azul profundo; parecía que la oscuridad de la noche se había derretido en su interior. Estaban en casa. Hans observaba el trasiego de los barcos pesqueros y la gran flota de la Compañía de las Indias Orientales, la VOC, que contaba con miles de naves al servicio del comercio con Asia y un astillero propio para reparación y construcción de sus navíos, en espera de que desembarcaran a su alazán. En esos últimos meses de travesía había estado rumiando la decisión de cambiar su patente de corso y adentrarse en un mundo aún desconocido para él que le despertaba el entusiasmo y la fuerza de sus

comienzos. La junta de la WIC llevaba años presionándole para que entrara en el tráfico de esclavos que tan pingües beneficios estaba trayendo a decenas de comerciantes locales, mercado que la Compañía de las Indias Occidentales aún no dominaba. Estaba seguro de que nunca traficaría con hombres, mujeres o niños, fueran del color que fueran, y así se lo había hecho saber a la directiva de la organización, que no entendía que un corsario tuviera tantos escrúpulos.

—Vaya, vaya, ¿a quién tenemos aquí? Sigues igual de lento que siempre.

Hans escuchó una voz a su espalda y se giró sabiendo de quién se trataba.

—Robin el Rápido, o como dicen ellas, el Precoz, pues quien holga contigo viene después a buscarme para saciarse las ganas —se burló Hans.

—Solo te dejo a las feas, que de las bellas doy yo buena cuenta. Y hablando de cuentas, siempre tengo que estar saldando las tuyas —contraatacó Robin el Rápido.

—Eso te quieren hacer creer —replicó Hans soltando una carcajada.

—Sabes de sobra que la sociedad me manda tras tus pasos para asegurarse de que cumplas lo encomendado.

—Entonces deberíamos darte el apodo de Robin la Niñera. Podrías invertir tu tiempo en actividades más interesantes, pues sería la primera vez que fallo en una misión, a pesar de tener que estar contrarrestando tus torpezas. Si me disculpas, tengo cosas más interesantes que hacer que perder el tiempo contigo —sentenció el corsario apartándose de su contrincante.

Se acercó al muelle donde estaban descargando su caballo y acarició las crines de su compañero inseparable de aventuras, que refunfuñaba después del corto trayecto en barcaza. Montó y le susurró al oído: «A casa, Palache».

Al pasar por delante de su rival escuchó que le decía con una media sonrisa: «Mis saludos a Rebecca».

Las calles estrechas de la ciudad estaban ya concurridas a esas horas de la mañana y se tomó su tiempo para recorrerlas. Atravesó la plaza central; a las puertas de la Bolsa se veían numerosos comerciantes listos para pujar por las mercancías recién llegadas. Hans continuó hasta la zona donde estaba asentada la comunidad sefardí, entre canales. Desmontó y caminó guiando a su caballo, que mantenía un trote bailarín; Palache también estaba contento de estar en casa. Su hogar era un estallido de abundancia para los sentidos y se sintió contento de estar de regreso: el colorido de los ropajes, los olores que salían de las cocinas y de las tahonas distribuidas a lo largo de la calle llena de vecinos que charlaban y de niños que correteaban por todas partes. Muchos

fueron los que le reconocieron y le saludaron con cariño. A los pocos metros recorridos ya llevaba pegada a sus talones a una pandilla de siete u ocho pequeños de distintas edades que se le colgaban de los ropajes y le interrogaban sobre su viaje.

—¿Peleaste con muchos piratas?

—¿Había monstruos marinos?

Hans se paraba un rato a contarles alguna historia fantástica y seguía caminando hasta el siguiente encuentro. Le costó casi una hora llegar a casa de su padre, a quien ansiaba ver. La vivienda tenía tres plantas con numerosas ventanas; en la planta de abajo estaba la tienda. Se asomó por la ventana y vio al ayudante de su padre haciendo anotaciones en un libro de grandes dimensiones. Dio la vuelta a la casa por el callejón, donde dejó bebiendo a Palache en el abrevadero, y entró por el patio situado en la parte trasera, que conectaba con la cocina y donde había ropa tendida. Allí estaba María, la entrañable aya que le había cuidado desde que nació. Se acercó con sigilo por detrás y le cubrió los ojos con las manos. Ella dio un respingo del susto, le palpó las manos fuertes y ásperas, y con voz suave, llena de emoción, sin atreverse a decirlo muy alto por miedo a que se desvaneciese como una aparición, preguntó sin soltar las manos de Hans:

—¿Juan?

—El mismo, nana —le susurró al oído.

María se dio la vuelta y contempló el rostro ojeroso y la radiante sonrisa que el joven corsario le dedicó. Le tomó la cara con las manos regordetas llenas de harina y le plantó dos sonoros besos en cada mejilla. Las lágrimas le corrían a raudales sin poder contenerlas.

—¡Qué alegría que hayas vuelto, niño! Estás más alto, pero demasiado delgado, ¿comes bien? —le decía palpándole el torso y la cintura—. Ya verás, unas semanas al cuidado de la vieja María y vas a volver a ser el muchacho lozano que tu madre trajo al mundo — y añadió con la voz quebrada antes de refugiarse en su delantal para llorar sin contención ni consuelo—: Cada día te pareces más a ella.

—Vamos, vamos, viejita, no te pongas así. La encontraré, la encontraré, te lo juro —dijo abrazándola con fuerza—. ¿Dónde está mi padre? No le he visto en la tienda.

—Hará menos de una hora que salió a despedirse del rabino Mennaseh ben Israel, puede que siga allí.

—El rabino, ¿se va?

—Eso parece hijo.

—Y Rebecca, viejita, ¿cómo está Rebecca?

—¡Ay, niño! ¡Tardaste mucho en volver! Contrajo nupcias hace algunos meses con uno de los Cohen, con Abraham.

Los ojos oceánicos de Hans refulgieron de ira e impotencia, pero detrás de la máscara de hombre despechado la nana podía ver el inmenso dolor que la noticia le había producido. Ahora entendía el sarcasmo en los ojos de Roberto Guzmán de Cáceres, o como se hacía llamar su eterno rival, Robin Dirkus el Rápido.

—¿Y sabes si es feliz? —preguntó después de una silenciosa pausa.

—Eso parece, Juan —contestó acariciándole la mejilla.

—Entonces, me alegro por ella. Voy a buscar a mi padre.

Hans le dio un beso en la cabeza cubierta por un pañuelo y salió con congoja de la casa. Su madre le había abandonado al día siguiente de que él cumpliera quince años y el amor de su niñez no había mantenido su promesa de esperarle. Las dos mujeres que más amaba le habían traicionado y abandonado. No le volvería a pasar, se dijo.

Al salir del callejón, en el lateral izquierdo de la vivienda, se chocó con un muchacho de unos siete años que iba leyendo. El pequeño le miró con sus ojos inteligentes y al reconocerle se le iluminó su mirada oscura y le dijo:

—Señor Juan, ¿ha cumplido su promesa de traerme libros secretos?

—Depende de quién seas, porque solo hice esa promesa al pequeño de Espinosa y era más bajito que tú —contestó Hans poniéndose a su altura para mirarle de frente.

—Pues claro, entonces tenía cinco años y ahora estoy a punto de cumplir ocho —respondió Bento.

—Entonces, eres tú. Has crecido mucho. Pero para leer los libros que he traído necesitas saber varios idiomas.

—Ya sé leer en portugués y español y estoy aprendiendo latín y hebreo.

—Bien hecho, Bendito. Mañana pasa por casa y te los entrego, pero tendrás que esconderlos bien, porque nadie puede saber que los tienes. ¿Has preparado el escondite? Estar preparado es lo más importante en la vida para que no te pillen desprevenido.

El niño asintió y Hans le tendió la mano para sellar el pacto. En ese momento se oyó la voz de una mujer que llamaba al pequeño.

—¡Bento, hijo!

—¡Voy, mamá! —contestó el niño antes de despedirse—. Hasta mañana, señor Juan.

Hans, o Juan, como le conocía todo el mundo en su comunidad, caminó por la calle San Antonio hasta que reconoció la casa de ladrillos rojos del rabino. Llamó a la puerta con la aldaba. Al cabo de algunos minutos, una mujer vestida con gruesa tela de colores oscuros abrió la puerta. Se sorprendió del deterioro de doña Raquel. Su pelo recogido hacia atrás y parcialmente cubierto había encanecido. Se la veía cansada y su ceño fruncido denotaba una constante preocupación. No pareció reconocerle.

—¿Qué se le ofrece?

—*Shalom*, doña Raquel. Soy Juan, el hijo de Saúl.

—*Shalom*, Juan, no te he reconocido, estás muy cambiado, eres todo un hombre. Tu padre se alegrará de saber que has vuelto. Pasa, pasa, está en el despacho con mi esposo.

Hans entró al zaguán.

—Sigue el pasillo hasta el fondo, es la puerta de la derecha. ¡Gracia! —dijo la mujer llamando a su hija.

Una niña flaca, de rostro pálido y cabellos negros recogidos en dos largas trenzas, se asomó al pasillo.

—Diga, madre.

—Acompaña a Juan al despacho.

—Sí, madre.

El pasillo era estrecho y oscuro, olía a humedad, a los lados había amontonadas pilas de libros y algún que otro cuadro. Era la primera vez que entraba en casa del rabino y le sorprendió lo pobre, pequeña y estrecha que era.

—Nos vamos a Brasil, estamos empacando —comentó la niña al verle observar las cosas que se amontonaban en cada rincón. Tendría unos once años, calculó Hans.

Gracia llamó tímidamente a la puerta, pues sabía que a su padre no le gustaba ser molestado cuando recibía visita.

—Vienen a ver a don Saúl —dijo dejando espacio a Hans para que entrase al despacho.

Al verle, su padre se levantó de un salto de la silla y se lanzó a abrazarle.

—¡Hijo! ¡Qué sorpresa! —dijo mientras se abrazaban con emoción—. Déjame verte bien. Estás más fuerte y alto, ¡qué alegría, qué alegría! —y volvió a abrazarle con fuerza y a palmotearle la espalda—. Verás qué contenta se pone María cuando se entere.

—La he visto ya, he pasado por casa a buscarte hace un rato.

El rabino, don Manoel Dias Soeiro, conocido en la comunidad sefardí como Menasseh ben Israel, miraba la escena enternecido.

—Disculpe, rabino, ¿recuerda a mi hijo? —preguntó Saúl.

—Claro, ¿cómo estás, muchacho? —dijo tendiéndole las dos manos.

—*Shalom*, rabino —contestó Hans sosteniéndole las manos un instante.

—Siéntate —dijo mientras sacudía el polvo de una silla con su pañuelo.

—Rabino, me ha dicho su hija que se marchan a Brasil, ¿es así?

—Sí, Juan. Aquí no hay futuro para un hombre como yo. Con la fusión de las tres comunidades me he quedado sin trabajo y mi imprenta no da para alimentar a mi familia. Estos últimos meses hemos malvivido de las clases de hebreo que doy a algunos amigos gentiles, pero no tengo edad para estas penurias y quiero un futuro más prometedor para mis hijos.

—¿Ya no existe Neveh Shalom? La fundó don Samuel —preguntó Hans extrañado, pues ninguno de sus agentes en Ámsterdam le había informado del devenir interno de la comunidad sefardí.

—Sí, hijo, sé lo mucho que admirabas al rabino Palache, pero los tiempos están cambiando —intervino su padre.

—La intención es buena, porque solo se pretende el fortalecimiento de nuestra tradición y la unión de nuestro pueblo. Por eso las familias más influyentes, apoyadas por algunos rabinos, han decidido fusionar las tres comunidades existentes, Beth Jacob, Neveh Shalom y Beth Israel, en una única comunidad, el Talmud Torá —explicó el rabino.

—¿Y quién es el nuevo rabino? —preguntó Hans.

—Saúl Levi Morteira —contestó Menasseh ben Israel.

—Entonces, lo que ha ocurrido es que se ha impuesto la radicalidad de Beth Jacob.

—Es peor aún —afirmó su padre—. En Talmud Torá las regulaciones internas son más estrictas ahora, porque no está administrada por el rabino, sino por una junta laica, el Mahamad, formada por siete personas, los *parnassim*. Los administradores han sido elegidos entre los miembros más ricos e influyentes de la comunidad. Muchas de las decisiones se toman por razones económicas y políticas. Ya se percibe una fuerte censura a la conducta

y comportamiento de todos nosotros, y no se aceptan disidentes ni contradictores.

—Además, el rabino es un asalariado relegado a los asuntos religiosos y cuestiones de fe y desvinculado del juicio sobre la moral de su pueblo — añadió el rabino.

Los ojos del rabino, que siempre le habían sorprendido por la viveza y la paz que transmitían, reflejaban una profunda tristeza y cansancio. Hans se imaginó lo difícil que habría sido el último periodo para los miembros de Neveh Shalom, comunidad a la que él también había pertenecido hasta que su madre... hasta que se dejó seducir por los ecos del mar, se dijo para apartar el primer pensamiento de su mente.

Se fijó que en el suelo había un retrato del rabino como él lo recordaba, con la profundidad en la mirada que recordaba y que el artista había sabido captar.

—¿Quién pintó este retrato? —preguntó Hans al tiempo que lo recogía del suelo para contemplarlo más de cerca.

—Lo pintó mi vecino, hará unos tres años. Es un retratista con mucho talento. Vive en esta misma calle, en una gran mansión, ha alcanzado mucha fama y tiene un taller de considerables dimensiones. ¿Te interesa el arte?

—Sí, desde hace algún tiempo he estado adquiriendo algunas piezas en mis viajes, tengo una interesante colección. Si me permite, me gustaría comprárselo. Le pagaré un buen precio —respondió Hans con la intención de ayudar al rabino, aunque también le interesaba el cuadro porque tenía calidad.

El rabino le miró entendiendo sus razones, y aunque no quería desprenderse del regalo de su amigo, sabía que no podría llevarse todos sus bienes a Brasil y que su familia necesitaba el dinero, por lo que la oferta del muchacho le pareció muy generosa.

—Es tuyo, Juan —le dijo.

—Gracias, rabino. ¿Cuándo tienen pensado partir?

—En breve, antes de que caiga encima el invierno.

—No puedo prometerle nada, pero creo que puedo encontrarle un trabajo digno que le permita vivir holgadamente. Déme unos días.

—Te lo agradezco, Juan, pero no creo que sea fácil. He agotado todos mis contactos y no he conseguido nada.

Padre e hijo se despidieron del rabino y caminaron por el estrecho pasillo hasta la salida, despidiéndose a su vez de la señora Raquel y de su hija, que les salieron al paso al oír que se abría la puerta del despacho.

Hans agradeció estar al aire libre, pues la atmósfera dentro de la vivienda estaba muy viciada. Caminaron un tramo en silencio. Las noticias eran pesimistas. Temía por su padre. Era un hombre devoto, pero su matrimonio con una católica era una mancha que la nueva comunidad no podía pasar por alto. Don Saúl, adivinando su pensamiento, le dijo:

—Hijo, he decidido volver a casarme. Tu madre no va a volver, puede que no...

—No lo digáis, padre. Está viva, lo sé. Pero lo entiendo, han pasado muchos años.

—Estaba esperando que volvieses para hablar contigo. Ella estará contenta de saber que la espera ha terminado.

—¿Quién es?

—Hannah.

—¿La panadera? —preguntó Hans sorprendido.

—Sí, su marido falleció el año pasado. Es aún joven, apenas treinta años, y tiene dos hijos, de doce y catorce años. Su negocio es estable y sería una buena compañera para mi vejez.

—Entiendo, padre.

—Le diré a María que prepare una buena cena, así podrás conocerla mejor y te presentaré a tus hermanastros, que están muy emocionados con que seas su hermano mayor.

—Padre, acabo de llegar y tengo asuntos que tratar, dadme unos días.

—Está bien, pero cuenta con que el enlace se celebrará en unas semanas.

—Nos vemos más tarde.

Cuando Hans se acercó a abrazar a su padre para despedirse, este le dijo al oído:

—Hijo, parece que van a prohibir entrar a la sinagoga a los no circuncisos.

Hans se apartó de él y le dedicó una amplia sonrisa.

—No os preocupéis. Hasta la noche.

Y se alejó dejando a su padre observando cómo se perdía por las callejuelas de la ciudad.

Las dos muchachas bordaban en el jardín, rodeadas de aromas y trinos de pájaros. Mariana estaba absorta, y con la mirada perdida parecía contemplar con suma atención el movimiento de las nubes.

María Jimena la observaba inquieta. No sabía si interrumpir sus pensamientos, pues le urgía preguntarle por algunas cuestiones un poco delicadas. Desde que su amiga había vuelto de su viaje a Lisboa habían pasado casi todas las tardes juntas, bordando o tomando chocolate y charlando de cosas sin importancia. Doña Aurora había propiciado esa intimidad juvenil, pues veía a su hija decaída desde su regreso y sabía lo risueña y dicharachera que era la pequeña de los Fábregas. Además, su amiga doña Eleonora le había comentado lo sola que se sentía su pequeña ahora que su hermana había ingresado en el convento de Santa Clara.

—Mariana —se atrevió por fin la joven al verle bajar la mirada de nuevo a la labor.

—¿Sí, María Jimena?

—¿Cuándo supiste que estabas enamorada de Francisco?

—Creo que el sentimiento fue surgiendo con el tiempo, con el trato y sus atenciones.

—¿Y qué sentías cuando estabas cerca de él?

Mariana se sorprendió de la osada pregunta de su amiga, que le hizo sonreír por primera vez en muchas semanas.

—Perdóname, no tienes que contestarme —se disculpó María Jimena.

—No te preocupes, entiendo tu interés por saber, estás en edad casadera. Sentía paz, afecto, seguridad... bueno, aún lo siento, porque aunque esté lejos sé cuanto me ama y...

—¿Has sentido alguna vez un amor arrebatado por alguien? Un amor que arde en las entrañas, que duele como una puñalada en el estómago, un sentimiento feroz que no deja dormir por las noches ni pensar por el día —preguntó María Jimena bajando la voz hasta casi ser inaudible.

Mariana la observó atentamente y le entró una gran curiosidad por saber qué escondía la muchacha.

—No, creo que no he sentido ese tipo de amor. ¿Y tú?

María Jimena bajó la mirada azorada. Su rostro enrojeció como la amapola y Mariana percibió un leve temblor en sus labios.

—Yo... yo...

María Jimena se cubrió la cara con las manos y se puso a llorar desconsoladamente. Necesitaba una confidente porque no podía sobrellevar sola el peso de su pasión. Mariana se arrodilló junto a ella e intentó separarle las manos del rostro bañado en lágrimas, pero María Jimena se resistía.

Estaba muy avergonzada por haberse dejado llevar de ese modo, pero ya no podía más con su desbordado corazón.

—Puedes confiar en mí, María Jimena. Nadie sabrá lo que me cuentas. Toma —le aseguró mientras le entregaba un pañuelo de lino para que se secara el agua salada de la cara y un vaso que estaba sobre la mesa de la merienda—. Bebe un poco de agua, te refrescará. ¿Qué te aflige? Dime.

—Amo a un hombre y no sé como arrancarme el puñal que tengo clavado en el pecho —afirmó la muchacha titubeante, pero con ardor.

A Mariana no le dio tiempo a responder, pues en ese momento oyó a sus espaldas dos voces masculinas que se acercaban. Las jóvenes vieron llegar por el sendero que bajaba de la casona a Álvaro y Vincent, que conversaban animadamente. Detrás iban del brazo doña Aurora y doña Eleonora, y a poca distancia de ellas, cerrando la comitiva, Vidonia. María Jimena se secó las lágrimas a toda prisa y se incorporó dando la espalda a los recién llegados.

—Buenas tardes, señoritas, nuestro amigo Vincent ha tenido una gran idea. ¿Qué os parece si salimos a dar un paseo a caballo? Hace tiempo que quiero visitar la finca de Rodrigo De Vera, que está a pocas millas de distancia. ¿Qué decís?

Las dos jóvenes se miraron con complicidad. María Jimena intentaba ignorar la presencia de Vincent, pero el corazón le latía con fuerza y sentía que se iba a desmayar.

—Álvaro, vos siempre tan atento. Creo que es una gran idea —comentó doña Aurora.

—Te veo pálida, María Jimena, tantas horas al sol no son buenas —dijo doña Eleonora acercándose a su hija.

—Estoy bien, madre —dijo la muchacha apartándose de la caricia de la dama.

—Dadnos unos minutos, caballeros —dijo Mariana dedicando a Álvaro una amplia sonrisa, pues apreciaba el esfuerzo que hacía su amigo por animarla desde que había regresado de su viaje—. María Jimena, vamos a cambiarnos.

Las dos jóvenes se alejaron de la mano mientras los demás disfrutaban del día soleado.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó Mariana cuando ya se habían alejado lo suficiente del grupo.

—Sí, no te preocupes, me vendrá bien el paseo.

En su ausencia, y con el permiso de doña Aurora, Álvaro y Vincent se habían ocupado de dar orden de preparar los caballos y ya los tenían ensillados y listos para partir. Cuando las vieron aparecer, los dos se acercaron para ayudarlas a montar. Vincent fue el primero en aproximarse. Con paso decidido y los ojos brillantes, tomó a María Jimena de la mano y la acompañó hasta su cabalgadura. Ella se dejó hacer, pues bastante tenía intentando mantenerse en pie al sentir el calor que desprendía la mano de su amado y la cercanía de su cuerpo.

—¿Me permites? —le preguntó mientras la tomaba por la cintura para alzarla.

Ella le miró fijamente a los ojos y asintió levemente con la cabeza. Vincent la acercó hacia sí un poco más y justo cuando iba a elevarla susurró:

—Yo también te amo.

—Pase por aquí, señor Van der Meer, mi amo le está esperando —le anunció un mayordomo elegantemente vestido.

Hans había dado un paseo a pie por la ciudad antes de encaminarse a casa del hombre que le había contratado para rescatar a su hermano de una mazmorra portuguesa. Necesitaba asimilar las últimas noticias recibidas, el matrimonio de Rebecca con Abraham Cohen, la situación de la comunidad, el compromiso de su padre... Se quitó de la cabeza las preocupaciones, porque tenía que tomar decisiones y necesitaba tener la mente despejada.

La mansión de Lourenço Loule Sarré, conocido como Jacob Levy en la comunidad sefardí, estaba ricamente decorada con tapices, cristalería, alfombras y muebles estilo francés. Formaba parte de la nobleza portuguesa de la ciudad. Era accionista de la VOC y patriarca de una gran prole. Le había conocido en una de las famosas fiestas que organizaba la aristocracia sefardí, en las que se representaban obras de autores castellanos como Lope de Vega o Quevedo y en las que el baile duraba hasta el amanecer.

Al pasar al salón se encontró con Tomé y Rui, que fumaban un puro y bebían brandy en unos vasos de cristal labrado. Los dos se incorporaron al verle.

—¿Dónde te habías metido? Llevamos esperando más de una hora —se quejó Tomé.

—Sí, ya veo lo mal que lo estáis pasando en mi ausencia. Mi padre se casa, hermanos —anunció soltando una sonora carcajada—. ¿Podéis creerlo? A su edad y con una mujer veinte años más joven.

Los tres rieron de buena gana la noticia.

—¿Y quién es la elegida? —preguntó Tomé.

—Hannah, la panadera —respondió Hans.

—¿La de los pechos generosos y las nalgas de yegua? —preguntó Rui.

—¡Más respeto! —dijo Hans dándole una palmada en el rostro a su amigo y riendo de nuevo—. ¡Qué estás hablando de mi madrastra!

—¡Hans Van der Meer con una madrastra que es casi de su edad! Vayámonos cuanto antes, tomemos el siguiente encargo y partamos antes de que sea demasiado tarde y nos pongan a hornear panecillos —se burló Tomé.

En ese momento irrumpió en la sala Jacob Levy. Era un hombre menudo y muy delgado, de tez blanquecina y un pelo fino, corto y oscuro. Vestía ricamente, con jubón granate con bordados en oro y calzones a juego, parecía preparado para asistir a una recepción en la corte. Y así se sentía él, impresionado y agradecido en lo más profundo a ese joven de mirada cristalina, tez tostada por el sol y pelo alborotado que había salvado de una muerte segura a su hermano.

—Señor Van der Meer —dijo emocionado tomando sus manos.

A Hans le desagradó el contacto de sus manos huesudas y gélidas, pero la sinceridad de su mirada le llegó al corazón. Los dos hombres se sostuvieron la mirada durante largo rato, como si estuvieran manteniendo una conversación muda.

—Tome asiento, por favor —dijo por fin el señor Loule.

—Gracias. ¿Cómo se encuentra su hermano? —preguntó el corsario con cortesía.

—Está muy débil, pero contamos con la sabiduría del galeno Miguel Fernández, quien me asegura que se recuperará. El pobre delira, no sé si es consciente de dónde está.

—En unos días verá su mejoría, estoy seguro. Aguantó muy bien el viaje de regreso y nuestro cirujano estuvo pendiente de él las veinticuatro horas del día —le consoló Hans.

—Sus dos amigos me han contado cómo fue el rescate. Estoy muy impresionado, es usted hombre de arrojo y valentía. Doy gracias a Yahvé de que no hubiese imprevistos —afirmó Jacob Levy.

—Hubo un pequeño incidente, pero en nada entorpeció el rescate —respondió Tomé mirando burlón a su amigo.

Hans sonrió recordando a la hermosa mujer de cabellos olorosos, ojos de canela y suave palpitar con la que cabalgó hacia el amanecer a lomos de Palache.

El anfitrión se levantó de su asiento, se acercó a un mueble de madera de nogal y abrió con una llave el primer cajón, del que extrajo un cofre de metal con incrustaciones de perlas y piedras preciosas. Lo sujetó con las dos manos, pues pesaba varias libras, y se lo entregó a Hans.

—No hay riqueza en el mundo con la que pueda pagar tener a mi hermano conmigo. Acepte esto en señal de mi agradecimiento eterno. Estoy a su servicio. Avíseme de su próximo destino, pues seguramente mis contactos comerciales en ultramar le podrán ser de ayuda.

Hans aceptó el pago del rescate, que al peso calculó que se trataba de más del doble de lo que habían pactado.

—Muchas gracias, señor Loule. No le entretenemos más. ¡Qué tenga buen día! *Shalom*.

—*Shalom* —añadieron a su vez Tomé y Rui.

El señor de la casa les acompañó hasta la puerta y se despidió con la mano en el corazón y una inclinación de cabeza.

Bajaban juntos los escalones de la mansión haciendo planes sobre dónde iban a gastar el dinero del rescate.

—Por lo pronto, señores, un buen vino bañando un asado de cordero y adornado de las bellas damas de la taberna del turco estaría acorde con mis apetencias en estos momentos —propuso Rui—. Los monjes se solazan más que nosotros con esta férrea disciplina que nos impones, Hans.

—Te apoyo en la propuesta, aunque antes hay que poner a buen recaudo este cofre —afirmó Tomé.

—Keled debe de haber terminado de vigilar la labor de descarga de la nave junto a Duarte. He quedado en reunirme con ellos en mi casa.

—Vamos, pues —afirmó Tomé.

Los tres jóvenes caminaban sintiéndose dueños del mundo. Les embargaba esa sensación de inmortalidad, de plenitud momentánea que trae la dicha de haber vencido las adversidades y haber salido victorioso. Llevaban casi una década esquivando a la muerte y eso les hacía ingenuamente poderosos y atrevidos. Sin embargo, esa ingenuidad les volvía vulnerables, pues no les permitía percatarse de la siniestra mirada de quien seguía sus pasos de cerca. Hans era el más osado. Para él la muerte no existía, no entraba en su mente que algo fuera a acabar con él, y no era porque no hubiese mirado a la dama de negro a los ojos, porque a unos cuantos había despachado al otro lado con su espada y a tantos otros, compañeros de aventuras, los había visto devorados por las fiebres, tragados por el mar embravecido en una noche de tormenta o desangrados por el machete de algún marinero enemigo. Pero su pecho era incapaz de albergar miedo, o tal vez desafiaba a su ángel protector,

el arcángel Gabriel, al que rezaba en secreto con su madre desde que tenía memoria y el que, según ella, siempre había velado por su bien y siempre lo haría, o eso decía su nota de despedida.

Los tres se conocían desde niños. Los padres de sus padres habían tenido que exiliarse en Ámsterdam debido a la persecución cada vez mayor contra los conversos, pues tras los decretos de expulsión de los Reyes Católicos, en Castilla, y de Manuel I, en Portugal, la Inquisición acosaba sin tregua a los nuevos cristianos.

Tomé era el más apegado a Hans. Siendo el primogénito, sus padres residentes en Hamburgo y con siete hijos pequeños a los que alimentar, le habían enviado a Amsterdam a educarse con su tío comerciante para que se hiciera un hombre de provecho y pudiese ayudar a la familia. Había atendido a la *yeshiva*, la escuela rabínica, junto con Hans, Rui y otros muchachos. Era tímido, pero despierto. Los primeros meses sufrió mucho la separación de su madre, a la que estaba muy apegado, y como su tío viajaba mucho solía estar solo en la casa atendido por la servidumbre. Hans, sabiéndole solo, le invitaba a comer a casa y se hicieron inseparables. La madre de Hans, Lucía, lo acogió como un hijo más, y cuando su tío faltaba se trasladaba con sus bártulos a dormir a casa de su amigo. Así descubrió el gran secreto que guardaba su compañero. Su madre era una conversa de corazón y no había vuelto a la fe de sus antepasados. A pesar de pertenecer a la comunidad sefardí en Ámsterdam, asistía en secreto a misa católica y rezaba con Hans cada noche desde que era un niño. Su marido consentía en silencio, pero no cejaba en su empeño de reconvertirla, persuadiéndola de que se arriesgaba a la *cherem*, la excomuniación hebrea, pues la comunidad sefardí no permitía el matrimonio con católicos, quedarían aislados, nadie haría negocios con él y sería la ruina para la familia, le aseguraba. Tomé se sentía muy unido a esa mujer que le había reconfortado en noches de pesadillas y que le trataba sin ninguna distinción en relación a Hans. Se sentía honrado de formar parte del círculo íntimo familiar y, por supuesto, nunca desveló el secreto. Cuando Lucía desapareció, los dos muchachos se unieron todavía más en un mismo dolor y en la promesa de encontrarla.

Keled había abierto todas las ventanas para ventilar la casa, que llevaba cerrada más de dos años. Estaba desempacando las cosas de Hans en su alcoba cuando escuchó las risotadas de su amo, que llenaba todos los huecos de la casa.

—Keled, ¿dónde andas?

—Aquí arriba, amo, en su cuarto.

Hans subió de dos en dos los escalones de madera alfombrados, mientras Tomé y Rui tomaban asiento en unas cómodas butacas de la sala.

—¿Cuántas veces te he dicho que no me llames «amo»? —le reprendió Hans con suavidad.

—Y yo le he explicado que mi vida le pertenece hasta que sea capaz de salvarle la suya. Solo entonces seré de nuevo un hombre libre, pues habré saldado mi deuda de honor. Hasta ese momento, ni su merced ni nadie podrán apartarme de mi deber.

—Sea, pues. ¿Qué tal ha ido la descarga?

—Bien, amo, sin contratiempos. Está en los almacenes del muelle, lista para que haga entrega de ella a la WIC.

—¿Duarte?

—Como sospechaba su merced, es un traidor. Soborné a uno de sus hombres, como me indicó, y me llevó a la bodega del Rebecca. Allí hallé a una treintena de esclavos negros ateridos de frío y medio muertos, hombres, mujeres y varios niños de entre ocho y once años. Me pareció que alguno estaba demasiado quieto, así que si no está muerto probablemente no durará muchas horas. ¿Qué tiene pensado hacer?

—Aún nada, necesito averiguar con quién está trabajando Duarte, porque estoy seguro que no es una actividad aislada. Casualmente en el muelle me encontré con Robin el Rápido, que siempre parece estar al tanto de nuestros movimientos, y aunque sé que cuenta con la confianza de algún miembro de la sociedad, su rivalidad va más allá y tengo que averiguar qué hay detrás de ella. ¿Cuándo será el desembarco de esclavos?

—A medianoche.

—Bien, averigua quién está detrás. ¿Crees que Duarte sospecha algo?

—No creo, no se distingue por su astucia y le ciega la ambición y la ganancia fácil —respondió Keled.

—Cierto, pero sus compinches puede que sean más despiertos. De cualquier manera, se exige la más estricta discreción hasta que tengamos más datos. De momento no les digas nada a Tomé ni a Rui, no dudarían en dar a Duarte su merecido.

—Como mande, amo.

—Sé persuasivo con tu confidente, no queremos que se venda al mejor postor y acabemos apuñalados por la espalda —le advirtió Hans.

—Así lo haré. Aquí tiene el inventario de la mercancía —dijo Keled entregándole un pliego de papel.

—Muy bien —dijo Hans tomando el documento—. Espérame abajo, que quiero refrescarme un poco y cambiarme de ropa. Por cierto, creo que permaneceremos en la ciudad durante unos meses, así que necesito sirvientes de total confianza. Encárgate de ello.

Keled asintió, y antes de retirarse, añadió:

—Sobre el lecho tiene su daga y el atado de cartas que me pidió que le guardara.

Hans esperó a que el sonido amortiguado de los pasos de Keled se perdiera en la distancia, cerró la pesada puerta de la alcoba y se acercó a una estantería llena de libros encuadernados en cuero de los que apenas se distinguía el color por el polvo acumulado en su ausencia. La estantería cubría una pared entera desde el suelo de losas blancas y negras hasta el techo. Tras accionar un resorte, la estantería se retiró hacia la derecha y dejó al descubierto un hueco en la pared, donde Hans depositó el cofre del rescate. A continuación, volvió a descorrer la estantería hasta que oyó un sonido metálico. Una vez que hubo comprobado que el dispositivo había quedado bien cerrado, se dispuso a asearse para reunirse con sus hombres.

—Mirad que acicalado baja, todo un galán —se burló Rui.

—No hacía falta tanto, que las chicas del turco son bastante fáciles y no necesitan de mucha galantería, más allá de la bolsa repleta de florines —bromeó Tomé.

—Aún no he tenido tiempo de informar a la WIC de nuestra llegada —contestó Hans.

—Te acompañaremos —ofreció Tomé.

—No hace falta, amigo. Id animando el ambiente hasta nuestra llegada, Keled viene conmigo.

—¿Dónde está Duarte, Keled? —preguntó Rui.

—Ya debe de estar ebrio, porque después de la descarga de las naves se fue derecho a la primera taberna que encontró —informó Keled.

—Vamos, pues —dijo Hans liderando al grupo a la calle bulliciosa de media tarde.

La sede de la WIC en Ámsterdam estaba situada en el centro de la ciudad, en la pequeña plaza de Herenmarkt, rodeada por el agua de los canales de la

Haarlemmerstraat y la calle de los cerveceros, límite entre el lado opulento de las grandes mansiones de los ricos comerciantes y los barrios más humildes. La casa de las Indias Occidentales o Westindisch Huis era un edificio sólido de dos plantas con numerosos ventanales construido unos años antes como mercado de carne. La compañía había alquilado el edificio en 1621, poco después de su fundación por los Estados Generales.

Hans saludó al guardia de la entrada, quien había formado parte de su tripulación en el pasado, hasta que su joven esposa le convenció para servir a la WIC en un puesto local y de menor riesgo. Como ritual administrativo rutinario, le mostró su patente de curso firmada por el Stadholder antes de acceder al recinto. Atravesaron el patio central y se encaminaron al despacho del secretario. Se cruzaron con otro capitán que salía malhumorado de su reunión con la junta de la WIC.

El hombrecillo sentado detrás de una mesa cubierta de papeles ni siquiera levantó los ojos de la libreta donde realizaba anotaciones.

—Sus credenciales, caballero —requirió.

Hans le hizo entrega de su licencia de «capitán aventurero», como así se les conocía coloquialmente en la jerga de la compañía.

—Ah, capitán Van der Meer, por fin —dijo el secretario concentrando ahora sí toda su atención en la persona que tenía delante—. La dirección esperaba noticias tuyas desde hace más de un año, su contable tampoco supo darnos información detallada de sus actividades en ultramar —añadió escrutando al corsario con sus ojos saltones por encima de unos lentes ridículamente pequeños.

Hans sonrió ante el comentario, pero Keled frunció el ceño.

—Aquí tiene mi diario de viaje y el inventario de la mercancía consignada en mis almacenes del puerto —dijo Hans—. Por cierto, ¿qué le pasaba al capitán Wart? Parecía muy ofuscado cuando me lo crucé hace un momento.

—Hay gente que no conoce qué es el honor. El tal Wart secuestró al capitán general de las Islas Afortunadas valiéndose de un vil engaño. La junta ha decidido que debe retornar al caballero español a casa y a su cargo.

—¡Vaya! No me extraña que esté enojado, seguro que esperaba una gran recompensa por semejante presa. ¿Tiene algo para mí? —preguntó el corsario.

El hombrecillo se puso a rebuscar entre el mar de papeles en el que estaba sumergido y finalmente sacó la cabeza y dijo triunfal:

—Aquí está.

El capitán Van der Meer recibió de manos del funcionario un documento lacrado con las instrucciones de su siguiente misión. Se despidió del secretario, quien siguió nadando entre documentos. En el patio central, rasgó el lacre y leyó:

Por el poder conferido por los Estados Generales de estas nobles provincias y por su Majestad Frederik Hendrik de Orange a la Compañía de las Indias Occidentales en el servicio a la Patria y para la salvaguardia de los intereses nacionales en su guerra contra los enemigos, con jurisdicción comercial exclusiva desde África Occidental hasta las Américas y siguiendo las regulaciones generales establecidas por los diecinueve Heeren, se comisiona al capitán Hans Van der Meer a continuar su apoyo interceptando el comercio de naves españolas y portuguesas en aguas de la mar oceana en su ruta desde Angola hasta Veracruz. Protegiendo y facilitando el comercio holandés de mercancías estratégicas, sal, azúcar, tabaco y cueros en el Caribe.

Asimismo, se comisiona al capitán Van der Meer a confiscar en nombre de la Compañía la mercancía y las naves enemigas interceptadas, por lo que recibirá justo pago de la comisión acordada.

Siendo el tráfico de esclavos la principal fuente de lucro de la organización, se comisionan las naves integrantes de la flota del capitán Van der Meer, la Reina Ester, el Sin Fin y el Fénix Negro como barcos para el transporte de esclavos, recibiendo un premium del diez por ciento del valor de subasta por dichas transacciones comerciales.

Se le conmina a actuar en el ejercicio de sus funciones siguiendo el código de conducta contenido en las instrucciones de la Compañía y en conformidad al juramento que en su día realizara.

Deseándole vientos favorables en su próximo viaje.

La Dirección de la Cámara de Ámsterdam, Compañía de las Indias Occidentales.

—¿Qué sucede? —preguntó Keled al ver las cejas arqueadas de su capitán tras leer la misiva.

—Se avecina tormenta, amigo. Vamos a celebrarlo.

Vidonia vio luz por debajo de la puerta y llamó suavemente con los nudillos antes de entrar. Tumbada boca arriba en el lecho, aún vestida, yacía Mariana con los brazos apoyados por detrás de la cabeza. Tenía la mirada fija en algún punto del techo, como si estuviese contemplando las estrellas, y sonreía.

—Os ayudo a desvestiros —dijo Vidonia llamando su atención.

—No os oí entrar —respondió Mariana incorporándose.

—Hoy os veo con mejor cara, parece que el paseo a caballo os ha sentado bien.

—Sí —suspiró Mariana.

Vidonia se sentó a su lado en el borde de la cama. Vio cómo Mariana acariciaba distraída el diario de Isabel.

—Os lo puedo leer, si gustáis —se ofreció el aya.

—Aún no me he atrevido a abrirlo.

—¿Por qué?

—Tengo miedo.

—¿Miedo vos? No lo creo, sois tan valiente como vuestra madre, que Dios tenga en su gloria.

—Tengo miedo a perder el pasado, a llenarlo de dolor y ausencia. También a hacer sufrir a la mujer que me ha amado y cuidado y que ha sido mi madre durante todo este tiempo —confesó Mariana con la voz quebrada.

—Doña Aurora llevaba un peso en el corazón que por fin ha conseguido descargar. Podría haberlo mantenido en secreto, pero fue fiel a su promesa. Es vuestra madre y no va a dejar de serlo, pero Isabel también merece un lugar en vuestro corazón. Sobre vuestro pasado, tal vez el diario os ayude a entender mejor lo que hasta ahora ha estado en sombras. Esas páginas están llenas de amor y esperanza, solo pueden traeros cosas buenas. Ya no sois una niña, el mundo espera de vos. Todos tenemos una labor que llevar a cabo, pequeña o grande, descubrir qué es y realizarla es lo que da sentido a nuestro existir.

—¿Sabéis cuál es la vuestra?

—Fue cuidar de vuestra madre y ahora es cuidar de vos y de doña Aurora —contestó Vidonia.

—¿Cómo estáis segura de qué no estáis destinada a otras labores más elevadas?

—El corazón reconoce para qué está hecho, pues en verdad se trata de servir al Señor. Ante determinadas personas o circunstancias late más fuerte y todas nuestras habilidades se potencian, somos capaces de generar bien y hacer bien a las personas que nos rodean. Cuando reconozcáis la correspondencia, lo entenderéis. Eso sentí yo cuando conocí a vuestra madre y supe que mi destino estaría ligado al suyo —dijo mientras se limpiaba una lágrima que resbalaba solitaria.

—Aún no estoy preparada.

—Está bien —respondió Vidonia—. Venid, que os desvisto.

Mientras el aya cepillaba el cabello de Mariana, ella empezó a tararear la melodía de sus sueños.

—Había olvidado preguntaros. ¿Cómo pudisteis recordar esa nana que os cantaba vuestra madre? —le preguntó.

—¿Es una nana? ¿Me la cantaba Isabel? —preguntó Mariana un tanto asombrada.

—Sí, erais un poco llorona y os hacía dormir acunándoos con esa canción. Es curioso que la recordéis.

—Suelo despertarme con ella en la cabeza, pero pensé que venía de mis sueños, y según decís proviene de mis recuerdos. Ahora no soy capaz de recordar las palabras que brotaron en mi boca al contemplar el rostro de mi madre. ¿La conocéis?

—Claro, se la oí cantar cientos de veces. Aún la cantaba cuando ya no estabais, porque le ayudaba a conciliar el sueño y a sentirnos más cerca.

—¿Me la cantaríais?

—Venid, meteos en el lecho.

Mariana obedeció y el aya la cubrió con la colcha y se sentó a su lado. Se aclaró la garganta con un carraspeo, y cerrando los ojos empezó a entonar en portugués con una voz ronca, pero melodiosa.

*Duérmete, niña del alma,
duérmete, mi lindo amor,
que a los pies tienes la luna
y a la cabecera el sol.*

*Tú eres el amor
que brotó en mi pecho,
tú eres el amor,
niña de mi corazón.
Tu papá se fue,
pero prometió volver,
en tus ojos canela
le veo a él.
Duérmete, mi niña,
duérmete, mi sol,
duérmete, pequeña
de mi corazón.*

La tonada fue arrullando a la joven como cuando era una bebé en brazos de su madre y se quedó dormida.

En poco más de dos meses, desde el brote pestilente, unos quinientos indios habían muerto en la Ciudad de los Ángeles. Francisco permanecía toda la noche vigilando a los enfermos, anotando sus síntomas y el efecto de los remedios que aplicaba. La mayoría moría a la primera semana de contraer la enfermedad. Las fiebres hemorrágicas eran sumamente contagiosas, aunque los españoles parecían inmunes. Afectaban sobre todo a adultos jóvenes, mujeres y hombres sin distinción, por lo que la mayor parte de los hacendados, dueños de obrajes y agricultores estaban perdiendo mano de obra y su actividad comercial se estaba resintiendo enormemente. Además, desde Ciudad de México el cabildo había recibido instrucciones de suspender el tianguis que tenía lugar una vez por semana en la Plaza Mayor. El mercado reunía a indios llegados de distintas regiones, quienes bajaban a la ciudad a vender sus productos. Las autoridades tenían miedo de que la enfermedad se propagase por todo el virreinato como ya sucediese en 1576 y donde el *gran cocolitzli*, como lo habían apodado, había mermado la población indígena hasta casi su extinción.

—Doctor, doctor, despierte —Sebastián Contreras, el boticario del San Pedro, zarandeaba a Francisco para sacarle del sueño.

—Ah, Sebastián, ¿qué pasa? —preguntó el médico estirándose y moviendo la cabeza de derecha a izquierda para librarse del dolor de cuello.

—Han aparecido nódulos en varios enfermos.

—Hay que actuar rápido, vaya preparando los instrumentos.

—Y además hay varios con gangrena —añadió Sebastián.

—¿Dónde está el cirujano?

—Mandó aviso con un sirviente, está indispuesto, va a tener que apañarse solo, doctor.

—Está bien. ¿Cuántos asistentes tenemos?

—Quedan tres. Los demás se han ido, tienen miedo, dicen que es una maldición —contestó el boticario.

—Avisé al padre Jonás, debe de estar en la capilla. Vamos a necesitar la ayuda de algunos hermanos dominicos.

—Ahora mismito, doctor.

Francisco se frotó los ojos y se sujetó hacia atrás el pelo crecido. «Vamos, hay mucho que hacer», se animó a sí mismo.

San Pablo de los Naturales era un hospital con menos recursos que el de San Pedro y la pestilencia había desbordado la capacidad de su humilde estructura. Francisco había dividido a los enfermos según el avance de la enfermedad, lo que le supuso un serio altercado con la comunidad dominica que atendía el hospital, porque no veía con buenos ojos tratar a hombres y a mujeres juntos. «La pestilencia no hace distinciones, es la mejor forma de controlar el contagio», les había asegurado. Mucho había tenido que porfiar, pero finalmente el padre Jonás había terminado cediendo a condición de que las hermanas concepcionistas se encargasen de atender a las mujeres.

—Doctor, doctor —llamó el hermano Enrique—, acaban de llegar cinco más, ¿dónde los colocamos?

Cinco indios jóvenes permanecían sentados en el suelo tiritando. Todos tenían fiebre y pulso débil. Tres de ellos tenían la lengua negra y los otros dos, verduzca. Varios sangraban por los oídos y la nariz. Uno de ellos tenía los genitales amarillos; otro estaba sentado sobre un reguero de excrementos y temblaba con espasmos.

—Estos tres a la sala de San Roque y estos dos a la de San Cristóbal —indicó Francisco tras un rápido reconocimiento.

Había sido idea del padre Jonás poner a los enfermos bajo la protección de los Santos. «Solo un milagro puede salvar a estas pobres criaturas de Dios», había asegurado.

Los hermanos dominicos y las monjas concepcionistas, ayudados por los asistentes, se pasaban el día consolando a los enfermos, quienes permanecían

desnudos bajo frazadas de algodón, y dándoles de beber, pues enloquecían de sed.

—Doctor, todo listo —le informó Sebastián.

Francisco acarició la frente de una mujer de mediana edad que sudaba copiosamente con el rostro amarillo y los labios resecos. Detrás de las orejas tenía dos bultos sanguinolentos. Uno de los asistentes se colocó por detrás de la mujer y le sujetó la cabeza con las manos mientras otro le ataba los brazos con correas de cuero. Sebastián entregó al físico las tenazas de bronce al rojo vivo, quien con certera rapidez las aplicó al primer nódulo hasta hacerlo reventar expulsando una marea de pus y sangre podrida, mientras la mujer se debatía intentando sacudir la cabeza entre alaridos de dolor. El procedimiento se repitió en la oreja derecha, tras lo cual la hermana le limpió los regueros pestilentes y le dio de beber un preparado de hierbas con dormidera.

Cuando Francisco terminó con los nódulos de los enfermos de San Cristóbal, los más graves, pasó a las amputaciones. Aunque había varios enfermos con gangrena, en algunos estaba tan extendida que no tenían salvación y morirían en las próximas horas. Cercenó con la sierra las extremidades putrefactas al tiempo que el hospital se llenaba de aullidos que taladraban el alma y los oídos sangrantes de los otros enfermos. Los miembros fueron enterrados con rapidez en una fosa común detrás del hospital, junto a los restos de otros días y de los centenares de muertos.

Francisco anotó después en su cuaderno la progresión de los enfermos y los días de supervivencia. Todo el día se le fue en controlar las hemorragias, pues era fundamental para la supervivencia del paciente y en ello se iban sus mayores esfuerzos. Solo quince enfermos habían superado la semana y mostraban alguna mejoría.

—Váyase a casa, necesita un buen descanso, sabe Dios cuántos meses nos quedan de este suplicio y no nos podemos permitir que enferme —le recomendó el padre Jonás.

—Mande a buscarme si llegan nuevos enfermos —respondió Francisco.

—Así se hará —le aseguró el padre Jonás.

Fuera del hospital, sentado contra el muro de adobe, esperaba Pedrito.

—Doctor, doctor...

—Pedrito, ¿qué haces aquí? Te he dicho que no puedes acercarte.

—Mi hermana, ¿sigue viva?

—Sí, está en cuarentena para evitar una recaída y asegurarnos de que ha sanado.

—Necesito verla.

—No —dijo el médico categóricamente.

—Quiero despedirme, me marcho. Los aprendices de Matos llevan semanas buscándome. He podido escabullirme en un par de ocasiones, pero me matarán si me encuentran.

—Hace tiempo que te recomendé que te fueras.

—No podía irme sabiendo que mi hermana se estaba muriendo. Tengo que pedirle un favor.

—Si está en mi mano...

—No deje que mi hermana vuelva al obraje, prométame que la emplearé en su casa. Es hacendosa, será una buena sirvienta. —Como Francisco no contestaba, se puso de rodillas y le rogó con las manos entrelazadas—: Se lo suplico doctor, no deje que vuelva a ese infierno.

—Levántate, muchacho —dijo mientras le daba la mano para ayudarlo a incorporarse—, te lo prometo. Ahora, ve con Dios.

El muchacho sonrió con lágrimas en los ojos, se limpió los mocos con la manga de la camisola y añadió:

—Gracias, doctor, ¡qué la Teteo Innan le proteja!

César, Damián y Alonso De Vera no se parecían en nada. Tanto era la diferencia física que nadie les tenía por hermanos. Alonso era el más alto, con cabello del color del trigo en el estío y ojos vivarachos, pequeños y separados por una prominente nariz. No era un hombre guapo, pero su carácter conseguía que sus rasgos resultasen atractivos. A pesar de ser el menor solía imponer su criterio sin dificultad sobre sus otros dos hermanos, pues era de resolución rápida. César siempre había sido enfermizo, flaco y desgarrado, sin duda, el más inteligente de los tres; culto y con buena mente para los números, era quien llevaba la contabilidad del negocio familiar. La versión robusta de César era Damián, con sus mismas facciones, pero en un cuerpo musculoso de tez morena. Habían nacido con escasos minutos de diferencia. Damián había chupado cual sanguijuela los nutrientes del seno materno, dejando a César con taras físicas perennes, pero este se había vengado agarrándose con tal fuerza a su cordón umbilical que la falta de oxígeno le había propiciado nacer con una

mente poco despierta. Damián, de carácter bobalicón, imitaba en todo a Alonso.

—Matos, ¿se sabe algo de mis hermanos? —preguntó César De Vera.

—Aún no, patrón.

—Hace ya tres días que partieron. No me pareció buena idea sin que Rodrigo estuviese al tanto.

—Pues algo había que hacer. Además, el señorito Alonso tiene experiencia en estos menesteres. Si no, a este paso cuando vuelva el amo no queda nada.

—No sé yo si va a ser peor el remedio que la enfermedad.

Ferrán Matos se encogió de hombros y los dos permanecieron en silencio durante varios minutos. César parecía haberse olvidado de la presencia del capataz, abstraído en sus pensamientos.

—¿Se le ofrece algo más? —preguntó Matos.

—No, no, vaya —respondió despachándole con un movimiento de la mano mientras seguía revisando las cuentas.

—Pues que sean buenas noches —añadió el mayordomo.

Ferrán Matos hubiera querido acompañar al amo Alonso en sus andanzas, pero alguien tenía que quedarse para vigilar a esos zánganos, se dijo. Cruzó la explanada y se acercó a la saca, el cuarto comunitario donde dormían los operarios del obraje, para comprobar que el aprendiz de turno había puesto candado a la puerta. «Estos vagos se escapan a la primera oportunidad, y ahora no podemos permitirnos perder a ninguno», pensó. Abrió con sigilo y entró. El olor humano era insoportable, pero Matos era inmune. Separadas por una cortina se encontraban las indias y alguna esclava negra. Se arrodilló al lado de un bulto tapado por una manta áspera y aspiró su aroma. Se quedó unos segundos escuchando su respiración. Su deseo crecía al ritmo acompasado de las exhalaciones de la mujer. El capataz sintió el pantalón más apretado, su miembro empujando por liberarse. La tomó en brazos y salió presto del habitáculo intentando no pisar ningún cuerpo. Nadie se movió. Ella no se movió.

La depositó un momento en el suelo mientras volvía a poner el candado a la puerta.

—No te muevas, perra —la amenazó. Ella obedeció.

Tras haber comprobado que la puerta había quedado bien cerrada, se echó la mujer al hombro y salió al patio. Le excitaba rugir más fuerte que el viento, retarle a un duelo de aullidos. Bajo un árbol de grueso tronco la tendió

bruscamente y se bajó los pantalones. Se miró orgulloso, y cogiéndose la verga con las manos, le dijo:

—Te gusta, ¿eh, perra? Tú esta ya la has probado, pero esta noche te va a saber distinta.

Atemorizarlas era lo que más le excitaba. Se arrodilló y le tanteó su intimidad por debajo de la falda con sus gruesas y velludas manos. Ella se tensó y apretó las piernas. A punto estaba Matos de soltarle un puñetazo en plena cara para que aflojara las piernas cuando escuchó un rumor de carretas y jinetes. Se subió los pantalones con rapidez, puso en pie a la mujer y la empujó delante de sí:

—Vamos, ¡camina, perra!

Ella avanzaba con parsimonia, daba pequeños pasos impulsada hacia adelante por los empujones del hombre; era su silenciosa resistencia. Él, enfurecido por su lentitud, la agarró del pelo y la llevo prácticamente a rastras de vuelta a la saca.

Al ver descender de la montura a su patrón favorito, corrió hasta el grupo de jinetes.

—¡Mirad a Matos, qué contento está de vernos! —se rio Alonso palmoteándole la espalda—. Te hacía durmiendo a pierna suelta.

—Estaba terminando de inspeccionar los cerrojos —contestó el otro.

—Pues mira lo que te traemos —le dijo señalando las dos carretas.

—¿Por qué tardaron tanto, patrón?

—¿Por qué va ser? Le prometí a mi hermano César intentarlo por las buenas, pero pasaban los días y estos piojosos no daban muestras de querer colaborar.

—Así que por las malas, ¿eh, hermano? —rio Damián.

—¿Cuántos han traído? —preguntó el capataz.

—No llegan a la veintena de indios, incluido un chino que no habla ni palabra de castellano y que encontramos vagando solo. Por ahora tendrá que bastar. Vamos a ver qué tal se adaptan a las tareas. Y pon a rezar a los aprendices para que estos no se nos pudran como los otros. Si se nos hunde el negocio, Rodrigo nos remata a latigazos.

—¿Dónde los encontraron? —preguntó Ferrán Matos.

—En un par de tabernas en Tepeaca y Amozoc. Ferrán, llévatelos a la saca, que duerman la borrachera y mañana me los exprimes bien, que tenemos que avanzar con la producción. ¿Y mi hermano? —preguntó Alonso De Vera.

—Le dejé hace un rato en el despacho, estaba inquieto por sus mercedes.

—Mi buen César —rio Alonso—. Lo dicho, al catre todos que mañana es día de faena.

—¡Andando, zagales! —ordenó el maestro a los aprendices que habían acompañado a Alonso y a Damián en la caza del indio.

El invierno ya estaba en ciernes y se percibía. Las calles estaban húmedas. Al alba, el Ámstel echaba su aliento sobre la ciudad de los canales. Una niebla espesa cubría los contornos grises de las casas. Hans había permanecido oculto, envuelto en el frío vaho del río durante varias horas, mirando a las ventanas e imaginando dos cuerpos tendidos en reposo: el de ella, frágil, blanco, y el de él, recio, oscuro. Tenía empapado el cabello. El ron le producía tristeza y por eso no solía beber. Era un hombre alegre y despreocupado. Había dejado a sus amigos en brazos de las chicas del turco. Jannete le había hecho olvidar por algunas horas la traición de Rebecca. Tan generosa en el amor como sus juveniles carnes, y de risa fácil como él, lo habían pasado bien, pero después de descargarse siempre sentía un vacío oscuro, denso, una soledad honda que tardaba días en disiparse. «Aquí no hay nada para mí», se dijo. Y tras echar un último vistazo a la casa de los señores Cohen, emprendió la marcha.

Cuando llegó a casa se sintió aún más solo. Los crujidos de los escalones le acompañaron en su ascenso. Sus pasos por el oscuro pasillo levantaban pequeñas nubes de polvo. Se dejó caer sobre el lecho y cerró los ojos, exhausto. Cayó en un sopor ligero. El olor a jazmines le llegó desde muy lejos mientras cabalgaba al galope protegiendo un carruaje. Al abrir la portezuela del coche de caballos se fijó mejor en ella, pues con la precipitación de la huida su única preocupación había sido que no les entorpeciera la salida ni tuviera ocasión de hablar con los guardias. Sus pupilas brillantes le miraban con más curiosidad que temor. Ella intentó evitar el contacto, pero él necesitaba tocarla, aspirar su aroma de cerca. Como un fogonazo de arcabuz se le pasó por la cabeza hacerla suya, pero sus gritos consiguieron hacerle cambiar de idea y sonrió. Le pareció que olía a jazmines muy cerca. Se giró sobre su espalda y sintió algo que interrumpía descanso. Palpó la superficie de la cama y rozó un trozo de fina y suave tela acariciándole la yema de los dedos, siguió el curso de la seda y tocó el atado de cartas. «¿Serán de ella?», se preguntó mientras se incorporaba para observar el legajo de cerca. Desató la lazada. Todas las cartas estaban dirigidas a la misma dirección: Convento

de Santa Marta, Lisboa, excepto la primera, que no tenía dirección. Allí fue a donde la bella doncella le dijo que se dirigía, recordó. Sabía que estaba violentando su intimidad, pero su curiosidad fue más poderosa.

Aunque una luz mortecina se colaba ya en la habitación, encendió un candil. Abrió la primera carta.

Mi muy amada Isabel.

Hace tan solo unas horas te tenía entre mis brazos sintiéndome el más dichoso de la tierra y ahora me consumo en la desesperación. Tu aya me ayudó a escapar de Portanera. Quise enfrentarme a ellos. Por ti, mi amor, no temo morir. Desistí cuando me prometió que me ayudaría a verte de nuevo. Corrí hasta casa de mi padre, a alertarle, porque la furia del Conde no conoce límites y temo por su vida. Me rogó que me marchase lejos y no volviese más. No pienso renunciar a ti, te amo, recordarte unida a mí me alienta. Los perros de caza del Conde me vieron despedirme de mi padre y a punto estuvieron de atraparme. La noche me cubrió con su manto oscuro y conseguí librarme de sus garras infectas. Me sangraba un corte en la cabeza y me sentía muy débil. No sabía a dónde ir. Me acordé del padre Silvano, que solía venir al astillero a bendecir las naves una vez terminadas. Se asustó al verme tan maltrecho, pero me acogió con gusto en su humilde casa. Hemos hablado durante horas. Me dice que no tengo nada que ofrecerte, solo penurias y deshonra. Que tengo que mirar hacia adelante y construir un futuro digno de ti. Quiere ayudarme, ¿qué haré, mi amor? Si tan solo supiese que me esperarás, que no permitirás que otro hombre te haga su esposa. Su hermano mayor es prior del convento de San Francisco de Asís, en San Cristóbal de La Habana, y me ha escrito una carta para él. Dice que tengo que alejarme de Lisboa y embarcar en Cádiz, porque allí Portanera no me buscará. Me dice que los religiosos tienen pase libre en la flota de Tierra Firme. Me ha dejado un hábito viejo de monje y carta para que entregue a bordo diciendo que soy un hermano franciscano que va a hacer misión. Esas tierras prometen grandes oportunidades. El astillero de La Habana es el más importante de las Indias.

Necesito verte, no me iré sin verte. Manda aviso con Vidonia a la iglesia de São Nicolau.

Tuyo, Gonçalo.

Hans suspiró al terminar de leer. Se tumbó boca arriba y cerró los ojos. No era el único con mal de amores. Ya no se sentía tan solo.

Keled llevaba largo rato llamando a la puerta de la casa de Hans. Tras haber despertado del golpe recibido en un oscuro callejón del puerto, se encontró rodeado de un charco de espesa sangre que manaba de la garganta rajada del informante que le había avisado sobre el negocio paralelo que Duarte estaba haciendo a espaldas de su capitán y amigo de la infancia. No había amanecido aún cuando pudo desaparecer de la grotesca escena antes de ser acusado de asesinato, pues esa era sin duda la intención de quien estaba detrás de la encerrona. Se sumergió en las frías aguas del Ámstel para limpiarse las manchas oscuras de los ropajes y llegó tiritando a casa de su amo temiendo que los secuaces de Duarte hubiesen pasado por allí.

A punto estaba de romper un vidrio de la ventana para forzar su entrada al edificio cuando Hans apareció con los pelos alborotados y cara de haber dormido poco y mal.

—¿Qué sucede, amigo? Por fin había conseguido conciliar el sueño, pasa. —Al tocarle el hombro se dio cuenta de que estaba empapado de agua y preguntó—: ¿Dónde has estado?

—El asunto es más serio de lo que creíamos. Han asesinado al muchacho que me llevó a las bodegas del Rebecca. Anoche, tras dejaros en la taberna del turco, me aposté cerca de la nave para ver el desembarco de esclavos. Pero no pude ver nada porque alguien muy sigiloso me golpeó en la nuca y perdí el conocimiento. Cuando desperté tenía un cuchillo en mi mano derecha y Aguirre yacía a un paso de mí, con un tajo en la garganta de oreja a oreja. No tenía ni dieciocho años. ¡Maldito Duarte! —exclamó Keled.

—Amigo, esto se parece más a una guerra abierta que a una simple transacción comercial a mis espaldas. Tal vez hayamos conseguido adelantar los acontecimientos al haber descubierto a esos hombres y mujeres que venderán hoy mismo en subasta como animales de carga. Está claro que alguien me quiere perjudicar, así que tenemos que averiguar quién está detrás y por qué le resulto tan incómodo. Ve a avisar a Tomé y a Rui. No les adelantes nada.

Keled hizo amago de ponerse en marcha, pero Hans le sujetó por el brazo.

—Cámbiate antes esas ropas mojadas, en mi armario encontrarás algo que te sirva —dijo mirándole de arriba abajo, pero al darse cuenta de que Keled era más corpulento, sonrió—. Tal vez.

Cuando Keled hubo salido, Hans volvió a su alcoba y sobre la cama vio la carta de aquel hombre penando de amor. La dobló, la colocó con el resto de misivas, las anudó torpemente con el lazo verde y las puso a buen recaudo en un cajón. Se asomó a la ventana. Las calles estaban aún desiertas y no vio ningún movimiento extraño. A continuación se lavó la cara, se puso una camisa y encima un jubón de gruesa tela, pues el frío había caído de golpe sobre la ciudad y se había cubierto de una fina capa de escarcha. Estaba terminando de arreglarse cuando escuchó golpes en la puerta principal.

—Espero que sea importante —dijo Tomé a modo de saludo—. No me ha sentado nada bien privarme de la calidez embriagadora de Saskia para salir a este frío matutino que congela las entendederas.

Rui, por su parte, estaba aturdido, sin duda aún medio borracho por la juerga. No conseguía articular palabra y solo encadenaba bostezo tras bostezo. Hans se apartó de la puerta para dar paso a sus amigos.

En la sala principal situada en la planta baja de la casa, Keled se ocupó de encender un buen fuego para calentar los aletargados cuerpos de los tres jóvenes. Y a continuación desapareció en el interior de la vivienda para regresar a los pocos minutos con unas tazas humeantes de oloroso chocolate espeso.

Hans agradeció el gesto, pero no pudo contener la risa al ver al musculoso guardián haciendo labores de sirvienta aplicada.

—Keled, amigo, es urgente que me consigas el personal de servicio hoy mismo.

—Su nana María me ha prometido traer hoy a tres personas para que vea si son de su agrado.

—¿Le pediste ayuda a mi aya? —preguntó Hans sorprendido.

—Me dijo que tenían que ser de confianza, así que se me ocurrió que ella podría recomendar a alguien.

—¿Y no se asustó al verte?

—Pues ahora que lo menciona no soltaba el rodillo con el que estaba amasando cuando me presenté, pero al decirle que venía de su parte hasta me hizo sentarme en un taburete de la cocina y me sirvió un tazón de sopa.

Hans esperó algunos minutos a que sus dos amigos dieran cuenta de la taza de chocolate para abordar el asunto que les había convocado a esas horas tan tempranas del día. Ni Tomé ni Rui se mostraron sorprendidos al escuchar el relato de lo acaecido, pues conocían bien el carácter de Duarte, rastrero y ambicioso, pero se enfurecieron al conocer la suerte de Aguirre.

—¿De quién sospechas? —preguntó Rui.

—Solo se me ocurre que puede ser una jugada de Robin, su rivalidad es una enfermedad crónica y se divierte sacándome de mis casillas. Pero tengo la intuición de que hay alguien más —respondió Hans.

—¿Crees que Duarte ha sido todo este tiempo el espía de Robin para seguir nuestros pasos a lo largo y ancho de la mar oceánica? —ahondó Tomé.

—No lo descarto, porque eso encaja bastante bien con el desarrollo de los acontecimientos. En los últimos años no hemos podido librarnos de la sombra de esa sabandija que ha mermado nuestras ganancias cayendo sobre nuestras presas cuando el trabajo sucio ya estaba hecho. Pasó cerca de Punta de Araya, donde habíamos capturado una nave española con un cargamento de varios centenares de fanegas de sal. Amordazó a los vigías y aprovechó para saquear las bodegas mientras celebrábamos el botín —explicó Hans.

—Es un cobarde oportunista. En la campaña de Curaçao, mientras uníamos nuestras fuerzas a las de Van Walbeeck, se quedó a buen resguardo hasta que se hubo conquistado la plaza de López de Morla, pero sí se unió al saqueo posterior como si hubiera participado en el asalto —comentó indignado Rui.

—Además, es acorde con la naturaleza ambiciosa de Duarte, así más botín tocaba en el reparto, porque recibía de nosotros y de Robin —comentó Keled.

—Con Duarte fuera de juego, le va a ser más difícil obtener información —apuntó Tomé.

—Amo, hay que hacer una limpieza en la tripulación, puede haber más de un espía —sugirió Keled.

—Estoy de acuerdo. Hay tiempo, pues aún faltan algunos meses para echarnos a la mar. Las naves necesitan reparaciones. Esta noche es la fiesta en casa de Osorio y la sociedad se reunirá para dar cuenta de los beneficios obtenidos en este último viaje y hablar de la información que traemos de Portugal. Habrá que estar atentos, porque estoy seguro de que mi rival está cerca y hará acto de presencia en la fiesta. Os necesito sobrios. Además, he de

adelantaros que creo que es hora de ampliar nuestro horizonte hacia Oriente. Mi deseo es que el próximo sea el último viaje con la WIC.

—¿Crees que te respaldará la sociedad? Es dueña de nuestras naves —preguntó Tomé.

—La Reina Ester es mía.

—Me refería al Sin Fin y al Fénix Negro —se justificó Tomé.

—No estoy seguro de querer exponerme a una negativa. Son hombres de negocios y solo lo harán si ven posibilidades de enriquecimiento. Pero se me ha ocurrido algo para salir de su patronazgo y poder tener mayor libertad de maniobra.

Hans les miró enigmático y dio un buen trago a la taza de chocolate aún humeante.

—Si me necesitáis, estaré en casa de mi padre. Hoy hay almuerzo familiar.

—¿Con tu futura madrastra? —se burló Tomé.

Hans soltó una carcajada y les pidió que esperaran un momento mientras subía a su alcoba y bajaba con tres bolsas de cuero llenas de monedas.

—Vuestra parte por el rescate del hermano de Loule —dijo apoyando los tres saquitos de tintineantes florines en una mesa baja—. Disfrutadla.

—Estupendo, el turco me dejó seco anoche —comentó Rui echando mano a una bolsa.

Keled le miró asombrado, era la primera vez que le hacía participe del botín. Viendo sus ojos llenos de asombro, Hans tomó otra de las bolsas y se la puso en la palma de la mano.

—Arriesgaste tu vida como el que más, seguro que hay algo que te apetezca hacer con el dinero. Ahora os dejo, amigos. Nos vemos esta noche. Estáis en vuestra casa, Keled se queda de anfitrión —se despidió Hans mientras se colocaba una casaca forrada de piel y un gorro que le cubría su alborotada cabellera dorada.

El frío le ayudaba a pensar. Enemigos tenía muchos, otros corsarios rivales como Robin, aunque con él el odio estaba enquistado desde hacía tiempo, desde que su hermana menor había fallecido. Se había cruzado con ella en el barrio, pero nunca le había prestado demasiada atención. A punto de terminar sus estudios en la *yeshiva*, Robin se le acercó un día y le dio una nota, diciendo: «Es de mi hermana». Poco después se enteró de que había dejado

este mundo silenciosamente, tal y como él la recordaba. Para él aún era un misterio por qué Robin le culpaba de su muerte, o tal vez no le culpaba y solo entretenía su dolor haciéndole la vida imposible. La nota era una invitación a merendar ese mismo día en su casa, quería decirle algo. Le pareció extraño y se le olvidó en el mismo instante de haberla leído. «Algún otro corsario al que hacemos la competencia», pensó. O tal vez un marido despechado, aunque recordaba haber sido muy cuidadoso. Alguna mujer casada tenía en su haber, pero habían sido encuentros breves, amparados en la oscuridad nocturna, y tan fugaces como el resplandor de un relámpago. Seguía elucubrando cuando llegó a casa de su padre. Como era su costumbre, no entró por la puerta principal, dio la vuelta por el callejón y entró por el patio a través de la cocina. Saludó a Palache, a quien había dejado descansar el día anterior para que volviese a familiarizarse con su nuevo entorno. El brioso animal le metió el hocico buscándole la mano y se la lameteó. «Yo también te he extrañado, amigo», le susurró al oído mientras le acariciaba las crines suavemente. Desde fuera le llegaba el olor delicioso de algún guiso con abundantes especias y unas voces femeninas en animada conversación.

—No vas a reconocerle cuando le veas, niña. Está hecho un hombretón —reía orgullosa la vieja María.

En ese momento entró Hans repitiendo las últimas palabras que había escuchado al llegar:

—¿Quién está hecho un hombretón? —preguntó con su voz de barítono.

—¡Juan, hijo! Ayer no viniste a cenar, te había hecho pernil de cordero —le regañó su nana.

—Perdóname —contestó dándole un sonoro beso en la frente.

Hans reparó entonces en la mujer que estaba sentada con la cabeza cubierta, sosteniendo la barbilla con las dos manos entrelazadas sobre la mesa de madera rústica y ante un plato del guiso que había preparado María.

—Hola, Juan, ¿tanto he cambiado que no me reconoces? —preguntó Rebecca.

Se la veía muy diferente, pero su voz tenía la misma cadencia, el mismo tono, casi infantil.

Hans se sentó frente a ella, la contempló con ojos sonrientes y le tomó las manos acariciando el dorso con los pulgares. Rebecca sonrió con timidez y rápidamente se alejó del contacto afectuoso del corsario. María llenó el silencio entre los dos jóvenes con su verborrea habitual, un torbellino de

preguntas y respuestas a toda velocidad y acompañadas de carcajadas y palmoteos en la mesa.

—Seguro que no has desayunado. ¿Qué necesidad tenías de comprarte aquella casa? Con lo bien que estarías aquí, con tu nana que tanto te quiere. Come hijo, come, que estás muy flaco —dijo María poniéndole delante un plato de huevos escalfados con salsa de tomate, sofrito de verduras y abundantes especias—. Para mí siempre será un mocoso jugando con espada de madera. ¿No le vas a felicitar por su casamiento, Juan? —preguntó mientras le daba una cariñosa palmada en la espalda.

—He oído que has contraído nupcias.

—Sí —respondió Rebecca escuetamente.

—Enhorabuena, entonces.

—Gracias, Juan.

Rebecca se sentía un poco avergonzada, porque la última vez que se habían visto le había prometido que sería su esposa, María intervino presintiendo el azoramiento de la joven.

—Tu padre estará contento con la alianza comercial con los Cohen.

—No sabría decir —respondió la joven, porque no quería delatar las razones de su desposorio con Abraham, ya que nada se podía hacer al respecto—. Debo irme. Ha sido un gusto verte de nuevo, Juan.

—Pero si no has probado bocado —se quejó María.

—Otro día, lo prometo —contestó Rebecca mientras se ponía en pie y se encaminaba a la puerta.

Hans se dio cuenta entonces de que tenía el vientre abultado; eso no se lo había dicho la vieja María. Se incorporó, avanzó en dirección a la puerta y salió al patio detrás de ella.

—¡Rebecca!

—¿Sí?

—Te deseo que seas muy feliz —dijo Hans acercándose hasta donde ella estaba.

Ella bajó los ojos anegados en lágrimas, Hans le levantó la barbilla y le besó con delicadeza la mejilla. Rebecca se llevó la mano a la cara sosteniéndole la mirada brevemente y después salió con paso rápido hacia la calle sin mirar atrás. Hans la vio alejarse, y con ella, el sentimiento de doloroso afecto que sentía. No era quien recordaba, su mirada era distinta, su rostro no tenía la misma luz y ya no era una Palache. Ahora era Rebecca Cohen y estaba esperando un hijo. Sintió su corazón ligero de nuevo.

A pesar de que el día estaba desapacible, doña Aurora había salido a acompañar a su amiga Eleonora al convento donde había ingresado María Asunción. Su madre la echaba de menos. Las dos damas coincidieron en que a la joven postulante se la veía mucho más serena e irradiaba alegría. Utilizaban un locutorio especial cuando la nueva monja era de alcurnia o tenía posibles. Era un espacio más amable, sin las cerradas rejas que no permitían vislumbrar el rostro enclaustrado. Pasaron un rato agradable escuchando cómo era la vida de la doncella dentro de la clausura y de sus nuevas hermanas de fe. La madre superiora había saludado a las distinguidas damas y había asegurado que cuidaba a María Asunción como una amorosa madre a su hija. Eleonora había derramado algunas lágrimas al despedirse de ella, pero se sentía orgullosa de haber «casado» a una de sus hijas con un Esposo excepcional. Distinta era la posición de María Jimena, pues Sancho aún no daba señales de estar ocupándose del asunto —comentó a su amiga— y Eleonora se impacientaba sin candidatos a la vista. Doña Aurora llegó a casa con la capa empapada, a pesar de haber hecho el trayecto desde el convento en silla de manos.

Don Segundo se encontraba en el estudio respondiendo a la correspondencia. Al ver entrar a su esposa, se incorporó y se acercó a ella.

—Esposa mía, tenéis las manos heladas, venid, acercaos a la lumbre. No tendríais que haber salido, el día está frío y húmedo.

—Eleonora quería que la acompañase a visitar a María Asunción.

—¿Cómo se encuentra la muchacha?

—No yerro al decir que ha encontrado su lugar. A pesar de no ser muy agraciada, se la ve bonita con el sencillo hábito de postulante —respondió doña Aurora tiritando.

—Tembláis.

El rostro de don Segundo mostraba preocupación. Agitó la campanilla que había sobre el escritorio y Vidonia apareció solícita.

—¿Llamabais, señora? —dijo al ver a doña Aurora. Rara vez se dirigía al esposo, pues desde que había llegado la trataba con hostilidad.

—Os llamé yo. Traed a vuestra señora un caldo caliente —respondió hosco el señor de la casa.

—Ahora mismo, don Segundo.

Una vez que se hubo retirado, él se dirigió de nuevo a su esposa.

—Me intranquiliza la presencia de esa mujer entre nosotros. Podría hablar.

—Ya os he dicho que no tenéis de qué preocuparos. Como os expliqué, mi hermana me contó del fallecimiento de Isabel y me acerqué al convento. La madre superiora había dejado de recibir las donaciones periódicas del padre y Vidonia era una carga para la comunidad, ya que ni siquiera había tomado los hábitos al igual que su señora y se negaba a hacerlo. No tenía donde ir. Debemos ser caritativos. Es una buena sirvienta. No haría nada que nos perjudicara, ni que causara daño a Mariana. Recuerda, esposo, que sin su ayuda no hubiésemos sido padres. Además, a mí su presencia me hace bien.

—Entonces, no se hable más —respondió él.

Los esposos contemplaban el chisporroteo del fuego uno junto al otro, en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. Se escuchaban los suaves sorbos que la dama daba al cuenco de sopa que le había traído la sirvienta cuando Mariana hizo acto de presencia en el estudio. Se agachó primero frente a su padre, a quien dio un tierno beso en la frente, y tomó asiento junto a su madre después de haberle besado a su vez la mejilla arrebolada por el efecto de la intensa lumbre. Los tres permanecieron en silencio largo rato, como hipnotizados con el resplandor atrayente del fuego. Al fin, la joven hizo partícipes a sus padres del pensamiento que se había ido apoderando de ella, de la necesidad imperiosa de la quietud y el verdor de las moreras.

—Desearía pasar en la hacienda los meses que me quedan antes de partir.

Después de algunos minutos de reflexión y suaves sorbitos, doña Aurora tomó la mano de su hija, que descansaba lánguida sobre el reposabrazos de la butaca, y la apretó con dulzura.

Me parece una gran idea, hija.

—Tenemos que preparar los documentos para tu partida en la Casa de Contratación, porque será conveniente hacerlo antes de que viajes a la sierra. El camino en invierno no será agradable, así que pediré a Álvaro que te acompañe —dijo don Segundo. Y pensó para sus adentros: «Unas semanas juntos en la tranquilidad y la belleza de la hacienda podría acercarles».

—Madre, quisiera que Vidonia me acompañara —dijo Mariana con la mirada baja mientras contemplaba los dibujos en tonos ocres y marrones de la alfombra.

Doña Aurora permaneció con la mirada fija en los rescoldos anaranjados. Ninguna osó alzar la vista por miedo a traicionar la emoción que

las embargaba. Conocía a su hija y adivinó la razón principal detrás de su petición: «Es hora de saber toda la verdad».

—Claro, hija —la voz de doña Aurora sonó firme, casi alegre.

A mucha distancia de allí, en la mansión del comerciante más adinerado de la comunidad sefardí de Ámsterdam, Hans y sus amigos disfrutaban de salones repletos de refinadas damas y nobles caballeros, cuyas conversaciones flotaban en el ambiente al compás de una banda de músicos que amenizaba la fiesta con alegres sonos que incitaban a la diversión, al baile y al cortejo. El bullicio de la animada concurrencia asemejaba al rugido del océano, persistente, continuado, con alguna carcajada altisonante que rompía la uniformidad acústica como una ola estallando contra el casco de la Reina Ester. El corsario no se engañaba, la fiesta en su honor escondía a un personaje sórdido —o a varios— empeñado en hundirle la nave. Duarte no había osado asomar su piojosa cabellera negra por la fiesta. Tomé, Rui y Keled se habían dispersado por la enorme mansión para recabar información y se acercaban discretamente a las conversaciones susurradas en los rincones de las suntuosas estancias, a la par que disfrutaban del buen ron y de las miradas coquetas que les lanzaban las vigiladas doncellas que habían asistido con sus correspondientes, arrugadas y gruñonas ayas.

Esa misma tarde, cuando Hans estaba a punto de salir de casa para acudir a la fiesta, Tomé se había presentado para contarle lo que había averiguado acerca del nuevo Mahamad. Casualmente el anfitrión, Bento Osorio, era el presidente de la junta, y como tal, el *parnás* más poderoso, y también era uno de los accionistas principales de la sociedad para la que Hans y su banda trabajaban y que había financiado su primer viaje hacía más de ocho años. No tenía razón para pensar que él ni ninguno de los otros seis accionistas pudieran pretender perjudicarlo, ya que habían engrosado sus fortunas inmensamente con las operaciones de contrabando y los asaltos realizados por ellos en ese tiempo. Además, solo a Hans le encomendaban otras tareas de índole más delicada a sabiendas de su inquebrantable espíritu temerario. El Mahamad, le había contado Tomé, velaría a partir de su constitución por la reputación e integridad religiosa de la comunidad, ya que había obtenido de las autoridades holandesas exclusividad para juzgar todas las cuestiones relativas a los miembros de la comunidad sefardí. Eso otorgaba al *parnassim* prácticamente un poder absoluto sobre cada una de las almas del pueblo hebreo, cuyos

integrantes debían obedecer la ley hebraica y no dejarse contaminar por otras creencias.

—Casualidad o no, los *parnassim* son todos ricos comerciantes, más me parece a mí que quieren asegurarse de que nadie les arrebatase las posibilidades más jugosas de negocio mientras nos inculcan un temeroso fervor religioso — le había comentado Tomé. Y añadió después un pensamiento que se le había cruzado también a él por la cabeza—: ¿Y si alguien sabe que tu madre es católica?

—Eso no tendría tanta importancia, porque ella ya no está y mi padre pronto contraerá nupcias con Hannah. ¿Y si alguien sabe que yo también lo soy? —Los dos hombres permanecieron en silencio, mirándose fijamente a los ojos—. Te vi seguirnos cuando mi madre me llevó a bautizar a la iglesia clandestina de San Antonio de Padua. Al igual que ella, yo tampoco he vuelto a la fe de mis ancestros.

Tomé no respondió y se limitó a bajar la mirada. Jamás había hablado con su amigo de su fe ni de aquel día, pues creía que Hans nunca le habría perdonado la intromisión, y tampoco quería perder su confianza o que se sintiese amenazado por él al conocer un secreto que hubiese significado la expulsión de la comunidad.

—Deberías quitarte la cadena con la cruz que llevas al cuello, cualquiera podría verla en un descuido —le recomendó Tomé tras unos minutos de un silencio espeso, arenoso.

—Gracias, hermano —sonrió Hans mientras se quitaba la cadena para guardarla en un cajón bajo llave.

En la fiesta, a escasos pasos de él, y ataviada con un sobrio vestido, Rebecca parecía abstraída de la conversación que su esposo mantenía con alguien que, de espaldas a él, Hans no reconoció. Miraba a su alrededor con el brazo apoyado en el de él, como si fuera la primera vez que alternaba con semejante concurrencia, un mar bravo en el que no se atrevía a sumergirse sola. El joven la observaba con una sonrisa en los labios esperando que sus ojos grises tarde o temprano se posaran en él, y cuando así sucedió, ella bajó la mirada ruborizada. Su azoramiento fue evidente también para su acompañante, quien alzó la vista para encontrarse con la imponente presencia del corsario. Hans se acercó a saludar, pues Abraham Cohen era otro de los siete accionistas de la sociedad Emét. Antes de haber cruzado el escaso espacio que los separaba, Cohen susurró algo en el oído a su esposa, quien

desapareció engullida por las olas de terciopelo de la sala contigua antes de que Hans hubiese alcanzado al grupo.

—Van der Meer, bienvenido.

Casi imperceptiblemente, Cohen cambió el gesto adusto por una amplia sonrisa bajo su grueso bigote, sacudiendo brevemente pero con desmesurada fuerza la mano de Hans. Fue solo un instante, pero un torrente de oscuras sensaciones brotó del contacto con ese hombre que le dejó una extraña sensación en el cuerpo.

—¡Juan! ¡Qué alegría tenerte entre nosotros! Tengo entendido que nos traes noticias de gran valor.

Quien tan efusivamente le saludaba, interlocutor de su hasta hacía poco rival amoroso, era otro importante miembro de la comunidad, Lopo Ramires, apodado David Curiel, tío de su confidente en Portugal.

—David, señor Cohen —dijo saludando a los dos caballeros—. Estoy feliz de estar de vuelta en casa.

—Estábamos ansiosos por tu retorno. ¿Has visto muchos cambios en la ciudad desde tu partida? —preguntó Curiel.

—Mi primera impresión ha sido la de una ciudad mucho más desarrollada. El puerto ha crecido y me imagino que el número de naves en servicio se ha incrementado.

—Las Provincias Unidas cuentan ahora con más de seis mil navíos de las más dispares capacidades, mucho más avanzados que los de los españoles —contestó David Curiel.

—Aunque por lo que he oído, el cambio más importante es de índole interno —dijo Hans mirando desafiante a los ojos a Abraham, quien escuchaba la conversación sin intervenir.

—Claro, claro, *kahal kadosh*, nuestra nueva y unificada comunidad, Talmud Torah —confirmó Curiel.

—¿Qué necesidad había de tal unificación? —preguntó Hans con el tono de voz más inofensivo que pudo.

Fue Cohen quien respondió a su provocadora pregunta.

—Los askenazis son cada vez más numerosos, y aunque en un principio les acogimos como parte de nuestra comunidad, este año han establecido una *Kehillah* independiente. Tienen buena relación con las autoridades y económicamente cada vez son más fuertes. Además, muchos integrantes de nuestra comunidad han crecido sin ninguna educación rabínica en España y Portugal, intentando mantener viva en la clandestinidad una fe perseguida con

costumbres laxas y contrarias a nuestra ley. Se impone la necesidad de guiar al pueblo de nuevo hacia la fe de nuestros ancestros y velar por la integridad de su comportamiento.

—¿Y por qué entonces está el rabino subordinado a los *parnassim*? —preguntó Hans con cierta sorna tras dar un trago corto de su copa.

—Estamos en guerra, el poder imperial español pretende aniquilarnos y hay decisiones económicas y políticas que afectan directamente al bienestar de nuestra comunidad y que no pueden dejarse en manos de un rabino, señor Van der Meer. Por eso los *parnassim* hemos sido elegidos entre los miembros más destacados de la comunidad —replicó Abraham Cohen elevando ligeramente el tono de voz.

En ese momento, Cohen sintió de nuevo el suave roce de una mano sobre su brazo. Era Rebecca, que hacía acto de presencia intentando evitar que el carácter de su esposo se viese expuesto en semejante celebración. Abraham la miró furioso, pero hizo un esfuerzo por esbozar una sonrisa al volver el rostro hacia Hans.

—¿Conocéis a mi esposa, Van der Meer?

—Claro, señora Cohen, un gusto volver a verla después de tanto tiempo —dijo esbozando una sonrisa y recibiendo la mano de ella.

—Curiel, Van der Meer, voy a contentar a mi dama con un baile. Bienvenido de nuevo. Disfruten de la fiesta, la reunión empezará a medianoche en la biblioteca —dijo Cohen suavizando el tono y llevándose a Rebecca hacia el salón de baile.

—¿Qué te parece la fiesta que te hemos organizado? —dijo David Curiel cambiando de tema.

—Espléndida, como siempre. ¿Cómo van los negocios?

—Viajando mucho, aunque cada día estoy más viejo para estos menesteres. Últimamente estamos comerciando en el Mediterráneo, pero las tenazas de la Inquisición aprietan cada día más, y en consecuencia, los sobornos son más caros. Pero como ya sabes —dijo dándole una palmada en la espalda—, los nuestros están en todas partes, y por cada uno que cae, surgen diez más.

—Sí, nuestro pueblo siempre resurge de sus cenizas, como el Fénix. Te veo más tarde, necesito tomar un poco de aire fresco, voy a dar una vuelta por el jardín, *shalom* —se despidió Hans.

—*Shalom* —contestó Curiel.

Hans no se había percatado de que a escasa distancia de donde él se encontraba conversando, apoyado sobre el dintel de la puerta que daba al jardín, Roberto Guzmán de Cáceres no perdía detalle de su proceder. Al separarse de Lopo Ramires y alzar la vista en dirección a las cristalerías que daban al jardín, le vio con su elegante atuendo y la sonrisa irónica que le caracterizaba. Alguien se cruzó en su campo de visión, y cuando volvió a quedar despejado, Robin se había esfumado, honrando su apodo. Miró en derredor intentando localizar al escurridizo pirata y su mirada topó con Tomé y Rui. Sus amigos fumaban unos puros en un rincón del opulento salón y hacia allí encaminó sus pasos.

—¿Alguna novedad, muchachos? —preguntó Hans.

—Aparte de que me he enamorado, yo no he conseguido averiguar nada provechoso —afirmó Rui.

—No te preocupes, que se te va a pasar en una hora, en cuanto te cruces con la siguiente beldad —se burló Tomé—. Creo que estoy imaginando cosas, porque por un momento me pareció ver a Duarte, pero por arte de magia se esfumó antes de que pudiera cerciorarme de si era él o no.

—A mí me acaba de pasar con Robin, demasiada coincidencia para que los dos estemos viendo visiones. ¿Habéis visto a Keled?

—Lleva siguiendo a Bento Osorio durante toda la noche, cree que nadie mejor que él para saber lo que necesitamos descubrir. Mira, ahí está.

Tomé hizo un gesto con la cabeza en dirección al lado opuesto del salón, donde Keled sorbía despacio de un vaso de cristal mientras a su espalda se encontraba el dueño de la mansión, que conversaba animadamente con un grupo de caballeros. Parecía estar observando a las parejas que bailaban ante él, pero cierta inclinación hacia atrás de la cabeza denotaba que su atención estaba centrada en otro punto. En ese momento, un criado hizo sonar una campanilla e informó a los invitados de que la representación teatral iba a dar comienzo en la sala contigua. Con alborozo, los asistentes a la fiesta se empezaron a desplazar en masa hacia esa zona de la mansión. Hans, Tomé y Rui siguieron al flujo de invitados, mientras Keled esperaba a que Osorio se pusiera en movimiento para seguirle de cerca.

En la pared opuesta a las puertas de acceso, un majestuoso reloj de pared con fina decoración grabada estaba a punto de dar la media noche.

—Queridos invitados —dijo el anfitrión al comenzar su breve discurso—, estoy encantado de vuestra presencia esta noche, en la que celebramos la vuelta a casa de nuestro querido amigo, el capitán Hans Van der Meer —

añadió señalando con la mano abierta a Hans, mientras decenas de rostros se giraban a mirarle y, siguiendo el gesto de Osorio, aplaudían.

Hans les regaló una de sus espléndidas sonrisas e hizo una breve inclinación de cabeza en señal de saludo hacia los presentes. El anfitrión continuó:

—Sabéis lo aficionado que soy a las representaciones teatrales, porque habéis sido invitados en numerosas ocasiones a disfrutar obras de Quevedo o Lope de Vega. Sin embargo, esta noche quisiera ofreceros una divertida pieza del talentoso dramaturgo holandés Bredero, fallecido hace dos décadas. Es la historia de *Jerólimo, el Brabanzón español*. Disfruten, amigos. —Y dando la orden a los actores, añadió—: ¡Que comience la representación!

En ese momento, como si hubiese estado perfectamente calculado, sonaron las campanadas del reloj que anunciaban la media noche. Bento Osorio se dirigió hacia la biblioteca, en la segunda planta de la mansión, entre la algarabía de la audiencia y las primeras risotadas, seguido de los demás integrantes de la sociedad secreta Emét.

Tomé y Rui permanecieron en la sala, mientras Keled acompañaba a Hans hasta la biblioteca y se quedaba aguardando tras la puerta cerrada, junto a los guardianes de los demás señores.

Nadie sabía de dónde había salido el chino. Le habían apodado Lucas, porque de todos los nombres con los que habían probado ese era el único que había conseguido pronunciar. Los aprendices se divertieron una tarde haciéndole repetir nombre tras nombre y desternillándose de la risa al pronunciarlos con su lengua de trapo. Luego, cansados del juego y con dolor de tripa de tanto reír, le habían agarrado entre dos por los tobillos y le habían sumergido boca abajo en un barril lleno de agua bautizándole como Lucas.

—Ahora eres Lucas, no vayas a olvidarlo —le decía Mateo mientras le tocaba el pecho—. Tú, Lucas.

—Tú, Lucas —repetía el chino.

—No, no, tú, tú, Lucas, Lucas —decía el aprendiz dándole de nuevo unos ligeros golpes en el pecho con la mano.

A Ferrán Matos le había contado lo bien que se lo habían pasado escuchándole pronunciar las erres.

—Lucas o perro amarillo, yo le llamaré como me salga de los huevos.

—Es que si no, no os va a entender, maestro —le intentaba explicar Mateo.

—Ya verás como a este si le entiende —decía señalando el látigo que llevaba atado al cinto.

Sus primeros días en el obraje habían sido agotadores. Estaban muy atrasados con los pedidos, y aunque la competencia estaba igual de afectada por la enfermedad de los indios, el obraje de la Vera era de los más extensos y su mano de obra era indispensable. Otros telares eran caseros y una sola familia podía ocuparse de todo el proceso productivo de la lana en el que participaban los distintos miembros de la casa y algún sirviente. Lucas se adaptó sin problemas al duro trabajo del obraje. Nadie sabía lo que había hecho antes de ser encontrado vagando por el camino de Amozoc, pero estaba claro que había pasado fatigas y que estaba acostumbrado a trabajar de sol a sol. Era de pequeña estatura, lo que no desentonaba mucho con el resto de indios, pero su piel era más blanca, un poco cetrina; sus pequeños músculos

estaban bien definidos y tenía un tajo que le cruzaba el lateral derecho, desde la axila hasta casi el ombligo. Sus ojos chiquitos eran de color negro intenso y no se sabía hacia dónde miraban, pues la pupila quedaba sumida en la oscuridad del iris, lo que le otorgaba una mirada altiva y misteriosa que ponía especialmente nervioso a Matos. No se relacionaba con ningún operario durante la jornada y los demás le miraban con desconfianza. Durante el descanso, se sentaba en el patio bajo un árbol y comía con parsimoniosa ceremonia, como si le costase tragar las tortillas de maíz y los frijoles con chile, único almuerzo que recibían día tras día. Mientras mascaba, observaba cada detalle y registraba las salidas y las entradas del capataz y de los aprendices. Aunque solo llevaba unos días en la fábrica lanera, ya había memorizado los horarios y las rutinas de todos los guardianes. El obraje estaba dividido en cinco grandes áreas por tipo de tejido; un supervisor estaba asignado a cada área y contaba con un equipo de seis aprendices. Cada área constaba de distintos espacios donde se cardaban, tejían y teñían los paños y sayales. Dos aprendices por tarea vigilaban el trabajo de los operarios y se turnaban cada dos horas. Los supervisores realizaban tres recuentos al día, al comenzar la jornada, después del almuerzo y al terminar la jornada, antes de encerrarles en una estancia maloliente, la saca, donde dormían acompañados de las ratas y de insectos del tamaño de una mano. En total, cuarenta pares de ojos incluyendo a los amos. Ocho horas de intervalo entre el recuento de la mañana y el almuerzo y otras ocho horas entre el recuento de después del almuerzo y el fin de la jornada para encontrar un hueco por donde escabullirse.

A Mateo le llamaba mucho la atención ese hombrecillo fibroso aún joven, pues era la primera vez que aparecía alguien de sus características por la Ciudad de los Ángeles. Cuando le encontraba solo, se sentaba con él e intentaba enseñarle alguna palabra en castellano. Si algún compañero, el supervisor o el propio Matos se acercaba para saber qué demonios hacía con el sangle, les explicaba que si sabía castellano sería más fácil dirigirle y enseñarle las labores a desempeñar, pero lo que le motivaba a pasarse los momentos de descanso con él era que pudiera contarle de dónde venía y cómo había llegado hasta allí. Lucas repetía mecánicamente los sonidos que pronunciaba Mateo, mientras no perdía detalle de lo que pasaba a su alrededor.

Fue Mateo el primero en darse cuenta de que Lucas había desaparecido, mucho antes de que Matos pegara cuatro gritos al darse cuenta de su ausencia

en el recuento nocturno.

—¿Dónde se ha metido ese chino hideputa? —bramó el maestro.

—Creo que el chile no le sienta bien, le he visto hace escasos minutos vomitando en el patio, voy a buscarle —contestó Mateo.

—Tráelo a mi presencia en menos de lo que se tarda en decir un *Pater Noster* o va a aprender castellano a palos —amenazó Matos.

—Sí, maestro, ahora mismo.

Mateo sabía que se estaba jugando el pescuezo, porque conocía de sobra la ira de Ferrán Matos, pero había tomado verdadero cariño a Lucas y no quería que sufriera una de las palizas del capataz. Montó en uno de los caballos y se lanzó a la carrera. «Tengo que encontrarle, porque si no le van a cazar como a una alimaña», pensó mientras desaparecía tras una nube de polvo en la oscuridad de una noche sin luna.

—¡Mateo! ¡Mateooo! —rugió Matos—. ¿Dónde te has metido? ¡Muchacho del diablo! ¡Santos! Corre a decirle al amo Alonso que tenemos una fuga y que salimos a buscar al desgraciado que se ha escapado. ¿Está cerrada la saca?

—Sí, maestro —contestó otro.

—¡A los caballos, zagales! ¡Soltad a los perros! —gritó el capataz.

Mateo estaba desesperado. Había recorrido los alrededores del pueblo sin rastro de Lucas y ya escuchaba los ladridos de los perros aproximándose, lo que quería decir que estaba en la dirección correcta, pues los canes seguían el rastro del fugado.

—¡Lucas! ¡Lucas! —gritó por encima de los ladridos cada vez más cercanos de los perros—. Vienen a por ti, te van a encontrar. ¡Lucas, quiero ayudarte! ¡Lucas, déjame ayudarte! —gritó Mateo por última vez mientras escuchaba los cascos de los caballos, cada vez más próximos.

La oscuridad era casi total. A lo lejos se veían algunas luces provenientes de las casas principales, en torno a la catedral. Sintió como le tocaban en la pierna y al mirar hacia abajo intuyó los contornos del hombrecillo donde destacaban dos puntillos brillantes.

—Dame la mano, vamos —dijo con la voz quebrada por el esfuerzo.

Apenas le dio tiempo a cerciorarse de que Lucas estaba bien agarrado, cuando arrancó el caballo y uno de los canes dio una dentellada a una de las patas, que a punto estuvo de alcanzar.

Mateo sabía a dónde se dirigía, pues había tenido tiempo de pensar cómo salir del atolladero en el que se había metido. Galopó lo más rápido que pudo,

sintiendo al grupo de jinetes con teas encendidas encabezados por los perros a escasos metros de él, aunque la distancia se iba alargando a medida que avanzaba hacia su destino.

—Quítate la camisa y tirla, así despistaremos un poco a los perros — dijo estirándole de la ropa para hacerle entender mientras seguía al galope tendido.

Al cabo de un rato atravesaron el río y avanzaron por las calles polvorientas de la ciudad hasta llegar a una casa grande. Mateo ayudó a desmontar a Lucas, y agarrándole por el brazo, le condujo con paso decidido hacia la entrada. Llamó a la puerta. Los ladridos se oían cada vez más amortiguados en la distancia. Al cabo de un rato, que se le hizo eterno, se oyó una voz de mujer detrás de la puerta.

—¿Quién anda a estas horas?

—¿Está el físico? Necesitamos su ayuda, es grave, abra, por favor — suplicó Mateo.

Manuela abrió la puerta despacio, asomó la cabeza primero e iluminó con un candil. Al ver la cara llena de polvo del muchacho y de su acompañante, respiró aliviada y les dejó pasar al zaguán.

—Esperad aquí, voy avisar a don Francisco.

El doctor apareció completamente vestido, pues hacía poco que había vuelto del hospital y ni ganas había tenido de desnudarse.

—¿Qué ocurre? ¿Quién está enfermo? —preguntó sin dilación.

—Lucas, no se siente bien —mintió Mateo—. Llegó hace pocos días al obraje y ha estado vomitando. Perdona que le moleste a estas horas, pero como nos dijo que le avisásemos en cuanto alguien no se encontrara bien... Yo creo que es el chile, no debe de estar acostumbrado aún, pero usted sabrá mejor que yo, doctor.

Francisco le hizo sentarse en una silla en la sala y le revisó de arriba a abajo en busca de algún síntoma peligroso. Lucas se dejó hacer mirando con curiosidad el manoseo al que le sometía el galeno.

—Está sano, podéis volver —dijo al fin.

—Verá, don Francisco, quería pedirle si sería tan amable de acompañarnos al obraje, porque mi maestro debe pensar que Lucas se ha escapado y estará furioso. Podría explicarle lo que ha pasado, lo digo para que no le maltrate, ya sabe que no tiene buen carácter.

Francisco suspiró. Estaba agotado, pero conocía al tal Matos, un tipo muy desagradable.

—Está bien, en marcha, pues —dijo mientras el muchacho sonreía aliviado.

Cada oscuro recoveco de la casa había sido testigo de sus encuentros clandestinos. Vincent quería ir despacio, no tanto por respeto hacia don Sancho, sino porque ser descubiertos podía ser fatal para él después de haber salido del infierno de la miseria, el fracaso y el aguardiente, y también para la honra de la dulce doncella, a quien no deseaba ningún mal. Cada día se afianzaba más en el negocio sedero y se había ganado el respeto, incluso el afecto, de sus patrones. Aunque don Segundo se mantenía a distancia, don Sancho confiaba en su criterio y habían realizado numerosas transacciones comerciales con éxito en los últimos meses. Le había presentado proveedores flamencos de tintes de gran calidad que estaban dando unos resultados excelentes aplicados a las sedas. Tenía un nuevo plan para su vida, para volver a ser el que era, pero requería astucia y tener la cabeza fría. Sin embargo, y a pesar de creer controlar sus sentimientos, estos estaban empezando a desbordarse como los cauces del río con las crecidas. Ella le había devuelto la juventud perdida. Había sido poco a poco, sin darse cuenta. Al principio cruzaban alguna mirada cómplice cuando estaban en presencia de algún miembro de la familia o del servicio, intentaban ignorarse y rara vez se dirigían la palabra directamente. Él tampoco la abordaba cuando la encontraba sola leyendo o bordando en la sala, sino que se mantenía a distancia y la observaba; ella le sentía cerca y eso le bastaba. Las semanas pasaban en una quietud expectante. Vincent conocía las intenciones de Álvaro con Mariana, y sabiendo que las dos muchachas pasaban mucho tiempo juntas, ambos propiciaban encuentros a cuatro. Era en esos momentos, cuando Álvaro estaba más ensimismado con agrado y entretener a la dama de sus desvelos, cuando Vincent y María Jimena aprovechaban para charlar e intimar. Al principio solo se rozaban los dedos mientras daban un paseo. Pero la joven inexperta era audaz y pasional, le confiaba sus sentimientos más profundos sin tapujos y también le preguntaba por la intimidad en su matrimonio. A Vincent le resultaba refrescante su curiosidad y poco a poco fue naciendo en él la necesidad de tocarla, acariciar su suave piel y abrazarla. Después del primer beso, tierno y casto, habían llegado otros más profundos, y curiosamente era ella la que tomaba la iniciativa. Discretamente, en algún momento del día y sin que él lo esperase, le entregaba una nota citándole en algún lugar oscuro de la

casa. Le esperaba perfumada, escondida entre las sombras. Él se acercaba guiado por su aroma. Ella se colgaba de su cuello y le depositaba diminutos besos detrás de las oreja, en el mentón, en los pómulos, hasta llegar a los labios, le pasaba su lengua traviesa por el contorno de la boca provocándole, y él le respondía con ardor, enseñándole sus años de experiencia en el amor, su habilidad para acariciarla y erizarle la piel, en el dominio sobre su cuerpo. Esos breves pero intensos momentos en los que se ausentaba del estudio, donde trabajaba revisando pedidos, pagos y envíos en compañía la mayoría de las veces de su padre, se estaban convirtiendo en lo más deseado de su día y con el pasar de las semanas aumentaban en intensidad y asiduidad.

Ese día Vincent había pasado la jornada fuera de casa. Se había acercado a la capilla del Hospital de San Andrés, sede de la cofradía, donde una vez por semana se reunía la comunidad flamenca y de la que era miembro casi desde sus inicios. En los meses que había permanecido abrazado a una botella, había evitado todo contacto con sus compatriotas; se avergonzaba de haber caído en las triquiñuelas del sevillano. Con su mujer, Hortensia, y sus dos hijos de regreso en Vizcaya, de donde era oriunda, le fue fácil esquivar a sus amistades. Corría la voz de que estaba arruinado, pero peor que estar arruinado financieramente era la ruina humana en la que se había convertido por ese entonces, y entre las brumas del alcohol aún le había quedado la intuición de que no verse derrotado en su propia comunidad era la única posibilidad de ponerse en pie una vez más. Era la primera vez que aparecía por la cofradía, bien vestido, con un aspecto saludable, a pesar de no haber recuperado completamente el peso perdido, y sobre todo con la afabilidad y la complicidad de siempre. Sus compatriotas le habían recibido con muestras de afecto y de alivio. Le contaron los chismes que habían escuchado sobre su fortuna. Se excusó diciendo que había estado de viaje por el norte de Europa durante esos meses y que algunos negocios no salieron como hubiese deseado. Sin embargo, a sus íntimos, comerciantes como él afincados en Sevilla desde hacía varias décadas, les contó con lujo de detalles la estafa que había sufrido a manos de los empresarios don Segundo López y don Sancho Fábregas, su situación actual y el plan que estaba trazando para recuperar poco a poco su posición económica y social.

—¡Cuánto me alegro de verte, amigo! Nos tenías preocupados —le dijo Adriaan Bucar, un hombretón de carácter expansivo, de casi dos metros de altura, con un grueso bigote pelirrojo y una voluminosa panza.

—No han sido unos meses fáciles, pero bien sabes que no me doy fácilmente por vencido. Mi peor enemigo fue mi orgullo. Con un poco más de humildad hubiera podido afrontar la situación de una manera más llevadera, pero me perdí en el orgullo herido y por poco acabo flotando en el Betis — confesó Vincent.

—Según cuentas, parece que has perdonado a los causantes de tu perdición y ahora eres su más cercano colaborador —añadió Cornelio Van Bauselle.

—Al enemigo hay que tenerle cerca —rio Vincent.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Cornelio.

—Estoy en un periodo de aparente calma. Me llevo bien con los señores sederos, estamos haciendo transacciones interesantes y he sabido ganarme su confianza. Me queda atar un cabo suelto, que espero poder rematar hoy para ponerme en marcha a toda vela.

—Cuenta con nosotros —le aseguró Adriaan Bucar.

—Nos vamos a divertir, señores, y si Dios quiere, también aumentaremos nuestros caudales —afirmó Audenarden.

Los tres amigos siguieron intercambiando confidencias y Vincent les explicó con más detalle en que consistía su plan. Tanto Adriaan como Cornelio estaban sorprendidos de la audacia de Vincent y le advirtieron de los riesgos que entrañaba, pero le vieron tan decidido que no dudaron en apoyarle. A pesar de tener vidas acomodadas y de contar con negocios de comercio internacional sólidos, los flamencos, como extranjeros, eran ciudadanos de segunda categoría. Las regulaciones para poder nacionalizarse se habían endurecido tanto que a pesar de llevar dos décadas en la ciudad y estar casados con dos señoronas sevillanas, aún no les habían concedido la carta de naturaleza, que entre otras cosas permitía comerciar con las Indias e ingresar en la Universidad de Cargadores. Tanto Adriaan como Cornelio habían hecho uso de intermediarios para poder mandar mercancía a América. El riesgo era grande, pues no era la primera vez que un agente se fugaba con las ganancias de la venta de las mercancías, que podían llegar al trescientos por ciento del valor de las mismas.

Tras el almuerzo, el encuentro de la cofradía había terminado con una misa. Vincent se despidió contento y con cierto alivio por haber compartido con personas de confianza sus inquietudes y deseos.

Después se encargó del cabo suelto. Montado a caballo, atravesó las calles atestadas de gente y carruajes de Sevilla y se encaminó al Arenal. Hacía

frío y el viento levantaba ráfagas húmedas del río que escupía en la cara de los viandantes. Cruzó la muralla por la puerta de Triana. Carpinteros y calafates se afanaban en arreglar naves de pequeña envergadura. Se veían algunas galeras ancladas y barcos de pescadores en descanso. Al trote, cruzó por delante del Malbaratillo, donde tenderos ociosos dormían la siesta en hamacas improvisadas o sobre los mostradores, embriagados por el olor a fruta podrida. Se fue acercando con confianza al almacén oculto entre garitos de juego y tabernas en el lado oeste de la muralla, donde desde hacía tiempo seguía los pasos de Álvaro. Al llegar desmontó, amarró el caballo a un árbol bajo y entró sin anunciarse.

A Álvaro se le quedó congelada una mueca de terror en la cara y no acertó a decir nada, al tiempo que sus guardaespaldas ya habían echado mano de sus armas.

—Álvaro, amigo, venía a buscarte para tomar juntos unos vinos y charlar un rato, porque tengo algunas cosas que contarte —dijo Vincent con el tono más desenfadado que pudo.

Álvaro cerró el baúl que estaba inspeccionando y salió del almacén sin decir palabra. Sus fortachones se miraron entre sí sin entender lo que había pasado. Al cabo de unos minutos, Álvaro volvió a entrar y les dijo:

—Zoquetes, terminad de preparar la carga, cerrad bien y haced la entrega según lo acordado. Decidle al señor Enríquez que me pasará esta noche a hacerle una visita de cortesía.

Se colocó el sombrero de ala ancha emplumado que había dejado sobre un tonel y salió.

Vincent le esperaba en su montura con una media sonrisa en los labios y la certeza de que estaba echándole un órdago al destino.

Los dos caballeros permanecieron en silencio mientras atravesaban de nuevo la muralla. El guardia de la puerta no se atrevió a pararles al ver sus lujosos ropajes y la determinación en la mirada iracunda de Álvaro. A continuación se perdieron por el laberinto de callejas sin rumbo, hasta que Álvaro habló.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme? —le preguntó intentando disimular sus emociones, aunque su tono de voz sonó demasiado tajante y casi amenazador.

—Pregunté a uno de tus mozos esta mañana, cuando te estabas preparando para salir —contestó el flamenco.

—¿A quién de los dos? ¿A Facundo o a Cipriano? —preguntó Álvaro claramente alterado.

—No sé decirte, no les distingo, me parecen idénticos.

Siguieron avanzando por las callejas mojadas un buen rato sin pronunciar palabra. Al fin, Vincent rompió el silencio.

—Entiendo que quieras dar tus propios pasos.

—No sé a qué te refieres —le cortó tajante Álvaro.

—Vamos, llevo las cuentas del negocio. De sobra sé que no hay asiento de esa mercancía. Seguramente tampoco ha pasado por la aduana. Te llevo diez años de ventaja, no hay nada de lo que estés haciendo que no lo haya hecho yo antes. Nos parecemos. Es difícil independizarse de los progenitores. Al fin y al cabo, eres como un empleado con algún que otro beneficio y esperando una herencia que podría tardar veinte años en hacerse efectiva.

Álvaro miraba al frente ceñudo. Vincent continuó.

—Hay un mundo entero de oportunidades ahí afuera esperando ser aprovechadas. Tu padre y don Segundo son de la vieja escuela, pretenden seguir como hasta ahora, pues debemos reconocer que les ha ido bien. Tú y yo estamos hechos de otra pasta —dejó reposar sus palabras algunos minutos para que calaran en la mente del joven—. Hace tiempo que quería proponerte algunos negocios.

Álvaro no respondió, pero su mirada reflejaba interés.

—Verás. Hace un año, más o menos, a través de familiares en las provincias rebeldes, me llegó la petición de convertirme en encomendero de uno de los comerciantes más poderosos de la región. Su agente en Sevilla y Cádiz fue acuchillado en una reyerta de taberna y desde entonces no ha conseguido dar con alguien astuto a la par que honesto y leal hacia él. Difícil combinación, estoy de acuerdo —afirmó Vincent adivinando los pensamientos de Álvaro y ocultándole que el comerciante al que se había referido era familiar suyo—. Con mi ayuda, tú serías el candidato ideal para desempeñar tamaña empresa, cuya recompensa es sumamente jugosa. Conoces bien la bahía de Cádiz y a sus funcionarios, por lo que pasar mercancía de contrabando no te resultará complicado. También eres ducho en el mercado local. El caudal necesario para ablandar las conciencias corre por cuenta del holandés. Aparte de un salario mensual, recibirías una comisión del veinte por ciento por transacción. Desde mi incorporación al negocio de tu padre hemos intensificado nuestra relación con proveedores en Flandes, por lo que estas operaciones podrían camuflarse sin demasiado problema.

—Yo no trato con enemigos de la patria —afirmó Álvaro con contundencia.

—Te equivocas. El holandés no tiene ningún interés en la guerra y además es católico —mintió Vincent—. No olvides que la casa de Orange es permisiva con todos los credos. Las políticas comerciales restrictivas y los conflictos bélicos son un atraso. Todos nos beneficiaríamos de un *mare liberum*, como defendió Hugo Grocio en su día. Te aseguro que verás con tus propios ojos el fin de esta guerra eterna, pero para entonces habrás perdido la oportunidad de hacerte rico. Además...

—Además, ¿qué? —preguntó Álvaro tras esperar algunos segundos a que su interlocutor continuase.

—Además, ¿por qué crees que Mariana no te ha elegido como esposo? La he observado. Es una mujer que necesita sentir afecto, pero también admiración. A ti te quiere, no hay duda, pero te ve bajo el yugo protector paterno, sin determinación. Tal vez aún un poco inmaduro. Para ganar su admiración necesitas ser dueño de tu propio destino, y eso, querido amigo, es caro. Ella aspira a una vida excitante, llena de sorpresas, incluso peligros. Por eso el médico la enamoró. Es hora de tomar las riendas de tu vida. Y como he comprobado hoy, ya has empezado. Pero vas a necesitar más que un viaje al año a las Indias para convertirte en el hombre que haga suspirar a la señorita López de Peñaflores —sentenció Vincent.

Habían llegado a los alrededores de la plaza de San Francisco, centro neurálgico de la vida sevillana.

—Te invito a un vaso de vino, la taberna el Rincón es un lugar cuidado y discreto donde no aguan el jugo de uva y donde podemos seguir charlando.

Álvaro asintió. Se sentía un poco deprimido, porque Vincent tenía razón. El cortejo a Mariana no estaba dando resultados. Ella le miraba con los mismos ojos de siempre, llenos de fraternal afecto, pero sin una pizca de pasión.

Los dos caballeros desmontaron, dejaron sus monturas a cargo de uno de los mozos de la taberna y se resguardaron en su interior de la llovizna otoñal.

A pesar de haberse mojado solo los labios con el vino, Vincent se sentía embriagado. Embriagado no de alcohol, sino de una placentera sensación de poder. El incauto de Álvaro había aceptado su propuesta después de unas cuantas jarras del mejor Toro de la taberna.

—Vamos a ser grandes amigos —le había asegurado el joven con su voz gomosa.

Había vencido todas sus defensas cuando le había expuesto cuál sería su estrategia con la señorita Mariana.

—¡Qué gran idea, amigo, qué gran idea! —le había agradecido.

Entró a su alcoba. Se desnudó con premura. La estancia estaba fría y el viento se colaba afilado por las rendijas de la ventana. Se colocó la camisola de dormir y se dejó caer sobre el lecho.

—¡Ay!

Vincent escuchó un quejido. Sobresaltado, se tiró al suelo alfombrado de la alcoba y reptó para alcanzar su daga.

—¿Eres tú?

Oyó una dulce voz de sirena, y más calmado, dejó la daga encima de una silla y se aproximó de nuevo al borde de la cama. Retiró las gruesas mantas de golpe y unas piernas delgadas y muy blancas se encogieron al recibir el frío del exterior.

—¡María Jimena! ¿Qué haces aquí? —preguntó con un susurro chirriante.

—Habla más bajo, que te van a oír. Ven, entra al lecho, hace frío. Y no me regañes, he estado todo el día sin verte y no podía más de la impaciencia.

El tomó la mano que le tendía y se metió entre las sábanas de suave lino, acomodó las mantas y se tumbó de lado para mirarla de frente. Ella pegó su cálido y palpitante cuerpo contra la frialdad de sus nudosos músculos.

—Abrazame, tonto —le susurró al oído lamiéndole el lóbulo de la oreja —. No te preocupes, mis padres duermen a pierna suelta y no creo que Álvaro pase la noche en casa. No lo hace mucho últimamente.

Vincent consiguió vencer su excitación por un momento y la miró largamente.

—Sabes que nunca podremos mostrarnos en público, ni tener una vida normal. Soy un hombre casado y Hortensia goza de buena salud.

—Lo sé y no me importa si cada noche me permites compartir el lecho contigo. Me saben a poco los momentos que le robamos al día, necesito más.

—Es peligroso, esta situación no puede durar mucho. Además, en breve te buscarán esposo.

Su voz sonaba a orgullo herido, como si verdaderamente la idea de que la muchacha yaciese con otro hombre le produjese una punzada de envidia. Permanecieron abrazados y escuchándose la respiración durante largo rato.

Vincent tenía los ojos abiertos, observaba las sombras móviles que proyectaba la luz de la luna en el techo de la alcoba.

—Yo te amo, no podría compartirte con otro hombre —susurró buscando sus labios para besarlos—. Quiero hacerte mi esposa, quiero mostrarte orgulloso a mis amigos y conocidos, quiero que formemos una familia —dijo mientras sus palabras se iban derramando en los oídos de ella y sus besos resbalan desde los labios hasta el escote—. Mientras permanezcamos en Sevilla, eso no va a ser posible.

Se había puesto encima de ella rodeándola con los brazos. María Jimena sentía el peso de su cuerpo y se creía desmayar, sentía los latidos de su corazón golpeando con fuerza sobre su pecho y le faltaba la respiración. Vincent la miró a los ojos fijamente.

—¿Vendrías conmigo? —le preguntó.

Ella se asustó. Se liberó de su abrazo deslizándose por las sábanas hacia el lado interior del lecho. Vincent se dio la vuelta, se colocó boca arriba y volvió a observar las sombras del techo. María Jimena sintió que había cometido un error y que tal vez le estaba alejando de ella. Apoyó la barbilla en su pecho velludo, que dejaba al descubierto la camisola de dormir.

—¿A dónde iríamos? —preguntó con su candorosa voz, aún con cierto temor en los ojos.

—He pensado volver a Flandes, pero nadie debe saberlo. ¿Vendrías conmigo? —repitió Vincent.

Ella no respondió inmediatamente. Ocultó su rostro infantil en su pecho y lloró en silencio de alegría, pero también de pena, porque sabía que partir con Vincent significaba defraudar a su familia y renunciar a ellos para siempre. Nunca podría volver a poner los pies en Sevilla, sería considerada una perdida. Sin embargo, el amor por Vincent era todo lo que le importaba, y un futuro a su lado todo lo que había anhelado desde aquel día en que le vio en la fuente de la Alameda.

Cuando levantó la cara bañada en lágrimas su respuesta no dejaba lugar a dudas.

—Iré contigo. Pero antes... hazme tuya.

Se besaron, primero despacio, y después, a medida que aumentaban sus jadeos y el deseo crecía, con más premura, con intensidad, en un apretado abrazo. Vincent metió sus frías manos por debajo de la camisa de dormir de María Jimena, recorriendo cada centímetro de su tersa piel hasta alcanzar las cumbres enhiestas de sus pechos de algodón. Con destreza apretó con dos

dedos uno de los pezones mientras con la otra mano la liberaba de la tela que cubría su doncella. Ella ahogó un gemido. Sus diestros dedos bajaron poco a poco hasta la selva aromática de su pubis y juguetones la hicieron enloquecer. Cuando sintió estar al límite de sus fuerzas, se colocó de nuevo encima de ella y con un certero golpe de pelvis penetró en lo más profundo de su ser. El sexo de su amada lo recibió con un estallido de calor. María Jimena no se movía, se mordía la mano para aguantar los embistes de su enloquecido amante. La abrasaba el ímpetu de Vincent, entrando y saliendo, entrando y saliendo, cada vez más rápido, pero a pesar del intenso dolor físico, saberse suya le llenaba el corazón de júbilo, porque ya no había marcha atrás. Con un jadeo final, Vincent llenó con su torrente impetuoso la intimidad virginal de la joven.

«¡Qué gran día!», pensó Vincent antes de quedarse dormido abrazado al tierno cuerpo de María Jimena.

Eleonora Fábregas estaba convencida de que su amiga Julita Tamames siempre intentaba quedar por encima, como el aceite. Le había confiado su inquietud sobre el futuro de María Jimena por la falta de candidatos que quisieran desposarla y pocas semanas después anunciaban que su hija, también llamada Julita y un año menor que su hija, estaba comprometida.

—Ni pizca de ganas tenía de venir a esta celebración —se quejaba doña Eleonora en el carruaje de camino a la casona de los Tamames.

—Madre, Julita es de vuestras amigas más cercanas, no podíais hacerle semejante desplante —intentaba consolarla María Jimena.

—Todo por vuestra culpa, querido esposo.

—¿Mi culpa? ¿Por qué es mi culpa que se case Julita? —preguntó don Sancho.

—No que se case, sino que se case antes que María Jimena, y además con Mauricio Enríquez, nada menos.

—Pero madre, es un viejo, y ella acaba de cumplir quince años —protestó María Jimena.

—Nada de viejo, que aún es un galán y Julita va a vivir como una reina, rodeada de lujos. Lo digo y lo repito, Sancho, la culpa es vuestra por no ocuparos de este asunto. Aquí está vuestra hija marchitándose, solterona se va a quedar.

Rompió a llorar Eleonora y se sonó la nariz ruidosamente con su fino pañuelo de encaje mientras pensaba: «O lloro o Sancho no va a hacer nada». Pero don Sancho conocía los lloriqueos de su esposa y no le prestaba ninguna atención.

—Prometedme que encontraréis un buen marido a María Jimena. Y mejor que el que ha conseguido Julita Tamames —insistió doña Eleonora.

—Eso va a ser difícil, pero lo intentaré. Vamos, vamos, ya estamos llegando, componeos y mostrad vuestra mejor cara, no querréis darle el gusto a Julita de veros rabiando de envidia.

—Antes muerta, querido esposo, antes muerta —le aseguró doña Eleonora.

Mariana observaba la escena divertida. Se sentía afortunada, pues no había tenido que pasar por el tedioso proceso de las visitas sociales para encontrar marido. Francisco supo ganarse su afecto y el de sus padres, quienes siempre se mostraron respetuosos de sus deseos. Doña Aurora había amanecido indispuesta esa mañana y su padre había decidido quedarse en casa para acompañarla. Sus amigos habían tenido a bien recogerla para ir juntos a la fiesta de compromiso de Julita Tamames. Mientras Eleonora y don Sancho seguían discutiendo casi hasta el umbral de la casa de los anfitriones, ella y María Jimena, tomadas del brazo, les seguían los pasos.

—No te preocupes, tu padre es un hombre cabal y sabrá apaciguar los ánimos de doña Eleonora.

—Últimamente está pesadísima con este asunto, y más desde que se anunció el compromiso de Julita. Aún soy muy joven, no tengo ninguna prisa en casarme.

Mariana la miró sorprendida. Todavía recordaba las palabras de la muchacha sobre su atormentado amor, aunque es verdad que desde aquel día nunca más lo había mencionado, y eso que ella había intentado retomar la conversación en numerosas ocasiones. «Quizá fue un arrebató momentáneo», pensó.

Rodolfo Tamames y su mujer habían tirado la casa por la ventana y empeñado hasta las calzas para poder financiar semejante despliegue de lujo ante sus invitados y, principalmente, ante los Enríquez. No faltaban los más ricos manjares, una infinita variedad de licores para los señores y refrescos para las damas. Además, y para mayor exasperación de doña Eleonora, hacía un día espléndido de reluciente sol y cielo azul que dio mucho brillo a la celebración, que se desarrolló en los floridos jardines donde se habían colocado unos toldos y donde un ejército de sirvientes, muchos de ellos contratados para la ocasión, atendían a los invitados ataviados con elegantes uniformes de librea.

—A Julita se le ha subido a la cabeza el compromiso. ¿Habéis visto a los criados? Ni que los Tamames fueran nobles —comentó a su esposo.

—Callad, mujer, que os van a oír. ¿Por qué no os fijáis en si hay algún joven que nos pueda interesar como yerno? Tengo entendido que han invitado a lo más granado de Sevilla.

Los ojos de doña Eleonora se iluminaron, porque no se le había ocurrido esa posibilidad. Visto así, era una muy buena ocasión.

—¡Sancho! —el anfitrión se acercó a saludar a su amigo y ocasional socio comercial.

—¡Rodolfo, amigo, magnífica fiesta! Y enhorabuena por el compromiso de tu hija —le felicitó don Sancho.

—Gracias, su tiempo y dinero me ha costado, pero Julita es una joven muy diligente y ha sabido atraer la atención de don Mauricio. Ven, vamos a rescatarle, está rodeado de jovencitas.

Los dos caballeros se acercaron al elegante gentilhomme de finos bigotes, caballero de la Orden de Alcántara, que respondía con sonrisas a los comentarios cándidos de las amigas de su futura esposa y se secaba el sudor con un pañuelo. El señor Tamames dio un beso a su hija en la mejilla y le sugirió que enseñase a sus amigas su ajuar de novia, con lo que consiguió despejar el lugar del enjambre de parlanchinas jovencitas con sus coloridos vestidos.

—Don Mauricio, conoce a Sancho, el empresario sedero, ¿verdad? —dijo Rodolfo.

—Sí, claro, ¿cómo no? Don Sancho —dijo con una leve inclinación de cabeza.

—Enhorabuena, Julita será una excelente esposa, ha recibido la mejor de las instrucciones —le felicitó don Sancho.

—No lo dudo. Y a mis años, me siento un hombre afortunado. Mi carrera militar no me había permitido hasta ahora pensar en formar una familia, y esta maldita pierna me ha tenido varios meses inmovilizado —dijo golpeándose con el bastón la pierna derecha—, pero don Rodolfo me ha hecho ver el lado positivo de tan pésima circunstancia que me aparta del campo de batalla que tantas glorias me ha traído. Es hora de navegar hacia nuevos horizontes y mi matrimonio con Julita será, sin duda, un buen comienzo —aseguró Rodolfo Tamames sonriente y complacido.

—¿Está al tanto de las últimas noticias del devenir de la escuadra de Oquendo y de nuestras tropas en Flandes? —preguntó don Sancho.

—Sí, señores, aunque don Antonio Oquendo haya salvado el estandarte real y a la capitana, Santiago de España, y nuestros soldados hayan recibido sus soldadas, el resultado ha sido desastroso. Hemos perdido cuarenta y tres naves, más de la mitad encalladas en las Dunas, un daño irreparable que la Corona va a tener que pagar irremediamente. Nos encontramos en una

debilidad marítima que pronto aprovecharán nuestros adversarios para arrebatarnos preciadas posesiones —comentó pesimista don Mauricio.

—Sin duda preocupante, don Mauricio, muy preocupante —respondió Rodolfo.

—Allí llegan mi hijo y el señor Audenarden —indicó don Sancho mirando hacia la entrada del jardín.

Los dos jóvenes saludaron al anfitrión, dieron la enhorabuena al novio y se unieron al corrillo de caballeros.

—Nos estaba comentando don Mauricio la suerte de nuestra escuadra en Flandes —les informó don Sancho.

—He oído en los pasillos de la Lonja que Oquendo defendió su navío a sangre y fuego y Tromp no pudo hacerse con él —comentó Álvaro.

—Salvamos el honor, joven Fábregas, de eso no hay duda, pero el coste de semejante hazaña es inconmensurable, y si la Corona estaba ya endeudada, ahora ni les cuento —insistió don Mauricio en su juicio para dirigirse a continuación a don Sancho—. Por cierto, y hablando de temas más amables, tengo entendido que están pensando en invertir en Filipinas.

—Así es.

Don Sancho se asombró del nivel de información que manejaba don Mauricio y Álvaro disimuló una sonrisa, pues en su última visita al señor Enríquez fue él quien le desveló los planes para el año entrante.

—Pues he de decirles que el gobernador de las islas, Sebastián Hurtado de Corcuera, es un gran amigo mío. Los dos servimos en Flandes, donde destacó por su gran hacer durante el sitio de Breda como capitán de caballos. Le escribiré informando de tu llegada, Álvaro. Es, sin duda, el mejor aliado que podrías tener allí para hacer negocios.

—Se lo agradecemos mucho, don Mauricio —afirmó el señor Fábregas, un poco confuso por la familiaridad con la que trataba a su hijo, a quien solo debía de conocer de vista.

Álvaro y Vincent intercambiaron una mirada cómplice. La suerte estaba echada. En sus manos sostenían las riendas de su destino y no estaban dispuestos a soltarlas.

Mariana se había sentado en el jardín sobre un banco de piedra, rodeada de arbustos y flores y un poco alejada del cotorreo de las damas. Había dejado a María Jimena y las otras muchachas en la alcoba de Julita entre vestidos,

joyas, sábanas y demás enseres del espléndido ajuar que aportaban sus padres al matrimonio, además de una suma considerable de oro y plata. Miraba al horizonte. A lo lejos se veían unas pequeñas nubes blancas sobre fondo marino que iban acercándose empujadas por la brisa, cambiando de forma y tamaño, creando mensajes que la joven intentaba descifrar. Se sentía a punto de asomarse a un abismo, pero atraída por la negra oscuridad no podía apartarse del borde. Tenía la imperiosa necesidad de saltar y dejarse caer en los brazos de lo desconocido, la necesidad de saber era más urgente cada día que pasaba. Tan inmersa estaba en sus pensamientos que no le escuchó llegar.

—¿Me permitís que os acompañe, bella dama? —Mariana no levantó la vista hacia el joven que la pretendía, pero esbozó una sonrisa de conformidad y Álvaro se sentó a su lado—. ¿Qué haces tan sola?

—He pasado las últimas dos horas en la alcoba de Julita admirando sus vestidos y me sentía aturdida del parloteo incesante de sus amigas.

—Parece que yo he tenido más suerte, porque el futuro esposo de Julita me va a ayudar con el negocio en las islas Filipinas.

—Me alegro mucho, es una gran noticia —dijo apartando la vista de una nube esponjosa que flotaba a distancia y mirándole por primera vez a los ojos con emoción.

—Me ha dicho tu padre que quieres pasar el resto del invierno en la hacienda.

—Sí, necesito salir del hedor de Sevilla durante unos meses.

—¿No vas a aburrirte allí sola?

—No estaré sola, están mi abuela y mi bisabuela, y además Vidonia vendrá conmigo. Aunque no te lo creas, hay mucho trabajo y a mí me gusta ayudar. No solemos viajar en invierno por las nevadas, pero de verdad, necesito pasar estos últimos meses allí. El camino será largo, ¿me acompañarías?

—Por supuesto —respondió tomándole la mano y besándola muy despacio, casi acariciando con sus labios la tersa piel de la joven.

—Álvaro...

—Dime —contestó él con los labios aún sobre el dorso de su mano.

—Ya lo hemos hablado, estoy prometida.

—Los compromisos se rompen, Mariana —dijo el joven endureciendo el tono y soltándole la mano.

—¿Por qué habría de romper yo el mío?

—Porque yo te convengo más. Nos conocemos bien, nos queremos, bueno, yo te amo y tú me quieres.

—Claro que te quiero, pero no de esa forma.

—¿De qué forma?

—No sé, mi afecto es más fraternal —explicó Mariana.

—¿Y qué tipo de afecto sientes por Francisco? —preguntó Álvaro.

—No lo sé —respondió en voz alta sin pretenderlo.

—Exacto.

—Perdona, estaba pensando en alto. Han pasado más de dos años desde la última vez que le vi, y estoy nerviosa por el viaje y por el reencuentro, pero cuando pienso en lo que sentía estando con él, estoy segura de que quiero ser su esposa.

—¿Y si ya no es el que tú recuerdas? Las personas cambian. Yo estoy aquí, siempre a tu lado, sabes quién soy, y sabes que te amo con locura y no como hermana, sino como mujer. Déjame demostrártelo.

Mariana se incomodó, se puso en pie y empezó a caminar alejándose aún más de los invitados hacia el interior del jardín, Álvaro la siguió a pocos pasos de distancia. Finalmente, se detuvo junto a un sauce, miró hacia atrás buscando la mirada de él, atravesó las lánguidas y frondosas ramas del árbol que caían en cascada rozando el suelo y apoyó la espalda contra el tronco en espera de su amigo. Álvaro retiró las ramas del sauce con las dos manos para penetrar en la verdosa cueva y se acercó hasta quedar a escasos centímetros de ella, muy cerca, envueltos por las finas ramas colgantes del llorón, donde apenas se distinguían sus figuras desde fuera del círculo vegetal. Se miraron frente a frente con intensidad y él se aproximó un poco más hasta casi rozar su pecho, pero ella le detuvo con la mano.

—Álvaro, eres el mejor amigo que tengo, no quiero perderte por un capricho tuyo o mío. Necesito que respetes mis tiempos. Estoy confundida, son muchos cambios a la vez. Por eso quiero ir a la hacienda, necesito estar tranquila para aclarar mis ideas y mis sentimientos. Solo Dios sabe cuándo podré volver a mi tierra, tal vez nunca, Nueva España está muy lejos. Solo puedo prometerte una contestación definitiva una vez me haya reencontrado con Francisco. Hasta entonces, no puedo faltar a mi palabra.

—Está bien. ¿Amigos entonces? —dijo Álvaro tendiéndole una mano para sellar un pacto que no pensaba respetar.

—Amigos —sonrió Mariana.

Llevaba semanas retrasando la visita al padre Boelens. Había esperado hasta que los últimos ruidos callejeros se hubiesen apagado antes de aventurarse al exterior. El gélido viento nocturno había empujado a los viandantes hacia el resguardo de sus hogares antes que otras noches. Salió a la calle completamente cubierto con sombrero y embozo. Todos sus músculos estaban tensos, sus oídos agudizados, la mirada concentrada. Se sentía vigilado, como si las sombras que se proyectaban sobre las húmedas calles escucharan sus pensamientos. Se cruzó con un perro desgredado que al verle se incorporó y empezó a seguirle hasta una estrecha casa en la calle San Antonio, casualmente a escasa distancia de la del rabino Mennaseh ben Israel. Tal y como le había confirmado en su misiva de contestación el padre Boelens, la puerta estaba abierta. La empujó suavemente y el eco chirriante de los goznes retumbó en toda la calle. El perro aulló y se fue a la carrera, persiguiendo el sonido hasta perderse de vista. El zaguán estaba tenuemente iluminado con el reflejo de una antorcha encendida. Subió la estrecha escalera hasta el último piso, donde se encontraba la iglesia clandestina que unía las dos casas adyacentes en la parte superior y convertía el espacio en una sala rectangular, estrecha y alargada. Se aproximó al altar, se arrodilló y comenzó a rezar. Poco a poco, a medida que pronunciaba las palabras, le fue invadiendo una cálida sensación de paz, tan parecida a la que experimentaba cuando, de la mano de su madre, acudía a misa antes de la salida del sol, pero de eso hacía ya una eternidad. La echaba de menos.

El padre Boelens le observaba sentado en un banco de madera, cerca de un ventanuco estrecho donde había colocado una vela. Leía la Biblia. Esperó un tiempo prudencial a que el joven hubiese conversado a sus anchas con el Señor para aproximarse y arrodillarse a su lado. Hans giró la cara hacia él y sonrió.

—Hacía tiempo que no te veía por aquí, hijo.

—Como le expliqué en mi carta, he estado de viaje.

—¿Cómo está tu fe? —preguntó el padre Boelens.

—Soy un hombre con certezas espirituales, padre, pero con una vida complicada —respondió el corsario.

—¿Rezas diariamente y recibes al Señor?

—Usted mejor que nadie sabe lo difícil que es hacerlo en las circunstancias presentes.

—Me gustaría que vinieses a misa una vez a la semana, estoy seguro de que te haría bien.

—Lo intentaré. ¿Se acuerda usted de mi madre?

El padre Boelens parecía meditar, movía la cabeza de arriba abajo como recordando, con la mirada fija en la cruz.

—La señora Lucía —dijo al fin.

—Sí, sí, mi madre, ¿la recuerda?

—La señora Lucía es muy devota —respondió. Y corrigió rápidamente —: Era muy devota.

—No está muerta, padre. ¿Usted sabe dónde está?

—¿Yo? No, hijo, no, tengo presente a todos mis feligreses y rezo por ellos, por ella, por todos, por ti también —dijo moviendo la cabeza lentamente.

—Entiéndame, padre, necesito encontrarla, ayúdeme. Tal vez recuerde algo que pueda darme una pista sobre dónde se encuentra.

—Ella sufría mucho, pero hablaba de ti como el regalo más preciado que le había concedido la vida. Tal vez su camino no era el matrimonio, a veces la luz esplendorosa del sol nos ciega y nos desvía del camino que Dios ha trazado para nosotros.

—Mi madre se casó por amor —respondió Hans intentando controlar su temperamento.

—El amor, el amor... —divagó el padre Boelens—, el amor carnal, hijo, nos envuelve con su música, nos ciega, pero cuando su dulce son cesa y se recupera la visión, a veces lo que se ve no es para lo que el corazón estaba hecho.

—¿Qué le contó mi madre? ¿Le dijo que se iba a marchar? ¿Le dio razones para su precipitada partida?

—Siento no poder ayudarte más. Sigue tu corazón, tus deseos más profundos son la llave para entender lo que Dios quiere de ti y para qué te ha dado su aliento de vida.

—Yo quiero encontrar a mi madre.

—Entonces, reza al Señor para que te ilumine el camino y te dé sabiduría y perseverancia para la tarea. Los ojos del alma ven más que los que llevamos en la cara. Siento no poder decirte más —se disculpó el padre Boelens.

—Gracias de todas formas. ¿Le importa que me quede un poco más?

—Claro que no, hijo, esta es tu casa —dijo el padre Boelens poniéndose en pie con dificultad mientras apoyaba su huesuda mano sobre el hombro de

Hans para infundirle consuelo—. Estas piernas mías... Buenas noches, hijo.

—Buenas noches, padre.

Hans intentó rezar, pero su mente volvía una y otra vez a la conversación que acababa de mantener. No había vuelto a poner un pie en esa iglesia desde que su madre desapareció dejando una sencilla nota de despedida que él rompió con furia en mil pedazos. El padre Boelens tenía razón, era una mujer devota. Con el tiempo fue capaz de hablar de ella con su padre, pero sus respuestas eran escuetas, sí o no, porque en el fondo estaba tan perplejo como él y no entendía cómo podía haber hecho algo así. Los primeros meses después de su desaparición su rabia hacia ella por abandonarle le tenía cegado, pero con el pasar de los años la rabia se transformó en tristeza y finalmente en olvido. Sin embargo, en los últimos meses, según se iba alargando el viaje, la nostalgia del hogar había despertado en su pecho el vacío de su ausencia. Tenía que encontrarla. «El padre Boelens sabe algo», se dijo en voz alta. Su voz sonó extraña en aquel espacio lleno de secretos. Con la fuerza de un relámpago supo con certeza que así era. «Gracias», susurró en dirección a la cruz. Ya tenía la información que había venido a buscar.

Hacía varias horas que las damas de la casa se habían retirado a sus respectivas alcobas. Mariana había charlado largo y tendido con doña Aurora sobre el esplendor de la fiesta en casa de los Tamames y el lujoso ajuar de la novia. Tendida entre mullidos almohadones, doña Aurora observaba complacida la pasión con la que la joven comentaba todos los pormenores de la fiesta y cómo estaba empezando a ser la muchacha alegre y dicharachera de siempre. Mariana omitió el encuentro con Álvaro para no preocupar a su madre.

—Hija, casi se me olvida, ha llegado carta de Francisco, está sobre mi cómoda —le dijo doña Aurora señalando el elegante mueble de taracea.

Pasada la medianoche los hombres seguían conversando en voz baja en el estudio de don Segundo acompañados de un excelente brandy. Una brisa fresca entraba por la ventana entreabierta y avivaba las llamas de la chimenea.

—¡Qué golpe de suerte ha tenido Rodolfo Tamames al emparentar con don Mauricio! —repitió de nuevo don Sancho mientras apuraba el contenido de su copa—. Hijo, a ver si se nos ocurre algo para entretener a tu madre, que la he tenido todo el día persiguiéndome con este y el otro —añadió dando una

palmadita en la pierna a Álvaro, quien se encontraba sentado en una butaca junto a él.

—Me encantaría ayudar, padre, pero en unos días parto a acompañar a Mariana a la hacienda. Creo que lo más conveniente es que empiece a concertar visitas cuanto antes para encontrar un marido idóneo para María Jimena. Siempre puede rechazarlos hasta que lo considere oportuno o hasta que encontremos uno que satisfaga a madre e hija.

—Tal vez tengas razón —dijo don Sancho emitiendo un suspiro de hartazgo.

Vincent escuchaba la conversación entre padre e hijo con la mirada baja, contemplándose las uñas mordidas.

—Álvaro, te agradezco inmensamente tu servicio. Me intranquiliza mucho el viaje a la sierra en invierno, pero no puedo negarme, son los últimos meses de mi hija entre nosotros y quiero darle el gusto de pasarlos de la manera que le plazca. Para mí, ausentarme de Sevilla en estos momentos no es lo más conveniente, pues está a punto de vencer un préstamo que otorgamos hace casi un año y es importante que tanto tu padre como yo estemos presentes para realizar el traspaso de bienes con el notario, ya que al no haberse pagado la deuda, no tenemos más remedio que ejecutar la garantía. Vincent, mañana por la mañana repasaremos los documentos.

—A su servicio, don Segundo —afirmó Vincent.

—Ya que los nuevos tintes están dando tan buenos resultados, a mi regreso de la hacienda me gustaría viajar con Vincent a Flandes para conocer a los proveedores y estrechar lazos —afirmó Álvaro.

—Hijo, estamos en guerra, no me parece un buen momento —respondió don Sancho con preocupación.

—Don Sancho, si me permite, cuento con contactos que nos pueden hacer llegar hasta allí sin problemas. Llevo años comerciando con la zona y las rutas que usan las mercancías para llegar a nosotros es segura. Además, podría presentar a Álvaro a importantes comerciantes textiles de la zona a los que podríamos empezar a exportar la seda —intervino Vincent.

—Sin contar, padre, con el interés que muchos flamencos tienen en participar en el comercio en las colonias. Sería una buena forma de fortalecer la nueva actividad financiera que tan acertadamente está gestionando don Segundo. Podríamos facilitarles préstamos y, además, representarles como intermediarios en la carrera de Indias a cambio de jugosas comisiones —explicó Álvaro.

Los dos maduros caballeros se observaron durante algunos minutos en los que parecían estar leyéndose la mente, pues hasta ese punto se conocían tras casi cinco décadas de estrechos lazos de amistad, prácticamente desde la más tierna infancia. Habían estado de acuerdo en ir otorgando a Álvaro más poder de decisión y capacidad de autogestión, ya que el muchacho había demostrado ser un joven cabal y honrado, a la par que astuto y despierto para los negocios. Tenían plena confianza en él, aunque dada su reducida experiencia ni su padre ni don Segundo querían precipitarse. Para don Segundo su mayor preocupación ahora era el futuro de Mariana, pues no podía desdeírse de haber aceptado el compromiso con el médico, decisión de la que se había arrepentido casi inmediatamente. Si Álvaro seguía gestionando los negocios y no conseguía conquistar el corazón de su hija, tendría que involucrar de alguna manera a Francisco para que velase por los bienes de la familia.

—Me parece una idea interesante, Álvaro, aunque me gustaría que pasases con Mariana algunos días, tal vez un par de semanas —dijo don Segundo con un carraspeo de voz—. Ya me entiendes, para asegurarte de que se encuentra bien instalada en la hacienda.

Don Segundo sabía que tal extremo era innecesario, ya que su madre, doña Justa, llevaba las riendas de la hacienda con energía y Mariana la adoraba.

—Haré lo que esté en mi mano —afirmó el joven con vehemencia.

Apretó los ojos con fuerza, resistiéndose a despertar, porque quería retener la última imagen de ella, tal y como la recordaba: su pelo claro recogido, sus manos siempre cálidas a pesar del frío. Estaba tendido en el lecho, enfermo, llevaba muchos meses postrado, su madre le cantaba, le contaba historias de aventuras habitadas por piratas y monstruos marinos, era su única compañía, ninguna visita estaba permitida. Pero eso eran recuerdos. En el sueño ella no hablaba, solo le observaba, él ponía las palabras en su boca tal como las recordaba mientras ella le miraba como ausente. Intentaba provocarle una sonrisa, pero su madre ya no estaba, solamente quedaba el reflejo transparente de su ser suspendido en el aire durante unos segundos. Luego, el vacío.

Unos golpes sonaron en la puerta y ésta se abrió lentamente.

—Su desayuno, señor.

Angustias colocó la bandeja sobre una mesita y salió con su pesado andar. Era una mujer gruesa, de la edad de la vieja María, y casi tan buena cocinera como ella, callada y discreta, nada que ver con su nana, siempre tan parlanchina. Una de sus hijas la ayudaba en los quehaceres de la casa, pero como le había indicado su aya, permanecía la mayor parte del tiempo en la cocina o en el patio lavando, mientras que Angustias era la única que trataba con Hans y adecentaba su alcoba.

—Ya sabes que las jovencitas son muy curiosas y mi señor requiere de la mayor diligencia y discreción —le había advertido María.

Tras la sirvienta, apareció Keled con un atuendo muy curioso. Hans le miró extrañado.

—¿Qué haces así vestido?

—Buenos días, amo, hoy es el matrimonio de su padre, ¿se acuerda?

—Es verdad, aún estoy medio dormido. Estás muy elegante —sonrió Hans incorporándose del lecho.

—Es todo lo que puedo hacer con este cuerpo —dijo Keled mirándose de arriba abajo un poco avergonzado—. ¿Está seguro de que puedo asistir a la ceremonia siendo musulmán?

—Mientras no se lo cuentes a nadie... Diré que no hablas nuestro idioma y así no te harán preguntas incómodas. La comida en estas celebraciones es excelente.

—Pero su nana sabe que hablo portugués.

—No te preocupes, estará demasiado ocupada en la cocina preparando el banquete y no reparará en tu presencia.

—Como diga, amo. Ayer llegó muy tarde.

—Sí, tenía algo que hacer. Necesito hacerte un encargo especial.

—Diga, amo.

—En la calle San Antonio hay una casa que tiene en la fachada unas estatuas. Quiero que vigiles discretamente los movimientos de su dueño, el padre Boelens. El objetivo es encontrar el mejor momento para asaltar la casa, de día o de noche, sin hacer ruido y sin que nadie sepa que hemos estado allí.

—¿Qué buscamos exactamente? ¿Joyas, oro? —preguntó Keled.

—No, cartas.

—¿Cartas?

—Sí, cartas. Pasaremos por delante del edificio para ir a casa de mi padre, aunque podrías reconocerlo sin dificultad, porque es el único con una decoración tan peculiar. Después de la boda, y durante unos días, necesito que me informes puntualmente de todo lo que hace, a dónde va, cuándo recibe visitas, cuándo se va a dormir. Su alcoba da a la calle, así que te será fácil saberlo.

—Como mande, amo. Es casi la hora, le dejo para que se arregle —dijo el jolonés dirigiéndose a la puerta de la alcoba.

Pocos minutos después, los dos hombres salían a la calle que serpenteaba paralela al canal dando grandes zancadas hasta llegar a la casa de don Saúl. Esta vez Hans sí entró por la puerta principal, que estaba abierta. Algunos invitados charlaban animadamente en el zaguán a la espera de que diera comienzo la ceremonia.

A pesar de ser de día, la casa estaba iluminada con numerosas velas. María se había esmerado especialmente con la limpieza y el orden, y una variedad de aromas procedentes de la cocina inundaba de amables olores todos los rincones de la planta baja, donde se iba a celebrar la ceremonia. La mayor parte de los invitados ya había llegado. Hans se acercó a saludar a su padre, ataviado con una túnica blanca. Se le veía más pálido de lo normal, seguramente debido al ayuno que había realizado durante los días previos a la

ceremonia, como marcaba la tradición. Se llevó a su hijo a un aparte para poder hablarle lejos de oídos indiscretos.

—Hijo, perdóname —se disculpó don Saúl.

—¿Por casaros, padre? No es para tanto.

—No solo por casarme, sino porque para casarme he tenido que declarar muerta a tu madre. Era la única manera, dados los años que llevamos sin saber de ella puede que así sea.

Los ojos de Hans relampaguearon de furia. Hasta ese momento no se le había ocurrido pensar en cómo iba a poder su padre contraer nuevas nupcias estando ya casado. Sin embargo, no dijo nada, no quería arruinarle el día, se limitó a poner su recia mano sobre su hombro y bajar la cabeza en señal de asentimiento. En ese momento, las exclamaciones de los invitados les obligaron a dar por terminada la conversación y volverse hacia la puerta. Se oía el alboroto de las mujeres. Una sábana cubría la entrada de la novia, quien acompañada a derecha e izquierda por sus dos hijos, era seguida por una procesión de mujeres que habían ido cantando hasta allí desde la casa de Hannah. Llevaba un traje de berberisca heredado de su abuela, quien antes de llegar a Ámsterdam había estado exiliada en el norte de África con su familia tras escapar del reino portugués. Hannah tomó asiento en una especie de trono y comenzó a saludar a los invitados, mientras a su lado, al otro lado de la sábana, don Saúl hacía lo mismo con los varones, que empezaron a cantar emocionados y a animar el comienzo de la celebración. Hans se colocó cerca de Keled para explicarle lo que iba sucediendo.

La novia tenía un aspecto rozagante, exhalaba aroma a flores. Al no tener familiares cercanos, salvo sus dos hijos, habían sido sus amigas y algunas sirvientas, entre ellas la nana María, las que se habían encargado de su baño ritual el día anterior para que llegase purificada en cuerpo y alma al encuentro con su nuevo esposo. Don Saúl se aproximó a ella y bajó el velo que llevaba prendido en el cabello, dándole la mano para ayudarla a incorporarse, y ambos se colocaron después bajo el baldaquino, frente al rabino Mennaseh ben Israel.

—¿Qué es ese toldillo blanco que han colocado en mitad de la sala? —preguntó Keled.

—Es la *hupá*, evoca los tiempos en que nuestro pueblo era nómada en el desierto y habitaba en tiendas. En aquel entonces la novia era conducida a la tienda del novio para ser desposada e integrarse en la familia del marido —le explicó Hans.

Mientras el rabino recitaba el *kidush* sobre una copa de vino que iba a dar de beber a los novios, Hans iba traduciendo a Keled la bendición. Tras la entrega del anillo, don Saúl, con lágrimas en los ojos, acordándose de otro juramento que hizo muchos años antes, dijo a Hannah:

—He aquí que estás comprometida a mí con este anillo, de acuerdo con la ley de Moisés e Israel.

A continuación, el rabino pasó a leer el *Ketubáh* en arameo para sellar la unión entre Hannah y Saúl. El contrato matrimonial estipulaba que la novia aportaba como dote su casa, que integraba la panadería, único bien de valor que le había dejado su difunto marido. Keled se fijó en la elegante caligrafía del pergamino y las filigranas decorativas de vivos colores. Mennaseh ben Israel recitó las siete bendiciones y don Saúl rompió la copa envuelta en un fino pañuelo de lino, que hizo que estallaran los invitados en el éxtasis final al grito de *¡Mazel Tov!*

—¿Por qué ha roto esa copa? —preguntó Keled.

—Representa la destrucción del Templo de Jerusalén, cuyo recuerdo debe estar vivo en nuestra memoria incluso en los momentos de mayor regocijo. Pero ¿no te recuerda a otra cosa?

—No.

—También tiene un significado más mundano, porque la copa representa la virginidad de la novia, aunque en este caso solo en sentido figurado —dijo Hans riendo con disimulo.

Los recién casados fueron conducidos entonces a una pequeña sala contigua para que estuvieran a solas unos minutos en la intimidad de su recién estrenada unión. Se dieron a comer el uno al otro de un pequeño tentempié que les había preparado María, rompiendo juntos el ayuno.

Tras la ceremonia y las felicitaciones de parientes y amigos, los asistentes fueron invitados a degustar las delicias salidas de la cocina de la vieja María, y bailaron y cantaron sin descanso hasta bien entrada la tarde. Tomé y Rui, que habían llegado tarde a la celebración por estar supervisando la reparación de las naves, se unieron a la algarabía y recuperaron el tiempo comiendo y bebiendo sin descanso. Querían aprovechar cada segundo, pues en pocos días acompañarían a Hans a una nueva misión encomendada por la sociedad Emét.

Mariana miraba absorta el paisaje. En pocos días estaría rodeada de lo que más amaba, sus moreras. Vidonia viajaba con ella y también observaba por la ventanilla del carruaje los campos infinitos. Después de pasar tantos años en clausura, tenía la sensación de haber vuelto atrás en el tiempo, se sentía joven y llena de vitalidad. Álvaro avanzaba escoltando el carruaje con sus dos guardianes. Las primeras jornadas habían transcurrido sin dificultad, aunque habían tenido que parar a menudo a lo largo del camino para resguardarse del viento helado que azotaba el paisaje con sus poderosas ráfagas y penetraba implacable por innumerables rendijas en el carruaje. Cuando Álvaro no sentía los dedos y las riendas se le escurrían de las manos enguantadas, daba el alto en la primera villa que encontraban para calentarse con un sabroso caldo y un vaso de vino.

La joven se había despedido de sus padres sin dramas. Doña Aurora se había sentado con ella en su alcoba poco antes de partir para entregarle como regalo de despedida un retazo más del pasado.

—Después de haberse encerrado contigo en su celda al recibir la noticia de la madre superiora de que tenía que entregarte a unos extraños, Isabel se negaba a separarse de ti. La madre Amada aporreaba la puerta desesperada sin conseguir respuesta, se te oía llorar y tu madre cantaba para calmarte. Le pedí a la abadesa que me dejara intentarlo a solas. Supliqué a Isabel que me abriera, que me permitiera conocerla, que nadie se iba a llevar a su hija sin su consentimiento. Mis súplicas le dieron confianza y me dejó entrar. Hablamos largo y tendido a puerta cerrada, ella y yo solamente, sin intromisiones. Tu padre esperaba ansioso en la portería junto al padre Agustín. Isabel sabía que tendrías una mejor vida fuera de las cuatro paredes de piedra del convento y por eso accedió a entregarte a mi cuidado. Además, le prometí que le escribiría una vez al año contándole todos los pormenores de tu crecimiento y que me aseguraría de que la carta llegara para el día de tu cumpleaños, para que así no se sintiera tan sola ¡Tu madre era tan joven! También le prometí educarte en libertad y permitirte elegir tu propio destino. Mis cartas eran largas, pues escribía a lo largo de todo el año, añadiendo poco a poco las proezas que ibas realizando. Tu padre jamás supo de esta correspondencia, era el padre Agustín quien se encargaba de enviarlas desde su parroquia y de recibir las de Isabel por la misma vía. Aquí tienes —dijo entregándole una caja de madera—. Son todas las cartas que recibí de Isabel, las que yo le envié a ella no pude encontrarlas cuando recogimos sus cosas. Disfruta, hija, de estos meses en la hacienda. Iremos a buscarte cuando terminen las heladas.

Mariana suspiró. No podía haberle tocado en suerte una madre adoptiva más comprensiva. Estaba deseando saberlo todo sobre sus orígenes, y ahora sí, sabedora de que doña Aurora no sufría por su interés, se iba a entregar a la tarea en cuerpo y alma. Iba a extrañar enormemente a su yegua Valerosa, pero había preferido dejarla en la ciudad, pues en los últimos meses la había forzado mucho, especialmente con el viaje relámpago que habían hecho a Lisboa.

Estaba oscureciendo. Álvaro se había aproximado a la ventanilla para comunicarles que en una hora como máximo pararían a descansar hasta el día siguiente.

—Voy a adelantarme con Cipriano, creo que hay una venta a menos de media legua —había informado Álvaro para desaparecer después al galope.

Vidonia dormitaba, un reguero de saliva le caía desde la boca entreabierta escurriéndose por la barbilla y goteaba sobre la capa que se había echado sobre el cuerpo a modo de manta. Emitía un ronquido agudo y entrecortado. Mariana sonrió al verla en semejante impostura. De pronto, el carruaje frenó en seco acompañado de los relinchos de los caballos. Oyó un disparo. Alarmada, se asomó por la ventanilla. Delante del carruaje, cuatro bandidos armados con pistolas amenazaban al cochero.

—¡Baja del pescante! —gritó el supuesto jefe, agarrándole por el brazo y tirando de él con violencia.

El atemorizado hombre cayó al suelo y recibió una patada en el estómago del mal encarado sujeto. Uno de sus hombres lo levantó en vilo, y poniéndole una pistola en la sien, le amenazó con volarle la cabeza al menor movimiento.

—¿Qué tenemos por aquí? —dijo el cabecilla asomándose a la ventanilla—. Vaya, vaya, lomo del fino. ¡Esta noche cenamos como duques, muchachos! —añadió sonriendo y enseñando una dentadura mellada y podrida—. Queridas damas, les invito amablemente a que descendan de la carroza —dijo abriendo la portezuela e impostando la voz.

Tendió la mano a Mariana para ayudarla a bajar, pero ella rehuyó el contacto. Era un tipo repugnante, de la peor calaña. Vidonia no podía estar más asustada, tenía los ojos ausentes, como si no supiese si era real lo que estaba sucediendo o parte de una pesadilla de la que no podía despertar, y se agarró al brazo de la joven con fuerza. Mariana echó un vistazo hacia atrás esperando encontrar a Facundo, pero el guardián había desaparecido.

—¡Garrapata! —gritó llamando a uno de sus compinches—. Revisa los baúles de las señoras, veamos qué traen de valor estas zorras ricas.

El Garrapata, un bicho infecto, con ojos saltones, pelo ralo y lleno de ronchas, se abalanzó sobre los baúles y empezó a lanzar por los aires los vestidos de Mariana en busca de oro y joyas.

—¡No llevamos nada de valor, deje de manosear mis vestidos, garrapata inmunda! —gritó Mariana mientras Vidonia la mandaba callar hincándole las uñas en el brazo.

—Vaya, vaya, la perra enseña los dientes. Vamos a ver lo brava que te pones ahora —dijo amenazante el cabecilla mientras se acercaba.

—¡No se le ocurra tocarle un pelo, canalla! —exclamó Vidonia poniéndose delante de Mariana para protegerla y enfrentándose al bandido.

El hombre escupió hacia un lado y acto seguido le dio un bofetón que la tiró al suelo. Vidonia rompió a llorar.

—¡Chorlito! —gritó llamando a otro de los bandidos—. ¡Ocúpate de la vieja! ¿En qué estábamos? —preguntó a Mariana echándole su pestilente aliento—. Ah, sí, te iba a enseñar cómo me gustan las damitas bravas como tú.

Con las dos manos agarró los pechos de Mariana y empezó a estrujárselos. La joven contuvo el grito e intentó liberarse de las garras.

—¡Cerdo, no me toques! —gritó escupiéndole en el rostro.

El bandido recibió el escupitajo sin inmutarse y ni siquiera se paró a limpiárselo.

—Tal vez te guste más aquí —dijo bajando una de sus inmundas manazas a la falda e intentando abrirse paso entre las múltiples capas de tejido que llevaba la joven.

Como Mariana no paraba de forcejear intentando apartar las sucias manos que la violentaban, el individuo la empotró con fuerza contra el carruaje, y sosteniéndola por el cuello, empezó a bajarse los pantalones.

—¡Estate quieta o te ahogo, zorra del demonio! —aulló.

Mariana tenía las manos alrededor de su cuello intentando aflojar la garra que la asfixiaba, pero cuando estaba a punto de perder el conocimiento notó que el hombre relajaba la fuerza de los dedos.

—No te muevas o reviento tus podridos sesos de un balazo —dijo Álvaro.

Cipriano y Facundo habían neutralizado a los otros dos bandidos aprovechando lo entretenidos que estaban viendo las fechorías de su jefe. Se habían deslizado en sigilo por detrás y les apuntaban a la nuca con sus pistolones. Solo quedaba el Garrapata, que con los ojos muy abiertos levantaba las manos en señal de rendición.

—Mete la ropa de la señora en el baúl, ¡miserable! —le gritó Álvaro.

—Yo lo haré, señor —dijo Vidonia pegando un empujón al bicho para apartarlo de los baúles.

Álvaro empujó al cabecilla con los otros tres rufianes al borde del camino.

—¡De rodillas!

Los bandidos obedecieron y se arrodillaron junto al prado, que se había cubierto de noche.

—Esto por osar tocar a mi mujer —dijo Álvaro al cabecilla mientras hacía un gesto con la cabeza a Cipriano, quien disparó a bocajarro en la cabeza del Chorlito—. Y esto, por intentar asfixiarla, rufián —y tras hacer otro gesto a Facundo, este reventó la cabeza del bandido que había tenido sometido al cochero.

El cabecilla pensó que le tocaba su turno y se orinó encima.

—No, por favor, os lo suplico.

—Te dejo al Garrapata para que te haga compañía mientras os devoran las alimañas —y a la segunda indicación a sus guardianes, Cipriano y Facundo descargaron un golpe certero cada uno en las respectivas cabezas del Garrapata y su jefe, que quedaron inconscientes y bañados en la sangre de los sesos de sus compinches.

—Apartadlos del camino y tapadlos con unas ramas —ordenó Álvaro.

Entonces el valiente caballero se acercó a Mariana. Estaba paralizada en el mismo sitio en el que habían intentado forzarla. Vidonia estaba terminando de plegar los costosos vestidos y guardarlos en los baúles.

—¿Estás bien? —preguntó poniendo las manos sobre los hombros de la joven, que se asustó al sentir su contacto—. Tranquila, soy yo, todo ha pasado ya.

La muchacha le miró a los ojos, él le sonrió, le abrazó con fuerza y rompió a llorar en su pecho.

—Yo siempre estaré a tu lado para protegerte —le susurró acariciándole la cabeza con ternura. Hubiera seguido así eternamente, sintiéndola temblar entre sus brazos, pero tenían que alejarse del lugar lo antes posible y le ayudó a subir al carruaje—. ¡Debemos irnos!

El cochero ya se había recuperado de la patada y Álvaro comprobó que estaba en condiciones de llevar las riendas. Los guardianes, tras acomodar los baúles, se subieron a sus monturas, escoltando al carruaje por delante y por

detrás, y se alejaron del lugar dejando un charco de sangre oscura empapando el camino.

Don Segundo estaba contento, pues el negocio había resultado redondo, si bien los beneficios eran tanto de Sancho como suyos. Habían recuperado el principal más los intereses. En total, dos millones de maravedíes en una casa corral de vecinos en Triana y otras dos en la collación de San Salvador, con ocupación plena para los próximos tres años que darían unas buenas rentas; además, una casa en Camas, dos casas principales en Santa Lucía, otras dos casas principales —una en la Puerta de Jerez y otra frente a la Lonja—, muebles y mercaderías valoradas en cincuenta mil escudos. Vincent había trabajado diligentemente repasando el inventario de garantía junto con el notario y comprobando el estado de los inmuebles a expropiar. Casi se podía decir que había disfrutado durante el desarrollo de la tarea y su desempeño había sido correcto en todo momento. Don Segundo había pensado que el flamenco iba a recordar con amargura lo que le había sucedido a él, pero demostró que había dejado el pasado atrás para centrarse en su prometedor presente sirviendo a sus nuevos patronos. Él mismo le había acompañado a ver todos los inmuebles y en ningún momento vio un mal gesto por su parte. El deudor, Antonio Gutiérrez Crespo, no había hecho ningún escándalo y había aceptado resignado su destino. Era soltero y aún joven, su ímpetu emprendedor e inexperiencia le habían jugado una mala pasada, pero la mayor parte de sus bienes habían sido heredados y muy bien podía recomenzar con una pequeña ayudita por su parte. Álvaro podría encargarse de ser su agente en el próximo viaje. Había quedado agradecido de la oferta y se pondría en contacto con él cuando estuviera más cercana la fecha de la partida de la flota, en la primavera del año siguiente.

Su socio Sancho, que no mostraba demasiado interés en este nuevo negocio, también se lucraba de él al aportar la mitad del crédito. Don Segundo empezó a darle vueltas a la posibilidad de hacer alguna transacción en solitario. Esa mañana, después de salir del notario, Sancho había quedado con su esposa Eleonora en ir a visitar a María Asunción al convento, y él y Vincent volvieron a la casona Peñaflor para celebrar el negocio con una buena comida y un vino aún mejor.

La mesa ya estaba dispuesta en el salón donde la luz entraba a raudales por los amplios ventanales que daban al jardín trasero. Antonia les anunció

que doña Aurora había almorzado temprano y había salido para ver al padre Agustín.

—Bien, puedes comenzar a servir, Antonia, espero que te hayas esmerado hoy en la cocina, tenemos mucho que celebrar. Y sírvenos del buen Toro.

—Pues sí que hoy está contento el señor —masculló muy ufana el ama de llaves al ir a dar órdenes a las sirvientas.

Ya servidos, ante un aromático plato de potaje de bacalao y degustando despacio el excelente caldo de uva, conversaban animadamente mientras las sirvientas, atentas a sus peticiones, revoloteaban alrededor de la mesa vigiladas de cerca por Antonia.

—Días como este hacen que me sienta como un zagal —dijo don Segundo reclinado sobre el respaldo de la silla y acariciándose los bigotes.

—Tiene usted mucho ojo para los negocios, don Segundo, me siento afortunado de poder ser testigo de su genio comercial —alabó el flamenco.

Don Segundo no respondió, pero sonrió complacido por el comentario. Vincent continuó.

—Don Sancho, por su parte, tiene otras cualidades, también muy loables y útiles para el negocio sedero, pero me da la impresión de que este tipo de transacciones no le interesan demasiado.

—Entonces, ¿vos también lo habéis notado? Así parece, así parece.

—Supongo que no siempre tienen que ir de la mano en todos los negocios que emprenden. ¿O me equivoco? —preguntó Vincent.

—Estáis en lo cierto. De hecho, cada uno por su parte cuenta con pequeños negocios separados de nuestra sociedad. Yo adquirí unas viñas hace un año, y aunque no les presto la debida atención, espero poder dedicarme a ellas en algún momento y sacarles provecho —explicó el empresario sevillano.

—Quería comentarle una posibilidad de negocio que tal vez le interese. Hace unas semanas, a través de un contacto, me escribió un rico comerciante flamenco afincado en Cádiz, que tiene grandes planes para ampliar su negocio y requiere financiación. Antes de acudir a la banca quería tantear otras posibilidades. No sé muy bien cómo ha llegado a sus oídos su actividad como prestamista, seguramente a través de mis compatriotas en Sevilla, pero estaría interesado en que su merced le financie —explicó Audenarden.

—¿De cuánto estamos hablando? —preguntó don Segundo.

—De diez millones de maravedíes.

—¡Diez millones de maravedíes! —exclamó el caballero, aunque rápidamente se recompuso—. Diez millones es mucho dinero.

—Lo sé, pero las posibilidades de ganancia se multiplican.

—Así como el riesgo.

—No creo que haya mucho riesgo, pues el mercader es dueño de importantes bienes, incluido un palacete y grandes extensiones de terreno, olivares y viñas. No desea vender nada, pero necesita efectivo.

—Ya veo —dijo pensativamente don Segundo.

Vincent observaba su ceño fruncido y el leve movimiento de sus cejas, podía ver los pensamientos que se cruzaban por su cabeza a gran velocidad.

—Don Sancho podría aportar la mitad, como siempre —sugirió Vincent.

—No, no creo que haga falta. Estaba pensando en que, si es como lo pintáis, tendría que reunirme con ese caballero en Cádiz y ver con mis propios ojos la garantía que ofrece. El interés, como comprenderéis, sería alto. No perdemos nada por considerar el asunto minuciosamente, y si no me convence, no habré perdido nada y tal vez podamos hacer algún otro negocio con él. Escríble y anunciadle nuestra disposición de hacerle una visita formal en las próximas semanas.

—Creo que es una buena forma de proceder. Le escribiré hoy mismo —aseguró Vincent.

En los platos quedaron los restos de la perdiz en escabeche servida por Antonia tras el potaje. Los señores pasaron al estudio, donde siguieron la conversación con un puro y una copa de brandy, y donde Vincent le puso en antecedentes sobre la procedencia y los negocios del flamenco. Después de apurar la copa con la satisfacción prepotente del que todo lo sabe, don Segundo se había retirado a descansar tras la comida. El joven se quedó contemplando el crepitar de la lumbre y saboreando su triunfo, pues la venganza estaba al alcance de su mano y nada podía fallar.

Al volver a casa de los Fábregas, se encontró con María Jimena bordando en la sala que comunicaba con el estudio. Al verle entrar se incorporó, dejó la labor en la silla y se acercó a él. Antes de hablar, se asomó a la puerta para ver si había algún sirviente rondando. Le tomó de la mano y le condujo hasta el extremo opuesto a la puerta, se sentó en el diván y le indicó con la mano que se sentara a su lado.

—Tenemos que hablar —dijo la joven.

—¿Ha vuelto tu padre?

—Aún no, pero no tardará.

—Estás muy pálida, ¿te sientes bien? —dijo Vincent acariciándole la mejilla.

—No, bueno, sí, no sé.

—¿Qué ha pasado? ¿Alguien nos ha descubierto?

—No, pero no tardarán. A lo sumo, en cuatro meses se me notará.

—¿Cómo?

—Ten cuidado, no levantes la voz. He tenido dos faltas y por las mañanas me siento fatal. Creo que estoy embarazada —dijo María Jimena.

—¿Estás segura?

—No, pero presiento que sí.

Vincent la miró con un brillo extraño en los ojos. No sabía si estaba contento o enfadado con ella.

—Por Dios, di algo —le suplicó María Jimena en voz baja.

—Esto solo acelera las cosas, tenemos que partir antes de que tu gravidez sea evidente. Sin embargo, tu doncella podría delatarnos.

—¿Carmelita? No dirá nada, es demasiado joven e inexperta, y no creo que se dé cuenta. De todas maneras, prometeré regalarle un collar de perlas si guarda el secreto de mi indisposición matutina —le tranquilizó la muchacha.

—Está bien.

Vincent le besó la frente y sonrió por primera vez desde que había llegado. Se oyeron las voces de don Sancho y su esposa, que habían vuelto del convento y se aproximaban por el pasillo. Vincent, con un gesto osado, se arrodilló delante de la chica y le dio un beso en la aún estrecha cintura, apresurándose después a encerrarse en el estudio. María Jimena retomó la labor e intentó controlar sus ganas de reír y llorar concentrándose en las puntadas. Cuando levantó la vista para saludar a sus padres, sus ojos no delataban la emoción que la embargaba, pues estaba a punto de emprender una nueva vida al lado del hombre que amaba.

La hacienda Peñaflor estaba enclavada en el valle de la Felicidad, como así se le conocía entre los lugareños. Sin duda, era una tierra extraordinaria, fértil, surcada por caminos de agua cristalina que bajaban de la cercana sierra de picos nevados alimentando con su frescor las extensas praderas de jugosa vegetación y frondosos árboles. El tiempo parecía detenerse y las estaciones pasaban sigilosas sin que el calor ni el frío extremo castigaran con sus rigores a los habitantes del valle. La propiedad de los Peñaflor abarcaba extensos terrenos donde abundaban los árboles frutales rodeados de algunos olivos dispersos que se habían plantado para proteger a los frutos del exceso de sol y los vientos, y sobre todo hileras interminables de moreras, que en invierno mostraban unos cuerpos bajitos, retorcidos y sin hojas y que eclosionarían en la primavera para alimentar al máspreciado de los habitantes de la región, el gusano de seda.

El viaje había llegado a su fin. Al entrar en el valle la temperatura había subido varios grados y Álvaro había cedido a su amiga su caballo zaino para que disfrutara del último tramo del camino recibiendo la suave brisa en el rostro y absorbiendo a pleno pulmón los intensos aromas de su tierra, que ascendían a medida que los rayos del sol calentaban la húmeda superficie de los cerros y evaporaban sus inconfundibles olores. Mariana, entusiasmada, iba explicando a Vidonia por dónde iban pasando.

No quedaba rastro de la melancolía en la que había estado sumida la joven desde su retorno de Lisboa. Su rostro resplandecía como reflejo cristalino de la belleza y paz del entorno, y ni siquiera el asalto había podido enturbiar su ánimo, renovado por la frescura invernal del paisaje.

Después atravesaron un estrecho desfiladero, por donde el carruaje avanzaba despacio intentando mantener las ruedas lo más alejadas posible del barranco, que se abría con una profunda caída en perpendicular en el lado derecho, en cuyo fondo se escuchaba el ronroneo del río. Las mulas se atascaban, bajaban la cabeza y se negaban a avanzar. Vidonia tenía las manos apretadas y con los ojos cerrados rezaba incansablemente para no perecer

justo cuando estaban a punto de llegar a su destino. Álvaro la miraba divertido sentado frente a ella. Mariana, a caballo, iba dando órdenes al cochero de avanzar despacio pero sin miedo. El hombre, al igual que el ama, mascullaba alguna oración entre dientes, y cansado de fustigar a los animales, se había bajado y tiraba de ellos soltando todo tipo de improperios.

Pasado ese tramo, los viajeros pudieron disfrutar de la travesía entre suaves colinas, bajando y subiendo cerros donde se cultivaba trigo, maíz o cebada. Abundaban los árboles frutales, omnipresentes naranjos y limoneros, pero también melocotoneros, albaricoqueros, alcornoques y almendros, que la joven distinguía desnudos de flor y hojas ante el asombro de Vidonia, cuyos conocimientos de botánica se reducían a la huerta del convento de Santa Marta.

Entraron en la propiedad Peñaflor cruzando la muralla perimetral a través del arco decorado con azulejos y una hornacina con una réplica de la Virgen de la Antigua. Al sonido de los cascos de los caballos salieron al camino algunos campesinos con sus hijos, que andaban por los campos cercanos trajinando. Al ver a la señorita Mariana, los niños echaron a correr hacia la casa grande dando gritos de alegría para alertar al ama, mientras la pequeña caravana avanzaba escoltada por un ejército de cipreses perfectamente alineados a ambos lados del camino.

Al oír los gritos de los golfillos, como los llamaba ella, la dueña y señora de la hacienda durante el invierno, cubierta con un grueso chal negro, salió al porche, bajó los cuatro escalones y esperó en la plazoleta la llegada de los visitantes. Sus cansados ojos no pudieron identificar de quién se trataba hasta que estuvieron casi a su altura. El rostro de doña Justa no denotó sorpresa, aunque sin duda no era común recibir visitas durante esa época del año. Saludó a los recién llegados con seria cordialidad, como acostumbraba, pero un brillo especial en sus ojos castaños y esa mueca familiar que pretendía disimular una sonrisa delataban que estaba feliz de tener a su nieta de regreso antes de lo esperado. Mariana desmontó exultante, y antes de que su abuela pudiese decir palabra, se le echó al cuello y le dio dos sonoros besos en las mejillas.

—Abuelita, voy a pasar con vos todo el invierno, ¿no estáis contenta?

Mariana sabía cuanto detestaba que la llamara así, pero no pudo evitar provocarla, porque el carácter de su abuela le resultaba muy cómico y disfrutaba haciéndola rabiar.

—Mocosa irrespetuosa —la reprendió doña Justa—. Todas las manos son pocas para el trabajo invernal, así que eres bienvenida, pero no creas que voy a dejarte holgazanear —añadió suavizando el tono. Y dirigiéndose después a Álvaro, quien había bajado del carruaje tras Mariana, le dio la bienvenida—: Joven Fábregas, está hecho todo un hombre. ¿Cuánto hacía que no nos honraba con su presencia? Por lo menos dos o tres años.

—Tres años, doña Justa. Los negocios absorben gran parte de mi tiempo, pero esta vez no podía negarme a acompañar a la señorita Peñaflor —dijo dedicando a Mariana una amplia sonrisa.

—Ya veo, ya veo —contestó doña Justa, a quien no le pasó desapercibida la mirada embelesada que Álvaro había dedicado a su nieta ni tampoco el brillo en la mirada de la joven, que estaba empezando a ver con buenos ojos lo que hasta entonces le había resultado un cortejo que rozaba lo inmoral dado su compromiso con Francisco.

—¿Y usted es? —preguntó a Vidonia.

—Es Vidonia, mi dama de compañía —se adelantó a responder Mariana.

—¿Y la lengua se la comió el gato para que no pueda responder por sí misma? —la reprendió doña Justa.

—Vidonia, para servirla, señora —dijo la aludida haciendo una pequeña inclinación de cabeza y tratando de contener el temblor de sus manos.

—¿De dónde viene? Tiene un acento raro. No es sevillano, eso seguro.

—De Lisboa, señora, pero he pasado ya unos meses en Sevilla sirviendo a doña Aurora y a la señorita Mariana.

—Está temblando. Mire, aquí no nos comemos a los portugueses.

—Disculpe, estoy todavía un poco impresionada por el asalto —se justificó Vidonia.

—¿Asalto?

—Unos malhechores nos asaltaron hace unos días, pero gracias a Dios no hubo consecuencias trágicas —intervino Álvaro.

—Fuiste muy valiente. Abuela, si no hubiese sido por Álvaro, esos miserables nos hubiesen hecho mucho daño —añadió Mariana muy seria recordando el pobre final de esos diablos malolientes, nunca hubiese imaginado que su amigo fuera capaz de actuar con tanta frialdad y contundencia.

—Bueno, gracias a Dios y al joven Fábregas ya estáis aquí sanas y salvas. No os quedéis ahí como pasmarotes, pasad, pasad.

Subieron los escalones del pórtico delantero, atravesaron el zaguán y llegaron a un frondoso patio bordeado por una elegante balaustrada con decoración morisca y un caño que derramaba su llanto sobre una alberca. A la izquierda, bajando por una amplia escalera de piedra hasta el subsuelo, estaban las cocinas y zona del servicio de la casa principal. La casa solariega constaba de dos plantas y un torreón de tres alturas con un mirador en el lado derecho, desde donde se contemplaba todo el valle. Varios pasadizos unían el lado noble con otro patio más sencillo y más grande donde se ubicaban las caballerizas, los cuartos de los cosecheros y cuadrillas y los almacenes de aperos y provisiones y que conectaba con los campos interminables de alineadas moreras. Un poco más allá se veían construcciones de una planta, macizas edificaciones que constituían el reino de la cría.

Accedieron a la sala principal decorada de forma sencilla, aunque en algunos detalles se notaba la mano de doña Aurora. Una enorme chimenea de piedra presidía el espacio y calentaba tenuemente con brillantes rescoldos volcánicos el enorme espacio.

—¡Milagros! ¡Zulema! —gritó doña Justa llamando a las sirvientas.

La primera acudió rauda a la llamada de la señora y al ver a Mariana no pudo contener una exclamación de sorpresa.

—¡Niña Mariana!

—¿Dónde está Zulema? —preguntó doña Justa.

—Está terminando de preparar la cena —contestó Milagros.

—Espero que no nos envenene con uno de sus guisos moros, me dan ardor de estómago —dijo secamente la patrona.

—A mí me gustan —volvió a provocarla su nieta.

—A ti te gusta todo porque eres demasiado joven y no tienes criterio. Basta de cháchara. Milagros, llama a Eugenio para que se encargue de los caballos y las mulas y de acompañar a los sirvientes de don Álvaro a los barracones de servicio. Y vuelve rápido.

Los guardianes y el cochero esperaban aún en la plazoleta las órdenes de su señor.

—Como mande, doña Justa.

—Ya estás tardando, mujer —dijo a Milagros mientras se marchaba para cumplir las instrucciones recibidas—. Acercaos a la lumbre.

Todo lo que decía doña Justa sonaba siempre a orden, aunque fuese una sugerencia. Los jóvenes obedecieron, seguidos por Vidonia.

—¿Es usted conversa? —preguntó doña Justa a Vidonia, a la que observaba con desconfianza.

—No, señora, he pasado los últimos veinte años de mi vida en un convento de clausura.

—Por estas tierras a los portugueses se les tiene por marranos, ya sabe por qué. Cuando los Reyes Católicos expulsaron a los judíos, se refugiaron en Portugal y a los pocos años tuvieron que convertirse forzosamente. Necesitaba estar segura. Los López de Peñafior somos cristianos viejos, lo que no quita para que tengamos sirvientes de origen morisco o incluso judío, pero todo claro y cada uno en su sitio, y en mi casa todos rezamos al único Dios verdadero. ¿Entendido?

Mariana no pudo evitar sentir un nudo en la boca del estómago al escuchar a su abuela expresarse en esos términos y miró a Vidonia, pero esta esbozó una sonrisa para tranquilizarla. En ese momento apareció Milagros de nuevo.

—Mucho has tardado —se quejó doña Justa—. Acompaña a nuestro huésped a una de las alcobas de invitados y a Vidonia asígnale un cuarto en la primera planta. Descansad y refrescaos, la cena será servida en breve. Tú ya conoces el camino a tu alcoba —dijo a Mariana mientras le tomaba la mano y se la palmoteaba dulcemente con un gesto de espontáneo afecto.

—Gracias por su hospitalidad, doña Justa —dijo Álvaro con una inclinación de cabeza antes de seguir a Milagros y a Mariana hacia la escalinata en el patio.

Vidonia permaneció en la planta baja, en el grandioso patio, a la espera de que Milagros le asignara un cuarto y observando el ascenso de los jóvenes a la segunda planta. Se imaginaba cómo habría sido la infancia de Mariana con esa autoritaria señora a la que la joven parecía no tener miedo, pero que a ella ya la tenía amedrentada como seguramente tendría atemorizados al resto del servicio de la hacienda, aunque bajo ese aspecto de inflexible matriarca todopoderosa se percibía el gran afecto que tenía por su nieta. ¡Y crecer rodeada de tanta belleza natural! «Creo que hiciste bien, Isabel», susurró.

—¿Quién es Isabel? —preguntó una mujer temblorosa, menuda, con la espalda encorvada, muy anciana, que apareció por arte de magia a sus espaldas y la tomó del brazo.

Sus ojos enrojecidos por la edad eran de un verde aceituna y transmitían paz. Vidonia se sentía desnuda frente a esa mirada, casi infantil y desprovista de intención, pura. Durante los segundos en que estuvieron contemplándose

tuvo la certeza de que esa mujer había accedido a su alma descubriéndolo todo. Antes de que pudiera reaccionar, doña Justa se asomó al patio.

—¡Madre! ¿Qué hace aquí? Le he dicho cientos de veces que no se levante sin ayuda, puede caer y romperse todos los huesos —la regañó tomándola del brazo para llevarla de nuevo a su mecedora.

Sin embargo, doña Ramona tenía agarrado el brazo de Vidonia y no lo soltaba, por lo que doña Justa empezó a forcejear con ella.

—Madre, suelte, suelte, vamos, que la acompañe a su mecedora.

Pero doña Ramona apretaba los labios y con la poca fuerza que aún contenían sus torcidos dedos se aferraba al brazo de Vidonia.

—Doña Justa, permítame que yo la acompañe.

El rostro de la anciana se encendió con una infantil sonrisa y se dejó conducir por el ama sin mediar palabra y sosteniéndole la mirada.

—Madre, está usted cada día más difícil. Por aquí, por aquí, cuidado, no vaya a tropezar —dijo doña Justa mientras las guiaba disgustada por el corredor.

Vidonia la ayudó a acomodarse en su mecedora, a pocos pasos de la lumbre, en una salita pequeña y muy acogedora en la primera planta, y le cubrió las piernas con una manta.

—¿Está cómoda? —le preguntó.

Doña Ramona respondió con uno de sus refranes mientras miraba a su hija:

—Del agua mansa me libre Dios, que de la brava me libro yo.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Vidonia dirigiéndose a doña Justa.

—No le haga caso, a su edad tiene ya el seso seco, solo divaga. Milagros debe de estar ya esperándola en el patio, vaya, vaya.

Vidonia obedeció, pero antes de salir de la salita se volvió para contemplar una vez más a aquella dulce mujer, que la observaba con una sonrisa pícaro en los labios mientras doña Justa continuaba con su cantinela. Estaba en lo cierto, esa mujer podía leer los secretos del corazón y lo sabía todo.

Hans Van der Meer y su confidente en Portugal, Moisés Curiel, esperaban en silencio la audiencia. La reunión de los nobles e hidalgos con el duque no había dado el fruto esperado. Un año antes habían tratado de asegurarse la complicidad de su hermano Duarte de paso por Lisboa, pero este, siendo más

joven, no había querido pronunciarse hasta estar seguro del devenir del reino y sobre todo de la opinión que tenía don Juan al respecto. A pesar de la negativa del duque a tomar parte activa en el complot contra la Corona española, sus dudas permitían tener esperanzas. Ya era un gran paso que hubiese accedido a encontrarse con los conspiradores dejando el palacio ducal en Vila Viçosa y viajando hasta Lisboa, si bien es cierto que había mantenido durante esos días varias reuniones con la virreina y duquesa de Mantua, Margarita de Saboya, y su secretario de Estado, Miguel de Vasconcelos, se decía que para no levantar sospechas. Incluso había sugerido que la conspiración se vinculara a la pasión juvenil de los hijos o hermanos de los nobles para que, en caso de fracaso, no quedaran descabezadas las familias con más abolengo del reino y pudiera justificarse su desconocimiento acerca de una conspiración tramada a sus espaldas por los segundones de sus familias, jóvenes enardecidos por un ideal patriótico mal entendido.

A los oídos de Hans llegaban algunas notas de un clavicémbalo, repetidas una y otra vez, una música solemne y alegre a la vez que acompañaba su espera. Las inmensas puertas protegidas por la guardia se abrieron con ímpetu. Los dos hombres, que esperaban desde hacía varias horas sentados en un diván de rica tela, se incorporaron justo cuando traspasaba el umbral el secretario del duque, João Pinto Ribeiro. Moisés le conocía bien. Jurista de reconocido prestigio, había abogado por la expulsión de los judaicos condenados por el Tribunal de la Inquisición para librarles de la hoguera y la persecución a sus familiares, e incluso había propuesto al Rey en Madrid permitirles permanecer en algunas colonias portuguesas y ejercer el comercio sin despojarles de sus bienes y sus riquezas, justificando que así podrían servir mejor al soberano y estar controlados. De él procedía la información sobre el devenir de la reunión entre los conspiradores y su señor.

—El duque les verá ahora. Sean breves, mi señor debe partir de Lisboa antes del amanecer, y dadas las circunstancias, su presencia no debe prolongarse.

Una vez que los destinatarios del mensaje hubieron asentido, el secretario les condujo ante don Juan de Braganza.

—Mi señor, los agentes de los que le he hablado —anunció el secretario.

El duque no se inmutó, parecía estar sumido en una profundidad inaccesible. Sus dedos se movían pausadamente sobre las teclas del espléndido instrumento al tiempo que parecía estar entonando una canción

desconocida para ellos. Repetía una y otra vez la misma secuencia y volvía a empezar la estrofa.

—¿Tocan algún instrumento? —preguntó sin girarse y con la mirada aún fija en el teclado.

—La vihuela y el violín, Excelencia —contestó Hans.

La respuesta del joven consiguió despertar curiosidad en el duque, pues levantó sus finos dedos y se giró para observarles por primera vez.

—¿Compone su merced? —le preguntó el duque de Braganza.

—Sencillas canciones de mar para animar a mis hombres durante las travesías, Excelencia —respondió Hans.

—No consigo dar con un estribillo adecuado, tengo algunas estrofas. Me gustaría conocer su opinión.

—Me honra con tal deferencia —aseguró el corsario.

Moisés permanecía en silencio sin participar en el diálogo musical, pues sus conocimientos sobre la materia eran muy escasos, si bien apreciaba y sabía distinguir como oyente una buena interpretación en los conciertos privados a los que había asistido con su padre en Hamburgo y Bruselas.

Don Juan tocaba con maestría, de sus dedos volvió a brotar esa melodía que habían escuchado durante más de una hora mientras esperaban en la sala contigua. Se aclaró la garganta con un suave carraspeo y entonó con su voz profunda y melodiosa:

*Adeste Fideles laeti triumphantes,
Venite, venite in Bethlehem.
Natum videte, Regem angelorum*

—Y ahora debería venir el estribillo, más intenso, más potente —explicó el artista.

—¿Por qué no más pausado, más sereno? Es el nacimiento de un bebé, debe tener el tono de una nana, adorándole mientras se le arrulla sin despertarle —sugirió Hans.

Los ojos de don Juan se iluminaron, como si en su mente hubiera estado la respuesta, las palabras justas esperando ser desveladas, descubiertas tras la niebla del pensamiento. Entusiasmado, tomó una pluma que tenía sobre la tapa del clavicémbalo y garabateó unas notas. Se quedó mirando la partitura prácticamente acabada durante algunos minutos con una sonrisa congelada en

los labios, mientras sus ojos recorrían una y otra vez la composición y sus labios bisbiseaban estrofa tras estrofa.

El duque entonó de nuevo, esta vez en voz baja:

*Venite adoremus,
venite adoremus,
venite adoremus
Dominum.*

Al terminar, descansó la cabeza sobre los brazos cruzados encima del instrumento. La noche había sido larga y se sentía agotado. Parecía haberse olvidado de sus visitantes y se abandonaba al invencible sopor. Fue su secretario el que le sacó de las primeras brumas del sueño.

—Excelencia.

—Sí, aquí estoy —dijo levantando la cabeza con un sobresalto y girándose de nuevo para mirar a los caballeros que tenía ante él—. ¿En qué puedo ayudarles? Ah, sí, el señor Pinto me lo ha explicado. No puedo prometerles nada, pero si es voluntad de Dios, su apoyo no será en vano.

Moisés le hizo entrega, a través de su secretario, de unas letras de cambio emitidas por el Banco de Cambio de Ámsterdam y por el Banco de Giros de Hamburgo, importantes entidades financieras.

Después de contemplarlas, Juan de Braganza afirmó:

—Sin duda, si estalla una guerra con la Corona española, mantener y fortalecer a nuestro mermado ejercito será crucial —con lo que pareció que el duque iba a dar por terminada la audiencia.

—Excelencia, la carta para su primo, el duque de Escalona —le recordó su secretario.

—Sí, sí, casi me olvidaba.

Don Juan tomó la pluma y el tintero que tenía junto al teclado, se levantó y se dirigió a un escritorio de estilo francés, del que sacó un pergamino. De pie, e inclinado sobre el papel, escribió durante varios minutos, y al terminar, espolvoreó el secante, sacudió el documento, lo plegó, lo lacró y se lo entregó a su secretario, João Pinto Ribeiro, quien se lo dio a su vez a Moisés Curiel.

Saltándose el protocolo, don Juan se aproximó hasta donde estaban los dos jóvenes. Primero le dio la mano a Moisés y después apoyó las dos manos en los hombros de Hans y le dijo a modo de despedida.

—Vaya con Dios.

Cuando Vidonia entró en la alcoba de Mariana, la joven ya estaba levantada desde hacía tiempo, completamente vestida, y Milagros terminaba de cepillarle la melena.

—No se moleste, Vidonia, la niña Mariana madruga mucho cuando está en la hacienda, yo estoy acostumbrada a atenderla, no por nada he sido su aya desde su más tierna infancia.

Milagros iba a defender su posición junto a la joven con uñas y dientes, pues nadie iba a venir a usurparle su lugar y menos aún una portuguesa, se había dicho.

—Milagros, no seas boba, Vidonia no ha venido a sustituirte. Digamos que Vidonia más que mi doncella es mi dama de compañía, y además me está enseñando portugués —respondió Mariana antes de que las dos mujeres se enzarzaran en una discusión acerca de quién tenía que atenderla.

Vidonia estaba aún medio dormida y no tenía ganas ni fuerzas para discutir con la sirvienta. No había dormido bien, pues los ruidos desconocidos de la hacienda la mantuvieron mirando por la ventana del cuarto durante toda la noche, intentando averiguar qué bichos eran esos que hacían un ruido tan atronador. Además, le había parecido oír panderetas y tambores compitiendo con los truenos de la tormenta. Ella siempre había vivido en la ciudad y estaba acostumbrada a sus sonidos y a sus olores, por muy desagradables que fuesen.

—Gracias, Milagros —dijo Mariana cuando esta hubo terminado de peinarla en un recogido que dejaba su sedosa melena suelta por detrás y la frente despejada—. Vamos, Vidonia, quiero enseñarte la hacienda.

—¿No vais a desayunar primero? —preguntó Vidonia.

—La niña Mariana ya ha desayunado —contestó Milagros.

—Sí, no quiero cruzarme con la abuela, seguro que nos pone a hilar. Vamos, pasaremos por la cocina para que comas algo.

—¿No vais a esperar a don Álvaro? —volvió a preguntar Vidonia.

—No, estará aún dormido, le veré más tarde. Vamos.

Mariana asomó la cabeza a derecha y a izquierda para asegurarse de que el camino estaba despejado e hizo un gesto con la mano a Vidonia para que la siguiera. De puntillas, corrió escaleras abajo con los pies ligeros seguida por la dama de compañía hasta la planta baja, y después, por el lateral del patio, siguieron bajando hasta las cocinas. Zulema se afanaba amasando pan sobre una mesa enorme.

—Buenos días, Zulema.

—Buenas días, señorita Mariana. ¡Qué gusto tenerla tan pronto de regreso! ¿Cómo están sus padres? Confío en que don Segundo se encuentre bien de salud —saludó la mujer de tez morena, recuerdo de sus orígenes moriscos.

—Sí, están muy bien. Sírvele algo de comer a Vidonia, que quiero ir a recorrer la hacienda, me muero de ganas de ver la simiente —dijo Mariana mientras se asomaba a la puerta de la cocina que daba a un patio trasero.

Hernando, el hijo de Zulema, moreno y delgado, con pobladas cejas y pelo crespo, sacaba agua de un pozo, al verla se quedó paralizado. Parecía que hubiera visto un fantasma, nadie le había dicho que la señorita estaba de vuelta.

—¿No vas a saludarme, Hernando? —preguntó Mariana con cierto desdén en la voz rompiendo el espejismo.

—¿Qué hace aquí? —preguntó él dejando el cubo en el suelo y acercándose a pocos metros de donde se encontraba Mariana, apoyada en el dintel.

—¿Quién te crees que eres para pedirme explicaciones?

Zulema, que aunque no había escuchado a su hijo sí había oído la respuesta de la joven, se acercó a la puerta para evitar que su hijo dijese algo inconveniente.

—Hernando, ¿no has saludado a la señorita Mariana? Ha venido a pasar unos meses en la hacienda.

—Buenos días, señorita Mariana —dijo el sirviente con un tono irónico, masticando las palabras una a una, como si constituyeran un insulto más que un saludo.

—Buenos días, Hernando —replicó Mariana con el mismo tono, pero con una sonrisa de superioridad en los labios. Y añadió antes de volver a entrar en la cocina—: Ya puedes volver al trabajo.

Zulema se quedó mirando a su hijo, no le gustaba esa mirada llena de odio y de rabia. Hernando se rebelaba contra su situación servil y el objeto de su odio era siempre esa hermosa joven, a la que detestaba y deseaba con la misma intensidad. También él volvió sobre sus pasos y siguió sacando agua del pozo. Su madre entró en la cocina para continuar con sus tareas, pero tendría que mantener vigilado a su hijo, pues no quería que estallase un conflicto serio, y sin don Segundo en la hacienda para protegerle, doña Justa no tendría ningún reparo en echarle a la calle como un perro sarnoso por

faltarle el respeto a su nieta, pensó Zulema mientras se abalanzaba con las mangas de la camisa remangadas sobre la masa de harina.

—Terminaste ya, ¿verdad? —preguntó Mariana retóricamente a Vidonia mientras le retiraba el plato aún lleno.

Tomándola de la mano, la condujo fuera de la cocina por interminables corredores subterráneos, hasta que subiendo otra escalera más estrecha y empinada desembocaron en un patio grande donde estaban las caballerizas, dieron la vuelta a los almacenes y ante sus ojos apareció la inmensidad de los campos, interminables cultivos de moreras, rodeados de árboles robustos de considerable altura enmarcados a oriente y poniente por majestuosas montañas, cuyas cumbres pintadas de blanco eran bañadas por un mar de algodón y nieve.

—¿Qué te parece? ¿No es una vista maravillosa? —preguntó contemplando el paisaje con los brazos abiertos.

—Es el lugar más hermoso que he visto en mi vida. Isabel estaría feliz de saber que has crecido rodeada de tan belleza —dijo Vidonia limpiándose las lágrimas que se le escapaban.

—Estoy muy contenta de que estés aquí. En cuanto se vaya Álvaro buscaremos un buen lugar para que me leas el diario. Ven, sígueme.

Mariana trotaba entre las hileras de moreras adentrándose más y más en el puerto de pequeños mástiles, mientras Vidonia se enredaba con las ramas de los arbustos en su intento de seguir el paso de la muchacha. La joven se detuvo ante varias construcciones de una planta hechas de adobe y orientados al mediodía.

—Aquí está lo más rico de la hacienda Peñaflor. Sin ellos, no seríamos nadie —dijo a Vidonia.

A la puerta del habitáculo más grande, recostado sobre un montón de paja y tapado con una manta gruesa de color indefinido, dormitaba Salvador, el encargado de que los huevos de los gusanos de seda tuvieran un calor templado y constante. A sus pies, un perrucho de pequeño tamaño respiraba al son de los ronquidos de su amo; al sentir la presencia de las mujeres, levantó la cabeza, y al ver a Mariana, la saludó con un alegre ladrido, moviendo la cola y correteando entre sus faldas para ser acariciado por la joven. El alboroto canino sacó del sueño al campesino, que se incorporó azorado al encontrarse ante la Patronita, como la llamaban en el campo.

—¡Señorita Mariana! ¿Usted aquí, en invierno?

—Sí, Salvador. Estaré hasta la primavera, pero desafortunadamente no podré participar en la cría del próximo año, pues partiré a Nueva España para reencontrarme con mi prometido. Por eso he querido pasar estos últimos meses aquí con vosotros y, al menos, vigilar a tu lado la salud del ganadito que nacerá en abril.

El hombre, que rondaba los cincuenta años de edad y tenía la piel curtida del trabajo al aire libre en todas las épocas del año, sonrió. En ese momento se dio cuenta de la presencia de la señora que acompañaba a la patronita. Le calculó unos diez años menos que él. «Está de buen ver la señora», pensó para sí mientras le daba un repaso de reojo.

—Esta es Vidonia —dijo Mariana adivinando sus pensamientos y sonriendo pícaramente—. Le estoy enseñando la hacienda. ¿Por qué no le explicas en qué consiste tu trabajo para que se vaya familiarizando?

El hombre se ruborizó visiblemente, bajó la vista y cogió una pala que había tendida en el suelo, junto al horno de barro, a varios metros de distancia de las casetas de los huevos durmientes, en el extremo donde comenzaba el lindero de una elevada y esbelta arboleda de desnudos chopos, castaños, saúcos, acacias y avellanos abrazados con el verdor profundo del invierno de pinos y laureles.

—Lo *má* importante *é* mantener la temperatura constante, porque el frío, la humedad y el exceso de *caló* dañan los gusanitos dentro de sus cascarones. Del buen cuidado de los huevos depende la *calidá* de la cosecha de seda. Por eso mi *labó* *é* tan importante y el patrón me ha *premiaó* siempre con su confianza —explicó orgulloso, estirándose mucho e inflando el pecho con una profunda aspiración—. Aquí, en este horno, consigo los rescoldos prácticamente *consumíos*, pero con el suficiente *caló pá* la incubación de la simiente.

Mientras decía esto, Salvador empezó a sacar con la pala las ascuas del horno de barro volcándolas en un cubo de metal. Antes de abrir el fuerte cerrojo que velaba por la seguridad de los huevos con una de las llaves que llevaba colgadas al cuello, amarró al perro con una cuerda alrededor de un tronco.

—El chucho *é* obediente y nunca me ha *fallaó*, pero un animal *é* un animal y los huevos son *demasiá* tentación —dijo justificando su comportamiento hacia su compañero de fatigas.

—Entonces, ¿son muy sensibles los huevos? —preguntó Vidonia.

—El frío, el *caló*, la luz y las alimañas, *tó* los puede perjudicar. En verano, los huevos descansan en otros cuartos *má* frescos, situados en la zona norte de la hacienda, porque están rodeados de vegetación y no da el sol, pero a partir del otoño los pasamos a estos cuartos *má* calientes. Tenemos que cerciorarnos bien de cubrir todas las rendijas y agujeros para evitar que alguna alimaña se los coma. Las ratas y los pájaros son peligrosos, pero lo *má* dañino es un bichejo negro, la furiana.

—¿Y cuánto dura el periodo de incubación?

—Aproximadamente, diez meses —se adelantó a responder Mariana.

—¡Diez meses! —exclamó Vidonia—. Es mucho tiempo. ¿Y usted es el único que se encarga de esta tarea?

—Sí, señora, aunque claro, tengo aprendices durante la primavera que *é* cuando *má* trabajo hay, cuando se avivan los gusanos y comienza la cría; en invierno yo solo me valgo para cuidar de millones de huevos, y algunos mozos se encargan de traerme la leña para mantener *caldeaos* los cuartos. ¿Le gustaría verlos?.

—¿Se puede?

—Sí, pero no hable, *pá* no molestarles.

—Claro, claro —dijo Vidonia bajando la voz.

Salvador retiró el grueso candado de una de las casetas y abrió la portezuela de hierro. Entró primero, seguido de Mariana y el aya. Dentro estaba en penumbra, y sobre eras apiladas había lienzos rectangulares de color blanco. Salvador levantó por una punta una de las telas e invitó a las damas a que se asomaran. El lienzo estaba prácticamente cubierto por cientos de diminutos huevos del tamaño de una cabeza de alfiler de color gris ceniza. Mariana le dedicó una sonrisa al campesino, que volvió a cubrir la simiente.

Salieron en silencio del habitáculo mientras Salvador cambiaba los rescoldos fríos de la noche por las ascuas que había rescatado del horno de barro, para volver a cerrar la puerta y asegurar el candado herrumbroso.

—Parecen poca cosa ahora, pero no sabe lo gordos y blancos que se ponen en los cuarenta días que dura su crianza. *É* una pena que no pueda verlos —dijo Salvador dirigiéndose a Vidonia.

—Vidonia no viajará conmigo, Salvador, se quedará a cuidar y acompañar a mi madre.

El hombre quiso disimular, pero se le iluminaron los ojos llenos de arrugas y esbozó una tímida sonrisa.

—Podré explicarle bien cómo se avivan los gusanos, si tiene *interé* — dijo.

—Me encantará —dijo Vidonia devolviéndole la sonrisa mientras Mariana les observaba divertida.

—Gracias, Salvador. Vamos, Vidonia, tal vez Álvaro haya amanecido ya y podamos dar un paseo a caballo por los alrededores.

Salvador las vio alejarse entre las moreras. Vidonia no pudo evitar mirar hacia atrás y se encontró con la mirada cálida del campesino. «A mi edad, habrase visto semejante estupidez», pensó mientras intentaba apartar de su mente los fuertes brazos de aquel hombre.

Al cabo de una semana, Álvaro regresó a Sevilla acompañado de sus inseparables guardianes, feliz de haber pasado unos días junto a Mariana y convencido de que el corazón de su amiga iba cediendo poco a poco a sus galanteos. «Contaré las horas hasta volver a verte», le había dicho al despedirse, y ella había respondido dándole un beso en la mejilla. Aún podía sentir su suave aliento y sus sedosos labios acariciándole la piel con un tierno cosquilleo. No había renovado su ofrecimiento, pues así se lo prometió durante la fiesta de compromiso de Julita Tamames, pero siguiendo los consejos de Vincent le demostraba su afecto cada día, y como aquel le había asegurado, el valor mostrado durante el asalto había dejado profundamente impresionada a Mariana. Pero lo primero era lo primero, de modo que en cuanto llegara a casa prepararía junto a Vincent el viaje a Flandes y dejaría encaminado su destino hacia la independencia.

Sin la excusa de tener que entretener al joven Fábregas, doña Justa había incorporado a su nieta y a su acompañante en las tareas invernales de la hacienda: hilar, hilar, hilar, tejer, tejer y tejer. Hacía años que la hacienda sedera López de Peñafior había aglutinado a los cosecheros, hilanderos y tejedores de la región. La dispersa actividad familiar consistente en un escaso terreno con algunas docenas de moreras, dando una seda de dispar calidad y con un telar por unidad familiar, se había convertido en una empresa productora de grandes dimensiones. En invierno, mientras los hombres trabajaban los campos yermos, cuidaban de los animales, cortaban leña y se encargaban del mantenimiento de la casa grande y de sus diversas edificaciones, las mujeres hilaban y tejían. También había maestros torcedores, tejedores y tintoreros contratados que venían de la ciudad para dirigir y supervisar la labor del ejército de las abejas obreras, pero eran ellas las que llenaban de calidez los meses más fríos del valle con sus cotilleos, risotadas y canciones. Lo preferían a la aridez de ese tiempo de escasez. Con doña Justa se trabajaba sin descanso, pero a ellas y a su descendencia no les faltaba lumbre para calentarse ni pan que llevarse a la boca; además, sus hijos

recibían desde su más tierna infancia instrucción sobre el arte de la seda y soñaban en convertirse en maestros en el futuro. Las mujeres también se libraban de las palizas de sus maridos, quienes en otro tiempo se gastaban las exiguas ganancias invernales en vino y juego de naipes en la taberna del pueblo más cercano y ante cualquier queja por parte de ellas reaccionaban soltando por la boca pastosa toda suerte de improperios babosos y dándoles una buena tunda, con la que dejaban zanjada la cuestión de quién mandaba en el mísero hogar. Por el contrario, la patrona no admitía desmanes, todos la temían. Era alta y fuerte, con la edad había engordado y ya no tenía tanta agilidad como antes, pero cuando se enfadaba los años no pesaban, crecía como un gigante, parecía que se elevaba un palmo del suelo, se le amorataba la cara antes de soltar un bramido oscuro y poderoso que dejaba paralizados a los más recios campesinos, la embriaguez desaparecía súbitamente y la disputa en la que se habían enzarzado quedaba olvidada. Alguno había que se echaba a llorar como un mocosito ante la imponente reprimenda de doña Justa, alcanzando a balbucear un «no volverá a ocurrir, patrona».

En el lado oriental del amplio patio cerrado por tres de los lados con construcciones de adobe sencillas pero sólidas, con las paredes encaladas en blanco y de una sola planta, se encontraba ese singular mundo de camaradería femenina, el del tejido de la seda. Los espacios estaban divididos en amplios cuartos donde se desempeñaban las distintas actividades con habilidad y esmero. Las más novatas se entrenaban con la hilatura de los capullos que habían salido defectuosos, estaban agujereados o con el gusano muerto, lo que ofrecía una seda de color más sucio, hasta que perfeccionaban la técnica y pasaban a formar parte del selecto grupo de las veteranas.

A Vidonia le llamó especialmente la atención las manos rojas, con rastros de quemaduras y cicatrices de la mayoría de las mujeres, como si fuera un rasgo propio de la pertenencia a una hermandad. Mariana le había explicado que tenían las manos así por el proceso de hervido de los capullos de seda.

—Una vez que los gusanos se encierran en sus pupas blancas, se introducen por tandas en agua hirviendo, y mientras se remojan, con unas escobillas hechas con mata seca de mastuerzo se frotan y se va tirando de la baba, unos hilillos muy finos que al desprenderse se van enrollando en un torno contiguo hasta formar una madeja de hilo. Esta primera fase es especialmente importante, pero las perolas de cobre estañado desprenden mucho calor y el hilo, impuro aún, es muy cortante —le había contado la joven.

—¿Los gusanos están vivos dentro de sus pupas de seda? —había preguntado Vidonia.

—Sí, si estuviesen muertos se quedarían adheridos al interior del capullo manchando la seda, y por eso se apartan los capullos defectuosos, porque al no ser tan pura no alcanza un valor tan elevado.

—¡Y se les ahoga en agua hirviendo! —había exclamado Vidonia casi en lágrima viva.

—Producimos gran cantidad de capullos, y hay que sacarles la seda antes de que las palomitas rompan su caparazón, incluso antes de que empiecen a trabajar en su salida escupiendo un líquido transparente que ablanda la fibra. Hay escasos días para evitarlo, por lo que el método del ahogado en agua hirviendo es el mejor posible para no perder el trabajo de todo el año. También se pueden ahogar poniéndolos al sol, pero es más laborioso. Aunque si os sirve de consuelo, no todos los gusanos perecen, pues cada año se apartan varias miles de parejas para que produzcan la simiente de la cosecha del año siguiente —le había explicado Mariana.

Vidonia se sentía aliviada de no haber tenido que presenciar el asesinato en masa de esos pobres animalitos, pues el ahogado solía tener lugar en el mes de junio, al aire libre en el patio. Otro de los secretos de la seda Peñaflor era el agua, pues se usaba la de los manantiales del monte, dulce y clara, que producía una seda más lustrosa y limpia.

Cuando terminaba la jornada, las mujeres se juntaban con sus maridos e hijos en el gran comedor del servicio, que no era más que otro gran cuarto con un agujero enorme que hacía las veces de chimenea y donde se cocinaban las ollas que alimentaban al regimiento empleado en la hacienda. Sentados sobre esteras o taburetes bajos, comían en burdos cuencos de barro sobre unas tablas que hacían las veces de mesas. El sonido de esa masa humana era ensordecedor y contrastaba con el silencio en el salón comedor de la patrona, donde cenaban cada noche doña Justa, la anciana Ramona y Mariana. Vidonia comía en la cocina de la casa grande junto a Milagros, Zulema y los pocos empleados dedicados únicamente a la zona noble de la hacienda. Después de cenar, doña Justa, que se levantaba con el alba, se tomaba una copita de vino dulce, buena para la salud, decía, acompañaba a su señora madre a su alcoba en la primera planta, contigua a la salita donde pasaba la mayor parte del día meciéndose, y se retiraba a su cuarto, donde dedicaba una hora a rezar frente a un altarcito antes de meterse entre las sábanas caldeadas pocos minutos antes por una de las sirvientas con una estufa de mano. El sonido hueco de la puerta

de roble de su alcoba al cerrarse era la señal convenida para que los sirvientes de la casa grande se escabulleran y se unieran a la algarabía del final de la jornada en el comedor de las tejedoras.

Alrededor de la lumbre se pasaban la bota, se contaban historias, se cantaba. Las parejas de esposos bailaban zarabandas, escarramanes, jácaras y todo el repertorio de ritmos de la tierra al compás del jolgorio y las palmas de los demás. Desde que tenía memoria, Mariana se convertía en sombra y recorría en la oscuridad, con el alma en vilo, el espacio que separaba los dos mundos. De niña, temiendo ser descubierta, se quedaba agazapada mirando por una de las ventanas el alegre espectáculo; sin embargo, poco a poco iba ganando en confianza, y tímidamente al principio, se sentaba al fondo de la enorme sala, cerca de la puerta; después, con el pasar de las semanas, los meses y los años, se fue acercando al borde del círculo donde los más atrevidos bailaban. Los campesinos se fueron acostumbrando a su presencia, ya no les incomodaba ni la consideraban una intrusa o una espía de los señores, hasta que llegó a pasar completamente desapercibida, a convertirse en uno de ellos en esas noches donde se combatía el cansancio con música. A veces alguno de los más mayores, de los casados y recasados, la sacaba a bailar y los demás la jaleaban con aullidos de lobo coreando su apodo —«¡Patronita, Patronita!»— con el debido respeto, claro está. Las mujeres, por su parte, la animaban a cantar alguna de las tonadas más lentas, que sonaban mejor con su aterciopelada voz juvenil.

Esa noche, al entrar en la sala, unió su voz al coro de mujeres, recibió numerosas muestras de afecto y hasta uno de los mozos le cedió su taburete. Cantando estaba cuando por la puerta entró Zulema, que traía del brazo a Vidonia. El aya se había quedado paralizada en el dintel y no se atrevía a traspasar el umbral del espacio iluminado por la candela de la chimenea y las escasas teas colgadas de las cuatro paredes. Por las ventanas entreabiertas entraba una brisa fría que absorbía el calor humano de esos cuerpos sudorosos. Zulema tiraba de ella para que entrara, pero Vidonia solo tenía ojos para las faldas voladoras y las piernas al aire de las campesinas. De pronto, distinguió a Mariana entre el gentío, tan alegre que hubiera parecido una de ellos si no hubiera sido por su piel blanca y su porte delicado, pero no conocía lo atrevida que era la muchacha, porque la música la transformaba, tocaba las palmas y movía los botines sentada como estaba al son de la canción. Como si presintiera que estaba siendo observada, la joven alzó los ojos y su mirada se cruzó con la de Vidonia.

—Vidonia, ven, ven, siéntate conmigo.

Zulema había desistido dejándola en la entrada y descansaba sentada en una de las esterillas, junto a otras mujeres. Mariana le tomó de la mano con determinación, hizo caso omiso a sus quejas y la obligó a sentarse en el taburete contiguo al de ella, en primera fila, al lado de las guitarras, los panderos, las bandurrias, un par de vihuelas y unos hombres que daban golpes en unas cajas de madera, improvisados tambores sobre los que estaban sentados.

—¡Qué locura! Válgame Dios! —dijo Vidonia sin dejar de santiguarse.

—Divertirse no es pecado, Vidonia —respondió Mariana riéndose de sus aspavientos.

—Pero mover así los traseros sí debe serlo.

—Soltaos un poco, que ya no estáis en el convento.

Vidonia no se había dado cuenta, pero en ese momento Mariana había localizado a Salvador y le hacía señas para que se acercara.

—Buenas noches —dijo el hombre al tiempo que se plantaba delante de ella con las piernas separadas.

Vidonia alzó la vista y le contempló un instante. Le pareció un mozo, la luz dorada que proyectaban las antorchas difuminaban sus arrugas y la camisa entreabierta dejaba ver una mata espesa de vello oscuro y rizado adornando un pecho robusto y macizo. Virilidad en estado puro, un hombre de la tierra. Sin decir palabra, le tendió la mano, y ella, como hipnotizada por su hombría, la tomó y se puso en pie, dejándose conducir entre el resto de parejas que bailaban una chacona. Alguien gritó «¡Y parecía mosquita muerta, la portuguesa!», mientras otra voz decía «¡Mirad la monja!» y un coro de risotadas celebraba los comentarios. Vidonia no entendía ni una palabra del castellano cerrado de las andaluzas, intentaba imitar torpemente los movimientos de su pareja de baile, que le sujetaba la mano con seguridad, llevándola a derecha y a izquierda, cruzándose, juntándose y separándose al ritmo pícaro y saltarín de la tonada.

Al terminar, Salvador condujo al aya de Mariana de vuelta a su vera y se sentó a su lado en el suelo, le pasó la mano por la cintura, marcando territorio, y le dio a beber de una bota.

—Beba, que le va a hacer bien —le dijo Salvador al tiempo que ella obedecía a pesar del trance en el que se encontraba.

—Os está cortejando —le susurró Mariana al oído.

—Válgame Dios, a mis años —acertó a decir Vidonia.

La fiesta terminó abruptamente para Mariana cuando Hernando entró y la sorprendió entre los empleados. Se le acercó por detrás muy despacio, sin que ella se diera cuenta, y le dijo al oído:

—Su padre estaría muy avergonzado de verla en semejante compañía, señorita Mariana.

Le había dado un susto de muerte, el muy bellaco. Aunque lo que él pensara o le dijera a su padre le tenía sin cuidado, su presencia le amargaba la jarana, así que se retiró no sin antes demostrarle que ella era la patrona y hacía lo que se le antojaba. Se levantó, se giró hacia él y mirándole desafiante pidió el sarao de la chacona. Bailó desbordando sensualidad al ritmo de las palmas enloquecidas de los peones. Al volverse antes de salir, vio cómo Hernando la observaba con los ojos inyectados de odio y lujuria.

Entre las cosas del padre Boelens tan solo había encontrado una carta. Alimentando su imaginación durante los días previos al asalto de su casa, llegó a pensar que su madre se habría estado carteando con el cura durante su larga ausencia y podría descubrir su paradero con facilidad, pero tan solo halló una carta firmada por una tal sor María Magdalena. Su letra, inclinada y alargada, le recordaba mucho a la de ella, aunque no podía estar seguro; se arrepintió de haber destruido su nota de despedida. Tal vez fuera una pista, tal vez no, pero era lo único con lo que contaba.

Acarició la superficie rugosa de la misiva, datada hacía cinco años. Delante tenía el edificio desde donde fue enviada la carta. No se atrevía a cruzar la explanada de tierra que le separaba de ella. Si no estaba allí, no sabría donde buscarla. Una llama de esperanza se había encendido tímidamente y quería avivarla para que no se apagara antes siquiera de haber empezado la búsqueda. Por eso no acertaba a moverse.

—Hans el corsario no le teme a nada —sonó burlona la voz de Tomé a sus espaldas.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó sorprendido Van der Meer.

—Somos hermanos, no iba a dejarte solo en este trance.

—¿Cómo has sabido dónde estaba?

—Te vi acariciando esa carta hace días, estabas en el castillo de proa, atardecía, tan sumido en tus pensamientos que no te diste cuenta de mi presencia, pero alcancé a leer unas líneas por encima de tu hombro e intuí de

qué se trataba —explicó su amigo ante la expresión sorprendida de Hans—. Entonces, ¿te vas a quedar ahí plantado?

Hans echó un último vistazo a la carta, la dobló y la guardó en una bolsita de cuero que llevaba al cuello. Se irguió alzando la vista a la imponente masa de piedra que tenía delante. El edificio situado cerca del río bajaba en pendiente, estaba amurallado y contaba con una puerta de varios metros de alto, más parecía una fortaleza que una casa religiosa.

La portezuela, que pasaba desapercibida en el lateral derecho de la enorme puerta de acceso, se abrió con un chirrido. Un sirviente les hizo pasar a un amplio patio ajardinado. A la izquierda estaba la iglesia, que colindaba con un edificio de grandes dimensiones de dos plantas donde se encontraba las dependencias del capellán, la cocina y los cuartos del servicio, y que conectaba a través de un laberinto de pasillos con el silencioso recogimiento de las hermanas de San Francisco. Al fondo, el jardín continuaba más frondoso detrás de una reja que separaba la zona pública de la clausura. Más allá, en el huerto, varios esclavos negros trabajaban la tierra.

—¿Dónde podemos encontrar al capellán? —preguntó Hans al muchacho que tras abrir la puerta había seguido rastrillando la tierra.

—A estas horas debe de estar en su despacho. Entren por esa puerta y sigan el pasillo a la derecha, es el cuarto del fondo.

Los dos hombres siguieron las indicaciones del chico. Se veía mucho movimiento, con sirvientes que entraban y salían. La puerta estaba entreabierta y Tomé la empujó con suavidad. Un hombrecillo calvo, con la cabeza hacia atrás apoyada en el respaldo de un desvencijado sofá y los brazos vencidos a los dos lados, dormitaba.

—¿Qué se les ofrece? —preguntó sin moverse.

—¿Es usted el capellán? —preguntó Hans.

—Así lo quiere Dios —dijo levantando la cabeza y poniéndose los lentes.

—Necesitamos información sobre una mujer —dijo Tomé.

—Aquí mujeres hay muchas. ¿De quién se trata?

Hans vaciló antes de contestar.

—De mi madre.

—¿Viuda? —preguntó el capellán.

—Sí —mintió el joven—, estuve en ultramar varios años y al regresar supe que mi padre había fallecido y que mi madre, según me contaron, había ingresado en un convento.

—¿Y cómo se llama su madre?

—Tomó el nombre de sor María Magdalena, ¿la conoce?

—¿Cuánto hace que tomó los votos, dice usted?

—Hará más de cinco años.

—Habría que preguntarle a la madre abadesa, yo llevo pocos meses de capellán.

Se levantó muy despacio, tomó un bastón que estaba apoyado contra la pared al alcance de su huesuda mano y se puso en movimiento fatigosamente dando pequeños pasitos.

—Esta gota me está matando. Toma tu cruz y sígueme, dice el Señor. Síganme.

Salieron por el pasillo de nuevo al patio. El capellán necesitó ayuda para subir los cuatro escalones que conducían a la iglesia. Atravesaron la nave hasta el altar y les dijo antes de desaparecer por una puerta a la derecha:

—Esperen aquí.

No pronunciaron palabra, no hacía falta. Sus ojos lo desvelaban todo: nostalgia, ansiedad, emoción, esperanza, miedo. ¿Estaría allí?, ¿qué le diría?, ¿podría verla?, ¿querría verle?, ¿estaría muy cambiada? La tensión era insoportable. Hans intentaba calmarse paseando de arriba abajo, contemplando las vidrieras y las estatuas, contando las velas, paseando de arriba abajo. Tomé permanecía apoyado en una columna sin perder de vista la puerta por la que había desaparecido el capellán. Diez minutos de espera, diez minutos eternos como eternos eran los años que llevaban sin verla.

Finalmente, la puerta se abrió y apareció. La luz era muy escasa y su rostro estaba totalmente sumido en la oscuridad. Como si el tiempo no hubiese pasado, los dos volvían a tener quince años, a soñar con ser temidos piratas surcando los mares sintiéndose invencibles, protegidos por el afecto incondicional que solo una madre puede proveer. Ninguno se movió, embargados por la emoción de reconocerse de nuevo en sus ojos de océano. El anciano capellán rompió el religioso silencio de la nave.

—Aquí tienen a sor María Rosa, se ocupa de la hospedería y puede responder a sus preguntas.

La mujer dio un paso al frente colocándose en un haz de luz que penetraba por el vitral. Entonces pudieron ver sus pecas poblando una cara redonda de rechonchos mofletes, una tez rosada y avejentada.

Tomé fue el primero en reaccionar. La desilusión tenía paralizado a Hans en un pozo de amarga pérdida, como si hubiese sido abandonado de nuevo.

—Buscamos a una mujer que tomó el nombre de sor María Magdalena hará más de cinco años.

—Creo recordar que tuvimos una hermana que respondía a ese nombre, pero ya no está.

La llama de la esperanza aún no se había extinguido, una suave brisa la había hecho revivir. Hans reaccionó por fin al escuchar la respuesta de sor María Rosa.

—¿Está segura, hermana?

—Sería mejor preguntarle a la madre superiora, ella recordará mejor que yo. No estuvo mucho tiempo entre nosotras.

—¿A dónde fue? —dijo Tomé quitando a Hans las palabras de la boca.

—No podría decirles.

—Hemos venido a Lisboa desde muy lejos, necesitamos ver a la madre abadesa.

—Lo siento, eso no es posible. Está muy débil, la han sangrado varias veces, las fiebres no le dan tregua.

—Es muy importante que podamos hablar con ella, o que pueda preguntarle por sor María Magdalena, es mi madre. Al verse desvalida tras la muerte de mi padre y sin noticias de mí, no vio otra salida a su soledad. Necesito que sepa que estoy vivo —dijo Hans tomando sus manos e intentando transmitirle toda su desesperación.

—Le entiendo y rezaré para que el Señor le dé fortaleza en su búsqueda, pero en estos momentos es imposible hablar con la madre Francisca. Sin embargo, le prometo que en cuanto se encuentre mejor averiguaré todo lo que pueda sobre ella. ¿Dónde puedo encontrarles?

Hans le dio los datos del hospedaje donde hacían noche diciéndole que zarparían en dos días, y que si no le era posible hablar con la abadesa en ese tiempo le rogaba encarecidamente que le escribiese a su casa en Ámsterdam. Le entregó una bolsa con monedas por las molestias. Aún había esperanza.

Las vistas desde la torre mirador eran espectaculares. Aunque el día había amanecido brumoso, a media mañana una suave brisa había despejado el cielo dejando al descubierto un valle azul esplendoroso de espumosos cerros enmarcado por la bahía de Cádiz. Igual de espectacular le había parecido a don Segundo el palacio de Baltasar Van Esland. La residencia señorial de cinco plantas que discurrían alrededor de un patio central estaba sostenida en

ocho columnas toscanas de mármol, la decoración de yesería era exquisita y las tres fachadas exteriores mostraban todo el poderío comercial del señor de la casa. Una estrecha escalera de piedra en caracol ascendía hasta el mirador, desde donde Van Esland les estaba explicando dónde estaban localizadas las posesiones que habían visitado a caballo el día anterior. Durante los dos días que estaban pasando con el flamenco habían conocido todos los detalles de su ambicioso plan para el que necesitaba la liquidez que don Segundo podía proveer: quería construir la mayor curtiduría de ultramar en Tucumán. Ya había explorado la zona que contaba con enormes bosques de cebil, cuya corteza rica en tanino era un elemento curtiente excelente, les había explicado. La región había empezado a exportar a Brasil, pero el comercio aún era muy tímido, por lo que el potencial de crecimiento resultaba enorme y no pensaba perder la oportunidad. El hidalgo sevillano estaba convencido del éxito de la transacción, impresionado como estaba no solo por lo que veía, sino por la personalidad segura y arrolladora de Van Esland, tan imponente como su presencia: una mole humana, más alto que don Segundo y con una enorme panza que no le restaba movilidad, con bigotones pelirrojos que adornaban una cara con tendencia a la rojez y ojos azules y vivarachos que inspiraban confianza. La conexión entre los dos hombres había sido inmediata. Vincent se mantenía discretamente en un segundo plano y apoyaba las buenas impresiones de su jefe con el conocimiento que sobre él y sus negocios se tenía en su comunidad y las indagaciones personales que había realizado en la zona en nombre de don Segundo. Para poder conseguir la cantidad que requería el flamenco para poner en marcha el negocio, don Segundo tendría que hipotecar su casa en Sevilla y el resto de inmuebles en la ciudad, tal vez incluso una parte de la hacienda en Granada, pero merecía la pena. Además, le había propuesto ser su socio, por lo que además de devolverle el crédito más los intereses recibiría los jugosos beneficios que el flamenco esperaba generar con el negocio desde el primer año.

Una vez que hubieron regresado a Sevilla, don Segundo consiguió reunir el dinero en menos tiempo del que en principio había calculado y prometido a Baltasar Van Esland. En apenas dos semanas pudo hacer entrega de una parte en cartas de crédito y otra en reales de plata hipotecando sus bienes más preciados. El notario de Van Esland se encargó de preparar la documentación para sellar el acuerdo, cuyos términos fueron revisados por el abogado del sevillano. A las tres semanas de su visita a Cádiz, se había convertido en

socio y financista de uno de los comerciantes flamencos con más futuro de la carrera de Indias.

Vincent, por su parte, se había reencontrado con Álvaro y juntos ultimaban los preparativos para el viaje a Flandes: llevaban muestras de las distintas calidades de seda cruda, además de terciopelos, damascos, tafetanes, felpas y rasos producidos en la fábrica sevillana Peñaflor-Fábregas. También por recomendación de don Sancho, mostrarían a los potenciales importadores una amplia variedad de tapices y de las prendas más finas salidas de los telares granadinos. Facundo y Cipriano, los guardianes del joven Fábregas, se habían encargado de reclutar a tres hombres adicionales para proteger a los dos comerciantes durante el viaje, duchos en la espada y en el manejo de armas. Álvaro no había querido preguntar de dónde habían sacado semejantes individuos, pero su tétrico aspecto era símbolo de pertenencia a la capa más baja de la ciudad, al hampa sevillano. Para realizar la travesía habían contratado una corbeta mercante por su ligereza y rapidez, ya que no llevaban mucha carga, pero armada con una batería de veinte cañones. Una vez que todo estuviese listo para el viaje, zarparían rumbo a Ámsterdam.

Álvaro revisaba unos documentos en el estudio, ultimando la partida, cuando oyó la voz de Facundo al otro lado de la puerta.

—Jefe, jefe.

—Pasa, Facundo.

—Jefe, el Calavera está aquí. Le he amenazado con partirle el espinazo, pero dice que no se irá sin su dinero y jura que montará un escándalo si no le atiende.

Álvaro reflexionó durante algunos minutos. «Tendría que haberle quitado de en medio cuando lo tuve en mi mano, ahora puede echarlo todo a perder», pensó.

—¿Viene solo?

—No, jefe, con el Garrapata.

—Hazle pasar, que no le vea nadie entrar, y al Garrapata dale un adelanto de lo que le puede pasar al Calavera si se le ocurre abrir su boca.

Facundo esbozó una sonrisa siniestra, disfrutaba haciendo el trabajo sucio del patrón, y salió en busca del matón.

—Pasa, escoria —le dijo Facundo dándole un puntapié que le lanzó contra el suelo alfombrado del estudio.

—¡Hideputa! —bramó el Calavera mientras escupía en dirección a Facundo al tiempo que este cerraba la puerta.

—No armes ningún escándalo, porque te reviento las tripas —le amenazó Álvaro.

El Calavera asintió, y después de algunos segundos de tenso silencio, se atrevió a defender lo que era suyo.

—Me mandó un trabajito *complicao* y cumplí —dijo el Calavera.

—¿Que cumpliste, basura? ¡A punto estuviste de violar a mi mujer! —le increpó Álvaro agarrándole por la pelliza inmunda.

—Era *pa* darle más realismo, no se ponga así, no iba a hacerle *ná*, solo quería asustarla a la mujer de *usté*, como su excelencia me pidió. ¡Se lo juro! —dijo el Calavera lastimeramente besándose el pulgar—. No había necesidad de ensañarse con mi gente, ahora me es *má* difícil dar buenos golpes, el Garrapata no sirve *pa ná*. Llevamos días sin comer.

—Me voy a apiadar de ti, pero vete buscando otro compinche porque el Garrapata ya no existe, y más vale que no te vayas de la lengua si no quieres acabar como él — sacó de un cajón del escritorio tres reales de plata y se los tiró al suelo.

—Ahora desaparece de mi vista.

El Calavera le lanzó una mirada torva y salió como alma que lleva el diablo.

Los días se sucedían uno tras otro, todos iguales, oscuros, tristes. No solo era tristeza, sino también hastío, quería salir, dar largos paseos por la ribera, pero nada me estaba permitido. Vivía en un pozo negro, como mis vestidos, negros. Mi señor padre se encerraba todo el día en el estudio, ni siquiera me llamaba como antes para enseñarme alguno de sus mapas y explicarme hasta dónde se extendían nuestras posesiones, como cuando me sentaba en sus rodillas y juntos soñábamos recorriendo el mundo y descubriendo algún remoto lugar. Cuando se ponía seria la conversación, y como su única hija que era, me explicaba con paciencia los avances de nuestros negocios en Brasil y respondía a todas mis insaciables preguntas. Pero desde la muerte de madre me esquivaba, me rehuía y le molestaban mis preguntas. Como si él también estuviera muerto, se sepultaba entre las paredes de ese espacio que antes compartía conmigo. Ni siquiera autorizaba que fuera a misa. El párroco de la Iglesia de São Nicolau, el padre Silvano, venía a casa una vez por semana a confesarnos y darnos la comunión. Me sentía abandonada a pesar de los desvelos de mi aya Vidonia. Con el pasar de los meses mi tristeza se fue convirtiendo en desesperación, me ahogaba en la casa, miraba a hurtadillas por las ventanas, el mundo seguía adelante sin mí. Lo único que me calmaba era leer, me pasaba días enteros leyendo con avidez. Era el único momento de libertad. Podía ser quien quisiera, ir donde se me antojara, vivir cientos de vidas, duelos, amores, asaltos, guerras, aventuras. Después de un año de luto, de vivir en cuerpos que no eran el mío, la desesperación había cedido espacio a una convicción que se había abierto paso en mi mente: mi vida era mía, me pertenecía, era mi más preciado bien, no iba a permitir que nadie me sepultara en una tumba de congoja, mi padre no era dueño de mi ser.

El luto acabó. Y aunque nada volvió a ser como antes entre mi padre y yo, él se esforzó por animar el hogar otrora feliz. Se le ocurrió renovar la casa y construir un pabellón independiente para que siguiéramos viviendo juntos aunque contrajese nupcias. Y con esa idea en mente, y dejando la construcción

en manos de un conocido maestro carpintero, Diogo Maradiaga, se dedicó a buscarme esposo.

—¡Cómo has crecido, Isabel! Parece que hubiese estado de viaje todo este tiempo, no me había percatado de que eres ya una mujer —me dijo la primera tarde en que me llamó a su estudio al cumplirse un año exacto del fallecimiento de mi madre.

Él también estaba cambiado, había adelgazado y alrededor de los ojos tenía pronunciadas ojeras violáceas. No osé decirle nada, pero me apenó profundamente. Me contó lo que pensaba hacer y permanecí callada y asintiendo. En ese tiempo me había acostumbrado a guardar para mí mis opiniones. Así que mientras él visitaba a amigos y conocidos con hijos en edad casadera, yo corría por toda la ciudad perseguida por la buena Vidonia. Tenía que recuperar el tiempo de encierro.

Una mañana le propuse a mi querida e infatigable aya dar un paseo a caballo hasta el Palacio da Ribera, pero lo que de verdad me interesaba era ver la construcción de las naves en Ribera das Naus. Los astilleros me parecían un lugar mágico. Era un misterio para mí cómo aquellos hombres podían construir con simples maderos esas naves majestuosas capaces de desafiar la bravura del océano insondable. ¡Cómo me hubiera gustado ser uno de ellos, conocer los secretos de su arte! Cuando llegamos a la Plaza del Palacio, insigne puerta por donde los monarcas extranjeros e ilustres visitantes hacían su entrada en la ciudad, Vidonia propuso volver. Olía a hierba y a salitre, el sol de mediodía se reflejaba en el río. El Tajo se extendía como una alfombra de zafiros ante nuestros ojos.

—Cabalgemos un poco más —le dije mientras ponía mi montura en movimiento sin escuchar las quejas de mi acompañante.

Me dirigí hacia poniente, río abajo, y no paré hasta que estuve sumergida completamente en el bosque de mástiles de los astilleros.

El muchacho, con cincel y mazo en mano, tallaba una figura. Desmonté y me acerqué a observarle.

—¿Qué haces? —pregunté.

Él se sobresaltó y golpeó con más fuerza de la debida la madera, de la que se desprendió un trozo. Malhumorado, se volvió hacia mí, seguro que quería reprenderme, pero no acertó a pronunciar palabra, se quedó mirándome con la boca abierta. Tenía unos ojos muy hermosos, del color de la miel.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté de nuevo.

Esta vez reaccionó de forma huraña.

—¿Qué hace aquí? Este no es lugar para damas de su condición.

Me eché a reír y conseguí contagiarle, pues me sonrió. Mis ojos suplicantes vencieron sus defensas.

—Estoy tallando el mascarón de proa —me explicó—. Irá colocado en el nuevo navío, en la parte alta del tajamar, pero aún no sé qué rasgos tendrá.

Volvió a mirarme aún más intensamente que la vez anterior, sentí que me temblaban las piernas, un cosquilleo me corrió todo el cuerpo erizándome el vello. ¡Qué ojos tan bonitos tenía!

—¿Por qué me miras así? —le pregunté sin pudor.

—Estoy memorizando su cara.

—¿Mi cara?

—¿Le gustaría ser una sirena y surcar los mares con nuestros más intrépidos navegantes? —me preguntó.

—No hay nada que desee con más ansia. Aun despierta sueño con hacerme a la mar.

Mi respuesta le hizo sonreír de nuevo. «¡Qué apuesto es!», pensé.

En ese momento Vidonia, sofocada de la cabalgada, pues era muy mal jinete, llegó hasta donde estábamos.

—Isabel, si vuestro padre se entera me echará a la calle, volvamos a casa ahora mismo, se acabó el paseo.

No tuve más remedio que obedecer. Nos miramos por última vez, yo también quería retener en mi memoria cada detalle de su dulce rostro.

—Adiós, Isabel —se despidió.

Monté en mi caballo y le contemplé una vez más mientras me daba la espalda para seguir tallando.

Ya no pude olvidarle. Era el protagonista de todas las historias que leía. Me resigné a no volver a verle, aunque cada noche antes de acostarme le pedía a la Virgen Santísima que hiciera el milagro de nuestro reencuentro.

Las obras avanzaban rápidamente. Mi padre pretendía celebrar la inauguración de la ampliación de la casa haciéndola coincidir con la fiesta de mi compromiso, por lo que le urgía encontrarme un buen partido. Todavía preguntaba mi opinión y yo, enamorada de aquel misterioso muchacho, rechazaba a todos los candidatos, algunos de los cuales los conocía desde la infancia por ser hijos de familias amigas.

Una de esas tardes nos encontrábamos en la sala atendiendo a una de las visitas cuando el maestro Maradiaga apareció buscando a padre.

—Disculpe, don Manuel —dijo al entrar en la sala.

—Pasad, maestro, estamos entre amigos.

No venía solo.

—Le presento a mi hijo, buen carpintero y mejor ebanista, él será quien embellezca la construcción. Según lo que me explicó al comenzar las obras, tengo una idea aproximada de lo que desea, pero tal vez quiera hablarlo con él directamente —dijo el maestro Maradiaga.

Levanté los ojos de la taza que tenía entre mis manos y no pude creer que estuviera allí, frente a mí, en mi misma casa. Era el muchacho de los astilleros. Me sentí desmayar y solté la taza, que se derramó sobre mi vestido y se hizo añicos al golpear el suelo. Él se arrodilló junto a mí, solícito a ayudar, y me dedicó una de las sonrisas más espléndidas que haya visto en mi vida. Yo no acertaba a moverme, hipnotizada por esos ojos de miel. Una sirvienta se encargó de recoger el destrozo. Mi padre se disculpó con los invitados, dejándome encargada de entretenerles, y se lo llevó para mostrarle las obras y explicarle el trabajo que debía desempeñar. Al rato, mi padre volvió, tomó asiento junto a mí y siguió conversando. Yo no sabía como librarme de aquella tortura que parecía no terminar. Sin saberlo, Vidonia me posibilitó una vía de escape.

—Isabel, estáis muy pálida, ¿os encontráis bien?

Mi padre se percató en ese momento de mi estado de ánimo.

—Tal vez deberías subir a descansar, hija mía —me recomendó.

—Creo que es una buena idea —afirmé—. Doña Juana, le agradezco su visita, espero verla pronto, y también a su hijo —dije a modo de despedida y dedicando una tímida sonrisa al joven apocado que querían adjudicarme como esposo.

—Que descanses, querida —dijo doña Juana.

En cuanto me vi libre de compañía, corrí al jardín, seguida por mi aya, que no sabía qué bicho me había picado. El muchacho hablaba con su padre y con otros carpinteros que trabajaban en una balconada de la primera planta.

—¡Maestro! —grité. Ellos, sorprendidos, dejaron de hablar y los cuatro me observaron detenidamente—. Maestro, yo también tengo algunas ideas para el tallado, lo he hablado con padre y le parece bien. ¿Podría bajar vuestro hijo para que le explique lo que quiero?

—Gonçalo, baja a atender a la señorita Álvares.

El muchacho me miró, y sin mediar palabra, obedeció a su padre. No había pensado en qué le diría y tuve que improvisar rápidamente. Mientras,

Vidonia me tiraba del brazo y me susurraba que era conveniente que subiera a mi alcoba a descansar, a ver si me iba a dar un vahído con el calor.

—Serán unos minutos —le aseguré para tranquilizarla. Y después miré al muchacho—: ¿Os llamáis Gonçalo?

Fue lo primero que le pregunté, llevaba semanas imaginando cómo se llamaba y ese nombre no se me había ocurrido.

—Para servirla, señorita, aunque puede tutearme como lo hizo la primera vez que nos vimos en los astilleros —dijo dedicándome una de sus bellas sonrisas.

—¿Eras tú? Perdona, no te recordaba —mentí muy mal porque me había puesto roja como la grana—. Ahora que has visto la casa, podrías explicarme qué ideas tienes para embellecerla, así no perdemos el tiempo si lo que a mí se me ha ocurrido coincide con tu opinión experta.

De ese modo, me libré de tener que liderar la conversación y me limité a seguirle los pasos, observándole y escuchando sus explicaciones. Los minutos se hicieron una hora en la que recorrimos de arriba abajo la nueva construcción. No me cansaba de escucharle y le hacía las preguntas clave para que siguiera extendiéndose en sus comentarios.

Cuando terminó se puso a mi lado, frente a la construcción. Los dos mirábamos la fachada y me preguntó muy bajito, casi en un susurro, inclinándose hacia mí:

—Y bien, ¿qué le parece?

Sentir su calor tan cerca me produjo una honda turbación. Vidonia tenía razón, me iba a dar un vahído.

—Todo muy bien, gracias —dije rápidamente.

Me di la media vuelta y crucé el jardín con paso decidido en dirección a la casa. No me di la vuelta por vergüenza, pero podía sentir sus ojos clavándose en mi espalda.

Ese mismo día Gonçalo Maradiaga, con la cuadrilla de carpinteros de su padre, se puso manos a la obra trabajando las maderas nobles para hacer el revestimiento exterior de la casa y las tallas decorativas. La primavera brotaba en miles de colores y aromas. Al día siguiente, como hacía muy buen tiempo, le propuse a Vidonia bordar en el jardín, así le observaría de lejos sin despertar sospechas. Me encantaba observar sus manos precisas, ver cómo iban emergiendo bellas formas de los rígidos maderos. Poco me duró permanecer a distancia, porque mi curiosidad imperiosa me empujaba hacia él

una y otra vez. Nuestra amistad fue creciendo día tras día y yo custodiaba en mi pecho el amor que sentía por él.

Padre seguía buscando entre sus amistades un esposo adecuado sin mucho acierto, solo yo sabía que la Virgen velaba por mi amor y que le estaba dificultando la labor.

Una mañana, cuando me desperté y me asomé al balcón que daba al jardín, Gonçalo ya estaba trabajando. Había llegado muy temprano, ninguno de los otros carpinteros se habían presentado aún para comenzar la jornada. Como presintiendo que le observaba, alzó la vista y al verme me hizo señas para que bajara. Me vestí lo más rápido que pude y bajé desbocada las escaleras deslizándome por la barandilla. Corriendo con el cabello suelto, pues no había querido llamar a mi aya para que me arreglara el peinado, atravesé la distancia que nos separaba.

—¡Buenos días!

—¡Qué bonita estás con el cabello suelto! —me dijo galante.

—Gracias —respondí ruborizada.

—Ven. Tengo algo que quiero enseñarte —dijo tomándome de la mano y llevándome hasta la caseta donde se almacenaban los materiales de construcción y las herramientas que usaban cada día. Entramos de la mano y me guió hasta la mesa colocada en el lado derecho de la entrada, entonces levantó un paño que cubría una talla.

—¡Soy yo, soy yo! Gonçalo, ¡es preciosa! —le dije emocionada.

—Es el mascarón que estaba tallando cuando nos conocimos, hacía tiempo que quería mostrártelo, pero no encontraba el momento. Surcarás los mares, como deseabas —me dijo mientras me contemplaba con esos ojos suyos.

Acaricié los rasgos de mi propio rostro, una sirena, ¡me había convertido en sirena, era libre al fin! Todo el amor que llevaba tanto tiempo custodiando se desbordó como un torbellino. Tomé su rostro entre mis manos y le besé en los labios. Creo que mi gesto le sorprendió. Una duda cruzó por su bella mirada, se separó y me miró tomándome por los brazos, le sonreí y entonces encontró el valor para vencerla respondiendo a mi beso con ardor. ¡Cuánto le amaba! Y él me correspondía. ¡Qué dicha! Sellamos nuestro pacto de amor en ese momento. Todas las mañanas, antes de que la casa se despertara con su ajeteo cotidiano, nos citábamos en la caseta para regalarnos unas caricias y unos besos. Gonçalo, dulce y respetuoso, nunca osó faltarme la honra, y yo era muy joven para entender que el amor podía ser más profundo y embriagador.

Al menos, en ese entonces. Los días de espléndido sol se sucedían en una maravillosa secuencia hasta que un nubarrón oscuro y cargado de negros presagios cubrió el cielo con su manto plumizo y embarró nuestro amor.

Gaspar de Azevedo y Sousa me produjo rechazo desde la primera vez que le vi contemplándome con su siniestra sonrisa uno de los días que fuimos a misa después del luto. Y esa vez, esa única vez, mi padre no me pidió opinión y aceptó casarme con el heredero del condado de Portanera sin consultarme. Le perdió la ambición y me arruinó la vida.

Mariana releía el diario de su madre. Durante semanas se habían sentado después de desayunar en la alcoba de la joven y Vidonia, con voz quebrada, le leía el testimonio que había dejado Isabel. Para las dos mujeres eran momentos muy intensos. Para la muchacha, porque se imaginaba que era su madre quien le hablaba y descubría por fin quién era esa mujer que no había tenido oportunidad de conocer, y para el aya, era como volver a estar con ella y saber todo lo que ocurrió delante de sus ojos sin verlo. También habían leído las cartas que Isabel había enviado a doña Aurora a lo largo de los diecinueve años de espera. Mariana había progresado rápidamente en sus conocimientos de portugués y hasta se atrevía de vez en cuando a charlar con el aya en su lengua natal. Le gustaban especialmente los pasajes donde su madre hablaba de los encuentros con su amado.

La casa estaba silenciosa. Salí con un pequeño atado y algunas provisiones que había tomado en un descuido de la cocinera. Gonçalo me esperaba en la caseta. Al verme, me abrazó. Yo temblaba. Sacamos uno de los caballos de mi padre de la caballeriza y sigilosamente salimos por la puerta de carruajes que daba al lateral de la casa, a un callejón oscuro. Caminamos despacio para no hacer ruido y no alertar a alguien en la casa, aunque era poco probable que creyesen que éramos nosotros, pues habíamos sido muy cuidadosos con el plan de huida. Durante el día apenas nos dirigíamos la palabra, solo por las mañanas temprano y a última hora por la noche, cuando ya no quedaba nadie en pie. Intenté persuadir a mi padre para que cancelase el compromiso, pero me miraba asombrado de que quisiera rechazar a un conde, o al menos a uno que pronto lo sería. Cuando me convencí de que no habría forma de hacerle cambiar de opinión, le hice creer que acataba su decisión, aunque sin alegría y

sin participar de buena gana en los preparativos del enlace. Queríamos llegar a Oporto para embarcar en el primer barco que pudiésemos encontrar. Gonçalo llevaba su paga por la obra y sus ahorros como carpintero en los astilleros. Yo tomé las joyas que había dejado mi madre y algunas cucharas de la cubertería de plata. Teníamos suficiente para empezar una nueva vida lejos de allí. Cuando nos hubimos alejado lo suficiente de la casa, montamos en el caballo y avanzamos deprisa, quedaban pocas horas para el amanecer. A escasas leguas de la ciudad, mis brazos no se sostenían más alrededor de Gonçalo, los días de tensión y nerviosismo no me habían dejado dormir, estaba exhausta. Tuvimos que parar. Empezaba a clarear. Nos adentramos en la hierba crecida, apartándonos del camino de tierra, y encontramos unos arbustos frondosos donde escondernos. Atamos al caballo y nos tumbamos uno junto al otro, con las manos entrelazadas. Me acarició, me besó, primero tímidamente, luego con más intensidad. No sé cómo sucedió, pero me entregué a él con todo el corazón, y después, con el alma y el cuerpo saciados, nos quedamos dormidos abrazados al resguardo de los mirtos.

Me desperté sobresaltada. Había tenido una pesadilla, nos encontraban, nos separaban. Miré a mi alrededor, no vi a nadie, Gonçalo aun dormía. El caballo no estaba. Se habrá soltado el nudo, pensé. Desperté a Gonçalo y entonces, al incorporarnos, les vimos. No tuvimos escapatoria...

«¡Maldito Gaspar de Azevedo y Sousa! Habían tenido una oportunidad de ser felices y ese mal nacido la había arruinado. ¿Qué habrá sido de él?», se preguntó Mariana.

Sus padres se habían carteadado durante ocho años, según contaba Isabel en su diario, y después dejó de recibir noticias de Gonçalo, como si se lo hubiese tragado la tierra. Nunca pensó que hubiese fallecido y algo en su corazón le decía que estaba vivo y vendría a buscarla, tal y como había asegurado en la última carta que recibió, breve, escrita deprisa: «Algo increíble ha sucedido ante mis ojos, espérame, voy a buscarte, solo recuerda...» y tres números que ella no sabía lo que era, al menos no recordaba nada relacionado con ellos, aunque parecían una fecha.

Esta vez se invertían los papeles. Era Mariana la que iba al cuarto de Vidonia para ayudarla a arreglarse para su casamiento. El aya llevaba un sobrio

vestido azul oscuro de terciopelo, adornado con un espléndido collar de perlas, regalo de Mariana. Una de las sirvientas le había hecho un peinado más atrevido que el moño que acostumbraba a llevar, con algunos tirabuzones que enmarcaban su rostro. Parecía haber rejuvenecido. Se contempló en el espejo.

—Habrás visto, a mis años.

—Estás guapísima, Vidonia, y no eres tan mayor. Voy a ver si el novio ya está preparado.

La ceremonia, sencilla, se iba a officiar en la capilla de la hacienda. Las hilanderas habían decorado primorosamente el salón-comedor de los empleados y el patio. Doña Justa había prestado varios manteles para vestir las mesas. Apreciaba mucho a Salvador y en su fuero interno se alegraba de que hubiera encontrado una compañera para su vejez, a pesar de su mueca de disgusto cuando recibió la noticia. Salvador le había solicitado su permiso antes de pedirle la mano a la portuguesa, asegurándole que nada cambiaría y que él seguiría cuidando de los gusanos y Vidonia sirviendo a la patrona como mandase. Doña Justa concedió otorgarles un cuarto más amplio.

—¿Qué dirá doña Aurora cuando se entere? —preguntó Vidonia un tanto preocupada a Mariana.

—No te preocupes de eso ahora, yo hablaré con ella, estará de acuerdo en que te quedes en la hacienda permanentemente. Cuando yo me haya ido, Milagros no tendrá tanto trabajo y tal vez acceda a volver con madre a Sevilla —dijo para tranquilizarla.

Por primera vez, todos los habitantes de ese pequeño mundo se juntaron como una gran familia a celebrar el evento. La portuguesa mostró cuánto habían mejorado sus dotes como bailarina. Doña Ramona aplaudía con entusiasmo y hasta taconeaba desde su mecedora, pues tampoco quiso perderse la celebración. Aunque al principio la presencia de la patrona les había cohibido un poco, según corría el vino los empleados se fueron animando y terminó siendo una gran fiesta. Con panderetas y bandurrias, los invitados, con Mariana a la cabeza, acompañaron a los novios al cuarto nupcial. La joven se despidió de su aya con un abrazo.

Esa mañana Hans había recibido una escueta nota con la hora de la cita. Ya estaba todo listo para su próximo viaje a las Indias Occidentales. Había recibido instrucciones de la sociedad Emét para continuar la labor de acoso al

imperio español salvaguardando los intereses de la comunidad sefardí: proteger a sus miembros. El próximo golpe era verdaderamente audaz, como a él le gustaba, y ese día sabría si sus gestiones habían dado el fruto esperado. La tripulación había sido cuidadosamente seleccionada. Duarte se había esfumado. No habían conseguido averiguar dónde se escondía esa rata. También permanecía sumido en la más absoluta oscuridad respecto a quién quería perjudicarlo, si bien los últimos meses habían transcurrido sin sobresaltos. Desde su regreso de Lisboa, donde había tenido lugar el encuentro con el duque de Braganza, Tomé, Rui y Keled se ocupaban del aprovisionamiento de las naves y la estibación de la carga.

El magnífico reloj de pared dio la hora. Un sirviente elegantemente vestido hizo su entrada en el salón donde esperaba el corsario.

—Mi señor le pide disculpas por el retraso. Está terminando una reunión, en breve estará con usted —dijo depositando al alcance de Hans una bandeja surtida de ricas viandas y una copa de vino.

Lourenço Loule Sarré pretendía escuchar atentamente las explicaciones de su sobrino sobre las magníficas cualidades del joven comerciante. Habían practicado sus respectivas actuaciones varias veces, por lo que se había terminado memorizando el discurso casi palabra por palabra, y ahora que estaban en el momento crucial, se aburría. Además, no quería hacer esperar a Hans innecesariamente.

—Querido sobrino, no tienes que decir más, estoy convencido que don Álvaro será un extraordinario intermediario. Si os parece, concretemos los detalles esta noche, os invito a cenar. Ahora, sintiéndolo mucho, me espera una visita, a la que ya he hecho esperar demasiado.

—Claro, tío, disculpad que os hayamos robado tanto tiempo —dijo Vincent Audenarden.

—Os acompaño —respondió el anfitrión.

Hans se levantó al ver aparecer al señor Loule y fue a su encuentro. Detrás de él iban dos caballeros a los que no había visto antes.

—Hans, os presento a mi sobrino, Vincent, y a su socio, don Álvaro Fábregas de Valor. Han venido desde Sevilla.

—Un placer —dijo el corsario haciendo una ligera inclinación de cabeza.

—¿Sois Hans Van der Meer, el intrépido corsario? ¡He oído grandes cosas sobre su merced! —comentó Vincent.

—Seguro que la mayoría son fruto de la imaginación de unos pocos — aseguró Hans.

—Les espero esta noche, muchachos —les despidió Loule Sarré.

—Encantado —dijo Vincent estrechándole la mano.

—Igualmente —respondió Van der Meer.

Al salir, Álvaro preguntó quién era ese hombre al que parecía admirar tanto. Vincent, que se había emocionado por un momento y a punto había estado de echarlo todo a perder, no podía decirle a Álvaro que aquel hombre fustigaba con sus asaltos a la Corona española.

—Un gran hombre —se limitó a contestar.

—Tomad asiento, por favor. Tengo buenas noticias —anunció Loule Sarré —. He comprado casi la totalidad de las acciones de la sociedad.

—¿Quién se negó a vender? —preguntó el corsario.

—Osorio.

—¿Osorio? Es el accionista mayoritario, no sé si son tan buenas noticias.

—Lo son, porque cuando le expliqué mi interés en que trabajaras para mí le aseguré que haría cuanto estuviese en mi mano para persuadirte y que no podrías rechazar mi oferta. Sin embargo, le proponía participar en este nuevo esquema donde cambiarías la patente a la VOC^[2].

—¿Y qué dijo?

—Accedió, pero puso una condición.

—¿Cuál?

—Dijo que ya que él tiene intereses comerciales en Macao no quiere hacerse la competencia a sí mismo, de modo que exige que dejemos la colonia fuera de vuestra área de actuación. Yo accedí. ¿Estáis conforme?

—¿Qué razones dio para no vender su parte?

Hans seguía dudando de que el arreglo fuera beneficioso para él, pues tendría que seguir rindiendo cuentas al presidente del Mahamad.

—Dice que sois muy valioso y no quiere perder vuestro favor. ¿Conforme?

El corsario dudó un instante y luego respondió:

—Conforme.

Duarte da Rocha Tavares se sentía orgulloso de su astucia, pues había pasado de ser un mero subordinado y de malvivir con las migajas que le daba Hans a capitanear un navío y estar en posesión de información muy valiosa. Su nuevo jefe era aún más astuto que el corsario. Se conocían desde hacía tiempo y era un miembro destacado de la comunidad. Había empezado haciendo trabajillos para él, como el transporte de esos diablos negros y ahora gozaba de su entera confianza. Sin duda, más astuto y con aliados a la altura. Su matrimonio con los Palache le había traído muchas ventajas, de las que la más notoria era participar en su red de espionaje con jugosas recompensas. De los Palache se decía que trabajaban para el Rey español, incluso que pasaban información al sultán Murad IV. Lo que estaba claro es que se vendían al mejor postor, como había hecho anteriormente su predecesor, Samuel Palache, el rabino Palache o como se le conocía en la comunidad sefardí de Ámsterdam, don Samuel. «¡Qué ingenuo eres, Van der Meer! Me río de tu admiración infantil», se dijo.

Estaba en cubierta observando el océano oscuro. La noche estrellada mostraba una delgada luna menguante que proyectaba su tenue haz de luz sobre las aguas en calma. A lo lejos se veía una luz naranja acercándose. El vigía también la había visto y dio el aviso. ¿Será él? A los pocos minutos el batel había alcanzado la nave.

—Sus guardias no pueden abordar, lo siento, Excelencia —anunció Duarte mientras varios piratas apuntaban con sus pistolas a los guardias del ilustre visitante, que habían trepado por la escalerilla hasta la borda.

—¿Y cómo sé que no es una encerrona? —preguntó el personaje embozado.

—No lo sabe, pero si quiere saber lo que tengo que decirle tendrá que asumir el riesgo —le contestó Duarte, dueño de la situación.

El individuo iba totalmente cubierto con un sombrero de ala ancha emplumado y un embozo que solo dejaba al descubierto los ojos, que reflejaban miedo y también odio. Hizo un gesto de asentimiento a su escolta, que permaneció donde se encontraba, vigilada de cerca por los hombres del

pirata. A continuación, siguió a su anfitrión hasta una cabina en el castillo de popa.

—Bienvenido a la Reina Ester. Tome asiento, Excelencia —dijo acercándole una silla.

—Vayamos al grano. ¿Quién es usted?

—Eso no importa, lo importante es quién me envía.

—¿Y quién le envía? —preguntó el visitante.

—Amigos de la Corona y respetuosos de su poder divino. Y, por supuesto, admiradores del conde-duque —dijo el pirata con un tono de voz que sonaba a mofa.

—¿Cuánto quiere por la información?

—Trescientos mil reis —afirmó Duarte.

—Está loco, no creo que ninguna información, por buena que sea, valga eso.

—¿Y si fuera referida a la independencia de Portugal?

—Eso es imposible.

—¿Está seguro? El primero en caer sería Su Excelencia, no es precisamente afecto lo que le tienen sus compatriotas, le llaman traidor —le provocó Da Rocha.

El sujeto sacó una pequeña daga que llevaba escondida debajo de la capa y se abalanzó sobre Duarte poniéndole la punta en el gaznate.

—¿Cómo osa insultarme?

El sombrero había caído al suelo en un elegante planeo y la capa se había abierto dejando al descubierto su rostro iracundo.

—Esa no es mi opinión —respondió Duarte lo más calmado que pudo sujetando por el brazo al atacante para que no diera rienda suelta a su rabia—. Estoy seguro de que querrá acabar con los que mancillan su honor y despiertan el odio del pueblo hambriento. Yo puedo decirle quiénes son.

Miguel de Vasconcelos, secretario de Estado de Portugal, recapacitaba aún sujetando con fuerza la daga.

—Ciento cincuenta mil, ni un reis más —dijo retirando la daga y guardándola de nuevo en el cinto bajo la capa—. Le espero mañana a medianoche en el Palacio da Ribera. Venga solo y desarmado.

Al final solo había entregado cien mil reis el muy bribón y tuvo que batirse en retirada, pues el secretario de Estado le tenía preparada una sorpresita de despedida.

Últimamente, por las mañanas, María Jimena se sentía mucho mejor, pero su vientre empezaba a abultarse y le era imposible ponerse el apretado corpiño, tenía miedo de dañar a la criatura. Carmelita, inocente ella, se había reído diciéndole que estaba engordando.

—Ay, señorita, es que últimamente no para de comer, a este paso no le va a valer ningún vestido.

Además, estaba muy sensible y se echaba a llorar sin razón, especialmente cuando su madre empezaba con la cantinela de querer casarla. No podría aguantar mucho más. Vincent aún no había regresado de Flandes y temía por su seguridad y por la de su hermano, aunque hacía pocos días don Sancho había recibido una carta diciendo que habían llegado bien a destino. Echaba de menos a Mariana, y aunque se había arrepentido de su desliz emotivo, le hubiera gustado contar con su compañía en estos momentos de angustiosa espera. Se sentía muy sola.

No pasaron muchos días cuando los acontecimientos se precipitaron. Tomaban la merienda con doña Aurora y don Segundo, que habían venido a traer noticias de la hacienda. La nueva sirvienta se había casado y doña Justa lo había permitido. La madre de Mariana estaba muy sorprendida. En dos semanas partirían hacia Granada, pues en breve empezaba la época de la cría.

—¡Qué desfachatez! —comentó doña Eleonora.

—Según cuenta Mariana, el novio solicitó permiso a doña Justa antes de pedirle la mano —aclaró doña Aurora.

—Pues ella debería haber hecho lo mismo, pediros permiso a vos antes de comprometerse, ¡qué sinvergüenza! —continuó doña Eleonora.

—No es para tanto, querida, los sirvientes también tienen corazón —intervino don Sancho.

María Jimena parecía ajena a la conversación, de vez en cuando esbozaba una sonrisa distraída y seguía ensimismada en sus pensamientos.

—Queridos amigos, como sabéis, no puedo ausentarme de la hacienda durante la cría, y justo este año coincide con el viaje de Mariana y Álvaro a Nueva España, así que os agradezco enormemente que la hospedéis en casa y la acompañéis hasta la partida de la flota. Creo que, especialmente para mi esposa, será muy doloroso separarse de ella y así será más leve la despedida —dijo don Segundo tomando la mano de doña Aurora.

—Faltaría más, Segundo. ¡Qué más me gustaría a mí que llamarla un día hija!

—Pero Sancho, ¿cómo se te ocurre? Está comprometida con un médico de mucho talento, por eso viaja a Nueva España y se separa de su familia. ¡Qué cosas tienes, querido! —le recriminó doña Eleonora.

—De cualquier forma, estaremos encantados de ayudarla a preparar el viaje y acompañarla al puerto —afirmó don Sancho sin prestar mucha atención a la reprimenda de su esposa.

En ese momento se oyeron unos cascos y voces. María Jimena fue la primera en percatarse y salió corriendo hacia la entrada principal.

—¿Qué mosca te ha picado, Jimenita? —oyó que decía su madre.

Después escucharon gritos y risas y también ellos se acercaron a la puerta a ver qué pasaba.

María Jimena se había abalanzado sobre su hermano colgándose de su cuello y le estaba llenando de besos, toqueteándole para ver que estaba entero. Álvaro intentaba en vano deshacerse del ataque afectivo de su hermana. Esas muestras de preocupación estaban dirigidas más bien a otro caballero. Vincent observaba la escena, sabiéndose el objeto de sus atenciones. Cuando estaban saliendo los demás a darles la bienvenida, la joven, más calmada, se acercó a saludarle.

—Bienvenido, señor Audenarden.

—Muchas gracias, señorita Fábregas —contestó observándole la cintura.

—Nos han tenido muy preocupados, padre solo recibió una carta en estos tres largos meses y temí que les hubiese ocurrido algo.

—Ya estamos en casa —sonrió él.

La velada en casa de los Fábregas de Valor transcurrió muy animadamente. Álvaro se deshizo en elogios hacia su compañero de viaje, al que había empezado a considerar un gran amigo. Los dos habían pactado la versión oficial sobre sus andanzas por tierras flamencas, y tanto su padre como don Segundo se mostraron muy satisfechos de los resultados que parecían haber alcanzado.

Esa noche María Jimena esperó impacientemente a que la casa estuviera en silencio para atravesar el pasillo que la separaba de su amado y poder por fin abrazarle.

—¿Mañana? —preguntó la muchacha después de haber hecho el amor con Vincent con desesperación, expresando toda la angustia y la soledad que había sentido en su ausencia. Sabía que sucedería pronto, pero no tan pronto, y le entró miedo.

—Mañana. La nave está anclada en la bahía de Cádiz, regresa a Ámsterdam en unos días, en cuanto hayan cargado los abastos. Hablé con el capitán y accedió a llevarnos, pero no va a esperarnos. Si no estamos cuando zarpen, se irán sin nosotros.

—No sabía que habíais estado en Ámsterdam, no fue eso lo que contó Álvaro.

—Ya —respondió sin dar más explicaciones—. Además estás engordando, no sé cómo tu madre aún no se ha dado cuenta, para mí es ya evidente.

—Para ti sí, porque sabes que espero un hijo.

—Mañana, María Jimena —se mostró inflexible Vincent.

—Está bien, pensaré en alguna excusa para salir de la casa. —Y después de recapacitar durante algunos minutos, añadió—: Tal vez le diga a madre que Julita Tamames me ha invitado a pasar unos días con ella, creo que don Mauricio está de viaje. No hay peligro de que mamá se presente allí, porque aún no puede contener la rabia por su enlace y no querrá amargarse más viéndola convertida en dueña y señora de todos los bienes de los Enríquez.

—No recojas nada, ya compraremos lo que necesitamos, debemos viajar ligeros para no levantar sospechas. Saldré antes que tú de la casa y alquilaré una barca de toldilla, así si alguien conocido nos ve pensará que estamos dando un paseo por el Guadalquivir. Te esperaré en la catedral a mediodía.

Volvieron a hacer el amor, esta vez con más sosiego, y después los amantes permanecieron abrazados varias horas y se separaron antes del alba. Vincent se durmió enseguida, pero María Jimena no pudo pegar ojo, había llegado el día. Se despediría de su familia para siempre.

La hermana María Rosa se había ofrecido a cuidar de la madre Francisca desde la visita del joven que había aparecido por el convento de Santa Clara en busca de su madre, relevando así a otra de las monjas clarisas que, agradecida, le había cedido su puesto. No había conseguido aún hablar con ella, ya que permanecía inconsciente y deliraba. El galeno que pasaba por allí una vez al día les había comunicado que no creía en su mejoría y que debían prepararse para lo peor. La comunidad había intensificado los rezos con una novena a Santa Clara, pero ya se hablaba de quién podría sustituir a la madre abadesa en su puesto. Habían convocado para ese día una reunión de toda la comunidad con el capellán para dilucidar quién podría guiar a las hermanas de

San Francisco en caso de que el Señor llamase a su lado a la madre abadesa. Tras las laudes, después de la celebración de la misa y de recibir la comunión, las hermanas permanecerían en el coro bajo para dilucidar el asunto. Ese día, el médico había aparecido con una enfermera, por lo que sor María Rosa podría asistir a la reunión. En caso de fallecimiento, el arzobispo, o en su defecto, su vicario, presenciaria la votación de la nueva abadesa y le entregaría la llave de la comunidad.

—Hermanas, en este trance tan doloroso por el que nos está haciendo pasar el Señor es necesario decidir quién ocupará el lugar de la madre Francisca. Les recuerdo que de conformidad con el concilio de Trento, la nueva abadesa debe tener al menos cuarenta y un años de edad, haber recibido los votos perpetuos al menos hace ocho años y haber tenido nacimiento legítimo. También... también debe mantener intacta la integridad virginal de su cuerpo y no haber estado nunca casada, aunque no se hubiese consumado el matrimonio, estar sana de vista y oído y contar con menos de dos hermanas de sangre en el mismo convento.

Sor María Rosa miró a su alrededor, pocas de sus hermanas cumplían con todos los requisitos, aunque sabía que en algunos conventos elegían a la hermana cuya procedencia fuera de mayor rango obviando alguna de las condiciones impuestas por el concilio.

—Padre, creo que sor Engracia debería ser la elegida, tomó los votos casi a la vez que la madre Francisca y es la hermana con mayor antigüedad en la comunidad —dijo sor Encarnación, su hermana pequeña.

—Gracias, hermana. ¿Alguna de ustedes querría proponer a alguien distinto? —el capellán paseó su mirada por los rostros femeninos de las congregadas, y como ninguna hizo comentario alguno al respecto, prosiguió dirigiéndose a la monja mencionada:

—Sor Engracia, de ser elegida por mayoría, ¿aceptaría ser la nueva abadesa?

El capellán quería evitar luchas de poder, que no se alcanzara la mayoría o que la elegida no aceptase el cargo, circunstancias que acontecían en algunas ocasiones.

—Con amor aceptaría —respondió ella, a lo que sus hermanas de fe respondieron con sonrisas y muestras de afecto.

Sor María Rosa se dio cuenta entonces de que había esperado en vano la mejoría de la madre Francisca y de que bien podría haber hablado con sor

Engracia cuando aquellos jóvenes aún se encontraban en Lisboa. Sin demora, se aproximó a hablar con ella tras el fin de la reunión.

—¿Sor María Magdalena?

—Sí, hermana. Según su hijo, ingresó en el convento unos cinco años atrás. ¿Se acuerda de ella?

—Sor María Magdalena, sor María Magdalena... ya recuerdo, fue un caso raro. Sí, sí, creo que se llamaba así, una mujer muy triste. Su padre pagó una dote considerable por ella, pero menos de un año después se la llevó. No recuerdo que mencionara que era viuda ni que tuviera hijos.

—¿Por qué se la llevó?

—Si no recuerdo mal, la familia se trasladaba a vivir a las colonias y no querían dejarla atrás, y aseguró que ingresaría en alguno otro convento de clarisas.

—¿Y a dónde fueron?

—Déjame pensar... fue hace mucho... Lo siento, no sabría decirlo con certeza —dijo al fin tras recapacitar unos instantes.

—Pero no habrá tantos conventos en ultramar, hermana.

—En Brasil, Goa, Macao, Manila... hay varios. El muchacho tiene por delante un arduo trabajo de búsqueda.

—Dios mediante. Gracias, hermana.

Sor María Rosa esperó el momento de silencio para subir a su celda y escribir una escueta nota con el resultado de sus pesquisas, que ese mismo día envió a la dirección que le había facilitado aquel joven.

Ese año la primavera había tardado en entrar al valle. A primeros de febrero salieron los primeros brotes en las moreras, hacía buen tiempo, el sol brillaba y los pájaros, alegres de librarse del frío, piaban entusiasmados. Sin embargo, Salvador, conoedor del temperamento a veces caprichoso del cielo y a pesar de mandar cortar los tímidos tallitos por si los necesitaban para alimentar a los gusanos cuando acabaran de romper sus diminutos caparazones, esperó a que llegaran las heladas. Y así pasó. Los primeros brotes se convirtieron en escarcha unas semanas después y los gorriones volvieron a resguardarse del viento helado procedente de las cumbres blancas de las sierras circundantes.

A mediados de marzo, la nieve de los picos más bajos había desaparecido y la temperatura empezaba a estabilizarse. Aunque la vegetación

amanecía aún cubierta de una fina capa de hielo, los rayos del sol conseguían derretirla a las pocas horas con sus cálidas caricias.

Don Segundo y su esposa habían llegado hacía unos días a la hacienda. Su hija competía con el ansiado sol: resplandecía esplendorosa, como una rosa recién brotada. Esos meses le habían sentado estupendamente. Parecía la chiquilla que recordaban sus padres de unos años atrás, trotando por los campos, subiendo y bajando cerros a lomos de su caballo, parlanchina y entusiasta, comprometida con el trabajo y especialmente bromista con su abuela. Doña Justa hasta les pareció menos arisca. Sin duda, la compañía de su nieta había beneficiado también a la rígida patrona, que ahora pasaba por alto pequeños descuidos que antes le habrían hecho bullir como la caldera de un volcán.

Les apenó tener que darle malas nuevas de Sevilla, pero para su sorpresa, Mariana se lo había tomado con humor.

—¿Que María Jimena se ha fugado con el señor Audenarden?

—Aquí tienes la carta de su puño y letra —le dijo su padre entregándosela.

—¡Está abierta, padre!

—Sí, hija, disculpa. María Jimena le dijo a doña Eleonora que iba a pasar unos días en casa de Julita Tamames, pero nunca llegó allí. La señora pensó en acercarse a saludar a la hora de la merienda y se encontró con que la joven esposa no sabía nada de Jimenita. Buscaron en casa de todas las amigas de la muchacha, aunque con ninguna tenía especial relación y no sabían nada de ella. Tampoco había pasado por el convento donde está María Asunción. Los pobres estaban desesperados y esperaban lo peor, dado lo peligrosa que se ha vuelto la ciudad. Don Sancho se presentó en casa en un estado calamitoso. Estábamos terminando de preparar los baúles para el viaje. Al contarme lo sucedido, recordé que había una carta de la muchacha dirigida a ti entre el correo que llevábamos a la hacienda. No creí que la carta fuera ayudar en la búsqueda, pero el pobre Sancho estaba desesperado, así que no tuve más remedio que darle gusto y rasgar el lacre.

Mariana leyó en voz alta.

Queridísima amiga,

Estos meses de ausencia me han hecho darme cuenta de lo valiosa de nuestra amistad. Créeme cuando te digo que me hubiera gustado contar con tu consejo y compañía en este trance en el que me encuentro. Como recordarás, sufría penas de

amor y solo a ti me confié. Nunca más volví a mencionar mi confesión, porque mi penar se convirtió en regocijo cuando descubrí que era correspondida con vehemencia. Me marché a Flandes con él y con el hijo que crece en mi vientre. Reza por mí, hermana querida, a Dios todopoderoso para que perdone a esta pecadora que ama demasiado, especialmente por el dolor que voy a infligir a mi familia, díles que les quiero y que no deben reprocharse nada, han sido buenos y amorosos padres. Que la Virgen, madre de nuestro Señor Jesucristo, vele por ti en el viaje que vas a emprender. Te deseo la mayor felicidad que la vida puede ofrecer al lado del hombre que amas.

Siempre tuya,
María Jimena

—Pobre don Sancho y doña Eleonora, deben de estar destrozados. ¿Cómo saben que se fugó con Vincent Audenarden? —preguntó Mariana.

—No creen que María Jimena hubiese intimado con ningún otro flamenco. Además, desde ese día también Vincent está desaparecido.

—Álvaro, ¿a ti qué te parece? —preguntó a su amigo, quien ese año no se perdería la fiesta de inicio de la temporada sedera y había viajado con don Segundo y doña Aurora. Sus padres habían permanecido en Sevilla hundidos por la pérdida de su hija menor.

—Estoy sorprendido, como todos. Tenía una relación estrecha con ese señor y no me imaginé que pudiera estar interesado en mi hermana. Mariana, tú también pasaste tiempo con ellos, ¿percibiste algo?

—No, la verdad es que no. Creo que fue la diferencia de edad entre ellos lo que me impidió ver que María Jimena podría estar enamorada de él. En una ocasión me mencionó que sufría penas de amor, pero nunca me desveló el destinatario de sus sentimientos y tampoco volvió a mencionar el asunto, por lo que pensé que era algo pasajero, típico de su edad.

Don Segundo no le había contado a nadie la transacción que había llevado a cabo por mediación de Vincent. Estaba un poco intranquilo con el hecho de que hubiese desaparecido sin dejar rastro, pero su abogado había revisado los documentos de la operación y estaban en regla. Tendría que pasarse a visitar a Baltasar Van Esland cuando acabase la época de la cría, pues tal vez para entonces hubiese vuelto ya de Tucumán, pensaba.

Contemplando el cielo y oliendo la brisa, Salvador sabía que había llegado el momento. Algo le había explicado ya a Vidonia sobre el comienzo de la temporada cosechera. El aya, a pesar de estar destinada a labores en la

casa grande, intentaba visitar diariamente a su hombre y le echaba una mano; en esos preciosos momentos hablaban fundamentalmente de su pasión. Había llegado el instante de avivar los gusanos aplicándoles calor con suavidad. Ese día le había echo reír contándole que antes se tenía la costumbre de avivar los gusanos metiéndolos en el lecho para darles calor humano o enrollándoselos alrededor del torso. Solo imaginarse a Salvador durmiendo en la misma cama con miles de huevos diminutos le pareció muy cómico. Lo más curioso era que algunos pequeños cosecheros de otras comarcas aún seguían haciéndolo, le había asegurado. A Salvador, sus años de experiencia le habían enseñado que la simiente se ahogaba si no estaba expuesta a la circulación del aire; los gusanitos nacían enfermos y débiles, y si conseguían completar las cuatro mudas, daban una seda de mala calidad, además de que crecían con demasiada desigualdad y la cría se volvía caótica.

Con el tiempo, Salvador había perfeccionado la técnica y el resultado era una seda de primera calidad. Por eso el patrón le tenía tanta confianza. Años atrás había mandado construir un cuarto especial para avivar la simiente. La estufa, nombre con el que bautizó a ese espacio de calor, tenía doce metros de altura, sin ventanas, y contaba con un respiradero enrejado en el tejado para la salida de vapores. En su interior, sobre zarzos, iba colocando en cinco tandas los lienzos con varios millones de huevos que brotaban a los pocos días. Las cuadrillas de cosecheros, con su líder a la cabeza, empezaban a recolectar hoja, las primeras doradas y tiernas, esperando el nacimiento del ganadito que colocarían en la estancia asignada, que competían entre sí por la calidad y cantidad de seda producida. Era todo un arte, pues podían acelerar o retrasar la evolución de los gusanos en función de la cantidad de hoja suministrada y el calor del ambiente. La estancia ganadora recibía un premio del patrón, que solía consistir en un semental pura sangre para el líder y una paga extra para su cuadrilla, aparte del salario basado en las onzas de seda producida.

Vidonia había ayudado a su esposo esa mañana a encender el brasero con lumbre dentro del cuarto, al que se le habían echado unos tallos de romero para secar el ambiente. En unos días la estufa alcanzaría la temperatura óptima para introducir los primeros miles de huevos.

El resto de los empleados de la hacienda andaban alborotados preparando la fiesta de comienzo de la temporada que se celebraba esa noche y que ese año, además, coincidía con la despedida de Mariana. Se habían colocado arcos de flores a lo largo del paseo de acceso y colgado farolillos en la explanada trasera de la casa grande, donde se celebraría el evento anual.

Los notables de los alrededores estaban invitados. Lo que más entusiasmaba a Mariana desde que era una niña eran las actuaciones que preparaban los campesinos y sirvientes para el entretenimiento de los patrones. Se descubrían verdaderos talentos entre esos hombres y mujeres de la tierra, sin educación formal. Durante las semanas previas, ensayaban escondidos en algún rincón de la hacienda en los ratos libres de descanso de sus faenas cotidianas, intentando mantener la puesta en escena en secreto para causar mayor sorpresa a sus espectadores. Por primera vez, Mariana se ocupaba de la coordinación de las actuaciones, y para su sorpresa, esta vez agradable, pues nada agradable solía estar relacionado con él, hasta Hernando había decidido honrar a sus patrones con un número especial. Su madre, Zulema, estaba sumamente ocupada preparando el banquete, pues eran más de cuatrocientas personas las que estarían presentes en la fiesta.

Al atardecer, los primeros invitados empezaron a llegar. A la hora había una caravana de carruajes que ocupaba todo el paseo de cipreses, hombres elegantemente vestidos a caballo se saludaban desde sus monturas esperando para acceder a la plazoleta que daba acceso a la entrada principal y saludar a los anfitriones, quienes con sus mejores galas permanecían con sus radiantes caras sobre los escalones de acceso a la mansión. La vieja Ramona, sentada en su mecedora, esperaba a los invitados en el jardín posterior de la casona, donde se habían colocado las mesas vestidas para la ocasión con finos manteles bordados, y dedicaba una de sus tiernas sonrisas al ejército de sirvientes, que alineados y nerviosos, esperaban la entrada de sus patrones y de los invitados con perfectos e impolutos uniformes.

Cuando la mayor parte de los invitados hubo ocupado su lugar, el anfitrión les dedicó unas palabras de bienvenida, que aplaudieron con entusiasmo, y les deseó a todos una buena cosecha. El padre Agustín, que había viajado con ellos, ya que doña Aurora consideró imprescindible su apoyo espiritual en el momento de dejar partir a su niña, bendijo el acontecimiento, tras lo cual, en perfecto orden, los criados comenzaron a servir a los comensales mientras la pequeña banda de músicos amenizaba la fiesta con alegres melodías.

Y llegó el momento esperado por todos. El entretenimiento de la velada comenzó con un fandango. La Trini, una de la tejedoras más veteranas, acompañada de su marido, ofreció una coreografía sencilla e intentó no hacerla demasiado sensual. Se llevó una ovación. Alrededor del pequeño tablao que se había colocado los peones de la hacienda acompañaban las

actuaciones con palmas y algunos gritos de «¡olé, guapa!». Se sucedieron las canciones populares y los más diversos bailes, más comedidos y estudiados que los que se bailaban en el cuarto de los empleados, pero con gracia y haciendo vibrar a los espectadores. Finalmente, salió Hernando con un grupo de mozos de pueblos aledaños, vestidos a la morisca, lo que levantó un murmullo entre los asistentes a la fiesta. Don Segundo miraba a su hombre de confianza con el ceño fruncido. Cuatro de ellos portaban instrumentos y se sentaron en el suelo de la tarima. Otros cinco, formando un corro en torno a Hernando, le acompañaban en el baile. El muchacho alzó la voz para hacerse oír por encima de las murmuraciones.

—Patrón, queremos dedicarle muy especialmente este baile, por una buena cosecha y para que la señorita López de Peñaflor encuentre ventura allende los mares —dijo haciendo un gesto con la cabeza para que empezaran a tocar.

Se había ganado al público. La voz de don Segundo fue amortiguada por los aplausos de la concurrencia, que como Hernando, deseaba una buena cosecha para ese año.

Don Segundo se había incorporado y se abrió paso entre los invitados para llegar al tablao y parar el espectáculo. Mariana, que quería ver de cerca la cara que iba a poner Hernando cuando lo humillara delante de toda la concurrencia, le seguía los pasos. Le costó avanzar, porque las mesas estaban muy pegadas unas con otras y porque los invitados se levantaban a saludarle y felicitarle por la fiesta. Mientras, los moriscos lanzaban antorchas encendidas al ritmo de la música ante el asombro de los invitados y Hernando se esmeraba en medio del círculo de fuego haciendo cabriolas con un sable. El patrón se había quedado mirando como hipnotizado el movimiento de los haces luminosos que parecían embrujar la noche. La música había ido subiendo de intensidad siguiendo el baile de Hernando. Mariana se acercó a su padre, y poniéndole la mano con delicadeza sobre su brazo, consiguió sacarle del hechizo.

—¿Está bien, padre? —sus ojos la miraron extrañados, como si de pronto fuera consciente de dónde se encontraba.

—¡Paren esta aberración! ¡Paren de tocar! ¡Paren de bailar! —gritaba y se desgañitaba, pero los músicos parecían no escuchar.

De repente, con el estruendo final escuchó el aullido de guerra de Hernando.

—¡Muerte al cristiano!

Una daga salió disparada en dirección al corazón de don Segundo. El grito había dejado petrificada a la audiencia, que no sabía si era parte de la actuación. Zulema, que había estado pendiente de los movimientos de su hijo, se cruzó en la trayectoria de la daga en el preciso momento y recibió la puñalada en el brazo. Su alarido de dolor sacó del estupor a los invitados. Hernando saltó de la tarima y se arrodilló junto a su madre, que había caído en brazos de don Segundo.

—Madre, ¿por qué ha hecho algo así? Merecía morir por todas las humillaciones que nos ha hecho padecer —dijo apretando los dientes para contener las lágrimas.

—Es tu padre —contestó ella con un hilo de voz.

Solo Mariana oyó la confesión, pues estaba arrodillada también junto a la sirvienta. En ese momento un grupo de peones se echó encima del muchacho y le derribaron contra el suelo.

—¿Qué hacemos con él, patrón? —preguntó el más veterano.

—Llévadle a las caballerizas y atádle a un poste —dijo don Segundo, que se volcó de inmediato sobre Zulema e intentó sosegarla.

—Por favor, no le hagáis daño, fue mi culpa, solo quise hacerle más llevadero su destino, le alimenté con fantasías y sin quererlo lo que alimenté fue su odio. Cree que es descendiente de Aben Humeya, le hice creer que es descendiente del linaje de los califas de Córdoba, que es un omeya. Solo quería consolarle cuando de niño sufría y se sentía desgraciado. Perdonadme, y perdonadle a él, os lo suplico —lloraba Zulema asida a las manos de don Segundo.

—Calla, mujer, no gastes energías —le pidió don Segundo.

En ese momento de entre los invitados se aproximó el médico y se ocupó de trasladar a Zulema a uno de los cuartos para curarle la herida.

La fiesta era un caos. Doña Aurora, que estaba muy lejos de la tarima, no entendió muy bien lo que había pasado, aunque escuchó el grito de Hernando y se había asustado. Mandó al padre Agustín a preguntar sobre lo sucedido. El resto de invitados intercambiaban impresiones de un lado al otro del patio. Doña Justa, junto con Álvaro, intentaba consolar a la mujer del alcalde de Talará, que le había dado un soponcio. La única persona que parecía ajena a todo ello era doña Ramona, quien, sin la supervisión de su hija, aprovechaba para beber vino y atiborrarse a dulces.

Mariana siguió a su padre sigilosamente a las caballerizas. Le vio remangarse, agarró el látigo que le entregó uno de los peones y descargó toda

su furia contra la espalda desnuda del muchacho, al que atizó repetidas veces hasta que ya no le dio más el brazo. Mariana se cubrió el rostro al ver la espalda ensangrentada de Hernando. Escuchó la voz de su padre, ronca, llena de indignación y también de desilusión:

—He hecho todo lo que he podido por ti. Vete y no vuelvas, pues la próxima vez que te vea me olvidaré de quién eres hijo.

Hernando salió tambaleándose de las caballerizas y se cruzó con Mariana, sin verla.

—Hernando —le llamó, quiso decirle que no le odiaba, quiso pedirle perdón por tratarle con desprecio, pero no pudo.

Él se giró al escuchar su voz. Sus ojos llenos de odio y vergüenza se le clavaron muy hondo y le dieron miedo.

—Me las pagarás —dijo antes de unirse a la oscuridad de la noche.

SEGUNDA PARTE

NUEVA ESPAÑA, 1640

El calor era asfixiante a primeros de abril. La humedad de los arrozales era tan intensa que Xulei apenas podía respirar. Hacía varios meses que les habían asignado una pequeña tierra donde cultivaban arroz que vendían después al fuerte Zelandia, en la bahía de Taoyuan, al sur de isla Hermosa. En su última visita, su hijo Roujie les había confirmado la suerte que corrieron sus vecinos del parían de Manila: murieron abrasados, veinte mil chinos masacrados por orden del gobernador Corcuera.

—Los soldados cerraron las puertas del parían y le prendieron fuego — les había contado intentando contener las lágrimas, rojo de ira, pero también con un gran peso en el corazón, aunque eso no se lo contó a sus padres, pues habían sido él y sus hombres quienes habían alentado la rebelión de su pueblo contra el opresor extranjero.

Recordó cómo la dicha de saber que su hijo estaba vivo se había transformado en ansiedad por la precipitada huida en mitad de la noche. Años atrás, los soldados españoles se habían llevado a sus tres hijos a trabajar a los astilleros de Cavite. Los muchachos solo contaban trece, quince y dieciséis años de edad. Nunca más habían vuelto a saber de ellos, hasta ese día. Aquella mañana, mientras barría la tienda, una silueta se proyectó sobre la pared. Al girarse y ver los rasgos orientales del desconocido, le había respondido con desgana:

—Aún no hemos abierto, vuelva más tarde.

—Como ordene, padre —había respondido el desconocido dando media vuelta y disponiéndose a salir.

Su padre reaccionó, aunque no reconoció su voz.

—¿Hijo? —preguntó con emoción acercándose al visitante, que permanecía de espaldas.

El joven se giró despacio. Llevaba el pelo crecido, recogido en la nuca. Los dos hombres se miraron largamente.

—¿Roujie? —preguntó al fin, reconociendo a su hijo en los rasgos endurecidos de ese hombre. Se abrazaron en silencio, conteniendo la emoción.

—Hijo, hijo, ¿estás bien! Tu madre ha salido a comprar, estará de vuelta en breve. Pasa, pasa.

Roujie dio unos pasos hacia el interior de la tienda.

—Está todo como lo recordaba —dijo.

Juntos miraron los anaqueles llenos de hierbas, los sacos de distintos granos, los rollos de telas apilados en un lado encima del mostrador y los diferentes cachivaches que vendían sus padres. Pasaron a la trastienda, donde se sentaron en unos taburetes de madera alrededor de una mesa baja sobre la que había una bandeja, también de madera, con unas tacitas redondas de porcelana y una tetera sobre un pebetero.

A pequeños sorbos resumió los últimos años. Le contó que había estado un año en Cavite y que después le habían mandado, junto con el carpintero al que asistía, en la nave de socorro a isla Hermosa. La presencia española en la isla era muy precaria y consiguió escapar al sur cuando atacaron los nativos. Llegó al campamento de Zheng Zhilong, el temido pirata chino, y desde entonces trabajaba para él.

Su padre había estado mordiéndose la lengua para contener las ganas de preguntar por sus otros hijos. Intuía que no debía preguntar, que el dolor sería insoportable, pero sus ganas fueron más fuertes. Roujie le contestó que nada sabía de sus hermanos desde que dejó Cavite: quiso ahorrarle la pena. El mayor había muerto de agotamiento, cayó en el catre una noche y no despertó más. A su otro hermano lo reclutaron de cargador para la Nao de Acapulco y nunca más volvió a verle, pero no quería angustiar a su padre con noticias tristes.

Cuando regresó su madre, después de charlar varias horas sorbiendo té, les pidió que hicieran un atado con sus pertenencias. Esa misma noche tenían que marcharse. Uno de sus hombres les acompañaría a tomar un junco que les iba a llevar al sur de isla Hermosa, o Formosa, como la habían bautizado los portugueses. Allí estarían a salvo, les había asegurado.

—¿A salvo de qué, hijo? —le había preguntado su madre con candidez.

—Confíe en mí, madre.

Él se reuniría con ellos en cuanto terminara la misión que había ido a realizar en Manila. Su padre no dijo nada, pero cuando sus secuaces vinieron a buscarle unas horas más tarde vio que llevaban azadas, machetes y cuchillos envueltos en trapos.

Xulei se echó hacia atrás el gorro cónico que le protegía del sol castigador, se secó el sudor de la cara y observó el verdor brillante de las

terrazas de arroz que se extendían como una alfombra mullida de fibras preciosas. Lo paradójico, pensó, era que tanto ellos como sus conocidos, dueños todos ellos de pequeños comercios en el parían de Manila, se habían negado a abandonar sus negocios para cultivar arroz, como pretendían las autoridades españolas. Muchos fueron reclutados por la fuerza en redadas nocturnas y conducidos a zonas de cultivo de arroz en Calamba, en la provincia de Laguna. Los españoles estaban desesperados, pues no había llegado el galeón de Acapulco con los situados ni la plata para sufragar los gastos de la administración de la gobernación de Filipinas, y tampoco tenían para pagar a los soldados ni a los mercaderes chinos que habían adelantado mercancía. Había escasez de arroz para el pago de las raciones por los trabajos desempeñados, especialmente en los astilleros de Cavite. Sus compatriotas marcharon desde Calamba hasta Manila y se enfrentaron a los españoles; la mayoría murió. Ellos, gracias a su hijo, salvaron la vida. Y ahora cultivaban arroz.

—El destino es testarudo —dijo escupiendo hacia un lado.

Su mujer se doblaba sobre los cultivos totalmente cubierta de pies a cabeza para evitar el castigo constante del sol abrasador. Solo se le veían dos ojillos oscuros y pequeños rodeados de profundas arrugas. Le invadió un profundo amor por ella. Pequeña y delgada, nunca le escuchó quejarse. Había trabajado a su lado sin desfallecer desde que sus padres arreglaron su matrimonio con unos conocidos. Elevó una oración al cielo, a los espíritus de sus progenitores, por haberle conseguido una esposa como ella.

Iba a inclinarse de nuevo sobre el arrozal cuando le pareció ver una silueta ocultándose velozmente entre las sombras de la arboleda que rodeaba los cultivos por el lado oeste. Se agachó, cubriéndose por completo con los tallos de los arrozales, sin perder de vista el punto por el que había visto desaparecer la silueta. A los pocos minutos cuatro indígenas, machete en mano, saltaban como gamos hacia ellos.

—¡Meilin! ¡Corre, nos atacan!

Su esposa estaba a varios metros de distancia. Levantó la cabeza y se quedó paralizada por el terror. Los atacantes, al ser descubiertos, gritaban enfurecidos para infundirles temor. Xulei consiguió llegar hasta donde estaba, la agarró del brazo y tiró de ella hacia atrás, en dirección a la pequeña cabaña donde vivían, a pocos metros de distancia. Intentaban avanzar, pero se hundían en el lodazal arrocero. Los nativos saltaban y avanzaban rápidamente. Meilin cayó al suelo. Ya tenían encima a los atacantes. El líder, en cabeza, blandía un

machete curvo que alzaba listo para ser descargado en cuanto alcanzara a su presa. Xulei se tiró encima de su esposa para protegerla, agarrándose con fuerza a su frágil cuerpo. Los dos permanecieron tendidos unos segundos eternos. Al verlos caer, los nativos se acercaron a ellos despacio y los rodearon. El líder arrancó el gorro de Xulei de un tirón y lo lanzó al suelo, rasgándole el cuello con la cuerda del sombrero. Luego, le cogió del pelo y tiró de la cabeza hacia atrás. Xulei intentaba con todas sus fuerzas bajar la cabeza, pues sabía lo que le esperaba: eran cazadores de cabezas. Solo pudo ver los dientes afilados de su atacante en una mueca que parecía una sonrisa y el filo del cuchillo bajando despacio, con sádica lentitud.

¿Había perdido la consciencia o la cabeza?, pensaba. Sentía un peso asfixiándole. Escuchó unos gemidos bajo su cuerpo y un susurro apenas audible.

—Xulei, Xulei, no me dejas respirar —dijo su mujer.

Xulei consiguió desembarazarse del peso que le oprimía, que era el del cuerpo del nativo que a punto había estado de llevarse su cabeza como trofeo de caza. ¿Qué había pasado? Se incorporó despacio. A sus pies, otro indígena yacía con la cara destrozada por un disparo. Parecía que los demás se habían dado a la fuga. Asomó la cabeza por encima de los tallos verdes de los arrozales y vio a unos hombres acercándose a grandes zancadas. Se quedó acurrucado junto a su esposa.

—No te muevas, se acercan unos hombres, parecen piratas.

El calor y la humedad eran asfixiantes y sudaban copiosamente. Los piratas llegaron hasta ellos. Su líder se agachó y le puso la mano en el hombro.

—Padre, madre, ¿están bien?

Roujie llevaba la barba crecida y un pañuelo rojo atado a la cabeza. Xulei lo miró incrédulo, creyendo ver un espejismo. Su madre, Meilin, reaccionó y se abrazó a su cuello llorando ruidosamente. Mientras, sus hombres confiscaban las armas de los agresores.

—Son de Mattau —confirmó uno de los piratas.

—Creí que los holandeses habían conseguido someter a los Mattau hace tiempo. Parece que vuelven a fustigar a los colonos —dijo Roujie mientras seguía abrazando a su madre. Y dirigiéndose a Xulei, añadió—: Padre, no es seguro permanecer aquí, recojan sus cosas, tengo algunos asuntos que tratar con el gobernador, le pediré que permanezcan intramuros.

—Y si se niega, hijo, ¿a dónde iremos? —preguntó preocupado Xulei.

—Aceptaré —contestó contundente el lugarteniente de Zheng Zhilong.

El Arenal de Sevilla era un hervidero de febril actividad. En los meses previos a la partida de la flota de Indias la ciudad se volcaba con entusiasmo en las tareas necesarias para la travesía oceánica de las naves. Los buques debían ser carenados, impermeabilizados con brea y emplomados para aguantar el teredo caribeño. Además, se reparaban las jarcias, las arboladuras y el velamen. Tras las reparaciones, se procedía al arqueo de los buques y las autoridades determinaban la capacidad de carga de cada embarcación. A falta de escasos días para la partida, los estibadores cargaban los fardos de las mercancías y los bastimentos ante la atenta mirada de los funcionarios de la Casa de Contratación, que anotaban la carga con precisión: harina, pipas de vino, miel, aceite, vinagre y arropo, costales de pescado, legumbres secas y arroz, fardos de sal, cantarillos de aceitunas, puerco salado, verduras y frutas frescas, ajos, cebollas, pollos, quintales y quintales de bizcochos y el elemento máspreciado: bidones de agua dulce. También se cargaba todo lo necesario para la reparación de las naves en alta mar o en puertos intermedios en caso de producirse daños por tormenta o ataques piratas.

Las naves de mayor calado, entre ellas la capitana y la almiranta, descansaban en el Puerto de Santa María, en Cádiz, esperando realizar el tremendo esfuerzo de cruzar el océano, guiando y escoltando con sus cañones y artillería ligera las naves mercantes con destino al Nuevo Mundo. El Guadalquivir bullía con cientos de barcasas subiendo y bajando, cargando vituallas, pertrechos y mercancías de los cargadores de Indias.

En ese año de 1640 Sevilla resplandecía, pues la flota de Indias partiría en los próximos días escoltando a un grande de España en una nueva misión para gloria de Dios y del rey Felipe IV. Don Diego López de Pacheco y Braganza Cabrera y Bobadilla, duque de Escalona, marqués de Villena, y demás títulos nobiliarios, había sido nombrado por su soberano en enero de ese año virrey de Nueva España. Hacía días que la ciudad esperaba a su séquito, que acorde a su dignidad nobiliaria constaba de más de cien criados y esclavos con sus familias y otras importantes personalidades. El duque de Medina Sidonia le había invitado a hospedarse en su palacio para reponerse del viaje por tierra desde Escalona antes de emprender la cruzada del océano. Para alimentar a tan alta dignidad, a sus acompañantes y a su extensísimo séquito durante el viaje, se estaban embarcando doscientas gallinas, doce vacas, doscientos carneros, numerosos barriles de frutas en conserva, arroz,

lentejas, castañas, garbanzos, pasas y varias clases de vino. Finalmente, el virrey decidió encaminarse directamente a Cádiz, por lo que los sevillanos no pudieron vitorear a la más alta dignidad después del Rey.

Meses antes, don Sancho Fábregas había hecho las gestiones necesarias y abonado los honorarios requeridos a sus contactos en la Casa de Contratación para que Mariana y Álvaro fuesen incluidos en la lista de pasajeros ilustres que acompañaban al virrey a las Indias. Viajarían en la capitana Nuestra Señora de la Concepción, que partiría de Cádiz capitaneada por Tomás Manito bajo el mando del general de la flota, don Roque Centeno Ordóñez.

Para Mariana, aquellas semanas habían pasado en un torbellino de emociones que, como las ráfagas del viento, la inundaban de sensaciones encontradas, tristeza por dejar a los suyos e incontenible excitación por la aventura que comenzaba. Álvaro, aunque atareado ultimando los preparativos del viaje, estaba siendo su gran apoyo en los momentos en los que le embargaba el miedo y la incertidumbre. La sostenía, la animaba y, sobre todo, le demostraba sin palabras su apasionado amor por ella. La noche anterior la familia Fábregas de Valor había reunido en el jardín a sus amigos más cercanos para despedir a los dos jóvenes. La velada había sido espléndida. A pesar de seguir compungida por la pérdida de su hija, Eleonora se había esmerado en mostrarse animada y había ordenado preparar las más ricas viandas. Tanto a ella como a su esposo les agradecía de corazón el trato que le habían dispensado desde su regreso a Sevilla. Para ellos, y durante aquellas semanas, Mariana había llenado en parte el vacío dejado por María Jimena.

El día señalado había llegado. Ese 8 de abril, el cielo amaneció despejado, aunque según avanzaba la mañana se fue cubriendo de nubes y empezó a arreciar el viento. Mariana no había pegado ojo con la anticipación del viaje, pero debido a los nervios y la energía que sentía por dentro no acusaba el cansancio. Don Sancho y doña Eleonora se habían vestido con sus mejores galas para acompañar a Mariana y Álvaro al puerto. El carruaje cargado de baúles avanzaba muy despacio por las calles atestadas de gente que bajaba alegremente en dirección al Arenal. Las campanas de la catedral acompañaban a los viajeros con su alegre tañido. Mariana, a lomos de Valerosa, sonreía a los desconocidos, que la señalaban seguros de que esa joven tan elegante era una de las afortunadas que viajaba a las Indias. Álvaro, a su lado, pedía paso al populacho que se apartaba a regañadientes, aunque al ver a la espléndida pareja se quedaban arrobados mirando.

Atravesaron la muralla arrastrados por una marea humana de curiosos, mientras Facundo y Cipriano iban dando garrotazos a los rateros que intentaban echar mano del equipaje. Los viajeros, de todas las edades y condiciones, navegantes, soldados, religiosos, mercaderes y aventureros, intentaban hacerse hueco entre los curiosos para embarcar sus pertenencias. En la cubierta de las naves ancladas la actividad era frenética, los estibadores se mezclaban con la marinería y las órdenes se daban a voz en grito por encima de las estridentes conversaciones de los mirones.

Don Sancho había alquilado a un precio desorbitado una barcaza para transportar la mercancía, el equipaje y los caballos de los jóvenes viajeros. Además, una barca de toldilla desplazaría a Mariana y Álvaro hasta el navío.

La plana mayor de la ciudad se había dado cita en el muelle para despedir a la flota: personalidades religiosas encabezadas por el obispo, caballeros veinticuatro de la ciudad, miembros del cabildo, el alcalde, miembros de la nobleza más antigua y ricos comerciantes acompañados de sus emplumadas señoronas que agitaban sus pañuelos de blanco impoluto.

Mariana miraba a su alrededor intentando retener todos los detalles en su memoria. Una congoja profunda le atenazó el corazón pensando que tal vez no volvería a su querida ciudad. Disimuladamente se llevó el pañuelo de encaje a los ojos para limpiar las rebeldes lágrimas que resbalaban sin permiso. Álvaro, que a pesar de estar supervisando el acomodamiento de la carga en la barcaza estaba atento a todas sus reacciones, se acercó y la rodeó con el brazo. Ella se dejó contener.

—Sevilla se marchita y le esperan tiempos más difíciles, si cabe. Alégrate, Mariana, porque podrás recordarla así, vestida de gala para despedirte. Te prometo que no echarás nada de menos, porque el Nuevo Mundo te encandila con la exuberancia de su vegetación y el colorido de sus paisajes. Nunca has visto un mar de ese color azul.

Ella sonrió y se sintió más serena. Pensó en sus padres. Después de la desaparición de Hernando, su padre había estado muy taciturno. Afortunadamente, solo ella había sido testigo de la confesión de Zulema; nada sabía doña Aurora, y aunque preocupada por el ánimo de su esposo, se despidió de Mariana con entereza.

—Sal al mundo, hija mía, y abraza tu destino —fueron las últimas palabras que le dijo.

La joven también dedicó un pensamiento a Isabel: «Madre, os prometo encontrarle».

Cuando hubo puesto los pies en la barca, ayudada por Álvaro, sintió cómo la energía que transmitía la corriente de agua bajo las tablas le recorría todo el cuerpo infundiéndole una fuerza interior incontenible. Las olas picadas por el viento le salpicaban la cara borrando cualquier poso de tristeza. A su lado, Carmelita lloraba desconsoladamente, le tenía miedo al agua. Doña Eleonora no soportaba la presencia de la muchacha y en parte le culpaba de no haberle informado de las intenciones de María Jimena, pues insistía en que ella tendría que haber escuchado o sospechado algo. Su destino era la calle o marcharse con Mariana como criada, y las perspectivas de no tener un techo sobre la cabeza y mendigar en las calles o terminar en una mancomuna le provocaban terror, así que a pesar de su pavor al agua había accedido a ponerse al servicio de la señorita López de Peñaflor.

A punto de alejarse del embarcadero y comenzar la travesía hasta Cádiz, mientras agitaba su mano despidiéndose de los Fábregas de Valor, un mendigo harapiento saltó con agilidad a la barcaza y antes de que pudiera darse cuenta se abalanzó sobre ella, derribándola sobre las tablas de la embarcación. Reconoció su rostro al instante y su pestilente aliento inundó de terror las fosas nasales.

—¿Tú? —consiguió balbucear, aunque su mente no conseguía entender cómo había llegado el asaltante de caminos al Arenal de Sevilla.

—Cuídate de él, pues es peor que yo, todo fue... —antes de que pudiera terminar la frase un cuchillo le atravesó el costado.

—¡A mí, guardias! —había gritado Álvaro mientras Facundo agarraba al Calavera como un fardo, liberando a Mariana de su hedor pegajoso, y lo lanzaba por la borda. Su amigo la ayudó a levantarse—. ¿Estás bien?

—Era... era el hombre que asaltó nuestro carruaje de camino a la hacienda —dijo Mariana aún aturdida.

—¿Estás segura? Las ratas se parecen todas unas a otras.

—Estoy segura, me pregunto qué hacía aquí, y por qué me ha dicho...

—¿Qué te ha dicho? —dijo Álvaro alterado.

—Guárdate de él, es peor que yo... no entendí nada más.

—Seguramente quería distraer tu atención mientras te robaba.

—¿Estará muerto?

Álvaro la atrajo hacia él y la rodeó con sus brazos para tranquilizarla.

—Las autoridades se encargarán de él, no le dediques un pensamiento más. Estás a punto de empezar la mayor aventura de tu vida, no permitas que nada te disturbe, yo estoy contigo, nada debes temer.

Cádiz presentaba un aspecto muy similar al del Arenal de Sevilla. Toda la ciudad había salido al puerto a despedir a los afortunados vecinos que tenían pasaje a las Indias. Se sentían orgullosos de presenciar un hecho histórico: el embarque del virrey de Nueva España, quien acompañado por el duque de Arcos, su anfitrión, el duque de Medina Sidonia, el duque de Maqueda y otras personalidades principales de la ciudad, se dejó agasajar. Y tras asistir a los oficios de ese primer domingo de Pascua de Resurrección, se desplazó en una barca engalanada hasta la capitana.

Mariana y Álvaro, que habían embarcado una hora antes, contemplaban el despliegue de honores mientras el viento azotaba con fuertes ráfagas y hacía bambolearse la nave de un lado a otro agitando el velamen y haciendo brincar la barca del virrey sobre las crestas espumosas de las olas. El virrey, que intentaba mantenerse erguido y seguía saludando la ovación dispensada desde la costa, y que en varias ocasiones estuvo a punto de caer debido al fuerte oleaje, miraba con preocupación el cielo plomizo y compartía sus impresiones con el duque de Maqueda, que había sido designado representante de la nobleza andaluza para escoltar a Su Excelencia hasta el navío. Nuestra Señora de la Concepción saludó a Su Ilustrísima con una salva de artillería y un despliegue musical de chirimías y trompetas cuando subió a cubierta. Tras los honores de rigor, la capitana se dispuso a liderar la marcha de la flota. El capellán pronunció la bendición de partida y el virrey dedicó unas palabras a sus súbditos encomendándose a la Santísima Trinidad. También en cubierta, Mariana se aferraba con una mano al brazo de Álvaro y con la otra intentaba sujetarse el sombrero, que terminó haciendo compañía a las gaviotas que graznaban alrededor del navío. Desgraciadamente, poco después de partir la flota tuvo que dar marcha atrás y regresar a puerto, pues el sur huracanado amenazaba con hundir más de una nave. Trece días tardaron en echarse a la mar, tiempo que aprovecharon para pasear por la villa y alternar con otros pasajeros. El 21 de abril la flota de Nueva España al completo atravesaba con éxito la peligrosa barra de Sanlúcar empujada por viento del nordeste y se adentraba en el mar de las Yeguas en dirección a las Canarias. Empezaba la aventura.

Por fortuna, la tormenta no había causado grandes daños en la pequeña flota del capitán Hans Van der Meer. La Reina Ester tenía la vela de la mesana rasgada, el trinquete del Fénix Negro se había partido por la mitad, dañando al caer parte de la cubierta, y el Sin Fin parecía haber salido ileso. Tras unas rápidas reparaciones en alta mar, la marinería dio gracias a Dios por la fortuna de seguir vivos y poder continuar la travesía. El corsario estaba seguro de que habían topado con la cola del huracán que había azotado las costas caribeñas con toda su potencia destructora. Llevaban semanas surcando las aguas, sin éxito, en busca de las repletas naves españolas. Su agente en Veracruz les había asegurado que la flota había partido el 8 de abril, por lo que a esas alturas debería haberse dispersado en dirección a los distintos puertos españoles. Su plan era recalar en la isla de Tris y desde allí intentar atacar el convoy naviero, pero la tormenta les había desviado de su ruta. Consultó las cartas náuticas. El lugar más seguro para hacer las reparaciones necesarias, reponer el agua y los víveres parecía la isla de Pinos, aunque tendrían que estar atentos al recibimiento de sus competidores ingleses, que solían usarla como base de operaciones.

—¡Barco a babor! —gritó el vigía desde la cofa.

Hans salió de su camarote en el castillo de popa para mirar por el catalejo.

—¿Español? —preguntó.

—No estoy seguro, capitán, está desarbolado, parece que navega a la deriva.

—¡Preparaos para abordar! —ordenó Hans.

Por las señales que llegaban de sus otras dos naves, tanto Tomé como Rui habían avistado también la embarcación. Poco después, los tres buques izaban sus insignias piratas y se aproximaban al galeón fantasma. Lanzaron los ganchos y treparon por las cuerdas hasta la cubierta enemiga sin resistencia. Hans fue el primero en abordar, seguido por Keled y parte de la tripulación.

—Puede ser una encerrona —advirtió a sus hombres.

Sin embargo, la cubierta estaba desierta y la madera impregnada de olor a muerte.

—Si fue atacada y saqueada, nadie en su sano juicio habría abandonado un barco como este —dijo Hans.

—¿Y si fue la peste, amo? —sugirió Keled.

Ordenó a algunos de sus hombres registrar la nave, mientras otros permanecían en cubierta, vigilando arcabuz en mano por si era un cebo. Al

mismo tiempo, Keled y él se dirigieron al camarote del capitán para intentar averiguar qué había pasado.

La puerta estaba entreabierta. Keled se puso delante de su amo y la empujó con suavidad. Un golpe de calor les escupió en la cara, el olor a humanidad era penetrante. Tapándose la cara con pañuelos, entraron en el camarote. Estaba muy desordenado y sobre el catre, boca abajo, yacía un hombre.

—No se acerque, amo.

Hans permaneció en el dintel de la puerta mientras Keled se aproximaba lentamente hasta el lecho y daba la vuelta al cuerpo inerte envuelto en unas sábanas mohosas. Al destaparle, vio la pierna, el palo por pierna. El hombre emitió un sonido gutural.

—Agua.

—¡Está vivo, amo!

Hans se apresuró a cruzar de dos zancadas el espacio hasta el catre y le miró a la cara.

—¡Es Cornelius Jol! Ve a buscar agua, rápido —dijo a Keled. Y después, acercándose un poco más, se dirigió al individuo moribundo—: Almirante, ¿me escucha? —le preguntó mientras ponía una de sus manos sobre el pecho descamisado del pirata.

El hombre abrió los ojos legañosos y parpadeó dos veces en señal de asentimiento. Tenía los labios reseco, llenos de costras.

—Está a salvo, soy el capitán Hans van der Meer, a las órdenes de la WIC. Vamos a llevarle a puerto seguro.

En ese momento llegó Keled con un pellejo de agua. Hans le dio de beber.

—Despacio, almirante, puede hacerle daño.

Con sus manos huesudas, Pata de Palo se aferraba al pellejo tragando agua ruidosamente mientras Hans le sujetaba por el cuello. Después, le levantaron entre los dos y salieron arrastrándole hasta la cubierta. El maltrecho corsario gemía de dolor.

—Parece que tiene algo roto —susurró Keled.

Uno de los marineros se acercó para informarle de que habían encontrado varios cuerpos en estado de putrefacción.

—Volvamos a la Reina Ester, tirad los muertos al agua —ordenó el capitán.

—¿Qué hacemos con el galeón, capitán? —preguntó uno de los marineros.

—No podemos remolcarlo, estaríamos a merced de los filibusteros ingleses —razonó Hans en voz alta.

—¿Le prendemos fuego? —sugirió Keled.

Hans paseó su mirada por el fantasmagórico barco y los crujidos de sus vetustas maderas le narraron mil y una batallas, no quería morir.

—No —afirmó con rotundidad mientras apoyaba la mano en la barandilla de descascarillado barniz—. Estás en manos del océano, amigo, buena ventura.

A pesar de los esfuerzos del cirujano de a bordo, el almirante holandés Cornelius Corneliszoon Jol permanecía inconsciente la mayor parte del tiempo y la fiebre no remitía. Esa noche, Hans convocó a sus capitanes para dilucidar el rumbo a seguir. Los dos se asombraron del hallazgo en el galeón de semejante personaje.

—¿Que en tu camarote descansa *Houtebeen*? —exclamó Tomé sorprendido de la noticia.

—¡Qué bien, pasaremos a los anales de la historia de la república por ser los sepultureros de uno de los más grandes navegantes de nuestra era! —se burló Rui.

—Eso me temo. La isla de Pinos no presenta las mejores condiciones para atenderle —dijo Hans.

—Dirás que no cuenta con ninguna condición, aparte de cabañas de madera con techo de palmas construidas a la carrera —comentó Rui.

—Creo que será mejor poner rumbo a Curaçao, ¿qué os parece? —preguntó Hans a sus dos capitanes y amigos.

—¿Crees que aguantará el viaje? —dijo Tomé con preocupación.

—Tenemos que arriesgarnos —respondió Hans mientras los dos capitanes asentían y apuraban el ron de sus vasos.

Tras doce días de lenta navegación debido a la enorme carga que transportaban las naves, la flota de Indias arribaba a las costas de Canarias. La nave de aviso hacía un mes que había advertido al capitán general de las Canarias, don Luis Fernández de Córdoba y Arce, de la inminente llegada de la flota para poner inmediato rumbo a Nueva España. Por eso, cuando se avistaron los buques en formación, la capitana en cabeza con el estandarte real izado en el palo mayor, el puerto y la pequeña villa de Garachico estaban preparados para recibir al virrey y a los principales que viajaban con él.

Superados los primeros días de malestar por los vaivenes del navío, Mariana había disfrutado de la brisa marina y de la libertad de la inmensidad oceánica, de ser dueña de sí misma, de decidir cada segundo de su día. El virrey aparecía poco por cubierta, pero cuando lo hacía era para asistir a la misa diaria o para organizar algún tipo de juego que entretuviera las largas horas de azulado tedio. Se había mantenido a distancia, al menos a toda la distancia que se podía dadas las estrecheces de Nuestra Señora de la Concepción. Nunca antes había estado tan cerca de alguien de tan alta alcurnia, aunque no le intimidaba otras personas a bordo le despertaban más interés. Mariana no se aburría, se pasaba parte del día contemplando las olas rompiendo contra el casco de la nave, el agua le traía una marea de pensamientos desordenados a la mente que ella intentaba hilvanar y encontrar sentido. Siempre dedicaba un rato a las memorias de Isabel y se afianzaba en su corazón el deseo de encontrar a su padre o de saber qué fue de él cuando ella dejó de recibir sus misivas. También disfrutaba observando los quehaceres de los marineros. Álvaro le había contado que a veces el capitán ordenaba zafarrancho de combate para entrenarse y estar preparados en caso de ataque enemigo. Le entusiasmaba la idea de poder presenciar las maniobras de la tripulación y los soldados sin el peligro del acecho de los piratas o el fuego de las naves enemigas.

Durante las comidas, tres veces al día, se habían improvisado unas toldillas para protegerse del sol, y algunos de los pasajeros se reunían en

cubierta a almorzar, por lo que había conocido a algunos otros viajeros. Se había encariñado especialmente de un niño de seis años, Sebastián, que viajaba con su padre, quien acababa de enviudar y había comprado un puesto de regidor en Ciudad de México. Le contó a Mariana que le inundaba la tristeza a cada paso por su ciudad natal recordando a su esposa y que necesitaba liberarse del profundo peso que sentía en el corazón por el bien de su hijo.

—Hasta pensé en echarme al río. ¡Que Dios perdone mi pecado, señorita! No podía permanecer un día más rodeado de los felices recuerdos de mi vida junto a mi dulce Luisa —dijo pensativo contemplando el mar mientras descuidadamente acariciaba la cabeza de su pequeño—. El océano me conforta, su recuerdo no duele tanto.

Mariana no pudo evitar posar su mano sobre la de él para darle ánimos, el contacto sorprendió al hombre que no pudo contener las lágrimas.

—Perdonadme, señorita Mariana, mi dulce Luisa solía tomarme la mano como lo habéis hecho vos.

—Yo también estoy emprendiendo una nueva vida, seguro que nos deparan grandes cosas. Tal vez un nuevo amor —aseguró la joven.

—Dios os oiga, porque mi hijo necesita una madre.

Álvaro leía cerca de ella, y al contemplar su rostro cubierto por un elegante sombrero, su apuesto bigote y los labios finos, le vinieron a la mente esas palabras, «tal vez un nuevo amor». Ahora sabía que no estaban dedicadas solo a don Emilio, sino que tal vez, tal vez, a ella también la vida le deparaba un nuevo amor. No habían vuelto a mencionar la conversación de la fiesta de compromiso de Julita Tamames bajo el sauce, pero sabía que Álvaro esperaba y que ella en pocas semanas tendría que darle una respuesta definitiva. «¡Ay, Francisco! ¿Por qué tardaste tanto en llamarme a tu lado?», pensaba.

Álvaro hacía rato que había perdido interés en la lectura. Levantó la vista del libro, sus miradas se fundieron por un breve instante y se acercó a ella sonriendo.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó.

Ella aspiró el olor a salitre cerrando los ojos y elevando el rostro para dejarse acariciar por la brisa marina.

—Tenías razón. En este momento no echo de menos nada. Es como si estuviera sumergida en un limbo de paz y plenitud —dijo contemplando la extensión infinita de las aguas. Después posó la mirada en sus ojos y su tono de voz cambió—. Aunque a veces, especialmente por la noche, cuando todo

está oscuro y solo se ve el fanal encendido guiando el rumbo de las otras naves, creo que no tengo claro hacia dónde me dirijo y me siento desorientada.

Álvaro acercó las manos de la joven a sus labios y las besó con dulzura.

—Todo se irá aclarando, estoy seguro.

El vigía gritó en esos momentos con fuerte voz:

—¡Tierra!

Habían llegado al archipiélago de las islas Afortunadas, las Canarias, primera escala del viaje.

Ese jueves Francisco paseaba por la Plaza Mayor de la Ciudad de los Ángeles envuelto en los olores del tianguis semanal, mercado en el que se vendían e intercambiaban todo tipo de bienes, especialmente alimentos. Controlado el brote de pestilencia, el cabildo había vuelto a autorizar la entrada de indios en la zona noble de la ciudad y a permitir también el mercado en los barrios de indios situados en la periferia de la villa. Poco a poco se fue recuperando la normalidad y los indios iban rotando por las distintas plazuelas vendiendo sus platos indígenas y los productos que cosechaban. Y la normalidad había vuelto también a la vida del médico. El alcalde mayor organizó en su honor una cena con los señores de la ciudad para agradecerle el valor y la entrega durante la epidemia que se había cobrado más de setecientas almas. Había vuelto a sus rondas en el hospital de San Pedro y a atender las necesidades de las familias de más abolengo de la ciudad.

Deambulaba entre los coloridos y aromáticos puestecillos, donde se cambiaban los *quachtli*, las mantas indígenas de algodón tejido, o granos de cacao por conejos, gallinas, carne de venado o guajolote. Un poco más allá se encontraban los baratilleros de tejidos. También se vendían frutas en abundancia. Francisco se paró ante un tablón junto al que una india regordeta con la cara ajada por el sol y el pelo largo azabache recogido en una trenza ofrecía fritangas y tamales. Como siempre le pasaba, no recordaba cuándo había sido la última vez que había comido. Sintió una fuerte punzada en la boca del estómago y empezó a salivar.

—¿Se le antoja un tamalito, señor? —le ofreció la mujer.

—Dame dos.

—Con gusto.

Francisco saboreó pausadamente la masa compacta mientras iba dejando caer al suelo la hoja seca a medida que avanzaba hacia el corazón del tamal.

Al terminar, se limpió con la manga y continuó su periplo. En el siguiente puesto, una familia vendía flores y unos pequeños frasquitos. Se acercó, tomó uno entre los dedos y abrió la tapa de madera.

—Son esencias de alhelí, las he hecho yo —le informó una niña de nueve años irguiéndose orgullosa en su pequeña estatura—. Podría llevarle un frasco a su esposa.

Al aspirar el aroma recordó algo. Días atrás había recibido una carta de Mariana en la que le explicaba que acababa de volver a Sevilla de la hacienda y que en pocas semanas se embarcaba hacia Nueva España. Le decía cuánto deseaba reencontrarse con él y conocer los lugares que tan bellamente le había descrito en su correspondencia. Tras leer la carta, la culpabilidad no le había dejado dormir. Al alba, ojeroso y con la cabeza embotada, había tomado la resolución de ser casto hasta su llegada y apartar de sí la tentación de la carne. Sin embargo, por la noche, cuando Juana se presentó en su alcoba, y a pesar de haberla rechazado arguyendo hastío y falta de interés, ella no se dio por enterada y se acercó a él contoneándose como una pantera a punto de saltar sobre su presa y embriagándole con un penetrante aroma a flores. Su resistencia inicial había derivado en una fogosa y desatada pasión. Ahora identificaba el olor, la selva de su pubis olía a alhelí. Se alejó del puesto rápidamente.

Se despreciaba a sí mismo y despreciaba aún más a la tentadora, pero absorbiendo ese dulce aroma y recordando el éxtasis alcanzado con la sirvienta en las largas sesiones amorosas se preguntaba si Mariana sería capaz de despertar en él un arrebatado parecido. No era de esos hombres que pretendía tener una esposa dulce y amorosa en la casa y una amante con la que saciar sus instintos más ardientes. Esperaba todo de su joven esposa, solo de ella, y mantenía vivo el recuerdo de su enamoramiento. Siempre había despreciado a los hombres que frecuentan las mancebías, foco de infecciones donde los hubiese. Era un hombre higiénico y moral en todos los aspectos de su vida. Creía firmemente en el control de la mente sobre el cuerpo y hasta hacía pocos meses había sido un ejemplo para sí mismo. Esa maldita sirvienta había acabado con sus resistencias y él había terminado por aceptar su debilidad entregándose a ella. Pero Mariana, su dulce Mariana, estaba en camino y tenía que recuperar la cordura, imponerse la más pesada penitencia, todo con tal de ser capaz de volver al estado original de autocontrol y solitario desahogo. Y, sobre todo, debía apartarse de Juana hasta que su prometida estuviese a su lado. Partiría inmediatamente a Veracruz para preparar la llegada de Mariana,

que según sus cálculos estaba a menos de un mes de producirse. Podría aprovechar para echar una mano en alguno de los hospitales en villas cercanas al puerto.

—Don Francisco, ¿su merced por aquí? Le hacía en el hospital, Juana salió hace un rato a llevarle su almuerzo —dijo su cocinera, Manuela.

Detrás de ella, cargada con una cesta en cada mano llenas de verduras, carnes y frutas, la india Josefina se sonrojó y bajó la cabeza al ver a su señor. Francisco se acercó a ella y le levantó el mentón.

—¿Cómo te sientes, muchacha?

—Bien, señor —respondió la joven india.

—Manuela, no la canses demasiado, su cuerpo tiene aún que recuperarse de la enfermedad.

—Sí, señor —afirmó Manuela molesta por la suave reprimenda.

—Si habéis terminado de comprar, os acompaño a casa —dijo Francisco tomando las cestas de las manos de Josefina y encabezando el camino.

Manuela iba detrás refunfuñando.

—¿Para qué están los sirvientes? —le oyó decir—. Camina, niña, que te quedas atrás.

Josefina, avergonzada, intentaba mantener el paso tras las anchas espaldas de Manuela.

Doña Juana de Arce Lugo y Tordoya aún conservaba el susto en el cuerpo por el secuestro de su señor esposo, capitán general de las Canarias, unos meses atrás. Había obsequiado a Mariana con su amistad tras haber llamado su atención por la curiosidad y entusiasmo de la muchacha. Su carácter afable y risueño era justo la compañía que necesitaba tan lejos como se encontraba de su señorío de Carpio, en tierras cordobesas. La llegada de la flota era para doña Juana como un cambio de viento en la primavera eterna de aquellas tierras. Esos días de parada en la isla de Tenerife, mientras su esposo entretenía al virrey y a los demás caballeros y les ponía al corriente del devenir de las islas, ella aprovechaba para compartir con la joven y algunas de las damas viajeras sus pesares mientras merendaban en el sombreado portal acompañadas del aroma de las violetas.

—No os imagináis, mis queridas amigas, la angustia que sentí al recibir la noticia de que don Juan se embarcó sin quererlo en un barco pirata holandés, pensando que era napolitano. Los malévolos asaltantes de mar se

habían ofrecido a hacerle el servicio de conducirlo de Garachico a la Palma, donde debía inspeccionar la situación de la isla —les contaba doña Juana.

—¿Cómo pudieron engañarle? —preguntó Mariana asombrada por la narración.

—Esos herejes tienen las mañas del demonio, mi querida amiga. Estaban anclados con toda tranquilidad en el puerto. Hacía pocas semanas que habíamos arribado a las islas. ¿Cómo iba a saber mi señor esposo que los rebeldes comercian a sus anchas en nuestras tierras?

Mariana recordó su aventura en Lisboa. Sin duda eran herejes, pues atacaron el Palacio de la Inquisición. ¿Serían también piratas de la casa de Orange?, se preguntó. ¿Dónde estarían ahora? ¿Volvería a encontrarse con el hombre de los ojos risueños?

—Querida, ¿os encontráis bien?

—Sí, doña Juana, estaba pensando en qué sería de nosotros si nos encontrásemos con piratas antes de llegar a Veracruz —disimuló la joven.

—No lo quiero ni pensar —dijo compartiendo el mismo temor doña Simona, una señorona entrada en carnes y varios decenios mayor que Mariana.

—No os preocupéis, los piratas solo atacan presas fáciles, y los buques de guerra de la flota del virrey mantendrán a distancia a esos malnacidos. Más me preocupan las tormentas, que son terribles y suelen dejar alguna nave a la deriva, y es entonces cuando atacan esos perros hambrientos —explicó doña Juana.

—¿Hubieron de pagar un alto rescate por don Luis? —preguntó Mariana.

—¡Ni un maravedí!

—¿Cómo pudo ser? —exclamó doña Simona.

—Veréis. Yo recé sin parar. Desconsolada y sola con mis hijos, permanecí en Garachico, aunque nuestra residencia está en San Cristóbal de la Laguna. Y la Virgen Santísima atendió mis súplicas. Cuando esos bellacos reportaron su hazaña en Ámsterdam, fueron reprobados por el Almirantazgo por tamaña bajeza y obligados a retornar a mi amado esposo a su propio coste. Pero como comprenderéis, fueron muy largos los meses de espera, cayó el invierno y hubo de permanecer en aquellos lares —explicó doña Juana, que parecía estar aún sufriendo la angustia de la separación, pues tan vivo era su recuerdo.

—Espero que le trataran con el rango que merece —afirmó digna doña Simona.

—De eso no tuvo queja, y aprovechó su estancia para conocer más de cerca al enemigo. Le sorprendió mucho el poderío naval de las provincias rebeldes, porque los astilleros trabajan a destajo y Ámsterdam es una ciudad rica y próspera. Los marranos han sabido enriquecerse y ocupan uno de los mejores barrios, en los que poseen mansiones que en nada tienen que envidiar a las nuestras. Sus tentáculos llegan hasta las más altas instancias de gestión en las compañías comerciales —detalló doña Juana.

—Debe de ser un lugar fascinante —afirmó la joven, aunque al ver la cara de doña Juana ante su entusiasmo tuvo que moderarse—. Si no estuviese lleno de herejes, claro.

—Eso mismo creo yo, querida.

Siguieron charlando animadamente hasta que Álvaro, acompañado de Carmelita, fue a buscar a Mariana para escoltarla de vuelta a la capitana para pasar la noche.

Una semana pasaron en la isla de Tenerife, tiempo suficiente para hacer la aguada y reponer los víveres. La cena de despedida fue emotiva y Mariana prometió mantener correspondencia con su recién adquirida amistad. Esa noche Mariana durmió plácidamente y no despertó hasta bien entrado el mediodía. Le despertó la voz del grumete encargado de la ampolleta cantando la hora con su correspondiente advocación pía. Cuando salió a cubierta, las islas Afortunadas eran apenas unas motas brillantes en el horizonte. El día claro mostraba un espectáculo indescriptible y desde la popa de la capitana se veía la magnitud del poderío español: treinta naves en perfecta formación empujadas por los vientos alisios que hinchaban las velas con sus constantes soplos.

Mariana miraba extasiada las aguas profundas. Álvaro se acercó y se colocó a su lado.

—¿No es maravilloso? —dijo aspirando profundamente.

—Lo bautizaron en tu honor —dijo Álvaro.

—¿A quién? —preguntó Mariana.

—Al mar.

—¿Ah, sí? ¿Cómo lo llaman? —preguntó con cierta ironía en la voz.

—El mar de las Damas.

—¿En serio? No estoy segura de que sea un halago. ¿Por qué lo llaman así?

—Porque las condiciones de navegación son tan ventajosas que hasta una dama podría gobernar la embarcación —afirmó Álvaro soltando una sonora

carcajada.

—Ya me temía que más que un halago era un menosprecio. Claro, ninguna dama podría manejar una nave con un mar encabritado, ¿verdad?

—No te enfades conmigo, no fui yo quien le puso semejante nombre.

—Sin embargo, he leído acerca de mujeres piratas y aventureras que dirigen sus propios navíos y son tan hábiles y feroces como los hombres — dijo Mariana.

—Me atrevería a afirmar que mucho más feroces que los hombres, pues además cuentan con los encantos de su feminidad cuando se cambian las calzas y se afeitan el bigote —volvió a reír Álvaro.

—¡Eres terrible! —rio a su vez Mariana.

—Pero eso te gusta —le dijo.

—¡No seas engreído! —volvió a reírse ella.

La joven se percató de que unos pequeños ojos la miraban intensamente desde detrás de un tonel.

—Sebastián, ¿qué haces ahí escondido?

—Perdóneme, señorita, no quería molestar.

—¿Estás solo?

—Sí.

—¿Y don Emilio?

—Aún no despertó —contestó el niño.

—No me extraña, yo misma he amanecido hoy a mediodía. Creo que es este mar maravilloso, el suave rugir de las olas y el canto del viento. Ven, acércate.

El pequeño caminó despacio hacia Mariana.

—Estás un poco pálido, ¿has comido algo?

—No, tengo mucha hambre —dijo el niño tímidamente.

—Ven, vamos a ver que podemos conseguir —dijo tomándole de la mano.

Cuando don Emilio no apareció en cubierta por la tarde, Mariana empezó a inquietarse. Sebastián había permanecido cogido de sus faldas y ella intentaba entretenerle cantándole suavemente o contándole las travesuras que hacía cuando tenía su edad. Intentando no inquietar al muchacho, le pidió a Álvaro que fuera a la pequeña cabina de don Emilio, que al igual que ellos, había alquilado a uno de los oficiales para él y su hijo y que se encontraba hacia proa. Al rato volvió a aparecer su amigo y le dijo al oído:

—Delira, parece que tiene fiebre. Voy a buscar al físico, no te acerques. Sería buena idea que el galeno viera al niño, puede estar contagiado y ser peligroso para todos nosotros.

—Está bien —respondió ella en un susurro—. No tardes en traer noticias.

Sin embargo, Mariana no dejó de acompañar al pequeño Sebastián y pasear con él por cubierta bajo la sombrilla. Se escuchaba el incansable crujir de las arboladuras y el rechinar de las jarcias. Los pajes sirvieron la cena a los pasajeros: carne, verduras y frutas, mientras los marineros comían su cotidiana ración de tasajo y bizcocho. Al terminar, le pidió a doña Simona que acompañara un momento al niño y se encaminó a buscar a Álvaro.

El pequeño camarote, iluminado con un candil, estaba sumido en sombras que se proyectaban en los ventanucos. El capellán murmuraba una letanía mientras el físico sangraba los pies del enfermo. Álvaro observaba la escena fumando.

—Mariana, ¿qué haces aquí? —susurró acercándose a la portezuela.

—No volvías y quería saber qué pasa con don Emilio.

—Parece que no es contagioso, pero el médico no está seguro, dice que es una dolencia extraña.

El enfermo se movió incómodo y gritó:

—¡Luisa!

Mariana no pudo resistirse, se aproximó al lecho y tomó la mano de don Emilio. Álvaro intentó impedirselo, pero ella le devolvió una mirada llena de determinación.

—Estoy aquí, tranquilo.

—Luisa, ¿sois vos?

—Sí —afirmó en voz baja tras unos segundos de indecisión.

—Por fin os encuentro, amada mía, pensé no llegar a tiempo.

El físico se acercó a la joven y le recomendó en un susurro que no fatigara al enfermo.

—No habléis, os repondréis muy pronto.

Don Emilio pareció dormitar de nuevo y Mariana preguntó al físico:

—¿Qué le pasa?

—No estoy seguro, pero si mis años de experiencia no me engañan, su dolencia es más de alma que de cuerpo, lo que es una buena noticia, porque una epidemia a bordo podría ser fatal.

Mariana se giró hacia Álvaro.

—¿Podrías quedarte a acompañarle un rato? Creo que llevaré a Sebastián a mi cabina esta noche, volveré en cuanto se haya dormido, debe de estar muy inquieto.

—Está bien, como gustes, aunque el capellán estará aquí velando por él —respondió mirando al hombre que seguía cabizbajo y concentrado en las cuentas de su rosario.

—Gracias —dijo Mariana.

En cubierta, los marineros en descanso cantaban y narraban historias de batallas y amores imposibles. Sebastián se había sentado cerca de los aprendices, algunos de los cuales no tenían más de once o doce años, y aplaudía los romances deslenguados de aquellos rudos hombres. Mariana se acercó despacio y permaneció algunos minutos contemplando la alegre estampa, tan dispar al silencio de la cabina de don Emilio. Después, intentando no interrumpir, se acercó al niño y le pidió que la siguiera. Los marineros saludaron a la bella joven con silbidos y piropos obscenos, que fueron acallados por uno de los oficiales.

—Sebastián, pequeño, tu padre se encuentra un poco cansado, por eso esta noche vas a dormir en mi cabina.

—¿Está enfermo, señorita?

—No te preocupes, que mañana cuando despiertes seguro que se encuentra mejor —dijo tomándole de la mano y caminando en la oscuridad hacia proa.

Le ayudó a desvestirse y el niño se dejó hacer. En camisola, se arrodilló con las manitas apoyadas en la estrecha cama de Mariana y pronunció sus oraciones. La joven, a su lado, rezaba también intentando controlar las lágrimas.

—Bendito Niño Dios, cuida de mi madre en el cielo, la extraño mucho, y protégenos durante el viaje, que mi padre pueda descansar bien y que siempre estemos juntos.

—Ahora a dormir, pequeño.

Mariana le ayudó a subir al catre, le acomodó las sábanas y se sentó a su vez en la cabecera. Se acurrucó junto a él y acariciándole el cabello alborotado le cantó la nana que Isabel le cantaba de bebé y que ahora recordaba perfectamente. El niño, agarrado a una de sus manos, fue entrando en el sueño. Cuando sus pequeños deditos se soltaron y su respiración se hizo serena y silenciosa, Mariana le dio un beso en la frente y salió sigilosamente.

Se cruzó con el capellán en el estrecho pasillo. Álvaro permanecía prácticamente en la misma posición en la que le había dejado media hora antes.

—Ve a descansar, yo me quedo con él un rato —dijo al entrar.

—No te excedas o serás tú la que enferme —le advirtió su amigo.

—No te preocupes, solo será una hora.

—Buenas noches, Mariana.

—Buenas noches, Álvaro.

La joven se acercó a la cama, puso la oreja cerca de la boca del enfermo y al oírle respirar se sintió más aliviada. Se sentó en el suelo con las rodillas recogidas y comenzó a rezar. A los pocos minutos perdía la conciencia en las aguas de un sereno sueño.

La despertó la voz atronadora del vigía:

—¡Tres barcos a estribor!

Sentía el cuerpo entumecido y un dolor de cuello terrible. Se levantó despacio. El alba despuntaba y una luz mortecina iluminaba tenuemente al hombre tendido. Se acercó al lecho, don Emilio tenía los ojos abiertos y sonreía.

—Don Emilio, ¡qué bien que se encuentre mejor!

Él no se movió, sus ojos fijos no la veían y no verían nunca más. Mariana se tapó la boca para acallar el grito que pugnaba por salir de su garganta. A su alrededor, los hombres corrían de un lado a otro de la nave. Nuestra Señora de la Concepción se preparaba para combatir la escuadra pirata.

Hans van der Meer miró por el catalejo. Tomé le hacía señas desde el Sin Fin. Por sus gestos, entendió que hacían agua. Acto seguido vio como los marineros de la embarcación arriaban el velamen para disminuir la velocidad durante la operación urgente de reparación. En la sentina, el carpintero con algunos hombres luchaban contra el torrente de agua que pugnaba por invadir las entrañas de la nave y sumir en el sueño eterno a sus habitantes. El barco quedaba atrás escoltado por el Fénix Negro, listo para asistir a la tripulación y salvar la carga en caso de que no consiguieran taponar el agujero, mientras la Reina Ester continuaba la travesía hacia las islas Inútiles.

Al día siguiente avistaron Curaçao, la isla corazón del Caribe, como la habían apodado los portugueses. Surcaron las aguas azul turquesa de la bahía de Santa Ana hasta el puerto natural situado en la laguna de Schottegat, custodiado por la mole del fuerte Ámsterdam y terminado cinco años antes, poco después de arrebatar Curaçao a los españoles. Hacía un año que Hans y sus hombres habían recalado en el puerto, y en un año el desarrollo era portentoso. El corsario se encaminó a su camarote situado en el castillo de popa, donde descansaba Pata de Palo, para avisarle de que en breve desembarcarían.

El almirante había recuperado un poco el color del rostro. El cirujano de a bordo había permanecido con él desde que fuera encontrado en el tenebroso galeón a la deriva, cuidando con su vida los latidos del marino. Demacrado y surcado de profundas arrugas, recuerdo de su vida entre las olas del Caribe, agradeció al capitán Van der Meer sus desvelos.

El puerto bullía en actividad. Hans mandó a uno de sus hombres con un mensaje urgente para el gobernador Jacob Pietersz Tolck, quien había asumido el cargo un año y medio antes, cuando el conquistador de la isla, Jan Van Walbeek, había sido enviado a Brasil para continuar el avance holandés en la colonia portuguesa.

A los pocos minutos volvía el marinero a la carrera, con una escolta de soldados del gobernador, con el mensaje de llevar al almirante al palacio de

Gobernación situado en el interior del fuerte.

Desembarcaron a Cornelius Jol en una parihuela transportada por cuatro hombres, mientras Hans y Keled le acompañaban al interior de la fortaleza. El fuerte *Ámsterdam*, construido en forma pentagonal al estilo holandés, contaba con un amplio patio central empedrado. En el puerto, Thiago Nunes, un nuevo integrante de la tripulación del corsario con la recomendación de su socio Bento Osorio, se encargaba de dar órdenes a la tripulación para reparar los daños de la nave tras la tormenta y reponer las existencias en las bodegas. Además, dirigía la revisión de los desperfectos causados a las mercancías traídas desde *Ámsterdam* que iban a ser vendidas en las cercanas costas de Tierra Firme.

El gobernador esperaba en lo alto de la escalinata la llegada del almirante y el famoso corsario Van der Meer. Al verlos entrar por el portalón del fuerte y atravesar la plaza, bajó los escalones apresuradamente para salirles al encuentro. Los soldados se pararon ante Tolck y le saludaron marcialmente. Él devolvió el saludo escuetamente y se dirigió hacia el almirante para darle la bienvenida.

—Es un honor poder daros servicio, almirante —Jol esbozó una sonrisa—. Haremos todo lo que esté en nuestra mano para vuestra pronta recuperación. Los Estados Generales no pueden perder hombres de vuestra valía. —Y después, dirigiéndose a Hans, le estrechó la mano y dijo—: He oído grandes cosas sobre vuestras hazañas, capitán, espero poder contar con vuestra compañía al menos unas semanas.

—Gracias, gobernador. No permaneceremos mucho tiempo en la isla, lo justo para vender la mercancía que traemos. Una de mis naves llevará de vuelta a casa los productos del comercio de estos días, y si hay suerte alguna captura, tras lo cual una misión especial nos llevará a Nueva España. De cualquier forma, espero poder visitar la colonia. Veo grandes avances en la actividad comercial.

—Estaré encantado de acompañaros en vuestro periplo y mostraros yo mismo el desarrollo de la isla. Estarán deseando descansar. Por aquí, por favor —dijo el gobernador encaminándose hacia la entrada principal del palacio de Gobernación.

Una vez se hubo acomodado al almirante Cornelius Jol en una alcoba discretamente decorada con vistas a la bahía, el gobernador mandó llamar al médico. A Hans se le asignó un cuarto no menos espléndido de altos techos y amplios ventanales, desde donde divisaba el trajín del puerto, contiguo al de

sus dos capitanes, Tomé y Rui, que como le había explicado a Tolck, llegarían en las próximas horas. Tras asegurarse de que Pata de Palo se encontrara en buenas manos, Hans y Keled volvieron al puerto con el resto de la tripulación.

Nunes trajinaba en la bodega con dos marineros revisando las mercancías de la Reina Ester.

—Thiago, ¿algún daño que reseñar? —preguntó Van der Meer.

—Poca cosa, capitán, tres barricas de vino y dos tinajas de aceite. El resto está en perfectas condiciones.

—Bien —puso la mano sobre la medalla que llevaba debajo de la camisa, la acarició por encima de la ropa y añadió—: esperaremos dos días al Sin Fin y al Fénix Negro, y de no llegar en ese tiempo empezaremos con los preparativos. Mientras, gestionaré con el gobernador el préstamo de un filibote. Quiero un turno de noche vigilando la carga, Keled estará al frente.

—¡Como ordene, capitán! —afirmó Nunes con entusiasmo, pues quería ganarse a toda costa un puesto permanente en la tripulación de Van der Meer.

Tras recoger sus cosas del camarote, Hans se encaminó de nuevo al palacio de Gobernación para refrescarse y descansar. Sobre la cómoda encontró una breve nota de Tolck invitándole a cenar. Se dejó caer sobre la mullida cama y se quedó dormido casi inmediatamente.

A la hora convenida, y con la mejor ropa que había encontrado en su arcón, salió al pasillo de la tercera planta del palacio y se encontró con el mayordomo esperándole.

—Capitán Van der Meer, es un honor tenerle de vuelta, confío en que haya descansado —saludó el mayordomo—. El señor gobernador le está esperando, acompáñeme, por favor.

—Me alegro de verte, Markus, pensé que habrías partido al Brasil con Van Walbeeck —dijo devolviéndole el afectuoso saludo.

—Preferí quedarme, mi esposa estaba a punto de dar a luz a nuestro tercer hijo y Willestad me parece un lugar más seguro para la familia.

—¿Cómo te trata el nuevo gobernador?

—Un amo es siempre un amo.

—Bien dicho —dijo Hans riendo con ganas. Y añadió—: Espero poder conocer a tu familia en este viaje.

—Será un inmenso honor, capitán, mi esposa siempre me pide que le cuente las aventuras de sus viajes —dijo Markus sonrojándose como un jovenzuelo, aunque pasaba de la cuarentena.

Cuando llegaban a tierra, a los hombres de Hans les gustaba alardear entre vaso y vaso de aguardiente de los peligros que habían encontrado en la travesía y de cómo su capitán era el más intrépido y astuto de cuantos hombres de mar habían conocido, asombrando con vivas narraciones a los pobladores de cada puerto donde anclaban. Así fue creciendo la leyenda del corsario holandés. Hans era un poco ajeno a la admiración que le dispensaban en las colonias del Caribe, pues sabía que era parte del entretenimiento que podía permitirles a sus hombres. Nunca contradecía las exageradas aventuras que contaban en las pulperías del puerto, y sus marineros, sabiéndolo, dejaban volar la imaginación y terminaban por creerse las distorsionadas historias que narraban.

El mayordomo abrió una robusta puerta y le cedió el paso.

—Adelante, capitán.

Jacob Pietersz Tolck contemplaba la estampa nocturna fumando un puro salido de las bodegas de un navío español.

—¡Capitán! Adelante. Este tabaco es excelente, ¿os puedo ofrecer uno?

—Claro, gobernador.

—Confío en que hayáis descansado —dijo ofreciéndole un habano de una caja de madera de taracea que había sobre una mesa baja.

—Sí, he dormido a pierna suelta —dijo el corsario echando una bocanada de humo.

—Me alegro. ¿Cuánto tiempo hace que partisteis de Ámsterdam?

—No llega a tres meses. Esperábamos toparnos con la flota de Indias cerca de Dominica, donde suelen separarse las naves. Vienen cargadas hasta los topes de Sevilla y son bastante vulnerables una vez que han tomado rutas diferentes, pero nos pilló una tremenda tormenta que por poco nos manda a pique. Nos libramos de milagro. Fue cuando encontramos el galeón donde viajaba el almirante Jol, y era prioritario salvarle la vida. Así que pusimos rumbo inmediato a sus islas y dejamos para otra ocasión la captura de algún barco de la flota española —le contó Hans.

—Ha hecho bien, capitán, como siempre. Espero que en unos días podamos contar con la compañía de Cornelius. Remitiré una carta a la Cámara de Ámsterdam para informarle del infortunio de su escuadra y solicitando sus nuevas órdenes.

—¿Cómo van las plantaciones? —se interesó Hans.

—Nos faltan manos. Hemos empezado a traer negros, pero la mitad se muere antes de llegar y los que sobreviven están en un estado lamentable, así

que tardan meses en dar rendimiento. Necesitamos colonos compatriotas.

Hans se mordió la lengua. Iba a exponerle a Tolck su opinión al respecto del tráfico esclavo, pero se contuvo. Había visto muchos más negros en el puerto esta vez que en el viaje anterior.

—Estoy seguro de que la comunidad sefardí en Ámsterdam estará interesada en apoyar la colonización de Curaçao. Creo que el comercio se les da mejor que la agricultura, pero con su beneplácito podemos comenzar las gestiones para que se permita el envío de un centenar de colonos.

—Me parece una gran idea —afirmó el gobernador.

—Podría solicitar a la dirección de la WIC que se agilicen los trámites de residencia —le sugirió el corsario.

En la última reunión de la sociedad Emét se le había encargado la tarea de encontrar lugares seguros para los refugiados sefardíes que seguían escapando de España y Portugal. Escribiría a David Curiel informándole del visto bueno de Tolck.

—¿Me ha parecido ver salinas?

—Sois muy observador, capitán Van der Meer. Sí, los españoles cada vez nos dan más problemas para adquirir sal en las costas de Venezuela. La producción no es todavía igualable a la que obteníamos en Punta Araya, pero vamos por buen camino.

Markus abrió suavemente la puerta y pidió permiso para comenzar a servir la cena. Los dos caballeros se sentaron a la mesa elegantemente vestida, con candelabros de plata y fina mantelería, y siguieron conversando hasta bien entrada la medianoche.

La celebración de la santa misa esa mañana en la cubierta del navío Nuestra Señora de la Concepción tenía especial relevancia. La desdichada muerte de don Emilio con la aurora había supuesto la primera pérdida humana del viaje a bordo de la capitana. Además, el avistamiento de tres naves en la lontananza no auguraba nada bueno. El marqués de Villena mostró una vez más su fervor religioso dedicando unas palabras al fallecido y poniendo la vida de todos sus súbditos en manos de la Santísima Trinidad y de la maternidad virginal de María. Envuelto en su mortaja, y tras una salva de artillería, el cuerpo de don Emilio fue lanzado al mar. Mariana abrazaba la cabeza de Sebastián, que escondido en su regazo sollozaba desconsolado llamando a su padre. Ese día se decretó el luto en el navío y se prohibió expresamente cualquier tipo de

entretenimiento a bordo. Doña Simona se acercó a Mariana y le susurró al oído:

—Si os parece, y sobrevive el viaje, podría quedármelo como criado.

La joven la miró perpleja.

—Os agradezco el ofrecimiento, doña Simona, pero no creo que su destino fuese ser el sirviente de nadie, porque don Emilio era un hombre con una posición acomodada. De momento, su hijo es heredero del puesto que su padre había comprado en el cabildo de Ciudad de México. En fin, ya veremos cuando llegemos a Veracruz.

—Como queráis, querida —dijo doña Simona ligeramente sonrojada.

Mariana llevó al niño a su cabina y se tumbó con él en el estrecho catre. Abrazada a su tembloroso cuerpo, intentó consolarle.

—No llores, Sebastián, tu padre echaba mucho de menos a doña Luisa y quiso irse con ella. Ahora, desde el cielo, los dos velan por ti.

—Tengo mucho miedo, señorita Mariana.

—No, mi niño, no tengas miedo, yo cuidaré de ti.

—¿Qué pasará si atacan los piratas? Moriremos todos.

Mariana abrazó con más fuerza el cuerpo menudo del pequeño.

—No pienses en eso. Además, solo son tres barcos y nosotros más de treinta. Los piratas son despiadados, pero no idiotas, no se atreverán a atacarnos —dijo para calmarle.

—Estoy solo, me he quedado solo —lloró el niño desconsoladamente.

—Te voy a contar un secreto, pero no se lo puedes revelar a nadie —le dijo Mariana—. A los pocos meses de nacer yo también perdí a mis padres, primero se fue mi padre y después la vida me apartó de mi madre, y crecí con dos personas maravillosas que me quisieron como si me hubiesen dado la vida. Ves, tenemos mucho en común. No debes temer, Dios siempre nos pone en el camino personas buenas que nos ayudan a seguir adelante.

—Yo no me quiero separar de su merced.

—Yo tampoco, Sebastián, yo tampoco.

Como medida de precaución ante el posible ataque de las velas piratas, el capitán Tomás de Manito había ordenado zafarrancho de combate, por lo que tanto la tropa como la marinería ocupaban permanentemente sus puestos en tensa espera. Esa noche, los hombres de guerra durmieron un sueño ligero apoyados en sus arcabuces o abrazados a los cañones. Al despuntar el sol del día siguiente, las naves enemigas habían desaparecido del horizonte. La noticia se celebró con una gran fiesta. El virrey regaló parte de sus

provisiones para que la tripulación al completo, que solía tener una dieta bastante reducida, disfrutara de ricas viandas, y hubo música y baile. Mariana escuchaba la algarabía cercana y se alegraba, pero no participó en la celebración, pues el chiquillo seguía muy triste.

Los siguientes días del viaje transcurrieron en una abatida monotonía para Mariana. Sebastián se encontraba muy cansado y apenas conseguía sacarle a dar un paseo por cubierta a la caída de la tarde, por lo que permanecía con él en la pequeña cabina y le entretenía con canciones y cuentos infantiles. El pequeño se pasaba la mayor parte del tiempo dormitando y había perdido el apetito. Álvaro se les unía de vez en cuando, aunque sentía unos celos absurdos de que el pequeño le estuviese arrebatando la atención de Mariana. En principio, la joven atribuyó la desidia de Sebastián a la pena por la pérdida de su padre, pero al tercer día el niño se despertó con calentura. La joven se temió lo peor, el físico confirmó que tenía fiebres tercianas y a pesar de recomendarle distanciarse del él, siguió cuidándole como si se tratase de su propio hijo. El galeno, que había residido varios años en el virreinato del Perú, le suministró polvos de corteza del árbol de la quina, muy usados por los indios, para controlar sus temblores.

El secretario del marqués de Villena se asomó al cuartito para transmitirle su apoyo y decirle de parte del virrey que el pasaje al completo rezaba por la recuperación del niño. Cuando a los pocos días Sebastián abrió los ojos y dijo que tenía mucha hambre, Mariana no cabía de gozo, pues la fiebre había remitido. La milagrosa recuperación del niño se entendió como el favor del Todopoderoso hacia el gobierno del duque de Escalona en Nueva España. Un mensaje fue enviado a todas las naves sobre el suceso. Solo el físico sabía que la recuperación se debía a «los polvos de la condesa», como se les había apodado un año antes, cuando curaron, también milagrosamente, a doña Francisca Enríquez de Rivera, la joven esposa del virrey del Perú.

Vio salir a su mujer de la cabaña con su hijo de un año colgado de su espalda, cargando un atado con pieles y su zurrón de cuero lleno de provisiones para el viaje. A su lado, sus cuñados, taparris jóvenes de torso desnudo y brazos fibrosos, cargaban en las espaldas bultos de diversos tamaños. Saludaron al hombre en su lengua y esperaron a que se despidiese de su esposa para ponerse en camino hacia Tanshui, donde los juncos chinos esperaban para intercambiar y comprar mercancía, evitando así el control español de Chilung,

en isla Hermosa. Las brumas espesas del amanecer esperaban la salida del sol para salir huyendo hasta el alba siguiente.

Tomó a su hijo en brazos y lo elevó al aire. El pequeño pataleaba contento y emitía sonidos con su lengüita de trapo. Le acunó y le hizo la señal de la cruz sobre la frente. Le dio un beso en la suave pelusa de su redonda cabeza y se lo devolvió a la mujer, que observaba la escena con los ojos entornados. A ella la besó en la boca brevemente, y colgándose el atado a la espalda, se puso en marcha seguido de los cinco jóvenes.

—¡Gong Sha Le! —oyó que le llamaban.

Desde uno de los juncos un sangley agitaba los brazos para llamar su atención. Aún no había empezado el monzón, por lo que los comerciantes chinos de la provincia de Fujian aprovechaban para realizar el último viaje a la isla antes de que empezaran a soplar los vientos huracanados y el cielo bailase una danza eterna con el océano. Había ya algunos nativos de otros poblados mostrando varios utensilios de madera y adornos labrados a sus potenciales compradores. El sol brillaba alto en la laguna celeste.

El hombre se acercó sin prisas al junco mientras sus acompañantes se dispersaban para vender lo que habían traído.

—Gong Sha Le, amigo —saludó Linjin.

Se conocían desde hacía varios años. Linjin, aunque originario de Fujian como el resto, había vivido desde los doce años en la colonia portuguesa de Macao con un tío comerciante y hablaba un portugués roto con el que se comunicaba sin problemas con él. Tenía cara de pez, dientes grandes amarillos y desordenados se asomaban por fuera de la boca, labios excesivamente carnosos. Cuando se quedaba bloqueado buscando la palabra justa en su escaso vocabulario, parecía boquear buscando aire como un pez atrapado en una red. Gonzalo subió a bordo ayudado por el sangley. Un muchacho flaco servía el té.

—*Sental, sental*, tu *sempre benvenido* mi *balco*, amigo Gong Sha Le.

—*Obrigado*, amigo —respondió Gonçalo al sentarse y tomar entre sus ásperas manos la taza de porcelana, de la que dio unos sorbos.

—*Tlael* cosa bonita *pala* esposa suya —dijo abriendo un pañuelo y enseñando a Gonçalo un colgante de jade verde.

—No creo que pueda pagarlo, amigo.

—No *pagal*, regalo Linjin.

—Tú nunca regaldas nada —sonrió el portugués.

—Gong Sha Le muy listo —dijo riendo—. Regalo jefe *pala* tú, jefe conoce Gong Sha Le, jefe quiere Gong Sha Le ayuda.

—¿Cómo podría yo ayudar a tu jefe?

—Jefe puede *ayudal*, Gong Sha Le *lible*, *salil* isla.

—Estoy cumpliendo pena, Márquez me ha prometido que pronto seré libre, ¿por qué habría de ayudar a tu jefe? Además, no tengo a donde ir, si alguien estuviese esperándome hace tiempo que habría huido. Me fui de mi país muy joven, alguna vez creí que podría volver convertido en un hombre rico y cumplir mis sueños, pero de eso hace ya veinte años, no soy nadie, no tengo nada más que lo que ves. He terminado por tomarle cariño a mi condena.

—Españoles no *fial*, jefe español no cumple *palabra*, jefe sangley cumple *palabra*.

—A mí me parece que todos los jefes son iguales —afirmó Gonçalo.

Los dos se quedaron en silencio durante algunos minutos, concentrados cada uno en sus pensamientos. En la mente de Gonçalo iba tomando fuerza una idea fija. Desde que tomó a Inés como esposa en la iglesia del Convento de Todos los Santos de los padres dominicos, recibiendo la bendición del padre Teodoro Quirós, y había contemplado cómo su semilla crecía dentro de ella, algo se había despertado en él, un recuerdo vago del deseo que tuvo una vez de ser feliz junto a una mujer. ¿Y si aún estaba allí? El viaje sería largo, muy largo, tenía que intentarlo, no pensaba morir sin haberlo intentado, ya no por ella, porque seguramente le habrían vencido las dificultades y habría terminado cediendo, como él. No perdía nada. Al fin, habló rompiendo el silencio.

—Si le ayudo, quiero, aparte de mi libertad inmediata, una nave. No un junco, sino una nave grande para surcar el océano y volver a mi tierra, y plata para vestirme con rango y poder pagar el viaje y a la tripulación.

—Linjin *hablal* con jefe, *pleguntal*. Seguro *decil* sí. Gong Sha Le *ayudal*.

—Quiero hablar con él en persona.

—Eso no posible, jefe muy ocupado.

—Entonces no hay trato.

—Gong Sha Le *tosudo* como mula. Yo *hablal* con jefe —le aseguró Linjin.

—Está bien, amigo.

Las negociaciones entre los nativos y los sangleyes duraban varios días, ninguno parecía tener prisa por concluir las, sabedores de que solo en el último

momento se conseguían los precios más ventajosos. Cinco días después, volvieron al poblado a la caída de la tarde.

Cuando Inés los vio llegar, salió corriendo al encuentro de su marido.

—Vinieron los soldados a buscarte —dijo con la respiración entrecortada.

—¿Donde está el niño?

—Duerme.

—¿Qué querían?

—Tienes que ir al fuerte, no me dijeron más.

—Está bien, sea lo que sea puede esperar a mañana. Así aprovecharé para revender en San Salvador lo que he traído. —Y atrayéndola hacia sí, le susurró—: A ti te he traído un regalo.

El poblado taparri distaba pocas leguas de la guarnición española de San Salvador en Chilung. Antes de presentarse ante el gobernador Márquez Gonzalo pasó por el convento de Todos los Santos para que le guardaran la mercancía y darse un baño en las pozas cercanas, donde los religiosos habían construido unos escalones de piedra para poder acceder a ellas más cómodamente. Con el frescor en el cuerpo y una camisola limpia, caminó hasta la entrada del fuerte. Dio su nombre al soldado que hacía guardia, y tras esperar unos minutos, otro soldado salió y le acompañó a casa del gobernador, que se encontraba a pocos metros de distancia. El edificio sólido y alargado de dos plantas tenía un aspecto sobrio, como el resto de construcciones a su alrededor.

Atravesó el zaguán. Le ordenaron que esperase en una pequeña sala de paredes desnudas. El soldado apareció de nuevo.

—Sígueme.

Al llegar ante una robusta puerta llamó, y tras cuadrarse en el dintel ante alguien que Gonçalo no vio, le hizo pasar y cerró la puerta tras él.

En la estancia, a la izquierda, sentado ante un escritorio, el escribano levantó la vista del documento y le observó por encima de los anteojos apoyados sobre la nariz aguileña. Su cara le era conocida, llevaba varios años en la colonia. Otro hombre con el cabello encanecido, cuerpo fuerte y gesto serio y autoritario interrumpió el dictado de un informe cuando le vio entrar. Nunca le había visto antes.

—¿Gonçalo Maradiaga? —le preguntó.

—Sí, disculpe, no tengo el gusto, ¿su merced es? —respondió con cautela.

—El nuevo gobernador, don Gonzalo Portillo.

—¿Qué ha sido de Márquez?

—Don Cristóbal Márquez ha vuelto a Manila, aunque eso no es de vuestra incumbencia. Lee, Gómez —le ordenó al secretario.

—Gonçalo Maradiaga, condenado a pena perpetua de galeras por la Real Audiencia de San Cristóbal de la Habana y enviado a Manila en la Nao de China para el cumplimiento de la misma. Dadas sus excelentes dotes como carpintero, su pena fue conmutada por servicio a la Corona en los astilleros de Cavite y en esta gobernación...

—Ya es suficiente, Gómez. —Y añadió dirigiéndose a Gonçalo—: Tengo entendido que vuestro comportamiento ha sido irreprochable y vuestro servicio inmejorable, a pesar de los pocos recursos con los que hemos contado. También sé que lleváis inactivo un periodo largo, en el que solo habéis realizado pequeñas reparaciones, y mi predecesor os ha permitido libertad de movimiento dentro de los límites de nuestro territorio.

Gonçalo permanecía rígido, le miraba fijamente y se atrevió a interrumpir la perorata del nuevo gobernador:

—También me prometió el indulto real.

—De eso ya hablaremos. Bien, es mi intención fortalecer nuestras estructuras defensivas, que veo muy debilitadas. Tendrá que mudarse al interior del fuerte, quiero tenerle cerca.

—Mi casa está a poca distancia, no será un inconveniente hacer lo que me pida.

—Es una orden.

—Tengo mujer e hijo.

—Podrá verles de vez en cuando, pero lo más importante es servir al Rey. Le recuerdo que es un reo cumpliendo condena. Mañana, a las cinco de la mañana, le quiero ver en el fuerte San Millán para empezar el reconocimiento y analizar las mejoras que se necesitan. Trabajaré sin descanso, día y noche, hasta que la guarnición esté en el estado defensivo digno de Su Majestad. Los herejes no tardarán en atacar. Puede retirarse.

A Gonçalo le temblaba la mandíbula, pero consiguió disimular la desazón. Tras abandonar la casa del gobernador, se dirigió a la iglesia en busca del padre Quirós.

Las falúas se deslizaban como serpientes acuáticas por el estero con cuidado de no encallar con las raíces de los mangles. Las hojas frondosas de los árboles formaban un túnel con sus entrelazadas ramas y cubrían completamente la bóveda nocturna plagada de estrellas. De vez en cuando, un rayo de luna penetraba por un resquicio entre las ramas e iluminaba brevemente los rostros

cansados de los remeros. A pesar de contar con el beneplácito de las autoridades, que se beneficiaban también del tráfico con los holandeses, Hans nunca bajaba la guardia. No sería la primera vez que habían asaltado un barco de contrabando apropiándose gratuitamente de las mercancías y pasando a cuchillo a la tripulación, recordó. Él permanecía en cubierta atento a los movimientos de las ondas negras del agua mientras las chatas iban a buscar a los compradores.

—¿Se ve algo? —preguntó Tomé a su espalda.

—Aún no.

—Yo diría que no ha ido del todo mal —comentó su amigo.

Hans le dio una palmada en la espalda de asentimiento. Era el tercer y último viaje que realizaban a la zona desde Curaçao en las últimas dos semanas. Hacía tiempo que los asentamientos españoles no recibían suministros y habían pagado con entusiasmo verdaderas fortunas por las telas, herramientas, especias y demás productos traídos desde Ámsterdam. Van der Meer solo aceptaba tratar con los agentes portugueses que formaban parte de la red de espionaje de la sociedad Emét y ejercían de nobles comerciantes en las colonias españolas. De esta forma cumplía con la WIC y recababa información para las acciones secretas encomendadas por la sociedad.

Un rumor de agua les llegó cercano.

—¿Son ellos?

—Atentos —ordenó Hans.

A ambos lados del filibote sus hombres apuntaban a las aguas oscuras con pistolas, arcabuces y miradas fieras.

—Son los nuestros, capitán —advirtió el vigía desde la cofa.

Los esquifes se aproximaron por estribor a la nave. Thiago Nunes fue el primero en trepar por la escalerilla hasta la cubierta. Rui, que lo había acompañado en la excursión nocturna, ayudó al visitante a subir al buque.

—Don Nasario, bienvenido —le saludó Hans.

—Capitán Van der Meer, siempre un placer hacer negocios con su merced —el hombrecillo de poca estatura temblaba como una hoja.

Hans le puso las manos sobre los hombros.

—No tiene nada que temer, está entre amigos.

—Lo sé, gracias —dijo el comerciante tranquilizándose un poco.

—Venga, le invito a un trago, vayamos a mi camarote. Thiago, encárgate de la guardia.

—Como mande, capitán —contestó el otro.

Mientras Hans se alejaba con el portugués, sus hombres seguían vigilando las aguas. Rui se acercó a Tomé y le susurró algo al oído.

Al poco rato, uno de los marineros convocó a los dos capitanes al camarote del capitán.

—Don Nasario, repita por favor lo que acaba de contarme.

—Sí, claro, con gusto. Hemos recibido aviso de que se aproxima un navío portugués, hace días que lo esperamos.

—¿Qué os parece? Sería una bonita presa para terminar la labor —preguntó Hans.

—Vamos a volver muy cargados, ¿crees que es prudente? Somos tan buena presa para ellos como ellos para nosotros —respondió Rui.

—Pero no saben que estamos por la zona y eso nos da ventaja, caeremos por sorpresa sobre ellos —contestó entusiasmado Hans—. Tened preparados a vuestros hombres.

—A sus órdenes, capitán —afirmó divertido Tomé.

—Esto no me gusta nada, ese Thiago se trae algo entre manos, te lo digo yo —le susurró Rui mientras volvían a cubierta a dar cumplimiento a los deseos del corsario.

—No seas paranoico, Rui —se rio Tomé.

—Don Nasario, ¿qué nos ha traído?

—Mis naves acaban de volver de Maracaibo y Cumaná con cacao.

—Excelente, hemos llegado entonces en un buen momento —respondió Hans.

—Me he tomado la libertad de negociar en su nombre con los popolucas un cargamento de palo de tinte.

—Me conoce demasiado bien, me ha adivinado el pensamiento, porque era nuestro siguiente destino. De la isla del Carmen, me imagino.

—Sí, capitán. He traído también añil y grana cochinilla, además de tabaco y maíz.

—Excelente. Por nuestra parte, hemos traído unas telas tan bellas que hasta a las señoras más feas les va a lucir. Bajemos a la bodega, el cargamento completo os puede interesar mucho.

Tras revisar la mercancía, los dos hombres volvieron a la cabina del capitán y negociaron durante una hora larga el intercambio y pago de mercancías, sellando el acuerdo con una botella de ron que compartieron pausadamente hablando de sus respectivas vidas, sus añoranzas y sus deseos para el futuro. Cuando no quedaba una sola gota en la botella, a pesar de los

intentos de Hans por escurrir los diminutos restos del elixir adheridos al cristal, salieron dando tumbos abrazados y cantando una canción de amor desdichado. Se despidieron con un apretón de manos y el portugués desapareció entre las olas llevando el preciado cargamento recién adquirido de vuelta a tierra.

La parada de la flota en isla Dominica para hacer la aguada y reponer víveres, pues aún quedaba un mes de viaje hasta Veracruz, trajo la grata sorpresa del reencuentro con Rodrigo De Vera. Con los preparativos del viaje y los últimos acontecimientos en sus respectivas vidas familiares, ni Mariana ni Álvaro habían recordado que don Rodrigo volvía en la misma flota de Indias a Nueva España. Caminaban tomados del brazo, seguidos por Sebastián y Carmelita a escasos pasos de distancia, observando el pintoresco mercado que los habitantes de la isla habían organizado para vender cuanto tenían a los visitantes que inundaban las cuatro calles del puerto con sus elegantes vestidos. Todo el pasaje se había derramado sobre el caserío, pues estaba ansioso por experimentar por primera vez en sus vidas el encuentro con el Nuevo Mundo, relacionarse con sus pintorescos habitantes y absorber los aromas del exuberante paisaje caribeño.

—¡Queridos amigos! —exclamó don Rodrigo al toparse de frente con la pareja.

—¡Rodrigo! Claro, ¿cómo pude olvidarme? Perdóname, los últimos meses antes de embarcar fueron de locura, ni tiempo tuve de pensar en nada que no fuera preparar la travesía. Es extraño que no nos encontrásemos en Garachico —le dijo Álvaro entusiasmado después de darse un abrazo.

—Tuve una indisposición y no puede bajar a tierra. Señorita Mariana, permitidme que os diga que el aire del Caribe os sienta de maravilla, habéis florecido en estos meses en los que no he tenido la dicha de contemplaros.

—Don Rodrigo, me alegro de que esté recuperado, es un placer volver a verle. Dentro de pocas semanas tendrá la oportunidad de mostrarme su hermosa tierra, lo estoy deseando —dijo Mariana.

—El placer será todo mío —le aseguró don Rodrigo De Vera mientras le besaba la mano. Después le ofreció el brazo y los tres continuaron caminando.

—No sé si habéis escuchado la curiosa historia de la mujer que alumbró a un varoncito hace unas semanas en el San Nicolás. —Y como los dos

negaron haber tenido noticias, continuó—: Pues veréis, la mujer tuvo un alumbramiento complicado y a las pocas horas de nacer su hijo, falleció.

—¡Virgen santísima! —se santiguó Mariana.

—A bordo no había ama de cría para el pequeño —continuó relatando Rodrigo—, el bebé lloraba desconsolado, día tras día se le intentaron dar caldos, pero el pequeño languidecía y su padre, desesperado, lloraba e imploraba al cielo un milagro.

—¿Y qué pasó? —preguntó impaciente la joven.

—A bordo había una perrita perdiguera que acababa de tener cachorros. Al verla una mañana el padre amamantando a sus perrillos, se le ocurrió probar con su hijo, y sí, amigos, el bebé tomó la tetilla de la perra y mamó hasta saciarse, y está cada día más robusto —sentenció don Rodrigo con una sonora carcajada ante la mirada incrédula de Mariana.

—Es una broma, Mariana, no le tomes en serio —dijo Álvaro riendo la ocurrencia de su amigo.

—No lo es, mi buen amigo, es tan cierto como que estamos aquí los tres.

—¡Increíble! —dijo Álvaro asombrado.

—¡Ciertamente un milagro! —dijo Mariana.

—¿Algo reseñable en vuestra ilustre travesía? —preguntó Rodrigo.

Mariana, apenada, miró hacia atrás. Sebastián caminaba ensimismado mirándolo todo con sus grandes ojos marrones. Bajó la voz para que el chiquillo no escuchase.

—Falleció el padre del muchachito que veis ahí detrás. De pena, parece.

—Sí, y Mariana ha decidido hacerse cargo del chico —informó Álvaro.

—Os honra tal decisión, señorita Peñaflo.

—Cualquier cristiano hubiera hecho lo mismo que yo en mi situación, pues había iniciado una bonita amistad con don Emilio y tengo mucho afecto al pequeño. Si os soy sincera, no sé muy bien cómo va a encajar el muchacho en mi nueva vida, espero que mi prometido lo acepte de buen grado.

Mariana se dio cuenta de que no debía haber mencionado a Francisco delante de Álvaro, porque sabía cuánto sufría ante la perspectiva del reencuentro. Le miró incómoda, pero Álvaro sonrió, aunque rápidamente cambió de tema de conversación.

—¿Dónde viajáis, amigo mío? —preguntó Álvaro.

—En la almiranta.

—¿Alguien ilustre a bordo?

—No tengo la fortuna de alternar con el virrey, como vosotros, pero contamos con la presencia del nuevo obispo de mi ciudad.

—¿Un nuevo obispo para la Puebla de los Ángeles? —preguntó Mariana.

—Así es. Juan de Palafox y Mendoza, aunque sus labores van más allá. El Rey le ha nombrado visitador general de Nueva España, teniendo encomendado el juicio de residencia al marqués de Cadereyta, a quien sustituirá el nuevo virrey en Ciudad de México. A bordo se comenta el carácter alegre del marqués de Villena. Será interesante verles juntos.

—Poco nos aburrirnos, Rodrigo. Está siempre ordenando todo tipo de entretenimientos a bordo —comentó Álvaro—. En algo os podría beneficiar la amistad con el señor obispo.

—Más diría yo que problemas es lo que me va a traer —dijo Rodrigo agachándose para oler unos mangos que un indio tenía sobre una manta de algodón en el suelo.

—¿Por qué ha dicho don Rodrigo que le va a traer problemas el nuevo obispo? —susurró Mariana a su joven acompañante mientras De Vera negociaba el precio de la fruta.

—Según he oído, Palafox es un gran defensor de los indios y cree en la persuasión más que en la imposición para atraer a esos salvajes a la fe verdadera. El obraje de De Vera es uno de los más grandes de la región y muchos indios trabajan en él.

—Pero estoy segura de que don Rodrigo se comporta como el hombre de bien que es.

Álvaro se guardó para sí su opinión.

Tras la ronda diurna en el Hospital de San Pedro, Francisco se encaminó a la Plaza Mayor en busca del prestamista. Al llegar a la sastrería se quedó en la puerta sin atreverse a entrar. Se apretaba las manos nervioso mientras caminaba de un lado a otro de la entrada sin decidirse. Le debía ya una fortuna por la compra de la casa, el mobiliario y los salarios del servicio, deuda que aún no había conseguido saldar. Ahora debía conseguir financiar su viaje a Veracruz, conseguir alojamiento decente para él y su prometida, pagar a los arrieros el transporte de los equipajes, conseguir un carruaje y llenar la despensa para impresionar a Mariana. Se daba cuenta de que tal vez había sido demasiado entusiasta en sus cartas respecto a su estatus económico y social. Era respetado y atendía a familias de cristianos viejos de la ciudad,

pero la mayor parte de su tiempo se lo llevaban los pobres y los indios, y el salario que le había asignado el cabildo por el servicio en el hospital era exiguo. Tal vez tendría que haber sido más abierto con ella, pero ya era tarde. Quería impresionarla.

La mujer del sastre, que charlaba con una vecina en el interior, le vio pasearse ante la puerta y avisó a su marido.

—Santos, Santos, ¿me oyes?

—¿Qué pasa, mujer? —dijo su marido desde la trastienda.

—Creo que el físico ha venido a buscarte.

Santos salió de la trastienda y se asomó a la puerta de la sastrería. Francisco seguía cavilando.

—Don Francisco, ¿me buscaba?

—Ah, buenos días, Antunes —contestó cohibido—. Sí, creo que sí. ¿Podemos hablar en algún lugar discreto?

—Pase por aquí.

Francisco entró a la sastrería siguiendo al portugués, saludó a la señora Antunes y a su acompañante y se perdió en el interior de la tienda, que servía también de vivienda. La casa era estrecha. Por una escalera disimulada tras una cortina se subía a las plantas superiores, donde Antunes desempeñaba otras labores comerciales distintas a la sastrería. Francisco no sabía cómo, pero Santos Antunes conseguía lo imposible para sus clientes, entre los que se encontraban los notables de la ciudad, la curia y todo el que tuviera dinero para pagar sedas y porcelanas chinas, pulsera y aretes de coral, alhajas de oro y plata con incrustaciones de jade y prendedores tallados, los productos más especiales llegados de todos los rincones de las Indias.

—Usted dirá —dijo Santos Antunes tomando asiento en una rústica silla de madera.

—Pues verá, necesito otro préstamo —soltó Francisco de golpe.

—Le recuerdo que aún no ha pagado el capital que le presté hace más de un año.

—Lo sé, lo sé. Mi prometida está de camino, en pocas semanas llegará a Veracruz, llevamos más de tres años sin vernos y quiero que todo sea perfecto para su llegada. Me entiende, ¿verdad?

El hombre de ojos vivarachos le observó calculando el riesgo que estaba asumiendo. Conocía la reputación intachable del galeno, y también era consciente de que se había entregado en cuerpo y alma a frenar la maldita peste que amenazó con exterminar a los indios y que en ese tiempo no había

dado servicio privado a las familias pudientes de la ciudad, tal vez nunca pudiera saldar la deuda. Pero él y su mujer envejecían, y sin hijos que pudieran velar por ellos, su amistad con el médico podría ser fundamental.

—Le entiendo —dijo al fin—. ¿Es bella su prometida? —preguntó para relajar un poco la conversación.

—La mujer más hermosa que yo haya visto —afirmó Francisco con vehemencia.

—¿Y cuándo dice que van a casarse?

—Espero que podamos contraer nupcias en cuanto llegue.

—Supongo que tiene un regalo de bienvenida digno de la dicha que le espera a su lado.

—No había pensado en ello. Antes de partir acordé con su padre la dote y el ajuar. Tiene razón. Pensé que la casa que he adquirido sería su regalo de bodas.

—Voy a enseñarle algo.

Santos abrió un cofre y sacó unos pendientes azules como las aguas transparentes del Caribe. Francisco se quedó boquiabierto observando el embrujo brillante que desprendían las piedras.

—Nunca había visto unas piedras de semejante color —afirmó acercando las yemas de los dedos a las piedras sin atreverse a rozarlas.

—Son topacios —aclaró Antunes.

—¿De dónde vienen?

—De unos yacimientos en Brasil. Creo que sería el regalo perfecto para su prometida —afirmó el sastre.

—No creo que pueda permitirme una adquisición así en varias vidas.

—Hagamos algo. Sé que sus ingresos no son muy elevados y los gastos de su vida conyugal van ir en aumento, así que hagamos un trueque. El préstamo y los pendientes por sus servicios vitalicios como médico hasta la muerte de mi esposa y la mía y su discreta cooperación en una empresa delicada en la requeriré que sea mis ojos y oídos.

—¿De qué se trata?

—No puedo darle ningún detalle por el momento —respondió con reserva Antunes.

—Necesito saber de qué empresa delicada habla antes de aceptar.

Antunes metió los pendientes en una pequeña caja de seda bordada y se los tendió. Francisco se quedó mirando fijamente la caja durante algunos minutos. Sentía que estaba siendo tentado por el diablo. La mirada confiada y

cálida de Santos le desarmó y terminó tomando la caja y metiéndosela en el bolsillo del jubón.

—Está bien —dijo al fin, vencido por las circunstancias.

—Excelente. Le mandaré recado a su casa cuando requiera de sus servicios. Pase esta tarde por la sastrería, tendré el dinero preparado.

—Espere, no le he dicho cuánto necesito.

—Me lo imagino, no tendrá apuros, descuide.

El Santa Catalina descansaba fondeado en una pequeña ensenada cerca de puerto Cabello, tal y como había asegurado el comerciante Nasario. Cuando el manto de la noche se hubiese desplegado sobre el cielo cubriéndolo todo de oscuridad, se aproximarían las barcas a puerto para avisar de su llegada e iniciar el intercambio comercial auspiciado por las autoridades coloniales. Los contrabandistas portugueses viajaban regularmente a la zona y se habían convertido en principales proveedores de las haciendas cercanas. Hans esperaba ese momento en que las fuerzas en la nave quedaran mermadas para hacerse más fácilmente con la presa.

Varios hombres del capitán Van der Meer desembarcaron en tierra y corrieron entre la maleza hasta la zona entre el puerto y la ensenada. Escondidos entre la exuberante vegetación tropical, se apostaron para vigilar el retorno de los bajeles portugueses. Debían encender una antorcha si así sucedía. Mientras tanto, los esquifes holandeses surcaban las olas sigilosamente mientras las nubes frondosas ocultaban la luna menguante sumiendo en tinieblas los contornos del barco. Hans encabezaba el asalto junto con Tomé por uno de los flancos, mientras Thiago y Keled lo hacían por el flanco contrario. Rui había permanecido con algunos hombres en el filibote holandés, guardando la carga.

A la señal convenida, los piratas holandeses lanzaron los ganchos y treparon con habilidad y velocidad por el casco de la nave. Se lanzaron silenciosamente contra los marineros que salieron a su paso, cortando cuellos y clavando puñales. Se oyó un grito del vigía intentando dar la voz de alarma. Keled le lanzó su daga mora, que le entró por la boca abierta y se quedó clavada en la garganta, ahogando en un estertor sangriento el alarido del sujeto. El hombre se desplomó sobre la cubierta desde la cofa y se reventó la cabeza contra el entablado. Como Hans había previsto, eran pocos los hombres a bordo. A Tomé le parecieron demasiado pocos. «Rui me ha

contagiado su paranoia», pensó. El resto, al ver el arrojido de los atacantes, se rindió. Van der Meer mandó levar anclas mientras uno de sus hombres encendía una antorcha y hacía señales para que los vigilantes en tierra abandonaran sus posiciones y volvieran al filibote. Una vez al timón, puso rumbo al este, alejándose a toda vela de la costa.

Thiago, siguiendo las órdenes de Hans, fue a inspeccionar la nave. Al cabo de veinte minutos se presentó ante su capitán para informarle.

—¿Qué hay en las bodegas, Thiago? Dame una buena noticia.

—La mejor noticia posible, mi capitán, vamos a sacar una buena tajada con el cargamento. Negros, capitán, ¡decenas de negros y en buen estado! — exclamó entusiasmado.

—Es un barco negrero —susurró Hans mientras sus ojos se encontraban con los de Tomé.

Se habían alejado lo suficiente del puerto para evitar que los colonos españoles saliesen en su búsqueda. A lo lejos se veía una luz anaranjada, como una luciérnaga en la oscuridad reinante, que pretendía guiar el rumbo de Hans hacia el filibote. Hans iba concentrado, agarrado con fuerza al timón. Cuando estaban a menos de una legua de distancia y ya se intuía la mole oscura del buque holandés, el capitán hizo virar de repente la nave poniendo rumbo hacia la costa. Thiago Nunes, que había permanecido junto a Hans, Tomé y Keled, le observaba sorprendido.

—¿A dónde nos dirigimos, capitán? —preguntó.

Hans no contestó inmediatamente.

—Keled, asegúrate de que esos hombres reciban algo de comida y agua. Intenta hacerles entender dónde se encuentran y qué tienen que hacer, y luego prepara los botes —ordenó.

—Ahora mismo, amo —contestó Keled entendiendo la orden a la perfección y desapareciendo por la trampilla hacia las bodegas.

—Capitán, ¡no pensará dejarles en libertad! —exclamó Thiago.

—Eso es justamente lo que pretendo hacer.

—Pero... pero...

—Thiago, mis órdenes no se discuten —sentenció Van der Meer sin dejarle continuar y dirigiéndose después a Tomé—. Toma el timón y manda a avisarme cuando estemos cerca de la costa, estaré en la cabina de popa —dijo Hans desapareciendo a grandes zancadas.

A los pocos minutos Keled informó a Hans de que entre los esclavos había dos que hablaban perfectamente portugués, y que eran usados como intérpretes por los negreros para dar las instrucciones a los nuevos esclavos. Con su ayuda les había hecho entender que se encontraban muy lejos de su tierra y que debían huir y esconderse. Los intérpretes al principio no entendían qué quería decir. Keled les había enseñado la marca que llevaba en la piel.

—Fui esclavo también, pero ahora soy un hombre libre, mi amo no esclaviza —les había asegurado.

—Están muy asustados, no saben nadar.

—Los llevaremos en los esquifes hasta la playa —le aseguró Hans.

—Me ha preguntado uno de los intérpretes si puede quedarse con nosotros.

—Baja y diles que quien quiera permanecer a mi lado y servirme, podrá hacerlo, tendrá comida y un lugar donde guarecerse, pero deberá estar dispuesto a morir a mi lado si hace falta.

Keled asintió y salió del camarote.

Hans revisaba las cartas náuticas y los papeles que había desperdigados encima de una gran mesa de madera maciza. Sin poder evitarlo, su mente se llenó del olor putrefacto de esos cuerpos negros hinchados de agua, ahogados en la sentina. Los negros no tienen alma, escuchó de nuevo rebotando en su mente, pero saberlo no le había llenado de consuelo la conciencia. No entraría en el negocio negrero, se había prometido ante los rostros desfigurados de los desdichados, y a pesar de las presiones había permanecido tozudamente firme en su decisión. Le llegó el sonido de gritos y carreras. «Nos atacan», pensó. Rápidamente, sacó su pistola del cinto y desenvainó la daga. Salió de la cabina y avanzó despacio, agachado. Le llegaba el ruido de forcejeos y choque de espadas, y tras unos minutos de enfrentamiento, silencio. Siguió avanzando. Alcanzó a ver a Tomé. Uno de los marineros del Santa Catalina le tenía agarrado por el cabello y sostenía un cuchillo pegado a su cuello. Delante de él uno de los piratas portugueses parecía estar hablando con él. Al darse la vuelta, reconoció al sujeto.

—¡Duarte! No puede ser —exclamó en un susurro.

Tenía la barba crecida y estaba más delgado. Dudó por un instante. Entonces escuchó su voz. Sin duda, era Duarte. Arengaba ahora a los hombres de Van der Meer. A su lado estaba Thiago Nunes.

—Soy el capitán Duarte da Rocha Tavares, esta es mi nave. Algunos me conocéis bien, pues no hace mucho serví con vosotros a las órdenes de Van der Meer. Vuestro capitán ha perdido el norte, se le ha ablandado la sesera con el sol. Uníos a mí y hoy no moriréis.

—¡Traidor! ¡Muerte al traidor! —gritó Tomé desde atrás. El pirata que le tenía inmovilizado le asestó un golpe en la cabeza y cayó al suelo.

Hans no pudo aguantar más y se plantó delante de Duarte. Por un momento, el temor y la duda asomaron en los ojos del pirata traidor. No le

recordaba tan alto ni tan fuerte, pero sí se acordaba bien de lo despiadado que era su antiguo jefe con los que le traicionaban.

La voz de Hans retumbó como el trueno en la tormenta.

—Vaya, vaya, ¿a quién tenemos aquí? La rata se cree capitán —y descargó una lluvia de carcajadas que contagiaron a todos sus hombres.

Duarte se sentía apabullado ante la presencia imponente del corsario y su magnetismo envolvente.

—Y bien, ¿quién quiere unirse a esta rata miserable? —rugió Hans con toda su potencia de voz, mirando uno por uno a todos sus hombres.

Nadie se movió, nadie osó respirar.

—Atrapadle —dijo Duarte con voz chillona.

Pero ninguno de los piratas portugueses respondió a su súplica.

Los hombres de Hans empezaron a forcejear con los piratas, pero eran minoría y estaban desarmados. Hans caminaba despacio, tranquilamente, dueño de sí mismo y de todas las almas que había sobre la nave.

—Yo tengo otra propuesta para vosotros. Entregadme a la rata de vuestro capitán y os perdonaré la vida.

Se oyeron murmullos entre los marineros. Duarte permanecía paralizado y esta vez fue Thiago quien habló.

—¡Yo me uno al capitán Da Rocha!

El silencio se hizo en la cubierta del Santa Catalina y todos contemplaron sorprendidos a Thiago Nunes. Volvió a oírse la voz rota de Tomé desde el suelo.

—¡Traidor!

Ahora numerosas voces lo secundaron y se oyeron exclamaciones e insultos. Thiago continuó con incomodidad:

—¡Os voy a decir por qué! —dijo alzando la voz por encima de los murmullos hasta que se hizo de nuevo el silencio y pudo continuar—. El capitán Van der Meer nos ha traicionado. Nos corresponde una parte del botín de las naves apresadas, ¿no es así?

—Sí, sí, así es —respondieron al unísono varias voces.

—Pues bien —continuó—, nuestro capitán pretende dejar en libertad a los negros que hay en la bodega, con los que conseguiríamos una fortuna.

Los hombres de Hans se miraron desconcertados y Thiago aprovechó su triunfo para darle la estocada final.

—Pues no solo nos priva de lo que es nuestro, sino que también pone en peligro nuestra subsistencia al desobedecer las condiciones de su patente de

curso. Si permanecéis con él, seréis perseguidos por quien ahora os protege. ¡Uníos al capitán Da Rocha! —gritó Thiago.

En ese momento se escuchó un disparo y Thiago Nunes cayó fulminado de espaldas ante los ojos atónitos de Duarte. Hans, aún con el brazo extendido, sostenía firmemente el pistolón humeante.

—¡A muerte! —gritó Van der Meer, lanzándose hacia adelante y disparando certeramente a los hombres de Duarte.

—¡A muerte! —dijo Tomé, quien se incorporó, le arrebató el cuchillo al pirata que le había golpeado y se lo clavó en el pecho ante sus asombrados ojos.

Los hombres de Hans reaccionaron ante la señal y con las manos desnudas se liaron a puñetazos contra sus enemigos. En ese instante, una peste negra empezó a salir a borbotones de las entrañas de la nave e invadió de hedor todos los rincones del buque. Keled lideraba a los negros contra los esclavistas, que desnudos y a mordiscos se abalanzaban sobre los piratas, descargando toda su ira contra esos desalmados que les habían arrancado de sus familias y convertido en carne putrefacta.

El enfrentamiento duró pocos minutos. Los hombres de Hans gritaban eufóricos:

—¡Muerte! ¡Muerte!

Van der Meer asintió y sus marineros pasaron a cuchillo a los supervivientes de la contienda, lanzándolos después por la borda.

Duarte había permanecido ovillado en un rincón, esperando que un rayo partiera por la mitad a Hans, pues sabía que esa sería la única forma de acabar con él.

Keled le agarró por el pelo y le arrastró hasta donde se encontraba Hans bajo el palo mayor.

—¡Rata apestosa! ¿Para quién trabajas?

Hans le agarraba por la camisa con las dos manos, y la cabeza de Duarte le llegaba a la altura del cuello, pues era mucho más bajo que él.

—No sé de qué me hablas —dijo Duarte desafiante.

—Todos sabemos lo inútil que eres, no ha sido idea tuya esta encerrona. ¡Habla!

Duarte guardó un testarudo silencio mientras permanecía con los ojos bajos, mirándose la punta de las botas. Hans giró a su alrededor amenazante. Sus hombres volvieron a chillar alzando las espadas y los machetes, «¡muerte!, ¡muerte!». Su capitán alzó el brazo pidiendo silencio. Nada se oía,

salvo el rumor del mar golpeando contra el casco y la pesada respiración del traidor. Todos contuvieron el aliento.

—*¡Kielhalen!* —sentenció Hans.

Y estallaron de nuevo los gritos de euforia de los marineros.

—No, no, la quilla no, te lo suplico, por lo que más quieras, por la amistad que nos unió.

—¿Para quién trabajas? —volvió a preguntar Hans zarandeándole.

Duarte apretó los dientes encerrando la lengua en una jaula de marfil podrido. Ante su obstinación, Hans volvió a gritar enardeciendo a sus hombres:

—*¡Kielhalen!*

Esta vez, a Duarte se le amorató la cara de la rabia, cogió a Hans por el brazo y le atrajo hacia sí.

—Yo solo trabajo para mí mismo. Tengo a la puta de tu madre en mi poder, y si me matas, ella morirá.

Hans, con una mano, levantó a Duarte por el cuello a un palmo del suelo y lo sostuvo en alto durante unos segundos interminables, Duarte pataleaba intentando liberarse de la garra.

—¡Habla! ¿Dónde está? —preguntó lanzándole contra el suelo.

—Déjame libre y viviré, mátame y mis hombres la violarán cien veces antes de dejar que se desangre como una cerda —le aseguró Duarte a cuatro patas en el suelo, mientras escupía sangre sobre la tarima.

—¡Mientes, bellaco! —gritó Hans asestándole una patada en la tripa.

Los hombres de Hans seguían gritando y celebrando el triunfo.

—¡Traedme la soga! —ordenó el corsario.

Tomé le tomó un momento por el brazo.

—¿Y si es cierto?

—Cuando mi madre desapareció, Duarte era un piojoso hambriento. Él no tuvo nada que ver en su marcha.

—¿Y si sabe dónde está? —insistió Tomé.

—Me arriesgaré.

Duarte se desgañitaba insultando a Hans, maldiciendo mientras forcejeaba con los hombres que le ataban de pies y manos y le enrollaban a la cintura la soga que tenían agarrada varios marineros. Le empujaron hasta el flanco de la nave y le subieron en vilo a la barandilla de madera.

Duarte lo intentó por última vez:

—Te diré dónde está, te lo juro, piedad, capitán.

Hans le miró intensamente. Solo de imaginar que algo le hubiera podido ocurrir a su madre se le congelaba la sangre y la rabia se le agarraba en el estómago. Para quien trabajara Duarte estaba también detrás de la desaparición de su madre, ella no les había abandonado por propia voluntad. Ese estúpido le había dado más información de lo que imaginaba.

—Muerte —ordenó.

Sus hombres tiraron de la soga y Duarte se sumergió en la oscuridad acuosa arrastrado hacia la quilla del Santa Catalina. Pocos minutos después la pálida luz de la luna iluminaba su cabeza flotando solitaria sobre las aguas oscuras.

—Es larga la amistad que nos une.

Su interlocutor apenas se inmutó. Le escrutaba con los ojos aún más entornados, sin mover un músculo de la cara que delatara algo de lo que estaba pensando. Carraspeó incómodo y esperó a que el sangley pronunciara palabra. Sus encuentros eran siempre inesperados, era el único al que se le permitía entrar armado al fuerte. Los dos sabían a quién representaba y eso era suficiente para que al gobernador le temblara el párpado derecho cada vez que le tenía delante. Al cabo de varios minutos de silencio, continuó.

—La presencia española en la isla nos incomoda, y tampoco creo que para los suyos tenga ninguna ventaja. Los continuos bloqueos a los que hemos sometido a Manila nos desgastan y a lo largo de los años los resultados han sido muy escasos. Es imperativo que les expulsemos. Y, una vez más, requiero su colaboración.

—El señor Long recibió su carta y está de acuerdo —dijo escuetamente.

El gobernador Tradenius respiró aliviado. Creyó percibir una sonrisa en los ojos brillantes del fujianés.

—Sin embargo, las condiciones no le satisfacen —sentenció el sangley.

Los dos hombres se miraron midiendo las fuerzas de sus respectivos imperios. Sin lugar a dudas Zheng Zhilong era el dueño de los mares del Sur. Con su ejército pirata de cuatro mil almas, su red de espionaje y su flota de más de mil sampanes, era un aliado imprescindible y un enemigo temible, recapacitó Tradenius. Había pasado de convertirse en el heredero del pirata Lin Dan, con el que se decía que mantuvo un romance, y hacer fortuna saqueando las costas chinas, a ser nombrado por la dinastía Ming como capitán general de los mares del Sur y a defender los intereses de los

mandarines en la región. Era una serpiente venenosa, imposible de amaestrar. Tenerle cerca era siempre un riesgo.

—¿Y qué propone? —preguntó finalmente el holandés.

—Se lo hará saber.

—¿Cuándo?

El sangley se levantó, y dando media vuelta, se dirigió hacia la puerta.

—Espero que los compatriotas que me pidió proteger se encuentren cómodos entre nosotros —sonrió el gobernador a su espalda.

Roujie apretó la mandíbula, sabía la carta que le había repartido al holandés y ahora le hacía entender que estaba dispuesto a usarla para conseguir lo que ansiaba. No tenía opción, al menos por ahora. Sin decir palabra, salió decidido del despacho en busca de sus padres.

El fuerte Zelandia era un refugio rojo en medio del verdor de isla Hermosa. Protegía con sus murallas, baluartes y cañones la ciudad de Orange. Intramuros asemejaba a una pequeña ciudad costera de la República de las Provincias Unidas. Se hablaba holandés y portugués, se vestía a la sobria moda protestante, en la que imperaba el negro, y se mantenía una estricta observancia de la disciplina militar y religiosa. La mayor parte de sus habitantes eran soldados, pero también había varias familias de colonos llegados de Batavia, clérigos, esclavos negros, algunos nativos que servían de intérpretes y un matrimonio sangley, sus padres, que regentaba un pequeño comercio.

Cruzó la plaza pentagonal y se reunió con sus secuaces, que cargaban varios fardos. Les hizo un gesto con la cabeza para que le siguieran. Se pararon ante un pequeño establecimiento donde en un cartel de madera labrada, bajo el rótulo tienda, se anunciaba en chino y en portugués los principales productos que se vendían. Una sábana cubría el acceso para impedir la entrada de mosquitos. Roujie retiró la tela con una mano y asomó la cabeza:

—*Baba, mama* —dijo llamando a sus padres.

Del interior le llegó la dulce voz de su madre, quien salió secándose las manos en un delantal.

—¡Roujie, hijo! —dijo abrazándole—. Pasa.

—Madre, os traigo las mercancías que padre me encargó en mi último viaje. Por cierto, ¿dónde está?

—Ay, hijo, partió hace varias horas a los arrozales con unos soldados a negociar la compra de arroz. El gobernador se empeñó, dijo que si los

amarillos sabían de quién era padre seguro que conseguirían mejores precios. ¿Puedes esperarle? Le apenará mucho saber que no ha podido verte.

—Lo sé, madre, pero no puedo quedarme. No os preocupéis, volveré pronto.

—Pero tienes tiempo para un té, ¿no?

—Claro, madre.

—Que pasen tus amigos también —dijo aliviada y señalando a los muchachos que le acompañaban.

Roujie los contempló un momento. Tendrían su misma edad, incluso eran más jóvenes, y al igual que él, llevaban varios años sirviendo a Zheng Zhilong. ¿Quién sabía cuánto hacía que no habían visto a sus madres, si es que aún estaban en este mundo? Llegaban a la costa huyendo de la miseria y del ejército del emperador, que saqueaba y quemaba los pueblos opositores, violando y asesinando a mujeres y niños. Long era capaz de ver el fuego en su mirada, un brillo especial que solo poseían algunos, y a los que aceptaba en su tropa pirata. No tenían miedo a la muerte y sí una sed de venganza insaciable, de sacarse del pecho la rabia y odio. Eso les convertía en excelentes piratas, fieles a su jefe y sujetos sin piedad capaz de matar sin contemplaciones. Veían el rostro del violador de sus hermanas y la cara del asesino de sus padres repetidos en cada víctima. Long lo sabía y alimentaba su rencor dándoles infinitas oportunidades de dar rienda suelta a su ira. Sin embargo, Roujie era capaz de ver que esos hombres, tras la mirada fiera, ocultaban una nostalgia dolorosa de una vida rodeada de sus seres queridos, del abrazo de sus madres.

Les hizo un gesto de aprobación para que aceptaran la invitación de Meilin. Bajando la cabeza en señal de agradecimiento ante la señora Xu, fueron entrando uno a uno al interior de la tienda.

Agotado tras la larga jornada, se dejó caer en el jergón pulgoso que el gobernador había mandado poner en una esquina del cuarto comunitario de los soldados. Quería tenerle siempre a mano por si en mitad de la noche se le ocurría alguna reparación urgente. Gonçalo entendía perfectamente el estado de actividad del nuevo gobernador, no era la primera vez que lo veía. Como él, sus predecesores habían llegado a isla Hermosa ocupando la cúspide de sus carreras militares o civiles. Llenos de ilusión, atracaban en San Salvador pensando encontrarse una colonia en expansión y con grandes posibilidades de crecimiento. Era mucho lo que se podía hacer y lo intentaban antes de

golpearse contra el muro infranqueable del obstinado Corcuera, que quería a toda costa dismantelar el asentamiento, aun sin conocimiento de su Rey, o al menos eso era lo que afirmaba el gobernador Márquez, que se lo había confesado una noche de borrachera. El nuevo gobernador se dedicaba con ahínco a mejorar las estructuras defensivas, a reunirse con la docena de colonos que habían permanecido en la exigua colonia para convertirlos en auténticos ciudadanos de una naciente y grandiosa ciudad, a motivar la labor de los religiosos que desde 1626 daban la vida por convertir al evangelio a los salvajes caníbales cazacabezas de la zona, en pocas palabras, a demostrar su autoridad suprema sobre todas las almas de isla Hermosa. «El culmen de su carrera o su tumba», pensó Gonçalo. También era cierto que el gobernador Portillo no iba a dejarse ganar tan fácilmente por las adversidades. Estaba seguro de que en esos momentos estaría repasando los planos de las fortificaciones y dándole una y mil vueltas a la estrategia defensiva por si atacaban los sangleyes, los japoneses o los holandeses.

Le había escuchado arengar esa mañana a los soldados sobre el valor y la entrega a la patria, narrándoles las condiciones adversas en las que había obtenido la victoria para su católica majestad contra los moros de Mindanao. Alardeaba de la buena relación que tenía con Sebastián Hurtado de Corcuera, gobernador de las Filipinas, al que conocía de años y a cuya sombra había progresado, y seguro estaba de obtener de él todo lo que precisara la colonia. Gonçalo debía entregarle una lista de los materiales que requería para las ampliaciones que pretendía realizar, lista que pensaba remitir a Manila en el próximo socorro. En un año pensaba convertir San Salvador en el estandarte defensivo de todas las posesiones del rey Felipe IV. El cansancio le fue venciendo y dejó de escuchar los sonoros ronquidos de sus compañeros de cuarto.

Gonçalo oyó al corneta tocar a pleno pulmón. Escuchó maldecir cerca:

—Hijo de mil putas, deja de tocar, que ya nos hemos enterado —berreó un soldado por encima de los insultos del resto de compañeros.

El cuarto estaba oscuro y el sol aún no había aparecido en el firmamento. Gonçalo no se movió, sentía que apenas había cerrado los ojos, no recordaba haber soñado y se notaba tan cansado que estaba seguro de que no había dormido ni una hora. La disciplina militar también se había intensificado desde que llegara Portillo.

—Maestro carpintero, maestro carpintero —notó que le zarandeaban y le sacaban del sueño en el que había vuelto a caer al cesar el estruendo del

corneta—. Maestro carpintero.

—Sí, ¿qué pasa? —dijo sin abrir los ojos y girándose hacia un lado.

—El gobernador le llama, quiere verle en su despacho inmediatamente.

Como viera el muchacho que Gonçalo no reaccionaba, volvió a zarandearle.

—Ya me he enterado, corre y dile al señor gobernador que estaré ahí enseguida, ve, corre —le dijo desperezándose y rascándose las ronchas de las piernas.

Saludó a algunos de los soldados con los que había trabado cierta relación en esos años y que pronto estarían pidiendo volver a Manila escapando de los bríos de Portillo. Se lavó la cara con el agua de un barril y se puso en marcha hacia la casa del gobernador.

—Ah, Maradiaga, ya era hora, pase —dijo el gobernador.

El maestro carpintero se quedó de pie esperando a que Portillo terminase con su secretario.

—¿Por dónde íbamos, Eusebio?

El escribano leyó:

—A tenor de lo expuesto, es de fuerza mayor reforzar nuestras estructuras defensivas así como recuperar la fortaleza de Tanshui, pues...

—Pues —continuó Portillo— es cuestión de tiempo que nuestros enemigos se asienten en la zona e intenten un avance hacia San Salvador apoyados por los nativos, quienes se han vuelto más belicosos hacia nuestra presencia en la isla desde que hemos abandonado dicha posición. ¿Tenéis la lista que os pedí? —dijo de pronto dirigiéndose a Gonçalo.

Maradiaga tendió al secretario un pergamino enrollado.

Continuó el gobernador:

—Adjunto envío a su merced una lista de los materiales de construcción que necesitamos para el cometido anteriormente expuesto, solicitando un refuerzo de cincuenta soldados para cumplir la misión que me encomendara y que acepté como el más grande honor que haya podido otorgarme. Se despide... ¿Lo tienes todo, Eusebio?

El hombrecillo repasó la carta línea por línea a través de sus diminutos anteojos y se la entregó al gobernador para su firma. Portillo se inclinó sobre el escritorio y rubricó su firma con el mismo brío con el que estaba dirigiendo la colonia.

—Maradiaga, prepárese, partimos al fuerte San Luis en una hora. He estado revisando los planos y debemos reforzar esa posición perentoriamente,

quiero hacer una inspección profunda.

Gonçalo asintió, se despidió y en cuanto cerró la puerta a sus espaldas salió corriendo de la casa del gobernador en dirección al poblado taparri. Llevaba varias semanas sin ver a Inés y a su hijo, y aunque había intentado sobornar a la guardia, Portillo había sembrado el pánico y nadie osaba contradecirle, por lo que no había podido escaparse por las noches. Una hora era un tiempo precioso que no pensaba desaprovechar.

Enterrada la ejecución de Duarte en lo más profundo de su conciencia, Hans departía animadamente con los comerciantes y militares que el gobernador Tolck había invitado a su cena de despedida de Curaçao. Los caballeros disfrutaban de ron y cigarros en la biblioteca del palacio de Gobernación, rodeados de grabados y pinturas de batallas navales. El capitán Van der Meer acababa de narrar cómo habían apresado el navío portugués, el Santa Catalina, al resguardo de la noche sin causarle el menor daño, aunque por desgracia los portugueses habían desembarcado ya la mercancía en bajeles y encontraron las bodegas vacías, les había asegurado.

—Me alegra saber que ha tenido que lamentar pocas bajas en el asalto — afirmó el gobernador.

—Es un navío espléndido que seguramente dará mucho servicio a la compañía —comentó Petrus Stuyvesant, mano derecha del gobernador.

—Déjeme decirle que su astucia es impresionante y no me extraña que su merced se esté convirtiendo en una leyenda, algunos creen que es inmortal — le dijo a su vez Jacob Lopper, otro miembro del consejo administrador de Curaçao.

Hans rio la ocurrencia de sus acompañantes.

—Según tengo entendido, sus andanzas empezaron siendo el capitán Van der Meer muy joven y de la mejor manera posible, ¿o me equivoco? — preguntó el gobernador.

—No se equivoca, Su Excelencia, pero no quiero aburrirles con hazañas de las que solo fui espectador casual —afirmó Hans.

Tolck insistió:

—No sé si lo saben, pero el capitán Van der Meer iba a bordo de la capitana de Piet Heyn cuando atrapó la flota española de la plata en 1628 y fue de los pocos que pudo entender las palabras que Heyn les dedicó a los prisioneros en español.

Hans esbozó una sonrisa incómoda e intercambió una mirada con Tomé.

—Cuéntenos, capitán, aunque todos hayamos oído hasta la saciedad la gran hazaña, por lo menos yo nunca he oído el relato de boca de un testigo directo —afirmó Stuyvesant.

Otros invitados se unieron a la petición y Hans terminó cediendo. Así que asumió el tono jocoso que solía dedicar a sus narraciones y comenzó.

—Aquí, mis capitanes Tomé da Silveira y Rui Gomes Ataíde, y yo, llevábamos desde los siete años intentando embarcarnos en alguna aventura digna de los mejores capitanes del Almirantazgo. Por fortuna para nuestras madres, nuestras aventuras siempre terminaban con un tirón de orejas por parte del pescador de turno que nos encontraba escondidos entre sus redes de pesca. Llegábamos a casa cabizbajos y avergonzados de nuestro mal ojo para elegir el barco y apestando a pescado —los invitados se echaron a reír—. Mis queridos amigos hace tiempo que me perdonaron el no haberles avisado de mis intenciones y embarcarme solo en mi aventura, pues no quería hacerles partícipes de mi fracaso si ese era el caso. A mis doce años estaba dispuesto a tomar las riendas de mi destino. Recuerdo que pasé semanas en el puerto observando las naves, hasta que elegí la que habría de llevarme lejos del hogar. No me pregunten sus mercedes cómo llegué a donde llegué, pues mi recuerdo es muy confuso, mareos, vómitos, creo que a lo largo del año que estuve fuera de casa pasé todo tipo de calamidades, y de pulquería en pulquería y de puerto en puerto terminé, solo Dios sabe cómo, en aquel barco. Como tenía poca experiencia marinera previa, limpiaba y ayudaba como pinche al cocinero del buque. Cuando se descuidaba Pascual, que así se llamaba el buen hombre, me escabullía y observaba las maniobras en la nave. De lejos seguía los pasos del capitán, sin saber de quién se trataba, grabando en mi memoria cada movimiento. Por desgracia, caí enfermo y a punto estuve de no volver a ver a mis amigos. Cuando desperté de las fiebres que me tuvieron postrado una semana, no podía dar crédito a lo que veían mis ojos. La cubierta era un hervidero de actividad, el capitán daba órdenes a voz en grito, a nuestro alrededor cientos de naves, o eso me pareció a mí, perseguían las velas españolas cuyos estandartes se veían cada vez más cerca. Aquellos infelices eligieron la peor de las maniobras cuando, para escapar de nuestro acecho, decidieron entrar a refugiarse en la bahía de Matanzas, cuyos bancos de arenas jugaron a nuestro favor, impidiéndoles ponerse a resguardo y virar sus buques en posición defensiva.

Hans cerró los ojos abandonándose a la sensación de triunfo que hubiera sentido de haber, en verdad, estado allí, mientras sus oyentes contenían el aliento para no perder detalle de la narración. Tomé sonreía cómplice. Rui seguía tan impresionado como el día en que Hans apareció en la *yeshiva* después de una larga ausencia, más flaco y con profundas ojeras violáceas bajo los ojos, y les contó dónde había estado. Tomé, como siempre hacía, apoyó vehemente su historia y desde entonces Hans se convirtió en el líder del grupo de muchachos que un día lo dejarían todo para hacerse cazadores de mar.

Veracruz, 24 de junio del año de Nuestro Señor de 1640

A las ocho de la mañana el vigía de la nao capitana Nuestra Señora de la Concepción anunció con un grito lleno de expansivo júbilo la ansiada y definitiva «¡tierra!». La marinería se volcó a cubierta entusiasmada, mezclándose en un solo grupo con los pasajeros, que sin haberse siquiera quitado las camisolas de dormir corrieron a presenciar la aparición de la delgada línea arenosa en el horizonte. Se abrazaban y daban gracias a Dios, pues el viaje estaba a punto de llegar a su fin. A coro iban cantando y señalando a los ojos que por primera vez contemplaban esos parajes los contornos conocidos de Nueva España: al sudeste, el volcán de Orizaba; después, el cofre de Perote y las sierras de la Villa Rica; por babor, las sierras de San Martín.

Largas se hicieron las horas de espera esa mañana. Parsimoniosamente caía la arena de la ampolleta marcando el pasar del tiempo. Las naos mantenían la formación surcando las mansas aguas del mar del norte. Largas horas para acicalarse y engalanarse repasando incansablemente el atuendo y el equipaje. Cada vez que cantaba el grumete las medias, numerosas personas se asomaban una vez más a otear el horizonte. Finalmente, tras setecientas cincuenta leguas recorridas desde que zarparan de Dominica hacía un mes, se avistó el castillo de San Juan de Ulúa, que saludó la llegada de la flota con un cañonazo y veinte salvas de artillería.

Mariana se aferraba con fuerza al maderamen. Había conseguido hacerse un hueco en primera fila entre los ansiosos compañeros de viaje que saludaban desde cubierta las grandes manifestaciones de júbilo que les llegaban de la costa. Ella recorría con la mirada los rostros borrosos por la distancia de los habitantes de Veracruz en busca de Francisco.

—¿Habrá venido? —se preguntó en voz alta.

—¿Quién, querida? —sonó una voz gruesa a su derecha.

—¡Ay, doña Simona, qué susto me ha dado! No me había dado cuenta de que estaba a mi lado —se quejó Mariana.

—Por fin vamos a salir del encierro. Pasarán muchos años antes de que yo vuelva a embarcar en uno de estos monstruos. ¿A quién buscas con tanto afán? —preguntó la señora.

—A mi prometido.

—Claro, claro, con estos calores una pierde hasta la memoria.

A doña Simona le caían churretes de sudor por el rostro y se abanicaba con brío su voluminoso busto.

—No sé si ha sido buena idea ponerme el corsé, después de tantas semanas sin él me he desacostumbrado.

—Tengo entendido que muchas españolas han desistido de algunas tradiciones estéticas insufribles en Nueva España —comentó Mariana—. Está usted muy elegante.

La flota avanzaba lentamente dentro del canal que habían formado numerosas barcazas abanderadas, marcando el camino seguro a puerto entre el arrecife de la Gallega y los bajíos arenosos del acceso al islote que hacían el final de la travesía oceánica especialmente peligroso. Las naos, con sus oriflamas al viento, acompañaban la alegría del ataque entonando el *Te Deum Laudamus* en una sola voz. A Mariana se le llenaron los ojos de lágrimas de la profunda emoción que la embargaba, podía sentir cómo la mano poderosa de Dios había velado por todos los presentes, pequeños seres en la infinitud de las aguas azules que habían atravesado.

Se giró buscando a Álvaro. Le sorprendió ver que su amigo llevaba a Sebastián de la mano y le iba señalando los campanarios que despuntaban entre las casonas de la villa. Álvaro levantó la cabeza y la vio observándole con ternura. Había dado en el clavo, pues ocuparse del ahijado de su amada le había dado el empujón definitivo antes de la batalla final con su adversario, que ya estaría esperando, estaba seguro, en el muelle.

—¿Cómo están mis dos hombres preferidos de travesía? —les dijo Mariana tras haber dejado su privilegiado lugar, que fue rápidamente ocupado por otra dama que agitaba un pañuelo bordado y a duras penas contenía los hipitos que le salían a borbotones del pecho.

Álvaro le tomó la mano y los tres permanecieron en silencio observando las maniobras de ataque y a las numerosas barcazas que desde la costa empezaron a inundar la planicie azul brillante que les separaba del muro de las argollas, donde se estaban amarrando las naos. A pocos metros de distancia de ellos, entre estandartes y pendones izados, el marqués de Villena, acompañado del general de la flota, los pilotos mayores, los oficiales, los

religiosos y demás personajes principales del séquito, recibían con música de chirimías y trompetas la llegada de las autoridades locales y los funcionarios de aduana encargados del cobro de impuestos, que debían revisar la carga.

—¡Qué linda estampa forman los tres! Desde luego, harían una bella familia —comentó una dama que charlaba con doña Simona a pocos metros de distancia.

—Amparito, ¡qué buen ojo tiene! He de decirle que la joven ha venido en busca de su prometido, que por lo visto es un reputado médico. Pero entre nos, forman una bonita pareja y hasta me atrevería a decir que a él le gustaría que no existiese prometido —contestó doña Simona.

Mariana no pudo evitar sonrojarse al escuchar los comentarios de las dos señoras y miró preocupada de reojo a su amigo, esperando que no se hubiese dado por aludido.

—¿Estás nervioso, Sebastián? —preguntó al niño para desviar su atención de los cotilleos de las mujeres.

—No, señorita Mariana. Me gustaría que mi padre estuviese aquí, estaría muy contento. Es todo muy bonito.

—Don Emilio está cuidándote desde el cielo, pequeño. ¿Dónde se habrá metido Carmelita? —se quejó en voz alta mirando en derredor.

—No te preocupes, debe de estar revisando las cabinas para no olvidar nada. Hace un rato di orden a Facundo y Cipriano para que bajaran a alimentar a los caballos, quiero que sea lo primero que descarguemos —dijo Álvaro.

—Pobre Valerosa, creo que no ha disfrutado nada del viaje. ¿Se encargaran ellos de la mercancía también?

—Tenemos un buen trato con los funcionarios del puerto y no habrá problema, pero tardarán un par de días en dar trámite a toda la carga de las naves. Mira, ahí llegan los cargueros —dijo señalando una caravana de pangas.

—¡Son negros! —exclamó el niño.

—Sí, los esclavos se encargan de transportar los fardos a la orilla. No os mováis de aquí, voy a ver cuándo podemos desembarcar —dijo perdiéndose entre los sombreros de ala ancha que abundaban en cubierta.

Le reconoció al instante, no como le recordaba, pues ya no era el apuesto y prometedor médico de hacía tres años, sino como la imagen que se le aparecía en sueños, en esas visiones nocturnas donde podía verle atareado en el

hospital o en la soledad de una oscura habitación estudiando un colorido y voluminoso libro con tapas de cuero. En ese instante supo que su esfuerzo tenaz merecía una oportunidad, y que tenía que rechazar a Álvaro como pretendiente. Francisco la buscaba entre las damas que atestaban el muelle con sus musicales vocecillas, sus voluminosos vestidos y sus elaborados peinados. Llevaba el pelo recogido en una coleta, más delgado, y su rostro bronceado mostraba signos de cansancio y ansiedad.

Sujetando a Sebastián de la mano y con Álvaro a sus espaldas, se abrió paso entre la gente hasta tenerle ante de ella. Los ojos de él se posaron en los suyos brevemente, y sin reconocerla, siguieron el periplo exploratorio hacia otros rostros.

—¡Francisco! Soy yo, Mariana.

—¿Mariana?

Pudo notar cómo su expresión de asombro recorría su cuerpo como una suave caricia, parándose casi imperceptiblemente en la mano que sostenía a un niño de pocos años de edad.

—Sí, soy yo —soltó a Sebastián y se acercó a él.

Francisco le tomó las manos y le besó en las mejillas. Mariana, olvidándose de las miradas de los curiosos y de las convenciones sociales, se abrazó con fuerza a él aspirando el nuevo olor de su piel.

—¡Mi dulce Mariana! —dijo al fin reconociendo su impetuoso carácter.

La estrechó con fuerza entre sus brazos y cerró los ojos abandonándose a la sensación de calidez y familiaridad del instante. Parecieron borrarse los años de separación y espera, pero cuando Francisco abrió los ojos aún aferrado al voluptuoso cuerpo de su prometida, se le ensombreció el gesto al ver a un elegante caballero sosteniéndole desafiante la mirada. El gesto de su desconocido contrincante le hizo separarse del abrazo de la joven.

—Sebastián, acércate. Este es Francisco, mi prometido —dijo Mariana.

—Buenas tenga su merced —contestó el muchachito con una reverencia.

—Sebastián ha perdido a su padre en el viaje, es mi protegido y vendrá a vivir con nosotros —le anunció Mariana.

Francisco asintió y saludó al muchacho posando su nervuda mano sobre su cabeza.

Álvaro, que se había mantenido a poca distancia, se acercó y esbozó una de sus cautivadoras sonrisas.

—A Álvaro Fábregas de Valor no hace falta que os lo presente, os acordáis de él, ¿verdad? —preguntó Mariana.

—Sí, claro, ¿cómo no? He de confesar que en un principio no os he reconocido a ninguno de los dos. Bienvenido, Álvaro, estáis hecho todo un hombre.

—Álvaro recorrerá el camino real haciendo negocios hasta Acapulco, donde se embarcará a las islas Filipinas —explicó Mariana.

—Espero que podamos convencerlos para permanecer con nosotros unas semanas —dijo Francisco—. Ahora que voy a convertirme en el esposo de Mariana me encantará conocer cómo van los negocios familiares.

—Espero poder complacer vuestra curiosidad —afirmó el joven.

En ese momento, Álvaro localizó a Rodrigo De Vera, que era saludado por dos varones con mucha efusión.

—Ahí está Rodrigo —dijo señalando a su amigo—. ¡Rodrigo! —le llamó.

El comerciante criollo se giró al escuchar su nombre, y abriéndose paso entre los pasajeros que desembarcaban, se aproximó a saludarle.

—Amigos, ¡por fin en casa! Les presento a mis hermanos, Alonso y Damián. Álvaro Fábregas de Valor, exitoso comerciante sevillano, y la señorita es Mariana López de Peñaflor, hija del socio y amigo del padre de Álvaro, uno de los hacendados sederos más prestigiosos de la metrópoli —explicó a sus hermanos—. A su merced no tengo el gusto de conocerle, soy Rodrigo De Vera —dijo dirigiéndose a Francisco.

—Del obraje De Vera. Sí, sé quien es usted, aunque no hemos tenido ocasión de conocernos en persona, conozco a sus hermanos y a su capataz. He estado varias veces en su obraje por cuestiones médicas —saludó fría pero cortésmente Francisco.

—Espero que no hayan sido graves esas cuestiones, no recibí ninguna noticia alarmante durante mi estancia en Sevilla —contestó Rodrigo mirando a sus hermanos.

—Mucho gusto, señorita —se adelantó Alonso intentando desviar la conversación—. Bienvenido, don Álvaro —añadió dando un vigoroso apretón de manos al joven.

—Un gusto, señorita —repitió Damián.

—Francisco es mi prometido, don Rodrigo —explicó Mariana.

—Lo he imaginado, señorita Peñaflor. ¿Piensan permanecer muchos días en Veracruz? —preguntó Rodrigo De Vera.

—En cuanto la mercancía esté descargada partiremos hacia Jalapa. No recomiendo permanecer mucho aquí, las enfermedades y la mortandad de

Veracruz son muy altas en esta época del año —aseguró el galeno.

—Pero al menos podremos dar un paseo por el caserío y comprar alguna cosa en la feria, tengo entendido que es de las mejores de Nueva España. Además, Álvaro tiene que cerrar algunos negocios y vendrá con nosotros hasta Puebla de los Ángeles —explicó Mariana.

—Claro, querida, como gustéis, espero que un par de días no os perjudiquen en demasía. De cualquier forma, pernoctaremos en la Antigua, un poco más al norte, donde solía estar emplazado antes el puerto —explicó Francisco.

—Ahora debemos ocuparnos del cargamento que he traído, si no estás pendiente estos malditos funcionarios te sangran a impuestos. Les deseo buen viaje, en pocas semanas espero recibirles como invitados de honor en nuestro hogar —se despidió Rodrigo De Vera.

—Te acompaño, Rodrigo —dijo Álvaro. Y dirigiéndose a Mariana y Francisco, añadió—: Supongo que tendréis mucho de que hablar, os dejo y voy a ocuparme del trámite de aduanas y de descargar la mercancía.

Los cuatro hombres se alejaron en animada conversación, parecían estar hablando de ellos, pues se volvieron varias veces a mirarles.

Pasada la efusividad del reencuentro, entre Francisco y Mariana se instaló un incómodo silencio, cada uno miraba a su alrededor y buscaba algo especial que decir, pues no valía cualquier nimiedad. Sebastián, desde su corta altura, les miraba expectante. Francisco venció el pudor y al contemplarla de nuevo no pudo sino compartir lo que sentía.

—Estáis muy bella, Mariana. No sabéis cómo os he extrañado —dijo palideciendo ligeramente.

—Yo a vos también, Francisco, no veía la hora de llegar. ¿Me notáis muy cambiada?

—Físicamente sí, ya sois una mujer, no es que antes no lo fuerais, pero ahora tenéis más contundencia. Aunque seguís teniendo el mismo carácter expansivo y decidido que me enamoró. Y yo, ¿he cambiado mucho? No habéis tenido dificultad para reconocerme.

—Os he visto en sueños muchas veces. Estáis más delgado, pero también más apuesto, os queda bien el pelo largo —le dijo.

A su alrededor todo era bullicio, los feriantes ya estaban voceando desde sus puestecillos improvisados a toda prisa sus fritangas de cerdo y gallina, las tortillas de maíz y demás delicias jarochas. Otros servían en recipientes de barro chicha y pulque para los ávidos recién llegados que todo querían probar

y terminaban desplumados en los garitos y burdeles de la pequeña ciudad portuaria.

Roto el silencio entre los prometidos, Mariana tomó de la mano a Sebastián y asida al brazo de Francisco recorrieron sin prisas la Ciudad de las Tablas, como se la conocía a la nueva villa de Veracruz.

Las hermanas del convento de Santa Clara de Macao escuchaban, concentradas cada una en sus propios pensamientos, la lectura en el refectorio. La madre superiora, una mujerona extremeña llegada a la colonia siete años antes desde Manila para fundar el convento, cerró la Biblia dando un seco golpe que despertó a más de una de sus ensoñaciones.

—Ahora, para celebrar el cumpleaños de la hermana María Magdalena, voy a permitir una pequeña indulgencia terrenal. Sor Águeda, ya puede servir el pastel.

Las hermanas sonrieron el gesto de la abadesa apartando los restos de sopa de puerro, único alimento que habían ingerido en el almuerzo, y se acercaron a felicitar a la celebrante. La aludida no parecía haber escuchado las palabras dirigidas a ella, pues seguía con la cabeza baja contemplándose las manos. Escuchó un susurro a su lado que consiguió despertar algo de alegría a su entristecido corazón.

—Tuve que pelearme con sor Anunciada para que me dejara ponerle nueces al pastel, como a ti te gusta. Vieja cabezota, cree que la despensa le pertenece. Lucía, ¿me escuchas?

—Sí, pero no me llames así en público, que no quiero tener problemas con la abadesa.

—Estás muy callada, ¿en qué piensas?

Sor María Magdalena suspiró y miró a su única amiga de encierro con los ojos encharcados en lágrimas, aguantando para que no se derramara el torrente de agua amarga que le brotaba de muy adentro.

—Entiendo —respondió Amadea—. Deja de pensar en eso, de algo tiene que servir que nos pasemos el día reza que te reza. Estarán bien. Por eso hiciste este sacrificio, ¿o no?

—A veces no estoy tan segura —le confesó Lucía.

—¿Qué quieres decir?

—Si me hubiera enfrentado a él, ¿qué hubiera sido lo peor que podría haber pasado? Tal vez la comunidad me hubiese apoyado o habría podido huir

con los míos.

—O te habrían rebanado el cuello y tirado al Ámstel, o te habrían envenenado, como a esa pobre chica. O, en el mejor de los casos, te habrías enfrentado a él públicamente, tu palabra contra la suya, habrías tenido que soportar injurias y la expulsión de la comunidad por católica. ¿Qué hubiera dicho tu esposo? Tal vez te habría repudiado públicamente. ¿Crees o no crees en Dios todopoderoso?

—Creo.

—Pues fíate de Él. Nosotras solo hacemos lo que podemos o lo que nos dejan hacer. Él toma en sus manos nuestras míseras acciones y las convierte en un bien eterno.

Los susurros habían ido subiendo de intensidad y captaron la atención de la abadesa, que se deslizó por detrás de sus espaldas sin que se dieran cuenta.

—¿Qué chismorrear? —dijo interrumpiéndolas.

Doña Amadea, aunque joven, tenía un regio carácter y no se dejaba amedrentar por la mujerona que le sacaba una cabeza. Estaba allí para preservar la honra esperando a que volviese su esposo de una expedición a Malacca, donde había sido enviado como refuerzo contra los holandeses que se habían propuesto hacerse con el bastión portugués en el archipiélago indonesio. Era ajena al convento, y aunque respetaba la regla de Santa Clara y seguía la rutina diaria, mantenía cierta independencia. Enseguida distinguió a Lucía, o hermana María Magdalena, desde que había ingresado en la comunidad, por su mirada triste y porque siempre permanecía alejada del resto, como en un mundo aparte. Intuyó que su presencia allí escondía una fabulosa historia, y conocerla y enterarse de los pormenores ayudaría a compensar el hastío al que la había sometido su señor esposo en ese encierro forzoso, ya que aún no había concebido. Dormía en un cuarto más amplio y contaba con dos doncellas que la ayudaban a asearse, peinarse, vestirse y todo lo que una dama de su alcurnia no podía hacer por sí misma.

—Con todos mis respetos, abadesa, no creo que sean de vuestra incumbencia mis conversaciones privadas —le respondió la noble joven.

—Era simple curiosidad, doña Amadea. —Y como queriendo vengarse del arranque de dignidad de la señora en Lucía, le entregó una carta al tiempo que decía—: Hermana María Magdalena, feliz cumpleaños, espero que sean buenas noticias, la misiva llegó hace varias semanas, pero como podrá ver, dice «entregar el 24 de junio».

La carta permanecía ante Lucía, sobre la rústica madera de la mesa comunitaria del refectorio. A su alrededor, un suave murmullo y el tintineo de las cucharillas golpeando la loza, donde las hermanas degustaban el sabroso pastel preparado por una de las doncellas de doña Amadea, acompañaba el temblor de sus manos. La madre superiora permanecía impassible a su espalda, esperando con una mueca irónica en el rostro.

—Y bien, ¿es que no piensas abrirla? —dijo la abadesa en un tono que parecía una orden.

Doña Amadea tomó la carta, y esbozando una sonrisa tranquilizadora, se la entregó a Lucía.

La mujer, que ese día cumplía cuarenta y dos años, tomó la carta de manos de su amiga, y haciendo acopio de valor, rasgó el lacre.

Querida señora Lucía, un año más en fecha tan señalada me permito recordarle su promesa de silencio. Su más fiel servidor aprovecha tan propicia ocasión para informarle puntualmente del devenir de quienes en el pasado formaron parte de su entorno más cercano. Me es grato comunicarle que don Saúl ha desposado a la viuda del señor Ismael, el panadero, y vive felizmente junto a su joven esposa y los dos vástagos que dejó el fallecido. Descanse, pues, su corazón de imaginarle pensando por su ausencia.

En contrapartida a su compromiso, y tal como le prometí, sigo protegiendo y amparando, cual si fuese de mi propia sangre, a su hijo, el cual se ha convertido en un reputado capitán que surca los mares al servicio de la nación. Meses atrás tuve la fortuna de organizar una recepción de bienvenida en su honor y me expresó todo su afecto y agradecimiento por las oportunidades que mi patronazgo le han otorgado.

Esperando que se encuentre bien de salud,

B. O.

Al terminar de leer tenía el rostro bañado en lágrimas y la pena de su corazón le rugió en el pecho con la fuerza de un huracán, estallándole en la garganta un grito de rabia que dejó petrificadas a sus hermanas de rezos. Agarró el plato de porcelana con el pastel, que ni siquiera había tocado, y lo lanzó contra la pared que tenía enfrente, dejando una marca perpetua de chocolate en la blanca cal. La abadesa, que la había estado observando, la sujetó por el brazo hincándole las uñas a través del grueso hábito, pero se quedó paralizada cuando Lucía se revolvió lanzándole una mirada tan fiera

que por poco la deja convertida en estatua de sal. Acto seguido, salió como una exhalación en dirección a su celda.

Amadea cogió la carta y salió tras ella. La encontró tumbada sobre su estrecho catre, llorando amargamente. Entró sigilosamente, cerró la puerta y se sentó en el borde de la cama. Esperó algunos minutos a que el llanto se fuera apaciguando mientras le acariciaba la espalda. Calmándose, Lucía se incorporó y se secó las lágrimas con la palma de la mano.

—¿La has leído?

—Aún no, ¿me das permiso? —preguntó Amadea.

—Claro.

Tras leer la carta, Amadea tomó la mano de Lucía y la sostuvo entre las suyas.

—Sin duda, es perverso. No tenía ninguna necesidad de contarte del desposorio de tu marido.

—Me dan por muerta, Amadea, por muerta. Quiere que desista de volver diciéndome que ya nadie espera mi regreso.

—Ponte en su lugar, llevan más de ocho años sin saber nada de ti.

—Y mi hijo, nada menos que uno de sus esbirros. ¿Se habrá olvidado de todo lo que le enseñé, se habrá olvidado de su bautismo?

—No lo creo, contaba quince años cuando te fuiste, estoy segura de que ese bellaco miente y es un hombre de bien.

—Nunca más volveré a verles —y rompió a llorar de nuevo.

—Recemos, es el único bálsamo que conozco para la congoja. Que la Virgen María, que es madre y esposa y conoce tus padecimientos, te dé el valor para soportar esta cruz y permita un milagro que te libre de las garras de ese demonio.

Asomada a la ventana enrejada, se distrajo contemplando el barullo de los comerciantes en la plaza. La catedral de San Pablo de Macao relucía imponente en lo alto de la escalinata a la luz de la mañana. Un pequeño llanto llamó su atención. Se palpó la pechera del vestido y la sintió mojada, era la hora. Sus pequeños pechos rebosaban. Tomó a su bebé, que tumbada en una cunita recubierta de fino lino blanco, pataleaba incómoda y su llanto lastimero empezaba a tomar fuerza.

Sentada en una mecedora con su hija Alma María en brazos, María Jimena se desató la camisola y uno de sus pezones enrojecidos asomó como una cima volcánica. En cuanto empezó a sentir la succión poderosa de esa minúscula boquita, sintió alivio.

—Esos hermosos pechos van a quedar hechos dos colgajos, que os lo digo yo —protestó el aya que habían traído de *Ámsterdam*—. Mira que no querer ama de cría, esas extravagancias no las he visto yo en mi vida.

—No es ninguna extravagancia, quiero ser yo la que alimente a mi hija y le transmita todo mi amor al hacerlo.

—Sandeces, habrá otra forma de demostrar el afecto que no sea estropeándose el cuerpo para siempre, bastante pasasteis con el parto.

María Jimena siguió meciéndose sin apartar los ojos de la pequeña. Perdonaba todas las impertinencias de la deslenguada de su aya porque era su única compañía y además sabía que le tenía afecto. Las dos se sentían aún inseguras en esa isla remota donde habían ido a parar y apenas salían de casa, salvo para ir a misa. El esposo de María Jimena, Vincent Audenarden, viajaba constantemente. Se ocupaba de los negocios de su tío en la región. Había llegado dos días antes de comerciar con los chinos de Cantón. Le había prometido a María Jimena que no pasarían mucho tiempo en las Indias. Para ella, habían sido muchos cambios en unos meses: su huida a *Ámsterdam* con Vincent, el nacimiento de su hija, el viaje a Macao. Vincent había pretendido dejarlas a cargo de sus familiares holandeses en *Ámsterdam* y encargarse de los negocios de su tío en Oriente durante una temporada. Ella se había negado

en rotundo a separarse de él y el flamenco no había tenido más remedio que embarcarlas a tierras tan lejanas con todos los peligros que conllevaba el viaje para su preciosa y frágil hija y su casi recién alumbrada esposa. Hacía un mes que estaban en el asentamiento portugués, a las puertas de China.

Enternecido, observaba la escena. Su mujer se mecía mientras contemplaba complacida cómo Alma María mamaba. Ni ella ni el aya se habían dado cuenta de su presencia, de espaldas a la puerta. Se sentía un hombre pleno, más ahora que estaba seguro de que su carta a don Segundo habría alcanzado su destino y se habría completado la venganza que con tanta astucia había tramado. Álvaro, sin quererlo, había contribuido a desplumar al hacendado sedero al haberse llevado a las Indias el préstamo que supuestamente don Segundo le había concedido a un personaje ficticio que había inventado con sus amigos flamencos, Baltasar Van Esland. Arrebatarle a don Sancho su hija había sido un castigo si cabe aún más cruel que dejarle en serias dificultades financieras como había hecho con don Segundo. Y finalmente, conseguir la enemistad entre los dos comerciantes, su estocada magistral. Esperaría unos meses más, hasta que la noticia de la ruina de esos dos hombres hubiese corrido de boca en boca por Sevilla, para escribir a sus compatriotas y compinches de venganza y asegurarse de que el desenlace esperado había ocurrido.

—Vincent, amor, no te había oído llegar. Ven, acércate —le pidió María Jimena al verle apoyado en el dintel de la puerta.

—Señora, no creo que sea correcto que os vea amamantar —se quejó el aya.

Los dos ignoraron el refunfuño de la vieja aya, y tomados de las manos contemplaron el rostro saciado de la pequeña, que se había quedado dormida y le escurría una gota blanca de la boquita entreabierta.

—Hace un día espléndido. Dejemos a la niña con su aya, quiero llevarte a dar un paseo en coche de caballos. Seguro que no has salido de casa en mi ausencia.

Tomó a la niña de brazos de María Jimena y se la entregó al aya, quien se la llevó a su alcoba para dejarles intimidad.

—Cómo quieres que salga, me siento muy extraña rodeada de tanta cara oriental, los sangleyes me ponen un poco nerviosa.

—Pronto volveremos a Ámsterdam, ten un poco de paciencia. Necesito afianzar nuestra economía, tu padre y don Segundo me arrebataron hasta la honra y no es fácil empezar de nuevo. Desde muy joven he llevado las riendas

de mi vida, trabajar para mi tío es una situación temporal, tengo que desarrollar mis propios negocios y para eso necesito tiempo y un golpe de suerte.

—Me siento muy sola.

—Lo sé, pequeña —dijo Vincent acariciándole la mejilla—. Podría invitar a algunos de los comerciantes portugueses con los que he trabado relación y a sus esposas a una velada en casa, ¿qué te parece?

—Me gustaría, pero ¿no crees que alguien pueda averiguar sobre nosotros?

—Somos un matrimonio como otro cualquiera, nos amamos y tenemos una hija. Hortensia hace tiempo que me borró de su vida y tu familia está muy lejos. Es muy improbable que alguien en Macao conozca a personas de nuestro círculo en Sevilla. Eres mi esposa desde el día en que te entregaste a mí. El pasado ya no existe. Vamos, arréglate, voy a pedir que preparen el carruaje.

Al nuevo gobernador de isla Hermosa, Gonzalo Portillo, le gustaba tener la estrategia militar diseñada al milímetro. Y para ello, se calzaba las botas del enemigo y diseñaba el mejor ataque posible arrastrando a sus altos cargos militares a recorrer los pasos que daría el más potente y mejor preparado de ellos.

—El enemigo es una fiera feroz, no tiene piedad y está dispuesto a dar hasta el último aliento por alcanzar la gloria y enarbolar su bandera en nuestras posesiones —había dicho esa mañana desplegando el plano de San Salvador. El cielo plomizo amenazaba lluvia, pero Portillo estaba demasiado concentrado para darse cuenta y continuó—: Desmantelada nuestra presencia en Tanshui, pronto tendremos una visita exploratoria de los herejes holandeses. Cuando cuenten con información suficiente, nos atacarán. Para acceder a la isla y desembarcar a sus fuerzas deben neutralizar antes nuestras defensas del fuerte San Luis, que vigila el canal. Hay que evitar a toda costa el desembarco.

—Sin refuerzos sería casi imposible impedir el avance enemigo, Excelencia. Nuestras fuerzas están muy mermadas desde que Corcuera ordenara el retorno a Manila del batallón de infantería destacado en Tanshui —respondió el oficial Antonio Villanueva.

—Lo sé, por eso he solicitado a Manila refuerzos y armamento. La elevación de la Mira y la Retirada —Portillo se refería a los otros dos fuertes,

San Millán y San Antón, que se encontraban en las dos colinas adyacentes al fuerte principal de San Salvador— nos da ventaja sobre el avance a pie del enemigo, y hay que evitar su ascenso cueste lo que cueste. Es vital proteger la Retirada, porque una vez que se hayan apoderado del fuerte San Antón, San Salvador estará perdido, nos bombardearán con nuestros propios cañones.

El viento empezó a soplar con fuerza. Se encontraban en una elevación cercana al fuerte San Antón. Desde esa posición se veían enormes olas que tumbaban las palmeras cercanas a la costa.

—Gobernador, parece que se aproxima un tifón. Deberíamos regresar a San Salvador.

Antes de que hubiera terminado la frase el lugarteniente Andrés Zárate, el cielo descargó de improviso un aguacero inmisericorde que unido a las fuertes ráfagas de viento suspendieron súbitamente la reunión estratégica, cuyos integrantes, sin esperar la respuesta de Portillo, salieron en desbandada a resguardarse. La bajada se había convertido en un enorme deslizadero de barro y vegetación que dificultaba enormemente el descenso de la colina. Los militares más veteranos, acostumbrados a los temporales destructores de isla Hermosa, corrieron velozmente en dirección al fuerte mayor, situado a menos de media legua de distancia. Portillo, desconocedor del terreno, siguió ascendiendo, agarrándose con las uñas a los tallos crecidos y avanzando prácticamente tumbado en medio del lodazal. Cuando alcanzó San Antón, parecía una bestia mitológica.

Mientras tanto, Gonçalo Maradiaga tapiaba con maderos las ventanas de la casa del gobernador a toda velocidad. Cuando empezó a llover, miró al cielo preocupado. Y cuando el huracán le arrancó de las manos el tablón que sujetaba, no pudo aguantar más la angustia y salió corriendo hacia el poblado donde se encontraban su mujer y su hijo. Necesitaba cerciorarse de que estaban a salvo, rezaba porque Inés y sus hermanos hubieran leído las señales del cielo y se hubieran refugiado en la iglesia de Todos los Santos. Cuando llegó al poblado, varias techumbres de palma habían salido volando. Con horror, vio cómo un árbol se partía y caía encima de la cabaña que hasta entonces había sido su humilde hogar. No se veía a nadie. Los nativos habían desaparecido. El día se volvió noche sin luna cuando un tronco le cayó encima y le hizo perder el conocimiento.

El cansancio del viaje no había hecho mella en Mariana. Se encontraba rebosante de vida. Los paisajes cambiantes de la travesía hasta Puebla de los Ángeles, sus olores y tonalidades, se le metían por todos los poros de la piel transformándose en pura energía vital. Los azules y verdes brillantes de la franja costera, tropical y selvática, con sus bandadas de pericos de vivos colores, después los anaranjados y ocres de los caminos de tierra, los rosados y violáceos que desprendían los picos montañosos al amanecer, un arco iris espléndido. No quitaba los ojos del panorama que se abría ante ella. Francisco y Álvaro apenas podían contentar con suficientes datos su insaciable curiosidad. El pequeño Sebastián era el único que compartía su expansiva alegría, aunque se sumía en un doloroso mutismo cuando mencionaba a su padre y lo mucho que le hubiera gustado ese nuevo mundo. La joven casi había olvidado el dilema amoroso en el que se encontraba con sus dos pretendientes, aunque uno de ellos fuese ignorante de la pugna. Ni siquiera había dilucidado aún cuándo hablaría con Álvaro acerca de la decisión que creía haber tomado en el puerto de Veracruz, cuando tuvo a Francisco ante sus ojos. Nada importaba en ese momento más que absorber la esencia de esas tierras que a partir de entonces serían su nuevo hogar.

De Veracruz, a Mariana le había sorprendido la magna cantidad de mulatos y negros que inundaban como una marea oscura las callejas arenosas de la villa. Aparte de esclavos, muchos pardos y mulatos componían las milicias de vigilantes costeros, quienes mantenían la seguridad del litoral, le había explicado su prometido. Francisco había insistido en alejarse del caserío que conformaba la nueva Veracruz lo antes posible. Había contratado arrieros llegados de Acayucan con sus mulas. Componiendo una pequeña caravana, habían partido rumbo a la Ciudad de los Ángeles a las pocas horas del desembarco.

Atrás habían quedado el duque de Escalona, don Diego López de Pacheco, y su séquito. Agasajado en cada pueblo de la ruta de Hernán Cortés hasta Ciudad de México, tardaría más de un mes en hacer su entrada en la Ciudad de los Ángeles y después seguiría camino hasta la capital del virreinato para sustituir en el cargo a Lope Díez de Armendáriz, marqués de Cadereyta y primer criollo en ostentar tan alta dignidad.

Después de la Antigua, donde fueron los primeros en cruzar los arcos de flores que se habían colocado para honrar al nuevo virrey, pernoctaron en la Rinconada y al día siguiente llegaron a Jalapa, donde permanecieron dos días para descansar, hospedados en el convento de San Francisco, y recuperarse

del calor sofocante de la costa. Álvaro aprovechaba para contactar con los agentes comerciales en las villas principales y vender las mercancías traídas de Sevilla, obteniendo unos fantásticos réditos de las sedas nacidas en la hacienda López de Peñaflores. De venta en venta recorrieron las más de cincuenta leguas de distancia hasta su destino final. La escasez de comodidades y lujos de las ventas no incomodaban a Mariana. Era parte de la aventura de su nueva vida.

—Ya estamos en casa —anunció alegre Francisco.

A los lados del camino se veían aterciopelados cerros moteados de blancos algodones.

—En las inmediaciones de la ciudad hay numerosas haciendas de ovejas —comentó Francisco señalando el cerro de Loreto por el que empezaban a ascender.

Desde lo alto del cerro divisaron la Ciudad de los Ángeles, donde destacaban algunas torres altas y las espadañas de hermosos campanarios.

—Mirad, allí, ¡son molinos! —dijo entusiasmado Sebastián señalando las aspas que giraban como saludando a los recién llegados con sus numerosos brazos y que bebían agua del caudaloso río.

—Sí, los cultivos de trigo son muy extensos en esta zona. Puebla es conocida por las ricas harinas salidas de sus numerosos molinos, una industria en auge —explicó Francisco.

—¿Cuándo se fundó la ciudad? —preguntó Mariana.

—Después de la conquista y el reparto de encomiendas aún existían grupos de conquistadores que vagaban sin rumbo y sin recompensa por Nueva España. Allá por el año 1531, el primer obispo de Tlaxcala, fray Julián Garcés, y el franciscano fray Toribio de Benavente, se interesaron por su situación y con el beneplácito de la reina Isabel de Portugal decidieron fundar una «puebla de españoles» para que se asentaran y progresaran los españoles que con su esfuerzo y entrega habían contribuido a la conquista, pero que no habían recibido encomienda. El lugar no contaba con comunidades de nativos y resultaba muy adecuado para albergar a un gran número de colonos por la abundancia de agua, vegetación y un clima agradable. Además de encontrarse a un punto equidistante entre Veracruz y Ciudad de México —explicaba Francisco mientras descendían el cerro.

Numerosos indios y mestizos curiosos observaban la polvorienta caravana. Estaban atravesando el barrio indio de Analco.

—Huele a pan recién hecho, me suenan las tripas —dijo Sebastián llevándose su pequeña mano al estómago.

—Aquí está situado el gremio de los panaderos —explicó Francisco— y allí, al otro lado del río, empieza el Sagrario, la zona reservada para las casas españolas. Ningún indio tiene permitido asentarse en esta zona, a excepción de los criados que trabajan en las casas de los españoles.

Estaban cruzando el puente por encima de las aguas saltarinas del río San Francisco.

—Al principio el emplazamiento de la ciudad se fijó en este mismo lugar, al lado del río *Huitzilapan*, que significa «de los colibríes», por la abundancia de esos diminutos pajarillos de pico alargado. Tras la fundación de la ciudad se rebautizó como río de San Francisco. Unas terribles inundaciones barrieron las primeras casas que habían levantado los colonos y hubo de buscarse una ubicación más segura —explicó a Mariana.

—¿Por qué se llama Ciudad de los Ángeles? ¿Hay ángeles de verdad? Podría pedirles que lleven una carta a mis padres —preguntó Sebastián.

—Yo he oído decir que el obispo Garcés tuvo un sueño místico al respecto —comentó Álvaro, que hasta entonces había permanecido callado, observando de reojo la conversación entre Mariana y su contrincante.

—¿Un sueño místico? —preguntó Mariana asombrada.

—Eso justamente responde a tu pregunta sobre la razón de su nombre, Sebastián. Según se cuenta, fray Julián Garcés tuvo un sueño en el que aparecía ante sus ojos un gran valle verde rodeado por volcanes, montañas y ríos, y entonces el cielo se abrió y descendieron unos ángeles que con hilos de oro en sus manos trazaron las calles de una gran ciudad. El obispo identificó ese valle de su sueño en este lugar, siendo los ríos que viera este mismo de San Francisco, el Atoyac y el Alseseca, que veremos un poco más adelante, y los volcanes el Popocatepetl, el Iztaccihuatl y la Malinche —dijo señalando las grandes formaciones coronadas de nieve que emergían como guardianes gigantes del hermoso valle.

—Se parece a nuestro valle en tierras de Granada, ¿no lo crees así, Álvaro?

Él hizo un gesto de asentimiento desde su montura y sonrió.

—Estaba seguro de que te iba a agrandar, Mariana —afirmó Francisco.

Siguieron camino y cruzaron por la gran plaza con sus soportales, donde destacaba el palacio municipal.

—¿Qué son esas ruinas? —preguntó Mariana.

—No son exactamente ruinas. Es la catedral, aún inacabada, esperemos que el nuevo obispo consiga consagrarla durante su estancia, aunque mucho empeño va a tener que poner, pues lleva así prácticamente desde que se iniciaron las obras hace cien años.

Varias manzanas al sur de la plaza, en paralelo al río, Francisco dio orden de detener el carruaje. Se oyeron las voces de los arrieros frenando las mulas.

—Bienvenida al hogar, Mariana —dijo el joven médico tomándole de la mano para ayudarla a bajar.

Ante sus ojos tenía una bonita casa de dos plantas, con la fachada salpicaba de destellos de colores alumbrada por los rayos del sol de mediodía.

—¡Está recubierta de azulejos!

—¿Te gusta?

—Es preciosa —respondió Mariana dejando resbalar la mano por encima de la fachada.

—Hace tiempo que contamos en la ciudad con maestros llegados de Talavera.

—¿Vamos? —preguntó tendiendo la mano a su prometido.

Álvaro había desmontado y daba instrucciones a sus guardianes y a los arrieros para descargar la mercancía. Sebastián se agarró del vestido de la joven. Carmelita miraba a su alrededor con los ojos muy abiertos e intentaba zafarse de las miradas que le echaban Cipriano y Facundo. Al entrar al zaguán les salió al encuentro la cocinera, seguida por varias criadas.

—Esta es Manuela, nuestra cocinera. Doña Mariana es mi prometida, y desde este momento, la señora de la casa —dijo para presentar a las dos mujeres.

La portuguesa hizo una reverencia de corazón a la par que se levantaba con dos manos los laterales de la falda. A Mariana le cayó simpática a primera vista.

—Bajad la mirada, no seáis alzadas —regañó la cocinera a dos criadas tan parecidas como dos gotas de agua. Y volvió a hacer una aparatosa reverencia y a sonreír—: Estas dos son Macaria y Micaela, las podrá distinguir por el lunar de la frente, ¿ve? Esta es Micaela. La que no tiene lunar es Macaria, aunque si lo prefiere pueden anudarse al cuello un pañuelo de distinto color. La india es Josefina, es un poco tímida y casi se nos va *pa* el

otro barrio con esa maldita peste, pero aquí, gracias al doctor, se va recuperando.

Mariana sonrió y miró inquisitivamente a Francisco.

—No quise contártelo por carta para no intranquilizarte, luego hablaremos.

—Don Álvaro es nuestro huésped, espero que respondáis a sus deseos como si fueran órdenes mías —añadió Francisco—. ¿Dónde está Juana?

—Esa, a saber, desde que se fue su merced sale y entra a su antojo —se quejó Manuela.

—Está bien, ya arreglaremos el asunto más tarde, cuando la veas avísale de nuestra llegada. Y ocúpate de enseñarle a Carmelita la casa y la alcoba de la señora. Sebastián es nuestro ahijado, llévale a la cocina, tiene hambre.

—Con gusto, don Francisco, pase por aquí, caballero —dijo la cocinera ofreciéndole el brazo, que el niño tomó y se fue arrastrado por el torbellino de enaguas de Manuela.

El zaguán se abría a un patio empedrado con enredaderas trepadoras desde el que se distribuían los espacios de la casa. Recordaba un poco a la casa sevillana de los López de Peñaflor, pero de menor tamaño y más modesta en la decoración. Las paredes eran del color de los albaricoques de su hacienda.

—De momento la casa tiene lo imprescindible, pensé que te gustaría decorarla a tu antojo —dijo Francisco.

Mariana le acarició brevemente la mejilla. Álvaro se paseaba por la pequeña arcada del patio asomando la cabeza a través de las ventanas enrejadas y las puertas abiertas que comunicaban con los espacios en la primera planta. Se sentía incómodo presenciando la emoción de Francisco, pero no quería dejarles a solas.

—Por aquí se sale al jardín.

Álvaro escuchó la voz del médico y los pasos de los botines de Mariana golpeando el empedrado hasta perderse su eco. A grandes zancadas les siguió al exterior. Cuando salió del pasadizo se abrió ante él un boscoso recinto amurallado. Vio a Mariana corriendo con los faldones cogidos para no tropezar. Francisco la observaba con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

—¡Son moreras! —gritó Mariana en la distancia—. ¡Álvaro, ven, son moreras!

Tras Álvaro, Francisco también se acercó hasta donde estaba la joven.

—Sé que no es comparable, pero solía ser una hacienda sedera antes de que el negocio cayera en ruina y se vendieran los terrenos al cabildo para construir más casas principales. Al menos, conservaron este pequeño reducto vegetal. El dueño falleció el año pasado y su familia decidió vender y volver a España.

El jardín grande, con árboles y muchas flores, contaba con una fuente al estilo andaluz de azulejos y un velador de madera adornado de parras para disfrutar cuando no apretara mucho el calor.

—Por aquí están las caballerizas. Como ves, el establo no es muy grande. Solo tenemos dos caballos. El carruaje es alquilado. Por ahora creo que no lo necesitamos, a los dos nos gusta montar. Cuando tengamos hijos podremos adquirir uno —dijo bajando los ojos, no sabía por qué, pero se sentía un poco avergonzado—. Este es tu caballo, es mi regalo de bienvenida. Pensé que dejarías a Valerosa en España.

—Es precioso —dijo Mariana acariciando las crines de un caballo joven de pelaje rojizo oscuro.

—Por lo que veo, Francisco, os va muy bien en Nueva España —intervino Álvaro, que había percibido el azoramiento del médico.

—Bueno, deseo estar a la altura de mi prometida y darle todos los caprichos que merece.

—¿Me crees caprichosa? —dijo Mariana un poco enojada.

—No, no es eso lo que quise decir, debe de ser el cansancio, que me impide expresarme bien.

En ese momento llegó a los establos un muchacho mestizo cargando paja. Al ver a su señor dejó el atado en el suelo y se quitó el sombrero.

—Buenos días, don Francisco, ¡qué bien tenerle de vuelta!

—¿Todo bien en mi ausencia, Jacinto?

—Sí —dijo el chico dudando—. Juana ha estado un poco nerviosa y montaba en cólera por cualquier razón, pero yo he seguido haciendo mi trabajo como su merced me pidió, no vaya a creer lo que le diga.

—No te preocupes. Doña Mariana es tu nueva patrona y don Álvaro es nuestro invitado. Jacinto se ocupa del establo y del jardín —dijo Francisco.

—Mariana, estás muy pálida. Creo que sería conveniente retirarnos a descansar, ¿no crees, Francisco? —sugirió Álvaro mientras tomaba a Mariana por el brazo.

—Sí, sí, cómo no, os voy a enseñar vuestras alcobas.

Cuando hubieron dejado a Mariana descansando, y antes de que Álvaro hiciera lo propio, el joven sevillano hizo un último intento con Francisco.

—Francisco, espero que no os ofenda mi sugerencia, soy como de la familia, un hermano o primo carnal de Mariana, si queréis verlo así.

—Decidme.

—No creo que sea apropiado que compartáis techo antes de que hayáis contraído nupcias como Dios manda. La honra de Mariana no debe ser puesta en duda, y al ser una recién llegada, no querría que la primera impresión de las personas de rango de la ciudad fuera errónea. Es hija de un hidalgo.

—Por supuesto, no había pensado en ello. Lo mejor será celebrar la boda inmediatamente.

—No, no, amigo. Estoy seguro de que Mariana quiere preparar el enlace, la fiesta y demás menesteres al detalle. Además, necesita tiempo para aclimatarse y conocer a las personas principales de Puebla. Un par de meses sería un plazo adecuado, a mi entender.

—Ya veo. Bien, vos la conocéis mejor que yo. Dormiré en el hospital. De todas maneras, hay días en que casi vuelvo al amanecer.

—Me parece lo adecuado. Y ahora, si me disculpáis, me retiro a descansar. Gracias por vuestra hospitalidad —dijo Álvaro dándole una palmada en la espalda antes de alejarse por el pasillo hacia su alcoba. Sonreía.

La oscuridad era completa, ¿seguiría durmiendo? Parpadeó varias veces. Sí, tenía los ojos abiertos, pero no veía nada. Sentía la fría roca castigándole la espalda. Le estallaba la cabeza, el dolor comenzaba en el lado derecho, por encima de la oreja, y extendía sus tentáculos aprisionándole la testa completamente. Se palpó la cabeza, sus dedos resbalaron sobre una pasta pegajosa y gelatinosa. ¿Sangre? Gonçalo permaneció tumbado durante una eternidad intentando adivinar los contornos invisibles de las tinieblas, no tenía fuerzas para incorporarse, necesitaba recordar. Apretó los ojos. Se vio corriendo a través de la selva, desesperado, con el corazón encogido y la cara arañada por el azote salvaje de las ramas. Su casa estaba destrozada, el poblado fantasma se mecía como un barco a la deriva en medio de una tempestad verdosa. Sus últimos pensamientos fueron para Inés y su hijo, ¿dónde estarían? Luego, un latigazo brutal le derribó. El resto de lo que pasó era tan oscuro como las tinieblas de ese lugar. Volvió a abrir los ojos y a parpadear para asegurarse de que estaban abiertos. Entonces vio unas luciérnagas flotando en el aire, sus luces crecían en círculos a medida que se aproximaban.

—Revísale, a ver si hay suerte.

—¿Y si está muerto? Yo no toco muertos, mi madre me decía de niño que si tocas a un muerto su alma se te puede meter dentro y te vuelves loco, porque el alma intrusa lucha con la tuya hasta que consigue expulsarla. Luego, si recuperas la cordura, ya no eres el mismo.

—Cuentos de vieja. El jefe nos ha dicho que le avisemos si despierta. Anda, ya le reviso yo.

Gonçalo había permanecido inmóvil escuchando esa lengua incomprensible, cuya musicalidad, sin embargo, le resultaba conocida. «Son sangleyes», pensó.

El hombre alumbró con la antorcha la cabeza del moribundo. La luz cegadora le obligó a cerrar los ojos, concentró sus fuerzas en mover el brazo, pero no se movía, se sentía tan cansado.

—Parece que aún respira, pero tantas horas inconsciente es mala señal —volvió a hablar el sangley de voz más gruesa, sin que Gonçalo supiera qué significaba esa retahíla de palabras guturales.

Entonces abrió los ojos. Al sangley, del susto, se le cayó la antorcha al suelo y se apagó.

—Alumbra, alumbra, abrió los ojos.

La luz de la luciérnaga acompañante se acercó a su rostro. Sus ojos, acostumbrados ahora al resplandor, permanecieron fijos en el fuego luminoso.

—¡Está vivo, está vivo! —exclamó el sangley más joven.

—Ve a avisar al jefe, yo me quedé con él —dijo al tiempo que prendía de nuevo su tea con la del otro. La luciérnaga se perdió en la oscuridad.

—Ha tenido *suelto*, amigo Gong Sha Le.

Esta vez sí entendió e intentó esbozar una sonrisa.

—¿Linjin?

—Sí, amigo Gong Sha Le.

—¿Y el tifón?

—No hable, no *esfolzalse*, *peldió* mucha *sangle*. *Fildeputa* tifon aún sopla, *pelo* está amainando.

—¿Dónde estamos?

—En cueva de Iquan, *segulo*, no *pleocupalse*.

—Ayúdame a incorporarme un poco.

El sangley le pasó el brazo por detrás de la cabeza hasta media espalda y le ayudó a sentarse contra la pared rocosa.

—Entonces, ¿tú trabajas para el pirata Zheng Zhilong?

—Todos sangleyes en isla *tlabajal* para *podeloso* Iquan.

—¿Ese era el jefe del que me hablaste la última vez que nos vimos?

—Sí, *pelo* no, Iquan *sabel* todo, *pelo lugalteniente* de Iquan *dal óldenes*. *Milal*, por ahí *venil* jefe.

Varias antorchas se aproximaban iluminando el corredor rocoso, estrecho y de poca altura.

Gonçalo se sujetó la cabeza con el brazo para soportar el dolor y levantó la vista. Entornó los ojos para poder ver bien al hombre fibroso que tenía delante. ¡No podía ser! El sangley le sonrió y se arrodilló frente a él.

—Maestro —le dijo tomándole las manos.

—No puede ser. Sobreviviste —balbuceó Gonçalo sin salir de su asombro.

—Sí, tuve suerte, maestro —dijo Roujie sintiéndose el muchachito que había sido arrancado del abrazo de su madre en una lluviosa noche en el parían de Manila y conducido muerto de miedo, sueño y hambre a los astilleros de Cavite junto a sus dos hermanos.

—Estás igual a pesar del tiempo, aunque hay algo diferente en ti —le dijo su antiguo maestro.

—Sí, es el miedo, se fue. Permitidme revisaros la herida, maestro.

—Gonçalo giró la cabeza exponiendo el lado derecho, donde el tronco volador le había abierto la cabeza.

—Bien, ya no sangra, os voy a poner un poco más de unguento.

Dio una orden en chino, uno de sus hombres se arrodilló junto a él y sacó de un zurrón un envoltorio de hojas de palma que contenía una pasta viscosa. Gonçalo protestó cuando los dedos de Roujie se posaron sobre la herida, pero inmediatamente se sintió aliviado.

—Así está mejor, debéis de tener hambre, os vamos a llevar a la entrada de la cueva, el viento ya no sopla tan fuerte —dijo el sangley.

—¿Cuánto tiempo estuve inconsciente?

—Tres días, maestro.

Hubiera podido dormir tres días seguidos. El camastro donde Francisco pasaba las noches en el hospital le producía unos sueños intranquilos, agotadores. Corría, corría mucho, sin rumbo, alguien le perseguía, pero nunca conseguía verle el rostro, solo sentía un miedo atroz a que le alcanzara y por eso corría. Se despertaba agotado cada mañana, con las piernas agarrotadas de tanto correr y con unas ansias feroces de ver a Mariana y hacerla suya. No sabía cuánto iba a poder aguantar la abstinencia.

Sebastián Contreras, el boticario del San Pedro, asomó despacio su cabeza afeitada por la puerta entreabierta.

—Pensé que estaría aún dormido.

—Buenos días —dijo el físico estirándose con un sonoro bostezo.

—Buenos días le de Dios, mi doctor. ¿No estaría más cómodo en mi casa? Mire que a mi señora le encantaría tenerle.

—Se lo agradezco, pero solo serán unas semanas.

—A ver cuándo nos trae a la novia.

—Pronto, pronto, aún está recuperándose del viaje. Voy a pasar por casa para refrescarme un poco. Nos vemos en una hora para empezar la ronda.

—Claro, mi buen doctor.

Al llegar a casa, le llegaron vapores a hierbas procedentes de la cocina que le hicieron la boca agua.

—¡Manuela!

—¡Ay, don Francisco, qué susto me ha dado! ¿Ha dormido, señor? Tiene mala cara —dijo la cocinera mientras daba vueltas a un guiso en la lumbre.

—Sí, sí, manda a las gemelas a prepararme la tina y súbeme el desayuno, hoy tengo mucho trabajo.

—Ahora mismito.

—¿Mariana sigue dormida?

—Ha salido a cabalgar con el alba.

—¡Tan temprano! ¿Sola o con don Álvaro? —y aunque quiso aparentar despreocupación, le traicionó un temblor en la voz.

—Sola, señor. Intenté disuadirla, pero su futura esposa es muy decidida. No se preocupe, señor, mandé a Jacinto tras ella. Don Álvaro duerme.

—Está bien. Si vuelve, manda a avisarme. Subo a mi alcoba.

Sumergido hasta el cuello en las tibias aguas, cerró los ojos y se relajó. «Mariana, Mariana, ¡cómo te deseo!», se decía. Evocó sus labios carnosos, sus voluptuosas formas. Su miembro respondió tensándose como el palo mayor de un navío. Sintió unos dedos acariciándole el cabello. Se imaginaba su mano bajando por el cuello, avanzando por su torso musculoso y velludo, deteniéndose en el ombligo, acariciándole el vientre, anticipando un placer aún mayor. La mano se aferró a su miembro que sobresalía del agua y empezó a frotarlo suavemente.

—Mariana, Mariana —susurró.

—Ella nunca podrá darte el placer que te doy yo —dijo Juana sacándole del placentero sopor del baño.

—¡Juana!

—Disfruta y relájate.

Francisco gemía a su pesar, intentaba incorporarse, pero Juana no se lo permitía controlando sus latidos al ritmo de los movimientos expertos de su mano.

—Me has extrañado, ¿verdad?

—¡Para, zorra del demonio! —dijo Francisco entre gemidos.

La imagen de Mariana le vino a la mente y de un manotazo desequilibró a Juana, que soltando su preciosa presa cayó al suelo.

—¡He dicho que pares, maldita sea!

Francisco salió de la tina y se enrolló una toalla a la cintura dando la espalda a la muchacha. La sirvienta se levantó enfadada, pero suavizó el gesto.

—Vamos, no te pongas así, no eres ni serás el único hombre con amante en Nueva España. Déjame complacerte —dijo acercándose a él y paseándole las manos por la espalda mojada.

Francisco se giró y le agarró con fuerza las muñecas.

—No vuelvas a tocarme o te echo a la calle, te lo advierto —amenazó a una petrificada Juana—. Mariana es mi prometida y dentro de poco mi esposa, se merece todo mi respeto y mi fidelidad. Si no estás conforme, ya sabes dónde está la puerta.

Tenía que cambiar de estrategia. «La vieja Anacleta sabrá que hacer», se dijo Juana.

—Le pido disculpas, mi señor, su humilde sierva solo quería complacerle —dijo bajando la mirada.

—No es culpa tuya, la culpa es mía, pero esto no debe volver a pasar. Ahora retírate, por favor —replicó Francisco suavizando el tono.

Juana levantó la vista y le clavó sus ojos oscuros, quería expresarle tristeza, pero un brillo vengativo la delató en último momento. Salió rápidamente de la estancia para que Francisco no se diera cuenta.

—Entonces, eres un hombre de Iquan.

—Más o menos, tengo completa autonomía, él tiene bastante defendiendo a los Ming del sur y protegiendo Fuzhou de las fuerzas manchúes. Digamos que fui uno de sus hombres más cercanos y ahora soy yo el que controla los negocios en la isla —afirmó Roujie.

—Jinlin me dijo que necesitas mi ayuda.

—Sí, maestro. La ocupación española de la isla debe acabarse. A los sangleyes no nos favorece. Con los holandeses de momento es más fácil hacer negocios y tienen pacificadas a las tribus del sur, mientras que a los españoles les han perdido el respeto los nativos desde que abandonaron el fuerte de Tanshui. Es hora de atacar. Necesito información, así ahorraremos vidas. Por eso necesito su ayuda, maestro.

Gonçalo permanecía en silencio escuchando a su antiguo discípulo. Se preguntaba cuándo y cómo se habría convertido en ese hombre de temple que rezumaba autoridad. Solo cuando le llamaba maestro sus pupilas reflejaban una imagen distinta de él, la de un muchacho flaco, de piernas torcidas que

gritaba en las noches de pesadilla en Cavite llamando a su madre mientras con sus huesudos brazos se agarraba con desesperación a sus piernas.

—Quiero que sea nuestro punto de contacto con los nativos cuyo favor será decisivo para el éxito de la empresa —continuó—. Su esposa Inés sería de gran ayuda.

—Entiendo. ¿Y cuándo sería el ataque?

—El año entrante, antes de las lluvias, que es cuando se esperan los refuerzos en Taoyuan.

—¿Sabes cuáles son mis condiciones? —preguntó Gonçalo.

—Lo sé, y su recompensa será mucho mayor si accede, tiene mi palabra, maestro.

Los dos permanecieron en silencio escuchando el crepitar de las ramas retorciéndose en brazos del fuego. Los hombres de Roujie habían estado observando la escena apartados, comiendo en silencio y con las manos de unos cuencos de madera. Saliendo del hechizo acuoso del cielo, Gonçalo se puso en pie con esfuerzo. Roujie le imitó. Al ver alzarse a su jefe, el resto de sangleyes también se levantó.

—Debo irme, creerán que me he escapado.

—Mis hombres le acompañarán hasta el poblado. ¿Cree que podrá volver desde allí a San Salvador, maestro?

—Sí, me encuentro mejor.

Maestro y discípulo se miraron a los ojos con afecto. Gonçalo quiso aproximarse a darle un abrazo, pero Roujie le indicó disimuladamente con la mano que no debía hacerlo en presencia de sus secuaces.

—¿Nos volveremos a ver? —preguntó el portugués.

—Pronto —prometió Roujie.

Pasado el mediodía, Gonçalo Maradiaga llegaba con los ojos vendados al poblado taparri. Sus acompañantes se mimetizaron con las sombras de los frondosos árboles y desaparecieron en un instante sin darle tiempo a agradecerles el servicio. Se acercó al interior de las únicas dos cabañas que habían quedado en pie, por estar más resguardadas del ciclón, pero no divisó a nadie en el lugar, por lo que se puso en marcha hacia la villa española. Dio un rodeo para evitar a la guardia y entró sin ser visto a la iglesia de Todos los Santos en busca de su esposa e hijo.

—¿Qué haces aquí? Te están buscando, ¿qué estupidez pensabas hacer? —dijo el padre Quirós, que le salió al encuentro—. Ven, vamos a la sacristía, alguien podría verte.

—Padre, no es lo que cree. Tuve un accidente, mire —dijo señalándole la herida de la cabeza—. Fui a buscar a Inés y un tronco me golpeó en la cabeza, estuve varios días inconsciente.

—Bendito sea Dios que estás vivo y has vuelto —replicó el padre Quirós mientras se santiguaba.

—¿Dónde están mi mujer y mi hijo?

—A Inés se la llevaron hace dos días al fuerte para interrogarla, en cuanto volvió Portillo y supo de tu supuesta fuga.

—¡Maldito! Lo mato si le hizo algo.

—¡No ofendas a Dios! ¡Sosiégate, Gonçalo!

—Y mi hijo, ¿dónde está?

—Tu hijo está bien, al cuidado de Marcelina.

—¿Dónde? Quiero verlo —dijo saliendo a la nave de la iglesia.

—Espera, no te apures, los taparri ya se fueron, tuvieron miedo de las represalias del gobernador, que les amenazó con meterlos presos a todos si no confesaban donde estabas. Portillo estaba convencido que te habían ayudado a escapar.

—¿Mis cuñados?

—Ellos también se fueron.

—Voy al fuerte. ¿Me da la bendición, padre? —dijo Gonçalo arrodillándose ante él.

—Sé prudente, nada ganas con dejarte matar. ¡Que la Virgen Santísima te proteja y guíe! —dijo imponiéndole las manos sobre la cabeza y haciendo la señal de la cruz—. Ve con Dios, hijo.

Corrió las pesadas cortinas que caían como una cascada sobre las losas de barro del suelo y abrió las ventanas que daban al jardín. La vista no era comparable a la de su alcoba en la hacienda, pero la cumbre nevada de la montaña de humo, el volcán Popocatépetl, cortaba el aliento. Un bostezo de gatito sonó a su espalda. Entre los doseles de su cama, aparecieron los ojillos legañosos de Sebastián. Por las noches se sentía muy solo y le daba miedo su cuarto, por lo que se metía en la cama de Mariana. La joven sentía los piececitos helados buscando su calor. Ella lo acurrucaba entre sus brazos y dormía como un ángel hasta que Mariana abría las cortinas de mañana.

Acababa de volver de cabalgar con Valerosa. Según le había informado Manuela cuando llegó, Francisco había salido de nuevo al hospital.

—Buenos días, mi niño —dijo dándole un beso en la cabeza—, te estaba esperando para desayunar. Ve a tu cuarto, que Carmelita te ayudará a vestirte.

El pequeño saltó de la cama, se abrazó con fuerza a la cintura de Mariana y acto seguido salió corriendo.

—¡Te espero en el jardín! —alcanzó a decirle la joven antes de que la cabeza enmarañada del pequeño se perdiera por el pasillo.

En el velador del jardín, Álvaro desayunaba atendido por Juana y las mellizas. Mariana le observó durante algunos minutos a distancia. Le tenía tanto afecto, iba a romperle el corazón. Quería disfrutar de su compañía y de su amistad el mayor tiempo posible, así que mejor sería esperar a comunicarle su decisión, pensó mientras caminaba resuelta hasta él.

—Buenos días —Álvaro intentó incorporarse al oírla llegar, pero Mariana le puso una mano en el hombro—. No te levantes.

—Buenos días, doña Mariana —recitaron al unísono las mellizas.

—¿Desea desayunar, señorita? —preguntó Juana con sequedad.

—Sí, mi ahijado llega enseguida, desayuna con nosotros.

—Como mande —dijo retirándose y ordenando a las dos criadas que fueran veloces a la cocina a dar cuenta a Manuela.

—¿Qué planes tienes para hoy? —preguntó a Álvaro.

—Pensaba ir a visitar a Rodrigo, ¿me acompañas?

—Claro, pero antes quiero pasar por el hospital a saludar a Francisco y dejarle a Sebastián, quiere tomarle de aprendiz.

—Yo voy a ser el mejor médico de Nueva España —dijo el niño al llegar.

—¡Ya estás aquí! —dijo Mariana sorprendida y sonriendo—. Pues sí que tienes hambre.

—Me suenan las tripas, escuchen —dijo tirándose de una oreja hacia el estomago. Se oyó un fuerte gorgoteo y los tres soltaron una carcajada al unísono.

El aroma floral del jardín fue invadido por un estallido de olores deliciosos que provenía de las bandejas que transportaban las mellizas dirigidas por Manuela.

—Esto, señores míos, es el auténtico mestizaje entre españoles y nativos, el desayuno poblano levanta a un muerto —anunció con el pecho hinchado de orgullo la portuguesa, mientras iba colocando encima de la mesa las delicias que acababa de preparar: huevos revueltos sobre pan crujiente, tocino,

chorizo, cecina, chalupas, salsa roja con frijoles, queso de oveja y rosquillas de almendras iban ocupando su lugar sobre el mantel bordado.

Sebastián paseaba sus ojillos chispeantes de un lado a otro de la mesa sin acertar a decidirse por dónde empezar.

—Hale, a comer, buen provecho —les animó la cocinera.

Satisfecho y ufano, Sebastián desmontó deslizándose por el lomo de Valerosa y entró decidido al Hospital de San Pedro, seguido por Mariana.

—No tardes —dijo Álvaro a la joven desde su montura.

Francisco acababa de terminar la ronda de la mañana y leía absorto una nota que tenía entre las manos.

—¿Se puede pasar, doctor Hernández?

Francisco se sobresaltó al escuchar la voz de la joven desde el dintel de la puerta y ocultó la nota dentro del libro que tenía abierto sobre la mesa, acto que no pasó desapercibido a Mariana, que no dijo nada.

—Amor —dijo Francisco yendo a su encuentro—, esta mañana fui a casa, pero habías salido a cabalgar.

—Sí, me lo ha dicho Manuela, perdóname, no pude aguantar la tentación, me fascina esta tierra. Se te ve cansado —dijo Mariana acariciándole la mejilla.

Mientras, Sebastián había empezado a toquetear los frascos de cristal que se amontonaban sobre un anaquel metálico.

—Parece que tu aprendiz está ansioso por comenzar.

—Venid, vamos a visitar el hospital, están deseando conocerte.

—¿Te importa que lo hagamos en otro momento? Álvaro me está esperando.

—Como quieras, pero esta tarde te quiero solo para mí, tenemos cosas de qué hablar, volveré pronto a casa —dijo Francisco con seriedad, pues empezaba a molestarle la poca intimidad que había tenido con su prometida desde que había llegado.

—Claro, por supuesto, te estaré esperando, hasta luego —dijo dándole un beso en la mejilla sin afeitar—. Y tú pórtate bien y haz caso a tu maestro —añadió dirigiéndose al niño.

En cuanto hubo salido, el médico rescató la nota de entre las páginas de *De motu cordis*, de William Harvey, y se la guardó en un bolsillo.

—¿Para qué sirven estos remedios? —preguntó Sebastián, que seguía curioseando.

—Ya hablaremos de ellos más adelante. Ahora tu primera y única responsabilidad es llevar mi cabás. ¿Crees que podrás cuidar de él? Es de suma importancia.

El pequeño asintió con la cabeza.

—Bien, pues en marcha, tenemos algunas visitas que hacer.

Sebastián intentaba mantener el paso de Francisco mientras con las dos manos cargaba el maletín de cuero del médico. Al llegar a la sastrería preguntó extrañado:

—¿Quién es nuestro primer paciente?

Francisco, sin contestar, abrió la puerta y le hizo entrar delante de él. La tienda estaba vacía.

—¿Señor Antunes? ¿Hay alguien?

Sebastián, que andaba curioseando por la tienda, tomó una campanilla que había sobre el mostrador y la agitó en el aire. A los pocos minutos se oyeron unos pasos haciendo crujir la escalera de la trastienda.

—Don Francisco, ¿qué le trae por aquí? —preguntó la señora Antunes.

—Su marido me mandó una nota al hospital, necesitaba verme lo antes posible.

—¿Ah, sí?, pues se le habrá olvidado decírmelo, últimamente no sabe dónde tiene la cabeza. Espere aquí, por favor, voy a avisarle, hace poco han llegado dos forasteros y les está atendiendo. Ahora mismo vuelvo.

—Deja de tocarlo todo, Sebastián, vas a arruinar las telas —regañó a su pupilo.

—¡Qué suave es esta!

—¡Sebastián! —dijo llamándole la atención.

—Don Francisco, ¿está ahí? —dijo el sastre—, suba.

Santos Antunes le esperaba en la primera planta, al pie de las escaleras.

—No vayas a tocar nada y no te muevas de aquí —advirtió a Sebastián antes de perderse tras la cortina de la trastienda.

La cortina quedó parcialmente descorrida y el niño se asomó a ver qué había allí detrás. Para su sorpresa, un gato peludo de color gris perla dormitaba encima de una silla. Levantó las orejas apuntándolas hacia el intruso, antes de que Sebastián hubiese llegado hasta él para acariciarle, el gato saltó al suelo y subió ágilmente las escaleras.

—Espera, ¿a dónde vas?

Sebastián siguió detrás de él. El gato se paró en el rellano de la escalera, le miró brevemente y siguió subiendo mientras el niño le perseguía. Se encontró en un corredor oscuro con varias puertas en la segunda planta

—¿Dónde se habrá metido? Pssst, pssst, minino, ven, vuelve, no te voy a hacer nada, pssst, pssst, minino, vuelve.

Le oyó maullar a poca distancia de donde se encontraba. Continuó hasta el final del pasillo, dobló a la izquierda y le oyó maullar de nuevo. El maullido parecía proceder de detrás de una puerta, la abrió con cuidado y ante su sorpresa se encontró al gato en el regazo de un hombre de tez blanca y cabellos dorados. A su lado, otro hombre de piel más oscura estaba apoyado contra una de las jambas de la ventana. Se quedó mirando como embobado el extraño atuendo de esos dos individuos.

—Y tú, ¿quién eres? —preguntó el hombre de tez blanca.

—Soy Sebastián, el aprendiz del médico don Francisco Hernández.

—Ven, acércate, ¿te gustan los gatos? —preguntó el desconocido.

—Sí, mucho, yo tenía uno en España, se llamaba Panzón, comía mucho, pero mi padre no me dejó llevarlo conmigo en el barco —dijo acercándose y acariciando al gato con ternura—. ¿Es suyo?

—No, es del sastre.

—¿De dónde son sus mercedes? —preguntó Sebastián mirando de reojo al hombre moreno, que le observaba muy serio.

—De todas partes, viajamos mucho —contestó el hombre de cabellos dorados.

—Pero ese señor parece turco —dijo bajando el tono y señalando con la cabeza—, ¿no será moro?

Hans rio la observación, el mocoso era muy listo.

—No, no es turco —respondió.

—Puf, menos mal.

—¡Sebastián! ¿Dónde te has metido?

—¡Huy! Tengo que irme —dijo el niño atendiendo la llamada de Francisco.

Volvió a acariciar la cabeza del gato y salió como una exhalación del cuarto, pero dos segundos después volvió a asomar la cabeza

—Adiós, señor.

—Hasta pronto, Sebastián —contestó el corsario.

Apoyado en el rugoso tronco del nogal donde cada día se sentaba a almorzar, Lucas vio pasar al trote a dos jinetes. La cabellera de la mujer parecía el estandarte real que ondeaba en la Nao China que le había traído a esas tierras. Mascando un trozo de tortilla se levantó y marchó detrás de los visitantes. Los jinetes desmontaron. Al verle, se aproximaron a hablarle.

—¿Dónde está tu patrón?

—Álvaro, ¿estás seguro que entiende castellano?

—¿Dónde está tu patrón? —volvió a preguntar el joven sevillano más despacio, pronunciando aparatosamente cada palabra y con un tono de voz más elevado.

Lucas miraba fijamente a Mariana mientras le daba vueltas al trozo de tortilla en la boca. A Álvaro parecía no verle. Pasó delante de ellos y se encaminó a la zona donde solían comer los operarios y los aprendices. Álvaro y Mariana le observaban alejarse. Lucas se paró y echó la vista atrás para ver si le seguían. Al verles sin moverse, agitó la mano.

—Creo que quiere que le sigamos.

—Eso parece, Mariana, vamos.

—Deberíamos haber mandado una nota a don Rodrigo anunciando nuestra visita.

—No hay que ser tan ceremoniosos con los amigos —afirmó Álvaro.

Los dos miraban a su alrededor intentando adivinar qué eran todas esas construcciones pintadas por fuera de vivos colores. Empezaron a escuchar gritos, voces masculinas parecían increparse. De pronto, se oyó un disparo. Mariana se quedó petrificada en el sitio, Lucas echó a correr hacia el sonido procedente de detrás de una de las casas.

—No te muevas de aquí, voy a ver qué está pasando —dijo Álvaro echando a correr tras Lucas.

—¿Qué carajo está pasando? —rugió Matos subiéndose los pantalones y abrochándose el cinto—. ¡Es que no se puede ni cagar a gusto, hay que joderse!

Uno de los aprendices sostenía un pistoleta y apuntaba a la masa de operarios, que sin moverse parecían estar a punto de abalanzarse sobre él. Varias mujeres lloraban. Una de ellas sostenía en el regazo a otra mujer joven que estaba herida.

—Pero ¿qué haces, animal? ¡Baja el arma! —rugió el capataz.

—Maestro, se estaban peleando, les dije que pararan, pero no me hicieron caso —al muchacho le corrían lágrimas por el rostro pálido y pecoso.

—Está bien, muchacho, baja el arma —dijo aproximándose a él y poniéndole su manaza en el brazo—. Dámela.

El muchacho miraba a su alrededor, a los rostros oscuros y tenebrosos de los operarios, y dudaba.

—¡Dámela, carajo!

Al grito de Ferrán Matos soltó la empuñadura y se la ofreció al capataz, quien le respondió soltándole un sonoro bofetón.

Álvaro observaba la escena a distancia. A su lado, Lucas tampoco había querido aproximarse al ver entrar en acción al capataz. El resto de aprendices también había acudido al lugar y permanecía en silencio.

—Ahora dime quiénes han sido.

El muchacho, de nombre Pancho, señaló a cuatro hombres.

—Mateo, Filemón y Ortega —llamó a los aprendices—. ¡Atadles!

Mientras, Matos sostenía el pistolón dirigido a los hombres que había señalado su aprendiz. No forcejearon ni intentaron huir y se dejaron atar. Los muchachos de Matos conocían el procedimiento de castigo. Descubrirles las espaldas y atarles las manos unidas por las muñecas y alrededor de un tronco para que quedaran abrazados a él, inmovilizados.

—Pancho, son tuyos —dijo el capataz desenganchándose el látigo del cinturón y entregándoselo al chico.

El muchacho temblaba como hoja tierna, con el látigo en alto no acertaba a descargarlo sobre la espalda, ya marcada, del primer castigado.

—¡Mira que eres blando, carajo! —escupió Matos arrebatándole el látigo de malas formas, y haciéndolo virar sobre su cabeza lo descargó con saña sobre el indio.

Mariana se había ido acercando con sigilo hasta el lugar. Al no escuchar alboroto, se atrevió a aproximarse. En cuatro árboles contiguos, cuatro hombres se confundían con sus rugosos troncos. Ferrán Matos continuaba lacerando por turnos la carne ensangrentada de los osados. Se había quitado la camisa, porque el ejercicio después de almorzar le hacía sudar copiosamente.

—¡Pare, por amor de Dios, pare le digo!

Mariana avanzaba con decisión, colocándose entre el capataz y los hombres maniatados a los árboles. Matos abrió los ojos como platos, se le quedó congelado el brazo extendido y el látigo al caer le golpeó la cabeza.

—¿Quién ha dejado entrar a esta mujer? ¡Apartadla de mi camino! —gritó rojo de ira.

—No pienso moverme hasta que deje de maltratar a estos pobres hombres —le desafió Mariana.

—¡Quitadme de en medio a esta perra, he dicho! —vociferaba Matos, escupiendo saliva de la rabia y mirando a los muchachos, que no sabían a quién hacer caso.

—¿Cómo te atreves a hablarle así a una dama? —intervino Álvaro, que se colocó al lado de Mariana—. Volvamos a casa —le susurró.

—No pienso moverme hasta que este señor guarde el látigo —afirmó Mariana desafiando al capataz.

El silencio espeso olía a sangre y sudor. Se escucharon los gemidos de dolor de la mujer herida. Mariana no la había visto antes.

—No se le ocurra lanzar un solo golpe más o se arrepentirá —amenazó la joven.

Se acercó a la mujer y se arrodilló a su lado. El brazo le sangraba copiosamente.

—¡Álvaro, está herida! Hay que llevarla con Francisco. Y a esos hombres, también.

—¡De mi obraje no sale nadie sin mi permiso! —rugió Matos apuntando ahora el pistolete hacia Mariana y Álvaro.

El joven sevillano se plantó ante él.

—Ya veremos que dice don Rodrigo del trato que has dispensado a la señorita López de Peñaflores y a mí, Álvaro Fábregas de Valor.

Al oír mencionar al amo del obraje, Ferrán Matos bajó el arma. Su gesto huraño se arrugó aún más, la boca le sabía a hiel.

—¡Desatadles! Mateo, ocúpate de llevar a los heridos al Hospital de San Pablo de los Naturales. Y vosotros, ¡a trabajar, vagos de mierda! —cogió la camisa que había colgado de una rama y se marchó.

Francisco caminó por el interior del templo de Santo Domingo intentando encontrar el sosiego necesario para afrontar sus temores. Antunes no le había dado muchos detalles. Quería tan solo el nombre y el estado de salud de los prisioneros. Nunca había cuestionado las decisiones de la Iglesia, especialmente si en nada le incumbían. Se sentía atrapado, necesitaba la financiación del sastre y no veía otra forma de poder saldar la deuda. Pasó por delante de la capilla de los Mixtecos, uno de los pocos lugares de culto para los indios dentro de la traza española. Estaba llena, y un fraile al que no había visto antes oficiaba misa en su extraña lengua. Todavía resonaba en sus oídos el berrinche de Sebastián cuando le llevó de regreso a casa tras hablar con el sastre. El pobre pensaba que era un castigo por haber estado husmeando en la tienda.

Salió a la plaza por la entrada principal y dio la vuelta al convento, a cuya espalda se encontraba la Comisaría General y los calabozos de la Santa Inquisición.

—Preséntese sin más diciendo que le han llamado para que revise a los enfermos —le había dicho Antunes.

—Pero ¿es que hay alguien que sabe de mí allí? —había respondido asustado.

—No tema, don Francisco, es un reputado médico, confíe en mí. Todo está ya preparado.

—Vengo a revisar a los enfermos. Alguien dejó un recado para mí en el Hospital de San Pedro.

—¿Quién es usted? —le preguntó un hombre calvo y grasiento, que sentado a una mesa de madera comía una especie de empanada que chorreaba jugo.

Se limpió la boca carnosa con un pañuelo tan grasiento como él. A Francisco le dio una arcada.

—Soy el galeno don Francisco Hernández.

El paisano no parecía con ganas de abandonar sus gorditas de maíz rellenas de carne y sin levantarse le indicó con la cabeza.

—Pase por esa puerta, al final del corredor se presenta al carcelero y se lo explica.

Pequeños trozos de picadillo salían despedidos con la saliva a medida que el individuo hablaba. Debe de ser un familiar, come caliente a cambio de denunciar a sus vecinos ante el tribunal, pensó Francisco conteniendo otra arcada.

Todo era oscuridad en ese lugar. No tanto por la falta de ventanas y las escasas teas prendidas. La oscuridad se metía por las fosas nasales como el humo negro de una hoguera, impregnando el cuerpo de tinieblas y la mente de pensamientos proscritos. Le temblaban las manos. Sus pasos resonaban en el piso lúgubre, pero él solo escuchaba el tambor ensordecedor que le latía dentro. Llegó a una verja. En una silla, un hombre uniformado apoyaba la cabeza hacia adelante, con los brazos cruzados en el regazo. Francisco permaneció anclado al pavimento, escudriñando el espacio del otro lado del hierro inexpugnable. «Nadie sale de aquí, nadie sale, nadie sale de aquí, nadie sale», un temblor se apoderó de su cuerpo. El soldado se incorporó haciendo sonar su espada contra la verja metálica.

—¿Quién es usted?, ¿cómo ha llegado hasta aquí?

—Soy... soy Francisco Hernández, físico, vengo... —no terminó la frase.

—Entiendo.

El uniformado cogió un manojito de pesadas llaves que tenía debajo de la silla, y rebuscó y rebuscó produciendo un tintineo atronador que puso muy nervioso a Francisco. «Me van a descubrir, me encerrarán en un calabozo, tendré que confesar algún crimen atroz, una herejía». Por fin, abrió la verja. Cruzó al otro lado siguiendo al soldado, quien volvió a cerrar la puerta de metal, esta vez más velozmente.

—¿Cuántos enfermos hay? —preguntó Francisco bajando tanto la voz que el hombre tuvo que inclinarse hacia él para oírle. Olía a sudor y a ajo.

—Diecinueve —contestó el carcelero.

—¿Mujeres, niños?

—Siete mujeres, dos niños, diez hombres.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Los frailes están comiendo en el convento, tardarán una hora más o menos. Pero no debe inquietarse si vuelven. Todo está bien, usted haga no más su trabajo, don Francisco.

¿Le estaba amenazando? ¿Le iba a denunciar? «No, no, cálmate, es la oscuridad, el humo negro».

Entró al primer calabozo. El soldado cerró la celda con él dentro. Se estremeció. Todo era negro, sucio, olía a humedad, a orines, a miedo. Sobre un estrado de pequeña elevación sobre el suelo yacía un bulto desnudo de cintura para arriba. «Soy médico, soy médico, me han llamado para revisar a unos enfermos». Sintió el peso de su cabás en la mano derecha. Se acercó al estrado y se sentó al lado del bulto. Lo giró hacia él y oyó gemidos, muy leves. «¡Está vivo!». La frente marcada, las muñecas y los tobillos marcados, la espalda llagada, mordiscos de rata en las piernas. Los brazos estaban desencajados. Encontró otros signos de tormento. Empezó a palparle las costillas, el abdomen, las piernas. El hombre temblaba, se contraía, respiraba jadeando.

—No, otra vez no —murmuró.

—Tranquilo, no tema, soy médico, estoy aquí para ayudarle.

Mariana estaba furiosa. Tenía unas cuantas cosas que decirle a Rodrigo De Vera sobre la administración de su obraje. «Es otro mundo», recordó que le había dicho Álvaro paseando por la Alameda cuando acababa de conocer al empresario lanero en Sevilla. Don Rodrigo permitía el trato que ese miserable de capataz dispensaba a sus operarios, ¿cómo podía ser? Después de asegurarse de que la mujer y los hombres azotados hubiesen llegado al hospital de indios, volvieron a casa en silencio. Álvaro la dejó en la puerta y fue, dijo, a reunirse con un comerciante de telas para vender las sedas. Ella dejó a Valerosa con Jacinto en las caballerizas. Entró como un torbellino a la casa, ciega y sorda de ira, y se encaminó a su alcoba. Abrió de sopetón la puerta. Juana se giró. De las manos se le cayó el diario de Isabel.

—¿Qué haces en mi alcoba? —dijo acercándose y recogiendo el cuaderno del suelo.

—Estaba limpiando, señorita —acertó a decir la sirvienta.

—¿Y qué hacías con esto en las manos?

—Le quitaba el polvo —se excusó.

—Me pareció que lo leías.

—Yo no sé leer, señorita.

Juana se había puesto roja, sin atreverse a mirar a su patrona de frente. Se sentía avergonzada por haber confesado su ignorancia.

—Carmelita es mi doncella, ella se ocupa de mis cosas y de mi alcoba. No quiero volver a verte aquí. ¿Me has entendido?

—Sí.

Esta vez la miró a los ojos, rojos de rabia, de celos y de odio. «Te odio, me las vas a pagar», decía su mirada, pero Mariana quiso leer en ellos vergüenza y azoramiento.

—Puedes retirarte.

«Pobre Juana, he pagado con ella mi mal humor. ¿Qué hacía con el diario?, ¿en verdad no sabe leer?». Esa mujer no le inspiraba ninguna confianza, a pesar de que se comportaba correctamente. «Da igual», se dijo. Acarició la encuadernación de piel. «Perdóname, hace varias semanas que no te leo, madre». El contacto con el cuero del cuaderno le sosegó el ánimo. Se apoyó de espaldas al ventanal con el diario entre las manos. La luz del sol filtrándose entre las hojas del aguacate que crecía hasta más allá del alféizar teñía de verde las palabras de Isabel.

No tengo más fuerzas para esperar. El deseo de una vida lejos de estos cuatro muros me está enfermando. No he sabido aceptar la situación. Las palabras de la última carta de tu padre, «espérame, vuelvo a buscarte», me han alimentado todos estos años de espera. Pero mi corazón cansado presiente que algo terrible le pasó y nunca vendrá.

«Esa carta, esa carta de mi padre tiene la clave», pensó Mariana. Siguió leyendo.

Solo me queda la esperanza de volver a verte a ti, Catarina. Mi anhelo lucha dentro de mi ser para vencer la muerte que avanza en mis entrañas. Ven pronto, no tardes.

Era la última entrada del diario. Por Vidonia había sabido que su salud se había deteriorado rápidamente, pero se aferraba a la vida y se rebelaba ante su amargo destino con una última rebeldía: «No me arrancarás la vida sin haber visto a mi hija de nuevo». Volvió hacia atrás pasando las páginas hasta encontrar un pasaje donde su madre hablaba del trabajo en los astilleros de su padre. Decía que visitaba asiduamente a fray Pedro, el prior del convento de San Francisco de Asís en San Cristóbal de la Habana, quien había acogido a su padre por recomendación del padre Silvano, párroco de San Nicolás de Lisboa, al llegar a esas tierras. Releyó varias veces el pasaje. «Si algo le ocurrió a mi padre, el fraile debía saberlo, dada la estrecha relación que

tenían. Tal vez era su confesor y sabía incluso más de lo que una amistad permitía». Tomó papel y pluma. Sentada en su tocador, escribió una nota, clara y escueta presentándose a fray Pedro y preguntando por Gonçalo Maradiaga, su padre.

Estaba arriesgando mucho. De los taparri había aprendido a ser sigiloso, a caminar sin hacer crujir la madera bajo sus pies, a flotar. No estaba seguro de dónde dormía Portillo. Dos años atrás, en una de las borracheras con el gobernador Márquez, le había cargado hasta su alcoba. Será la misma, se dijo. La puerta chirrió levemente, aunque a Gonçalo le parecía que había estallado una detonación de un arcabuz en su oreja. Permaneció con los músculos contraídos y los ojos cerrados, atento a captar la respiración serena del gobernador. Oyó el roce de las sábanas, el hombre se giró en la cama como si presintiera su presencia. Le daba la espalda. Se acercó conteniendo el aliento. Tenía que evitar que alertara a la guardia. En un movimiento rápido se abalanzó sobre Portillo, tapándole la boca con su manaza callosa. Pensó que tendría que calmarle mientras forcejeaba con él para librarse de su peso. No hizo falta, porque una navaja brillaba bajo su barba produciéndole una quemazón en el gaznate.

—Voy desarmado, gobernador, por favor, no grite.

Destapó la boca de Portillo, quien seguía manteniendo el cuchillo firmemente asido y cuya mirada denotaba ira y sorpresa, en estrecha conjunción. La luz era muy escasa, no distinguía los rasgos del maestro carpintero.

—¿Quién eres?

—Soy Maradiaga señor, no me escapé. Tuve un accidente y estuve inconsciente varios días. El padre Quirós me dijo que me estaban buscando, así que pensé que sería mejor explicarle la situación a solas.

—Y no hallaste mejor estupidez que meterte a hurtadillas en mi alcoba. Has tenido suerte, podrías estar desangrándote en estos momentos —dijo retirando la afilada cuchilla del cuello del portugués.

Encendió un par de velas y se dejó caer pesadamente en una butaca. Gonçalo permaneció sentado sobre la cama.

—No tenías permiso para ausentarte del fuerte —dijo con tono amenazador.

—Lo sé, pero era una emergencia, el tifón llegó de improviso y pensé que algo podía ocurrirles a mi mujer y a mi hijo, por eso corrí al poblado a buscarles.

Los ojos de Portillo eran dos puntos brillantes, la luz de las velas bailaban en sus pupilas dilatadas. Se hizo el silencio entre los dos, podían leerse el pensamiento. «Si le has hecho algo a Inés, te mato».

—¿Y bien? Continúa —le ordenó Portillo.

—Un tronco debió golpearme, porque no recuerdo lo que pasó. El poblado estaba arrasado por el huracán, no quedaba nadie. Después, cuando me desperté, volví a San Salvador. Es todo. ¿Dónde está mi mujer?

El gobernador se levantó y se acercó a la ventana. El viento seguía soplando, pero con menor intensidad. De una mesa auxiliar abrió una caja, sacó un puro y lo encendió acercándolo a la vela. Aspiró profundamente y dejó escapar el humo lentamente.

—Comprenderás que ante tu fuga necesitábamos asegurarnos de que ella no te había ayudado a escapar. Está retenida.

—Le estoy diciendo la verdad, ¿por qué habría vuelto de no ser así?

—Porque no pudiste encontrar a tu esposa e hijo cuando fuiste a buscarles. La idea era llevártelos, ¿no? —insistía el gobernador en su acusación.

—¿En medio de un tifón? ¿Por qué clase de loco me tiene?

—Tal vez solo fue un intento desesperado.

—¿No cree que hubiera sido más fácil para mí escaparme cuando estaba Márquez? Tenía completa libertad de movimientos.

—Te confiaste, pensaste que se te iba a indultar, entonces no tenías necesidad de arriesgarte.

—Tampoco me ha dicho que mi indulto no vaya a concederse. Márquez envió una petición a Manila.

—La petición está encima de mi mesa, en mi despacho, fue alguna de las tareas que dejó pendiente al marchar —la mirada de Portillo tenía ahora un brillo sádico, burlón.

—Ya estoy aquí, libere a mi mujer.

—¿Y qué obtendría yo a cambio? Podría mandarles a la horca a los dos, sería lo más fácil y conveniente.

—Le tenía por un gobernante justo, pensé que quería pasar a la historia como el gobernador que convirtió isla Hermosa en la colonia más próspera de las Indias Orientales. Llevo años comerciando con los sangleyes, yo podría

ayudarle. Además, hablo su lengua —mintió—. La última vez que estuve en Tanshui comerciando con ellos escuché algo que podría interesarle saber.

—Habla.

—No hasta que deje libre a mi mujer.

—Habla, yo valoraré si lo que sabes merece su libertad —dijo Portillo subiendo el tono.

A ese hombre que toda su vida había sido soldado le creía muy capaz de ordenar su ejecución.

—Los holandeses se preparan para atacar.

La imagen de Roujie arrodillado frente a él llamándole «maestro» le vino a la mente, le estaba traicionando. Portillo no reaccionaba, le miraba fijamente. Sostenía el puro prácticamente consumido entre los dedos sin inmutarse.

—Los holandeses se preparan para atacar —repitió Gonçalo.

—Lo he oído la primera vez, no lo repitas.

«Como si callándolo pudiera evitarse el ataque», pensó Gonçalo.

—¿Cuándo? —preguntó Portillo.

—No, gobernador, primero deje que Inés se vaya.

Juana apenas podía contener la rabia que sentía. Quería acabar con ella, borrar su existencia. ¿Habría algún filtro para algo así? ¡Veneno! Eso es, le pediría a la vieja un veneno. Pero también necesitaba algo potente para atraer de nuevo a Francisco a sus brazos. ¡Habían gozado tanto! Ese estúpido, ¿cómo podía estar enamorado de esa mosquita muerta? A distancia se veía que era más fría que un témpano. Tal vez debía esperar, si la señorita Mariana no satisfacía a su esposo en el tálamo, tarde o temprano él volvería a buscarla. Entonces, ¿debía esperar? Se miró las manos, temblaba. Necesitaba su potencia penetrando en lo más profundo de su ser. No, no podía esperar. Moría de deseo insatisfecho.

—¿Qué haces ahí como un pasmarote? Pasa antes de que te vea alguien —dijo la vieja Anacleta por la puerta entreabierta de su covacha.

Había cruzado la ciudad sin darse cuenta, sumida en sus cavilaciones. La vieja Anacleta vivía junto a la ribera del río Atoyac, en una choza oculta entre la vegetación. Por la zona pasaban con frecuencia pastores conduciendo al ganado vacuno a las jugosas praderas de brillante hierba.

—¿Qué quieres, muchacha?

—El último filtro que me dio no funciona.

—Ya veo, quieres que te devuelva el dinero. Pues ya me lo gasté, así que arreando a casa.

—No, no quiero que me devuelva el dinero. La prometida del patrón está en la ciudad, pronto se casarán.

—Ya, pues búscate otro amante y listo.

—No quiero otro amante. Quiero un veneno.

—¿Se te ha secado la sesera, niña? Yo no hago ese tipo de trabajitos. De hecho, dentro de poco no voy a hacer ningún trabajito más. En cuanto ahorre un poco marcho junto a mi hermana Consuelo. Esos malditos frailes dominicos se han llevado a sus mazmorras a varias de mis comadres. Segura estoy de que la siguiente de la lista soy yo.

—¿Y puede hacer algo para que él se desenamore de ella o ella se enamore de otro?

—De eso sí sé. Necesito un mechón de pelo de ella y un objeto personal. Pero dado que es el último encargo que voy a aceptar, te va a costar cuatro escudos de oro.

—¡Cuatro escudos! ¿Se ha vuelto loca? ¿De dónde voy a sacar ese dinero? —preguntó Juana desesperada.

—Eso es cosa tuya. Y ahora déjame, que estoy muy ocupada.

La vieja se puso a murmurar un trabalenguas en la lengua del diablo y trasteaba con frascos buscando algo en concreto, sin prestar atención a Juana, que permanecía sentada observándola. Pensaba.

—Le traeré mañana lo que necesita. ¿En cuánto tiempo tendrá el filtro preparado?

—¿Aún no te has ido? Mocosa, me estás aguando el acertijo. —Miró el cielo a través del ventanuco y dijo—: En la próxima luna llena. Y ahora vete, vete, vete —añadió mientras la empujaba hacia la puerta.

La mecían las olas.

—Despierte, señorita Mariana —decía Carmelita mientras la zarandeaba suavemente.

Podía respirar bajo el agua, era una sensación tan placentera. Ella era agua fresca, cristalina. Nadaba dentro de sus ojos, su iris marino la sonreía.

—Señorita Mariana, despierte.

Sentía los párpados muy pesados. Abrió los ojos despacio. Carmelita le sonrió.

—Debe apurarse, su galán está ansioso —dijo.

Perdió la visión de sus sueños, pero sentía algo extraño. Dejó caer los párpados. Los vio nítidamente de nuevo. Los ojos marinos. Los ojos de su madre moribunda, los ojos del ajusticiado, los ojos del jinete al amanecer. Eran de agua, del agua del Caribe.

—Señorita Mariana, ¿qué se va a poner? Es una velada muy especial. Este de seda es precioso —dijo Carmelita mientras sacaba vestidos del armario.

—Sí, ese está bien —dijo aún tendida entre almohadones.

Se había tumbado en la cama con la ropa de montar. Se había quedado dormida sin darse cuenta, pensando en la carta al fraile, en su padre. El estómago le avisó de que no había almorzado. Se acordó del episodio en el obraje de De Vera y volvió a enojarse.

—¿Estáis nerviosa? —le preguntó la doncella.

—¿Por qué habría de estarlo?

—Por la boda. Acaba de llegar el padre —dijo Carmelita.

—¿Qué padre? —preguntó sobresaltada.

—No sé, llegó con don Francisco.

—Pero ¿no nos irá a casar ahora?

Mariana sintió que le faltaba el aliento. No estaba preparada aún. No sabía por qué, pero ni se había planteado que la situación tenía que cambiar, que Álvaro se iría y que ella se convertiría en la esposa de Francisco. A eso he viajado a Nueva España, para casarme con Francisco, ¿no? Pero no, no puede celebrarse el matrimonio así, sin avisar, la casa no está preparada, yo no estoy preparada. La noche de bodas. No, no, de ninguna manera. Aún no, aún no.

—Por lo que les he oído comentar hablaban de los preparativos. El padre, no recuerdo el nombre, quiere conoceros. ¿Os recojo el cabello? Tenéis un pelo tan sedoso, señorita, me recuerda mucho al de María Jimena.

—La echas de menos, ¿verdad?

—Sí, mucho, si me permite decirlo, la quería como a una hermana —dijo Carmelita dejando el cepillo de plata sobre el tocador—. Ya está. Se la ve preciosa, señorita Mariana.

—¿Dónde está Sebastián?

—Hace un rato estaba con Manuela en la cocina, le estaba entreteniéndola con una de sus historias.

—Asegúrate de que se coma toda la cena y después a dormir, que no ponga excusas y que no me espere despierto.

—Sí, señorita.

Cuando entró a la sala la chimenea encendida acompañaba la conversación de los dos hombres con su chisporroteo anaranjado. Francisco, elegantemente vestido, se acercó hasta ella, le tomó la mano y se la besó. Su mirada varonil, deseosa, la hizo ruborizar.

—Mariana, estás bellísima. Permíteme presentarte al padre Jonás.

—Hija mía, dadme un abrazo —ella obedeció, el hombre olía a humedad y a rancio—. Es una dicha teneros en la Ciudad de los Ángeles. Francisco ha estado muy solo. Bien sabe Dios que un hombre de su valía necesita una buena esposa que cuide y vele por él, ya que él vela por todos nosotros —dijo el padre Jonás, cuyas palabras denotaban un verdadero afecto por el médico.

—El padre Jonás y yo nos batimos con la pestilencia, como te conté. Fue mi gran sustento espiritual durante los largos meses de lucha. Si estás de acuerdo, quiero que sea él quien bendiga nuestra unión.

—Por supuesto. Padre, siéntese por favor —le invitó Mariana.

—Y bien, hijos míos, ¿para cuándo el enlace? No hay que esperar demasiado, que el diablo siempre está haciendo de las suyas.

Mariana y Francisco se miraron unos instantes. Ella no quería pronunciarse por miedo a que se notaran sus dudas. Francisco habló por ella y lo hizo siguiendo el consejo que días atrás le diera Álvaro:

—Mariana acaba de llegar, y como sabe, padre, yo con el hospital y mis pacientes no he tenido mucho tiempo de acondicionar la casa. Ella se va a ocupar de transformarla en un hogar. Estábamos pensando esperar un par de meses. Por supuesto, yo paso las noches en el hospital y Mariana está siempre acompañada de su doncella.

—Dos meses me parece mucho, Francisco, yo la casa la veo estupendamente.

—Posiblemente sea antes —intervino Mariana—, fíjese que en breve llegará el virrey a la ciudad. Tengo entendido que el cabildo prepara una gran celebración. Si le parece, podríamos sellar nuestra unión ante Dios y la Santa Madre Iglesia cuando la ciudad vuelva a su actividad cotidiana y el virrey ponga rumbo a Ciudad de México.

—Bueno, bueno, veo que lo tenéis bien pensado. Debo volver con mis indios —dijo el padre Jonás poniéndose en pie.

—¿No se queda a cenar, padre? —preguntó Francisco.

—No, hijos míos, os dejo disfrutar de la velada a solas. Solo recordad que el cuerpo es templo de Dios. No te levantes, Francisco, sé donde está la puerta.

Se oyeron los pasos apresurados del fraile alejándose hacia la salida.

—¿Tienes hambre? —dijo Francisco volviéndose hacia Mariana.

—Sí, estoy hambrienta, olvidé almorzar.

—Ven, vamos, Manuela debe de tenerlo todo preparado.

Caminaron de la mano hasta el salón contiguo. La joven sentía un nudo en el estómago, era la primera vez que estaba a solas con Francisco. Él le retiró la silla y al ayudarla a sentarse, le rozó con la yema de los dedos el cuello. Mariana se puso tensa. Hermosos candelabros de plata labrados proyectaban destellos perlados sobre la blanca superficie del mantel bordado. La estancia estaba decorada con numerosas velas y jarrones de flores. Mariana miró en derredor y esbozó una sonrisa.

—Parece un santuario —rio Francisco—, creo que a Manuela se le ha pasado la mano con las velas.

—Está todo muy bonito —dijo ella.

En ese momento entró la cocinera, seguida de la india Josefina y de las gemelas, Macaria y Micaela. Todas llevaban el pelo recogido hacia atrás y unos uniformes que Mariana no había visto antes.

—Manuela, ya puedes empezar a servir.

—Sí, señor. Espero que todo sea de su agrado, doña Mariana —a la joven le hizo gracia la formalidad con la que la trataba la portuguesa.

Francisco quería que esa noche todo fuera perfecto. Tras disponer las viandas en la mesa, las sirvientas se retiraron, dejándolos solos. Sonaban los cubiertos al rozar la cerámica de los platos mientras se servían y comían. Crepitaba la lumbre, ellos permanecían en silencio. Él la observaba intensamente, pero ella no conseguía sostenerle la mirada.

—¿Qué tal fue tu día? —preguntó Francisco rompiendo el denso silencio.

—Mejor hablemos de otra cosa, no quiero acordarme.

—¿Por qué? ¿Pasó algo?

—Esta noche no, no quiero arruinar la velada, te lo cuento mañana. Cuéntame tú cómo fue el tuyo —pidió Mariana.

Francisco repasó mentalmente: su reunión con Antunes, los calabozos de la Santa Inquisición. No, él tampoco quería arruinar la velada recordando.

—Fue un día un poco pesado, estaba deseando verte. Estoy muy feliz de que estés conmigo, de que pronto te conviertas en mi esposa. No deseo nada más. —Hizo una pausa, no sabía si le parecería impertinente su pregunta, pero le quemaba la lengua—: ¿Hasta cuándo piensa Álvaro quedarse con nosotros?

—No estoy segura, puede que algunas semanas más. ¿Te inoportuna su presencia?

—No es eso, es solo que él pasa más tiempo contigo que yo —dijo como un reproche.

—¿Crees que podría ayudarte en el hospital? No quiero pasarme el día bordando o dando paseos a caballo. Quiero hacer algo de provecho, algo que sea verdaderamente importante. Así pasaríamos más tiempo juntos —propuso Mariana.

—No quiero que enfermes. Además, espero que en cuanto nos casemos, lleguen los hijos, el hospital no es un buen lugar para una embarazada. Pero ya encontraremos algo para entretenerte.

«¿Entretenerme?». El comentario le molestó, pero no quería discutir con Francisco en ese momento. Apreciaba sus esfuerzos por agradarla. Le vio levantarse al otro lado de la mesa, acercó una silla hasta donde estaba ella y se sentó a su lado.

—Tengo algo para ti, es mi regalo de compromiso.

De un pañuelo de fina tela color carmesí sacó una pequeña caja forrada de seda con hilos plateados. Al abrirla, los ojos marinos relucieron llenando de esplendor la habitación.

Mariana contuvo un grito de sorpresa llevándose la mano a la boca.

—¿Te gustan?

—Son, son...

—Son topacios de color de las aguas. ¿Me permites que te los ponga?

Mariana se retiró el cabello dejando al descubierto el lóbulo de la oreja izquierda y el cuello. Sentía los fríos dedos de Francisco sobre su cálida piel. Él le giró la cabeza hacia el otro lado y le colocó el pendiente en la oreja derecha. La giró hacia él.

—Estás preciosa, eres preciosa —susurró.

Respiraba ruidosamente, como si le faltase el aire. Tenía la boca entreabierta. Agarró por los brazos a Mariana y la atrajo hacia él. «Me va a besar». Su aliento olía a limón y menta. Ella cerró los ojos.

—Ejem...

Francisco soltó precipitadamente a la muchacha separándose de ella y Mariana abrió los ojos. Ante sí tenía a Álvaro, mirándola con dolor.

—Solo quería deseáros buenas noches. Ya me retiro, podéis seguir donde estabais —dijo dando media vuelta y alejándose.

Tras la interrupción de Álvaro, Francisco se acercó de nuevo hacia ella.

—¿Por dónde íbamos? —dijo inclinándose sobre Mariana para besarla. Sintió su mano sobre el pecho.

—Gracias por los zarcillos, son muy hermosos. Es mejor que me retire yo también —dijo dándole un rápido beso en la mejilla y echando a correr hacia su alcoba.

Amadea, sin hábito ya, sostenía la mano a su amiga.

—Prometo venir a visitarte a menudo.

Lucía estaba muy abatida. Aún no se había repuesto de la inquina que su agresor derrochaba en la carta que le llegó el día de su cumpleaños. Amadea era su única amiga y la iba a extrañar terriblemente. Su esposo había vuelto de Malacca y la reclamaba a su lado.

—No estés triste. Algo me dice que tu encierro no va a durar mucho. Yo, por mi parte, haré todo lo posible por ayudarte —la consoló la joven.

Las sirvientas de doña Amadea estaban terminando de empacar los costosos vestidos que no había usado en esos meses de clausura en el convento de Santa Clara.

—Ven, salgamos a dar un último paseo por el huerto.

Salieron al corredor en la segunda planta, cuyos ventanales daban al atrio arbolado. Las dos mujeres, cogidas del brazo, bajaron las escaleras de piedra en silencio y caminaron bajo la arcada hasta la verja de forja que daba al jardín y al huerto. El convento estaba enclavado muy cerca del agua, por lo que recibía a diario la visita de distintas aves acuáticas que sobrevolaban en busca de alimento. Una pareja de chorlitos piaba en animada conversación desde dos ramas cercanas, mientras un frailecillo con sus delgadas patas paseaba ufano su pelaje blanco y negro por entre las hileras de vegetales plantados.

—¿No querías escribirle una carta a tu esposo? Yo podría enviarla.

—Sería un riesgo demasiado grande. ¿Y si él se enterase? —solo de pensarlo Lucía perdió el color del rostro.

—¿Cómo podría enterarse si le pides guardar silencio?

—¿Y qué ganaría con ello? Le arruinaría la dicha de su nueva vida junto a su joven esposa. Conozco a Saúl, no osaría enfrentarse a un hombre tan poderoso. Con pesar debo reconocer que a estas alturas ni siquiera le conviene que yo vuelva. Ha rehecho completamente su vida. El dolor de mi

ausencia hace tiempo que se convirtió en recuerdo, y los recuerdos con el tiempo se difuminan, pierden intensidad.

—¿Y a tu hijo? —preguntó Amadea leyéndole el pensamiento.

—Mi hijo. Sí, mi hijo es mi única esperanza. Pero tú misma leíste que es capitán de un navío, cómo saber donde enviarle la misiva. Podría extraviarse y caer en malas manos. Pondría su vida en riesgo.

—¿No hay nadie de tu confianza en tu casa que pudiese guardar la carta hasta su regreso? Como dijo esa sabandija, hace unos meses volvió a Ámsterdam y le hicieron una fiesta de bienvenida.

Las vaporosas nubes del rectángulo celeste se deslizaron movidas por la suave brisa y el sol oculto tras ellas lanzó un rayo luminoso al rostro de Lucía encendiendo su memoria y su esperanza.

—¡María!

—¿Quién es María? —preguntó Amadea.

—Claro, María, ¿cómo no se me ha ocurrido antes? Es como una madre para mí, me cuidó de niña y también cuidó a mi hijo. Se dejaría matar antes de perjudicarle a él o a mí.

—¿Por qué no le escribiste antes?

—El tenía vigilada la casa. Pero ahora, con mi hijo viajando por el ancho mar y mi marido con su nueva vida, puede que ni se acuerde de la existencia de mi vieja María.

—Sin duda, merece la pena intentarlo —aseguró Amadea.

Vieron a una de las novicias espantando al frailecillo que seguía trasteando en el huerto. Se acercó a avisar de que el esposo de Amadea la estaba esperando en la portería.

—Gracias hermana, voy enseguida.

Las dos mujeres se miraron y se fundieron en un largo abrazo.

—Es hora —dijo Lucía separándose de la calidez de su amiga, no quería alargar la despedida.

—Es hora. No desesperes y escribe a María, volveré en unos días para verte y recoger la carta —dijo Amadea al despedirse.

Cuando Mariana bajó a desayunar, le sorprendió ver a los hombres de su vida alternando amistosamente en el velador del jardín. Se quedó escuchando, ¿se reían? Ella no había pegado ojo pensando en cómo encajaría Álvaro su decisión de seguir adelante con el casamiento, tenía aún clavada su mirada de

la noche anterior. Y ahí estaba, charlando como si nada con su contrincante amoroso. Hasta Sebastián se había despertado antes de lo acostumbrado y se había escabullido de la habitación sin que Mariana lo notara.

—Buenos días, caballeros. ¡Qué animada está la mañana!

Francisco se levantó y le dio un beso en la mejilla.

—Yo os dejo, voy a llegar tarde a la ronda en el hospital. Nos vemos más tarde, querida —dijo marchándose a grandes zancadas.

—Pensé que tu prometido era un tipo más serio —comentó Álvaro.

—Álvaro, perdóname, teníamos que haber hablado hace días. Lo que viste anoche, yo...

—No creo que haga falta explicar nada, ayer me quedó claro cuáles son tus deseos y los acato.

Sebastián no perdía detalle de la conversación girando la cabeza hacia Mariana o Álvaro según intervenían mientras iba engullendo un panecillo tras otro.

—Sebastián, mi sol, ve a la cocina a buscar a Manuela —le dijo para poder estar a solas con Álvaro. El niño corrió a obedecer.

—Álvaro, me hubiera gustado poder responder al afecto...

—No es afecto, Mariana, es pasión, estoy locamente enamorado de ti —contestó él con vehemencia.

Ella continuó.

—Me hubiera gustado responder al amor que me tienes. Lo siento, creo que debo dar una oportunidad a Francisco. Estoy aquí por él.

—Si es por él por quien sientes el fuego que me consume a mí por ti, lo acepto como una dolorosa derrota. Tal vez debí demostrarte el hombre que soy mucho antes.

Mariana no dijo nada. Las palabras de Álvaro le hicieron recordar la conversación que hacía una eternidad mantuvo con su hermana pequeña, María Jimena. Eran los dos igual de viscerales. «¿Has sentido alguna vez un amor arrebatado por alguien?, un amor que arde en las entrañas, que duele como una puñalada en el estómago, un sentimiento feroz que no deja dormir por las noches ni pensar por el día», le había preguntado en aquella ocasión su amiga. No, y aún no lo sentía. Pero no se lo dijo a él. No quería alimentar inútilmente las esperanzas de ese gallardo joven, pues sabía que por él nunca sentiría algo así. Pero sí le quería, su afecto era auténtico, no era fraternal, era especial y tal vez con el tiempo podría haber llegado amarlo como una esposa, pero no había tiempo para eso. Prefirió callar.

—¿Es de él de quién estás enamorada? —insistió Álvaro acercándose a ella.

Le llegaba su aliento varonil, el calor que desprendía su cuerpo.

—¡Mariana, Mariana, tenemos visita! —dijo Sebastián, que llegaba corriendo.

Detrás de él, Rodrigo De Vera aparecía seguido en un segundo plano por el hombre que les había apuntado con su pistolón el día anterior en el obraje.

Los dos se levantaron, pero sus miradas no denotaban precisamente alegría por la visita.

—Buenos días, mis queridos amigos. Siento en el alma lo que ocurrió ayer en mi hacienda. Regresé tarde a casa de inspeccionar unos nuevos pastizales que estoy pensando adquirir. Esta mañana mi capataz me contó lo ocurrido y hemos venido inmediatamente a que les pida disculpas y explique la situación.

Sonaba seguro como siempre, su tono era amigable y a la vez pretendía expresar pesar.

Álvaro y Mariana permanecían callados observando al sujeto que ahora, a la orden de su amo, se aproximaba con el sombrero en las manos en actitud sumisa.

—Vamos, habla, mentecato —le ordenó don Rodrigo.

—Quisiera pedir disculpas a los señores, no sabía quiénes eran. La pelea entre esos malnacidos... —empezó Matos.

—Cuida tu lenguaje o te azotaré, estás en presencia de una dama, compórtate —le dijo don Rodrigo dándole un golpe en la nuca.

—Sí, amo, perdón. Esos hombres son delincuentes cuya pena de prisión ha sido conmutada por trabajo en el obraje, son de la peor calaña y siempre están armando jaleo. No podía consentir que quedaran impunes, son peligrosos sin la debida vigilancia. Debí explicarles la situación. Discúlpenme, por favor.

El hombre sudaba copiosamente y no osó levantar la vista. Sin embargo, por el rabillo del ojo observaba su entorno.

Mariana parecía un poco contrariada con la explicación de Ferrán Matos. Tuvo que admitir que tal vez se había precipitado al juzgar la situación y a ese hombre. Fue Álvaro quien habló.

—Rodrigo, amigo, está todo aclarado, acompáñanos, por favor, estábamos empezando a desayunar.

—Con gusto. —respondió el hacendado y dirigiéndose a su empleado le espetó—: Regresa al obraje y que no se vuelva a repetir.

Ferrán Matos hizo una reverencia con la cabeza, se caló el sombrero y dando media vuelta se dirigió a las caballerizas en busca de su caballo. Quería hacerse una clara idea de con quién se medía, por lo que se demoró merodeando por los alrededores, el jardín, las dependencias de los empleados. Vio a una mujer vestida de negro que llevaba algo en las manos, y su olfato de cazador reconoció su aroma de hembra despechada, rabiosa. La siguió a cierta distancia. Juana abrió la puerta de su cuartucho, miró a derecha e izquierda para asegurarse de que nadie la veía y entró, pero cuando estaba cerrando la puerta, Ferrán Matos se coló dentro deslizándose silenciosamente como una serpiente antes de atacar a su víctima. Cerró la puerta tras de sí y apoyó en ella la espalda para bloquear la salida a su presa.

—¿Quién es usted y qué hace aquí? —preguntó Juana un poco atemorizada.

—Eso no tiene importancia ahora. Deberías preguntar qué es lo que te voy a hacer —dijo Matos aproximándose con una sonrisa en los labios.

—No se acerque o grito —amenazó Juana.

—Vas a gritar, pero no de miedo.

Llegando hasta ella la agarró por la muñeca y la atrajo hacia él. Intentó besarla en la boca, pero ella apartó la cara escapando de su aliento a cebolla y chicha. La agarró por el cuello, empezó a lamerla y a susurrarle obscenidades al oído. Juana empezó a pegarle con la mano libre.

—¡Me das asco! ¡Te odio!

—Eso es, pégame, suelta esa furia que te consume —le levantó las enaguas y empezó a frotarla con mano experta entre las piernas—. Así, ves cómo te gusta —pero ella seguía ciega dándole golpes—. Te odio, me las vas a pagar, miserable, tú y tu estúpida novia, te odio, te odio.

Le golpeaba con saña, intentaba arañarle donde pudiera. Cuando su carne empezó a latir entre los dedos del capataz y sus gemidos se convirtieron en rabiosos gritos de placer, Ferrán Matos la lanzó contra el catre, se bajó las calzas roídas y le mostró orgulloso la verga erecta antes de saltarle encima y penetrarla sin piedad. Cuando los dos quedaron saciados y sus respiraciones se sosegaron, ella se subió encima de él a horcajadas.

—Me ayudarás a vengarme, ¿verdad? —dijo mientras se sacaba la camisola dejando al descubierto sus amenazantes pechos.

—Si me lo pides así, ¿cómo negarme? —respondió él.

—El nuevo obispo, Juan de Palafox, haciendo gala de humildad, hizo su entrada en la ciudad hace una hora a lomos de una mula —les anunció Rodrigo De Vera.

—¡Qué buena noticia! Tuvimos ocasión de saludarle durante el viaje, parecía dispuesto a hacer grandes cosas —dijo Mariana.

—Como recién llegado, estoy seguro que va a sacudir el *statu quo* y a cuestionar los privilegios de unos cuantos. El conflicto está servido —afirmó don Rodrigo.

—¿Se sabe algo del virrey? —preguntó Álvaro.

—Aún tardará unas dos semanas en hacer su entrada en la Ciudad de los Ángeles.

—Entonces, me perderé los festejos.

—¿Cómo así? —se extrañó don Rodrigo.

—Parto en unos días en dirección a Acapulco.

—¡Tan pronto! —exclamó Mariana.

Álvaro la miró intensamente.

—Es lo más conveniente, me urge llegar a Filipinas. Los asuntos que me retenían en Puebla ya están resueltos.

—Vaya, ¡qué contrariedad! Confiaba en que pudiéramos preparar un cargamento para Manila. Podría tenerlo listo en cuatro días. ¿Esperarás?

—Por supuesto, Rodrigo. Hoy mismo tengo una reunión con un cargador del Galeón de Manila, contacto de un amigo de Sevilla —comentó Álvaro.

—Bien, entonces os dejo, pásate luego por el obraje y negociamos las condiciones —dijo Rodrigo De Vera al levantarse—. Señorita Mariana, con vuestro permiso, me gustaría organizar una pequeña reunión de amigos para despedir a Álvaro.

—Por supuesto, don Rodrigo, nuestra casa requiere de bastantes mejoras de acondicionamiento aún, me haría un gran favor —contestó la joven.

—Entonces, no se hable más ¡Qué tengáis buen día! —don Rodrigo hizo una pequeña reverencia y se alejó.

—¿Es de él de quien estás enamorada? —le susurró Álvaro al oído en cuanto Rodrigo De Vera desapareció de su vista, retomando la conversación que su llegada había interrumpido.

Mariana tenía un nudo en la garganta. No quería mentir, pero tampoco podía seguir confundiéndole.

—Sí —dijo en voz baja.

Álvaro se puso en pie, le dedicó una última mirada, dio media vuelta y se fue. Mariana se quedó observando cómo se alejaba de ella, aspirando el aroma que había quedado suspendido en el espacio que antes ocupara su cuerpo. Tenía que dejarle marchar, le estaba usando para posponer lo inevitable. Pero no quería, no quería ser la esposa de Francisco, ¿o sí? No, no sabía. Corrió a las caballerizas en busca de Valerosa.

Los preparativos para la recepción del virrey en la Ciudad de los Ángeles estaban resultando más sencillos de lo que había imaginado. Antunes había podido proveerles de gran parte de lo necesario. El resto llegaría en unos carromatos con Rui y Tomé en unos días, suponiendo que no hubieran tropezado con ninguna dificultad por el camino. Sus hombres iban llegando a la ciudad aprovechando los tianguis de los jueves y los domingos. Pasaban desapercibidos entre la multitud de indios que llegaban de los pueblos cercanos a vender sus mercancías, pues sus rostros estaban oscurecidos de tantas mareas como habían vivido. Él había llegado con un séquito de criados y esclavos, unos cuantos escudos entregados a la guardia en las puertas de acceso a la ciudad, al cruzar el río San Francisco, habían bastado para evitar las preguntas sobre su procedencia, aunque había conseguido hacer correr el rumor sobre su riqueza y linaje.

Hacia una mañana espléndida. A lomos de Palache, Hans Van der Meer cabalgaba campo abierto, repasando en su cabeza los detalles de su última misión en las Indias Occidentales. El caballo hizo un quiebro extraño y se aproximó a la linde del bosque.

—¿Qué pasa, Palache?

A su izquierda, entre los árboles, una amazona con la cabellera al viento avanzaba a gran velocidad atravesando el bosque.

—Ah, ya entiendo, bonita yegua muchacho, vamos pues. Al galope tendido, hombre y caballo persiguieron a la aparición siguiendo la linde del bosque. Su figura se ocultaba momentáneamente entre el espesor vegetal para aparecer más allá, de nuevo ante sus ojos.

—Magnífica jinete, ¿eh, amigo?

La vio saltar un tronco caído y saliendo de entre los árboles se colocó ante ellos a poca distancia. Parecía no haberse percatado de su presencia. Hans azuzó a Palache para darle alcance. Cuando la sombra de su caballo se

proyectó sobre ella, la mujer echó hacia atrás la cabeza. Sus ojos mostraron extrañeza, incluso enfado. Él siguió intentando alcanzarla, pero ella se escapaba a gran velocidad.

—Palache, ¿vas a dejar que se te escape semejante ejemplar? ¡Vamos! —dijo el corsario azuzando a su caballo.

Mariana volvió a mirar hacia atrás. Ahí seguía ese hombre, estaba claro que la perseguía. ¿Qué querría? ¿Tal vez le pasara algo? Al final, su curiosidad pudo más que la desconfianza y disminuyó la velocidad hasta quedarse al paso. Hans, con su característica sonrisa burlona en los labios, se puso a su lado y la saludó cortésmente.

—Buenos días, señora, debo felicitarla por su excelente montura.

El hombre vestía con sencillez, pero se apreciaba la calidad y el estilo de su atuendo.

—Buenos días, disculpe, no acostumbro a ser seguida con tanta insistencia, pensé que le ocurría algo.

—Oh, no, simplemente quería saludarla, es una magnífica jinete, y yo soy un curioso incorregible. Juan Doria, conde de Loano, a sus pies. Me disculpará que no me baje del caballo para inclinarme ante su belleza.

La expresión de la joven se relajó al escuchar la procedencia del desconocido. Hans la observaba divertido.

—¿Con quién tengo el gusto de haber cabalgado hasta la extenuación? —preguntó.

—Mariana López de Peñaflor. Siento que haya tenido que cansar a su caballo para saludarme.

—No se preocupe, fue suya la idea, se fue detrás de la yegua, yo no tuve más remedio que dejarme arrastrar con gusto en la carrera.

Volvió a sonreírle. Sus ojos eran de un azul verdoso intenso, como el océano, pensó Mariana, ¡como el océano del Caribe!

—Por su acento deduzco que es andaluza.

—Así es, de Sevilla —respondió.

—¿Lleva mucho tiempo en Nueva España?

—No hace aún un mes que llegué con la flota de Indias.

—Una recién llegada. Entonces, ya tenemos dos cosas en común.

Mariana se sintió un poco cohibida ante la mirada insistente del caballero.

—Disculpe, pero tengo la sensación de que nos conocemos —dijo él.

—Lo dudo, no he estado nunca en Loano. Disculpe mi ignorancia, pero ni siquiera sé dónde está.

—Es una pequeña villa cercana a Génova, un lugar insignificante comparado con la grande y bella Sevilla.

—Entonces estoy segura de que no nos conocemos.

Hans la observaba, estaba seguro de que la había visto antes, pero no conseguía encontrar entre sus recuerdos a la joven. El viento agitó su pelo y un olor a jazmines le invadió el alma. Se inclinó disimuladamente hacia ella y aspiró profundamente. Sí, sus cabellos olían a jazmín. Sintió un fogonazo dentro de su cabeza. ¡No podía ser! ¡Era ella! ¡La misteriosa joven de Lisboa!

Si lograba identificarle estaría en serios problemas, pero pensándolo bien, eso lo hacía mucho más interesante, se dijo.

—Ha sido un placer, señor conde, debo volver —se despidió Mariana.

—La acompaño.

—No es necesario —respondió ella.

—¿Y si hacemos una carrera hasta la ciudad? Así no tendrá que responder a ninguna de mis preguntas durante el trayecto —dijo sonriendo con sus ojos marinos, que desprendían una luz especial, pensó Mariana.

Ella no respondió, solo le devolvió una amplia sonrisa, dio la vuelta a su montura y dando un grito a Valerosa se puso al galope. Hans apretó los estribos sobre Palache y la siguió. «¡Es ella, es ella!».

Francisco revolvía con una cucharilla de plata el chocolate humeante. A su lado, Sebastián daba grandes sorbos ruidosos, mostrando los restos del espeso líquido encima del labio, cual bigote de soldado. La señora Méndez parloteaba incesantemente mientras tomaba el chocolate a cucharaditas ante la impaciencia del galeno, que había ido a visitar a su marido, enfermo de gota.

—Pobre Matías, se levantó con el dedo gordo del pie del tamaño de su cabeza, que ya es decir, bueno, exagero, pero ya me entiende, doctor.

—Mejor será verle cuanto antes —dijo Francisco con amago de levantarse.

—No se apure, doctor, tome su chocolatito, ahora duerme como un bebé.

—Si quiere, vuelvo en otro momento, doña Teresa —le ofreció Francisco.

—No, hijo, no, seguro que despierta dando alaridos de dolor y vamos a tener que mandar a buscarle de nuevo. Tome, tome su chocolate, y échelo

azúcar, que así no está tan amargo —dijo acercándole un azucarero de porcelana china.

Francisco obedeció y siguió revolviendo.

—Si es que Matías está muy gordo. Yo he intentado imponer en la cocina las recomendaciones culinarias que me dio la última vez, pero es que estas indias son tozudas y en cuanto una se descuida vuelven a sus platillos. Tantos años viviendo en Veracruz, el pobre se acostumbró a comer mariscos y pescado a diario, ya sabe su merced lo tozudo que es mi señor esposo.

Sebastián asentía imitando a su maestro. Cuando hubo terminado su taza de chocolate, con mano hábil y en un momento de descuido de Francisco, le cambió la taza y siguió sorbiendo.

—No sabe lo contenta que estoy, mi Carlitos está de regreso. Ha venido a encargarse personalmente de unas entregas grandes de cacao a la capital y, claro, a participar en los festejos del virrey. Ya sabe que desde que Matías está con la gota y nos trasladamos a Puebla, mi hijo se encarga del negocio del cacao desde nuestras plantaciones en Maracaibo. No se imagina lo bien que lo hace el muchacho, que ha salido raspa como el padre para los negocios. Mi señor esposo le dejó la fragata Nuestra Señora del Auxilio y mi zagal ha adquirido otra y la ha bautizado Santa Teresa en mi honor, si es que es un tesoro mi Carlitos, a ver si se me casa y me da nietos, porque yo me aburro mucho aquí.

—¡Mujer! ¡Termina con el parloteo y tráeme al físico! —gritó don Matías Méndez.

—Mire, ya se despertó, doctor. Con lo que estaba disfrutando yo de la conversación. Con el pie tan hinchado no puede bajar y subir escaleras, así que está instalado en mi sala de costura, acompáñeme, doctor. ¡Ya vamos, marido mío! —respondió doña Teresa.

Francisco estaba terminando de colocarle un emplasto en el deformado pie al señor Méndez cuando se abrió la puerta y la sirvienta anunció a la visita.

—Pase, don Álvaro, mi médico ya está terminando —le invitó Matías.

Los dos hombres se miraron desconcertados por un momento y al instante se echaron a reír.

—Me explicarán sus mercedes cuál es el chiste —refunfuñó don Matías.

—Ningún chiste, señor Méndez, sino una simple coincidencia. Álvaro es invitado en mi casa, no esperaba encontrármelo aquí —respondió Francisco.

—Pues viene el señor Fábregas con la mejor de las recomendaciones, de mi querido pariente lejano Mauricio Enríquez, y si además es amigo de su merced, vamos a hacer buenas migas.

—Le dejo a su esposa el remedio que debe tomar antes de cada comida, y nada de carne de caza ni mariscos. Sebastián, coge el cabás, que nos vamos — dijo el médico.

—Lo sé, doctor, lo sé, pero las debilidades del estómago, en fin, qué le vamos a hacer, habrá que resignarse. Seguiré su consejo. ¡Que tenga buen día, doctor!

Al salir, Francisco escuchó el inicio de la conversación entre los dos empresarios.

—¿Así que vais a asentaros en las Filipinas? Llegáis caído del cielo, yo con esta gota y mi hermano Fernando que en su última carta me habla de lo viejo y cansado que está para seguir de cargador de la Nao de China. ¿Qué le parece si negociamos que nos represente y gestione nuestro espacio en el galeón de Acapulco?

Se cerró la puerta y no pudo escuchar nada más, pero había escuchado suficiente. «¡Por fin, es un hecho cierto, se va a las Filipinas! Ninguna intromisión más entre Mariana y yo», respiró aliviado Francisco.

Llegó el día en que Mariana vio partir a Álvaro. Habían recorrido un largo camino juntos. Había estado a su lado desde la infancia, pero con una especial intensidad en esa última etapa de sus vidas. Habían atravesado la mar oceánica, afrontado peligros, compartido dichas y temores. Se había acostumbrado a su presencia y sentía un vacío extraño en el corazón. ¿Volvería a verle? Habían prometido escribirse con asiduidad, aunque eso significaba recibir una misiva cada cuatro o cinco meses. Había rezado con fervor por el destino de ambos en esa última misa que habían compartido, oficiada por el nuevo obispo de la Ciudad de los Ángeles en la abarrotada iglesia de San Francisco. Y Álvaro la había besado en los labios entre las moreras en el fondo del jardín bajo un manto bordado de estrellas, cuando el resto de habitantes de la casa dormían, sellando así su despedida, tal vez para siempre. Los hermanos De Vera, Alonso y Damián, con sus inseparables Cipriano y Facundo, le acompañaban en el largo viaje hasta Acapulco.

Extrañamente, no había dudado en dejarle marchar. Sin embargo, al levantarse al día siguiente, una sensación vertiginosa, como si fuera en un carruaje con caballos desbocados, se había apoderado de su estómago y le impedía probar bocado. Era un sentir de anticipación, algo extraordinario estaba por suceder, era sin duda que iba a contraer nupcias, se dijo, y la única forma que encontró de combatir la ansiedad a su futuro como esposa del galeno era afanándose en acondicionar la casa, comprando cortinas, tapices, muebles, llenando la despensa, metiéndose en cada detalle de la gestión del hogar. Ese día le había pedido a Manuela que la llevara al tianguis semanal, que aún no había tenido oportunidad de ver.

—Sí que se ha levantado con bríos la señora. Avanza, Josefina, que la vamos a perder entre tanta gente —se quejaba Manuela, seguida a duras penas por la india cargada con dos grandes cestas.

Mariana, entusiasmada, corría de un puesto a otro. Le había entrado un hambre voraz y quería probarlo todo. Se divirtió regateando como si estuviese en la plaza de San Francisco, en Sevilla, como había visto hacer a las

cocineras de las grandes señoras que iban a aprovisionarse al centro neurálgico de la ciudad andaluza. Los olores y sabores de ese lugar eran tan diferentes, le estallaba en la boca un nuevo mundo de sensaciones. Repletas las cestas con mangos, aguacates, yucas, maíz y tomates, entre otras muchas cosas, se encaminaron a la sastrería, pues la joven había encargado varios vestidos para la recepción del virrey, cuya llegada ya estaba en ciernes. Al pasar por los portales de la plaza, bordeando los puestos del mercado, frente al Palacio Municipal, se dio cuenta de que estaban construyendo unas tarimas.

—Manuela, ¿qué están haciendo?, ¿será para alguna representación teatral? —preguntó Mariana.

—¡Ay, señorita!, no sabría decirle, de seguro la Antunes está enterada —respondió la portuguesa.

Cuando llegaron a la sastrería se sorprendió al ver a Francisco saliendo por la puerta de la trastienda. Él abrió mucho los ojos al verla, pero inmediatamente recompuso el gesto esbozando una sonrisa.

—¡Qué agradable coincidencia, mi amor! —dijo acercándose.

—¿Qué haces aquí? ¿Le pasa algo al sastre? ¿Dónde está Sebastián? —preguntó Mariana.

—No es nada grave, una simple indisposición. A Sebastián lo dejé en el hospital ayudando a Contreras.

En ese momento salió Remedios Antunes a atender a Mariana.

—¿Ha dicho indisposición? Pues yo le he visto como de costumbre. —Y dirigiéndose a Mariana, añadió—: Entre nos que estos dos se traen algo entre manos, andan en confidencias todo el día —a lo que Francisco soltó una risita nerviosa.

—¡Qué cosas tiene, doña Remedios! Querida, vuelvo al hospital, nos vemos más tarde —dijo antes de esfumarse rápidamente entre la muchedumbre que acudía al mercado semanal.

—Hombres, como si nos importaran sus ridículos secretos. A ver, joven, venga para acá —dijo la costurera descorriendo una cortina y descubriendo un habitáculo lleno de espejos enmarcados en plata—. Manuela, ayuda a tu señora a desvestirse, voy a buscar los nuevos vestidos, están prácticamente acabados, a falta de algún retoque.

Mariana se dejaba manosear por las mujeres sin emitir una queja. Le sudaban las piernas entre las capas de enaguas, la cotilla sobre la camisa de lino holandés la sofocaba. Se contempló en el espejo. Su padre se

escandalizaría sabiendo que había elegido seda china para confeccionarse el jubón y la basquiña.

—¿No le parece demasiado atrevido, doña Remedios? La cotilla me realza mucho el escote, creo que sería más conveniente seguir con el cartón de pecho —dijo mientras Manuela y Josefina la miraban arrobadas.

—Tonterías, niña, mira a estas dos pánfilas con la boca abierta, el cuello barco es la nueva moda dictada desde París, a nadie hace mal enseñar un poco el cuello y los hombros. Los vuestros son preciosos. Y nada de guardainfantes, que son una incomodidad innecesaria y están pasados de moda. Las enaguas ya abultan suficiente. Este azul os lo ponéis para la velada en el Palacio Municipal, este otro granate con brocados para la corrida y los festejos matutinos, y la saya entera de terciopelo negro con esta exquisita valona con encajes para la misa y el auto de fe. Os he bordado una nueva mantilla a juego para la ocasión. Mirad qué puntada más fina tiene.

—¿Qué auto de fe? —preguntó Mariana.

—¿Pero es que no habéis visto que están levantando el estrado en la plaza?

—Pensé que era para una representación teatral.

—¿Y qué mayor representación hay que la Santa Madre Iglesia le muestre al nuevo virrey su desempeño en la defensa de la fe?

—Ya le dije, señorita Mariana, que la Antunes se entera de todo —apuntó Manuela.

—¿Y habrá relajados? —preguntó la joven cada vez más pálida.

—Huy, eso no se sabe hasta el último momento, para mantener el suspense, pero me atrevería a decir que el espectáculo será digno de la presencia de su excelencia en la ciudad —contestó Remedios Antunes.

—Me daría un poco de agua, creo que me estoy mareando... —acertó a decir Mariana antes de desvanecerse ahogada en un océano de olas sedosas.

Tenía razón Santos Antunes, su prestigio como médico le precedía. No sabía exactamente cómo ni por qué, pero cada día a la misma hora se adentraba en las mazmorras de la Santa Inquisición sin ninguna traba. El guardián le abría la verja de hierro antesala de las celdas, sin preguntas, sin objeciones. El inquisidor general se había entrevistado con él días atrás para pedirle que se ocupara de dejar a los herejes culpables de distintos delitos contra la fe y la moral cristiana en un estado de salud óptimo para el gran auto de fe que se

estaba preparando. Había tenido que jurar sobre la Biblia guardar el más absoluto secreto sobre lo que sucedía en ese lugar. Tras lo cual, haciendo acopio de valor, Francisco le había sugerido al señor inquisidor que suspendiese el tormento.

—Entienda que debemos continuar con las pesquisas hasta estar seguros de contar con la verdad del caso —le había contestado él.

—Seguro que podrá recabar testimonios suficientes para esclarecer los hechos sin necesidad de continuar con el tormento que debilita a los reos, y a algunos puede causarles la muerte —advirtió el galeno.

El señor inquisidor caviló; cierto era que relajar una efigie no era lo mismo que al cuerpo presente, pero aún así suspender el tormento eran palabras mayores.

—Valoraré su sugerencia, usted ocúpese de que estén lo más sano que permitan las circunstancias —respondió.

Por su parte, el galeno había conseguido disminuir en gran medida el interrogatorio de las víctimas administrándoles dormideras. Pasaban el día en un estado de profunda inconsciencia, para frustración de los frailes dominicos encargados de los interrogatorios.

Tres veces por semana daba cuenta cabal a Antunes de sus pesquisas. Solían encontrarse en distintos puntos de la ciudad, siempre en lugares diferentes, normalmente en pulquerías en algún barrio de Naturales, en San Pablo, Analco, Xanenetla, San Miguel o en el de la Luz. Sentía que le seguían, que le observaban. La Inquisición, con su legión de familiares, tenía ojos en todas partes. Tenía que ser discreto y cauteloso, mantener sus rutinas, le había aconsejado el sastre. Sin embargo, ese día necesitaba sacarse la duda que se había instalado en su mente, como una molesta piedra en la bota, y por eso había ido a ver a Antunes a la sastrería.

—Santos, ¿no será un judaizante? —le había preguntado el físico.

—Don Francisco, no me venga con esas, que nos conocemos desde hace tiempo. Ya sé lo que se dice, que los portugueses somos todos marranos, adoradores del demonio, asesinos de Jesucristo. Pero su merced, un hombre estudiado y culto, no puede hacerse eco de tamaña patraña —le contestó el sastre.

—Es que todo este asunto me tiene muy intranquilo —confesó.

—Mire, le voy a explicar lo que pasa, pero no lo repita o se verá encerrado en una mazmorra en menos de lo que se tarda en rezar un *Pater Noster*.

Se acercó con sigilo a la puerta, la abrió y miro si había alguien cerca que pudiera escuchar la conversación. Volvió a cerrar tras la verificación, y bajando el tono hasta casi un susurro inaudible, confesó:

—Digamos que la Santa Inquisición y yo tenemos intereses en común. Ellos necesitan liquidez para su misión, para seguir construyendo conventos e iglesias, y yo puedo proporcionarles el efectivo a cambio de los bienes que embargan a los condenados. Es sencillamente una cuestión de negocios. La información que tan puntualmente me proporciona sirve para que pueda planificar mejor la transacción y estar preparado para negociar en términos más ventajosos. El inquisidor general me pidió expresamente su colaboración como médico, dada su reputación, y accedí a convencerle de prestarnos el servicio, en vista de que el virrey llegará de un día para otro a la ciudad. Es todo legal. Ellos son culpables, don Francisco, no tenga la menor duda, deben pagar por sus pecados.

Pero él tenía muchas dudas y no tenía a nadie con quien descargarse.

En Sevilla era su madre la que se encargaba de las visitas, ella nunca se interesó por aprender a ser una buena anfitriona y doña Eleonora, ocupada buscándole un buen partido como esposo, postergó esa enseñanza básica para más adelante. Estaba ansiosa y se paseaba por la sala de un lado a otro, ahuecando cojines, alisando cortinas, enderezando los cuadros. Por primera vez recibían invitados y quería demostrarle a Vincent que podía desempeñarse como toda una dama.

Cuando por fin se oyó el carruaje, María Jimena tomó la labor y se sentó para calmar los nervios. La vieja aya se acercó a abrir la puerta.

—Doña Amadea y don Brás Teixeira —anunció la mujer.

Vincent no le había dicho que Amadea tenía más o menos su misma edad, y es que él mismo no la conocía en persona. Don Brás le había abordado en el puerto mientras vigilaba cómo estibaban la carga para Manila y habían quedado en hablar de una futura colaboración a su regreso de Malacca. De él destacaba su imponente porte militar, su bigotón y su voluminosa barriga. Pero entre amigos, olvidaba su marcialidad y resultaba un gran conversador. Adoraba a su esposa, a la que dedicaba todo tipo de halagos y carantoñas, y a la que observaba en todo momento. Cuando se ausentaba de Macao, al carecer de parientes en la isla, la joven esposa debía recluirse en el convento de Santa

Clara hasta su regreso. Los hombres conversaban de la intensificación del acecho de los holandeses y las trabas al comercio entre Macao y Manila.

—Aplazado queda de momento el comercio con Manila, hasta después del monzón. Tuve suerte en mi último viaje, pues por poco nos pilla un tremendo tifón, pero por fortuna conseguimos arribar a puerto sin incidentes —comentó Vincent a su invitado.

—¿Cómo os recibieron las autoridades españolas? —preguntó don Brás.

—Con gran algarabía, especialmente el gobernador, un tal Corcuera, que lleva cinco años en el cargo y ha hecho ya una fortuna. A pesar de la prohibición de negociar entre las dos colonias impuesta por el de Olivares, Manila no podría subsistir de lo que manda Nueva España con el Galeón de Acapulco. Y como bien sabéis, la plata española es un bien muy preciado para nuestros amigos los sangleyes.

Las mujeres, por su parte, pasaban de brazo en brazo a Alma María, que dormía plácidamente mientras María Jimena le hablaba de su maternidad y del gozo de poder amamantar a su hija para admiración de su nueva amiga.

—¿Cuánto tiempo lleváis en Macao?

—No hace aún dos meses que llegamos de Ámsterdam —respondió María Jimena.

—¡Ámsterdam! —exclamó Amadea.

—¿Es que por ventura habéis estado allí?

—Oh, no, no, pero tengo una buena amiga que es de allí. Bueno, en verdad, mi emoción se debe a que tengo un pariente que es de allí y al que hace mucho tiempo que no he visto —mintió—. ¿Tenéis entonces familia en las Provincias Unidas?

—Yo no, mi esposo. Sus tíos y sus primos viven allí desde hace varias décadas —afirmó María Jimena—. Nosotros apenas estuvimos unos meses hospedados con ellos.

—¿Crees qué podrían ayudarme a localizar a mi pariente?

—Creo que sí, puedo preguntarle ahora a mi esposo, si lo deseáis —le ofreció María Jimena.

—No, por favor. ¿Puedo haceros una confidencia? —dijo doña Amadea bajando la voz.

—Claro, os escucho —le animó María Jimena.

—Veréis, mi pariente es judío sefardí, no quiero que mi esposo sepa que quiero retomar el contacto con él. Como sabréis, en los dominios del imperio

español muchas familias nos hayamos divididas por cuestiones de fe —afirmó su invitada.

—No os preocupéis, el tío de mi esposo también es de origen sefardí, seré sumamente discreta. ¿Cómo se llama?

—Juan Marín. Lo último que supe de él es que es un destacado capitán de navío.

—El tío de mi esposo es un comerciante con una extensa red de agentes en los principales puertos de las Indias, probabilidad hay de que lo conozca o lo haya oído mentar. Esta noche le pediré que le escriba —se ofreció María Jimena.

—Quedo eternamente agradecida, espero poder devolveros el favor —respondió Amadea abanicándose suavemente.

Había soñado con el ajusticiado de nuevo, después de tantos meses. Tenía su mirada de impotente entrega clavada en el alma. La perspectiva de un ajusticiamiento en masa, así fuera en defensa de la fe católica, le causaba un gran desasosiego. Le dolía la cabeza. Oía relinchar caballos. Abrió los ojos y se encontró con Manuela y la india Josefina mirándola fijamente.

—Por fin despierta, señorita, ¡qué susto nos ha dado! —dijo Manuela.

—¿Dónde estamos? —preguntó Mariana mirando en derredor mientras se bamboleaba de un lado a otro como si estuviese en una embarcación.

—En un carruaje, señorita —contestó la cocinera.

—¿De quién? —preguntó extrañada.

—De un señor muy apuesto y elegante que lo ofreció amablemente para llevar a su merced a casa.

—¿Qué pasó? No recuerdo nada, me duele mucho la cabeza —se quejó Mariana cerrando los ojos y masajeándose las sienes.

—Se desplomó, mi alma, sin un suspiro, ni tiempo nos dio a sujetarla. Tremendo porrazo se metió contra el suelo, menos mal que en algo le amortiguaron todas esas capas de tela que llevaba encima. Y nada, allí estábamos intentando reanimarla cuando entró en la sastrería un caballero de noble linaje, y al verla desfallecida, ofreció su coche de caballos. Yo, por supuesto, lo rechacé y quise enviar a Josefina a buscar a su prometido, pero él dijo que conocía a su merced e insistió. La Atunes lo conocía también, así que cedí, ¿hice bien? —preguntó Manuela.

—Sí, hiciste lo correcto. ¿Quién podrá ser? No conozco aún a mucha gente en Puebla. ¿Dio su nombre?

—Mire que estoy babieca yo, pues no le pregunté y él no me lo dijo.

El carruaje se detuvo y la portezuela se abrió. Un criado ayudó a bajar a Mariana y a sus dos acompañantes del coche. La joven iba un poco aturdida, así que la cocinera y la india la llevaban cogida cada una por un brazo y el criado caminaba detrás llevando las compras del mercado. Al despedirse, le entregó una nota a Mariana.

—De parte de mi amo, señora —dijo.

—Agradézcale su gentileza de mi parte, por favor —pidió Mariana.

—Así lo haré —y haciendo una reverencia volvió sobre sus pasos, se subió al pescante junto al cochero y se pusieron en marcha.

Cuando entraron a la casa, las gemelas, Macaria y Micaela, les salieron al paso.

—Arreando a la cocina a prepararle a la señora un chocolate caliente, no os paséis con los chiles, y echadle abundante azúcar de caña —ordenó la cocinera.

La acompañaron hasta su alcoba. La india Josefina se quedó con ella para ayudarla a desvestirse, mientras la cocinera volvía a sus dominios, pues no se fiaba de las dos mocitas.

Acomodada la joven entre almohadones y con una taza humeante de chocolate oloroso descansando sobre una cómoda a su lado, recordó que no había leído la nota de tan amable caballero.

A mi muy estimada y admirada dama.

Espero sabrá perdonar mi atrevimiento al aprovecharme de su inconsciencia y conducirla entre mis brazos al carruaje. Poder aparecer ante sus ojos como un caballero andante y rescatarla del villano desmayo ha sido demasiado tentador. Esperando su pronta recuperación.

A sus pies, Juan Doria, conde de Loano.

Volvió a sentir esa sensación vertiginosa en el estómago.

Hacía días que le había llevado a la vieja Anacleta el mechón de pelo de Mariana. Más que mechón, eran los pelos sueltos que habían quedado prendidos en el cepillo, pero servían para el mismo propósito, había dicho la

bruja, y esa encuadernación que guardaba con tanto celo y que le había valido la última reprimenda, como objeto personal. Larga se estaba haciendo la jornada. Tenía que esperar a la caída de la tarde, cuando el verdor del bosque se vuelve azul, y los contornos se desdibujan anunciando la llegada de la oscuridad nocturna. Se sentía como una fiera enjaulada. A penas colaboraba ya en las tareas domésticas. La gorda Manuela siempre le había tenido ojeriza, pero cuando era ella la que mandaba, se le bajaban los humos y al menos obedecía sus instrucciones. Las gemelas siempre habían sido fáciles de manejar, y ahora eran las únicas que le hacían algo de caso. La india no contaba, además estaba segura de que la pestilencia le había vuelto más tonta de lo que era. Francisco la esquivaba. En cuanto se acercaba unos metros, salía huyendo y ni se dignaba a mirarla.

La señora había salido temprano y por fin había tenido la casa solo para ella, como antaño, cuando se imaginaba que era en verdad su hogar, y ella dueña de todo. Pero pronto volvería el agua a su cauce, se dijo. Esa noche nada podía salir mal, y con Matos a su lado, se desharía de la sevillana muy pronto.

Por fin caía el sol. El cielo cambiaba de tonalidades ante sus ojos, del amarillo al anaranjado, rosado, violeta y por fin añil, un azul cada minuto más oscuro que se esparcía sobre la ciudad como la niebla invernal. Se cubrió la cabeza y los hombros con el manto y se puso en marcha. Matos haría su parte.

Esa pequeña cabaña junto al río le parecía esa noche más siniestra. Por la chimenea salía humo. Los ventanucos estaban cubiertos con telas. ¿Estaría conjurando al maligno? Llamó a la puerta. La vieja no respondió. Volvió a llamar, esta vez con más insistencia. Solo se oía el gorgoteo del río fluyendo cerca y los grillos y las cigarras cantando. Aporreó con contundencia, sin parar. Por fin, la puerta se abrió.

—¿Quién eres?

—Soy Juana.

—No te conozco —dijo la vieja cerrando la puerta.

—Anacleta, soy Juana, le traje los cuatro escudos —gritó Juana por encima del rumor del bosque.

La puerta se abrió despacio. La vieja Anacleta asomó la cabeza.

—¿Vienes sola?

—Sí.

—Pasa, rápido.

Tuvo que escurrirse por el pequeño hueco abierto en la guarida de la bruja. En la chimenea un caldero burbujeante llenaba el reducido espacio de vapor. Apenas se veía a un paso de distancia. ¿Dónde se había metido la vieja? Se fijó por primera vez en los hierbajos colgados del techo, había también pieles y patas de animales. Oyó un ruido de cacharros. Se adentró un poco más hacia el centro de la cabaña. Sobre una gran mesa de madera, la vieja cortaba la cabeza y las patas a una gallina desplumada.

—Estoy haciendo un caldo para cenar. ¿Gustáis? —ofreció a la muchacha.

—No, gracias. ¿Tiene mi filtro?

—¿Tienes el dinero? —preguntó a su vez la vieja bruja, que dejó el hacha ensangrentada sobre la mesa, y limpiándose las manos en la falda, se acercó a ella.

Juana sacó una bolsita de tela de su corpiño y la agitó en el aire.

—Aquí está el filtro —dijo Anaclea subiéndose en una banqueta y agarrando de los anaqueles un pequeño frasco de vidrio—. Llévate también el cuaderno de la dama, ya no lo necesito. Ahora dame el dinero.

Juana le lanzó la bolsa por los aires y la vieja la agarró al vuelo. Se sorprendió de su agilidad. La joven, por su parte, tomó el frasco y el diario de Mariana y se despidió. Cuando estaba a punto de alcanzar la puerta, una vara de madera la sujetó por el cuello y tiró de ella hacia atrás, derribándola.

—Aquí no hay escudos, solo unos sucios pesos. ¿Pensabas burlarte de mí, Juana?

La muchacha se incorporó despacio. El vapor le impedía ver bien el rostro de la vieja Anaclea, pero le parecía que había mudado la piel, le estaban saliendo escamas y cuernos. Su sombra ocupaba toda la habitación. Le asfixiaba el calor. Se abalanzó sobre la puerta para escapar, pero la vieja volvió a golpearla con la vara. Juana empezó a gritar con todas sus fuerzas.

De pronto, se oyeron unos fuertes golpes en la puerta.

—Cállate, perra sarnosa —ordenó la vieja.

Juana se ovilló en un rincón.

—¿Quién va? —preguntó con su voz cascada.

—Abran en nombre de la Santa Inquisición.

29 de julio del año de Nuestro Señor de 1640

—¡El virrey ya está saliendo de Tlaxcala! ¡Viene el virrey, marqués de Villena!

—¡Viene el virrey! ¡El virrey marqués de Villena está llegando a la Ciudad de los Ángeles!

Manuela salió a la calle al oír las voces y se encontró con varios pajes que corrían propagando la alegre noticia.

—¡Aderecen sus balcones! ¡Vistan sus mejores galas! ¡Salgan, poblanos, salgan a recibir al señor de señores! —pregonaban tañendo un tambor.

La cocinera volvió a la casa y alborotó a la servidumbre con la noticia. Las gemelas saltaban en corro celebrando las fiestas que estaban por comenzar.

Durante las semanas previas se adecentaron las calles, se colocaron luminarias listas para ser prendidas y floridos arcos de triunfo decoraban todo el recorrido de acceso a la villa y en las principales avenidas desde la entrada de la ciudad hasta la Plaza Mayor. Se engalanaron los balcones con banderillas, flores de vivos colores y réplicas del escudo de armas de las casas del marqués de Villena. Y en la plaza, ante el Palacio Municipal, se alzó un estrado donde las autoridades recibirían a la máxima autoridad de Nueva España y le obsequiarían días después con un espectáculo dantesco.

—¿Qué os pasa que armáis tanto escándalo? —preguntó Mariana tras haber oído gritos desde su alcoba.

—Ay, señorita, ¡el virrey ya llega!, dos leguas nos distan de recibirle en nuestra ciudad. Las calles son puro alboroto. Muchos son los que parten ya a su encuentro, y si nos da permiso, a nosotras también nos gustaría ir —contó Manuela.

—¡Por fin! Claro, ciertamente Manuela, podéis ir a recibirle, pero os voy a pedir que permanezcáis unidas, siempre hay quien aprovecha el jolgorio para hacer fechorías, y no os vayáis a perder todo el día. Avisad a Jacinto de que ensille mi caballo. Cerrad bien la casa, y de camino, informad al señor

Francisco, aunque raro sería que no se hubiese ya enterado si la algarabía es tal.

En ese momento se oyó la aldaba de la entrada y Micaela corrió a abrir.

—¡Es la costurera! —gritó desde la entrada.

—¡Doña Remedios, en buena hora llega! —saludó Mariana.

—Santos me ha dicho esta mañana temprano que el virrey llegaba hoy, no vayan a preguntarme cómo se entera siempre de todo antes que el resto de mortales, porque no lo sé, así que me ha dado tiempo a terminar los ajustes de última hora, y en cuanto he oído a los pregoneros he echado a correr hacia aquí como si me persiguiese un toro bravo —explicó la Antunes.

—Se lo agradezco mucho, ha llegado justo a tiempo. Manuela, dale a la señora Antunes algo de beber que calme el resuello. Macaria, sube los vestidos a mi alcoba. Espero verla en los festejos —dijo Mariana despidiéndose de la costurera.

Mariana regresó rápidamente a su alcoba en busca de Carmelita para que le ayudase a vestir uno de los recién adquiridos atuendos. Luego bajó a las caballerizas a buscar a Valerosa. Jacinto tuvo que colocarle la escalerilla para subir al lomo de su yegua, porque con el corpiño apretándole las costillas y ciñéndole la cintura casi no podía moverse. Y vestida como una reina, con relucientes brocados de oro, salió a las calles repletas de poblanos enardecidos hacia la salida de la ciudad. Como ella, la hidalguía de la Puebla de los Ángeles montaba en sus mejores cabalgaduras adornadas con gualdrapas de coloridas sedas. Dos columnas de infantería marchaban en impolutos uniformes, liderados por capitanes a caballo. La villa entera estaba en las calles. Se oían risas, vítores, canciones populares voceadas y coreadas por los viandantes, que como una riada empapaban de alegría el empedrado de las calles.

Tardó casi media hora en atravesar las puertas de la ciudad. En campo abierto dejó que Valerosa se desfogara cabalgando hacia Tlaxcala. A menos de una legua divisó la caravana del virrey. El cortejo era tan extenso que no se divisaba su fin. En dirección contraria, otra caravana de carrozas, caballos y mulas, encabezada por el alcalde mayor, don Cristóbal de Torres, miembros del cabildo municipal y el obispo con sus principales capitulares religiosos, llegaba a su encuentro. Tras un breve intercambio de parabienes se unieron al cortejo acompañados por los gritos, piropos y vítores del pueblo en fiesta que ocupaba las praderas adyacentes al camino real.

A poca distancia de donde ella se encontraba, sobre un montículo cubierto de brillante hierba, reconoció al conde de Loano acompañado de varios caballeros. Como ella, observaba la escena. Sus ojos tenían un fulgor especial. Juan Doria se percató de su presencia, y aunque Mariana desvió la mirada inmediatamente y se distrajo con unas mozas que lanzaban flores al virrey, al volver a mirarle el conde la saludó tocando su sombrero emplumado con una amplia sonrisa que la hizo ruborizar.

A la entrada de la ciudad, los principales caciques ataviados con plumas y lanzas le ofrecieron un baile de bienvenida. Después se realizó la ceremonia de apertura de puertas y el alcalde mayor entregó las llaves de la ciudad al virrey, lo que hizo que los poblanos estallaran en clamor y aplausos.

—Confío en que os encontréis mejor.

El conde de Loano se había quitado el sombrero y sus mechones dorados le caían sobre los ojos sonrientes. Mariana no le había visto acercarse, siempre la tomaba por sorpresa.

—Mucho mejor, gracias sin duda a su amable ofrecimiento del otro día. ¿No debería estar entre los notables de la ciudad saludando al virrey?

—Debería, pero ya habrá tiempo, prefiero la distancia, se ve todo con mayor perspectiva. ¿Vos habéis perdido a vuestra aya entre el gentío? Ya sería la segunda vez que os encuentro sola a lomos de esa hermosa yegua.

—Mi aya quedó en Sevilla. Yo en breve contraeré nupcias, y hasta ese momento me cuido sola la honra —dijo la joven con mirada desafiante.

—No me cabe la menor duda de que sois una dama virtuosa —otra vez esa sonrisa burlona, pensó ella—. Debo daros mi enhorabuena, entonces.

—¿Por ser virtuosa? ¿Se burla su merced de mí?

—Me refería a su casamiento —contestó con una sonrisa traviesa el conde de Loano.

—Ah, gracias —¿por qué su presencia le hacía sentir tan nerviosa?, se preguntaba Mariana—. Si me disculpa, voy a buscar a mi prometido.

—¿Me permitís escoltaros y ayudaros en la búsqueda? Hay mucha gente, y algunos se pasarán de contento y armarán gresca —se ofreció Juan Doria.

—Se lo agradezco, pero no es necesario. Que tenga buen día, señor conde.

—Podéis llamarme Juan, ya somos casi amigos —y su voz sonó burlona como pícara brillaba su mirada.

Mariana chasqueó la lengua para poner en movimiento a Valerosa y se alejó de Doria sin mediar palabra. Su presencia la alteraba. Era impulsivo,

casi rayando en irreverente, pero su magnetismo la hacía temblar. Tenía que mantenerlo a distancia. Sin duda, era un seductor nato, con esos ojos marinos, esa boca, su rostro de niño travieso, pero a ella no la iba a sumar en su lista de conquistas. Solo pensar que él daba por hecho que ella caería rendida a sus pies la hacía hervir de ira.

—¿Estoy viendo alucinaciones o esa es la muchacha de Lisboa?

Tomé, con bigote y ataviado con elegancia, se acercó por detrás mientras Hans permanecía observando alejarse a Mariana.

—La misma, amigo, ¿no es increíble el destino?

—Lo que es, es peligroso, y ni se te ocurra, que sé lo que estás pensando. Aléjate de ella o nos vas a meter en aprietos a todos.

—Esta vez no se me escapa, la haré mía cueste lo que cueste. Quiero enredarme en sus cabellos y emborracharme del olor a jazmines que exhala su cuerpo ¿Quién crees que tendrá más éxito, el conde o el corsario? Tomé, ¿te atreves a apostar? —preguntó Hans soltando una sonora carcajada.

—Eres imposible, imposible —respondió su amigo.

Vidonia contemplaba el crepitar del fuego pensando en cómo había cambiado su vida desde la muerte de Isabel. La extrañaba mucho y le apenaba que no hubiese podido gozar su vida, como ella finalmente lo estaba haciendo. Sentía su dulce presencia acompañándola, especialmente en esos momentos de soledad apacible que se regalaba a sí misma. Su embarazo estaba entrando en el séptimo mes. Se sentía muy pesada y le costaba respirar, especialmente por las noches, por lo que prefería la mecedora. Entretenía las horas de insomnio con costura a la luz de la lumbre y recordando.

Al finalizar la primavera, los ovillitos ovalados de seda habían quedado listos y la hacienda había vuelto a la rutina después de la siembra. Salvador, su esposo, a cuidar de los huevos diminutos de las mariposas de la seda, y las mujeres, a hilar y tejer. A pesar de estar a finales de julio, por las noches refrescaba en el valle. Doña Justa era mujer de costumbres. Después de la cena se sentaba con su muy anciana madre, doña Ramona, su nuera doña Aurora y Vidonia a contemplar el fuego y a organizar los quehaceres del día siguiente. Todos se habían retirado ya a descansar menos ella.

Debido a los problemas financieros de don Segundo, él y doña Aurora permanecerían en la hacienda después del verano y no volverían a Sevilla como era su costumbre. Solo Vidonia, que se había convertido en la única

compañera íntima de doña Aurora, estaba al tanto de las dificultades económicas de los López de Peñafior: les habían embargado su casa sevillana.

Unos golpes en la puerta la sacaron de sus pensamientos. «¿Quién será? Salvador debe de estar sumido en las profundidades del sueño a estas horas», se dijo mientras con esfuerzo, sujetándose la zona lumbar, se ponía en pie.

Al abrir los cerrojos del portalón de la casa grande se encontró con un hombrecillo delgado con cara de leguleyo. Su rostro le era ligeramente familiar.

—¿Qué se le ofrece a estas horas, buen hombre? —preguntó al desconocido.

—*Estou buscando duas senhoras* —dijo el señor.

—¿Es su merced portugués? —preguntó Vidonia en su lengua.

—Así es, *eu venho de Lisboa* —contesto él.

—¿Viene de Lisboa?

—Sí, *senhora*.

—¿Y a quién busca, alma de Dios?

—Busco a la señorita Mariana López de Peñafior y a doña Vidonia Barros.

—¡Ay, mi madre! Pase usted, no se quede en la puerta, necesito sentarme, que me va a dar un patatús.

Acomodada de nuevo en la mecedora y con el hombrecillo sentado frente a ella en un taburete, retomó el interrogatorio.

—Ahora sí, dígame quién le manda.

—La ley y el deber —respondió el hombrecillo.

—¿Cómo que la ley y el deber? Explíquese, buen hombre.

—La ley, que en este caso me exige comunicar a estas dos damas la última voluntad de don Manuel Álvares Pombo y mi deber para con él por todos los años que estuve a su servicio —explicó.

—¿Don Manuel ha muerto?

—Sí *senhora*, hará tres meses del triste suceso.

—¡Virgen María Santísima! —dijo la antigua aya santiguándose—. Yo soy Vidonia Barros. La señorita Mariana partió en abril a Nueva España. ¿Y qué quería de nosotras ese señor, si puede saberse?

—Déjeme decirle que me ha costado lo suyo encontrarla. Pues bien, don Manuel, antes de inclinarse ante el Señor en el juicio final, que haya sido misericordioso con él —dijo haciéndose tres cruces sobre la frente, la boca y el pecho—, hizo testamento reconociendo a doña Mariana como su nieta

legítima, y por tanto, heredera universal, al no contar con más descendientes. Prestaron juramento como testigos la abadesa del convento de Santa Marta y una de las hermanas que asistieron al parto de su hija Isabel. Yo mismo les tomé declaración.

—¡Ay, mi madre!

—A usted, doña Vidonia, le ha legado una importante suma de dinero.

—¡Ah, no, eso no! ¡Lo que faltaba! ¡Yo no lo acepto!

—Tendrá que aceptarlo, luego haga con el dinero lo que guste. Además, don Manuel me pidió en su lecho de muerte que les hiciera entrega en persona de su herencia y de sendas cartas. Aquí tiene la suya —dijo poniéndola entre las manos temblorosas de Vidonia—. Respecto a la señorita Mariana, no me queda más remedio que viajar al Nuevo Mundo a hacerle entrega de los títulos de propiedad de los bienes heredados y de la carta que dejó su abuelo para ella.

—Le puedo ofrecer hospedaje por esta noche, ya que ha venido desde tan lejos.

—Lo agradezco, *senhora*, pero no es necesario, parto inmediatamente. Espere un momento, ahora vuelvo —salió de la casa y a los pocos minutos reapareció con un cofre—. Aquí tiene diez mil reales de plata.

Vidonia estuvo a punto de desmayarse, pero mantuvo la entereza hasta que el hombrecillo, que se llamaba Emérito Almeida, se hubo marchado. Se desplomó en la mecedora y estuvo largo tiempo contemplando el morir del fuego, como si pudiera ver ante sí cómo se consumía la vida de ese viejo que tanto le amargó la vida a ella y a su hija Isabel. Leyó la carta con amargura y lloró con gran congoja, pues nada se podía hacer ya por el pasado. Pidió con fervor a Dios poder perdonar a don Manuel por haber hecho lo único que podía hacer por el futuro: velar por el bienestar de Mariana.

Las calles de Puebla de los Ángeles parecían grabadas de rostros, pues tal era el gentío. En las puertas, en los balcones, en las ventanas, apoyados contra la pared, por todas partes había gente saludando y vitoreando al virrey marqués de Villena, duque de Escalona, grande de España. Mariana hacía rato que había desistido de la búsqueda de Francisco y Sebastián. Con quien sí se cruzó fue con sus sirvientas, que piropeaban y mandaban besos a los soldados que marchaban marcialmente escoltando el cortejo. Parecían taberneras

descocadas. Ellas no la vieron, tan ensimismadas estaban en provocar a los uniformados, y lo prefirió así, no quería aguarles la fiesta.

Estaba anocheciendo. Al llegar a la plaza, escuchó la salva de artillería y los aplausos de la muchedumbre enardecida. El obispo le dedicó unas palabras de bienvenida a Su Excelencia, después fue el turno del alcalde mayor, en nombre de los miembros del cabildo municipal, y finalmente, el nuevo virrey dirigió a su pueblo un emotivo discurso y encomendó a la ciudad y su gobierno a la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tras lo cual se dirigió a las casas reales del Palacio Municipal para contemplar desde la balconada principal los fuegos artificiales y las luminarias que ya estallaban por todas partes.

—¡Mariana! ¡Mariana! —alguien gritaba su nombre, pero no conseguía localizar de dónde venía la llamada.

—¡Mariana! ¡Aquí, arriba, en el balcón! —Sebastián le hacía señas desde una casa próxima, y a su lado Francisco también agitaba el brazo para llamar su atención.

A lomos de Valerosa, se abrió paso hasta la casa. Uno de los criados abrió el portón de carruajes para dejarla pasar. Poco después se encontraba con sus hombres en el balcón de doña Teresa que daba a la Plaza Mayor. Su abuelo había sido uno de los fundadores de la ciudad, de ahí la ubicación sin igual de su casona.

Francisco la atrajo hacia él tomándola de la cintura y la besó con pasión sin importarle los testigos. Su aliento sabía a vino. Sebastián miraba la escena con la boca abierta.

—¡Qué efusivo, don Francisco! Déjela respirar, que se nos va a desmayar la joven. Está visto que la alegría se nos ha subido a todos a la cabeza hoy. Querida, por fin os conozco, sois bellísima, y dejadme deciros que os lleváis un gran hombre —saludó la anfitriona.

Mariana se retiró un poco aturdida y avergonzada del abrazo de su prometido y devolvió el saludo a la señora Méndez.

—Encantada doña Teresa, tiene unas vistas esplendorosas.

—Siento no poder presentaros a mi esposo, pidió que le llevaran en silla de mano a ver al virrey, una imprudencia, pero mi Matías es así, testarudo como una mula. Como es íntimo del alcalde, no iba a perder él la ocasión de saludar a Su Excelencia en persona y darle la bienvenida a Puebla de los Ángeles —le explicó doña Teresa.

En ese momento se llenó de luz la plaza, pues una gran luminaria de varias varas de alto se prendía como una antorcha despertando la admiración del gentío que aplaudía sin cesar. Mariana se acercó a Francisco y disimuladamente le preguntó sobre su arrebató público de pasión.

—Lo siento, tal vez me excedí, perdóname —se disculpó Francisco tomándole una mano y pasándole los labios húmedos por el dorso.

—¿Estás bebido, Francisco?

—No, bueno, sí, un poco. Contreras me llevó a tomar unos pulques para celebrar —volvió a pegarse contra ella, aprovechando que doña Teresa y Sebastián estaban distraídos mirando las luminarias. Su aliento a alcohol la aturdió—. Mariana, no me puedo contener, resplandeces, haces palidecer a los fuegos de la plaza. Me va a estallar el corazón. Por fin ha llegado el momento.

—¿Lo dices por el virrey? No sabía de tu fervoroso afecto hacia el marqués —le dijo extrañada Mariana.

—No, bobita, porque en una semana seremos marido y mujer. Hoy hablé con el padre Jonás, está todo listo. Los festejos durarán cinco días. En cuanto se esfume el polvo del camino de la caravana del virrey en dirección a Ciudad de México, nos casamos —dijo apretándole la pelvis contra el vientre y añadió susurrándole al oído—: Serás mía para siempre, mía.

—Una semana —susurró Mariana apartándose de Francisco, que se dejó caer beodo sobre una silla.

Se asomó al balcón y paseó la mirada por los rostros en penumbra de los poblanos. La dicha de la ciudad era estruendosa. Seguía hecha un mar de dudas. ¿Qué sentía por él? Afecto, admiración, ¿y amor? ¿Qué se siente cuando se ama? Mientras, desde la esquina de la plaza, Hans Van der Meer la veía palidecer.

A la mañana siguiente, la ciudad amaneció temprano y acudió en pleno a una misa multitudinaria en la catedral y sus aledaños. El obispo, Juan de Palafox, había querido que el virrey fuera testigo de la necesidad de terminar el templo mayor de la ciudad para gloria de Dios y de su gobierno. Y consiguió el efecto esperado, porque el marqués de Villena entregó al cabildo eclesiástico un generoso donativo para contribuir al avance de las obras. Tras la misa, dieron comienzo los entretenimientos ecuestres en la Plaza Mayor, donde durante la noche se había volcado abundante arena para preparar el suelo para que los caballeros principales de la ciudad, asistidos de sus lacayos, corrieran

alcancías, combatieran en el juego de cañas, compitieran para agasajar a la dama de su elección en el juego de la sortija y finalmente mostraran sus habilidades frente al toro.

Siguiendo el ejemplo del rey Felipe IV, a quien representaba y a quien mucho gustaba de participar en el juego de las cañas, el marqués de Villena apareció montando un magnífico corcel rodeado de su guardia personal y su séquito de criados. Dio una vuelta entera a la plaza mientras era coreado como guerrero victorioso en la batalla aún por comenzar, por la multitud congregada alrededor de la plaza, en los balcones, palcos y en las azoteas de las casas que se habían alquilado los más pudientes entre los humildes, y volvía a salir por donde había entrado para que diera comienzo el juego.

Como el día anterior, Mariana, Francisco y Sebastián habían acudido a casa de doña Teresa y Matías Méndez para presenciar los juegos. Don Matías había vuelto muy perjudicado de su correría del día anterior y yacía en su cama soportando terribles dolores en el pie. Francisco entraba y salía del balcón para alentar y calmarle el dolor renovando los emplastes cada poco tiempo. Doña Teresa, por su parte, entraba de vez en cuando a contarle a su marido cómo se desarrollaba la acción en la plaza.

El ambiente se llenó del sonido de los atabales y los clarines dando comienzo la liza.

—¡Ya salen las cuadrillas de caballeros! —gritó Sebastián entusiasmado al tiempo que llamaba la atención de las damas hacia los dos extremos de la plaza, por donde estaban entrando cuatro cuadrillas por cada lado, encabezadas cada una por su padrino, seguido por el séquito de lacayos con las acémilas cargadas con las cañas que sobresalían por entre paños ricamente bordados, y finalmente los caballeros montando briosos caballos sobre sillas a la *gineta*.

Cada cuadrilla se distinguía de las demás por el color de su atuendo que marcaba el bando de los caballeros, y además, en el brazo izquierdo, portaban una adarga con el símbolo de la cuadrilla.

Los espectadores, desde palcos adornados con tapices y gallardetes, elegían su bando, jaleaban y aplaudían a sus caballeros. Detrás de lujosas cortinas contemplaban el espectáculo las damas de más alcurnia de la ciudad. Claramente, el virrey era el que más ovaciones se llevaba.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Mariana.

—¿Qué decís, querida? —preguntó doña Teresa.

—Nada, bueno, decía que no me puedo creer el despliegue tan espectacular de gallardía, nunca había tenido ocasión de presenciar algo así.

—Ciertamente, querida, ciertamente, voy a contarle a Matías que ya han salido las cuadrillas de jinetes.

Lo que en verdad había llamado la atención de la joven era la cuadrilla que en esos momentos pasaba por delante de su balcón vistiendo de azul como sus ojos, y con el símbolo de un fénix negro en los escudos. «¡Es él!». El conde de Loano hizo una inclinación de cabeza ante ella y continuó el periplo hasta colocarse junto al resto de sus justadores en el lugar asignado. Los vecinos de balcones cercanos la señalaban y aplaudían. «¡Ay, Dios mío, que no sufra ningún percance!», rezó para sí.

—¿Quién era ese caballero? ¿Le conocéis? —preguntó doña Teresa saliendo en ese momento de nuevo al balcón y pillándola desprevenida.

—¿A quién os referís, doña Teresa?

—Al que se ha inclinado ante vos, a quién me voy a referir.

—Creo que os confundís, yo no me he percatado de tal cosa, son tantos los jinetes —dijo disimulado su azoramiento.

Por suerte para Mariana, antes de que empezara el juego otros cuatro justadores más se acercaron a pedirle su favor.

—Ay, querida, ¡qué divertido el lance!, tantos apuestos caballeros compitiendo por vuestra admiración.

—Creo que es porque estoy muy expuesta desde vuestra casa, seguro que hay damas de más rango y atributos.

—Sí, de tan alto linaje que están ocultas tras pesados cortinajes. No seáis tan modesta y seguidles el juego, que de eso se trata —le aconsejó doña Teresa entusiasmada.

Los escuderos, ataviados como sus señores, distribuyeron las cañas entre sus jinetes y cuando todos estuvieron en sus puestos se agitaron los pañuelos en señal de inicio. Se lanzaron entonces los jinetes al galope, cargando con las cañas alzadas por encima de las cabezas de los contrincantes contra una de las cuadrillas enemigas, turnándose como perseguidores y perseguidos en la batalla caballeresca. Francisco volvió de atender a don Matías y se sentó al lado de Mariana.

—¿Qué me he perdido? —preguntó.

—Ay, si supiera, don Francisco... —comenzó doña Teresa.

—¡Miren, allí va el virrey! —interrumpió Mariana para evitar tener que dar explicaciones a su prometido.

Pero de poco le valió, porque cuando terminó el juego los cinco caballeros, entre los que se encontraba Juan Doria, se acercaron hasta el balcón y apoyaron sus cañas en la barandilla a la espera de que Mariana se decidiera por uno de ellos.

—Tomad, tenéis que atarlo en una de las cañas, así elegís al merecedor de vuestra estima —dijo doña Teresa dándole un pañuelo de seda roja.

Mariana, muy confundida, intentaba no mirar al conde de Loano. Desde los balcones y la calle escuchaba los gritos de las mozas aconsejándole por uno u otro. Al final, sin pensarlo mucho, colocó el pañuelo en la caña del jinete más alejado del supuesto genovés, para halago de ese contrincante. Hans la miró con esa sonrisa burlona que tanto la enervaba, porque era como si supiera el efecto perturbador que su presencia tenía en ella, aunque intentara disimularlo.

Francisco miraba con la boca abierta, sin saber muy bien qué estaba pasando.

—No se preocupe, querido doctor, es parte del juego —dijo doña Teresa para tranquilizarle.

Finalizado el juego de las cañas, el virrey volvió al Palacio Municipal y se unió a los miembros del cabildo para seguir disfrutando como espectador del resto del entretenimiento ecuestre.

Despejada la plaza de jinetes y escuderos con sus cañas, se dispuso el juego de la sortija.

—¿No estaréis pensando participar? —preguntó Rui a su amigo y capitán.

Tomé le había puesto al tanto del interés de Hans por cierta dama.

—Yo les distraigo y vosotros hacéis lo que hemos venido a hacer —dicho lo cual se colocó a lomos de Palache junto al resto de participantes.

Se alinearon los caballeros competidores, entre los que se encontraba, además de Hans, el atrevido que había osado inmiscuirse en su cortejo a Mariana y que había recibido el pañuelo encarnado. Los jinetes debían cabalgar hasta el lado opuesto de la plaza y ensartar en sus lanzas la sortija, una arandela metálica de pequeño tamaño, que pendía colgada de un poste. Alarde de velocidad y destreza para conseguir los aplausos del gentío y los suspiros de las damas. La más afortunada de todas recibiría de manos del vencedor la sortija. Relucían las flamantes vestiduras de corceles y caballeros. La muchedumbre contuvo la respiración. Sonó el clarín y a la

carrera salieron los jinetes. Hans, en un lateral, pugnaba por colocarse en cabeza.

—¡Vamos, Palache! —azuzó a su caballo.

El gentío aullaba. Las damas contenían las ansias y observaban arrobadas el arrojado de los gentilhombres. Mariana no le quitaba ojo al torbellino azul que destacaba entre el resto de jinetes. Un caballo perdió una herradura y su cojera acabó en tremendo barullo con varios jinetes por el suelo. A punto de llegar a la meta, Hans aceleró su montura, los dos caballeros que habían sorteado como él el accidente y luchaban por llegar los primeros a la sortija le siguieron en igual velocidad, casi podían tocarse de lo cerca que cabalgaban, y a punto de llegar alzaron sus lanzas apuntando a la sortija. Hans frenó a Palache dejando pasar a sus contrincantes, que tan veloces como iban fallaron la ensartada. El conde de Loano, ya sin presión, se acercó al paso hasta la sortija y manteniendo la lanza alzada la ensartó a la primera ante los aplausos y gritos de admiración de la Ciudad de los Ángeles.

Mariana, que tuvo que contener su júbilo al verle vencer el lance, cuando le vio avanzando hacia ella con el rostro al descubierto, su cabello dorado alborotado y clavándole la mirada, quiso salir corriendo. Hizo amago de levantarse, pero sintió una garra que la mantuvo sujeta a la silla.

—Querida, ni se os ocurra marcharos, no podéis hacer semejante desplante al caballero vencedor. En estos momentos sois la envidia de toda la ciudad, y por lo que a mí me toca, yo, vuestra anfitriona, sonreíd, sonreíd —le conminó doña Teresa.

Cuando Hans, el conde de Loano para ella, se encontró frente al balcón, colocó a Palache justo debajo del enrejado de la balaustrada, sacó la sortija de la lanza tirando esta última al suelo, se alzó sobre el caballo y de un salto se quedó colgado del balcón por el lado de afuera. La plaza era un solo clamor. Mariana se puso en pie y por primera vez le mantuvo la mirada, alzó la mano para recibir la sortija, pero en vez de dársela él le sostuvo la mano durante unos instantes y dedicándole una espléndida sonrisa se la besó, le dio la vuelta, y entonces sí, sobre la palma, le colocó la sortija. Una descarga eléctrica recorrió el cuerpo de la joven erizándole la piel. Le vio saltar a la arena, montar en su corcel y marcharse trotando sin volver la vista atrás, dejando en su piel la marca incandescente de sus labios.

El clamor exterior por las fiestas en honor al virrey contrastaba con un silencio de ultratumba en los sótanos de la comisaría de la Santa Inquisición, donde yacían en estado inconsciente, menos la nueva prisionera, los herejes condenados a recibir penitencia en el auto de fe dos días después. La vieja Anacleta dormitaba sobre el húmedo suelo de su diminuta celda. Había perdido la noción del tiempo metida entre las cuatro paredes de ese infierno infecto y oscuro. Su única referencia temporal era la escudilla que le pasaban una vez al día con un potaje y un poco de pan, que se había negado a probar. Sabía que tenía suerte porque el juicio estaba cerca, no tendría que pasarse largos años encerrada. Hacía rato que no rezaba con tanta pasión. Ella, curandera, herbolaria o bruja, como algunos preferían denominarla, tenía una gran devoción por la Virgen María y en ese trance su fervor se multiplicó. Esperaba la visita de los frailes encargados del interrogatorio desde que entró a los calabozos. Esperándoles se pasaba las horas. Intuyó que estarían muy ocupados celebrando la estancia del virrey en la ciudad, por lo que había escuchado comentar al guardia y a un tal don Francisco que había pasado por allí el día anterior para revisar su estado de salud. Esperando, se había quedado dormida.

Una mano huesuda la zarandeó sin miramientos.

—Está viva, a la celda de tormento con ella.

Dos guardias la levantaron en vilo y la llevaron a rastras, sin ceremonias, por un largo pasillo hasta una sala tan lúgubre como su celda, aunque iluminada con algunas antorchas y de grandes dimensiones, donde estaba desplegado todo un surtido de instrumentos del terror.

La sentaron en una silla y frente a ella se sentó el fraile.

—Lo podemos hacer por las buenas o por las malas —le dijo.

—Por las buenas, su eminencia —contestó la vieja Anacleta.

—¿Es culpable de lo que se le acusa? —preguntó el fraile.

—Sin saber de qué se me acusa, su eminencia, soy culpable, seguro. ¿No me ve lo vieja que soy? A más vieja, más pelleja, mire lo encorvada que voy,

es el peso de los pecados, su eminencia, soy culpable —afirmó la vieja.

—Empezamos bien —afirmó el fraile frotándose las manos—. A mí es al primero al que desagradan ciertos métodos de cuestionamiento, pero la verdad es que a veces son necesarios para motivar a los interrogados.

—Yo soy fácil de motivar, su eminencia. Pregunte, que yo lo admito todo. A mis años, la sinceridad es lo único que me da una oportunidad de redimirme antes de la hora del juicio final.

—Bien, bien. Entonces, ¿confiesa estar en pactos con el diablo? —preguntó el fraile.

—Sí, su eminencia, he estado en pactos con él desde mi tierna juventud hasta que sus mercedes fueron tan amables de rescatarme de sus garras. Los hombres somos necios por naturaleza, pensamos que podemos manejar al diablo a nuestro antojo, pero una vez que le abrimos la puerta se instala en nuestra casa y no se va más. Yo he querido librarme de él, pero no sabía cómo. Gracias, muchas gracias —dijo la vieja abalanzándose sobre la mano del fraile para intentar besársela, pero él se apartó y el guardián, rápido como el rayo en su cometido, le asestó un garrotazo en la cabeza—. No hacía falta tamaño golpe, caballero —le reprochó la vieja rascándose el chichón.

—¿En qué consistían esos pactos diabólicos? —preguntó el fraile.

—Fundamentalmente en solucionar problemas femeninos —afirmó la bruja Anaclea.

—¿A qué se refiere? Aclárelo —ordenó el religioso.

—Pues mire, hay mujeres que se encaprichan de algunos hombres y se obsesionan, y no hallan consuelo hasta que los consiguen, seduciéndoles las más de las veces, pero otras veces vienen a pedirme ayuda. En esas ocasiones yo invoco a las fuerzas demoníacas y fabrico un filtro que tiene el poder de plegar voluntades.

—¡Eso son supercherías y son pecado mortal! —bramó el fraile apuntándola con el dedo.

—Lo son, su eminencia, a mí solo me motiva el vil dinero, mi pecado es de avaricia, les hago creer lo que necesitan.

La vieja Anaclea no escatimó todo tipo de detalles sobre los distintos conjuros que vendía. Cuando el fraile le preguntó sobre la identidad de sus clientes, punto crucial del interrogatorio, la bruja lo sabía bien, nadie se salvaba de la hoguera sin echar más leña al fuego, cacareó como gallina clueca y de paso ajustó unas cuantas cuentas pendientes con quien le había regateado en el pasado o dejado a deber. Pero un lugar especial en su

ennegrecido corazón lo ocupaba la mujerzuela de Juana, pues segura estaba de que ella era la que la había denunciado. Sobre ella dijo que estaba en concubinato con el maligno, que era lujuriosa y se regalaba a cuanto hombre se le presentaba, que hacía uso de filtros y otros encantamientos para atrapar a sus víctimas, los casados eran su pieza de caza preferida, y así siguió echando culebras sobre ella hasta que se le agotó la saliva. Por último, se arrodilló ante el fraile y le dijo que le otorgara la absolución, pues se arrepentía de todos sus pecados y aceptaba con el corazón abierto la misericordia divina y pagar su merecida penitencia.

—Es suficiente por hoy. Probablemente necesitemos algún otro dato sobre los nuevos acusados, espero que pueda colaborar —el tono de voz del religioso sonaba amable, casi dulce.

—Para eso estoy aquí, a su servicio, eminencia —le aseguró la vieja.

—Llévósla, asignadle una de las celdas de la primera planta —dijo a los guardianes de los calabozos.

—Muchas gracias, su eminencia, un poco de fresco y luz natural le hará muy bien a mi memoria —sonrió Anacleta mostrando su desdentada boca.

—Eso mismo pienso yo —dijo mientras los guardias se llevaban a la bruja en volandas.

«¡Qué bien irían todos los procesos con personas tan colaboradoras como esta vieja!», se dijo el fraile antes de volver a la Plaza Mayor, donde habían sacado ya los toros al palenque.

Las emociones de ese día habían sido suficientes para Mariana. Tan pronto como Francisco terminó con las curas de don Matías, volvieron a casa con Sebastián. Caminaron por las calles atestadas. Francisco aprovechó para presentar a Mariana a algunos de los vecinos y pacientes de la villa con los que se cruzaron en las pocas manzanas que separaban la plaza de la casa del médico, a quienes les anunció su próximo enlace matrimonial. Cuando llegaron a casa, Mariana se disculpó y se fue directa a su alcoba, necesitaba estar sola. Francisco decidió quedarse esa noche en la casa a pasar la noche, era tarde para volver al hospital de San Pedro y ya habrían cerrado el portón, se excusó.

La muchacha, al verse en soledad, se tiró boca abajo en la cama y comenzó a llorar, sin saber muy bien por qué. Sentía una enorme desazón, un nudo en el estómago y unas ansias dolorosas de ver de nuevo al conde de

Loano. Los sentimientos que había empezado a despertar en ella el joven de cabellera dorada y ojos de océano le producían perplejidad y enojo, pero saberle indiferente o pensar que jugaba con ella le dolía profundamente. Se sentía humillada, pero nada deseaba más que volver a verle. El berrinche le duró lo que tardó en quedarse dormida recordando la primera vez que le vio y lo supo, sin saberlo, y ahora estaba segura de que lo supo desde el principio aunque se hubiese negado a aceptarlo.

Soñó. En su sueño, fuera donde fuese, se encontraba su mirada suspendida en el aire, su mirada burlona. La calle estaba vacía, ella estaba sola y ahí estaba él sonriendo, quería escapar pero no podía moverse, no tenía voluntad, su voluntad estaba encerrada en un frasco de cristal que él sostenía en su mano. La miraba y sonreía. Ella lloraba. Él se acercaba a ella, sonriendo, tranquila, soy yo, escuchó. Sintió sus manos acariciándole el rostro, pero su tacto era diferente. Cuando se volcó sobre sus labios despertó, no podía respirar, ¿seguía soñando? Su lengua se abrió paso dentro de su boca, se revolvió, tranquila, soy yo, volvió a escuchar. Como un fogonazo, recuperó la consciencia. De un fuerte empujón lanzó al intruso contra el suelo. Mariana se incorporó y se cubrió hasta el cuello con las sábanas.

—Mariana no temas, soy yo, Francisco.

—Pero ¿es que te has vuelto loco? Casi me matas del susto —dijo la joven.

—Solo quería sentir tu calor —Francisco se incorporó del suelo y se sentó en el borde de la cama—. Te deseo, Mariana, quiero estar contigo, estos tres años han sido muy largos, dame un poco de ti —le suplicó.

—Estás embriagado, sal de mi alcoba, por favor.

Él intentó hacerla entender.

—Estoy sereno, pero desesperado por tenerte. Ya somos casi marido y mujer, en unos días será bendecida nuestra unión, nada va a ser diferente, nada va a cambiar, te amo y te voy a amar igual ahora o dentro de unos días cuando salgamos de la iglesia.

Al ver que Mariana bajaba la mirada y no contestaba, se acercó a ella. Le olió el cabello, ella seguía sin moverse. Empezó a besarle el cuello despacio intentando contener el caudal tormentoso que le brotaba de muy adentro. Sus besos eran cada vez más apasionados. Cuando le tomó la cara entre las manos para besarla de nuevo, ella sintió sus ansias y se asustó.

—No puedo, perdóname —dijo apartando la cara. Y después, mirándole fijamente a los ojos, añadió—: Hoy ha sido un día muy intenso. Hemos

esperado tres años, ¿qué son unos días más? Respetemos los mandatos de la Iglesia, por favor.

Francisco no dijo nada, pero se fue visiblemente molesto. Mariana no volvió a pegar ojo en toda la noche, se sentía culpable, los besos de Francisco no producían ninguna emoción en ella, fastidio, rechazo, pero ¿cómo podía ser? Ella le quería genuinamente. Agotada de tanto pensar, se quedó dormida con las primeras luces del nuevo día.

Los festejos en honor al virrey siguieron con representaciones teatrales y otras amenidades para el pueblo. Mariana permaneció recogida en su alcoba descansando hasta la caída de la tarde. Ante la servidumbre arguyó estar cansada y querer reponerse para la velada nocturna. Esa noche, en el Palacio Municipal se celebraba el ansiado baile para los nobles, los dones y las damas de alcurnia de la Puebla de los Ángeles. Francisco no hizo acto de presencia en todo el día y ella lo agradeció. Pero cuando el cielo empezó a cubrirse de sombras, comenzó a inquietarse.

—¿Ha llegado mi prometido? —preguntó a Carmelita mientras le ayudaba a arreglarse para la fiesta.

—No, señorita Mariana, no le he visto en todo el día, creo que salió temprano —respondió la muchacha.

Preparada para salir, se sentó en la sala a esperar a Francisco. De la calle llegaban los sonidos amortiguados de los pasacalles. La joven que estaba pendiente de cada ruido escuchó unos cascos acercándose, se puso en pie y fue hasta la puerta, y cuál no sería su sorpresa al encontrarse a doña Teresa asomada a la ventanilla de un lujoso carruaje.

—Querida —la llamó a la distancia—, vuestro galán anda muy ocupado en el hospital. Habíamos quedado en que nos escoltaría a las dos al baile, pero ha mandado nota a mi casa diciendo que no va a poder venir, vamos a tener que apañarnos sin él, ¿qué os parece?, ¿os atrevéis? Vamos, acercaos —Mariana obedeció y se acercó al carruaje—. Parecéis un ángel, el azul os favorece —le dijo doña Teresa a través de la ventanilla.

La portezuela se abrió y bajó un caballero que no había visto antes, quien le ofreció la mano para ayudarla a subir a la carroza.

—Os presento a mi Carlitos —dijo la señora Méndez.

—Madre, por favor —se quejó Carlitos.

—Mi hijo Carlos, él va a ocupar el lugar de Francisco y nos va a escoltar a las dos esta noche. Como sabéis, mi Matías sigue con muchos dolores y su doctor —le guiñó un ojo— le ha recomendado completo reposo.

Dentro del carruaje, Mariana seguía sin pronunciar palabra y se agarraba nerviosa las manos.

—No temáis, os presentaré en sociedad y velaré por vos como si fuerais mi hija.

Carlitos dio un golpe sacando la mano por la ventanilla sobre la portezuela del carruaje y el cochero arrancó hacia el Palacio Municipal.

El baile era la excusa perfecta para que cada cual hiciera alarde de lujo y posición, mostrando al nuevo virrey quién era quién y con qué recursos contaba. Amistarse con él y conseguir su favor era la tarea en la que competían esa noche las principales casas señoriales de la ciudad. Los capitulares eclesiásticos, aunque habían sido invitados no asistieron, pues el nuevo obispo empezaba ya a predicar austeridad y comedimiento. Una larga caravana de carrozas se había formado a lo largo de la plaza y todos esperaban turno para acceder con pomposa ceremonia a los salones del palacio.

Mariana miraba extasiada a su alrededor. Las damas mostraban sus más esplendorosos vestidos, se habían embellecido con afeites y perfumes, se habían engalanado con joyas y tocados para deslumbrarse mutuamente. La mayoría llevaban el incómodo tontillo, una versión un poco más amable del guardainfantes. Ella había seguido el consejo de Remedios Antunes y se sentía cómoda. Esa noche numerosos padres de familia paseaban a sus jóvenes perlas exhibiéndolas ante la concurrencia. Y de nuevo, al igual que al Rey al que representaba, el marqués de Villena, que era gran amante de las fiestas y la diversión, esa noche estaba gozando de lo lindo.

Doña Teresa le iba indicando a su hijo hacia dónde tenía que dirigirse, cuándo parar a saludar, con quién entablar conversación. Mariana se dejaba guiar y saludaba a las personas que amablemente le presentaba doña Teresa. Sin conciencia, le buscaba entre la gente. De vez en cuando, su acompañante, Carlitos, le hacía algún comentario sobre el salón o el atuendo de algún personaje y ella respondía cortésmente, aunque sin mucho interés. Varias bandas de música amenizaban el espacio con festivas melodías.

En el salón principal se había colocado una silla ricamente labrada donde el virrey, sentado cual rey en su corte, recibía a los invitados rodeado por los miembros del cabildo municipal.

Durante el corto viaje en carroza, esa noche doña Teresa se había propuesto salir con nuera de la recepción, idea que se afianzó con más fuerza al ver que otros como ella también estaban buscando, entre los asistentes a la velada, marido para sus hijas. Mariana pronto quedó rezagada del impetuoso

periplo que emprendió doña Teresa del brazo de su hijo, que físicamente era bastante buen mozo, aunque un poco entrado en carnes —se vislumbraba que terminaría obeso como el padre—, y económicamente, con el negocio de cacao en Venezuela, le hacía un buen partido.

El baile había dado comienzo y pronto se formaron parejas. No fue raro ver al virrey, quien había perdido a su esposa antes de emprender viaje a Nueva España, escoltar a alguna señorita de bien a la pista de baile, el mayor honor que la afortunada podía recibir, y por ende, toda su familia. Y lo cierto es que el virrey intentó halagar a la mayoría de damas presentes, pues no paró de bailar en toda la noche.

Usurpando otros dos títulos de nobles italianos, al igual que su amigo y capitán, Rui y Tomé paseaban por los salones repletos con sendas copas de brandy en la mano.

—Magnífica fiesta, y yo que pensaba que los españoles eran aburridos —dijo Rui.

—No te distraigas mucho, no debemos perder de vista el objetivo —replicó Tomé.

—Aún es pronto, disfrutemos un poco, que después de mañana a saber cuánto tiempo tardamos en asistir a otra fiesta. Además, el objetivo tiene cuerda para rato.

—¿Dónde está Hans? —preguntó Tomé.

—Adivina —respondió Rui.

—¡No, otra vez no! Pero ¿qué le ha dado con esa mujer? —se desesperó Tomé.

—¿Y si se ha enamorado? —preguntó Rui riéndose de su propia ocurrencia.

—Creo que su interés se ha convertido en obcecación y ha vuelto el jueguito peligroso. De cualquier manera, mañana nos largamos de aquí, esto de tener que comportarme como hombre de alcurnia me pone nervioso. Perderla de vista le curará las ganas, seguro —intentó convencerse Tomé.

—Esa parece dura de roer, habrá que arrastrarle a alguna mancebía de camino a la costa para que se desahogue.

—Pues sería la primera vez.

—Siempre hay una primera vez para todo, amigo —se rio Rui.

Pero Hans estaba decidido, y era esa noche o nunca. Sin embargo, su proeza del día anterior, ganando la liza de la sortija, había despertado más interés del deseado, en especial en damas que en nada le importaban y que le

salían al paso continuamente e interrumpían su búsqueda. Una reverencia aquí, un apretón de manos a un padre deseoso allí, un besamanos acá y hasta un baile allá. Cuando consiguió desembarazarse de todos los compromisos sociales del conde de Loano, el salón estaba tan repleto que no se veía nada. Se intentó guiar por el olfato, pero era difícil distinguir su aroma a jazmines entre esa mezcla densa y pegajosa de perfumes y afeites. El calor empezaba a ser asfixiante. Decidió despejarse un poco en el jardín y bajó la escalinata que daba a la parte trasera de los salones. Entre los arbustos recién cortados, algunos amantes jóvenes daban rienda suelta a su pasión, mientras el aya de turno se desgañitaba llamando a su escurridiza damita.

Y entonces la vio. Su silueta azul, iluminada por los rayos plateados de la luna, parecía flotar en el aire. Ante sus ojos se volvió agua, océano profundo e insondable. Sintió el mismo miedo y la misma fascinación que a bordo de su nave cuando frente a ese inmenso mundo azul de profundidades y fuerzas misteriosas se preguntaba qué le deparaba el destino. Esa noche en su pecho resonó el eco del viento y las estrellas iluminaron el rostro de la mujer que encarnaba para él la promesa de un amor infinito, como el océano; misterioso, emocionante y profundo, como el océano.

Venciendo el vértigo inicial, se aproximó sumergiéndose en su aroma a jazmines. Se acercó despacio amortiguando sus pasos para no espantarla y apareció frente a ella tal como era, no quien pretendía ser, sino quien era, Juan.

Al verle, a Mariana le dio un vuelco el corazón. Estaba ahí, frente a ella. ¿Sería un espejismo producto de su imaginación? Agitó la mano en el aire para desbaratar las partículas que habían creado su imagen. Él le tomó la mano. La joven reaccionó como si hubiese tocado fuego, retirando velozmente la mano y dando media vuelta para salir corriendo. Pero Hans la sujetó por el brazo.

—No os vayáis, por favor —sonaba a súplica y ella cedió—. ¿Por qué me rechazáis? ¿Os he ofendido de alguna manera sin pretenderlo? Decidme —le hablaba suavemente, con una voz cargada de ternura y pesar.

—No, no me habéis ofendido. Es solamente... que estoy prometida y no está bien estar a solas con otro hombre diferente de aquel con quien voy a casarme —respondió Mariana.

—Casaos conmigo, entonces —las palabras de Hans sonaron convincentes, como si fuera lo más natural.

—¿Casarme con su merced? Si apenas nos conocemos.

—Mi madre me abandonó cuando cumplí los quince años. Desde la más tierna infancia sentí la llamada del mar. La única mujer de la que me enamoré desposó a otro partiéndome el corazón, y juré no volver a amar. Pero entonces el destino os trajo a mí.

Mariana le miraba a los ojos, ya no sonreían, no se burlaban de ella. Hans la tomó por el talle y la atrajo hacia él, ansiaba estrecharla fuerte, sentir latir su corazón contra su pecho, y al oído le derramó su súplica:

—Dime que no te estremeces entre mis brazos, que tu cuerpo no anhela mis caricias y tus labios mis besos, dime que tu cuerpo no desea fundirse con el mío en un abrazo eterno. Dime que no me amas. Dímelo y no volverás a verme —la miraba a los ojos, estaban tan cerca que parecían uno solo, un solo aliento—. Si sientes la misma vehemente locura que me incendia la sangre desde que te vi, entrégate a mí, esta noche y para siempre —la acercó con más fuerza, pegada a su cuerpo sentía su respiración entrecortada—. Mariana, entrégate a mí —le suplicó.

Ella vio su destino escrito en sus ojos tormentosos, leyó su miedo y su anhelo, y vio reflejado en ellos el brillo de sus propios ojos. Un relámpago estalló en su pecho cuando su boca se volcó sobre sus labios entreabiertos y sus lenguas se fundieron en una perturbadora y cálida marea.

—Marianaaa, Marianaaa, ¿dónde os habéis metido, querida? —escuchó de pronto la voz de doña Teresa.

Pugnó con todas sus fuerzas por separarse de ese torbellino de agua que la empujaba a las profundidades de la locura, pero los brazos de Hans se aferraban a ella como los de un náufrago a la única tabla de salvación en medio de la inmensidad azul impidiéndole subir a la superficie de la cordura.

Intentó separarse de él, pero sus labios respondían al calor de su aliento.

—Debo irme —suplicó cuando le permitió tomar aire.

Sus bocas volvieron encontrarse, insaciables. Hans deslizó la mano por su espalda mientras con los labios recorría el contorno de su rostro y de su cuello.

—Por favor, dejadme, dejadme, os lo ruego —dijo desesperada mientras las lágrimas acudían a sus ojos canela. Hans comprendió que debía dejarla marchar—. Dejadme, dejadme —pero no quería, no podía—. ¡Doña Teresa, aquí, aquí! —gritó la joven.

Entonces él aflojó los brazos y Mariana salió corriendo escapando de su destino, escapando de la promesa de un amor infinito como el océano; misterioso, emocionante y profundo, como el océano.

—Hans, ¿dónde demonios te habías metido? —preguntó Tomé claramente alterado.

—¿Dónde está? —replicó Hans preguntando a su vez.

—Se acaba de ir.

—¡Tan pronto! —exclamó el corsario.

—Sí, no nos lo esperábamos. Se lo estaba pasando en grande, pero llegó el señor obispo y parece que le amargó la fiesta, discutieron a puerta cerrada y poco después salió dando un portazo.

—Maldición, solo nos queda mañana. Convoca a los hombres, tenemos que reorganizarnos —dijo Hans saliendo a grandes zancadas de la fiesta.

—Querida, os he buscado por todas partes.

—Necesitaba un poco de aire —replicó la joven aún aturdida por el encuentro con el conde de Loano.

—Tengo buenas noticias, Carlitos ha hecho buenas migas con una damita de altos vuelos. Entre nos, su padre debe de estar arruinado, porque no parece hacer ascos a la hidalguía adquirida con buenos dineros de mi hijo. En cuanto le he empezado a contar lo bien que le van los negocios, ni os podéis imaginar, se deshacía en piropos hacia mi chiquillo. Mañana vendrán a tomar un chocolate —le contó emocionada doña Teresa—. Por cierto, el virrey se ha retirado ya, y creo que nosotras deberíamos hacer lo propio, mañana la misa es temprano, y vuestro prometido seguramente os estará esperando.

Pero cuando llegó a casa, temiendo encontrarle, él no estaba. Manuela era la única que aún no se había retirado, y canturreaba mientras se acercaba a abrirle el portón.

—Buenas noches, Manuela.

—¿Se ha divertido la señora?

—Sí, mucho —dijo mientras a sus espaldas se escuchaban los cascos alejándose del carruaje de doña Teresa—. ¿Don Francisco ya se ha acostado?

—No, señorita, el señor debe de seguir en el hospital, porque por aquí no ha aparecido —contestó la cocinera.

Las dos mujeres subieron a la segunda planta, donde se encontraba las alcobas principales. Mariana se asomó sigilosa a ver dormir a Sebastián. Ya en su alcoba, Manuela le ayudó a desembarazarse de su ceñido atuendo. Cubierta solamente con la camisola de dormir, se metió entre las suaves olas sedosas del lecho.

—Te puedes retirar. Mañana es la misa de despedida del virrey. Amanezco temprano, sírveme el desayuno en mi alcoba. Buenas noches, Manuela —se despidió Mariana.

La cocinera apagó el candil y salió de la alcoba. Mariana cerró los ojos y se sumergió en las brumas del sueño. Volvió al jardín, a la luna de plata, al abrazo ardiente del anhelo. «Ven amor, te espero en mis sueños. Hazme tuya». Se durmió mecida por la marea de sus ojos azules.

A media noche, cuando la fiesta en honor al virrey ya se había apagado completamente y en las calles solo quedaban algunos gatos cazando ratones, la procesión de la cruz verde, símbolo de misericordia y penitencia, recorría las calles principales de la ciudad con su murmullo pío. Eso había ido a recordarle el obispo al marqués de Villena, que era hora de apagar los ecos de la fiesta, pues el juicio de Cristo sobre los hombres iba a dar comienzo y era hora de velar por las almas de los condenados.

En la procesión, Juana caminaba sosteniendo una vela al lado de Ferrán Matos. Delante de ellos se alzaba la insignia Inquisitio Mexici con la inscripción exurge, domine, iudica causam tuam rodeando una cruz verde, esperanza de la salvación eterna, sobre una bandera negra, luto por las almas que estaban condenadas. Un crucifijo de grandes dimensiones presidía la marcha hacia el estrado donde serían leídas las condenas. Convertirse en familiar le había asegurado el capataz del obraje de De Vera, era la mejor forma de vengarse de las humillaciones de Mariana. Denunciar a la vieja Anacleta no había resultado tan difícil como había supuesto en un primer momento y dejaba atado ese cabo suelto. Más desagradable había sido dar testimonio ante esos frailes secos de carne, con olor a pobreza que le clavaban las agujas de sus suspicaces ojos y repetían palabra por palabra todo lo que decía. Matos le había asegurado que nada de lo que les dijera la vieja sobre ella le perjudicaría, pues ser familiar significaba inmunidad ante el tribunal inquisidor.

Francisco había estado ocupado todo el día en el hospital. Cuando la noche se derramó sobre la ciudad, dio un largo rodeo para evitar la algarabía de la plaza. Visitó a los prisioneros uno por uno, sirviendo más el consuelo que podía darles para el alma que medicina para el cuerpo, aunque a los que se encontraban más nerviosos les suministró dormidera, y se presentó ante los jueces inquisidores para dar cuenta del estado de los heréticos. Desde que

Francisco velaba por la salud de los habitantes de ese anticipado infierno, ninguno había fallecido a consecuencia de los tormentos o por la insalubridad de las celdas, y eso le supuso una pequeña propina y la oferta de convertirse en el físico del Santo Oficio de Puebla, por el que recibiría un estipendio. La posición era compatible con su desempeño en el Hospital de San Pedro, pues era al abrigo de la noche cuando se requerirían sus servicios en la mayoría de los casos, le habían asegurado. Aceptó con un nudo en la garganta. Al llegar a casa estuvo tentado de ir a ver a Mariana, necesitaba su calor, se sentía destrozado por la suerte de esas criaturas, niños, mujeres jóvenes, hombres otrora respetables, pobre diablos, mestizos, negros libres, ancianas. Al final, entró a la alcoba del pequeño Sebastián y como si pudiera consolar a los niños que esa noche dormían en una oscura celda sin el abrazo de sus madres, se aferró al cálido cuerpo del muchacho, que dormía profundamente, y derramó todas las lágrimas que llevaba contenidas en el alma. Fuera, en la plaza, el murmullo pío continuaría velando la insignia y el crucifijo hasta el alba.

El cielo amaneció plomizo. Como si el sol estuviese también de luto, los nubarrones negros anunciando tormenta se extendían sobre la ciudad como un mal presagio. Con las primeras luces del alba, los prisioneros habían descubierto angustiados su destino en forma de sambenito y coraza, media cruz de San Andrés, la cruz completa, cruz y llamas. Llantos, gritos, desmayos, resignación. La vieja Anacleta se miraba su media cruz y mostraba la caverna oscura de su desdentada boca en una malévolamente mueca. Sus comadres habían sido condenadas al fuego purificador, se estremeció e intentó no volver la vista atrás. A las puertas del convento de Santo Domingo se habían congregado las autoridades civiles y religiosas que acompañarían en procesión a la curia inquisitorial con sus familiares, notarios y jueces, y a los condenados que marchaban en fila escoltados por la milicia y en orden según la gravedad de la herejía, de menor a mayor. El pueblo celebraba el final de las fiestas en honor al virrey. Los más madrugadores habían tomado ya sitio en la Plaza Mayor para contemplar de cerca el juicio final.

Francisco había dado permiso al servicio para acudir al auto de fe. Carmelita propuso salir al campo con Sebastián mientras durara el auto de fe para evitar que el niño presenciara los ajusticiamientos. Ni él ni Mariana pudieron probar bocado esa mañana. Hacía un día que no se veían y para Mariana era una eternidad, ni siquiera se había sentido tan lejos de él cuando les separaba el océano. Vestidos de riguroso negro, salieron del brazo para unirse a la procesión.

Como en los días anteriores, había gente asomada en los balcones, subida a las azoteas, en las calles.

—En una circunstancia parecida nos conocimos hace seis años, en la Plaza de San Francisco, en Sevilla. ¿Lo recuerdas, Mariana? —preguntó Francisco.

—¿Cómo olvidarlo? —respondió ella.

Cómo olvidar sus ojos tristes, cansados, sin esperanza. Cómo olvidar el hacha cercenando su cuello blanco.

Las nubes bajas casi podían tocarse con la mano. Habían alcanzado al cortejo inquisidor. El virrey y los notables iban a caballo, ellos caminaban casi al final, con el resto de la comitiva. A punto de llegar a la plaza, la procesión se paró de golpe, pues una de las condenadas se había desplomado. Se oyeron gritos pidiendo un físico. Francisco, sin reparar en que acompañaba a Mariana, se soltó del brazo y se adelantó hasta donde estaba la mujer. A su alrededor la milicia vigilaba al resto de presos. Solo pudo certificar su muerte. Era una de las condenadas por brujería. Los jueces inquisidores se consultaron brevemente y decidieron por unanimidad seguir adelante con el ajusticiamiento de la mujer y quemar su cuerpo inerte; dos familiares cargaron con él hasta la plaza.

Mariana aprovechó para salirse de la procesión e intentó alejarse por una de las calles adyacentes, pero el gentío confluía hacia la plaza y tuvo que dejarse llevar. Permaneció debajo de los soportales de la plaza abrazada a una columna, lo más alejada posible de los estrados que eran ocupados de un lado por las autoridades y del otro por los condenados.

Miraba al cielo rogando por un poderoso aguacero que impidiera prender las hogueras, pero las nubes contenían su llanto. Hasta sus oídos llegaba ya el sermón. Sin escuchar las palabras que pronunciaba a voz en grito el ilustre inquisidor, la vibración de la poderosa voz del religioso la estremeció. Desvió la vista y la paseó por los balcones y azoteas de las casas, ese día vestidos de negro. Distinguió a varios hombres con arcabuces y... ¿arqueros? Le pareció que algunos portaban arcos, pero no distinguía bien. Instintivamente, fue abriéndose paso entre la gente, bordeando la plaza, acercándose para ver mejor, sin perder de vista la azotea que le había llamado la atención.

Sin darse cuenta se había colocado detrás del estrado de los condenados, bajo los soportales, y desde allí vio al jinete. ¿Qué hacía ese hombre montado en el caballo del conde de Loano? ¿Sería un criado?, se preguntó. Vestía ropajes sencillos, una capa negra le cubría parte de la cara y el cuerpo, y llevaba un pañuelo atado a la cabeza. Su curiosidad fue más poderosa. Ansiaba ver a Juan Doria, aunque fuese una última vez antes de casarse con Francisco. Se acercó al jinete con la intención de preguntar por su amo. Dudaba. No estaba bien lo que estaba haciendo, traicionaba a su futuro esposo, pero no podía contener el latido desbocado de su corazón.

—¿Dónde está tu amo? —el jinete se volvió y al verla se hundió más en la capa—. ¿Eres criado del conde de Loano? —el hombre no se volvió a

mirarla por segunda vez, dio un golpe al estribo con intención de alejarse, pero Mariana le agarró por las riendas—. Contesta, ¿qué haces con el caballo del conde de Loano?.

Viéndose perdido, el supuesto ladrón se agachó sobre ella y la sujetó por el cuello.

—¿Estás preparada para la verdad? —le susurró.

«¡Su voz, es su voz! ¡Juan!». Y entonces vio las marcas en la silla de montar. «Esos símbolos, los he visto antes, pero ¿dónde?».

Hans aprovechó su desconcierto para alejarse de ella, pero era difícil avanzar a caballo entre la gente sin llamar la atención. Mariana reaccionó y se fue detrás de él en busca de respuestas. Ella avanzaba más rápido, zigzagueaba entre los espectadores del auto de fe. La voz monocorde del fraile seguía tronando de fondo. Se metió por una callejuela para salir por otro lado de la plaza, él pensó que la había perdido de vista. Suspiró en voz alta su nombre: «Mariana». El corsario paseó la mirada por la plaza buscando a sus hombres, todos en posición. «Concéntrate, ya falta poco», se dijo.

Pidió paso a un grupo de paisanos que se repetían unos a otros lo que captaban del eterno sermón. A regañadientes, le abrieron paso. Cuando se apartaron para dejarle pasar se encontró a Mariana plantada ante él, bella a pesar de la palidez de su rostro, con los brazos cruzados sobre el pecho. Le miraba desafiante.

—No vas a pasar hasta que me digas quién eres.

Él desmontó, la capa se abrió ligeramente, llevaba el rostro tapado y solo se le veían los ojos de océano. La tomó por el brazo y a la fuerza la llevó debajo de los portales. La empujó contra la pared, apoyó una mano en su hombro para tenerla inmovilizada y con la otra mano se descubrió el rostro.

—¿Vos? ¿Qué hacéis así vestido? ¿Y por qué os ocultáis? ¿Creéis que os voy a exigir cumplir la oferta de casamiento que me hicisteis anoche? ¿Es eso? ¿Qué son esos signos que lleváis en la montura? Los he visto antes —Mariana hablaba muy rápido intentado aclarar en voz alta el torbellino de dudas que la asaltaban.

—La verdad es que te amo, no lo olvides —dijo inclinándose y besándola en los labios de forma intensa y breve—. Ahora vete a casa.

Ella se quedó muda, sin capacidad para reaccionar, le vio montar en el caballo y alejarse despacio entre el gentío.

Mariana se tocaba los labios. Había vuelto a sentir su aliento colándose dentro de su cuerpo por su boca entreabierta, absorbiendo un poco de su alma.

«Tengo que ir a casa, a casa, en casa podré pensar. Me ama —la verdad es que te amo—, eso ha dicho. ¿Lo habré imaginado?». Caminaba ensimismada. Alguien se chocó con ella. Miró a su alrededor aturdida. No soportaba el ambiente festivo de ese juicio atroz. El sermón había acabado y el notario leía las sentencias ante las ovaciones de la gente enardecida. La joven bordeó la plaza. «¿Dónde he visto yo esos signos antes? —la verdad es que te amo—, los signos, la verdad». Su mente buscaba en los recovecos de su memoria, pero no conseguía hilar los acontecimientos presentes con sus recuerdos. Volvió al punto inicial bajo los portales, estaba a punto de doblar la esquina y salir de la plaza cuando casi instintivamente miró a lo alto, hacia las azoteas. Los arqueros con flechas prendidas en llamas apuntaban a la plaza. ¿Fuego? Entonces escuchó nítidamente, por encima de la lectura del notario, por encima de los aplausos, un grito claro y poderoso, «¡Emét!», y vio volar las flechas de fuego. Al tiempo que estallaban decenas de barriles de pólvora estratégicamente colocados y la plaza se llenaba de un humo denso, en su mente sonaba otro estallido. Era de noche, en una plaza desierta, una carroza, un hombre embozado, podía sentir su calor en la espalda, cabalgaban al amanecer, sus ojos burlones reían, y esos símbolos, ¿qué son? le había preguntado. «*Emét*, la verdad», había respondido él, y sus destinos se habían quedado entrelazados para no separarse más.

Momentos después, en el sótano de la sastrería, Hans finalmente se entrevistaba con el virrey. Algunos de sus hombres uniformados como la guardia, aprovechando el desorden del ataque, habían secuestrado al virrey ante las mismas narices del cabildo municipal.

—Le llevamos a lugar seguro, Excelencia, nos atacan.

Él, convencido de que así era, había colaborado sin oponer resistencia.

—¿Dónde estamos? —preguntó el duque de Escalona.

Hans prendió una vela y la colocó sobre la mesa. A sus espaldas, los guardias y Keled permanecían inmóviles como estatuas.

—¿Conde de Loano? ¿Es su merced? —preguntó.

—Sí, Su Excelencia.

—¿Qué hace aquí? ¿Quién nos ataca?

—No lo sé, aquí estamos a salvo, no se preocupe, estoy seguro de que las autoridades de la ciudad ya habrán apresado a los culpables del desorden. Esperemos un poco, en breve podremos volver a la plaza.

—¿Quiénes son esos hombres? —dijo señalando a los uniformados.

—No tema, son mi escolta personal. Ayer no tuve ocasión durante la fiesta de entregarle un mensaje del que soy portador. Esa es la razón por la que he venido a Puebla de los Ángeles, para entregárselo.

El virrey le miró extrañado. Hans sacó la carta y se la tendió.

—¡Es de mi primo, el duque de Braganza! —se asombró el virrey.

—Así es.

Leyó la carta varias veces, y cuando estuvo seguro de haber grabado en su memoria cada palabra, la acercó a la llama de la vela y la destruyó.

—Entiendo —dijo en voz baja.

—Gracias, Excelencia. Le deseo un buen gobierno. La guardia le escoltará ahora al Palacio Municipal —dijo Hans.

Mariana echó a correr hacia el humo. Era él, el hombre de Lisboa. Tenía que encontrarle. La gente corría en desbandada, nadie sabía qué estaba pasando, no se veía nada. El humo atrapado en la plaza envolvía como una manta oscura los contornos de las casas, las nubes plomizas observaban el fuego sin intervenir, las hogueras estaban encendidas, pero no había nadie quemándose en su lumbre. ¿De dónde habían salido tantos caballos?, pensó. Empezaba a ahogarse, cayó al suelo y comenzó a toser.

—¡Los presos se han escapado! —escuchó que gritaban—. ¿Dónde están los presos?

Los jueces inquisidores se abrían paso entre la muchedumbre hasta alcanzar la plataforma de madera de tres pisos, ahora vacía, pero donde no hacía mucho se sentaban los condenados.

Dos carrmatos cubiertos y veinte corsarios armados a caballo salían en tropel por las puertas de la ciudad en dirección a la costa veracruzana. A sus espaldas, los soldados que guardaban las puertas yacían en un compartido charco de sangre con las gargantadas rajadas. Tomé y Rui azuzaban a los caballos alejándose de la ciudad. En el interior de los carrmatos, los dieciocho ajusticiados lloraban de alegría, se abrazaban, rezaban para encontrar un refugio seguro donde empezar de nuevo. Estaban todos menos uno. La vieja Anacleta, en medio del caos incendiario, se escabulló silenciosamente, pues tenía que ajustar una última cuenta antes de desaparecer. El Santo Oficio tendría que conformarse con infligir la condena a las estatuas de los fugados.

—¡Los herejes han huido! ¡Encontradles! —gritaba el juez inquisidor a los familiares que quedaban aún en la plaza.

La milicia intentaba apagar las decenas de incendios que se extendían por todas partes. Los vecinos colaboraban tirando cubos de agua por las ventanas y los balcones.

Juana, que estaba cerca de la tarima de los condenados cuando estallaron los barriles, vio cómo unos hombres embozados ayudaban a escapar a los herejes; no se movió, se quedó agazapada entre el humo, esperando a que se fueran, muerta de miedo, por si los presos tomaban represalias. Incorporándose ahora, a pocos metros de ella vio a Mariana y una idea siniestra cruzó su mente.

—¡Matos, Matos! ¿Dónde estás?

Cerca de ella, el capataz de la hacienda de De Vera tosía a cuatro patas.

—¿Llevas la pistola?

—Sí, pero ¿qué demonios quieres hacer?, ¿acaso has visto donde se han escondido los perros herejes? —preguntó Ferrán Matos.

—No, pero es hora de vengarme de esa sevillana con aires de grandeza, ¿me vas a ayudar o no? Vamos, está ahí, se va a ir, es el mejor momento, apenas se ve con el humo, con la confusión nadie sabrá qué ha pasado.

Ferrán Matos se puso en pie.

—¿Dónde?

—Allí, ¿la ves? —le indicó Juana con la mano.

Mariana se había recuperado del ataque de tos y se alzaba. Si ese hombre estaba ayudando a escapar a los herejes tendría que estar por ahí, se dijo. Creyó oír los cascos de un caballo al galope entre el barullo de voces y gritos. No corría ni una brizna de aire. Aún había varios focos de fuego encendidos en distintos puntos de la plaza. El infierno invocado durante el sermón había hecho de la Plaza Mayor su fortín.

Vio el hocico del corcel cuando ya lo tenía encima. Reconoció sus ojos, él le tendió la mano para trepar a la grupa.

—¡Dispara, dispara!

—No veo nada —se quejó Matos.

—Yo sí la veo —dijo Juana dirigiendo el brazo de Matos y disparando.

Como en aquel amanecer en Lisboa, Mariana cabalgaba junto a Hans, esta vez abrazada a su cintura. Reconoció su olor varonil, apoyó la cara en su espalda

y cerró los ojos recordando. Sintió que el trayecto fuera tan corto esta vez. La calle estaba desierta, los vecinos habían acudido al auto de fe y los rezagados corrieron a la plaza al escuchar las detonaciones. El portón de las caballerizas estaba abierto y el caballo entró al paso.

Mariana desmontó ágilmente. Hans, al perder el apoyo de la joven en su espalda, cayó sobre la cerviz de Palache, inconsciente.

—¿Qué te pasa? —le tomó por el brazo, pero el peso de su cuerpo cedió y cayó sobre ella—. ¡Ayuda, ayuda! —gritó desesperada.

Jacinto, aprovechando la tranquilidad de la casa, se había quedado dormido sobre el heno de una de las cuadras.

—¡Dios mío, señorita Mariana! ¿Qué ha pasado?

—No lo sé, Jacinto, ayúdame a subirlo a mi alcoba.

Entre los dos atravesaron la casa cargando al corsario y acomodaron a Hans sobre el lecho de Mariana.

—Ve a buscar al señor y no vuelvas sin él, dile que es por mí. Y Jacinto, no le hables a nadie de él, nadie de fuera ni de dentro de la casa debe saber que está aquí, ¿me has entendido? Nadie, solo tú y yo.

—Sí, señorita, soy una tumba —respondió el mestizo y salió corriendo a cumplir el mandado de su ama.

Mariana le desanudó la capa que llevaba al cuello y le soltó el pañuelo que le cubría la cabeza. Sin poder evitarlo, le acarició los cabellos y el rostro. Se inclinó hacia él y puso la oreja sobre su pecho. ¡Su corazón seguía latiendo! Pero notó algo húmedo. Metió la mano por debajo de la camisa y el jubón, sus dedos aparecieron teñidos de sangre.

—¡Dios mío! ¡Está herido!

Sacó un pañuelo y taponó la herida con las manos para evitar que siguiera saliendo sangre.

Así seguía una hora después, cuando por fin Francisco entró en la alcoba sumamente alterado, esperando encontrar a Mariana de gravedad.

—¿Estás bien? Jacinto llegó corriendo diciendo que era grave —dijo sofocado al entrar por la puerta con el cabás en la mano. Se quedó paralizado al ver sobre el lecho de la joven a un hombre.

—Por fin llegas.

—Estaba atendiendo a los heridos, te busqué por todas partes, temía lo peor.

—Yo estoy bien, pero a él le han disparado, date prisa, ha perdido mucha sangre —dijo Mariana aún presionando con las manos sobre la herida.

—Ve a la cocina, trae agua hirviendo y toallas —le pidió Francisco.

Mientras Mariana se apresuraba en dirección a la cocina, Francisco rajó con una navaja las ropas del enfermo dejándole el torso desnudo. Palpó la herida. La bala había entrado por detrás, a la altura del hombro, y había salido por delante.

—Has tenido suerte, muchacho —le dijo.

Mariana apareció cargando una palangana con agua hirviendo y con varios paños bajo el brazo. Se acercó despacio y depositó las dos cosas sobre una mesita donde Francisco había colocado sus utensilios. Se quedó mirando su cuerpo, su torso musculoso estaba cubierto de un fino bello rubio como sus cabellos.

Francisco había empezado a lavar la herida, la sangre seguía brotando.

—Ven. Sigue limpiando mientras yo me preparo para cauterizar la herida, aún sangra. Así, despacio, hundiendo la toalla en el agua y derramándola suavemente, no frotes, así, eres una excelente enfermera.

Mariana sonrió. Continuó limpiando la herida suavemente. «No te vayas a morir. ¿Quién eres?, ¿cómo puedo haberme enamorado de alguien a quien no conozco? Estoy loca, rematadamente loca». Su mente bullía de pensamientos, tantas cosas que quería preguntarle y necesitaba saber.

A su espalda, Francisco calentaba un utensilio metálico alargado terminado en forma de pequeña espátula con mango de madera. Mientras seguía aplicando el fuego sobre el metal, le pidió que secara la herida.

—Ya está —le avisó Mariana.

—Sujétale el brazo con todas tus fuerzas, aunque esté inconsciente puede despertar con la quemazón. ¿Lista?

Ella asintió. Rápido y certero, Francisco aplicó el metal al rojo vivo sobre la herida durante unos segundos. Hans tensó el cuerpo, forcejeó brevemente con el brazo y abrió los ojos asustado. Olía a carne quemada.

—Tranquilo, no te inquietes —le sonrió Mariana, él volvió a cerrar los ojos y relajó el cuerpo.

—¿Le conoces? —preguntó Francisco extrañado de la familiaridad con que le trataba.

—Sí, le conocí en Lisboa hace tiempo, es una larga historia, hay cosas que no te he contado. Dame unos días y te lo explicaré todo.

—En unos días es nuestro casamiento —le recordó.

—Creo que deberíamos posponerlo. Después de lo que ha ocurrido hoy tendrás mucho trabajo y él debe recuperarse.

—Está bien —dijo apesadumbrado—, vuelvo a la plaza. Lo más importante ahora es que no le suba la fiebre. Si eso sucede, manda a buscarme inmediatamente.

—Francisco, no le digas a nadie que está aquí, es por su seguridad y la nuestra.

—¿De qué estás hablando? ¿Es que ha tenido algo que ver con el asalto de hoy?

—No levantes la voz.

—No hay nadie en la casa. Dime, ¿está implicado en el asalto?

—No lo sé, pero hasta que lo averigüe, nadie puede saber que está aquí, las criadas tampoco. Por favor, confía en mí.

Francisco asintió. Recogió su maletín y ya en la puerta se volvió a mirar a Mariana. Ella sostenía la mano del hombre entre las suyas y le miraba de una manera... Salió antes de terminar de aceptar lo que estaba pasando ante sus ojos.

Mariana se acercó a la puerta y echó la llave. Volvió junto al herido. Le contempló dormir. Sintió sus cálidos labios sobre ella de nuevo. Le cubrió con la sábana y se tumbó a su lado.

—Seguro que tampoco te llamas Juan Doria —dijo para sí.

Cerró los ojos. Se abandonó a las imágenes que la invadían y se quedó dormida escuchando su pausada respiración.

En algún lugar, a varias leguas de distancia, los hombres de Hans habían acampado al cobijo de una frondosa arboleda. A su alrededor, una lluvia salvaje borraba las huellas de su huida.

—Alguien se acerca, ve a avisar al capitán —dijo el vigía a uno de sus compañeros de vigilancia.

El muchacho echó a correr entre los árboles. Eran varios hombres a caballo.

—¿Quién va? —dijo Tomé, que se había unido al grupo de vigilantes. A su alrededor, varios arcabuces apuntaban a las sombras que se movían entre la oscuridad vegetal.

—Emét —se identificó—, soy Keled.

—¡Keled, por fin! Bajad las armas, son los nuestros —ordenó—. Pensamos que había habido algún contratiempo. ¿Dónde está Hans?

Los dos se alejaron de los vigías, que siguieron en posición. Los piratas que llegaron con Keled, y que habían escoltado al virrey hasta el Palacio Municipal, se unieron al resto de la banda que descansaba en unos improvisados tenderetes. Fumaban y tomaban ron. Los herejes mientras intentaban conciliar el sueño. Rui se había encargado de tranquilizarles explicándoles cuál era el plan sin revelarles sus identidades ni quién les había enviado a rescatarles.

—¿No está con vosotros? —dijo preocupado el jolonés.

—No, ¿qué ha pasado?, ¿por qué habéis llegado tan tarde?

—Después de dejar al virrey en sus aposentos debíamos partir de inmediato, pero Hans me pidió que me adelantara, que en breve nos alcanzaba, tenía algo que hacer. Luego se nos complicó la salida de la ciudad— explicó Keled.

—Si no le conociera como le conozco estaría completamente perplejo. Pero le conozco desde que éramos dos mocosos, no me sorprende. Esa mujer lo tiene trastornado.

—¿Qué hacemos? ¿Vuelvo a buscarle?

—No, la consigna es poner a salvo el botín y eso es lo que vamos a hacer. Nos alcanzará tarde o temprano.

En ausencia de Hans, Tomé era quien estaba al mando y el jolonés aceptó la decisión sin cuestionarla.

Golpeaban la puerta insistentemente, pero Mariana, en las profundidades de un sueño vívido, escuchaba una detonación estruendosa, estallaban los cristales y unos hombres salían en tropel a la plaza. Eran sombras oscuras que se confundían con la negrura de una noche cerrada. Ella estaba ahí, en medio del fuego cruzado.

—¡Señorita Mariana! ¿Se encuentra bien?

Sonaron más golpes que consiguieron romper el hechizo del sueño y sacarla del carruaje antes de poder verle la cara.

Se incorporó despacio. A su lado, Hans seguía en la misma posición, respiraba, su pecho se elevaba casi imperceptiblemente. Le apartó el cabello de la frente, sus dedos rozaron su piel, estaba hirviendo.

—¡Señorita Mariana! —seguían los golpes que habían ido creciendo en intensidad y ahora eran auténticos porrazos.

Abrió la puerta un palmo, lo justo para ver quién estaba del otro lado.

—Manuela, Carmelita, en buena hora.

—¡Ay, señorita! Después de lo que ha pasado, pensamos que se habría desmayado. ¿Por qué estaba encerrada? —preguntó Carmelita.

—Estoy enferma y podría ser contagioso, no os acerquéis. Manuela, necesito que vayas urgentemente a buscar al señor, debe de estar aún en la plaza o tal vez en el hospital, dile que tengo fiebre alta. Y tú, Carmelita, tráeme agua fría y toallas limpias. Tenéis terminantemente prohibido entrar a esta alcoba, mantened a Sebastián alejado hasta que pase el peligro de contagio. Yo permaneceré encerrada hasta que me reponga completamente. Y traedme algo de comer. Rápido, haced lo que os he pedido.

La primera en volver con el encargo fue Carmelita. Mariana volvió a atrancar la puerta después de recibir de manos de la criada el agua y las toallas, y depositó todo junto a la cama. Hundió una de las toallas en el agua fría y la colocó sobre la frente de Hans, que tiritaba. Sumergió otra toalla en el agua y empezó a mojarle el cuello, el brazo derecho desde el hombro hasta la muñeca. Podía sentir sus músculos tensándose al recibir su fría caricia. Mojó de nuevo la toalla y la deslizó por el otro brazo. Después tomó sus manos y las envolvió cada una en una toalla helada. Cuando la tela absorbía el calor que emanaba de su cuerpo, volvía a sumergir las toallas en el agua repitiendo la misma secuencia. Siguió refrescando al corsario incansablemente, renovando las toallas calientes por otras frías, sin cesar, mientras sus labios no paraban de rezar. Avanzaba la noche imperceptiblemente. Finalmente, escuchó la voz de Francisco del otro lado de la puerta y corrió a abrirle.

—Está ardiendo de fiebre, haz algo —era casi una orden desesperada.

—Me temo que se ha infectado la herida. Si no soy capaz de parar la infección, podría gangrenarse y en ese caso habría que amputar.

Mariana cayó al suelo de rodillas con los ojos bañados en lágrimas, tomó la mano de Francisco entre la suyas y la apretó con fuerza.

—Te imploro por lo más sagrado que tengas que no permitas que nada malo le suceda.

—Tú eres lo más sagrado para mí, Mariana.

—Hazlo por mí, entonces.

Francisco contempló el rostro de su amada bañado en lágrimas. Nunca había visto ese brillo en sus ojos, ni siquiera cuando Álvaro estaba cerca. Su intuición era cierta, ese hombre podía arrebatársela. Y ahora estaba en sus manos permitírselo.

—Lo haré —respondió.

Y nunca se había sentido más médico que ese día en el que tuvo que elegir entre su propia vida y la vida de otro.

Hans Van der Meer luchó con altas fiebres durante días. El rostro de Mariana, que veía entre brumas siempre sonriéndole, se le confundía en su memoria con la cara de su madre cuando le acompañó en aquella larga enfermedad que le tuvo postrado varios meses cuando tenía doce años. A veces se despertaba asustado, desorientado en un mar desconocido, gritaba, lloraba, gemía y siempre encontraba a su lado el cuerpo palpitante de la joven a la que se abrazaba como si fuese el palo mayor de la Reina Ester, intentando sobrevivir inmerso en una de las peores tormentas de su azarosa vida de capitán corsario.

Mariana no se había movido de su lado en esos días. Fingiendo estar ella misma enferma, había mantenido alejado al personal de servicio. Francisco revisaba al enfermo dos veces al día, antes de ir al hospital por las mañanas y a su regreso. Sebastián, extrañando los momentos que pasaba con Mariana, todos los días después del desayuno se sentaba de espaldas a su puerta y le pedía que le cantara algo. Ella tomaba asiento al otro lado y cumplía sus deseos. El niño partía luego contento de la mano de Francisco a aprender el oficio de médico. Volvía después de la cena a pedirle su bendición antes de irse a dormir.

Como la joven no tenía a nadie que la ayudara a arreglarse, se encargaba ella misma de asearse y vestirse. Era imposible tensarse el corsé ella sola, así que optó por llevar una camisa sencilla sin ninguna contención debajo, que marcaba sus pechos redondos, y una falda hasta los pies descalzos. Incapaz de hacerse uno de esos recogidos que tan fácilmente le hacía Carmelita, llevaba el pelo suelto hasta la cintura. Esa mañana, Hans observaba desde el lecho cómo Mariana se movía por la alcoba canturreando. Estaba contenta, la noche anterior Francisco le había confirmado que la infección había remitido y la herida empezaba a sanar. Se acercó al lecho y dio un grito al ver sus ojos azules abiertos. Se acordó de don Emilio, que había muerto mirando el amanecer. Le pasó la mano por encima de los ojos para ver si parpadeaba y casi se muere del susto cuando Hans se la cogió.

—No estás de suerte, sigo vivo.

Ella se soltó rápidamente y cruzó los brazos para cubrirse los senos. Como él la miraba recorriéndola por entero con sus ojos burlones, se escondió detrás de las cortinas.

—Me alegro que os encontréis mejor, señor conde —dijo con ironía—. Porque sois conde, ¿verdad? Y os llamáis Juan, Juan Doria, ¿no es así?

—Responderé a todas tus preguntas cuando salgas de tu escondite —dijo mientras ella asomaba la cabeza entre las cortinas.

—Ahora, responded —exigió Mariana.

—Ven, acércate, siéntate aquí conmigo —se intentó incorporar inconsciente de su herida, pero al moverse no pudo contener un grito de dolor al sentir de nuevo la quemazón de la pólvora. Ella, instintivamente, se precipitó hacia él olvidándose de su pudor.

—¿Estás bien? —preguntó ayudándole a acomodarse de nuevo.

—Ahora mucho mejor.

Mariana intentó zafarse y volver a su escondrijo, pero Hans la sujetó con fuerza por la muñeca con el brazo sano.

—Quédate conmigo, me hace bien tenerte cerca —volvió a verse reflejada en sus ojos, y vencida toda resistencia, se sentó en el borde de la cama—. ¿No me vas a decir ahora que eres tímida? —dijo de nuevo en tono burlón.

—Por supuesto que no. Es solamente que desde que os hirieron he pasado todo el tiempo encerrada aquí con vos. Mis sirvientas creen que estoy enferma y se mantienen alejadas, no tengo a nadie que me ayude a arreglarme y me avergüenza que me veáis vestida como una campesina.

—Estás más bella así, al natural, sin ningún artificio —dijo llevándose su mano a los labios para besarla, pero Mariana apartó la mano y se puso de pie.

—¿Quién sois?

—Me llamo Juan.

—Así, Juan, sin más.

—Juan es quien soy, el resto, como tus vestidos lujosos, no son más que artificios tras los que me escondo para despistar a mis enemigos. Ante ti soy Juan, sin más. ¿Y tú quién eres? Mariana López de Peñaflo.

—¿Qué queréis decir? Conocéis mi nombre, yo no necesito inventarme alguien diferente para cometer tropelías.

—¿Estás segura? —esos ojos que no paraban de reír la exasperaban y la encendían por dentro a partes iguales—. Veo que has traído mis alforjas, y por lo que parece no has sido lo suficientemente curiosa como para revisarlas.

—¿Cómo os atrevéis a insinuar tal cosa? Tendría que haber dejado que os desangrarais. Solo he estado pendiente de vuestra mejoría —las mejillas de la joven se encendieron y sus ojos relampagueaban de furia.

—Estás todavía más hermosa enfadada. Si hubieras revisado mis alforjas hubieras encontrado lo que tengo para ti.

—¿Para mí? ¿Es un regalo?

—Algo más querido, creo. ¿Te atreverás ahora a rebuscar entre mis cosas?

Mariana, sin dejar de mirarle, atravesó la alcoba. Las alforjas yacían encima de un baúl de madera repujada debajo de una de las ventanas. Las tomó y volvió al lado de Hans.

—Si tenéis algo para mí, dádmelo vos.

Hans estaba enloqueciendo viendo sus pezones marcados en la camisa blanca subir y bajar al ritmo de su azorada respiración, se desconcentró mirándole la cintura estrecha, los labios en forma de corazón. Hans Van der Meer habría hecho ya suya a esa preciosa mujer, se dijo, pero Juan tenía demasiados escrúpulos y altas expectativas, quería que se entregara con la voluntad totalmente rendida.

—¿A qué esperáis? Dejad de mirarme así o me esconderé de nuevo de vos.

—Te miro y no sé ni quién soy. Bueno, no te enfades, ¿dónde estábamos? Ah, sí, iba a darte algo que te pertenece — metió la mano en el primer compartimento mientras ella contenía la respiración—. Aquí no está — entonces introdujo la mano en el segundo compartimento y su rostro se iluminó con una amplia sonrisa—. Está aquí —y mantuvo la mano oculta observando sus ojos curiosos.

—¿Por qué tardáis tanto en sacarlo?

—Se me ha quedado atascada la mano —se reía con sonoras carcajadas al tiempo que se quejaba del hombro vendado.

—Vais a conseguir abriros la herida de nuevo —le regañó Mariana con dulzura y el ceño fruncido de preocupación.

—Es una broma —y por fin sacó un atado de cartas sujetas con un lazo verde.

Mariana ahogó un grito de sorpresa. Hans le tendió las cartas y ella las tomó despacio, como si tuviera miedo de que se fueran a deshacer entre sus dedos.

—¡Son las cartas de mi padre! ¿Dónde las encontraste?

—Me alegro de haber recuperado el trato cercano que me dispensaste estos días febriles. Se te cayeron en el carruaje cuando nos conocimos.

—Pensé que nunca podría leerlas. Gracias —y tan contenta estaba que sin pensar en la propiedad del gesto se abalanzó sobre él a abrazarle.

—Ay, ay, mi hombro —se quejó el corsario.

—Perdóname —se disculpó la muchacha sentándose a su lado.

—Entonces, ¿quién eres, Mariana López de Peñaflor? Porque López de Peñaflor no es tu verdadero padre.

—¿Has leído las cartas?

—Claro, no tengo tu pudor de dama.

—¡Eres, eres...!

—Solo quería saber quién era la misteriosa mujer que se cruzó en mi camino, nunca pensé que el destino me tuviera preparado volver a verte —sus ojos brillaron como el sol derramándose en las aguas del Caribe—. Ven un poco más cerca.

—No.

—Sí, acércate, solo un poco.

Ella dejó las cartas sobre el lecho y aún sentada se movió hacia él, y fue suficiente para que pudiera tomarla con su fuerte brazo por la cintura y atraerla hacia él. Mariana deseaba que la besara, le palpitaban los labios deseosos de su aliento. Hans lo sabía y se demoraba en complacerla, acercando su boca despacio, sonriéndole, besándole las mejillas, la nariz pequeña, la barbilla. Cuando depositó su boca sobre la de ella, Mariana respondió con ardor, chupándole, mordisqueándole suavemente los labios jugosos, entrelazando su lengua con la suya. Se fundieron en un estrecho abrazo, Hans podía sentir sus generosos senos vibrando contra su pecho desnudo. Se comieron a besos saciando un deseo largamente contenido. El corsario deseaba tomarla allí mismo, pero se conformó lamiéndole el cuello, besándole el nacimiento de los pezones en el límite que cubría la camisa, empapada ahora de su saliva. Ella no oponía resistencia y le besaba a su vez sabedora también del deseo que despertaban en él sus besos y caricias. Enredó sus dedos en el vello dorado de su torso para deslizar después ambas manos por sus pectorales hasta su ombligo.

—Mariana, soy Sebastián, ¿me cantas la tonada de las dos estrellas de la morena?

Los dos enamorados parecían despertar de un sueño, se separaron aturridos, desorientados, ardiendo de pasión, temblando de deseo. Hans

intentó retenerla vertiendo el agua de sus ojos sobre ella para llevarla de nuevo a las profundidades del océano.

—Mariana, ¿estáis ahí? —insistió la voz de niño.

La joven reaccionó y con la respiración entrecortada se escapó del encantamiento del corsario y se acercó hasta la puerta. Se sentó en el suelo, encogió las piernas y se abrazó a ellas.

—Bue... nos dí... as, Sebas... tián.

Mariana intentaba calmar el resuello, sabía que Juan la miraba, pero se sentía de nuevo dueña de sus sentidos y le parecía una locura lo que acababa de pasar entre ellos. Eran sus ojos, la hechizaban y la volvían un torrente de agua desbordado de su cauce.

—¿Me cantáis la canción de la morena?

—Sí, claro —se aclaró la garganta y empezó a entonar.

Hans se había arrastrado hasta los pies de la cama y la miraba asombrado.

*Dos estrellas le siguen,
morena, y dan luz al sol,
va de apuesta señora,
morena, que esos ojos son.
Vuestra boca parece,
morena, la India oriental,
aunque en perlas más rica,
morena, que en Oriente está.
Quien no envidia la suerte,
morena, de esclavo vuestro,
pues le volvéis de esclavo,
morena, dueño del cielo.
En la merced los hallo,
morena, yo los remedios,
que remedio y mercedes,
morena, todo anda anexo.
O que de almas prenden,
morena, vuestros cabellos,
plegadios que la mía,
morena, se enlace en ellos.*

Se oyeron los aplausos de sus tiernas manos.

—¿Estáis ya bien? —preguntó la voz infantil tras la puerta.

—Estoy un poco mejor —contestó Mariana.

—Entonces, ¿podré verte pronto? —Sebastián parecía entusiasmado.

—Seguro que sí, a ver qué dice hoy nuestro médico.

—Voy a buscarle ahora mismo —dijo el niño echando a correr hacia las escaleras

—¡No, Sebastián, espera! ¿Sebastián? —se incorporó y desatrancó la puerta, pero en el pasillo no había nadie y volvió a cerrar con llave—. ¡Ay, Dios mío! ¿Qué vamos a hacer?

—Podríamos seguir dándonos calor, tengo frío.

—Cubríos con las sábanas si tenéis frío.

—Volvemos al trato formal, con lo cerquita que estábamos hace unos minutos. Ven, siéntate a mi lado.

—No pienso acercarme a vos nunca más, conde de Loano, Juan Doria, Juan o como os llaméis según la ocasión o como sople el viento.

Se miró la camisa desatada y se apresuró a ponerse un chal encima. Llamaron a la puerta.

—Mariana, soy yo.

Ella abrió la puerta no sin antes hacerle un gesto al herido para que se comportara y yaciera lo más lánguido posible entre las sábanas.

—Buenos días, Francisco, pasa —y cerró con llave una vez hubo entrado.

—Vaya, vaya, parece que se encuentra usted mejor, señor...

—Doria, Juan Doria, conde de Loano.

Mariana contuvo un grito de rabia. El corsario sonreía y desempeñaba su papel de noble a la perfección. «Sigue burlándose de mí y de todos». La joven intentó calmarse mirando por la ventana mientras prestaba atención a la conversación entre los dos hombres.

—Vamos a ver qué tal está la herida. —Francisco le destapó el vendaje, y mientras le realizaba la cura y le vendaba de nuevo con gasas limpias, le preguntó—: ¿Podrá ahora explicarnos qué sucedió exactamente para que le hirieran?

—Pues no recuerdo mucho, estaba en la plaza ayudando a contener el fuego que estaba a punto de extenderse a una casa, el humo impenetrable no dejaba ver a un palmo de distancia, alguien debió de ponerse nervioso o creyó ver a alguno de los herejes huyendo y yo debía de estar en la trayectoria del

disparo. No hay mucho más que contar. Le agradezco sus desvelos, es un gran médico, será compensado como Dios manda.

—Aunque se encuentre mejor, todavía no está cerrada la herida y podría infectarse de nuevo, y estando ahora más débil que cuando le hirieron, una recaída podría ser mortal. Esperemos unos días a ver cómo evoluciona. ¿Podemos avisar a alguien?

—No, estoy solo. Partía el mismo día del auto de fe de vuelta a Italia, mis criados se habían adelantado con mi equipaje unas horas antes, y ya deben de estar esperándome en Veracruz.

—De ser así, calculo que en dos o tres días podrá emprender el viaje. Haré todo lo que esté en mi mano para que parta lo más fuerte posible. ¿Hay alguna razón por la que debemos mantener oculta su estancia en nuestra casa? — preguntó Francisco.

—Le agradecería que mantuviésemos el secreto, no querría ser asaltado en la primera esquina. A todos los efectos, el conde de Loano abandonó Puebla de los Ángeles hace cinco días. Le agradezco inmensamente su buen hacer y su discreción, y la de su enfermera. No puede contar su merced con una ayudante mejor —dijo señalando con la mirada a Mariana, que seguía tercamente con el rostro ceñudo mirando por la ventana.

—Ah, Mariana, sí, ha ayudado mucho en su recuperación, pero no es mi enfermera, es mi prometida, nos casaremos en breve.

—Le doy mi más sincera enhorabuena —dijo con voz irónica.

—Gracias. Bien, ahora descanse, pediré que traigan algo de comer y diré a la cocinera que es para Mariana.

—Gracias.

Francisco se acercó hasta la ventana e intercambió unas palabras con Mariana. Ella no volvió la vista y habló sin mirarle, pues temía que pudiera leer sus pensamientos.

—Nos vemos esta noche —se despidió Francisco dándole un beso en la cabeza.

Ella asintió y siguió mirando al jardín absorta en un intenso sentimiento de vértigo, de pérdida. «En dos o tres días, eso ha dicho Francisco, se va, se va y yo me quedo aquí, y no volveremos a vernos. Le amo... y le odio aún con más intensidad. Juan Doria, conde de Loano, ¿por qué tuviste que aparecer? No, le amo con toda mi alma, estoy perdida, completamente perdida».

Sintió su abrazo envolviéndola la cintura por detrás. Ella se giró. Los ojos de Hans parecían una laguna tibia y en calma, sonreía. Era alto y robusto,

y ella parecía una muñeca frágil a su lado. Mariana rompió a llorar en su pecho. Hans la consoló con tiernas palabras susurradas al oído.

—Estamos hechos para estar juntos, nada podrá separarnos. Mírame —la joven levantó la cabeza y él le secó las lágrimas con los dedos—. ¿Qué pensabas, tontita, que te iba a dejar aquí? Francisco es un buen tipo, pero no es hombre para ti. Tú eres mía, te he esperado desde que tengo memoria. He recorrido medio mundo para encontrarte y no voy a dejarte por nada del mundo.

—Pero él...

—Pero él nada, encontrará una buena mujer que le cuide y le ame. Estoy seguro de que más de una está penando desde que llegaste y anunció vuestro compromiso. No le faltarán doncellas entre las que elegir.

—Pero... pero yo no sé quien eres. ¿De verdad te llamas Juan?

—Sí, pregúntame lo que necesites saber... o tal vez en otro momento — el corsario se puso pálido y se palpó el hombro herido.

—No has debido levantarte, apóyate en mí, eso es —Mariana le acompañó de vuelta a la cama, le ayudó a acostarse, le tapó y le dio un beso en la frente—. Descansa — él cerró los ojos.

La joven necesitaba salir, desfogarse cabalgando, estaba a punto de cometer una locura y no estaba segura de tener la fuerza para romper con todo y seguir a ese hombre misterioso que le había robado el alma con un beso. Tomó las cartas de su padre, salió de la alcoba sigilosamente y cerró con llave tras de sí. Bajó al segundo piso, cruzó la sala, atravesó el jardín hacia las caballerizas. Caminaba casi sin rozar el suelo para no hacer ruido, no quería que la vieran las sirvientas. Jacinto no estaba por ninguna parte, así que ensilló ella misma a Valerosa y lo más silenciosamente posible salió por el portón de carruajes.

Juana había visto una sombra veloz cruzar por delante de su cuarto y se asomó a ver quién era.

—¡Maldición! Ha sobrevivido la sevillana, tengo que contárselo a Matos, él sabrá cómo acabar con ella sin mancharnos las manos.

Se sentía al borde del desfiladero de su valle, observando como tantas veces a lomos de Valerosa el pedregoso descenso al abismo, cada vez más oscuro y, sin embargo, lleno de vida. Distintas especies de matorrales anidaban en sus paredes rocosas, el rumor del río bañaba el fondo inaccesible, servía de

guarida a las ginetas, los gatos monteses y las garduñas y proporcionaba refugio a aves y polluelos. «Un abismo lleno de vida», repitió en voz alta. ¿Tendría valor para descender la quebrada? Nunca había sido miedosa, al contrario. ¿Qué había tenido que temer antes? Tenía unos padres maravillosos y permisivos, había crecido rodeada de la belleza de la hacienda, vivía en una de las ciudades más bellas del reino con lujos y comodidades y el afecto de amigos y vecinos. Sin embargo, ahora percibía que todo era distinto, insuficiente. ¿Podría conformarse con una vida de esposa junto a Francisco? Hasta hacía pocos meses eso era todo lo que ansiaba. Cómo esperaba con impaciencia sus cartas, cómo bebía cada renglón de ese nuevo mundo que le narraba en ellas. Finalmente, estaba en Nueva España, había alcanzado su meta, su destino final. «Y ahora, ¿qué?», se preguntó. Sentía un vértigo paralizante. Apretó las cartas de su padre contra el regazo. Mariana López de Peñaflor, la hija de hidalgo, pugnaba por imponerse a Mariana Maradiaga, su otro yo. La seguridad contra la incertidumbre, el afecto contra la locura. «Juan, ¿qué me has hecho?», suspiró. Guardó las cartas en el morral que siempre llevaba sujeto a la montura. Se inclinó sobre Valerosa y se abrazó a su robusto cuello para darse ánimos. La yegua relinchó, respondiendo a sus pensamientos. «Tienes razón», y con un grito de rebeldía puso al animal al galope. Sintiendo el viento azotando su rostro, sus cabellos bailando salvajemente, la fuerza de la yegua haciéndola volar sobre los prados generosos, lo supo: supo quién había vencido el lance.

La vieja Anacleta había pasado los últimos días escondida. La noche anterior se había atrevido finalmente a volver a su cabaña. Todo estaba desordenado, como si hubiese entrado un vendaval, pisaba sobre cristales rotos, pieles de animales y hierbajos. La mesa y los taburetes de madera estaban dados la vuelta, los anaqueles volcados sobre el suelo. Sus libros habían desaparecido. «¡Malnacidos!», masculló. Sin embargo, entre el desorden consiguió encontrar los condimentos que necesitaba para su último conjuro, antes de esfumarse para siempre de esas tierras. Podía haberse entregado al Santo Oficio, haber cumplido su penitencia, que no era excesiva, y seguir viviendo como hasta entonces, pero convertirse en una soplona y tener que estar rindiendo cuentas a esos frailes le daba flatulencias, y además eso le habría impedido hacer ese último trabajito.

Se metió en el cuarto de la criada, a la que había visto salir hacía poco. Había estado observando sus movimientos esperando el momento propicio. Tenía habilidad para abrir todo tipo de cerrojos y cerraduras. Un tufo a sudor, humedad y lascivia le llenó las fosas nasales, habituadas a captar ciertos olores invisibles a olfatos menos expertos que los suyos. Observó el espacio con sus renegridos ojos. Atrancó la ventana para que el cuarto no pudiera oírse y se puso manos a la obra. Del morral que llevaba colgado, sacó un frasco y regó su contenido en la almohada y las sábanas, de otra caja minúscula tomó varias pizcas de un polvo blancuzco y los echó en la jarra de agua que reposaba sobre una pequeña mesa rústica a la cabecera de la cama. Escondió unos matojos de hierbas secas en distintos lugares, debajo del colchón de lana, encima del alféizar de la ventana, debajo del catre. Y, por último, cambió la vela que estaba a medio consumir por otra de su propia fabricación que encendió después de cubrirse la cara con un pañuelo para no intoxicarse con el humillo ceniciento que desprendía. Cuando los churretes de cera decoraron la vela, la apagó, y echando un vistazo final masculló entre sus podridos dientes:

—Querías que me achicharraran viva como leño reseco, pues vas a saber lo que son las llamas del infierno, perra sarnosa.

Cerró la puerta y se esfumó como una aparición.

Horas después, Mariana volvía de su paseo a caballo con otro semblante, más luminoso, más decidido. Leer las cartas de su padre le había hecho entender su propio temperamento apasionado, enloquecido a veces, que le hacía desear una vida diferente a la que en principio parecía la más adecuada para la hija de un hacendado sedero, hidalgo y cristiano viejo. Pero ella, además, era hija de un amor juvenil arrebatado, era hija de un converso, en su sangre fluía la llamada del mar. Aunque ya lo había leído en el diario de Isabel, escuchar en su mente la voz de su padre prometiendo amarla hasta el final de sus días y volver a buscarla le calmó las dudas sobre lo que Juan podía sentir por ella. ¿Se puede amar a alguien sin apenas conocerle, reconociendo misteriosamente una correspondencia imposible que sacia el alma, hace bullir la sangre y conquista cada rincón del ser? Sus padres lo vivieron, y ella sentía latir ese amor en su pecho por el misterioso hombre de los ojos oceánicos.

Cuando Manuela se cruzó con ella en el rellano de las escaleras, a punto estuvo de volcar la bandeja que portaba con el almuerzo de la joven.

—¡Ay, señorita! ¿Qué hace fuera de su alcoba? ¿No seguirá enferma?

—No te preocupes, Manuela, ya estoy bien, no hay peligro de contagio, pero no le vayas a decir a Francisco que salí. Tantos días enclaustrada, necesitaba cabalgar.

—Justo iba a subirle su almuerzo. Ah, y llegó esta carta a vuestro nombre.

—¿Una carta? Tal vez sea de mis padres —el pliego de papel lacrado estaba colocado sobre la bandeja y Mariana lo cogió, leyó quién era el remitente y volvió a colocarlo sobre la bandeja.

—Ya lo subo yo, gracias. Manuela, prepara una rica cena para esta noche, será una velada muy importante entre Francisco y yo —dijo tomando la bandeja de manos de la cocinera.

—Claro, señorita.

—Puedes volver a tus quehaceres.

La joven subió las escaleras muy despacio. Esa carta no podía haber llegado en mejor momento, pero ¿traería buenas noticias? Sujetando la bandeja con una sola mano apoyada contra la pared, metió la llave en la cerradura y empujó la puerta con el pie. Dejó la bandeja en la mesita junto a la ventana, volvió sobre sus pasos para atrancar la puerta y después se acercó al lecho. Hans seguía tendido en la cama boca arriba, dormía. Parecía estar teniendo dulces sueños, porque su rostro estaba en paz, sus labios ligeramente entreabiertos. La joven se acercó y aspiró su olor, hubiera hundido la nariz en su cabello, se hubiera abrazado a su cálido cuerpo, pero temía despertarle, así que se sentó suavemente a su lado y leyó la carta del prior del convento de San Francisco de Asís en San Cristóbal de La Habana. Sus ojos se movían a gran velocidad sobre las inclinadas líneas de estilizada escritura. Robo, galeras, astilleros. ¡Está en las Filipinas!

—¿Quién está en las Filipinas? —Hans abrió los ojos, se estiró con un sonoro bostezo y colocó el brazo sano por detrás de la cabeza.

—¿Hablé en voz alta? Perdóname, te he despertado.

—No, te oí llegar. ¿Quién está en las Filipinas?

Ella se tendió a su lado y le mostró la carta.

—¡Mi padre, Juan, mi padre! Por fin sé qué le impidió cumplir su promesa de volver a buscar a mi madre.

Hans leyó la carta. —También dice el prior que hace varios años que no sabe nada de él, no te ilusiones demasiado, los astilleros de Cavite son casi peor que las galeras, especialmente para un reo.

Ella se incorporó con el ceño fruncido.

—Quiero ir a buscarle, ¿me ayudarás?

—Ven, tumbate aquí conmigo.

Mariana volvió a tenderse a su lado, pero con los brazos cruzados sobre el pecho y los labios apretados en un mohín de desilusión. Hans empezó a darle pequeños besos en la mejilla, en el cuello, en el pelo, en el lóbulo de la oreja. Mariana intentaba contener los suspiros, pero se lo estaba poniendo muy difícil. Se giró hacia él y le sonrió. Sus labios se encontraron despacio, sin prisa, se acariciaron, se hundieron el uno en el otro en un beso intenso. Ella se apartó un momento.

—Vas a ayudarme a encontrarle, ¿verdad? —esperaba un sí sin condiciones, absoluto.

—Es un viaje largo, peligroso, no iremos protegidos en una flota de treinta naves como viniste a Nueva España... — pero ella no le dejó seguir.

—Voy a ir a buscarle, con tu ayuda o sin ella. Ahí tenéis el almuerzo, señor conde —se levantó y tomó la carta.

—Mariana, hablemos, no seas tozuda, no he dicho que no vaya a ayudarte.

Pero ella ya no le escuchaba, salió de la alcoba dando un portazo.

—Es una fierecilla. ¡Cómo me gustas, Mariana López de Peñaflo!

La lluvia resbalaba por los cristales dibujando caminos serpenteantes que caían como diminutas cascadas sobre las baldosas del patio. Hans estaba harto del encierro. Abrió la ventana y se inclinó sobre el alféizar sacando la cabeza y el torso al ocaso lluvioso de la tarde poblana. Con los ojos cerrados, se imaginó a bordo de su amada fragata, sintiendo la brisa cálida salpicándole su aliento marino en el rostro. Ignoró la herida del hombro, pero aún se sentía débil. Mariana no había vuelto en toda la tarde. Estaba ansioso por decirle que iría donde ella quisiera, hasta los confines del mundo conocido. Escuchó unos pasos que procedían del patio y palabras a media voz. Se ocultó para captar el bisbiseo bajo su ventana.

—Tú estate atenta, cualquier minucia nos basta, y más ahora que esos frailes se quedaron sin fogata y están ansiosos por echar mano al primero que les dé una excusa. Sabes dónde encontrarme —dijo a modo de despedida.

«Un hombre con carácter», pensó Hans. Se oyeron unos forcejeos.

—Ya, ya, estate quieto que nos van a ver. Vete ya, vete, he dicho.

Era una voz de mujer que sonaba algo sofocada, es de las peligrosas, le iba a la par en carácter al dueño de la voz masculina, pensó el corsario.

Con cuidado, se inclinó de nuevo hacia delante para ver de quién se trataba. Un hombre corpulento de baja estatura doblaba la esquina de la casa. Una mujer con el pelo recogido en un moño se cubría la cabeza con un chal añil como el cielo, echaba un último vistazo en derredor, y dando media vuelta, encaminaba sus pasos hacia el interior de la casa. La puerta a sus espaldas se abrió de improviso. Sus instintos estaban volviendo a funcionar como siempre cuando percibía peligro. Velozmente se deslizó escondiéndose detrás de la cortina y permaneció con la respiración contenida. Alguien, con pasos ligeros iba de un lado a otro de la alcoba.

—Válgame Dios, ¡qué desorden!

Mariana, que subía a arreglarse para la cena, se quedó petrificada al ver la puerta de su alcoba abierta de par en par y a Carmelita cambiando las sábanas.

—¿Qué haces aquí? —parecía enojada, pero al ver que su cautivo no estaba a la vista, adoptó un tono más tranquilo.

—Manuela me dijo que ya estáis recuperada y no hay peligro de contagio, así que pensé que después de tantos días os vendría bien que os arreglara un poco la alcoba —contestó la doncella.

—¿Cómo has entrado? Cuando me fui eché la llave a la puerta.

—Pues estaba abierta, señorita Mariana, ¿he hecho algo mal?

—No, no, da igual. Pero deja eso ahora y ayúdame a vestirme.

Mariana miraba disimuladamente intentando averiguar dónde se había metido Hans. Mientras tanto, él seguía oculto, inmóvil, imaginando la cara que habría puesto la joven al no verle tendido en el lecho. Oía hablar a las dos mujeres. La criada le contaba lo que se decía en el mercado de la fuga de los herejes.

—Algunos dicen que fue el mismísimo demonio que abrió las entrañas de la tierra para esparcir su destrucción incendiaria por doquier —Carmelita bajó un poco la voz—, pero otros dicen que fue Dios, que harto de los desmanes de esos frailes lanzó llamaradas desde el cielo para liberar a los inocentes. Yo segura estoy que fue alguna fuerza muy poderosa, porque la verdad es, señorita, que no se ha encontrado ni rastro de ellos.

—Ay, ay, no me aprietes tanto, que no puedo respirar —se quejó Mariana.

—Antes de su enfermedad le ceñía la cintura mucho más apretada, se ha desacostumbrado.

—Puede que aún no me sienta bien del todo, así que no lo aprietes tanto. Ni rastro de los herejes, ¿eh? Todo un misterio. No, esos no, me voy a poner los nuevos zarcillos, los que me ha dado Francisco como regalo de boda.

Hans sintió un pinchazo que casi le tiró al suelo del dolor, pero no era en la herida. ¿Habría decidido Mariana no escaparse con él en esas horas de separación?

—Señorita Mariana, ¡estáis bellísima!

—Gracias, Carmelita, baja a avisar a Manuela de que lo tenga todo listo para la cena, es una ocasión muy importante, y dile a Francisco que bajaré en breve. Cierra la puerta cuando salgas, que tengo algunas cartas que escribir.

Hans no se sentía con fuerzas para salir y enfrentarse a la posibilidad de perder a Mariana, de que hubiese decidido quedarse y convertirse en la esposa del galeno. Así que se quedó donde estaba, aguantado con esfuerzo el cansancio de llevar largo rato de pie en la misma posición. La herida le

palpitaba como si tuviera vida propia. Tenía que salir de allí cuanto antes, cada minuto que pasara en esa casa aumentaba el riesgo de ser descubierto por algún sirviente. Aunque pudiera seguir interpretando al conde de Loano, en ese estado, sin la parafernalia que le había rodeado los días previos al ataque en Puebla, y herido, alguien podría dudar de su identidad. Necesitaba enviarle un mensaje a Jacob a la sastrería, pero ¿cómo? Escuchó que se cerraba de nuevo la puerta de la habitación. Esperó aún algunos minutos para cerciorarse. Sí, Mariana se había ido. Salió de su escondite y se sentó en la cama a recuperar fuerzas. Tendría que aventurarse y salir, pero esperaría a que cayera la noche como velo de viuda sobre la ciudad. Le quemaba el corazón, necesitaba saber qué pasaba durante la cena entre ellos dos. Con paso cansado se acercó a la puerta, que no estaba cerrada con llave. Por precaución, echó el pestillo por dentro. Volvió a la cama y se recostó, solo un instante, para recuperar fuerzas. En pocos minutos estaba profundamente dormido.

—¿Me vas a decir ahora qué es todo eso que llevas ahí?

Mariana y Francisco habían terminado de cenar. Juana recogía la mesa, mientras la india Josefina colocaba encima de la mesa unas tazas de fina porcelana y una bandeja con frutas confitadas y otros dulces.

—Cartas y un diario.

—¿Tuyos? ¿Tiene que ver con lo que me querías contar?

Mariana miró a las sirvientas impaciente. Francisco esperó a que se retiraran para seguir preguntando.

—Lee esta carta primero.

El médico tomó la misiva llegada de La Habana y la leyó. Los ojos de Mariana le acompañaban línea por línea.

—No entiendo que tiene que ver esta carta contigo, con nosotros, y menos con ese hombre —dijo dirigiendo la mirada hacia las escaleras—. ¿Qué tienes tú que ver con el robo que sufrió el conde de Portanera?

—No, con él no tengo ninguna relación, es un ser miserable.

—¿Entonces?

—Tengo que ver con Gonçalo Maradiaga.

—¿Con el ladrón?

—No es un ladrón, fue condenado injustamente.

—Mariana, la verdad es que sigo sin entender. ¿Tú cómo sabes que fue condenado injustamente? Por lo que pone la carta eso pasó hace una década, eras una niña.

—Lo sé por el diario de mi madre —dijo señalando la encuadernación.

—¿Ese es el diario de doña Aurora?

—No, este diario no es de mi madre... —tragó saliva—, no es de mi madre adoptiva, es de mi verdadera madre.

—¿Cómo?

—Yo tampoco podía creerlo cuando lo supe. Mi madre, bueno, la única madre que había conocido hasta ese momento, me llevó a Lisboa para encontrarme con Isabel, mi madre natural. Soy una bastarda, Francisco, hija de un converso. Gonçalo Maradiaga es mi padre.

Francisco bajó la mirada y contempló las filigranas de la porcelana, cuyos destellos dorados hacían brillar las velas proyectándose en la blancura del mantel.

—¿Has oído lo que he dicho? —preguntó la joven.

—Sí, pero no lo repitas —era una súplica, porque hubiera preferido no enterarse nunca.

—¿Por qué? ¿Te avergüenzan mis orígenes?

—¿No te avergüenzan a ti?

—¡Por supuesto que no, soy fruto del amor entre dos jóvenes enamorados a los que separaron a la fuerza, a los que condenaron a la infelicidad! —afirmó con vehemencia.

—¡Basta!

—Déjame contarte cómo pasó, entenderás...

—He entendido suficiente.

—Entonces... ¿ya no quieres desposarme?

Juana, que se había ofrecido a recoger el salón cuando los señores hubieran terminado la velada y despachó al resto de sirvientas a descansar, permanecía a poca distancia escuchando la conversación. Ya había oído suficiente.

Francisco tomó aire, la miró a los ojos, esos ojos dulces como la canela, con un regusto picante y llenos de vida. Posó su mano sobre la de ella y la apretó suavemente.

—Sí quiero, pero no volveremos hablar de este asunto nunca más. Como si no hubiese sucedido. Eres y seguirás siendo la hija legítima de don Segundo López de Peñaflor.

Mariana liberó su mano y sintió que liberaba también su corazón.

—No has entendido. Voy a ir a buscar a mi padre, quiero saber si puedo contar contigo.

—¡¿Te has vuelto loca, Mariana?!

—No me grites. Necesito encontrarle, se lo prometí a mi madre en su lecho de muerte.

—¿Doña Aurora ha muerto?

—¡No! ¡A mi verdadera madre, Isabel!

—Pero muchacha, fue un arrebato del momento, no estabas en tus cabales. Estarías muy afectada por la noticia. Recapacita. Puede que ni siquiera esté vivo. Mira, nos casamos y seguimos adelante, dejamos el pasado atrás y construimos el futuro, tendremos hijos y viviremos tranquilos.

—No, Francisco, hace un año ser tu esposa me habría bastado para ser feliz, pero ya no. Tenía todo cuanto necesitaba y ni siquiera podía imaginarme una vida diferente. Pero conocer mi origen lo ha cambiado todo. Quiero ser dueña de mi propio destino.

—Ir en busca de tu padre es una excusa, es ese hombre, el conde de Loano, piensas marcharte con él, ¿verdad?

—No creo ni siquiera que sea conde, y no sé quién es. No, he tomado una decisión y voy a seguir adelante. Él no tiene nada que ver.

Entonces Mariana se desprendió de los topacios y los colocó sobre la mesa frente a Francisco.

—Estos pendientes no me pertenecen, dáselos a quien los merezca.

Se hizo un denso silencio entre los dos. Los ojos canela bullían de determinación. No podría convencerla. Estaban al final del camino compartido, los dos lo sabían. Francisco lo supo mucho antes, cuando la vio por primera en el puerto de Veracruz, una intuición que creció con los días y que se convirtió en certeza cuando vio a ese hombre por primera vez, cual caballero andante, ganar la liza y ofrecerle su victoria a Mariana con la ciudad como testigo.

—Si no tengo más remedio que dejarte partir, te ayudaré en lo que pueda. Toma los zarcillos, a nadie más deseo dárselos. Además, vas a necesitar pertrecharte bien para el viaje y no puedo aportar mucho, pues no cuento con liquidez. ¿Cuándo piensas marcharte?

—Quiero partir en el próximo Galeón de Manila —dijo colocándose de nuevo los pendientes.

Se oyeron unos golpes de aldaba en el portón de la entrada.

—¿Quién podrá ser a estas horas? —preguntó Francisco—. Tal vez tengamos que vender algunas cosas para que viajes con mayor comodidad —añadió.

A los pocos segundos volvieron a llamar.

—Pero ¿dónde se ha metido la servidumbre?

El galeno estaba a punto de levantarse él mismo para abrir la puerta cuando Manuela cruzó la sala en camisa de dormir y con los pelos alborotados.

—Perdonen los señores, Juana se había ofrecido a esperar hasta que terminaran su velada, pero como siempre hace esa zángana, ha vuelto a escurrir el bulto. Don Francisco, esta vez se merece una buena reprimenda.

—Deberías despedirla, no me gusta, tiene algo oscuro, no puede ocultar su altanería ni siquiera conmigo —sugirió Mariana.

Volvieron a llamar, esta vez con más insistencia.

—¡Que ya voy, alma de Dios! ¡Qué impaciencia, madre mía! —replicó Manuela dirigiéndose al zaguán.

Pero en ese momento Hans se plantó frente a ella interceptándole el paso. La cocinera dio un respingo y sin dejar de mirarle caminó despacio hacia atrás y cuando vio vía libre salió corriendo a avisar a los señores.

—¡Ha entrado un bandido en la casa! —dijo sofocada.

Hans, que la había seguido, la observaba divertido situado a sus espaldas.

—¡Ah, es usted! No te preocupes, Manuela, es un invitado, olvidé avisarte —le explicó el médico.

—Pues menudo susto me ha dado, un día voy a morir de un infarto y ninguno de sus remedios va a servir para resucitarme, don Francisco.

—Es normal que os haya confundido con un bandido, señor conde, debería haberse acicalado un poco mejor para la cena, ¿no cree? —apuntó Mariana mientras le pagaba con su acostumbrada mirada burlona.

Los golpes en la puerta parecían a punto de tirarla abajo.

—Que ya voy, perdonen los señores, con el sobresalto que me ha dado su invitado se me ha olvidado abrir.

—Y no vas a abrir —dijo Hans agarrando a Manuela por el brazo.

—¿Qué os sucede, señor conde? —preguntó Francisco incorporándose de la silla.

—Si mi intuición no me engaña, y les aseguro que no suele hacerlo, quien quiera que esté al otro lado de la puerta no viene a hacer una visita de cortesía. Acompañenme sus mercedes hasta la puerta, sin hacer ruido. Tú eres Manuela, ¿no? Pregunta quién es.

Todos siguieron a Hans hasta el zaguán.

—¡Dejen de aporrear, que van a despertar a toda la casa! ¿Quién va a estas horas? —preguntó Manuela.

—Soy Juana. Ábreme, Manuela.

—Es Juana —susurró Manuela.

—Ya lo hemos oído, ábrela, pues —ordenó Francisco.

Mariana permanecía en silencio a varios pasos de distancia.

—No —dijo Hans—, antes debemos asegurarnos de que viene sola. Manuela, sube al piso de arriba y asómate por la ventana a ver si es así.

—¡Qué haces a estas horas fuera de la casa zascandileando, perdida! La puerta está cerrada con llave, espera que voy a buscarla —dijo Manuela, y se alejó hacia las escaleras. Hans pegó la oreja a la puerta.

—No está sola, estoy seguro —susurró el corsario volviendo el rostro hacia el médico.

—¿Con quién podría estar a estas horas? —susurró a su vez Francisco.

—Pronto lo sabremos.

Manuela llegó jadeando.

—Los he visto, los he visto, son soldados —dijo en voz baja y muy alterada.

—¿Soldados? No puede ser —dijo Francisco extrañado.

—Mucho me temo que es la Inquisición. Mariana, ¿por qué querría Juana denunciarte a la Inquisición?

—No lo sé —repuso la joven.

—¿Está seguro de que vienen a por ella? —preguntó Francisco.

—Sí, muy seguro.

—Entonces creo que sé por qué Juana ha actuado así. Es por mi culpa, perdóname, Mariana.

—Tenemos que irnos, Mariana —Hans caminó hasta ella, buscó en sus ojos y allí encontró la respuesta a sus dudas. Le acarició la mejilla y preguntó —: ¿Confías en mí?

—Confío, Juan sin más.

—Manuela, entreténles, dile a Juana que ya abres y demóralo todo lo que puedas. Francisco, vuelva al salón y siga cenando. Si preguntan por Mariana dígales que ella está enferma y que es muy contagioso. Cierren su alcoba con llave —dijo Hans antes de dirigirse a Mariana—. Vámonos, no hay tiempo que perder, saldremos por las caballerizas —añadió tomando a la joven por el brazo y tirando de ella en dirección al patio, mientras ella echaba una última mirada hacia atrás buscando el apoyo de Francisco.

—Ve con él, Mariana, rogaré a Dios por tu felicidad, siento no haber podido ser parte de ella.

La joven se zafó de Hans y corrió a abrazarle.

—Lo has sido, Francisco, gracias por tu generosidad, eres un buen hombre —le dijo dándole un tierno beso en su mejilla—. Prométeme que cuidarás de Sebastián como de tu propio hijo —y al pronunciar el nombre del niño rompió a llorar.

—No sufras, Sebastián es el mejor regalo de despedida que me podías dar, será un gran médico, cuidaré de él como si fuese de mi sangre, te lo prometo. Ahora, ve —dijo Francisco sonriendo.

Mariana se secó las lágrimas y le devolvió la sonrisa.

—Vamos —dijo a Hans tomándole de la mano.

Avanzaron en la noche hasta fundirse completamente con la oscuridad del exterior ante la mirada vidriosa de Francisco.

Juana se impacientaba y volvía a golpear la aldaba.

—Ya voy, perdida, me has sacado de la cama con los golpes y ahora quieres despertar a los señores. Espera un momento, que con esta luz tan escasa no encuentro la llave —dijo Manuela mientras daba vueltas a un manojo de llaves colgadas de una gran arandela de hierro.

—Date prisa, que hace frío —contestó Juana.

Cuando Manuela abrió la puerta, se vio derribada al suelo por un tremendo empujón de varios guardias de la milicia inquisitorial.

—Pasen por aquí —les dijo Juana encabezando la marcha.

—¿Amigos tuyos, Juana? ¿Desde cuando eres familiar del Santo Oficio? —le dijo la cocinera desde el suelo.

—Cállese, Manuela.

El alguacil y los soldados irrumpieron en el salón, donde tal y como le había indicado Hans, Francisco sorbía licor de un vaso de cristal labrado y comía unas frutas confitadas. No se levantó al verles entrar.

—Buenas noches, don Francisco, disculpe, no sabía que se trataba de su casa —dijo un tanto azorado el alguacil, al que conocía bien de sus visitas secretas a los calabozos de la Inquisición.

—Buenas noches, ¿a qué debo el honor? —replicó él.

—Estamos buscando a doña Mariana López de Peñaflor, debe acompañarnos, necesitamos hacerle unas preguntas.

—¿No podrían esperar a mañana?

—No, señor, tengo órdenes de escoltarla hasta las dependencias del Santo Oficio en estos momentos.

—Puedo saber por qué se la detiene.

—Con todo el respeto que merece su merced, ya sabe que eso es secreto y no estoy autorizado a revelarlo —contestó el alguacil.

—Pues va a ser del todo imposible verla, porque se encuentra sumamente enferma, está aislada en su alcoba y su enfermedad es muy contagiosa.

Juana abrió la boca para intervenir en la conversación, pero Francisco la taladró con la mirada.

—Debo pedirle ver a la enferma —insistió el alguacil—. Si es como su merced afirma, y no me cabe la menor duda de que así es, dejaré una escolta en la casa y esperaremos hasta su recuperación.

—Lo siento, no es posible, debo velar porque la enfermedad no se propague. Ya que la salud de esta ciudad, y más después de la última pestilencia, es de capital relevancia para todos sus habitantes, necesito un permiso por escrito del cabildo eclesiástico y del nuevo obispo Juan de Palafox asumiendo el riesgo de la potencial propagación. Solo entonces le permitiré acceso al espacio donde permanece encerrada Mariana.

Tras meditar unos instantes, el alguacil se volvió a sus soldados y les pidió que revisaran la casa respetando la alcoba de Mariana.

—Es solo una medida de precaución, confío en usted, es solo que...

—No hace falta que se disculpe, siéntese y tome una copita de vino dulce. —Y dirigiéndose a Manuela, ordenó—: Acompaña a Juana a su cuarto, ha tenido suficientes emociones por esta noche.

—Con gusto, señor.

La cocinera le echó la zarpa a la sirvienta desleal y la llevó casi a rastras hasta su cuarto, la metió dentro de un empujón y le echó el cerrojo. Juana no protestó, pues todavía estaba por verse si salía bien parada de lo que acababa de hacer. Encendió la vela y se sirvió un vaso de agua de la jarra que reposaba sobre la mesilla, dejándose caer después sobre el catre. Ella misma había visto a Mariana esa noche durante la cena y parecía completamente recuperada, sería cierto que había recaído, meditó. «Francisco no me lo va a perdonar nunca, pero qué demonios, es el justo pago por sus desprecios, además Matos me hace gozar tanto o más que él y es lo suficientemente ambicioso como para prosperar a cualquier precio, y yo con él». Le fue venciendo el sueño, poco a poco, hasta que se sumió en las tinieblas de su propia maldad.

Sentía calor, mucho calor, por dentro, no, por fuera también, ¡qué calor! Agua, agua. Bebió de nuevo de la jarra sobre la mesilla, derramando parte del contenido en el suelo. Volvió a tumbarse, intentando dormir. Pero le asaltaban imágenes infernales, herejes que chillaban en las piras, se quemaban vivos, las llamas crecían, les envolvían en un atroz abrazo. Calor, ¡qué calor! Abrió los ojos. Su catre estaba en llamas.

—¡Socorro, fuego! —gritó.

Cogió la jarra y vertió el contenido sobre la llama a los pies de su cama, pero no consiguió apagarla. Crecía, avanzaba hacia ella, parecía seguirla, oler su carne blanca. La llama empezó a trepar por su camisa de dormir. Se soltó la lazada del cuello y el trozo de tela cayó sobre el suelo dejando al descubierto su desnudez y consumiéndose en segundos. Las llamas avanzaron por el lecho. Juana intentó abrir la puerta, pero estaba atrancada por fuera. La ventana, la ventana. No se abría. El humo era denso, el fuego ardiente, no podía pensar. Empezó a gritar aporreando la puerta.

—¡Auxilio, socorro! ¡Fuego, fuego! —gritaba desesperada.

Los soldados que permanecían apostados en la casa corrieron al escuchar los gritos.

—¡Auxilio, me quemo! ¡Fuego, fuego!

Manuela, la india Josefina, las gemelas y Francisco también acudieron a la llamada de Juana.

—¡Abre la puerta, rápido! —ordenó el médico.

—¡Me quemo, me quemo! ¡Fuego, fuego! —aullaba Juana.

Manuela, después de varias intentonas con el manojito de llaves, consiguió abrir la puerta, y Juana, completamente desnuda, salió como un toro en estampida.

—¡Fuego, fuego! —gritaba.

El cuarto estaba en penumbra y solo una vela amarilla iluminaba el escaso espacio. Los testigos se miraron unos a otros, confundidos. Juana seguía gritando:

—¡Se quema la casa! ¡Las llamas, las llamas avanzan! ¡Hagan algo, traigan agua!

Uno de los soldados se aproximó a ella.

—Cálmese, no hay fuego, lo ha imaginado.

—No la ves, no la ves, ahora viene a por mí —una llama avanzaba por las piedras del suelo en dirección a Juana.

El otro soldado intentó ponerle una sábana sobre su blanca desnudez.

—¡No! Está en llamas, ¡me quemo, me quemo! Viene a por mí, es el fuego del infierno y viene a por mí, ¡fuego, fuego, ayuda!

Juana salió corriendo escapando de la llamarada hacia las calles oscuras. Varios vecinos se asomaron a las ventanas a ver qué pasaba. Corría dando alaridos, por una de las calles llegó a la plaza y siguió corriendo en círculos. Los soldados y Francisco la seguían intentando contenerla.

—¡Juana, no hay fuego! ¡Cálmate, no hay fuego!

Francisco intentaba darle alcance, pero su cuerpo resbalaba, se zafaba y seguía corriendo en círculos, huyendo de la llama que ya la alcanzaba. Finalmente, consiguieron acorralarla y uno de los soldados le echó una manta encima. Entre los tres hombres la neutralizaron.

—¡Me quemo, me quemo, es el demonio! ¡Ahhh, ahhh! —aullaba la mujer.

—Ha perdido la razón, doctor. Tenemos que llevarla al Hospital de San Roque para mujeres dementes.

—Les acompaño —dijo Francisco asintiendo.

Juana iba chillando poseída por las fuerzas demoníacas de los hierbajos alucinógenos de la vieja Anaclea. Entre los soportales de la plaza dos ojillos negros rodeados de profundas arrugas sonreían satisfechos.

Hans y Mariana, cada uno en su montura, habían huido por el portón de carruajes en el mismo momento en que Manuela abría la puerta de la casa. Jacinto había salido delante de ellos cabalgando en dirección contraria para distraer a los dos soldados apostados en el exterior, que corrieron tras él.

Siguieron el curso del río en silencio, acompañados por los ruidos nocturnos de las alimañas y el gorgoteo de las aguas saltarinas. Mariana trotaba detrás del corsario y era tal su turbación ante la aventura inesperada que se abría frente a ella que no conseguía hilar un pensamiento. En ese momento solo había espacio para seguir los movimientos del hombre cuya silueta se deslizaba entre las ramas colgantes de los árboles. Toparon con una gran mole oscura. Una gruta que engullía el cauce del río se abría debajo conduciendo a las entrañas de la montaña. Hans detuvo a Palache, desmontó y ató las riendas a una rama baja. Se acercó a Mariana, que seguía subida a

lomos de Valerosa, expectante. La tomó por la cintura y la ayudó a desmontar. Llevó de las riendas a la yegua hasta donde había atado a su caballo y la anudó a una rama cercana. Volvió junto a Mariana. Colocó su mano detrás de su nuca y la atrajo hacia él. Se inclinó sobre ella y le susurró al oído:

—Necesitamos provisiones y caudales para el viaje. Dejamos aquí los caballos y seguimos a pie. El suelo está muy resbaladizo y el pasadizo es estrecho, cuando entremos estaremos rodeados de tinieblas. No tengas miedo, conozco bien la gruta.

Ella sentía su aliento envolviéndola, la cercanía de su cuerpo y el palpar de su pecho. Posó la mano en su hombro para que no se separara de ella.

—No tengo miedo —respondió en un susurro.

Pudo ver los destellos blancos de su amplia sonrisa. El océano de sus ojos era, a la luz de una pálida franja de luna menguante, una inmensidad llena de secretos inabarcables. Prefería morir ahogada en ellos que vivir una vida segura en tierra.

—Estoy lista —dijo rozando sus labios en el lóbulo de la oreja del corsario.

Hans la tomó de la mano y juntos se adentraron en la oscuridad tenebrosa. Avanzaban muy despacio, contando los pasos. Del techo de la gruta caían gruesas gotas de agua, el río burbujeaba cerca. Era la primera vez que Mariana carecía de vista, sus otros sentidos se multiplicaban. Percibía con intensidad el tacto de su férrea mano, las pulsaciones de sus dedos sobre su piel, la superficie resbaladiza de la cueva en su otra mano, la que iba tanteando la cavidad rocosa. Escuchaba su respiración dando ritmo a sus firmes pisadas. Doscientos, trescientos, cuatrocientos pasos. Seguían avanzando, y entonces Hans se paró y se agachó. Ahí estaban los escalones. Su voz se volvió hacia ella, muy cerca.

—Ahora debemos subir un tramo de escaleras. ¿Necesitas descansar?

—No, estoy bien. Sigamos, no creo poder aguantar la ceguera mucho más.

Él subía delante, con su mano firmemente asida. Diez, once, doce... veinte, veintiuno y veintidós escalones.

—Ya estamos.

Habían llegado ante una puerta. Con la mano libre Hans dio un golpe, pausa, cinco golpes rápidos, una pausa más larga, tres golpes rápidos, otra pausa, dos golpes rápidos, una pausa más larga, un golpe, una pausa, cinco

golpes rápidos, otra pausa larga, cuatro golpes rápidos, una pausa, y finalmente cuatro golpes rápidos. Esperaron varios minutos. Solo se oían sus jadeos, había poco oxígeno, Mariana empezaba a marearse y se sentó en el pequeño rellano. Hans repitió la secuencia. Y tuvo que hacerlo otras tres veces más, hasta que se oyeron unos pasos detrás de la puerta y después el tintineo de unas llaves. Una bocanada de aire invadió el pequeño espacio y la luz de un candil les deslumbró.

—¡Capitán Van der Meer! Pensé que estaríais llegando a Veracruz.

—No estoy solo.

Mariana se puso en pie y Antunes iluminó con el candil.

—Disculpadme, jamás imaginé... Entrad, por favor.

Después de estar sumida en la más absoluta oscuridad, la luz perturbaba los ojos de la muchacha. Cuando se acostumbraron a la penumbra del nuevo espacio, miró a su alrededor y se fijó por primera vez en su salvador.

—¿Don Santos?

—Eh, sí, señorita Mariana, un gusto volver a verla. Espero que los últimos vestidos que encargó sean de su agrado —dijo intentando dar algo de sentido a su presencia allí.

—¿Se conocen? —preguntó extrañada la joven.

—Bueno, el conde de Loano es un cliente excelente.

—Hace un momento le ha llamado capitán Van der Meer, no suena muy italiano, además el capitán y yo nos conocimos en Lisboa hace más de un año, cuando prendió fuego al Palacio de la Inquisición y rescató a un hereje que allí se encontraba encerrado. También sé que ayudó a escapar a los condenados del auto de fe. Lo que no sabía es que usted estaba involucrado.

—Debí preveniros, Santos —dijo Hans posando su manaza encima del sastre—. Ahora no importa, debemos salir de la Ciudad de los Ángeles de inmediato, y necesitamos provisiones, dinero, ropa de cambio para la señorita y botas de montar, pues no llegaremos lejos con esos chapines —dijo levantando ligeramente las enaguas de la muchacha—. También necesito que hagas llegar este mensaje.

Habló en una lengua extraña que Mariana no había escuchado antes, aunque reconoció varias veces la palabra Emét.

—Entendido, capitán. Vuelvo enseguida —dijo el sastre antes de desaparecer del otro lado de la oquedad.

—Así que capitán Van der Meer. ¡Eres holandés!

—Es mi patria de adopción, mis padres son portugueses, como los tuyos.

—¿Y para quién trabajas, para los portugueses o para los holandeses? —preguntó Mariana, pero Hans no tenía ninguna intención de contestar—. Capitán, ¿eh? ¿Y dónde está vuestro barco anclado? Si puede saberse, capitán.

—La Reina Ester está cerca de Veracruz, pero no podremos llegar antes de que zarpe, así que tendremos que contratar otra embarcación.

—Yo no pienso ir a Veracruz sino a Acapulco, el puerto más cercano a mi destino final, las islas Filipinas. Ya te lo dije, voy a buscar a mi padre.

—Mandarán aviso a todas las ciudades importantes, especialmente a los puertos, pasarás el viaje en bodega con grilletes. Pero...

—Pero ¿qué?

Le vio acercarse mimetizado con el entorno, como una pantera en la jungla nocturna, caminando en torno a ella, midiéndola antes de saltar.

—Pero... —dijo al fin— si confías en mí, te llevaré a donde quieres ir. Deberás obedecerme, hacer cuanto te diga, porque en mi nave no hay más autoridad que yo. ¿Aceptas?

—¿Tengo otra opción?

—Siempre las hay, Mariana, pero soy tu mejor opción.

Entonces fue ella la que paseó alrededor del habitáculo, como fiera enjaulada. La luz era demasiado escasa para saber con certeza dónde se encontraban, parecía un sótano. Giró alrededor del corsario. Él permanecía erguido en toda su altura, mirando a la nada oscura que tenía enfrente.

—Acepto, entonces —contestó Mariana, que se había apoyado contra una pared.

—Debemos sellar el pacto —dijo Hans aproximándose a ella hasta quedar a escasa distancia de su acelerada respiración.

—¿Cómo? ¿Cortándonos en un dedo y mezclando nuestra sangre? —dijo Mariana con voz risueña.

—No, así.

Le cogió la cara con las dos manos y la besó con autoridad. Ella cerró los ojos para retener la sensación, los labios de él se apretaban con tanta fuerza contra los de ella que los sentía hervir. No era el beso de Juan, herido y encerrado en un cuarto a su merced. No, ese beso sabía a sal, a peligro. Era el beso de Hans Van der Meer, capitán, asaltador, forajido. Era el beso de un pirata. Pretendió amedrentarla, pero solo consiguió enardecerla. Le empujó hacia atrás para separarle de ella, acto seguido le abofeteó, después dio un paso hacia él y agarrándole por la camisa le atrajo hacia ella para besarle con la misma furia.

—Capitán, pacto sellado.

Él rio de buena gana.

—No sabes lo que te espera, sevillana —la atrajo hacia él de nuevo, la levantó por el talle a varios palmos del suelo y la abrazó contra su pecho desbordado de amor.

TERCERA PARTE

LAS INDIAS ORIENTALES, 1641-1642

En Lisboa, a 1 de diciembre del año de Nuestro Señor de 1640

La turba enloquecida invadió la gran explanada de Terreiro do Paço, frente al Palacio da Ribera. Los cuarenta conjurados con sus guardias personales encabezaban la marcha a caballo. Al grito de «¡libertad!» saltaron de las monturas y se enfrentaron a sangre y fuego con los soldados tudescos que custodiaban la residencia de la virreina, Margarita de Saboya. Se abrieron paso hasta el segundo piso del Palacio Real atravesando gargantas y descerrajando tiros, mientras el tumulto popular se encargaba de tener entretenida a la guardia del rey Felipe IV.

—¡Muerte a Vasconcelos! —gritaron varias voces.

El secretario de Estado corrió a esconderse en un armario, pero los *fidalgos* portugueses comandados por don Almão lo sacaron a la fuerza de su escondrijo y hundieron sus espadas en el pecho acorralado del traidor, cuyo cuerpo sangrante fue lanzado por la ventana ante los aullidos exaltados del pueblo alzado. Paradójicamente, en el bolsillo de su casaca fue encontrado un documento con los nombres de los conjurados que no había visto hasta entonces la luz, pues Miguel de Vasconcelos dudó de su informante hasta que esa mañana escuchó su nombre de boca de los rebeldes, mientras esperaba para despachar con la virreina. A escasa distancia, en el patio abarrotado de afines al alzamiento, yacía el cuerpo del capitán de la guardia, Diego Garcer, quien había sido defenestrado instantes antes.

La virreina trataba de calmar los ánimos de la turba enfurecida arengando desde el balcón de sus aposentos el perdón real y prometiendo abolir injustos impuestos cuando los conjurados tiraron la puerta abajo. Al verlos entrar, su secretario personal, Soares de Albergaria, les hizo frente con un valiente «¡Viva el Rey Felipe IV!», proclama que le valió un tiro en la garganta. Don Sebastião de Matos e Noronha, arzobispo primado de Braga, intentó pacificar la alteración de los enfurecidos nobles apelando a la fe que les unía y al diálogo, mientras Margarita de Saboya mantenía una regia actitud frente a quienes habían osado irrumpir con semejante violencia en su despacho. El

párroco Nicolau de Maia se aproximó hasta el arzobispo con la espada por delante y le dijo:

—¿Ve esta espada, Su Eminencia? Es para cortarle la cabeza a quien se niegue a proclamar a don Juan de Braganza como rey de Portugal.

—Lo que usted diga, entonces será —le contestó don Sebatião enfureciendo al de Maia, que a punto estuvo de asestar un golpe al arzobispo.

—¡Ya es suficiente! —llamó al orden don Almão. Y dirigiéndose a la virreina, quien permanecía en un ceñudo mutismo, dijo—: Su Excelencia se equivoca al pensar que este es un motín motivado por los abusos de su mal gobierno, el reinado de Felipe IV ha llegado a su fin hoy, y con él, el de Su Excelencia. Será recluida en el convento de Santo-o-Novo hasta que podamos negociar su liberación con la Corona española.

Esa misma tarde una procesión celebraba el triunfo de los conjurados y acababa con los disturbios en la ciudad. Dos semanas después se proclamaba al duque de Braganza como Juan IV, rey de Portugal, poniendo fin a sesenta años de Unión Ibérica.

Manila, junio de 1641

Álvaro Fábregas de Valor salió de la ciudad amurallada por la puerta de San Gabriel y se adentró en el mundo colorido de estrechas callejuelas inundadas de olores dispares y de sangleyes con sus largas melenas recogidas en la nuca en interminables trenzas. El parían de Manila, situado al noroeste, entre la ciudadela española y el caudal turbio del río Pasig, bullía de actividad, quedaban pocas semanas para rematar las mercancías arribadas a principios de febrero. Pronto llegarían los vendavales y el barrio quedaría prácticamente desierto, pues las decenas de juncos chinos anclados en el puerto de Cavite volvían a casa hasta la temporada siguiente, después del verano, y solo permanecían en el parían los pequeños artesanos y los arroceros. El empresario sevillano tenía sus almacenes repletos de mercancías: sedas, porcelanas, piedras preciosas, collares de perlas y de jade, muebles lacados estilo japonés, biombos, objetos devocionales, tallas de marfil y excelentes copias de productos castellanos, como mantillas, abanicos y botas de montar, mercancía que había ido adquiriendo en eternas negociaciones con los comerciantes de ese mundo amurallado y fuertemente vigilado por la guardia real. Pero esa mañana no iba a ampliar el cargamento que pensaba enviar a

Acapulco con el próximo galeón, pues tenía algo especial que comprar. Dirigió sus pasos a la alcaicería, seguido de Facundo y Cipriano, quienes lanzaban lascivas miradas a las jóvenes sangleyes de cuerpos elásticos que trabajaban en las distintas tiendas del parían. Accedieron a los almacenes y subieron a la segunda planta, donde se encontraba la tienda de Danilo Morientes, un chino converso que llevaba el pelo cortado al estilo español y no usaba el tradicional *hanfu*, si no camisa y calzas de colorida seda. Vendía las telas de mejor calidad y por eso Álvaro le había encargado un baúl lleno de lujosos vestidos, tan suaves como las caricias que pensaba dispensarle a la dama a la que estaba protegiendo.

Al salir de la alcaicería se topó de frente con su prometida, Alfonsina San Juan de Otazu, y su madre.

—Don Álvaro, ¡qué alegría encontrarle! —le saludó doña Consuelo de Otazu.

El joven Fábregas se descubrió la cabeza e hizo una inclinación a su futura suegra, y después se acercó hasta donde se encontraba la tímida muchacha que sería muy pronto su esposa y le besó la mano. Alfonsina San Juan no era lo que se dice una beldad, pero le producía una sensación de placentera paz. Su fragilidad, su timidez y su deseo de agradarle y complacerle en todo eran cualidades que admiraba en ella. Y lo más importante, era sobrina del gobernador de las Filipinas. Su enlace solo podía traerle mayores beneficios a su ya buena posición con respecto a la máxima autoridad en la colonia; por lo pronto, su compromiso había permitido ampliar la carga en el próximo envío a Nueva España.

—Llevad el baúl a casa —ordenó a sus inseparables escoltas. Y volviéndose hacia las damas, preguntó—: ¿A dónde se dirigen?

—Queríamos comprar unos abanicos nuevos —contestó doña Consuelo.

—Permitidme acompañaros.

Álvaro ofreció el brazo a las dos damas y juntos recorrieron las callejas resbaladizas del barrio chino. Contentas las damas con sus adquisiciones, las escoltó hasta su residencia en intramuros y prometió pasar por la tarde para llevarlas a dar un paseo en carroza por la orilla del mar.

Desde las celosías de su habitación, otra mujer de ojos tristes le observaba cruzar la plaza y dirigirse a su casa.

Álvaro subió los escalones de dos en dos, ansiaba verla, seguro de que los vestidos nuevos conseguirían animarla. Aún no había decidido cómo encajar su presencia en los planes que tenía proyectados. Cuando llegó al

rellano de su alcoba, el sangley seguía sentado allí, con la espalda contra la pared y las piernas cruzadas, tal y como le había visto unas horas atrás cuando salió de casa, fiel como un perro a su señora. Como guardián daba risa, porque era flaco y de pequeño tamaño, pero sus ojos eran fieros. Seguro que sus enemigos nunca le consideraban un rival a temer, lo que le convertía en un ser peligroso. Todos los chinos tenían para él la misma cara, pero de tanto tratar con ellos su ojo se había ido afinando y estaba casi seguro de que a ese le había visto antes.

—¿Sabes si está despierta? —preguntó por decir algo.

El sangley no le respondió ni apartó la mirada de la pared que tenía enfrente, siguió inmóvil, sin inmutarse. Álvaro llamó a la puerta con los nudillos y sin esperar respuesta abrió, dio un paso al frente accediendo al oscuro escondite de la dama y cerró tras de sí después de echar un último vistazo a ese fibroso hombrecillo.

La habitación estaba en penumbra. Por las celosías de las ventanas se filtraban los rayos del sol que dibujaban filigranas en las paredes y en el suelo de madera de caoba. La mujer, vestida de negro, miraba aún hacia la calle. El hombre se acercó despacio hasta ella y posó la mano en su hombro.

—¿Descansaste bien? —preguntó.

Ella asintió.

—Mírame, por favor —le rogó, y ella levantó la mano para defenderse de su petición—. No puedes seguir sumida en la oscuridad. No sé qué ha pasado en todo este tiempo, no tienes que contarme nada si no lo deseas, pero déjame ayudarte. Mírame, te lo ruego.

No quería herirle. Cómo explicarle que la vida era una pesada losa sin él, sin el calor de su cuerpo, sin su sonrisa resonando en sus oídos. Cómo explicarle que su obcecación le había llevado a la muerte, que ella misma debía haber muerto en ese naufragio cuyos restos llegaron a la playa, donde despertó rodeada de unos rostros morenos y arrugados y con el sangley atado a ella por un cabo.

—Mírame, te lo ruego.

Su mente confusa le escuchó. ¿O era solo un eco de su voz? Creyendo que era él quien le suplicaba, como la noche anterior, en la que había decidido arriesgarse y zarpar para darle gusto, se giró muy despacio. Álvaro le sonreía. Ella se cubrió el rostro demacrado con las manos y lloró en silencio.

—Así está mejor, desahógate, llora todo lo que quieras, pequeña —le dijo él abrazándola y conteniéndola.

Su desazón fue calmándose poco a poco. Álvaro sacó un pañuelo del bolsillo y le secó las lágrimas con ternura.

—Verás lo que te he traído —dijo mientras se acercaba a la puerta—. ¡Subid el baúl! —ordenó a sus escoltas.

Minutos después Cipriano y Facundo entraban en la alcoba de la dama y dejaban el arcón en medio de la estancia. Álvaro se acercó a una de las ventanas y abrió los postigos. La luz inundó de vitalidad el adormecido espacio donde la dama había pasado las últimas dos semanas mirando por la ventana, viendo pasar el día y la noche sumida en sus recuerdos, volviendo a cada minuto a su lado, como si así pudiera devolverle la vida o reunirse con él en las tinieblas del fondo marino.

Álvaro la obligaba a salir del letargo. Los rayos del sol acariciaron su delgado contorno, otrora rebosante de vitalidad.

—Volverás a ser la mujer que fuiste. Déjame cuidarte.

Entonces se volvió hacia el baúl, lo abrió y sacó un precioso vestido de seda azul, se lo colocó en el regazo y tomándole la mano la guio por encima de la suave tela.

—¿Sientes su caricia? Es una seda maravillosa, con razón la nuestra no puede evitar que los chinos nos vayan ganando terreno.

Sus ojos carecían de expresión, permanecía con la mirada fija sobre su regazo y seguía acariciando la tela mecánicamente. Álvaro fue sacando vestido tras vestido, desplegando sobre la mujer un arco iris de texturas, a cual más exquisita. La observaba y no cejaba en su empeño de animarla. Tomó los vestidos de su regazo y volvió a guardarlos en el arcón. Acto seguido se arrodilló frente a ella y le levantó el mentón para obligarla a mirarle a los ojos. Él estaba igual, apuesto, elegante y más hombre, sus ojos brillaban al mirarla, igual que lo hicieran hace tiempo, pensó. No, era demasiado tiempo, ella ya no era la misma, era un espejismo de sí misma, era imposible que su mirada reflejara los mismos sentimientos, ese deslumbramiento que brillaba antaño en sus ojos al contemplarla. Sin embargo, sonreía, estaba contento de verla.

—Gracias —musitó por fin, y su voz también le sonó extraña.

—Salgamos a dar un paseo —propuso Álvaro.

Ella instintivamente se miró las manos, se tocó la cara, el cabello desordenado a medio recoger.

—¡No! —dijo, y se sorprendió de la emoción que expresó su garganta.

—¡Está renaciendo la mujer coqueta que yo conocía! —dijo él incorporándose—. Creo que tengo la solución. Entiendo que necesites tiempo para reponerte, pero no voy a consentir que estés encerrada entre las cuatro paredes de tu alcoba. La clausura no te hace bien. Mira, tengo una casa de campo a pocas leguas de distancia, el entorno es exuberante y está a la orilla de una laguna cubierta de nenúfares donde revolotean los patos salvajes, te va a encantar el lugar. Te propongo que pasemos allí estas semanas hasta que lleguen las lluvias, está lo suficientemente cerca de la ciudad para ir y volver si tengo algún asunto que tratar en Manila, y a la vez alejada para que puedas estar a tu aire, sin tener que dar explicaciones a nadie y sin personas a las que agradar o con las que alternar, circunstancia tan difícil de eludir en esta ciudad. Te dejo para que te arregles para el viaje, voy a ordenar que preparen el carruaje. Estoy muy feliz de tenerte, estás en casa, donde yo esté siempre estará tu hogar, no lo olvides —dijo arrodillándose ante ella y besándole la mano con delicadeza.

Se dirigió a la puerta, salió de la alcoba y cerró la puerta tras de sí después de dedicarle una última mirada. Mariana escuchó cómo se alejaban sus pasos, se levantó de la silla, volvió a cerrar las celosías de la ventana y se sentó en la misma posición que tenía antes de la visita de Álvaro a recordar, a volver a su lado, a sumergirse en su abrazo, en el océano de sus ojos.

Amadea se acariciaba la voluminosa panza intentando calmar a la criatura que no paraba de moverse en su vientre, mientras esperaba la llegada de su amiga sentada en el locutorio del convento de Santa Clara. La puerta se abrió detrás de las rejas y asomó la cabeza de la abadesa.

—Buenos días, doña Amadea.

—Estoy esperando a sor María Magdalena, tenga a bien avisarla.

—Sí, sí, no se preocupe, ya está avisada, en breve llega. Quería saludarla y preguntarle sobre su esposo, he sabido que estaba en Malacca cuando asaltaron la colonia los holandeses. —Amadea asintió, pero no tenía ninguna intención de entablar conversación con ella—. Quiero que sepa que hemos comenzado una novena a San Francisco por su pronta liberación y regreso al hogar.

—Se lo agradezco —respondió escueta la joven.

En ese momento Lucía entró al locutorio. Al verla, la madre superiora hizo un mohín de disgusto y se despidió.

—Las dejo para que conversen a sus anchas —dijo saliendo del pequeño cuarto, aunque se quedó junto a la puerta escuchando la conversación.

—¿Cómo estás, Amadea? Cuando nos enteramos de la caída de Malacca recé fervorosamente para que tu esposo hubiese salido de la ciudad antes del asedio —dijo Lucía tomando las manos a su amiga. La joven esposa rompió a llorar.

—¡Estoy tan angustiada! Ha sido llevado prisionero al cuartel general de la Compañía de las Indias Orientales Holandesas en Batavia, junto con el resto de oficiales y soldados. A los colonos portugueses casados con nativas les han permitido permanecer en Malacca. En su carta me cuenta de la fiera resistencia de sus hombres desde la Fortaleza Velha, pero está decepcionado y muy deprimido. En su opinión, podían haber aguantado el asedio, porque los holandeses tenían tanto o más desgaste que ellos y se estaban replegando. El comandante sabía que estaba al borde de la muerte y cedió a la petición de rendición del general holandés.

—Verás qué pronto le dejarán en libertad —le aseguró Lucía palmoteándole suavemente una mano.

—¡Ay, Lucía! ¿Qué voy a hacer sin mi esposo a mi lado? —gimió.

—No debes ofuscarte tanto, ahora lo más importante es que estés serena por el bien de vuestro hijo.

—Los holandeses quieren rescate por liberarles, mi esposo ya ha escrito varias misivas al virrey, sin obtener respuesta, y me pide que interceda ante él. Pero ¿cómo podré viajar yo hasta Goa en mi estado?

—No, definitivamente tú no puedes viajar, pero podrías enviar un emisario que te represente ante don João da Silva —sugirió Lucía—. ¿Qué hay del flamenco y su esposa española con los que habías trabado amistad?

Al escuchar la sugerencia de su amiga, Amadea se secó las lágrimas y esbozó una tímida sonrisa.

—Perdóname, Lucía, ¡qué egoísta he sido! Solo preocupada por mis problemas, casi me olvido, y ahora que mencionas al flamenco tengo una noticia que darte —dijo doña Amadea mientras su rostro se iluminaba ligeramente.

—¿A qué te refieres?

—El flamenco, Vincent Audenarden, trabaja para un tío suyo afincado en Ámsterdam —Lucía contuvo el aliento—. Cuando lo supe, le confié a su esposa indagar sobre tu hijo Juan, le dije que era un pariente mío al que quería

localizar. Su tío contestó, querida, y esta es su respuesta —dijo sacando una carta de un bolso de fina seda amarilla.

Lucía tomó el pliego amarillento con temblorosas manos y leyó. Cuando alzó la vista, sus ojos estaban inundados de agua salada.

—Mi hijo, Amadea, mi hijo es el capitán Hans Van der Meer, ¡corsario a las órdenes de la VOC^[3]! —dijo con voz quebrada.

—Muchos portugueses son accionistas de las compañías comerciales holandesas. Las Provincias Unidas han sido vuestra patria de acogida, es normal que haya terminado asociado con los holandeses.

—A mi hijo desde niño le fascinaba el mar, quería ser un gran navegante y participar en las más grandes batallas. ¡Ay, Dios mío! ¿Crees que habrá tomado parte en el asalto a Malacca?

—Podría ser, aunque es improbable. Según cuenta el tío de Vincent Audenarden, lleva muchos meses sin recibir noticias de él y sus hombres no saben dónde se encuentra.

—¿Le habrá sucedido algo? No quiero ni pensarlo. ¡Virgen Santísima, protege a mi niño, te lo suplico!

Las dos mujeres permanecieron en silencio, cada una sumida en sus pensamientos.

—Amadea, si mi hijo está vivo y puedo ponerme en contacto con él, podría interceder ante el gobernador de Batavia para que libere a tu esposo.

—¿Lo crees posible? —preguntó la joven embarazada con una chispa de esperanza en la mirada.

—¿Podrías pedir a tu amiga que convenza a su esposo para que viaje a Batavia y busque a mi hijo?

—Puedo intentarlo, pero no creo que quiera separarse de él ahora, están esperando su segundo vástago.

—Tal vez tengamos que esperar. ¡Ay, Dios mío! ¡Y yo aquí, encerrada con esa bruja por carcelera! —se lamentó Lucía refiriéndose a la abadesa.

La piragua se deslizaba como una serpiente acuática entre los mangles. La espesa vegetación tejía sobre sus cabezas una techumbre natural que les protegía de los rayos del sol. Álvaro, con la camisa remangada hasta el codo, remaba con brío, mientras contemplaba delante de él el rostro de la mujer cuyos ojos se paseaban por las raíces retorcidas que sobresalían del agua. Su mirada reflejaba un suave resplandor verdoso. Detrás de ella, en cuclillas, el

sangley miraba a lo alto, al tupido enramado. Facundo y Cipriano remaban detrás, en otra falúa, con las escasas pertenencias que poseía la joven y que habían sido adquiridas por Álvaro en esas dos semanas en las que ella había permanecido encerrada tras celosías en Manila. También cargaban abundantes provisiones y agua dulce.

—Sabía que te iba a gustar.

Ella siguió observando ese entorno silencioso y mágico, parecía flotar en un sueño de tonalidades verde.

El canal se abrió en una laguna cubierta de nenúfares, bandadas de patos sobrevolaban por encima de sus cabezas mientras la piragua surcaba las aguas intentado no encallar en las raíces de las plantas acuáticas.

—Ahí está la casa —anunció Álvaro señalándola con la mano.

Mariana giró la cabeza en la dirección indicada y esbozó una sonrisa. Un camino de grava conducía del pequeño muelle a la casa a través de un florido jardín. La casa de campo era alargada, de dos plantas, y contaba con una amplia veranda que daba la vuelta entera a la casa para ver las puestas de sol en cualquier época del año.

—¿Cómo evita que entren los cocodrilos? —preguntó el sangley en un perfecto castellano.

Cuando Álvaro consiguió sobreponerse a la sorpresa de escuchar la voz casi musical del oriental, se dio cuenta del significado de sus palabras:

—¿Qué cocodrilos? Yo nunca he visto ningún cocodrilo por aquí —respondió.

El sangley no contestó y siguió contemplando con ojos entornados las turbias aguas. Álvaro saltó al muelle sujetando el cabo y lo ató al poste, atrajo la falúa hacia él tirando de la cuerda y tendió la mano a Mariana para ayudarla descender. El sangley saltó tras ella sin esfuerzo y se adentró en la selva que bordeaba el cuidado jardín.

—Creo que se te ha escapado tu siervo —comentó Álvaro.

—Ya volverá —replicó ella sin volver la vista atrás mientras caminaban hasta la casa.

—¡Cándida! ¡Adelita! —llamó Álvaro.

A su llamada acudió una nativa filipina, de tez morena y nariz chata, que apartó la mosquitera de la puerta y salió al porche a recibirles. Detrás de ella se escondía su hija de doce años.

—Esta es Mariana, vuestra ama. Cándida, muéstrale su alcoba.

La sirvienta obedeció con una inclinación de cabeza, tomó de la mano a la joven pálida y ojerosa que tenía delante y la condujo hasta una habitación de altos techos con una enorme cama cubierta totalmente por una tela blanca transparente que colgaba del techo. Los ventanales daban acceso a la veranda.

Cándida era menuda y de menor estatura que Mariana. Sus ojillos color ámbar brillaban al contemplarla, parecía poder alcanzar con ellos el dolor de su alma. Aún sosteniéndole la mano, le dijo con una voz aterciopelada:

—Mi niña, no os dejéis morir.

Cuando Álvaro entró a la alcoba las dos mujeres aún se miraban fijamente con las manos entrelazadas, como si pudieran comunicarse más allá de las palabras. Al verle aparecer en el umbral, la sirvienta hizo una inclinación de cabeza y se marchó.

—Tengo que volver a la ciudad, regresaré mañana por la mañana, Cándida cuidará de vos —le dio un beso en la mejilla y se fue.

Mariana salió a la veranda y aspiró el aroma de las sampanguitas blancas que crecían bajo la balconada. Álvaro atravesaba el jardín en ese momento y se paraba a mirar extrañado al sangley, que había ido apilando en el césped ramas finas y flexibles, y sentado, con las piernas cruzadas, las trenzaba construyendo una barrera. Se giró a mirar a Mariana y levantó los hombros en señal de incomprensión. Después dio media vuelta y se dirigió al muelle, donde esperaban Cipriano y Facundo.

—Es para los cocodrilos —susurró la joven desde la veranda.

Los dedos del sangley se movían veloces doblando las flexibles ramas y atándolas unas con otras formando una barricada natural que iba creciendo alrededor del jardín a medida que avanzaba. ¿Cómo había llegado ese hombrecillo a su vida?, se preguntó.

Cabalgaban campo a través, apartados del camino de tierra, evitando los pueblos y las ventas. Hacía dos días que habían salido de la ciudad. Amanecía cuando vieron aproximarse una silueta a caballo, era un hombre solo, así que siguieron adelante. El hombre parecía cada vez más cerca, se dirigía hacia ellos. Tal vez se había extraviado. Una ligera niebla bajaba de los picos cercanos cubriendo los contornos de un vapor blanquecido. Cuando le separaban unas pocas varas, Mariana vio con horror que se trataba del horrible y mal encarado Ferrán Matos, capataz de la hacienda de De Vera.

—Buenos días, doña Mariana —dijo el capataz—. ¿Va todo bien?

—Sí, gracias. ¿Qué hace aquí?

—Hemos perdido una oveja por estos pastizales. ¿No la habrán visto?

Hans observaba al tipo con desconfianza, su voz... esa voz ya la había escuchado antes, sí, no había duda, era el hombre que intrigaba con la sirvienta en casa de Mariana. Sacó despacio su pistola de la espalda mientras no perdía de vista los movimientos del tipo.

—No, lo siento, no hemos visto ninguna oveja. Qué tenga buen día —se despidió la joven.

Mariana puso en movimiento a Valerosa, pensando dejar atrás a ese hombre lo antes posible. Hans no se había movido desde que la interpelara unos minutos antes.

—No tan rápido, señorita —dijo llegando a su altura y sujetando las riendas.

—¡Cómo se atreve! ¡Suelte! —se quejó la joven, empezando a forcejear con la fuerte garra del capataz.

—No te muevas o te vuelo la cabeza —amenazó Hans apuntándole con a pistola.

—¡Juan, tiene un cuchillo! —gritó Mariana.

Matos no solo había cogido las riendas, sino que además sostenía un cuchillo a la altura del estómago de la muchacha.

—Si no quieres que le abra el vientre a tu puta, tira la pistola al suelo —ordenó Ferrán.

Hans medía las distancias calculando lo rápido que podía disparar al tiempo que impedía que acuchillara a Mariana. El riesgo era demasiado grande, pues estaba seguro de que ese hombre era diestro con el cuchillo y reaccionaría rápido a su intervención. Mariana temblaba.

—¡Tira la pistola he dicho! —gritó Matos.

Hans cedió y lanzó la pistola sobre la hierba crecida.

—Así me gusta. Ahora, baja del caballo —Hans obedeció. Y Matos, dirigiéndose a Mariana, añadió—: Han puesto precio a tu hermosa cabellera, ¿sabes? Así que tú y yo vamos a dar un paseo.

En ese momento sonó un silbido en el aire y los ojos de Ferrán Matos se congelaron en una mueca de sorpresa y dolor, de su boca salió un espumarajo de sangre y el hombre se desplomó sobre la pradera con una daga clavada en el cuello. Detrás de él, Lucas, el chino del obraje de De Vera, se acercaba caminando despacio hasta donde se encontraba Mariana.

—Lléveme con usted, le seré útil —dijo.

Mariana recordó su cara del día que había ido con Álvaro al obraje de De Vera y se había peleado con ese miserable de Matos. Hans aceptó llevarle con ellos, así pasarían más desapercibidos.

—¿Cómo sabes que hay cocodrilos? —le preguntó Mariana asomada a la veranda.

—Esta es mi tierra —contestó Lucas.

—¿De veras?

—Sí, vivía con mi familia en el parían de Manila.

—Tienes que ir a buscarles.

Lucas bajó la cabeza y siguió trenzando las ramas, parecía no haber escuchado. La joven conocía sus silencios y esperó pacientemente.

—Ya fui. El parían se quemó hace dos años, no hubo supervivientes —dijo con el mismo tono de voz monocorde, desprovisto de toda emoción, y sin levantar la vista del tejido vegetal entre sus manos.

Padre e hijo paseaban por el puerto de Taoyuan, en el sur de isla Hermosa. Decenas de sampanes anclados voceaban su mercancía. Los compradores subían a bordo a inspeccionar los bienes y se sentaban durante varias horas a beber té con el anfitrión. Pasaron por delante de un junco en el que varios niños tejían una red. Mirándoles, Roujie volvió a verse con sus hermanos dormitando en el pequeño cuartucho que hacía las veces de camarote, bamboleándose con el oleaje en los viajes que hacían dos veces al año desde su pueblo natal, en las costas de Fujian, a Cavite, hasta que su padre decidió permanecer en la colonia española y abrir un pequeño negocio entregando todos los ahorros familiares al alguacil del parían para la obtención de una licencia. Apretó la mandíbula recordando a sus hermanos, estaban muy unidos. Sentía, aún después de tantos años sin ellos, como si le hubiesen arrancado los dos brazos. A su lado, su padre caminaba en silencio. Siempre le había parecido un hombre fuerte, tenaz e infatigable, pero el tiempo pasaba, su espalda cada vez más arqueada y su pelo lleno de hebras de plata le recordaban que envejecía, que tendría que cuidar de él y de su madre y buscar un lugar seguro, tal vez volver a China. Regresaron bordeando la muralla exterior hacia la entrada de la pequeña ciudad holandesa de Orange. El sol brillaba sobre los cañones de los cuatro bastiones del fuerte Zelandia.

Acompañó a su padre hasta la tienda. Entraron y se sentaron un momento en la trastienda.

—Padre —dijo Roujie bajando la voz—, la tensión con los españoles está creciendo, el gobernador prepara un ataque al norte de la isla, podría haber represalias. Quiero llevarles a Batavia. Es más segura y hay una gran comunidad china en la ciudad. A ser el centro militar y administrativo holandés, está fuertemente protegido.

—Hijo, llevamos dos años aquí, estamos cansados de tanto cambio.

—Lo sé, padre, le prometo que será la última vez.

—¿Cuándo, hijo?

—En unas semanas, antes de que empiecen los tifones.

Meilin, su madre, apareció con una gran olla de arroz humeante, un plato de verduras y unas rodajas de carne secas. Después del frugal almuerzo, Roujie se despidió de sus padres y se dirigió hacia el fuerte en busca del gobernador Tradenius. Tuvo que subir hasta el tercer nivel de la fortaleza, donde se encontraba la iglesia. Esperó en la pequeña plaza con la mirada fija en las puertas de madera de la sencilla capilla. Media hora después salían los novios, Paulus Tradenius, vestido con uniforme militar, y la bella Adriana Quina, viuda de Johan van der Burg, predecesor del gobernador que había muerto de malaria en marzo del año anterior y yacía enterrado en el cementerio de la ciudadela. En ese reducido mundo protestante holandés, el romance de Tradenius con la viuda había dado mucho de que hablar. Al asumir el cargo, el nuevo gobernador había asumido también el cuidado de la desamparada mujer que al conocerle, en vez de regresar a su ciudad natal, había decidido permanecer en la fortaleza. Después del año de luto, durante el cual la mujer había recibido las visitas asiduas de Paulus, contrajeron matrimonio ante el cuerpo militar de la fortaleza y un reducido grupo de colonos. Oficiaba el enlace, llegado desde los poblados sirayas donde había convertido a miles de almas al cristianismo, Robert Junius.

Paulus Tradenius escoltó a su reciente esposa hasta los salones, en el segundo nivel, donde se había preparado un sencillo ágape. Roujie le seguía a distancia, caminando sin prisa detrás del resto de invitados. El gobernador le hizo un gesto para que se aproximara.

—Hoy es un día muy especial, decidme si tenéis el regalo de bodas que llevo meses esperando —dijo Tradenius confiado.

—No.

El gobernador mudó el casi alegre gesto de su rostro por los labios y el ceño contraídos que solía mostrar en las reuniones con el comandante del pirata Zheng Zhilong.

—¿Cuándo, entonces?

—En una semana. Mi agente está preso, tiene poca movilidad, pero llegaremos a él.

—Eso espero —dijo el gobernador en tono amenazante.

Roujie no respondió, se dio media vuelta y desapareció por detrás de la muralla que bajaba al primer nivel del fuerte. Unas horas después zarpaba hacia el puerto de la Santísima Trinidad con una flota de seis sampanes.

Cayó la noche sobre la veranda. Ella seguía allí sin moverse, absorta en el oscuro verdor circundante, con el alma flotando sobre la laguna. Lucas, después de colocar la barricada punzante, había dispuesto varias teas encendidas alrededor del jardín para mantener a las alimañas alejadas. Las luces amarillas, el rumor del agua. Su mente se perdía en las frondosidades de la selva, el cansancio, los mosquitos, el calor sofocante, la pasión por ese hombre. Después, el puerto oscuro con sus casuchas, el barco.

—Necesitamos un cura —dijo ella.

—¿De dónde vamos a sacar uno a estas horas? Está todo listo, zarpamos.

—No, un cura que nos bendiga, para que celebre misa, para que rece por el viaje.

—No somos la capitana de la flota de Indias, sevillana —se burló él.

—Un cura —dijo, y volvió a la fonda mugrienta, al cuartucho lleno de chinches, y esperó.

La noche era clara, las estrellas caían sobre ellos como una lluvia fina, el vigía en la cofa, el fanal encendido, los marineros dormitando en las hamacas, el capitán siempre alerta. Se contenía, la acechaba, se moría por fundirse dentro de ella. La joven dormía en el mejor camarote en la popa, y él se acomodaba en alguna hamaca cerca de los marineros cuando le rendía el cansancio, pero antes iba a verla. Se deslizaba sigiloso. Ella dormía con la espalda hacia la portezuela de la cabina. Se quedaba escuchando su respiración, aspiraba su aroma, la veía dormir mordiéndose la mano para aguantar las ganas de poseerla.

—No —le había dicho una noche de ardientes besos, de impaciencia, de manos ansiosas—, quiero que mi padre bendiga nuestra unión.

—¿Tan convencida estás de encontrarle?

—Sí.

—Pues la espera, si no me mata, me va hacer volar hasta las Filipinas. Un beso, un último beso, como talismán del viaje —le había pedido Hans al darle las buenas noches.

—No —dijo firme y convencida. Le sonrió, sus dedos rozaron su mejilla sin rasurar y dijo mirándole con intensidad—: No me fio de vos, capitán Van der Meer. No me fio de mí.

Dormía. Observaba su cintura elevándose en la curvatura de las caderas. Las noches pasaban lentas, muy lentas. Se acercaba un paso más con cada visita nocturna. La creía sumida en un apacible sueño, su respiración era casi imperceptible. Se tendía a su lado conteniendo el aliento, se abrazaba contra su cálido cuerpo, hundía la nariz en su cabellera ondulada, se sentía morir. Volvía cada noche, ya no podía vivir sin ese momento robado. Ella tampoco. Le esperaba inmóvil, deseándole, al borde de la locura. Se dormía entre sus brazos amándole con todo su ser. Aquella noche no, no podía dormir, el corazón no le daba tregua, atronaba en sus oídos. Su olor a sal, a hombre, la inundaba por dentro. Le palpitaban las entrañas, añorando un placer aún desconocido. Se volvió hacia él. Sus ojos de océano sonrieron burlones, seguros del fuego que nadaba en las pupilas de su amada.

—Vete... por favor... —le suplicó, aunque el deseo no la dejaba hablar. Él ahogó sus palabras con su lengua y con su ardiente saliva inundaba su boca entreabierta mientras ella se defendía—. No... no... no soy la amante de un pirata... para... por favor...

La sujetó por el cuello, la conquistó a besos, y antes de apartarse de ella, le susurró al oído:

—En breve vas a ser la esposa de un corsario, voy a buscar al cura.

—¿Ahora? —su asombro retumbó en el espacio estrecho del camarote.

Hans salió y volvió con el hombre en camisa de dormir intentando entender aún las explicaciones a la carrera del capitán. Cuando el cura, don Ambrosio, volvió a tenderse en la hamaca con la petición de los novios cumplida, pensó haberlo soñado.

Cándida, la sirvienta filipina, escuchaba como una sombra, pero le llevaba la mano con la cuchara hacia la boca cada vez que hacía una pausa en la narración.

Los recuerdos habían ido emergiendo a borbotones en su boca, sin saberlo. Creyó estar allí de nuevo, hablaba con él, y escuchaba sus respuestas, sus jadeos, sus palabras tiernas, su risa cayendo en cascada sobre ella. Los dos alimentándose solo de amor, esos días con sus noches en los que sus cuerpos insaciables se buscaban a cualquier hora, su sexo navegando en las profundidades de su ser, hechos de océano, él, una corriente de agua

imparable, una marea inundando su vida de un infinito placer, y ella, una playa exuberante, expectante, ansiosa del frescor de la próxima ola.

Empezó a llover sobre la veranda. En su mente resonó el trueno, la tormenta estalló sobre ellos, una ola la derribó y se la llevó a su guarida tenebrosa. Solo pensó en él, su esposo, antes de que el golpe contra el agua le hiciera perder la consciencia. Pero ahora, bañada por la fina lluvia, era consciente de su pérdida, de su soledad, del vacío de sus entrañas. Lloró, se fundió con la lluvia.

—Vamos, mi niña, es hora de dormir.

Cándida la condujo amorosamente hasta su cama, la liberó del luto y le secó el cabello húmedo. Mariana se recostó desnuda sobre la cama. La mujer de los ojos de ámbar la cubrió con una sábana y la besó en la frente.

—Su espíritu es fuerte, encontrará el camino de vuelta a ti.

Al despertar siempre encontraba al sangley sentado frente a su cama, con las piernas dobladas y la espalda muy recta contra la pared. Los ojos cerrados, los sentidos agudizados. No sabía cuándo entraba a su alcoba, pero se sentía segura sabiendo que él rondaba cerca y estaba alerta para protegerla. Aún no sabía por qué demostraba esa lealtad y devoción hacia ella. Tal vez fuera porque solo se tenían el uno al otro, tal vez porque le trataba con un afecto fraternal y no con la autoridad de una señora a su siervo. Pero esa mañana no estaba. El eco de unas voces masculinas le llegó por los ventanales abiertos, las cortinas se agitaban empujadas por la suave brisa matinal.

Cándida abrió la puerta sin llamar. Se acercó hasta ella, la besó la frente y se sentó en el borde de la cama.

—Don Álvaro acaba de llegar. Pide que bajéis, dice tener una sorpresa para vos.

—No quiero bajar. He perdido al hombre que amaba, voy a quedarme aquí a esperar a que llegue la muerte y pueda reunirme con él —dijo girándose hacia el ventanal y dando la espalda a Cándida.

—La razón que os trajo hasta aquí...

—Acabó con la vida de mi esposo. Y si él tenía razón y no encuentro lo que pensaba hallar, todo habrá sido en vano, su muerte habrá sido en vano.

—Entonces, ¿vais a renunciar a la búsqueda?

Mariana no respondió. Estaba tan cerca del final del viaje que temía no poder soportar un revés a su frágil esperanza. Pero ¿y si estaba vivo?, ¿y si

encontraba a su padre? Entonces tal vez pudiera gozar al menos de un poco de paz para su conciencia.

Se puso en pie. Su cuerpo desnudo reflejaba las huellas del sufrimiento y las privaciones de su errar hasta Manila, pero también del ayuno al que se sometía ahora. El calor empezaba a ser asfixiante. Cándida abrió el baúl con los vestidos nuevos.

—No, quiero mis ropas de ayer.

La sirvienta obedeció. Al cabo de un rato, Cándida acompañaba a su señora hasta el amplio porche que daba al jardín, en la primera planta. Al verla aparecer, Álvaro se levantó, y sus dos acompañantes, que se encontraban de espaldas a ella, le imitaron. Al girarse hacia ella, Mariana creyó estar teniendo una de las horribles pesadillas que la acosaban de noche.

—Tienes mucho mejor aspecto esta mañana. Cándida tiene una mano excelente con la cocina, se nota que sus guisos te están revitalizando —dijo Álvaro acercándose a la puerta y guiándola de la mano hasta uno de los sillones de mimbre dispuestos alrededor de la mesa del desayuno—. ¿Te acuerdas de los hermanos de Rodrigo De Vera, Alonso y Damián?

—¡Qué placer volver a verla, doña Mariana! ¿Cuánto tiempo hace desde nuestro último encuentro? Diez meses, un año tal vez, mucho tiempo, sin duda —dijo Alonso tomando su mano y besándosela.

—Mucho tiempo —dijo Damián imitándole—, mucho tiempo.

Mariana esbozó una sonrisa forzada y se sentó en una butaca de mimbre situada entre Alonso y Álvaro.

—Aquí, mis amigos y yo, estábamos comentando lo afortunada de nuestra sociedad. No sabes, Mariana, los hermanos De Vera han permanecido conmigo desde que nos despedimos en la Ciudad de los Ángeles. En principio, iban a regresar después del primer cargamento, pero el comercio entre las Filipinas y Nueva España es tan rentable que Rodrigo decidió dividir las fuerzas, con César y él en Puebla, encargándose del obraje, y Alonso y Damián en Manila. ¿Te gusta la sorpresa? Pensé que te animaría volver a verles.

Ella hizo un tímido gesto de asentimiento y se refugió en la taza de té humeante que Cándida le acababa de servir. Cuando alzó la cabeza y se atrevió a mirar a sus acompañantes, sintió la mirada punzante de Alonso clavada en sus pupilas.

—Doña Mariana, disculpe la pregunta, pero su luto... ¿Tenemos que lamentar la muerte de alguien? —preguntó Alonso con el tono más inofensivo posible.

Ella se demoró en contestar.

—Mi esposo falleció.

Álvaro dio un respingo casi imperceptible. Algo se había imaginado, pero hasta ese momento su amiga no había confesado qué le afligía. Él fue el primero en consolarla.

—Cuánto lo siento, Mariana —dijo tomándole la mano.

—Una gran pérdida, sin duda, para su merced y para la Ciudad de los Ángeles, pues su esposo, Francisco, era un hombre de mucha valía. Un físico excelente —comentó Alonso.

—Sí, sí, muy buen físico —repitió Damián.

Mariana se mordió el labio inferior intentando contener las lágrimas.

—Si me disculpan, voy a retirarme, no descansé bien.

Los caballeros se levantaron al verla ponerse en pie. Cándida, atenta a la conversación, le dio la mano para acompañarla hasta su alcoba.

—Aun en semejante trance, es una dama hermosa —comentó Alonso—. Y amigo, puede que me equivoque, pero en vez de volver a Sevilla con su familia o encerrarse en su casa en Puebla, ha venido en busca de tu consuelo. Eres afortunado.

—Soy como el hermano mayor que nunca tuvo —contestó Álvaro.

—¿Estás seguro?

—¿Qué insinúas?

—Cuando nos conocimos a la llegada de la flota, en Veracruz, estaba convencido de que la pretendías, y además de manera bastante abierta —se explicó Alonso.

—No te puedo negar que hace un año hubiera deseado estar en el lugar de ese médico y haberla hecho mi esposa, pero en el momento presente no estoy seguro de cómo podría encajar en mis planes, en nuestros planes. Romper mi compromiso con Alfonsina San Juan sería poner en peligro la relación con el gobernador, no sé. Además, estoy convencido de que Alfonsina será una esposa entregada y sumisa. Mariana es un torbellino, indomable, con una férrea voluntad.

—Justo el tipo de mujer que me gusta. Como familiar más cercano que eres, ¿me permitirías cortejarla? —preguntó Alonso.

Álvaro no contestó inmediatamente, pues la pregunta le pilló completamente desprevenido. No conseguía asimilar el recién nacido interés de Alonso De Vera por Mariana. Mariana era suya, solo suya, tenía que ser suya, y más ahora que el destino le había allanado el camino quitando de en

medio al galeno. Llevaba días dándole vueltas al asunto, había pensado que tal vez podría mantener las dos relaciones paralelas. Mariana no parecía tener ningún interés en formar parte de la sociedad española de Manila, disfrutaba de la soledad, especialmente ahora que se estaba recuperando de su pérdida. Tal vez podría proponerle viajar al valle de Cagayan, a la hacienda que había adquirido.

—Mariana está aún de luto, tendrás que esperar —contestó al fin.

—Por supuesto, esperaré, puedo ser muy paciente cuando me lo propongo —aseguró De Vera.

—Pero no te hagas ilusiones, puede que ella no te acepte.

—Estoy seguro de que conseguiré conquistarla —afirmó Alonso con una sonrisa enigmática en los labios.

María Jimena observaba a su hija Alma María dar sus primeros pasos apoyada en los gruesos dedos de su aya. Estaba a punto de cumplir un año de edad. Ahora que se iba acostumbrando a los ritmos de la maternidad y a los deberes y placeres conyugales, pensaba muy a menudo en su madre. No tenía a nadie con quien hablar de su ausencia, de las consecuencias de sus decisiones, de la añoranza de los suyos, de su padre, de sus hermanos. Al mirar a su hija, la punzada de culpabilidad por haber causado pesar a sus padres era más intensa.

Una de las sirvientas interrumpió sus pensamientos anunciando a la visita. Amadea entraba en la sala con los sofocos típicos de su estado.

—Querida amiga, ¡qué alegría! Pasa, ven, siéntate aquí a mi lado —saludó María Jimena, a quien el segundo embarazo aún no se le notaba demasiado, pues acaba de entrar en el quinto mes. Las dos jóvenes se abrazaron un instante—. ¡Hace tanto tiempo que no nos vemos! Disculpa que no haya ido a visitarte, los primeros meses de embarazo han sido un tormento, pero ya me encuentro mejor. Tú estás a punto, por lo que veo.

—Sí, creo que no llego al final de la semana, me siento muy pesada —contestó Amadea.

—No tendrías que haber venido a verme, podrías haber mandado recado con un criado y yo hubiera ido a visitarte.

—Me hace bien salir de casa. Además, necesitaba hablaros con urgencia.

—¿Cómo está don Brás?

—¡Ay, María Jimena! Estoy muy preocupada, en su última carta se le nota muy deprimido, temo que esté enfermo. De él quería hablarte.

La voz de Vincent Audenarden sonaba alterada mientras daba órdenes a gritos a los criados y se acercaba por el pasillo hasta la sala en busca de su esposa.

—¡María Jimena! ¡María Jimena!

—Disculpa —dijo la joven a Amadea mientras se levantaba e iba al encuentro de su esposo.

—¡Debemos irnos! Van a deportar a todos los españoles a Manila, no es seguro para ti seguir aquí.

—¿Irnos? ¿Ahora?

—Acabo de hablar con el gobernador, ha dado dos días para el abandono voluntario de la isla, después los españoles serán sacados a la fuerza de la colonia y sus bienes confiscados. Macao va a recibir de Juan de Braganza el título de *Cidade do Santo Nome de Deus de Macau, Não Ná Outra Mais Leal*, y a cambio pide un acto de lealtad de la ciudad hacia el nuevo rey de Portugal.

—¿A dónde iremos? Nuestro hijo, Vincent —dijo abrazándose el vientre.

—Lo más seguro ahora es ir a Batavia, mi tío es accionista de la VOC y seremos bien recibidos.

—¿Y Manila no sería más seguro? Nos escoltarían buques armados portugueses hasta allí.

—Los españoles no llegarán nunca a destino. Me temo que el capitán dará orden de deshacerse de ellos en alta mar, están en guerra con los españoles.

Vincent no se había dado cuenta de que Amadea escuchaba la conversación desde la sala.

—¿Doña Amadea? —se sorprendió al verla, la joven se había incorporado y se había acercado hasta ellos.

—Don Vincent, ¿he oído bien? ¿Piensan partir a Batavia? —preguntó la invitada.

—Así es, pero siendo portuguesa, su merced no debe temer, no creo que haya disturbios en las calles. Pero por si acaso, estos días permanezca en casa —le aseguró el flamenco.

—Hoy vine porque quería pedirle a su merced interceder por mi esposo ante el gobernador de Batavia, donde se encuentra prisionero desde la caída

de Malacca en enero. Es un milagro que justo ahora decidan partir hacia allí. Llévenme con ustedes, don Vincent.

—Es muy arriesgado llevarla con nosotros, está a punto de dar a luz, no querrá tener a su hijo en un barco. Le prometo que haré cuanto pueda para que don Brás sea liberado.

Amadea cayó de rodillas frente a sus amigos y cogió con fuerza las manos de Vincent.

—Hace seis meses que no veo a mi esposo, presiento que está muy enfermo. Llévenme con sus mercedes, se lo suplico. No podré soportar la espera —dijo rompiendo a llorar.

María Jimena intentó calmarla con dulces palabras apoyando la opinión de su esposo. Ella misma temía el viaje, pero no tenía más remedio que arriesgarse. Amadea estaría segura en Macao y su esposo volvería en poco tiempo. Sin embargo, la joven estaba desconsolada y no paraba de llorar.

—Vamos, no llores, tranquilízate, Amadea. Háblémoslo con calma —dijo María Jimena.

La joven pareció reaccionar, e intentando controlar la congoja, apoyada en el brazo de Vincent, se puso trabajosamente en pie. Un pinchazo en el bajo vientre le hizo dar un grito de dolor y doblarse hacia adelante. Hubiese caído al suelo si no hubiese tenido al flamenco sosteniéndola.

—¿Qué tienes, Amadea? —preguntó María Jimena muy alterada.

—Creo que... el niño... ya llega... ¡ay! —gimió la mujer.

—¡Llaman a la comadrona, rápido! —pidió María Jimena a los sirvientes que acudieron al grito.

Llevaron a Amadea a una de las alcobas de invitados. Cinco horas después daba a luz a un robusto varón asistida de la partera. María Jimena había permanecido a su lado durante el doloroso parto. Antes de quedarse dormida, Amadea tuvo fuerzas para hacerle prometer que la llevarían con ellos a Batavia. Su amiga no pudo negarse.

Mariana se había refugiado en la veranda. Al entrar se encontró con que el sangley también había escogido ese lugar para esconderse al ver llegar a sus antiguos amos del obraje. Ambos escuchaban en silencio la conversación que mantenían Álvaro y los hermanos De Vera justo debajo de ellos.

—He recibido confirmación de los portugueses. La transacción se llevará a cabo en la isla de Capul en dos semanas. Podemos aprovechar para

transportar parte de la carga con destino a Nueva España hasta la isla —dijo Alonso.

—¿Con tanto tiempo de antelación? —pregunto Álvaro.

—Veo innecesario traer la mercancía portuguesa de vuelta a los almacenes de Cavite para después transportarla de regreso a Capul cuando vaya a zarpar el galeón hacia Acapulco. Tenemos que evitar a los corsarios holandeses e ingleses, están siempre acechando al galeón. Si algo ocurriese, al menos no habremos perdido la mercancía.

—Podrían asaltar la isla. No sería la primera vez que la usan como lugar de emboscada —dijo preocupado el sevillano.

—Más probable me parece que estén merodeando por el embocadero del estrecho de San Bernardino. Nuestro gobernador mandará sin duda una escuadra para escoltar al galeón. Dudo que en estas fechas nos encontremos con velas enemigas, creo que tenemos el margen justo para salir airosos de la operación con el menor riesgo posible. Damián y yo negociaremos con los portugueses y permaneceremos en Capul hasta la partida del galeón. Tú encárgate de contar con la complicidad del capitán para poder estibar la carga. Corcuera estará conforme si le damos un porcentaje de las ganancias.

Las voces se alejaron hacia el borde de la laguna. Mariana les observó alejarse hacia el muelle, llegaban ahora palabras sueltas e inconexas de la conversación.

—¿Dónde está la isla de Capul? —preguntó la joven en voz baja.

—Al sureste de Manila —contestó Lucas.

—¿Por qué comercian con los portugueses allí?

—El Rey ha prohibido comerciar con ellos desde el alzamiento de Lisboa, no pueden aparecer por Manila, el gobernador tiene muchos enemigos que podrían denunciarle, pero permite su arribada a otros puertos.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Los españoles no se cuidan de hablar delante de un pobre sangley como yo.

—¿El Galeón de Acapulco hace parada en la isla de Capul?

—Así ha sido en varias ocasiones. Está en la ruta hacia las islas Marianas, y suele ser el mejor lugar para esperar vientos favorables antes de cruzar el Pacífico.

Los dos permanecieron en silencio observando las siluetas contra el sol del mediodía de los tres hombres. Habían avanzado hasta el pequeño muelle. El calor era sofocante, nubes de mosquitos les envolvían con su irritante

danza. Damián se quitó las pesadas botas y se dejó caer sobre las tablas del embarcadero, metiendo las piernas en el agua. Sumergió el sombrero completamente en el verdor acuoso y se lo volvió a colocar en la cabeza con una exclamación de triunfal desahogo. Mariana se volvió hacia el sangley, Lucas tenía la mirada fija en las aguas verdosas de la laguna.

—¿Cómo llegaste a la Ciudad de los Ángeles? —le preguntó.

—Me reclutaron en Manila como cargador de la Nao, y al llegar a Acapulco me escapé. Vagaba por los caminos cuando me encontraron los hermanos De Vera, eran ocho o nueve hombres a caballo, llevaban perros y me dejé atrapar. Me metieron en una carreta llena de indios y me llevaron al obraje —dijo hipnotizado por el chapoteo de los patos sobre el agua. Era la primera vez que Mariana le preguntaba algo sobre su vida antes de conocerse.

Como si hubiese escuchado los susurros de Lucas, Alonso se giró en ese momento hacia la casa y alzó la mirada. Sonrió al ver a Mariana asomada a la veranda y levantó la mano en señal de saludo. Ella le devolvió la sonrisa, pero inmediatamente después se dio la media vuelta y se ocultó en la alcoba. Le desagradaba la manera obscena con que la miraba ese hombre, pues aunque apuesto, tenía algo oscuro que la inquietaba.

—¿Crees que te ha visto? —preguntó a Lucas, que se había escabullido de la veranda atento a los movimientos de sus antiguos señores. Él permaneció en silencio con los ojos cerrados, escuchaba.

Mariana se asomó por las cortinas entreabiertas y vio cómo Álvaro y Alonso se encaminaban de vuelta hacia la casa. Damián seguía agitando los pies chapoteando como un niño grande mientras se entretenía en una competencia contra sí mismo lanzando escupitajos a las turbias aguas. Su grito desgarró la tranquilidad del paraje y ahuyentó a las aves que salieron volando en desbandada. Mariana vio con horror cómo una bestia escamosa del color de las aguas lanzaba sus fauces contra el hombre sentado y le atrapaba una pierna. Damián, fornido como era, de una patada conseguía librarse del monstruo acuático e intentaba escapar de su perseguidor lanzando alaridos y pidiendo auxilio mientras arrastraba la pierna mal herida. Alonso y Álvaro acudieron corriendo a su llamada, pero al llegar se encontraron con que el sangley, que se había descolgado por el balcón con una rapidez asombrosa, estaba encima del cocodrilo y cuchillo en mano libraba una batalla cuerpo a cuerpo con el animal. Damián lloraba y se agarraba la pierna sangrante mientras Álvaro le arrastraba a través del jardín, ayudado de Mariana y Cándida, que habían llegado momentos después para auxiliarle. Alonso apuntó

con su pistolón al enorme bicho que aún se debatía a dentelladas infructuosas contra el cuerpo fibroso de Lucas, quien seguía descargando cuchilladas en la rígida coraza escamada del animal, cuando encontró un hueco en el forcejeo entre hombre y bestia disparó. El poderoso reptil dio unos coletazos finales y soltó la mandíbula en un estertor definitivo.

Álvaro se había rasgado la camisa y había improvisado un torniquete en la pierna de Damián, con lo que logró contener la pérdida de sangre. Cándida le daba a beber licor mientras el hombretón, que seguía llorando y lanzando alaridos y maldiciones, daba grandes tragos de la botella hasta terminarla. Mariana se acercó a ver cómo estaba Lucas, que yacía exhausto tendido al lado del animal inerte. Tenía una enorme cola de dos metros de largo. Alonso permanecía con la mano extendida, sosteniendo la pistola aún humeante, apuntando al monstruo verdoso. Cuando se hubo asegurado de que no se movía, agarró el cuchillo que aún sostenía el sangley y abrió el vientre del animal desde el cuello al nacimiento de la cola. Después tendió la mano a Lucas para ayudarlo a incorporarse.

—Te agradezco tu rápida reacción —dijo mirando hacia abajo, desde su altura, al hombrecillo fibroso y ágil que había salvado la vida de su hermano.

Lucas no rehuyó su mirada. Tomó la mano que le ofrecía Alonso y se puso en pie frente a él. Alonso le contempló sin entender por qué su cara le era tan conocida. Después de un tenso silencio entre ellos, Mariana intervino.

—Lucas, ven, vamos dentro, tienes varias heridas que es mejor limpiar cuanto antes —dijo llevándoselo del brazo.

Alonso les siguió con la mirada. Justo antes de entrar a la casa, Mariana volvió la vista atrás. Alonso seguía observándoles, con el cuerpo rígido de la bestia a los pies, sonrió ya seguro de por qué le sonaban las facciones del sangley.

Los cánticos de las monjas del convento de Santa Clara de Macao se elevaban inundando la nave de la iglesia de melodiosos ecos que retumbaban en los gruesos muros devolviendo sonidos envolventes que penetraban hasta el alma. Arrodilladas frente al sagrario con la cabeza baja, las hermanas clarisas entonaban con los ojos cerrados, concentradas en la adoración al Señor. El oficial fue el primero en entrar a la nave, seguido de varios soldados; fuera quedaba una escolta en la escalinata de acceso y en la portería. Permanecieron en respetuoso silencio hasta que se apagaron los ecos musicales de las vísperas. Entonces el oficial encargado de tan espinoso asunto se adelantó hasta la verja de la clausura y alzó su voz para convencerse a sí mismo y al Altísimo de la trascendencia de su tarea.

—Hermanas, en nombre de don Sebastião Lobo da Silveira, gobernador de Macao y representante de nuestro rey João IV, debido a la guerra entre Portugal y el Reino de España, tengo orden de evacuar a todos los españoles de la isla.

Las mujeres se miraron unas a otras y empezaron a formar corrillos comentando la noticia. El murmullo de los bisbiseos de las mujeres fue todo lo que obtuvo por respuesta. El oficial, después de volver la vista hacia los soldados apostados en varios puntos de la iglesia para convencerse de su propia autoridad, continuó.

—Aquí tengo la lista de las hermanas que deben acompañarme. No teman, serán enviadas a Manila y podrán ingresar en el convento de Santa Clara de la ciudad. El murmullo creció. Las clarisas formaban ahora un círculo compacto, abrazadas unas a otras como un solo cuerpo. Rezaban unidas por última vez.

—Ejem, ejem —se aclaró la garganta el oficial—. Doña Leonor de Cural —dijo.

La madre abadesa permaneció oculta entre varias novicias, sin moverse. Ninguna delataría a sus hermanas españolas, pues las esposas en Cristo no

tenían más patria que la Iglesia. Leonor había sido una de las fundadoras del convento ocho años antes y de allí no pensaba moverse.

—Soy yo —afirmó una voz femenina.

La hermana María Magdalena dio un paso al frente y se colocó ante el oficial. No giró la cara hacia sus hermanas y no dedicó ni una última mirada a su carcelera. El hombre la observó brevemente.

—Gracias, hermana, por su colaboración —dijo antes de continuar leyendo la lista.

El resto de españolas fueron desmarcándose del grupo, una a una, serenas y con las manos recogidas en oración dieron los escasos pasos que las distanciaba de su comunidad hasta situarse cerca de la verja de hierro forjado, límite protector de su hasta ahora hogar, donde esperaba Lucía en nerviosa contención. El valor de la hermana María Magdalena, saliendo en defensa de la abadesa, les infundió confianza para seguir su ejemplo. Alguna de ellas había llegado con la madre superiora desde Manila cuando se fundó el convento, y aunque dejaban el lugar en el que habían sido llamadas a entregarse a Jesús, esperaban ser bien recibidas en su antigua comunidad. Por primera vez desde que conocían a sor María Magdalena se sintieron cerca de esa señora tan reservada de ojos tristes que, sin embargo, en ese momento de tribulación parecía irradiar una misteriosa alegría.

Sor Leonor se acercó hasta las seis monjas que partían y abrió la cancela de la clausura. El oficial se hizo a un lado para dejarlas salir. Lucía fue la primera en moverse, ansiosa por recuperar su libertad. Pasó por delante de la abadesa sin mirarla. Ella la tomó por el brazo y tiró de ella para abrazarla. Sor María Magdalena, que no se esperaba el gesto, se dejó abrazar.

—Por mí nunca sabrá que habéis salido de aquí. Perdonadme, solo quise protegeros. ¡Qué Dios os bendiga, hija mía! —le susurró al oído.

Lucía se separó de ella y la contempló brevemente con gesto serio. Sin mediar palabra, miró al frente, bajó los dos escalones que separaban la nave central de la clausura y se encaminó con la cabeza alta y el paso decidido hacia la salida. A su espalda, la abadesa impartía bendiciones de despedida y la comunidad entonaba un canto a la Virgen. No albergaba rencor. Su fe era más fuerte que nunca y contaba con la amistad de Amadea. Gracias a ella, y con la inspiración del Espíritu Santo, podría encontrar a su hijo.

Detrás de las hermanas salieron el oficial y los soldados en ordenada formación. A los pies de la escalinata de acceso a la pequeña plazoleta, frente a la iglesia, esperaba un carromato. El convento de Santa Clara había sido la

última parada en la caravana de deportación que había tenido como objetivo recorrer las distintas órdenes religiosas asentadas en la colonia portuguesa. Varios frailes franciscanos, dominicos y agustinos esperaban sentados en el carromato. Las seis monjas se acomodaron en el carro e inmediatamente después el oficial montado a caballo dio la orden de ponerse en marcha en dirección al puerto.

Los comerciantes españoles, que tenían dos días para partir, vendían sus mansiones y abandonaban Macao llevándose sus pertenencias y un cargamento de las preciadas mercancías chinas para vender en Manila. El puerto era un hervidero de actividad. Lucía miraba a su alrededor recordando el día en que había llegado a esa tierra extraña. Habían recorrido toda la costa africana hasta Goa, y finalmente, tras cuatro meses de viaje, habían anclado en la bahía de Macao, a las puertas del imperio chino. Sus acompañantes, comerciantes portugueses, creyéndola pariente de su supuesto benefactor, la trataron con las deferencias recomendadas por tan poderoso caballero, sometiéndola no obstante a una estrecha vigilancia. Nada pudo hacer entonces por escapar a su destino, y ahora pensaba aprovechar la ocasión para darse a la fuga a la primera oportunidad.

Los soldados ayudaron a bajar a las religiosas del carromato y las escoltaron junto con los frailes hasta los bajeles. Las cinco monjas se habían agrupado en torno a Lucía, a la que consideraban ahora su superiora, no solo por su ejemplar valor y la tranquilidad que derrochaba, sino porque era la de mayor de edad. Los remeros avanzaban entre los juncos chinos hacia el navío São Estêvão, anclado a media milla de la costa.

Una hora después, vigilando desde lo alto el trasiego de las naves en la bahía, el gobernador recibía en su despacho de la fortaleza de Nossa Senhora do Monte de São Paulo la confirmación de su capitán general del embarco de los castellanos.

A bordo del navío São Estêvão, Lucía observaba las maniobras de los marineros. Creyendo leerle la mente, la monja más joven, de apenas unos veinte años de edad, le preguntó:

—Sor María Magdalena, ¿cree que respetaran nuestros hábitos estos rudos hombres?

—No me llaméis así, aquí soy la madre Leonor —la regañó.

—Perdón, madre Leonor, ¿piensa que respetarán nuestra virtud?

Lucía echó un vistazo al plantel de hombres de mar y de guerra que tenían que acompañarles en el viaje y respondió sin mucha convicción:

—Roguemos por que así sea, hermana.

Los religiosos no eran los únicos viajeros, pues algunos comerciantes que se habían negado a obedecer la orden de evacuación eran deportados por seguridad antes de cumplirse el plazo, con sus familiares y criados, ya que el gobernador había asegurado al mandarín de Macao que evitaría los altercados y que el conflicto entre los dos reinos no afectaría al comercio con los sangleyes. Otros habían conseguido pasaje en el navío entregando una bolsa llena de monedas al capitán. Congregados en cubierta, observaban cómo se alejaban de la costa mientras se oían voces desesperadas pidiendo la protección de la Virgen Santísima. Por su parte, las hermanas de Santa Clara unieron sus voces cantando el *Salve Regina*. Solo Lucía permanecía en silencio, absorta en el vaivén de las olas, solo ella percibía el viaje como una liberación, pues había conseguido escapar de las garras de ese hombre.

El padre Quirós tenía verdadero afecto a los nativos que había cristianizado, y por eso aceptó ser el mensajero de Gonçalo y colaborar en la liberación de Inés, quien permanecía encerrada en las dependencias de la gobernación, después de ser trasladada de la sucia mazmorra en la que estaba encerrada en el fuerte San Salvador, a cambio de la información que proporcionaría el carpintero portugués para la defensa de la ciudad ante el inminente ataque de los herejes holandeses. El religioso había recibido un mensaje de los sangleyes para Gonçalo.

—La reunión será en el poblado taparri abandonado —había informado el padre Quirós.

—¿Algo más? —preguntó el gobernador Portillo.

—Es todo cuanto sé —afirmó el cura. Y volviéndose hacia Gonçalo, le dijo—: Ten cuidado, hijo.

—No se preocupe, llevará escolta —volvió a intervenir el gobernador.

—No —se había opuesto él—. Con todos los respetos que merece su autoridad, mi contacto es muy desconfiado, y si me ve aparecer con soldados sospechará algo.

—Es muy arriesgado, Gonçalo, podrías terminar en manos de los cazacabezas. La semana pasada mataron a varios soldados que fueron a Tanshui a negociar la compra de arroz —dijo preocupado el padre Quirós.

—No hay otra opción —afirmó él.

—Está bien. Entonces, en marcha. Y recuerda lo que nos jugamos —le había dicho el gobernador antes de partir.

—Descuide, gobernador, lo tengo muy presente.

El poblado taparri estaba completamente destruido, tal y como lo había encontrado después del tremendo tifón del año anterior. Sus habitantes habían abandonado el área después del temporal y las pocas cabañas que habían sobrevivido tenían las techumbres destrozadas y estaban ahora invadidas de hierbas crecidas. Miró en derredor, sintiéndose tan en ruinas como ese paraje selvático de chozas desbaratadas. Allí había nacido su hijo, que a punto estaba de cumplir dos años lejos de él. Poco sabía de su pueblo adoptivo, de sus cuñados. Algunas noticias llegaban cuando los misioneros volvían a Todos los Santos. Hablaban de varios poblados taparris dispersos, asentados en la costa y en las montañas, pero desconocía con cuál de ellos estaba su hijo. Se encontraba en una encrucijada en la que se había metido sin pretenderlo y no estaba seguro de poder proteger a su mujer en el fuego cruzado entre españoles y holandeses. Ansiaba y temía el ataque a partes iguales.

Vio aproximarse a dos sangleyes, machete en mano, abriéndose paso entre la vegetación. Gonçalo permaneció quieto, sin moverse, mirando fijamente a esos dos individuos. Cuando llegaron hasta él le preguntaron algo en su gutural lengua, de la que solo entendió su nombre, Gong Sha Le.

—Soy yo —dijo.

Los hombres intercambiaron unas breves palabras entre ellos, de las que tampoco entendió nada. Después, uno de ellos se desabrochó un pañuelo que llevaba al cuello y lo colocó sobre los ojos de Gonçalo. A ciegas, sintió que le ataban una cuerda a la cintura y le colocaban las manos sobre ella, sería sus ojos. Se pusieron en marcha. Subían un terreno empinado, sus botas se hundían en un barro acuoso, estaban cerca de un río cuyo rumor gorgoteaba a su alrededor. Los sangleyes, más ágiles, tiraban de él cuando se quedaba atascado. El calor era sofocante debido a la humedad intensa, pero peor sería al cabo de un mes, cuando empezaran de nuevo los huracanes y les obligaran a combatir a un enemigo de poder sin igual, de una fuerza incommensurable, de una rabia atroz que destrozaba todo a su paso. El terreno cambió bajo sus pies, ya no era mullido y resbaladizo, ahora pisaban piedra. Cuando le quitaron la venda de los ojos vio que se encontraba en una elevación rocosa, y se maravilló del paisaje suntuoso de verde arco iris que se encontraba debajo, donde el río fluía juguetón a sus pies, saltaba sobre las rocas y se perdía entre la vegetación para aparecer de nuevo un tramo más allá.

—Maestro —escuchó a su espalda.

Al girarse vio a Roujie, de pie, con la barba crecida. Los ojos, enrojecidos por innumerables jornadas sin descanso, hacían juego con el pañuelo carmesí que llevaba atado a la cabeza. Su pelo recogido en una trenza caía hacia delante sobre el hombro derecho. Parecía haber envejecido prematuramente desde la última vez que se vieron. Solo estaban ellos dos encaramados en esa enorme roca que formaba una terraza sombreada y cuya apertura en la falda de la montaña indicaba la existencia de una cueva: otro de los escondites del comandante de Zheng ZhiLong en isla Hermosa. Sus hombres habían desaparecido. Gonçalo esta vez no se cohibió y abrazó a su discípulo. Se arrepintió al instante, porque no era un gesto de afecto, sino de culpabilidad, ya que había prometido ayudarlo a expulsar a los españoles de la isla a cambio de su libertad y de una última oportunidad para enderezar su destino, y sin embargo, pensaba traicionarle para cumplir con otra promesa forzada por Portillo para liberar a su mujer india.

—Maestro —volvió a decir Roujie.

—Roujie, muchacho, esta caminata a ciegas me ha dejado exhausto, necesito sentarme, la maldita humedad de esta isla me tiene las rodillas destrozadas —dijo sentándose contra la pared rocosa.

Roujie se sentó a su lado. Los dos permanecieron unos instantes eternos en silencio contemplando la belleza esmeralda del paraje.

—¿Qué pasó? Me ha costado mucho comunicarme con vos, maestro.

—El gobernador pensó que me había fugado y me recluyó en una celda de castigo durante cuatro largos meses, dudaba entre ordenar mi ejecución o soltarme. Quería estar seguro de que podría reportarle algún beneficio antes de decantarse por una de las dos opciones.

—Os ha soltado.

Gonçalo asintió.

—¿A cambio de qué?

El portugués meditó. En el fondo, nunca había pensado engañar a ese muchacho convertido en pirata al que tenía un aprecio de padre.

—De información.

—¿Sobre el ataque?

Maradiaga volvió a asentir.

—Inés está presa, la atraparon los soldados antes de que pudiera escapar con nuestro hijo y el resto de la tribu a las montañas. Portillo tiene que ser capaz de repeler el ataque, solo entonces la dejará ir.

—Nosotros no tenemos prisa. El holandés tendrá que conformarse con hacerse con el norte de la isla un poco más tarde. Os doy mi palabra de que solo sabrá lo necesario para atreverse a enviar un destacamento de reconocimiento. Ahora, contadme.

Gonçalo intentó leer la honestidad de sus palabras en los ojos negros del sangley, pero solo encontró ante sí dos pozos oscuros que reflejaban su imagen emborronada, como si estuviese mirando a través de un cristal empañado. Saltó al vacío sin pensar en el valor de la palabra dada. Le relató todo lo que sabía del aprovisionamiento del fuerte, el número de hombres y el arsenal de armamento.

Mariana rezaba con el rosario en la mano sentada en una incómoda silla, a un costado del lecho donde yacía Damián De Vera. Hacía horas que Álvaro había salido en dirección a Manila en busca del galeno con sus inseparables guardianes. Alonso se había pasado la tarde en el jardín diseccionando al tremendo animal. Pensaba hacerse unas botas de montar con su piel. Iba a mandar disecar la testa de la bestia, que colgaría en un lugar de honor cuando decidiera por fin sentar cabeza y comprar una bonita casa donde procrear, junto a su bella esposa, un batallón de herederos del apellido De Vera. Miró hacia el ventanal de la alcoba donde habían trasladado a su hermano después del ataque del cocodrilo. Allí estaba ella y sería para él.

Lucas había vuelto a esfumarse después de que Mariana le limpiara y vendara las heridas. Oculto entre las sombras, observaba a Alonso De Vera. Como hiciera con el cocodrilo desde que llegaron a la casa, seguía sus movimientos adivinando sus intenciones, leyendo en los remolinos de agua su presencia acechante. Estaba seguro de que en cualquier momento podía atacar y lo haría ayudado por la invisibilidad que le daba el agua turbia, donde se movía sigilosamente antes de abalanzarse sobre su presa. Conocía a los hombres de su calaña y su instinto le decía que se las tendría que ver con él en una lucha cuerpo a cuerpo, a vida o muerte, o poner tierra de por medio y alejarse antes de que fuera demasiado tarde. Le vio girar la cabeza hacia la casa. Había identificado a su presa, el depredador estaba en movimiento.

Alonso entró sigilosamente a la habitación donde descansaba su hermano. Mariana no se percató de su presencia, absorta como estaba en el rezo. Tener a alguien a quien cuidar, así fuera ese sujeto de cortas entendederas, le había dado una excusa para dejar de bañarse en el mar de recuerdos en el que hasta

entonces pasaba horas sumergida, evocándole. Damián dormía ruidosamente después de la segunda botella de licor que Cándida le había dado a beber para aliviarle el dolor. Alonso se aproximó a la joven despacio, por detrás. Se arrodilló a su lado y posó su callosa mano sobre la de ella, que sostenía un rosario de finas cuentas de madera de rosa regalo de Álvaro y que cayó al suelo del sobresalto.

—Me habéis asustado —dijo librándose de su garra y recuperando el rosario caído.

—Sois un ángel, doña Mariana, os agradezco en el alma que recéis por mi hermano.

—No soy un ángel como decís, señor De Vera, solo hago lo que cualquier cristiano haría.

—Para mí vuestro gesto tiene un valor especial, es como miráis y tratáis todo lo que tocáis, quién fuera ese rosario que sostenéis para ser acariciado por vuestros dedos con esa devoción —Mariana se ruborizó sin poder evitarlo, hacía tiempo que no escuchaba palabras tiernas, y aunque Alonso no fuera santo de su devoción, no podía negar que sentía calor en las palmas de las manos.

La joven permaneció con la cabeza baja observando el rosario, que movía sin darse cuenta, como si contase sus cuentas de madera o hubiese retomado la oración a la Virgen.

—¿Os he incomodado? —preguntó Alonso.

—No, por supuesto que no —aseguró ella sin mirarle.

—Me alegro, porque mi halago es un deseo que espero pueda ser satisfecho cuando pase vuestro luto.

—Disculpadme, no os entiendo.

Alonso se colocó ante de ella, aún de rodillas, y le tomó de las manos entrelazadas alrededor del rosario.

—Os amo, doña Mariana, fervorosamente, desde la primera vez que os vi en el puerto de Veracruz, aunque entonces ni siquiera me atreví a imaginar que el destino pudiera darme una oportunidad.

—Por Dios, don Alonso, debéis estar de broma —dijo ella levantándose y caminando hasta el ventanal. El hombre se incorporó y la siguió.

—No bromeo, os quiero para mí. Nadie podrá protegeros como yo lo haré —dijo tomándola por el brazo y obligándola a girarse hacia él.

—No necesito protección, sé valerme por mí misma —dijo cruzando los brazos sobre el pecho.

—La Inquisición es como un pulpo gigante, sus tentáculos tiene largo alcance —dijo dándole la estocada de gracia—. Os habéis puesto pálida —añadió acariciándole la mejilla con la punta de los dedos—, pero no temáis, querida, yo no diré nada, ni siquiera Damián lo sabe, el pobre es un poco bocazas pero no tiene maldad, es como un niño grande, no sabe guardar secretos. Conocéis el genuino afecto que os tiene mi hermano Rodrigo, le causó mucho estupor saber de vuestra acusación, seguramente infundada, pues esos frailes son muy mal intencionados. Cuando me escribió contándomelo, le respondí a vuelta de correo asegurándole que no debía dar crédito a semejante calumnia. Conmigo estáis a salvo.

—Álvaro... —balbuceó Mariana sintiéndose desmayar.

—Álvaro no sabe nada, aunque tampoco creo que afectara en lo más mínimo la devoción que os tiene. Lo que me preocupa es que tan pronto como contraiga nupcias con su prometida, doña Alfonsina San Juan de Otazu, no le será tan fácil ocuparse de vos.

—¿Está comprometido?

—Sí, ya lo creo, y con una dama de alcurnia, nada menos que la sobrina del gobernador. Vuestro amigo es todo un galán.

—Yo... yo estoy de luto.

—Si vos lo decís, os creo, el dolor ha dejado su huella en vuestro hermoso rostro, y no os pediré que me digáis quién fue el que consiguió haceros suya, pues don Francisco no fue. Por cierto, el prestigioso galeno goza de buena salud y ha sido padre hace poco.

—Pase por aquí, doctor.

Álvaro irrumpió en la alcoba acompañado de un señor bajito, con una reluciente calva que sudaba copiosamente, y provisto de un maletín. Se acercó al lecho y observó al enfermo.

Se percató entonces el sevillano de la cercanía entre Alonso y Mariana, que no se habían movido del ventanal al verle entrar instantes antes. Alonso fue el primero en reaccionar ante el ceño fruncido de Álvaro.

—Amigo, te estoy profundamente agradecido, doña Mariana y yo estábamos rezando para que Damián conserve la maltrecha pierna.

Álvaro pareció relajar el gesto al escuchar la explicación de su socio. Mariana se giró hacia el ventanal y permaneció así, en trance, escuchando una y otra vez en su mente la velada amenaza de Alonso. ¿Qué haría si no cedía a sus requerimientos amorosos? La conversación con Alonso le había despertado los recuerdos. Habían sido hermosos los días en Puebla de los

Ángeles. Se acordó de Sebastián. Se sintió egoísta y mezquina por no haberle dedicado ni un solo pensamiento al pequeño hijo de don Emilio, huérfano y desvalido tan joven y al que había prometido cuidar. No había cumplido con él tampoco. Por Juan había renunciado a todo y qué poco había durado la felicidad de estar a su lado. ¿Sería su muerte un castigo del cielo por su entrega sin medida, por renunciar al camino trazado, por faltar a sus promesas, por la pasión de la que habían gozado sus cuerpos ansiosos? ¿Había dicho Alonso que Francisco ha sido padre? Se asombró de lo pronto que había rehecho su vida en su ausencia. Juan tenía razón cuando le aseguró que no le iba a resultar difícil encontrar una mujer que le quisiera. «Juan, Juan, amor, ¿por qué, Dios mío, por qué?». Se llevó la mano a la boca para ahogar la congoja.

Alonso se había acercado al lecho a observar cómo inspeccionaba el médico la pierna herida de su hermano. Álvaro la vio temblar, pues el cristal reflejaba las lágrimas que corrían desbordadas por su rostro. Pero no se acercó, tan solo la observó a la distancia.

El galeno sacó sus instrumentos, y dando instrucciones a los dos hombres para que sujetaran uno la pierna y otro los hombros para que el herido no se incorporase, se puso a coser las enormes dentelladas que habían abierto sangrientos cráteres en la carne de Damián, que de tan borracho que estaba solo gimió ligeramente y movió la cabeza de un lado a otro. Cándida había aparecido sigilosamente cargando otra botella de licor, que pensaba suministrarle en cuanto recobrarla la consciencia. Cuando el físico terminó las curas, vendó las heridas y entregó un emplasto a la sirvienta. Damián siguió durmiendo. Alonso y Álvaro acompañaron al galeno hasta el muelle, donde Facundo esperaba en la barcaza para llevarle de vuelta a Manila. Tras agradecerle sus servicios y pagarle los honorarios, permanecieron en el muelle observando cómo se iban desdibujando las figuras en la distancia.

—Este incidente cambia un poco los planes —dijo Álvaro.

—Sí, viajaré solo a Capul y volveré con la mercancía que adquiera de los portugueses. No puedo ausentarme tanto tiempo. Además, ahora tengo un motivo más poderoso para permanecer en Manila —dijo mirando hacia la casa mientras Álvaro prefería ignorar el comentario—. Te agradezco que hospedes a mi hermano hasta que se recupere de las heridas. Marcharé mañana temprano al puerto para preparar el viaje. Zarparé en tres días.

La noche llenó de sonidos selváticos la casa de campo. Mariana se había refugiado en su alcoba tras la partida del médico y tomó una frugal cena a

solas en la veranda. Cuando los caballeros se hubieron retirado a descansar, una silueta flaca y elástica trepó silenciosamente por la palmera y saltó sin ruido sobre la balconada. Mariana no se asustó, conocía sus sigilosos movimientos.

—Debemos irnos —dijo Lucas poniéndose en cuclillas frente a ella.

—No tenemos a dónde ir, ni cómo mantenernos donde sea que fuésemos. Además, tengo que averiguar algo —replicó ella.

—Ese hombre tiene las fauces afiladas.

—Lo sé. Pero sale de viaje en breve, eso nos dará margen para que se me ocurra qué hacer.

Las estrellas formaban trapecios de diamantes en el negro firmamento. Unas nubes juveniles molestaban el fulgor de la luna.

—¿Cuán lejos estamos de los astilleros? —preguntó Mariana.

—¿De Cavite? A unas seis leguas, a tres horas de travesía si no encallamos con los mangles.

—Podríamos ir y volver en el día. ¿Puedes hacerte con una embarcación?

—Sí.

—Entonces, mañana en cuanto salgan los señores, partiremos a Cavite —anunció Mariana.

Los tres hombres descendieron de la panga y caminaron por la vereda de las palmeras del canal *Tijgersgracht* resguardándose del intenso sol bajo sus emplumadas sombras. El río estaba animado con numerosas barcazas que se deslizaban sobre las calmas aguas a lo largo del canal. Si no hubiese sido por esos árboles tropicales, el calor pegajoso y las nubes de mosquitos podrían haber creído estar de regreso en Ámsterdam, pues tanto se parecía Batavia a su hermana mayor, con sus altas casas de piedra y sus tejados triangulares, aunque sus habitantes le daban un color especial, con su tez tostada y su porte exótico. Pocos holandeses optaban por el negro en ese entorno caluroso, abundaban las sedas de colores brillantes llegadas de la India y China. Las esclavas balinesas, con sus faldas de vuelo, sus camisolas escotadas y los cabellos recogidos en altos moños mostrando unos cuellos esbeltos caminaban entre los transeúntes con fardos en la cabeza.

Los tres hombres avanzaron en dirección norte, hacia el castillo, al que accedieron cruzando el puente sobre el foso por donde fluía el río Ciliwung. Se identificaron en el control de guardias y accedieron a la plaza fortificada por el portalón sur. Dirigieron sus pasos hacia el despacho del gobernador, que les había convocado para una reunión. Llevaban varios meses de inactividad en las tabernas del puerto, oteando el horizonte, indagando sobre su capitán en las naves que arribaban cada día y matando las horas jugando a los naipes y retozando como cachorros con hermosas mestizas.

Anthony Van Niemen, gobernador general de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, presidente del Consejo de Indias, y desde la toma de Malacca el hombre más poderoso de los mares de la región, estaba en vías de convertirse en el gobernante más exitoso de la República de las Provincias Unidas. De comerciante fracasado había pasado a las Indias en busca de fortuna. Y la obtuvo, pues el entonces gobernador y verdadero artífice del avance holandés en Oriente, Jan Pieterszoon Coen, se fijó pronto en el talentoso oficial, al que apadrinó convirtiéndole en director general de

Comercio de las colonias asiáticas y miembro del Consejo de Indias. Ahora, a sus cuarenta y ocho años, estaba en la cúspide de su carrera.

Anunciados por su secretario, los tres hombres permanecieron en silencio esperando a que Van Niemen hablara primero. De pequeña estatura, destacaba por su sobriedad, pues vestía a la moda protestante con telas oscuras adornadas con grandes cuellos y puños bordados de inmaculado blanco. Se inclinaba sobre unas cartas náuticas y trazaba con el dedo una ruta invisible por la inmensidad oceánica aún inexplorada. Su fino bigote y su perilla puntiaguda se movían siguiendo los susurros de sus labios. Sus ojos inteligentes tramaban una nueva aventura.

—Caballeros —dijo alzando la cabeza.

—Buenos días, gobernador —contestó el líder.

—¿En qué estado se encuentran vuestras naves?

—Han sido reparadas y están listas para zarpar en cualquier momento, en cuanto llegue nuestro capitán —volvió a hablar el líder.

—¿Para cuándo se espera su llegada, capitán Da Silveira?

—En su última carta anunciaba estar en las islas Marianas esperando para poder navegar rumbo a las Filipinas, y de allí a Batavia, gobernador.

—¿Hace cuánto de eso? —preguntó de nuevo Van Niemen.

—Cuatro meses ha que recibí la carta, que estaba fechada un mes antes —Tomé parecía preocupado y miró a sus acompañantes, Rui y Keled, que empezaban a sospechar como él que algo le había ocurrido a su amigo.

Anthony Van Niemen se acarició la barbilla observando con detenimiento los rostros bronceados de esos hombres.

—Necesito que en nombre del capitán Van der Meer pongan sus barcos a mi disposición.

Tomé respiró hondo. La inactividad estaba empezando a pasar factura a la tripulación ociosa, pues cuanto más tiempo pasara más difícil sería ponerles en marcha y someterles de nuevo a la disciplina. El trabajo en las naves estaba terminado, aunque seguían haciendo turnos de limpieza y vigilancia, pero esas actividades no eran suficientes para evitar que se desmandaran y empezaran a cometer tropelías en la ciudad, pues estaban acostumbrados a combatir al enemigo y a saquear sus posesiones.

—A sus órdenes, gobernador —contestó Tomé da Silveira.

—Gracias, capitán, os enviaré instrucciones en los próximos días. Es todo.

Los tres hombres caminaron en silencio de regreso al puerto. Negros nubarrones parecían ocultar la brillantez del sol en ese día de cielo despejado. Pero era solo un espejismo de sus funestos pensamientos. Ninguno se había atrevido hasta entonces a expresar en alto su preocupación, conocían a Hans, era indestructible. Sin embargo, no podían negar lo que sutilmente se había sugerido minutos antes en el despacho del gobernador.

Keled fue el primero en hablar.

—¿Qué será lo que está demorando su vuelta? —preguntó el jolonés.

—Es esa mujer, aunque os confieso que no puedo culparle, era muy hermosa —dijo Rui intentando aligerar el mal presentimiento que les embargaba a todos.

—¿Y si decidió dejarlo todo por ella, olvidarse de nosotros y convertirse en un hombre de bien? —esta vez fue Tomé quien habló, y aunque ni él mismo se creía tal suposición, prefería mil veces creerle vivo y llevando una vida acomodada en algún rincón del mundo que muerto en un ataque o tragado por las aguas oscuras del océano.

Habían retomado la falúa y navegaban ahora por el canal *Steenhouwers*.

—Me preocupa la falta de noticias, no es normal —se sinceró Tomé, dejando reposar el remo por unos instantes mientras observaba la tensión de los músculos de Keled al remar.

—No hay mucho que podamos hacer —dijo Rui.

—Tal vez sí —afirmó Keled—. Capitán —dijo dirigiéndose a Tomé, quien había asumido el mando de la pequeña flota de tres naves en ausencia de Hans—, mande uno de los barcos a recorrer la distancia entre las Filipinas y las islas Marianas. De haber llegado a Manila habría mandado aviso, algo le pasó en ese trayecto.

Keled tenía razón, admitió Tomé, pero había dado la palabra al gobernador y contradecirle les pondría en serios aprietos. Decidió arriesgarse.

—Está bien. ¿Estás preparado para comandar la Reina Ester?

—Será un honor —contestó Keled emocionado.

Cándida observó desde el porche la marcha de don Alonso De Vera y los trozos escamosos del cocodrilo que se llevaba con él, y acto seguido subió a avisar a su señora.

—Ya podéis bajar, mi niña.

—Gracias, Cándida. ¿Dónde está Álvaro?

—Debe de estar en el estudio, preparándose para partir.

Mariana tenía algo muy importante que hacer ese día, por eso decidió dejar el luto por una jornada y usar uno de los costosos vestidos con que le había obsequiado Álvaro. En su busca, bajó al primer piso y se encaminó al estudio.

—Buenos días —dijo al entrar.

—¡Mariana! Te has puesto uno de los vestidos de seda, estás preciosa —dijo yendo a su encuentro—. Ven, pasa, siéntate.

La joven se dejó guiar hasta una butaca situada ante la mesa donde Álvaro trajo documentos unos instantes antes. Acomodada Mariana, Álvaro tomó asiento del otro lado de la mesa, frente a ella.

—¿Cómo te sientes? Se te ve mucho mejor —le preguntó atento.

—Estoy mejor —quiso convencerse a sí misma, pues ese día iba a luchar con todas sus fuerzas por mantener sus recuerdos bajo llave—. Me ha dicho Cándida que partes.

—Sí, tengo que ir a Manila a tratar unos asuntos, pero volveré por la tarde.

—¿Tienen esos asuntos que ver con tu prometida?

Mariana le miró desafiante, sus pupilas brillaban con un fulgor iracundo. Estaba dolida con Álvaro y enfadada consigo misma por haber quedado con Alonso como una estúpida.

Si Álvaro estaba sorprendido, no lo expresó. Más bien confirmaba sus sospechas sobre hasta dónde estaba dispuesto a llegar Alonso para conseguir lo que quería.

—Alonso no debió decírtelo.

—No, debiste decírmelo tú. ¿Por qué?

—¿Por qué no te lo conté? Mariana, llegaste a mi puerta demacrada, con ropas de campesino filipino, descalza y con ese sangley como único acompañante. Te pasaste días enteros sin hablar, sumida en la oscuridad de tu alcoba. Casi sin probar bocado, te oía llorar a través de la puerta y por las noches me despertaban tus gritos de angustia. No quería producirte ningún pesar más. Viniste a mí en busca de protección, de ayuda, y quise esperar hasta que estuvieses recuperada. Perdóname, sabes que de haber sabido que Francisco había fallecido, no me habría comprometido.

—Francisco no ha fallecido.

—¿Cómo que no ha fallecido? Pero dijiste que tu esposo había muerto y que por eso estabas de luto.

—Sí, eso dije, y es verdad, pero no me refería a Francisco. No fue él con quien me desposé.

—¿Cómo que no te casaste con Francisco? ¿Con quién te casaste entonces? —Álvaro no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—Ya no importa con quién, está muerto.

—Pero...

Mariana le detuvo con la mano para que no siguiera hablando, se levantó y se puso a caminar por el despacho intentando controlar la angustia, pues los recuerdos estaban a punto de romper el candado. Se pellizó las manos para contener el dolor que emanaba de la herida abierta en el pecho.

—No me preguntes nada, te lo ruego. Cuando esté preparada para hablar de él, lo haré.

Álvaro asintió. Mariana cambió de tema. El cofre permanecía cerrado, el dolor contenido.

—Entonces, ¿qué son esos asuntos que te llevan a Manila?

—He prometido llevar a Alfonsina y a su madre a la capilla del pueblo de Mahalat, y luego tengo una reunión con Fernando Méndez. ¿Te acuerdas del matrimonio Méndez, don Matías y doña Teresa?

—Sí, claro.

—Fernando es hermano de Matías, y gracias a él participo del comercio del Galeón de Manila —el reloj de pared dio la hora y Álvaro se acercó a Mariana para besarla en la mejilla—. Se me está haciendo tarde, debo irme, te veré más tarde.

Antes de salir del estudio se giró y dijo:

—Ah, y no te preocupes por Damián, Cándida lo mantendrá borracho durante un par de días más.

En cuanto Álvaro hubo partido junto a Facundo y Cipriano, pidió a Cándida que avisara a Lucas.

—¿Me buscabais? —preguntó el sangley.

—Sí, prepara la embarcación, nos vamos a Cavite.

El São Estêvão se deslizaba por un mar en calma, las suaves ondulaciones de las olas bamboleaban la nave como si de una cuna se tratase. Las nubes bajas envolvían en un manto de algodón etéreo a los moradores del caserón flotante,

refrescando el ambiente. Pasada la desazón por tener que abandonar sus hogares, los viajeros disfrutaban de la travesía. Las hermanas de Santa Clara seguían la regla en todo lo que les era posible. Lucía, que había asumido la personificación de la madre superiora del convento de Macao, ejercía su labor dirigiendo los rezos y marcando el ritmo de las jornadas. Se mantenían apartadas, enclaustradas la mayor parte del tiempo en uno de los habitáculos bajo la cubierta superior. Lo hacían por necesidad de recogimiento, pero también para evitar malos pensamientos en los marineros y soldados que viajaban con ellas. Solo salían a cubierta al amanecer para rezar las laudes.

El momento de silencio diario fue interrumpido por unas carreras sobre sus cabezas, les llegaba el eco de la voz del capitán dando órdenes. Parecía que algo estaba sucediendo.

—Hermanas, mantengan el silencio, voy a ver qué pasa —dijo Lucía.

La mujer subió por la escala sujetándose con una mano a la maroma y con la otra el hábito para no tropezarse. Asomó la cabeza tocada por la escotilla, los otros viajeros ya estaban en cubierta asomados a la baranda a lo largo del lado izquierdo de la nave. Delante de ellos, los soldados parapetados tras los flacos de la nave por babor apuntaban con los arcabuces a la distancia. Los cañoneros también estaban en posición en la cubierta de la primera batería, de la segunda y en la cubierta principal de dieciséis cañones. Volvió la cabeza hacia popa. En la toldilla, el capitán hablaba con el contraamaestre, y a su lado varios oficiales escuchaban el intercambio de opiniones entre los dos. Se acercó a uno de los frailes que permanecía oteando el horizonte.

—Fray Julián, ¿qué ocurre?

—El vigía ha avistado una nave —dijo señalando la cofa del mayor.

Lucía miró en la dirección en la que otros pasajeros lo hacían.

—Yo no veo nada, hay mucha bruma hoy.

—Ya, yo tampoco, pero él está seguro.

—Voy a hablar con el capitán —Lucía se dirigió hacia la popa, subió primero al alcázar y de ahí ascendió a la toldilla, interpelando al capitán directamente—. Capitán Ferreiro, ¿qué está pasando?

—No pasa nada, hermana, vuelva a sus rezos —le espetó el portugués.

—Soy la madre Leonor, y no, no pienso volver a mis rezos hasta que me explique qué pasa.

Ferreiro se dirigió a su contraamaestre:

—Adelante la virada por avante.

El hombre hizo una inclinación de cabeza y seguido de dos oficiales fue a dar las instrucciones al timonel y a informar a la marinería y a la soldadesca de las maniobras.

—Hemos avistado una nave, fueron unos segundos, lo suficiente para que mi vigía viera con claridad la bandera de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales. Creemos que es una nave corsaria, pero ahora, con esta niebla, no es posible estar seguros, y cuando lo estemos tal vez sea demasiado tarde y los tengamos encima. Están a barlovento, en posición privilegiada para atacarnos, no tendríamos opción en un ataque. Estoy ordenando cambiar el rumbo.

—Entiendo.

—Le voy a pedir encarecidamente que rece con sus hermanas para que sople viento que nos permita tener mayor visibilidad.

—Gracias —dijo escuetamente Lucía, que bajó con cuidado los escalones empinados del castillo de popa para encontrarse con la mirada curiosa de fray Julián, que la esperaba.

—Y bien, ¿qué ha dicho el capitán?

—Podría ser una nave holandesa, nos pide que recemos para que se levante viento que barra la niebla.

—¡Señor, aviados estamos con los herejes! —exclamó fray Julián mirando al cielo.

—Avisad al resto de religiosos, por favor, y transmitidles la petición del capitán —dijo alejándose en dirección a la escotilla por donde había subido a cubierta.

Las clarisas seguían en silencio, de rodillas con las cabezas bajas, rezando. La más joven, sor Verónica, se había asomado a la escotilla, y al ver a Lucía dirigirse hacia ella bajó apresuradamente por la escala, esperándola ardiendo de curiosidad y abordándola tan pronto como puso un pie en el entarimado de madera.

—¿Qué pasa, madre Leonor?

—Hermanas —dijo pidiéndoles atención—, el capitán nos pide que recemos para que Dios Nuestro Señor nos mande un poderoso viento que barra la niebla. Parece que se ha avistado una nave enemiga —un murmullo de preocupación recorrió el habitáculo—. Encomendémonos a nuestra madre Santa Clara en estos momentos de angustia —dijo con voz firme, casi esperanzada. «¡Holandeses, eran holandeses!».

A las dos horas se comprobó acertada la decisión del capitán Ferreiro, pues la bruma se volvió más ligera y su espesor permitía ahora abarcar con claridad el horizonte. Habiendo realizado la virada, el enemigo se encontraba a estribor perfectamente visible, eran dos naves. Sin embargo, apenas soplaba viento. Un cañonazo de aviso cruzó por el espacio celeste y se hundió a poca distancia del São Estêvão.

Las monjas, que habían permanecido recogidas en discreto rezo, se sobresaltaron al escuchar el estallido. Lucía no pudo evitar que algunas de ellas subieran a la cubierta principal para averiguar qué estaba pasando.

—¡Son holandeses, son herejes holandeses! —se escuchaba entre los deportados.

—¡Virgen María Santísima! —se santiguaron varias hermanas.

A Lucía le latía el corazón con fuerza. Alargó la mano un momento, la ilusión le hizo imaginar que estaban a su alcance, demasiado cerca para ser cierto. Tenía que evitar por todos los medios un ataque. Buscó al capitán entre el barullo de hombres en cubierta.

—¡Capitán! ¡Capitán Ferreiro! —dijo llamándole a distancia y corriendo hasta él.

—Ahora no tengo tiempo de hablar con su merced, haga el favor de volver a su camarote.

—Capitán, tiene que evitar el derramamiento de sangre, estamos en desventaja, además a ellos tampoco debe interesarles un enfrentamiento, pues de otra forma ya habrían atacado. ¿O me equivoco?

—¿Qué propone?

—Parlamente con ellos.

—No me haga reír, señora, con los piratas no se puede dialogar, uno se defiende a fuego.

—Tal vez la Providencia esté de nuestro lado, o si no, ¿de qué sirve llevar carga religiosa tan extensa en sus despensas?

—Me va a hacer arriesgar a dos de mis hombres por sus escrúpulos —bufó el capitán, aunque en su fuero interno no veía tan descabellada la idea de la monja—. Está bien —dijo después de observar por el catalejo los movimientos de los capitanes holandeses en las naves enemigas.

Poco después descendían un bajel sobre el agua, dos marineros se acomodaban dentro y empezaban a remar en dirección a las naves enemigas.

—Rece para que no los hundan de un cañonazo —le espetó el capitán.

El silencio se había hecho en la cubierta del navío portugués. Todos estaban pendientes de los dos hombres que estaban arriesgando sus vidas para poder salvar la de los demás. Las olas ocultaban momentáneamente la embarcación, para elevarla después sobre la espuma esponjosa de la inmensidad oceánica. Los marineros remaban con brío. Media hora después trepaban por la escala que los holandeses les habían tendido. El encuentro fue breve. El capitán Ferreiro observaba el intercambio a través del catalejo. Tenía a Lucía tirándole de la manga de la casaca.

—¿Qué está pasando, capitán?

Él no respondió, atento a los labios lejanos del dirigente de la nave enemiga. Poco después los marineros volvían a bajar por donde habían subido, se dejaban caer en la barca atada con un cabo y remaban de regreso. Ferreiro sabía que tenían una remota posibilidad de salir con bien del lance y que todo dependía de las exigencias que plantearan los herejes.

—¿Y bien? —preguntó cuando sus hombres hubieron saltado la baranda y hubieron recuperado el resuello con un buen trago de vino de una bota que les tendió uno de los marineros.

—Capitán, nos preguntaron qué llevamos a bordo.

—¿Qué les dijisteis?

—Lo que su merced nos indicó, un puñado de frailes y monjas expulsados de Macao.

—¿Qué más?

A su alrededor se había formado un corrillo de almas en vilo. La marinería estaba colgada de las jarcias escuchando las respuestas de los valientes. Los soldados seguían en posición, pero volvían la cabeza hacia el círculo humano en cubierta.

—Querían saber qué llevamos en las bodegas. He sido sincero, pues seguro estoy de que antes de llegar a un acuerdo vendrán a inspeccionar.

—Bien, has hecho bien. ¿Han aceptado mi propuesta?

—Más o menos, capitán.

—¿Qué quiere decir eso? ¡Habla! —se impacientó Ferreiro.

—Pues que aceptan quedarse con la mitad de la carga, como propuso, capitán, pero además quieren llevarse a las mujeres y a los hombres jóvenes.

Esta última afirmación provocó un ataque de gritos por parte de los pasajeros, especialmente de los comerciantes que viajaban con sus esposas e hijos.

—No puede consentirlo, Ferreiro, se lo advierto —amenazaba uno.

—¡Peleemos! —gritaba otro.

—Calma, señores, calma —pedía el capitán.

Las monjas se habían arremolinado alrededor de Lucía. Las condujo hacia popa, apartándose un poco del tumulto que se había formado bajo el palo mayor.

—Hermanas, hemos sido llamadas a una entrega total a Nuestro Señor Jesucristo y como él, si es necesario, debemos aceptar el martirio. Voy a aceptar ser canjeadas por la libertad de los demás. Si alguna, en conciencia, no está preparada para semejante sacrificio, puede negarse. —Todas permanecieron en silencio mirándose unas a otras, con los ojos asustados y las manos prietas. Ninguna habló—. Está bien, voy a comunicarle la decisión al capitán Ferreiro.

Lucía se acercó hasta el capitán que discutía acaloradamente con dos de los comerciantes que más tenían que perder, pues contaban con esposas jóvenes e hijos en la adolescencia.

—Capitán, capitán —dijo tocándole en el hombro.

Ferreiro se giró y al ver a la madre Leonor hizo un mohín de disgusto.

—¿Qué quiere ahora?

—Quería comunicarle que las hijas de Santa Clara aceptamos ser el botín de esos holandeses —el capitán se quedó con la boca abierta, como pez fuera del agua—. No ponga esa cara de pánfilo, me ha oído bien.

—Sí, lo he oído y se lo agradezco —reaccionó Ferreiro.

—Tendrán que conformarse con nosotras, nadie más, capitán.

Tal y como advirtiera el marinero, varios piratas holandeses arribaron más tarde e inspeccionaron la nave de arriba abajo con el consentimiento de Ferreiro, llevándose de regreso la propuesta con ellos. El cruce de mensajes entre la nave portuguesa y la capitana corsaria duró varias horas. Finalmente, se alcanzó un acuerdo: dos tercios de la carga y las monjas.

—Bienvenidas a bordo —las saludó el corsario holandés en perfecto portugués.

Era un hombre joven, delgado, de ojos vivarachos. Vestía con elegancia: portaba peluca, un gran sombrero negro de ala con una pluma roja en lo alto, una casaca con bordados de oro del mismo color que la pluma y una gran espada colgada del cinto.

—Están a bordo del patache Azote de Fuego, soy su capitán.

Lucía miró los estandartes izados. Una gran V ondeaba en lo alto, escoltada por una O y una C en la retaguardia, escondidas entre sus aspas. El símbolo de la VOC, la Compañía Holandesa de las Indias Orientales.

—Yo soy la madre Leonor, estas son mis hermanas sor Sagrario, sor Rosario, sor Amparo, sor Dolores y sor Verónica, somos clarisas —dijo Lucía.

—Su valentía las honra. —Y haciendo un gesto con la cabeza a uno de sus hombres, añadió—: Serán llevadas a un camarote. Usted, madre, pase por aquí, debo explicarle en qué situación se encuentran.

—Antes quiero que me dé su palabra de honor de que la honra de mis hermanas será respetada.

—Por supuesto, señora, tiene mi palabra —dijo el capitán.

Lucía dio ánimo a sus hermanas con la mirada y siguió al capitán hasta su cabina de mando.

—Tome asiento, por favor —dijo indicándole una butaca forrada de terciopelo.

Lucía miró a su alrededor. El espacio estaba ricamente decorado, pero un elemento le llamó especialmente la atención. Un *menorah* de plata, el candelabro de siete brazos símbolo del judaísmo, brillaba sobre un mueble alto.

—¿Es usted judío?

El corsario asintió.

—Supongo que un vil hereje para su merced —dijo sarcástico.

—Hay cosas peores en la vida, joven —replicó ella.

—¿Sí? Ilumíneme con su sabiduría, madre —pidió con tono irónico y una media sonrisa dibujada en sus labios.

—Peor es no tener identidad, estar en medio de dos mundos sin saber a cuál pertenecer, ni de tierra ni de mar.

—Para esos se hicieron los barcos, madre, para navegar entre los dos mundos —dijo esbozando una amplia sonrisa y mostrando dos hoyuelos cerca de las comisuras de los labios que le aniñaban los rasgos. Se hizo el silencio entre ellos.

—Verá —comenzó—, las mujeres blancas son un bien escaso en estos lares.

Lucía abrió mucho los ojos temiendo escuchar las palabras que rebotaban en su mente y hacían temblar su pensamiento.

—Temo comunicarle que sus hermanas dejarán de serlo muy pronto.

—¿Cómo se atreve?

—¿No pensaría que respetar su honra significaba encerrarlas en el convento más cercano? ¿Qué tipo de botín sería ese? —dijo el corsario con una sonora carcajada—. No, señora. Puedo evitar que reciban las caricias hambrientas de mis hombres, pero en cuanto lleguemos a puerto serán asignadas a los oficiales de la compañía. Si ponen resistencia, serán vendidas como esclavas. Si son dóciles y amorosas, encontrarán un esposo que vele por ellas.

—Yo soy demasiado vieja para eso.

—Para usted tengo otro destino, tal vez más amable, si quiere verlo así.

—Diga.

—Mi madre está enferma, su mente viaja por otros mundos distintos a este, y aunque tenemos sirvientas y esclavas, no son la compañía que deseo para ella. Quiero que usted se ocupe de cuidarla.

—¿Y si me niego?

—Será vendida como esclava y terminará sus días limpiando la casa de algún comerciante.

Se midieron con los ojos. A pesar de las maneras educadas y de la vestimenta colorida, el corsario tenía dos témpanos de hielo por ojos, fríos y calculadores. Lucía terminó aceptando el trato.

—Dígame, entonces, ¿a dónde nos dirigimos?

—A Batavia —contestó el corsario con una brillante sonrisa bailándole en los labios.

El astillero en Cavite era el más grande y mejor equipado de las islas Filipinas. Cebú, Albay, Marinduque, Mindoro, Camarines o Pangasinan miraban con envidia cómo la ribera de Cavite era preferida una y otra vez para la construcción de los galeones. Además, resultaba más barato que fabricarlos en México o Cuba, por lo que la actividad en el astillero era intensa. Durante la construcción de una nave se empleaban más de un millar de carpinteros y varios miles de chinos y filipinos ayudaban en las tareas más dispares; reclutados a la fuerza en Manila y en los poblados cercanos, se les pagaba en raciones de arroz y al final del año recibían un irrisorio estipendio; muchos eran los que morían de agotamiento y hambre.

Cavite, la península en forma de anzuelo, sobresalía alargada en el lado oeste de la bahía de Manila extendiéndose desde la entrada del puerto, la Estanzuela, hasta la punta del Sangley, donde se alzaba la fuerza de San Felipe, que con sus cuatro baluartes defendía puerto y ciudad del asedio y ataques de holandeses e ingleses.

Atravesaron la pequeña ciudad en dirección a los astilleros. Lucas dirigía la marcha con Mariana siguiéndole los pasos pocos metros por detrás, sujetándose la falda para no embarrarse el ruedo del vestido con el lodo de las sucias callejas. En tan reducido espacio, entre las casas de la administración civil y militar, abundaban conventos e iglesias. La Compañía de Jesús, la Orden de San Juan de Dios, los recoletos, Santo Domingo y la Soledad desempeñaban sus labores misioneras en el poblado de San Roque y desde allí extendían el nombre de Jesucristo hasta el último rincón de la isla de Luzón.

Cruzaron una de las puertas de acceso a los astilleros, que comunicaba con el fuerte San Felipe, situado entre el puerto y la pequeña ciudad. A su alrededor, los barracones de oficiales y soldados, almacenes para mástiles, anclas, cables, aparejos y otros cordajes, talleres de las distintas artesanías involucradas en la construcción de los buques, una fundición. A lo largo de la costa, naves pequeñas y grandes en construcción. Dársenas para cargar los

buques de mercancías, dársenas para aprovisionarlos de armamento, el tanque de agua para proveer de elemento tan esencial al puerto y a sus barcos durante la travesía. Además, en un amplio espacio de costa, se encontraban el puente para la carena y la herrería donde se producían los utensilios necesarios para la construcción y reparación de los castillos flotantes: hachas, sierras, mazos y azuelas.

Lucas se paró de golpe en medio del bullicioso ambiente, sentía los recuerdos sobrevolando como moscas molestas a su alrededor con su zumbido hipnótico.

—Maradiaga, aquí te traigo a estos tres, a ver cuánto aguantan —dijo el capataz dándoles un empujón hacia el carpintero.

—Cada vez los traes más enclenques, no sé cómo quieren que avancemos con los trabajos de carpintería. Seguro que no han visto un serrucho ni en pintura. ¿De dónde los has sacado?

—Del parián, son hermanos.

—Quítales las cadenas.

—¿Estás seguro? Si les quito la de los pies se te van a escapar —le advirtió el capataz.

Gonçalo les miró de cerca. Uno por uno, deteniéndose en sus rostros macilentos, ojerosos, de ojos tristes y asustados.

—Sí, estoy seguro —dijo.

El capataz se encogió de hombros y retiró bruscamente las cadenas de las muñecas y los pies de los tres muchachos. Después salió del taller sin despedirse.

El carpintero portugués se acercó a los tres imberbes sangleyes que permanecían de pie, sin moverse del lugar en donde había sido colocados a empujones. Les observó detenidamente. Tenían los labios resecos y algunas magulladuras. Tomó un cazo de madera y lo sumergió en un pequeño barril de agua. Ofreció el cazo lleno de agua al pequeño de ellos, al más débil. El muchacho lo tomó con avidez y sorbió el líquido caliente y turbio de un trago, sonoramente. Repitió la operación con los otros dos chicos que aguardaban ansiosos su turno de saciar el ardor de la garganta. Sobre una burda mesa de madera llena de volutas de serrín y piezas de madera quedaban los restos de su almuerzo. Vio cómo tres pares de ojos negros como el azabache se quedaban prendidos sobre la bandeja a medio comer.

—Ya, tampoco os han dado nada de comer, ¿verdad? —dijo acercándoles tres rústicas banquetas—. Sentaos.

Los muchachos obedecieron; les repartió entonces el poco arroz que quedaba en la escudilla que le había traído uno de los pajes una hora antes. Los muchachos se demoraron dos segundos en tragar los pocos granos blancos repartidos usando los dedos como cuchara. Como gatos callejeros, se relamieron los dedos absorbiendo la sustancia última impregnada en sus delgados apéndices.

—Debéis de estar agotados después de las diez leguas que habéis caminado. Venid, tendeos aquí —les dijo indicando un camastro desbaratado que había en una esquina, al final de la estancia, mientras caminaba hacia allí seguido por los chicos.

Los muchachos se acomodaron acurrucándose cerca unos de otros y se quedaron dormidos casi inmediatamente. Gonçalo volvió a su trabajo de madera.

La voz de la mujer sacó a Lucas del hipnótico sueño del recuerdo.

—Lucas, ¿me escuchas? No camines tan rápido, casi te pierdo.

—Perdón. Ya hemos llegado. Estas son las oficinas, aquí deben de tener la información que buscáis —dijo anclando la mirada en el rostro de Mariana para no verse empujado por el viento de regreso al pozo oscuro de su memoria.

La joven se compuso el vestido, se retocó el peinado, miró a su alrededor, donde la presencia de una mujer bella y vestida con esa elegancia hacía rato que había levantado una ola de comentarios procaces y varios hombres se mantenían cerca observando sus movimientos. Entró al edificio de una planta seguida de Lucas. Las paredes desnudas, olor a humedad, su estómago hecho un mar de nudos. Numerosas puertas, algunas abiertas, despachos desiertos, otras cerradas. Caminaba despacio, escuchando el eco de sus pasos sobre las losetas del pavimento. Finalmente, se cruzó con un hombre de melena enmarañada, barba crecida y ojos saltones que se le quedó mirando. El hombre de boca babosa se relamió instintivamente los labios en una mueca lujuriosa.

—Busco a un carpintero —dijo Mariana para hacerle desviar su puntiaguda mirada de su estrecha cintura.

—Carpinteros hay muchos, cientos, estamos construyendo un nuevo galeón para la carrera Acapulco-Manila. Vaya a mirar por los talleres o en la dársena principal.

—Tendrá que haber un registro del personal empleado.

—Será. El secretario del proveedor está al final del pasillo, pregunte allí.

—Gracias.

—Y que sean muchas más, preciosa —dijo repasándola de arriba abajo antes de seguir su camino.

El despacho estaba cerrado. Llamó con los nudillos, pero nadie respondió. Con los nervios, ni se le pasó por la cabeza preguntar a ese hombre de mirada lasciva el nombre del hombre que buscaba.

—Vamos, debe estar con el proveedor inspeccionando la construcción —dijo Lucas al ver la cara de paralizante contrariedad de Mariana—. Pasaremos por los talleres preguntando por vuestro padre, estad atenta por si le reconocéis.

—Eso es imposible.

—¿Por qué?

—Porque no sé como es, no le conozco.

Sin embargo, esperaba que su corazón pudiera abrirse paso entre los rostros oscuros volcados sobre algún trabajo, aserrando, transportando troncos, dando voces, conduciéndola misteriosamente hasta él. Pasaron por delante de barracones sin puertas.

—Aquí es donde los carpinteros trabajan las maderas —le indicó Lucas.

Mariana aspiró hondo. Dio un paso al frente y traspasó el umbral de lo imposible.

—Buenas —dijo en voz alta.

La veintena de hombres que habitaban el espacio polvoriento del taller dejaron de trabajar al escuchar la voz de una mujer. Eran en su mayoría sangleyes y filipinos. El que debía de estar a cargo de la cuadrilla, un español de dudoso acento, se acercó a grandes zancadas. Dio una palmada en el aire para llamar al orden a los carpinteros, quienes despertando del hechizo de los ojos canela volvieron el rostro a la tarea.

—¿Qué se le ofrece?

—¿Es usted maestro carpintero? —preguntó Mariana.

—Así es.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Unos tres años, ¿por qué?

—Estoy buscando a un hombre, debe de hacer unos diez o doce años que trabaja en este astillero.

—Siendo tan veterano estará destinado al galeón, nosotros hacemos los trabajos para las galeras. ¿Cómo se llama?, tal vez le conozca.

—Gonçalo Maradiaga.

—No, no me suena. Será mejor que avance hasta la línea de costa, verá el esqueleto del monstruo marino que están construyendo. También puede preguntar al proveedor.

—Gracias —se despidió Mariana—. Vamos, Lucas, sigamos adelante.

La expresión del sangley se había quedado petrificada, como si todo él se hubiese convertido en frágil porcelana china. Los ojos muy abiertos, la mandíbula contraída, los brazos lánguidos caídos como tallos mustios a los lados de su delgado cuerpo.

Mariana volvió sobre sus pasos al ver que Lucas no la seguía.

—¿Qué te pasa?

—Ese, ese hombre... —balbuceó.

—¿Quién?

—Ma-ra-dia-ga.

—Sí, mi padre, Gonçalo Maradiaga. ¿Qué pasa?

—Yo le conocí —dijo antes de hundirse de nuevo en sus oscuros recuerdos.

El centinela apostado en la punta de Santa Catalina, cerca de Chilung, prendió una antorcha avisando de la inexistencia de velas enemigas en el área, por lo que el sampán del Rey, procedente de Cavite, dejó atrás San Lorenzo y continuó la travesía ascendiendo por la costa este de isla Hermosa. Punta de Monos y el saliente Babatangan confirmaron que estaban a menos de una legua del puerto de la Santísima Trinidad. Las poderosas corrientes y la rocosa zona de Punta Diablos hacían la aproximación a la colonia española en Formosa especialmente difícil. Desde la Mira, encaramada en la colina de acceso a la bahía, se saludó la llegada del socorro con un cañonazo. Los habitantes del reducto español en isla Hermosa, religiosos, comerciantes, soldados españoles e indios filipinos, abandonaron sus quehaceres y se precipitaron corriendo hacia el puerto.

La llegada del barco de socorro a San Salvador era uno de los eventos más esperados del año. Con él arribaban soldados de reemplazo, víveres, ropa, medicinas, utensilios varios, las peticiones de los misioneros, los salarios de los militares y colaboradores, el situado para los gastos de

administración, cartas e instrucciones para el gobernador y una dosis de ánimo, de valor y de pertenencia a algo mucho más grande que ellos mismos y sus miserias diarias. La sensación de aislamiento que vivían los colonos a lo largo de interminables meses se desvanecía por unos pocos días, con suerte unas semanas si arreciaba temporal, hasta que la nave volvía a Manila. El gobernador, Gonzalo Portillo, esperaba ansioso la respuesta de su superior, don Sebastián Hurtado de Corcuera, a su última misiva en la que le explicaba la situación de amenaza que pendía sobre el territorio. Estaba seguro de que con las herramientas y materiales de construcción para reforzar las fortificaciones y los refuerzos enviados desde las Filipinas podría hacer frente a cualquier ataque enemigo. Sin embargo, no quiso delatar su nerviosismo, por lo que cuando escuchó el cañonazo de la Mira permaneció en su despacho atareado sobre su escritorio, buscando en qué entretener la espera. Le llegaban las voces y las risotadas de los soldados, especialmente de aquellos que partían a casa después de haber servido en isla Hermosa más tiempo del acordado en un principio y mucho más tiempo del deseado. Se asomó al ventanal y se dejó invadir por la algarabía que brotaba del corazón de sus hombres.

Una hora después su secretario anunciaba al marino Juan de Saraos, quien hizo entrega del registro de la mercancía arribada y cuatro mil pesos de situado.

Gonzalo Portillo tomó asiento.

—Eusebio, lee el registro —ordenó a su secretario.

—Sí, señor.

El hombre se ajustó las lentes y desplegó el documento:

—Mil dieciséis cavanos de arroz, cinco mil balas para mosquete, cinco mil balas para arcabuz, ciento cincuenta balas de cañón, treinta sombreros de fieltro, cien pares de zapatos de cordobán, veinticinco mantas de Ilocos.*

El silencio se coló por debajo de la puerta y aleteó sobre las cabezas de los tres hombres imponiéndoles una espesa mudez. Juan de Saraos miraba al gobernador, leía su desazón, su esperanza traicionada, su rabia contenida. El gobernador permanecía con los ojos clavados en el documento que sostenía su secretario ante él. El secretario releía mentalmente las escasas líneas del registro como si pudiera crear los renglones que faltaban.

—¿Pólvora? —preguntó Portillo.

—No, lo siento, don Gonzalo.

—¿Mosquetes, arcabuces, cañones?

—No, lo siento, gobernador.

—¿Materiales de construcción?

—No, señor, lo siento.

—¡Deja de pedir disculpas! —gritó dando un puñetazo en la mesa.

Eusebio dejó caer el pliego sobre el escritorio como gesto de humilde rebeldía, quería decirle que podía comprobar por él mismo que no había nada más en el registro, pero se abstuvo, pues los dos sabían que Gonzalo Portillo, gobernador de isla Hermosa, era analfabeto. El gobernador echó un vistazo al documento, se incorporó y se alejó hacia el ventanal. Necesitaba contagiarse de nuevo de la alegría de sus esperanzados hombres, esos que morirían sin remedio por el abandono y dejadez a los que les sometía Corcuera. Preguntó sin girarse:

—Juan, ¿cuántos refuerzos han llegado con vos?

—Solo veinte soldados de reemplazo, ocho españoles y doce filipino.

El silencio volvió a aletear en círculos amortiguando el sonido del exterior.

—Señor gobernador —dijo Juan de Saraos—, quiero pedirle permiso para permanecer en San Salvador con mis hombres y servirle como mejor estime.

Portillo se giró, se acercó hasta donde estaba el marino y apoyando las manos en sus robustos hombros le dijo:

—Valerosos hombres como vos son la gran riqueza de nuestros reinos, sed bienvenido a isla Hermosa.

En sus ojos una chispa de luz pugnaba contra la oscuridad de la desesperanza. Esa chispa fue suficiente para ponerle en movimiento. Se volvió hacia Eusebio.

—Llamad al oficial Antonio Villanueva para que vaya a comprobar el registro y se haga cargo de las balas. Después decidle que venga a verme.

—Ahora mismo, señor. ¿Algo más?

Reflexionó un instante. Solo había una forma de hacer frente a los holandeses: adelantándose a sus movimientos. Necesitaba saber cuándo atacarían y qué plan tenían. Y solo había un hombre que podía proporcionarle esa información.

—Que venga el carpintero portugués.

«Lo único que no tiene remedio es la muerte, muchacho, lucha por tu vida». Esas fueron sus últimas palabras, susurradas rápidamente en un apretado abrazo, cuando le reclutaron para completar la tripulación del galeón de Manila y se lo llevaron a rastras.

—Nunca más volví a verle, pero aún recuerdo sus facciones, fue el único rostro amable en este atroz mundo del astillero. Era un excelente carpintero, todos le respetaban y consultaban. Sus habilidades y buena disposición hacían olvidar a quien le trataba su condición de reo.

Se habían sentado sobre un montón de tablones apilados. Lucas habló sin parar durante una hora, narrando sin orden ni concierto lo que recordaba de ese lugar y de Gonçalo Maradiaga. La fatiga, la penuria, el miedo, las enfermedades, el peso imposible de los troncos sobre su hombro. Su hermano mayor, de dieciséis años de edad, solo duró unos meses; aún podía verle vomitar de rodillas sobre un cubo metálico mientras el portugués le sostenía la frente y el cuerpo entero durante las convulsiones.

—Nos cuidó como un padre, le debo estar vivo. Lo que aprendí a su lado me ayudó a sobrevivir después. Ahora entiendo por qué nos encontramos y qué fue lo que me llamó la atención de vos. Tenéis sus ojos.

Caminaron después hasta el lugar que les había indicado el maestro carpintero cuando Mariana preguntó en el taller. Una ola de salitre y sudor humano les azotó en el rostro al aproximarse al lugar. Sobre una ancha banda de costa descansaban las costillas gigantes del esqueleto del galeón en construcción. A su alrededor, un enjambre de hacendosas abejas obreras, de rostros morenos y ojos rasgados, se afanaban dirigidas por el maestro constructor. Hasta él llegaron.

—Buenos días.

Don Diego de Arévalo se frotó los ojos pensando que estaba viendo una visión.

—Buenos días —repitió Mariana—, ¿es usted el maestro constructor?

—Eh... sí, soy yo, ¿con quién tengo el gusto de hablar? —dijo recuperando de golpe la galantería que solía mostrar en sus paseos por intramuros y que dejaba aparcada en cuanto volvía al astillero a comandar a esa panda de desarrapados.

La joven dudó un momento.

—María Jimena Fábregas de Valor —dijo pensando en la amenaza de Alonso.

—Es un placer, doña María, pero disculpe si me permito la licencia de aconsejarle que este lugar no es adecuado para una dama como su merced —dijo acercándose un paso hacia ella—. Diego de Arévalo, a vuestros pies. Decidme, ¿en qué puedo servirlos?

—Estoy buscando a un carpintero, Gonçalo Maradiaga.

—¿Portugués?

—¿Importa acaso su procedencia?

—Tal y como están las cosas desde la proclamación del duque de Braganza como rey de Portugal, los portugueses no son bien recibidos en territorio español, todos son potenciales espías o alteradores del orden público.

—Ya, bueno, tengo entendido que Maradiaga es uno de los carpinteros más habilidosos de Manila, lleva una década trabajando en los astilleros.

—Su nombre no me es familiar, pero yo he llegado hace poco para encargarme de Nuestra Señora del Socorro —dijo señalando el esqueleto de la dama del mar—. Espere un momento —y se alejó hacia una cuadrilla que trabajaba dentro de la enorme panza del galeón—. ¡Sánchez! —gritó.

—¡Mande, capitán! —contestó el otro.

—¡Maradiaga, carpintero! ¿Le conoces?

Sánchez se quitó el sombrero y se rascó la cabeza.

—El caso es que el nombre me dice algo, pero ahora mismo no sabría decirle.

—¡Qué cenutrio eres, Sánchez! Ráscate de nuevo ese cabezón que gastas, a ver si consigues acordarte —le espetó don Diego.

Dejó al carpintero extremeño dándole vueltas a la memoria y volvió al lado de Mariana.

—Pruebe con el proveedor, ha estado hasta hace poco inspeccionando las obras, seguramente haya vuelto a su despacho —le sugirió.

—Gracias, que tenga buen día —se despidió la joven alejándose con pausado caminar seguida por Lucas.

—No sé si me quedan fuerzas para preguntar —le confesó a Lucas mientras las lágrimas pugnaban por salir.

Sin embargo, a través del cristal empañado de sus ojos percibía como una suave caricia el espíritu tenaz de su compañero de destino. ¿Cuántas fatigas no habrá pasado este hombre en su corta vida?, se preguntó. Solamente imaginárselo medio desnudo, desnutrido y trabajando a destajo con el poco

cuerpo que Dios le había dado le infundió fuerzas. Lucas no pronunció palabra, pero todo se lo dijo con las lagunas negras de sus ojos.

Mariana respiró hondo y avanzó en busca del proveedor. Esta vez detrás de la puerta indicada se oían voces. Los nudillos se pararon a pocos centímetros de la puerta, congelados de expectativa. Pasó una eternidad en esa posición sin atreverse a llamar. Las voces seguían manteniendo una conversación de la que solo le llegaban algunos murmullos irreconocibles. Vio unos dedos morenos y delgados aferrarse a su mano blanca e impulsarla hacia adelante.

Las voces se apagaron, ruido de pasos, la puerta se abrió.

Esta vez cogió carrerilla y lo soltó todo de golpe.

—Buenos días, busco a un carpintero llamado Gonçalo Maradiaga, debe de llevar trabajando en los astilleros unos diez años. Es urgente que le localice. El maestro constructor del galeón, don Diego de Arévalo, me ha recomendado preguntarle a sus mercedes, ya que asegura que tendrán un registro del personal empleado en Cavite.

Cuando terminó de hablar estaba sofocada y tenía el rostro encendido. Lucas esperaba a su espalda, fuera del despacho.

Los caballeros habían permanecido contemplando su dulce rostro, asombrados de la aparición de esa dama joven y bonita en un lugar como aquel y con un criado chino como única compañía. Ambos tardaron unos minutos en reaccionar. Por fin, habló el proveedor.

—Puedo ofrecerle asiento, señora...

—Fábregas de Valor.

—Señora Fábregas de Valor, tome asiento, por favor —Mariana se sentó en la silla que le ofreció el caballero.

—Está buscando a un maestro carpintero.

—Exactamente.

—Y dice que trabaja en Cavite.

—Eso tengo entendido, aunque hasta ahora no he podido dar con él.

—Y si me permite la pregunta, ¿para qué le necesita?

—Es una larga historia, solo puedo decirle que debo encontrarle con premura.

El hombre estaba disfrutando del aire fresco con aroma a jazmines que había irrumpido en su jornada calurosa. Le hubiera gustado alargar la conversación, pero no quería contrariar a la mujer, que parecía en un estado de ánimo de extrema ansiedad.

—Gutiérrez, ¿cómo podemos ayudar a la dama?

El secretario había permanecido en silencio mientras su superior dirigía la conversación.

—Revisar los registros llevaría mucho tiempo, hay miles de documentos sobre las cuadrillas encargadas de la construcción de cada galera o galeón. Sin embargo... —dijo con una nota de suspense.

—Sin embargo... —repitió Mariana.

—Sin embargo, en este caso no va a hacer falta revisar los documentos, porque conozco a Gonçalo Maradiaga. Excelente carpintero, si me permite decirlo.

—¿Dónde está?

—Ya no está en Cavite. Yo mismo le recomendé al gobernador Corcuera para los trabajos en isla Hermosa, hará unos seis años.

—Isla Hermosa, ¿es acaso una isla de las Filipinas?

—No, señora, isla Hermosa está más al norte, cerca de la costa de China —aclaró el secretario.

—¿Y cree que sigue allí?

—No puedo decirlo con certeza.

—Is-la Her-mo-sa —pronunció muy despacio Mariana.

—Sí, señora, en isla Hermosa.

Lucía había guardado para sí la conversación con el capitán corsario. No quería preocupar a sus hermanas antes de tiempo, hasta el momento de afrontar irremediablemente su nuevo destino. Pasaron los dos días de travesía recluidas en una cámara de popa en ayuno y oración. Dormitaban un par de horas y seguían rezando, colectiva o individualmente. Llenas de la paz del Señor, se sentían capaces de vivir el sacrificio de haber entregado la vida a cambio de la salvación de sus compañeros de travesía. Nadie osó molestarlas y así permanecieron hasta esa mañana en que unos golpes en la puerta interrumpieron sus rezos.

—Señoras, prepárense para conocer su nuevo hogar, estamos anclando en el puerto de Batavia, quiero verlas en diez minutos en cubierta —era una orden y venía directamente de la voz juvenil del capitán holandés.

Ninguna contestó y él no esperaba respuesta. El taconeo de sus botas se oyó alejándose del camarote. Fue entonces cuando Lucía les confesó lo que algunas de ellas ya habían intuido. Se dirigió a ellas como madre superiora, olvidando quién era y la alegría que latía en su corazón.

—Hermanas, Jesucristo Nuestro Señor nos ha permitido entregarnos en cuerpo y alma a nuestra fe, reservándonos del desgaste del mundo, protegidas entre los muros inamovibles de nuestro convento. Al ingresar en la Orden de Santa Clara y tomar los votos perpetuos nos convertimos en sus esposas, y como esposas debemos cumplir su voluntad. Misteriosamente, Nuestro Señor nos pide un nuevo sacrificio, pero esta vez en el mundo —las monjas se miraron unas a otras intentando infundirse ánimo—. Hermanas, pronto deberán convertirse en esposas de oficiales holandeses. Si les obligan a renunciar a la fe católica, custodien su amor a la Iglesia en sus corazones, un lugar que nadie nunca podrá mancillar.

—Pero madre, yo antes de renunciar a la Santa Madre Iglesia y entregar mi cuerpo a un hereje, prefiero sufrir martirio —dijo sor Rosario con una chispa de ira en la mirada y la desesperación colgada de la lengua.

—Hermana, entiendo vuestro sentir. En caso de no aceptar el casamiento, seréis vendida como esclava. Vuestro martirio será largo y penoso, pues nadie respeta la honra de una esclava. Pensadlo, tal vez os toque un buen hombre en suerte y consigáis convertirle vos a él, y no al revés.

Sor Rosario bajó la mirada. Lucía le tomó la mano y la apretó con firmeza para infundirle fortaleza.

—Recemos ahora, hermanas, encomendándonos a nuestra madre celestial. *Salve Regina, Mater Misericorde...*

Pocos minutos después salían del camarote en ordenada fila, silenciosas, intentando contener el miedo y la angustia, con Lucía a la cabeza.

—Ya estamos listas, capitán.

El corsario sonrió y les hizo una reverencia de agradecimiento, aunque más parecía una burla, pues eran rehenes, botín de guerra, y no tenían opción.

—Despídanse de su madre superiora.

—¿A dónde las van a llevar? —preguntó Lucía.

—A las dependencias de la gobernación. No se inquieten, serán bien atendidas, visto que aceptan de buen grado formar parte de nuestra comunidad. Como ya expliqué a la madre Leonor, las mujeres blancas escasean por estos lares. Nuestros oficiales tienen que conformarse con nativas o mestizas, así que les van a llover las proposiciones matrimoniales. Ni qué decir tiene que serán cortejadas como marca la moral y las buenas costumbres cristianas. El mismísimo gobernador de Batavia les dará la bienvenida a nuestra ciudad.

La monja más joven se atrevió a preguntar entonces:

—¿Y qué va a hacer con la madre Leonor? ¿Va a casarse también?

—Yo soy el anfitrión de la madre Leonor —dijo desatando un murmullo de sorpresa entre las monjas—, pero no se escandalicen, señoras, no la obligaré a casarse conmigo, soy consciente de que por edad podría ser su hijo, ella será quien cuide a mi madre enferma. Y dadas las explicaciones pertinentes, si son tan amables... —dijo indicando la escalerilla para descender por el flanco de la nave.

Lucía abrazó una a una a sus hermanas y les dio su bendición. Prometió asegurarse de que fuesen respetadas y les recomendó que se acomodaran a sus nuevas vidas entregándose con humildad y paciencia a las circunstancias que el Señor les ponía delante.

Las vio descender por la escalerilla hasta un esquife y alejarse al acompasado ritmo de remos de dos marineros, escoltadas por varios soldados. Minutos después se perdían en un recodo del canal de acceso a la ciudad.

Después le tocó el turno a ella. En una barca entoldada, escoltada por dos piratas con arcabuces, el corsario y varios remeros entraban a la ciudad asiática de los canales surcando las aguas turquesas del océano que se iban oscureciendo y enturbiando a medida que avanzaban río arriba, hacia el corazón de la colonia. Pararon frente a una casa construida al estilo holandés, pero con decoración oriental en forma de tejado triangular con los extremos en punta hacia arriba.

El corsario saltó a tierra primero y tendió la mano a Lucía. La mujer miraba a su alrededor buscando entre los rostros desconocidos unos rasgos familiares, más maduros pero inconfundibles, los de su hijo Juan.

—¿Buscáis a alguien? —preguntó el corsario.

—Eh... no, simplemente contemplaba... me llama la atención cuán diferente es Batavia de Macao —se excusó.

—Espero que os agrade vivir aquí.

Mientras sus hombres se encargaban de desembarcar sus baúles, ellos avanzaron hacia la casa.

—Adelante —le invitó a pasar el corsario cuando un criado abrió la puerta.

—Señor, bienvenido —dijo el sirviente a modo de saludo inclinando la cabeza.

—¿Cómo está mi madre?

—Ha estado muy nerviosa en su ausencia, creo que le está costando adaptarse, señor —se atrevió a confesar el criado.

—La madre Leonor llega de Macao para encargarse de su cuidado. Informa al resto del servicio y hazte cargo de mis cosas.

—¿La señora no trae equipaje? —preguntó entonces el criado.

—No, ya nos encargaremos de eso más tarde. ¿Dónde está ella?

—En la sala, señor, junto al ventanal.

El corsario avanzó con paso firme hasta el luminoso salón. Junto a un amplio ventanal por donde penetraba la luz a raudales, una mujer observaba el vuelo de los pájaros en el reducido jardín que se abría en la parte posterior de la casa.

Se arrodilló delante de ella y le tomó las manos.

—Madre —dijo acariciándole el dorso de la mano.

Ella desvió la mirada del exterior y la concentró en el hombre que tenía delante.

—¡Gláucio!

—No, madre, no soy padre, soy tu hijo.

—¿Roberto?

—Claro, madre, soy Roberto.

—¡Hijo! Por fin has vuelto. Los sirvientes son unos insolentes, les pido que busquen a Fabiana y no me hacen caso. Llama a tu hermana, hijo, tengo que hablar con ella.

El corsario se secó disimuladamente las lágrimas con el dorso de la mano y giró la cabeza hacia el ventanal.

—Madre, Fabiana falleció cuando era niña, ¿os acordáis, verdad?

La mujer cerró los ojos. Su ceño se fruncía, movía la cabeza intentando desembarazarse de dolorosos pensamientos.

—No sé por qué tienes que recordármelo, ¡qué cruel eres! —dijo echándose a llorar.

Lucía había permanecido alejada de la escena de reencuentro familiar. Contemplaba el perfil de la señora sentada, cuyos rasgos permanecían oscurecidos al encontrarse a contraluz.

El corsario se puso en pie y la llamó con un movimiento de la mano. Lucía se aproximó.

—Madre, mirad, desde hoy tenéis una dama de compañía, ella se encargará de cuidar de vos, de atender todas vuestras necesidades y de lidiar con esos sirvientes insolentes.

La mujer que había vuelto el rostro hacia el ventanal al recordar a su hija muerta, al escuchar ahora las palabras de su hijo se secó rápidamente las lágrimas con un pañuelo de encaje que llevaba guardado en la manga y giró la cara hacia la recién llegada con una sonrisa.

—Además, madre, es católica, como vos —añadió el corsario. Y dirigiéndose a Lucía, dijo—: Os presento a mi madre, doña Nilda.

Las dos mujeres se miraron intensamente.

—¿Lucía? —exclamó la señora.

—No, madre, se llama Leonor. —Colocó una butaca delante de su madre y dijo a Lucía—: Tome asiento. Las dejo para que conversen y se vayan conociendo.

A punto de salir de la estancia, Lucía, que se había quedado suspendida en el tiempo en ese rostro familiar perteneciente a su otra vida, reaccionó por fin y le dijo:

—Aún no me habéis dicho cómo os llamáis, capitán.

—Roberto Guzmán de Cáceres —contestó haciendo una inclinación de cabeza al salir de la sala.

Volvieron a casa en silencio, tres largas horas verdes, como la espesa vegetación a su alrededor, como el agua cenagosa fluyendo pausada bajo la embarcación. Cada uno sumido en sus pensamientos.

Mariana leía entre las ramas retorcidas de los mangles los escritos sobre Gonçalo Maradiaga. Casi podía reconstruir palabra por palabra el legado de su madre. Caían sobre ella las imágenes que su mente había generado al leer el diario de Isabel como las ramas finas y largas de los bejucos. En su memoria, los vocablos portugueses se volvían castellano. Repasó mentalmente las cartas de él; misivas llenas de amor apasionado y desgarrada separación de un joven enamorado con vehemencia eran las de los primeros meses; cartas más calmadas y narrativas según pasaban los años; de desquiciada esperanza y premura la última, la del golpe de suerte, la de un acontecimiento inesperado que por fin possibilitaba el reencuentro. «Vuelvo a buscaros», le decía a su amada. Luego, el vacío. Isabel no recibió ninguna noticia más de Gonçalo. Mariana sabía que Gaspar de Azevedo y Sousa había vuelto a trincar la última oportunidad de una vida en común. No sabía cómo, pero había encontrado a su padre, le había acusado de robo y valiéndose de su título nobiliario, de su dinero e influencia había conseguido que le condenaran a galeras en las Filipinas. Y su arte, decía en su carta el prior del convento de San Francisco de La Habana, había conseguido librarle de morir en alguna de las numerosas batallas que enfrentaban a las galeras españolas contra piratas moros, chinos, ingleses y holandeses. Su arte le había llevado a Cavite, y de allí a isla Hermosa. «Mi padre está en isla Hermosa». Se estrechaba el espacio temporal entre padre e hija. La certeza de que seguía con vida estaba a seis años de distancia, cuando el proveedor firmó su traspaso.

Una cacatúa blanca gritó agitando las ramas sobre sus cabezas. El hermoso penacho que coronaba su cabeza se alzaba como el humo de un volcán.

«Hay belleza en medio del peor infierno imaginable», les había dicho.

—¿Cómo poder verla, maestro? Me duelen hasta los párpados de serrar madera —le había preguntado él.

Estaban tendidos en el camastro después de una jornada agotadora que comenzaría de nuevo en escasas horas, demasiado estrecho el espacio para

cuatro cuerpos, aunque tres de ellos fueran tan escuálidos.

—Alzando la mirada, muchacho. No te mires las heridas de las rodillas, las costras de los pies, ni el hueco vacío de tus tripas, alza la mirada y la verás.

—Yo no veo nada, maestro, la noche está negra —había dicho su hermano Roujie.

—¿Queréis verla?

—Sí, maestro —contestaron al unísono las dos voces de los muchachos. El mayor de ellos había caído ya en un sueño profundo.

—Venid, levantaos.

A pesar del cansancio, el deseo enardecía sus mentes y vencía la resistencia de sus cuerpos destartados por el agotamiento. Salieron del barracón anclados a las manos callosas del maestro carpintero. Él caminaba seguro en dirección a la costa. A ambos lados se alzaban oscuros edificios en silencio, desde donde salían roncadas respiraciones. Sintieron la fina arena de la playa helando la planta de sus pies. Una gran mole se levantaba ante ellos. El portugués les ayudó a trepar por el flanco del galeón en construcción.

—Tumbaos aquí.

Se tendieron boca arriba en la cubierta a medio terminar.

—¿La veis?

Ahí estaba la belleza en forma de millones de estrellas llenando la oscura cúpula celeste. Después indicó con el brazo extendido hacia la vegetación tropical. Sobre sus cabezas, entre las ramas de las palmeras, haces de verdosa luz bailaban mecidas por la suave brisa.

—¿Son espíritus, maestro? —preguntó.

—Espíritus encarnados en luminosas luciérnagas, muchachos, salen cada noche para recordarnos que la luz es más potente que las tinieblas.

Esa noche no durmieron extasiados con el descubrimiento. Al día siguiente, sus cuerpos sufrieron el mismo castigo agotador, pero sus corazones recordaban la belleza escondida en ese infierno de madera y por primera vez la esperanza venció al miedo.

Lucas estaba seguro de que su hermano mayor no había muerto de cansancio, sino de desazón, él no había contemplado la belleza de esa noche estrellada.

—¡Mariana, por fin! ¿Dónde has estado? Casi me matas de preocupación.

Álvaro llevaba varias horas sentado en el porche de su casa de campo en nerviosa espera. Se precipitó hacia el muelle en cuanto vio llegar la barca que

guiaba el sangley con mano experta entre las raíces de los nenúfares. Cándida venía detrás, con su hija.

Mariana tomó la mano que le tendía su amigo para salir de la falúa.

—Salimos a pasear.

—¿A pasear durante ocho horas?

—Lucas conoce unos lugares muy hermosos por la zona, se nos pasó el tiempo sin darnos cuenta. Ahora que lo dices, no hemos probado bocado, estamos hambrientos —dijo mirando a Cándida y dedicándole una sonrisa.

—Ahora mismo les preparo algo, señora —dijo volviendo al interior de la casa seguida de la niña.

—¡Qué locura, Mariana! Podría haberte pasado algo. No solo hay cocodrilos tan enormes como el que mordió a Damián, sino serpientes y todo tipo de alimañas —la reprendió.

Mariana le dedicó una caricia descuidada.

—Lucas conoce bien la zona, y como ves, no nos ha pasado nada. Discúlpame, voy a cambiarme —dijo alejándose en dirección a su cuarto.

Álvaro se volvió entonces hacia Lucas.

—¿Cómo has osado ponerla en peligro?

—Pocos peligros hay que no haya afrontado ya ella sola antes de llegar a su casa, señor —dijo el sangley encogiéndose de hombros antes de desaparecer entre la maleza dejando a Álvaro pensativo.

Cierto era que nada sabía de Mariana desde que él se marchó de Puebla de los Ángeles. Todo eran suposiciones suyas. La había creído casada con Francisco, llevando una vida de dama hidalga sin grandes sobresaltos ni grandes pasiones, aparte de cabalgar e intentar imponer su voluntad a su marido. Sin embargo, había terminado contrayendo nupcias con alguien desconocido que había muerto dejándola desvalida y sola Dios sabe dónde, y hasta él había llegado buscando olvido y refugio. Ahora, Alonso quería imponer sus deseos sobre ella y eso él no lo iba a consentir, por mucho que fuera su socio.

Mariana apareció vestida con sus ropajes negros de nuevo e interrumpió los pensamientos del comerciante sevillano. Le tomó por el brazo.

—Estoy aquí y no me ha pasado nada, deja ya de preocuparte —dijo llevándole suavemente hacia el interior de la casa. Era prácticamente la hora de la cena, así que Álvaro decidió acompañarla a la mesa mientras Cándida y su hija se esmeraban sirviéndoles.

—Lucas me ha dicho que son muchos los peligros que has afrontado sola, ¿es cierto?

—No hablemos de eso ahora —dijo llevándose una cucharada de consomé a la boca—. Hay algo que me preocupa más en este momento, escapar de...

—Alonso De Vera.

—Sí, de Alonso De Vera. Me ha propuesto matrimonio.

—¿Ya? Sí que es rápido. ¿Y qué le has contestado?

—No le he dado una respuesta aún.

Álvaro tragó saliva.

—¿Y qué has pensado contestarle?

—No he pensado en contestarle nada, voy a marcharme antes de que tenga ocasión de acosarme de nuevo. Creo que es lo mejor, no comprometo tu relación con él ni vuestros negocios, y escapo de un hombre que me resulta desagradable y peligroso. Nunca podría ser la esposa de alguien como él. Apenas le conozco, pero tiene el alma oscura, muy oscura.

—Pero Mariana, ¿a dónde irías?, ¿volverías a Sevilla?

—No, a Sevilla no, no podría explicarles a mis padres cómo se torció tanto mi destino en tan poco tiempo. Creo que debería escribirles, hace ya un año de mi última carta, acababa de llegar a Puebla, deben de estar muy preocupados.

—¿A dónde irías? —volvió a preguntar Álvaro.

Solo había un destino para ella ahora, isla Hermosa.

—No lo sé —mintió—. A cualquier parte que me aleje de Alonso De Vera.

—Déjame ayudarte, no vayas a marcharte sin decirme nada. Prométemelo, Mariana.

—Te lo prometo. Sin tu ayuda no llegaría a ningún lugar decente.

—Mira, hace poco he adquirido unas plantaciones de tabaco en el norte de Luzón, en Nueva Segovia, a uno o dos días de navegación desde Cavite. La casa no está aún acondicionada ni tengo personal de servicio, aparte del capataz, los recolectores y las cigarreras. Pensaba pasarme una temporada allí organizando el negocio. Es algo que estoy haciendo por mi cuenta y riesgo, los hermanos De Vera no saben nada y tampoco nuestros padres. ¿Qué te parece si adelantamos el viaje? Podría pasarme contigo unas semanas hasta que tenga que organizar la carga del galeón a Acapulco. No te aburrirás, puedes

dedicarte a ayudarme con el acondicionamiento de la casa y la selección del personal de servicio.

—¿Y dices que está al norte?

—Sí, está en la costa norte, en la desembocadura del río Tajo, anclaremos en el puerto Aparri y seguiremos a caballo hasta la plantación. ¿Qué dices?

—¿Cuándo partimos? —respondió Mariana mostrando sincero entusiasmo.

—Excelente, déjame todo a mí.

Mariana posó su mano sobre la de Álvaro.

—Gracias, no sé que sería de mí sin ti —se puso en pie y Álvaro la imitó—. Me retiro a descansar, el paseo me ha dejado exhausta —dijo despidiéndose con un beso.

El viaje al norte la acercaría a su destino. Desde allí tendría que pensar con Lucas en cómo llegar hasta donde se encontraba su padre.

—Lucía, ¿eres tú? —preguntó sosteniéndole el rostro entre temblorosas manos.

—Sí, Nilda, soy yo.

—Es un milagro, un milagro. Mi querida Lucía, ¿cuánto te he extrañado todos estos años! ¿Sabes que mi Fabiana falleció? —Lucía asintió despacio, con pesadumbre—. Mi pobre niña, se enfermó de un día para el otro. ¿Te acuerdas?... —dijo bajando la voz, como si alguien pudiera descubrir el secreto—, ¿te acuerdas de que esa noche fatídica yo estaba enferma y mi Gláucio y Fabiana fueron a misa sin mí? Tú debiste de verlos en la capilla del padre Boelens. Gláucio nunca volvió, lo encontraron flotando en las frías aguas del Ámstel con el cuello rajado, y Fabiana regresó a casa sola, muda, tiritando. Murió a los pocos días.

«Sola no —pensó Lucía—, yo la llevé hasta allí». Pero no dijo nada. Nilda continuó hablando.

—Les debieron de asaltar en algún callejón oscuro. Mi niña consiguió huir, pero el frío y el susto la llevaron a la muerte. Fue tan doloroso, Lucía. No poder contar con tu consuelo fue un gran pesar para mí. ¿Dónde has estado?

—Bajé a los infiernos, Nilda, pero un ángel del Señor me rescató y me devolvió a la vida. Aquí estoy, amiga, para cuidar de ti.

—Lucía, Lucía, un milagro, sin duda —repitió besándole las manos.

—Está cayendo la tarde, ha bajado el calor, ¿quieres que salgamos a dar un paseo?

—Yo nunca salgo, me quedo aquí junto al ventanal mirando a esos hermosos pajaritos, son tan libres, no parece que tengan miedo a nada. Yo, Lucía, vivo amedrentada.

—¿De qué, Nilda? ¿A qué le tienes miedo?

—Es una sombra que me acecha, no tiene rostro, se esconde en los rincones, bajo mi cama, en los armarios... y me roba la memoria —dijo con los ojos asustados.

—Ahora estoy yo aquí, juntas podremos combatirla, no tengas miedo. Salgamos a pasear, la brisa del mar te hará bien, ¿quieres?

Nilda asintió despacio.

Los sirvientes se asombraron al ver a las dos señoras encarar la puerta y salir del brazo. Alguno de ellos avisó al mayordomo de la novedosa noticia, y el hombre, asustado por las consecuencias que le traería si a doña Nilda le pasaba algo, salió corriendo a buscarlas. Por fortuna, se habían parado a contemplar las flores rosas de unas buganvillas cerca de la verja de entrada.

—¡Madre Leonor! No creo que sea conveniente que salga con la señora —bajó la voz y se acercó a su oído mientras doña Nilda se entretenía con las flores—. Podría darle uno de sus ataques de... locura.

—Primero, deseo aclararle que no es locura, sino olvido, y segundo, ¿quién está a cargo de la señora?

—Usted, madre.

—Pues entonces déjeme a mí tomar las decisiones que conciernen a la señora. —Y suavizando el tono al ver la cara de contrariedad del mayordomo balinés, añadió—: No se preocupe, el encierro vuelve loco a cualquiera, un poco de brisa del mar no le hace mal a nadie. Vamos, Nilda, seguro que hay flores más lindas a lo largo del canal.

Cogidas del brazo bajo una sombrilla de seda pintada cruzaron la verja y tomaron la vereda a la izquierda, hacia la plaza central, ante la mirada preocupada del balinés.

Las dos mujeres miraban extasiadas a su alrededor. Avanzaron entre rostros morenos atareados cargando fardos o sosteniendo los parasoles de las señoras de bien, que en poco se diferenciaban de ellos, pues en su mayor parte eran nativas o mestizas. Se cruzaron en su periplo con alguna dama holandesa vestida completamente de negro y acompañada de esposo o esclava, a los que saludaron con una leve inclinación de cabeza. Borearon el castillo buscando

la línea de costa. Ante ellas se abrió una explanada, donde barcos pesqueros descargaban sus redes sobre la playa y mujeres ataviadas con largos vestidos de vivos colores colocaban el pescado fresco en cestas que llevaban hasta unos tenderetes improvisados y donde los clientes pujaban por llevarse la pesca del día.

Un poco más allá, numerosas naves ancladas, estibadores cargando y descargando. Lucía se llevó una mano a la frente para poder otear mejor a los marineros que se afanaban en los buques. Ningún rostro le resultó familiar.

—Magníficos barcos —comentó doña Nilda viendo el interés de su amiga—. Uno de esos es el de mi Roberto. Le puedo pedir que os lo enseñe.

—No hace falta querida, llegué en él a Batavia.

—¿De verdad? ¡Qué casualidad tan extraordinaria!

Lucía quería evitar tener que darle explicaciones sobre las circunstancias en las que se había producido el encuentro con el pirata Roberto Guzmán de Cáceres. Tampoco podía recriminarle nada, pues seguramente su hijo Juan se dedicaba a las mismas actividades comerciales, si se las podía llamar así.

—¿Desde cuándo trabaja Roberto para la VOC? —preguntó Lucía.

—Para la VOC no sé, querida, no estoy segura de que trabaje para la VOC.

—Claro, Nilda, la VOC tiene exclusividad sobre estos territorios, no hay nave privada que pueda navegar sin licencia de la VOC.

—Yo no entiendo nada de esas cosas y Robertito tampoco me las explica. De lo que sí estoy segura es de que su barco lo financió Bento Osorio. Os acordáis de don Bento, ¿verdad? —se habían vuelto a poner en marcha en dirección al puerto y Nilda continuó hablando—. Ha sido muy bueno con nosotros, desde que Gláucio falleció se encargó de hacer de mi muchacho un navegante y en su ausencia a mí nunca me faltó nada.

—¿Por qué dejaste Ámsterdam? —preguntó Lucía con la garganta seca y un nudo en el estómago.

—La sombra no me daba tregua —dijo mirando en derredor para asegurarse de que no estuviese escondida al acecho—, le supliqué a Roberto que me trajese con él. Los recuerdos, Lucía, los recuerdos duelen mucho, pero son lo único que me queda de ellos, no los quiero perder.

—Yo haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte a recordar —«y a saber», quiso añadir, pero no se atrevió.

Su reunión en gobernación le había dejado un dulce sabor de boca. Las monjas se mantenían en la disciplina religiosa aprendida durante los años de encierro y se habían mostrado conformes con el arreglo sugerido por Van Diemen. El gobernador le había felicitado personalmente por su buen juicio al no entrar en un combate que poco podía haber aportado y que, sin embargo, hubiera podido dañar seriamente alguno de los barcos implicados en el asalto. Las mercancías ganadas a los portugueses no eran nada desdeñables y se sacarían a subasta al día siguiente en la plaza mayor de la ciudad, frente al ayuntamiento. También había recibido nuevas instrucciones. Caminaba a grandes zancadas, deseoso de imponer su triunfo sobre su eterno rival. Alcanzó el puerto en pocos minutos y en otros tantos dio con quien buscaba. Al fondo, en la taberna donde sus espías escuchaban sus conversaciones y seguían sus movimientos, encontró a los hombres a los que comunicar la buena nueva:

—¿Vos?

—¡Qué pequeño es el mundo! ¿Verdad? —rio Robin el Rápido.

—¡Y qué empeño el tuyo de seguirnos por doquier! No me irás a decir que ahora también trabajas para la VOC —se mostró irónico Tomé da Silveira.

—¿Dónde anda vuestro capitán?

—Eso no es de tu incumbencia —le atajó Rui.

—Lo cierto es que sí es de mi incumbencia —sonrió esta vez enigmático el corsario.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Tomé.

—Toma y lee —dijo entregándole el pliego de instrucciones.

Los ojos de Tomé se movían con rapidez por las líneas del documento. Levantó la mirada encendida hacia su rival y sin apartarla de él le pasó el pliego a su amigo. Rui se levantó como un resorte, lanzando al suelo con ímpetu la silla donde se encontraba sentado.

—¿Te has vuelto loco, majadero? Te voy a enseñar qué hago yo con las sanguijuelas intrigantes como tú.

—Déjale —dijo Tomé agarrándole de un brazo.

Se encontraban en una encrucijada, porque oponerse a servir a Robin el Rápido era desobedecer las órdenes del gobernador. Y eso era justo lo que ese miserable estaba buscando, porque así no tendría que lidiar con ellos y podría apropiarse de sus naves.

—Está bien. ¿Cuándo partimos?

—¡Tomé! ¿Te has vuelto loco? —dijo Rui fuera de sí.

—No tenemos opción, no hasta que Hans regrese.

—Si es que regresa —añadió Guzmán de Cáceres—. Por cierto, cuando venía hacia aquí he visto solo dos buques anclados, ¿dónde está la Reina Ester?

—A esa no la vas a poder echar el guante. Hans capitanea sus hermosas velas en los alrededores de las islas de las Especias, pronto volverá y lo hará como siempre, con él al mando.

—¡Qué extraño! Juraría que la vi anclada junto a las otras dos antes de mi último viaje. En fin, nos tendremos que conformar con vuestros cascarones.

Tomé volvió a frenar el brazo con el puño cerrado que Rui pensaba plantar en plena cara al osado de Robin el Rápido.

—Preparaos, muchachos —dijo desde la puerta de la taberna—, zarpamos en tres días y soy inflexible con la disciplina de mis capitanes.

Después de la ronda matutina en el Hospital de San Pedro, se sentaban juntos a revisar los cuatro tomos de las amarilleadas páginas de *Historia Natural de la Nueva España*. El niño leía los complicados nombres en náhuatl con soltura, algunos de los cuales se había aprendido ya de memoria. Cuando se atascaba, el médico le ayudaba a pronunciar y lo repetía hasta que conseguía controlar el enrevesado vocablo. Se intuía ya, a sus siete años de edad, que poseía un talento natural para reconocer las plantas autóctonas con las que elaborar remedios naturales. La experimentación era lo que más le divertía, eso y salir al bosque en busca de hierbajos, como los llamaba Manuela, la cocinera de la casa, con la que tenía una bonita relación, y que a pesar de refunfuñar cada vez que le veía aparecer con una cesta llena de hierbas, le hacía espacio en la mesa de la cocina y le prestaba el mortero para sus mejunjes. A veces fingía alguna dolencia y tomaba el remedio que le preparaba el muchachito entre pretendida resistencia y auténticas arcadas. Todo por fomentar la vocación del niño y llenar el vacío en su corazón que Mariana había dejado al partir.

Estaban entretenidos leyendo la descripción que el médico de cámara de Felipe II había realizado sesenta y cinco años antes sobre el *quauhayohuachtli*. Leía Sebastián «el jugo de este árbol cura los labios agrietados de ulcerillas, así como las encías...» cuando unos golpes en la puerta interrumpieron la lectura.

La puerta se abrió lentamente y asomó la cabeza afeitada de Contreras, el boticario.

—Mi doctor, un hombre le busca, me topé con él en el patio cuando salía a almorzar.

—¿Pregunta por mí? Hazle pasar —contestó Francisco.

—Pase, buen hombre —le indicó el boticario.

Contreras entró tras él, curioso por conocer qué se le ofrecía al personaje. Sin embargo, el hombre permaneció en silencio mirando al físico y al niño alternativamente, y finalmente volviéndose hacia el intruso.

—Y bien, ¿en qué puedo ayudarle, señor...? —preguntó Francisco.

—*Eu sou* Emérito Almeida.

—Señor Almeida, ¿sufre alguna dolencia?

—Aparte de la fatiga por el viaje, me encuentro perfectamente.

—¿Qué le trae entonces al Hospital de San Pedro?

El visitante volvió a mirar al niño y al boticario.

—Preferiría comunicárselo a solas.

—Bien. Sebastián, ¿puedes llevarte a tu tocayo a dar un paseo?

—Claro, doctor. Vamos, Sebas, te vas a chupar los dedos con la comida de Petra —dijo saliendo con el niño del despacho del físico.

—Don Emérito, tome asiento, por favor.

—*Obrigado*. En verdad, buscaba a su esposa, Mariana López de Peñafior.

—Ah.

—Sí, ya sé, no es su esposa y marchó de Puebla de los Ángeles hace tiempo. He pasado por su casa, su cocinera ha tenido a bien informarme de los acontecimientos. He podido conocer también a la india Josefina. Le doy la enhorabuena por su hija Fernanda.

—Se llama doña Josefa y es mi esposa.

—Disculpe, así la llamó su cocinera y a ella pareció no molestarle tal denominación.

—A mi esposa no le molesta nada, es la pureza y la bondad hechas carne. Volviendo al asunto que le ha traído hasta aquí. Si ya sabe todo lo que necesita saber sobre Mariana, ¿por qué quería verme?

—Necesito encontrarla y Manuela no ha sabido decirme a dónde pudo dirigirse... después de tener que salir tan precipitadamente de la ciudad. Esperaba que su merced conociese su paradero.

—Pues lo siento, yo tampoco sé donde está, no he sabido nada de ella desde que se fue, hará casi un año. Podría estar en cualquier parte.

—Sí, en cualquier parte, ¡qué dilema! —dijo Almeida rascándose la barbilla.

—¿Por qué quiere encontrarla? ¿No será familiar de la Inquisición?

—¿Yo? Cómo podría serlo con este acento. Soy el albacea de su abuelo, tengo que hacerle entrega de su herencia. Piense un poco, don Francisco, tal vez pueda darme alguna pista sobre su paradero.

Francisco cruzó los brazos sobre el pecho y alzó la mirada hacia el techo en busca de Mariana. «¿Dónde estás, Mariana, mi dulce Mariana?».

Rememoró la última conversación que habían mantenido. «Puede ser, tal vez...».

—Quería ir en pos de su padre, de su verdadero padre —dijo al fin.

—¡Ah!, esa sí es una pista que puede ponerme tras sus pasos —dijo Emérito sonriendo por primera vez—. ¿Recuerda algo que me pueda servir para comenzar?

—Sí, espere —dijo volviendo a mirar al techo, como si allí se encontrasen escritos sus recuerdos—, recibió una carta, me la enseñó, espere... Hablaba de un robo, de galeras, ¿dónde?... Filipinas... creo que decía Filipinas, sí, sí, estoy casi seguro de que decía astilleros de Cavite, en las islas Filipinas. Encuéntrale a él y dará con ella. Es todo lo que puedo decirle, lo siento.

—Más siento yo que este no haya sido el final de mi búsqueda.

—Créame, más lo siento yo —afirmó Francisco con una mueca de dolor en el rostro—. ¿Puede hacerme un favor?

—Claro, don Francisco, dígame cómo puedo servirle.

—La familia de Mariana le ha estado enviando cartas, yo no quiero ser el que les explique lo que ha sucedido, por lo que no he respondido a ninguna. ¿Podría llevarse las cartas con usted? Así, si la encuentra podrá dárselas en persona. Además, con la precipitación de su partida olvidó llevarse algunas cosas que creo que querrá tener.

—Por supuesto.

—Entonces, acompáñeme, vayamos a mi casa.

La costa era una línea enloquecida que se acercaba y se alejaba, selvática, escarpada, montañosa, de arena mansa. Mariana se pasó la mayor parte del viaje sentada en el maderamen de proa, oteando el norte. Para pasar la noche se acomodaban cubiertos con toscas mantas en el único camarote del barco, un cuartucho estrecho, lleno de bártulos, construido con cuatro tablones clavados en el lado de popa.

Después del mediodía, Lucas anunció que estaban llegando. Eso había dicho el dueño del sampán al que le habían comprado el pasaje hasta Cagayan. A lo lejos, cipreses de humo se elevaban tiznando el cielo azul. Señaló hacia ellos.

—Estarán quemando hojas —explicó Lucas.

El puerto estaba anclado en una pequeña ensenada a corta distancia de la enorme boca de Río Grande que se lanzaba potente contra las olas del océano. Así llamaban los lugareños al río más largo y caudaloso de las Filipinas. Tajo, lo habían bautizado los españoles cuando les ganaron el enclave a los japoneses.

Escuchó la discusión que mantenía ahora Lucas con el sangley que comandaba la embarcación, movían las manos, señalaban a la playa y daban voces en su lengua. Sujetándose a la borda para no perder el equilibrio, Mariana se acercó hasta donde estaban en pie, agarrados al mástil entre las dos velas nervudas como alas de murciélago albino.

—¿Por qué discutís, Lucas?

—No discutimos, conversamos.

—¿A gritos?

—Así se conversa entre los míos.

—¿Y de qué conversáis pues?

—Dice que no le gusta el olor del viento. Quiere volver.

—¿Volver? No, no podemos volver, si estamos a punto de llegar.

El sangley seguía expulsando demonios y señalaba la playa.

—¿Qué dice ahora?

—Dice que no hay gente en la playa.

—Ya, ¿y qué? —preguntó Mariana.

—No le gusta que no haya gente en la playa —le explicó Lucas.

—Hemos recorrido unas cuantas leguas y yo no he visto a nadie en la playa en el trayecto, ¿por qué tendría que ser distinto en esta parte?

Lucas tradujo la pregunta de Mariana al capitán del sampán. Y después de escuchar la respuesta, asintió y tradujo a su vez.

—Dice que estamos muy cerca de la villa de Aparri y que por aquí siempre salen indios cuando ven el barco.

—Es muy temprano, puede que estén durmiendo.

—Puede que se avecine un tifón. Los indios suelen ser capaces de leer los signos en la naturaleza antes de que el cielo se llene de tinieblas y el huracán arrase con todo —caviló Lucas.

—Puede ser, pero en ese caso sería mejor desembarcar cuanto antes y ponernos a resguardo. No podría soportar otra tormenta como la que...

—Mire —la interrumpió Lucas.

El sangley se alzaba sobre la borda agarrado a la vela y oteaba en dirección a la playa. Álvaro, que se había despertado con los gritos de los dos

chinos, salió del improvisado camarote, dedicó una sonrisa de buenos días a Mariana y se estiró abriendo los brazos y elevando el rostro a la brisa.

—¿Qué está pasando? —preguntó después de haberse desperezado.

—Parece que nuestro capitán está un poco inquieto porque no hay indios en la costa —explicó Mariana.

Álvaro se encogió de hombros y se dirigió a Lucas:

—Dile a tu paisano que si se pone pesado va a tener que devolverme lo que le he pagado por traernos hasta aquí.

Lucas tradujo y la respuesta del sangley fue escupir por encima de la borda, y con gesto ceñudo sujetó el brazo del timón y dirigió la embarcación hacia la costa. A media legua de distancia se empezaron a avistar juncos anclados cerca de la playa. Solo se oía el graznido de las aves sobrevolando sobre las embarcaciones y el ronroneo monótono de las olas lamiendo la playa.

El capitán chino volvió a señalar y a proferir gritos de advertencia.

—Jefe, ¿quiere que le cierre la boca de un puñetazo? —sugirió Facundo.

—¿Qué dice ahora? —preguntó Álvaro a Lucas.

—Dice que no hay nadie en los juncos, que es imposible, y yo estoy de acuerdo, algo raro pasa.

Habían ido avanzando acercándose a tierra. De pronto, el capitán hizo un giro brusco de timón y enfiló hacia alta mar de nuevo. Cipriano, que se había colocado por detrás de él, le echó la manaza al cuello, le apartó de un empujón y agarró el timón virando el junco de nuevo hacia tierra. Cuando estaban muy cerca de la costa, el sangley saltó al agua con un grito y se alejó nadando.

—¿Se ha vuelto loco este hombre? —Mariana se asomaba a la borda y le hacía señas al capitán, que luchaba por alcanzar la playa—. ¡Vuelva, vuelva! ¡Se va a ahogar! ¡Lucas, llámale!

—Déjele marchar, prefiere ahogarse.

—¿Por qué? —preguntó Mariana.

La pregunta flotó en el aire y llegó a la playa, donde apareció un hombre, con pantalones bombacho y pecho al descubierto, para darle respuesta.

—Mire, jefe, allí se ve un indio —señaló Facundo a la fibrosa aparición de tez renegrida.

El hombre alzó una mano y lanzó un grito que apagó el viento. De los juncos anclados empezaron a salir indios vestidos de similar manera, alzaban

el brazo lanzando destellos luminosos y repitiendo el grito de su líder, que esta vez les llegó poderoso como el tronar de una tormenta.

—¡Llevan turbante! —gritó Mariana mirando en derredor a la decena de juncos que les rodeaban.

—¡Maldición! ¡Son moros! ¡Coged los arcabuces! —gritó Álvaro—. ¡No dejéis que se acerquen!

Facundo y Cipriano se colocaron en cada uno de los flancos del sampán, Cipriano por babor y Facundo por estribor, y mantuvieron las armas apuntando al enemigo que se acercaba a la embarcación para abordarla siguiendo las órdenes del hombre en la playa.

—¡Lucas, lleva a Mariana al camarote y permaneced allí sin moveros!

Mientras, Álvaro intentaba desesperadamente virar el sampán para escapar de la encerrona.

Los moros armados con cuchillos, sables curvos, dagas y *kalis* de hueso, las armas moras de cuchilla alargada y ondulada, continuaban tronando con sus gritos. Mariana empezó a escuchar detonaciones. Sin poder aguantar la angustia, se asomó por la puerta del habitáculo y vio cómo los juncos estaban cada vez más cerca. Facundo y Cipriano descargaban tiros en todas direcciones alcanzando a la masa compacta de moros enardecidos que iban cayendo al agua entre alaridos. Saltaban astillas por todas partes. Álvaro maniobraba con el timón y alzaba de vez en cuando su pistola disparando en dirección a los asaltadores sin mucho acierto. Eran casi una centena, y caído uno, otro tomaba su puesto. Lucas tiró de ella hacia el interior y atrancó la puerta por dentro. Instantes después sintieron una embestida que desplazó el junco hacia la derecha, inmediatamente después otro fuerte encontronazo les lanzó contra los enseres que tenía acumulado el capitán sangley en el cuartucho donde se habían resguardado. No tardaron mucho en escucharse los chillidos triunfantes de los moros en la cubierta de su embarcación. Contuvieron expectantes el aliento. Órdenes, alboroto. Mariana no conseguía distinguir la voz de Álvaro entre los salvajes. Porrazos en la puerta.

—No os mováis —le indicó Lucas.

Tras varios intentos, la portezuela cedió y la cerradura saltó por los aires. Asomaron dos negros turbantes sobre rostros cobrizos de pobladas cejas. Al ver a la mujer acompañada de un sangley, se miraron, intercambiaron algunas palabras y uno de ellos se giró anunciando al líder, que había alcanzado el junco en una rápida chalupa para tomar posesión de él, el tesoro que escondía el cuartucho. Mariana forcejeó con los cuatro brazos que la

agarraban resistiéndose a abandonar su refugio. Alguien más se encargó de arrastrar a Lucas a la cubierta, aunque no le prestaron demasiada atención. La luz tenebrosa del cielo la cegó después del rato que había pasado escondida entre penumbras. Los asaltantes habían recogido las velas, el viento soplaba con fuerza y empujaba fuertes olas contra el casco del sampán bamboleando la embarcación salvajemente. Ella permaneció erguida, intentando zafarse de los garfios huesudos que le apretaban los antebrazos. En el centro de la cubierta decenas de torsos oscuros de baja estatura apuntaban con sus armas blancas a los tres españoles. Álvaro, Facundo y Cipriano forcejeaban con sus raptores, que les escupían y golpeaban inocuamente con sus palmas, como tasando la mercancía.

A ella también la habían rodeado y le tocaban el cabello, la falda, los pechos. Mariana insultaba, mordía y agitaba la cabeza para desprenderse de las manos callosas de los moros filipinos, cuyos finos dedos sentía palparle hasta el alma. El líder impuso su voz por encima del griterío de sus hombres y el silencio se hizo en la cubierta conquistada. Más alto que la mayoría de ellos, paseaba su turbante de un lado al otro. Frases cortas, imperativas, interrumpidas por vítores incomprensibles. El líder se acercó a Mariana, giró a su alrededor observándola de arriba abajo antes de colocarse ante ella, a menos de un palmo de distancia. Podía sentir su aliento a especias. Le miró a los ojos, percibió la expresión de sorpresa en sus pupilas anticipando la suya, la boca entreabierta, los dientes blancos. Tras la sorpresa, una media sonrisa, aún no le había reconocido.

—Vaya, vaya, nunca pensé que Alá fuera a concederme tanta dicha en esta vida.

Su voz, odiosa voz, humillada voz: «Me las pagarás».

—¿Hernando?

—No, Hernando era un esclavo, yo soy Hadji Humeya, de la dinastía de los Omeya, pronto seré sultán y ocuparé el lugar que Alá reservó a mi estirpe.

El orgullo de Hernando la exasperó y el desprecio que había sentido por él desde su niñez estalló sin contención:

—Eres un miserable siervo, sangre cristiana corre por tus venas. Además, tu madre nos confesó aquella noche que te había engañado para aliviar tu desdichada existencia. No eres un Omeya, eres un insignificante criado.

—¡Mientes! —gritó, y la abofeteó con toda su rabia.

Sus hombres, que habían permanecido mudos durante el intercambio entre su jefe y la mujer, apuntaron con sus *kalis* a Mariana.

—¡Atrévete conmigo, miserable! —gritó Álvaro intentando zafarse de sus opresores, pero recibió un golpe en la cabeza que le tiró al suelo.

Hernando detuvo con la mano a los indios que apuntaban a Mariana y les dio una orden en joloano que la joven no entendió. Instantes después, la amordazaban y agarrada por las muñecas la arrastraban en dirección a los tres españoles.

Hernando se giró entonces en dirección a Álvaro, de dos zancadas se puso a su lado, se acuclilló y le alzó el rostro. El viento gemía a su alrededor. Álvaro, que no había escuchado el intercambio de palabras entre el antiguo sirviente de la hacienda Peñaflor y Mariana y solo había presenciado su agresión, también reconoció en ese odioso moro a la mano derecha de don Segundo.

—¿Tú?

—Pero si es el señorito Fábregas. Es mi día de suerte —dijo Hernando poniéndose en pie y ordenando que alzarán a su prisionero—. ¡Cuánto tiempo soñando este momento!, imaginándome nuestro reencuentro, Mariana. Enfermé de tanto odiarte, pero mi deseo de venganza fue más fuerte y consiguió arrancarme de las fauces de la muerte. Ha merecido la pena la espera. ¡Alá es grande! —dijo, y repitió la loa en joloano. Sus hombres alzaron los *kalis* al aire y repitieron a una la alabanza—. Intuyo que si estáis juntos tan lejos de Sevilla es porque sois marido y mujer. ¡Qué dulce venganza infringirte dolor! —dijo situándose por detrás de Álvaro y mirando fijamente a la joven con una sonrisa sádica en los labios.

Brilló su cuchillo moro en lo alto, los ojos de la joven quedaron suspendidos en el filo, como hechizados, mientras aullaban a su alrededor los piratas de Joló. En un instante, Hernando descargó su *kali* sobre el cuello de su amigo, que se desplomó sobre la cubierta del sampán. El grito de Mariana retumbó contra el cielo ennegrecido, a pesar de la mordaza, se abalanzó sobre el cuerpo sin vida de Álvaro liberándose de las garras filipinas, y cubrió con sus manos la hendidura del cuello por donde manaba sangre a borbotones. Su mirada conservaba aún el brillo de la vida, tan inesperada había sido su muerte que sus ojos no se habían percatado aún de su ceguera eterna. Facundo y Cipriano bajaron la mirada y permanecieron inmóviles. Cuando Mariana se hubo convencido de la muerte de Álvaro, se liberó de la mordaza, se levantó como un huracán y arañó con ambas manos el rostro de Hernando.

—¡Asesino! ¡Te maldigo una y mil veces! ¡Asesino! —aulló de dolor.

Hernando sonreía erguido, se dejaba pegar disfrutando de la sensación de poder. Sus hombres no se movían, pero permanecían alerta por si tenían que acabar con la enloquecida mujer que no paraba de gritar y golpear a su jefe hasta que las fuerzas la vencieron y se dejó caer a sus pies sollozando.

—Maldito, maldito —musitó.

Como si el cielo pudiera plasmar el desgarró de su corazón, el viento empezó a arreciar, grandes olas recogían las lágrimas de Mariana derramadas sobre la cubierta del sampán. Hernando ordenó tirar el cuerpo de Álvaro al agua y la marea se lo tragó en segundos.

Se escucharon disparos. Los nativos habían dado la voz de alarma al destacamento español que protegía Aparri de los piratas. Varios soldados descargaban sus mosquetes hacia la banda de moros comandada por Hadji Humeya, que se ponían a cubierto en desordenada desbandada. El cielo se cubrió de luto como el corazón de la joven, que seguía derramando su amargura desmadejada sobre la embarcación. Sus lágrimas se mezclaron con la lluvia que descargaban las plomizas nubes. Lucas la abrazaba e intentaba consolarla con su presencia, sin palabras, mientras eran balanceados violentamente por la marea. Facundo y Cipriano permanecían de rodillas maniatados y vigilados de cerca por los joloneses. Eran esos moros los herejes del sur de las Filipinas con los que los españoles habían tenido que batallar desde que Miguel López de Legazpi descubrió el archipiélago.

Las olas eran enormes lenguas de agua que crecían alentadas por los poderosos vientos y que amenazaban con llevar a pique a los juncos con sus conquistadores y conquistados a bordo. Hernando dio la orden de poner rumbo a poniente, bordear la costa y dirigirse al sur. Los españoles, al verles alejarse mar adentro, corrieron de vuelta al pequeño poblado a refugiarse de la tormenta. Mariana fue conducida de nuevo al cuartucho con Lucas, Facundo y Cipriano, donde fueron encerrados bajo llave. Fuera, en la cubierta del sampán, Hernando al frente de una veintena de hombres bregaba con la tormenta intentando mantener el rumbo.

Una hora después la pequeña flota morisca estaba completamente desbaratada. Solo tres embarcaciones habían conseguido permanecer pegadas a su capitana, del resto no había rastro. Las corrientes imponían un destino diferente al determinado por Hadji Humeya. Usando el cuadrante náutico, confirmó la situación geográfica del sampán. La tormenta les había desplazado al norte. El puerto más cercano para ponerse a resguardo era el de la ciudad

de Orange, tendría que pedir ayuda a los holandeses. Refugio a cambio de los prisioneros chinos y españoles que llevaba a bordo y promesa de nuevas capturas.

Tal y como le habían confirmado los espías de Roujie, el poblado de su esposa se había desplazado hasta una colina cercana al río Tanshui. Allí fue a buscar a sus cuñados, que harían de puente de comunicación entre San Salvador y los piratas de su antiguo aprendiz. El poblado se había establecido cerca de lo que fue el fuerte Santo Domingo abandonado por los españoles unos años antes, cuando se retiraron de la zona. Siguió el margen del río hasta casi su desembocadura. El gobernador Portillo le había prestado un mosquete que había aprendido a disparar la víspera de su partida. Él había aceptado el consejo de ir armado, pues aunque durante su estancia en el poblado taparri había adquirido la habilidad de mimetizarse con la espesa vegetación y los sonidos de la jungla, hacía casi un año que no había tenido contacto con ningún nativo, y aparte de poder encontrarse con los cazacabezas, temía la bienvenida que le daría su pueblo de adopción. Ninguna noticia habían recibido del trance en el que se encontraba él y su mujer Inés, tal vez pensasen que había recuperado la blancura de la piel por la estrecha colaboración con los colonos y no estuvieran dispuestos a colaborar. Tampoco sabía nada de su hijo, pero esperaba que se encontrase en el mismo poblado.

En menos de dos jornadas, y a pesar de la lluvia que ganaba en intensidad día tras día, había conseguido atravesar la zona montañosa donde brotaban manantiales sulfurosos, culpables de que perecieran los primeros españoles que inspeccionaron la zona una década atrás. Todos los años recorría junto a sus cuñados el trayecto entre Taparri y Tanshui para ir a comprar mercancías a los sangleyes. Los nativos sabían distinguir perfectamente las letales aguas de los manantiales salubres. Conocían también las pozas de agua caliente donde se sumergían para recuperarse de la fatiga del trayecto. Era la primera vez que él afrontaba el viaje solo, y aunque había conseguido no perderse, quiso evitar terminar envenenado de sulfuro, por lo que prevenido de las cualidades nefastas de aquellas aguas y dudando de su capacidad para distinguir unas aguas de otras, había llevado un pellejo con agua dulce y provisiones para varios días.

Estaba amaneciendo cuando se aproximó al poblado. Escuchó sorprendido el repicar de una campana. En otras ocasiones, sus cuñados y él

habían dirigido sus pasos directamente a la zona donde solían anclar los juncos chinos. Esta vez había remontado el río buscando el poblado, y lo que divisó junto a las decenas de chozas que lo conformaban fue una iglesia. Nuestra Señora del Rosario llamaba a misa a los nuevos cristianos. Sintió alivio, pues la presencia de los misioneros facilitaría la toma de contacto con los taparris. Se acercó a la pequeña ermita construida en madera, donde confluían en ese momento los nativos a la llamada del párroco. Le miraban extrañados. El interior estaba fresco y húmedo. Colocó el mosquete apoyado en la pared del fondo y se acercó hasta el altar, presidido por una imagen de la Virgen del Rosario. En esos momentos un nativo vestido con una túnica blanca ayudaba al fraile a prepararlo para la misa.

—Padre —le llamó.

El dominico se giró sorprendido de escuchar su lengua.

—Padre, soy Gonçalo Maradiaga, vengo de San Salvador.

—¿No me irá a decir que el gobernador se ha enterado de que no hemos abandonado la misión y manda prenderme?

—No, padre, no se preocupe.

—¡Huy, hijo, qué alivio!

—Los holandeses se preparan para atacarnos, no sé si será conveniente que siga aquí, tan lejos del fuerte, ya no quedan soldados en la zona para proteger la misión, padre.

—Hijo, conozco los peligros a los que me enfrento, y créame que los holandeses son el menor de ellos, pero no puedo abandonar a mi rebaño, ¿qué sería de ellos?, volverían sin duda a sus idolatrías. Ahora, si me disculpa, tengo que officiar la santa misa, hablaremos después.

—Sí, padre, una pregunta nada más. Busco a tres taparris, son hermanos de mi esposa, sus nombres de bautismo son Pablo, Andrés y Santiago, ¿les conoce?

El padre Ángel Aguilar miró los rostros madrugadores de sus feligreses.

—¿No son esos tres de allí? —dijo señalando al fondo de la reducida nave.

Gonçalo giró la cabeza siguiendo la dirección de su mano y en seguida descubrió a los tres hermanos de Inés.

—Sí, padre, esos son, muchas gracias.

Se acercó hasta ellos. Los tres muchachos le miraban desconcertados, él les calmaba con vocablos que había aprendido de Inés, soy yo, vuestro hermano, les decía mientras delante de ellos el párroco, de cara al altar, se

dirigía al Altísimo en nombre de la pequeña comunidad de cristianos. Al terminar el oficio permanecieron dentro de la capilla, al resguardo de la lluvia que volvía a remojarse el verdor de las hojas y a formar charcos en la plazoleta de tierra rojiza rodeada de cabañas. Se dejó tocar los brazos, las manos, el rostro.

—*Tolpet quiri*.

—Sí, sí, soy yo —les aseguraba Gonçalo.

Les explicó con una mezcla de lengua taparri, latín y español que los nativos habían aprendido de los distintos misioneros, primero en Chilung y después en Tanshui, la situación: Inés presa, él preso, ellos debían informar si veían barcos, correr hasta San Salvador y dar la voz de alarma.

—¿*Sunise*? —les preguntó.

Ellos asintieron, habían entendido. Luego les preguntó por su bebé. Ellos se miraron perplejos, movían la cabeza negando. Se le llenó el corazón de agua.

—¿Qué fue de Marcelina? —preguntó.

Ellos sonrieron al escuchar el nombre de la muchacha. Le llevaron de la mano hasta una de las cabañas. Le empujaron al interior. Allí estaba. No era un bebé, ya no, era un niño de dos años, que caminaba y hablaba taparri. ¡Su hijo estaba a salvo! Se asustó al ver entrar en la cabaña a ese hombre barbudo y corrió a esconderse tras la nativa que había cuidado de él desde que tuvieron que huir de Chilung. A la semana había recuperado la familiaridad con su padre y lloró abrazado a las piernas de Marcelina al verle partir.

La Reina Ester volvía a puerto después de un infructuoso periplo en busca de su capitán. Había topado en el estrecho de Makassar con una tormenta que por poco arranca el palo mayor de cuajo y se lo lleva de botín al fondo del mar. Cuando Keled llegó a Batavia, al frente de la veintena de hombres que le habían acompañado en su corta aventura como capitán pirata, se encontró con un mensaje de Tomé esperándole: él y Rui habían partido como parte integrante de la pequeña flota que comandaba Roberto Guzmán de Cáceres. Los marineros se dispersaron por el puerto en busca de alcohol y calor femenino. Keled, después de una frugal cena en la taberna en la que acostumbraba a matar el tiempo con Tomé y Rui, volvió a la fragata a pasar la noche. Estaba inquieto. Por primera vez desde la derrota que sufrió su escuadra frente a los españoles en Mindanao, tenía que tomar una decisión. Como prisionero en galeras había obedecido a golpe de látigo. Después, cuando Hans asaltó la galera en la que remaba en el Caribe, había respondido con fidelidad a la promesa de honor que tenía con el hombre que le había devuelto la libertad, cumpliendo sus órdenes. Tomé había asumido el liderazgo en ausencia del corsario, y por su amistad con Hans, también había permanecido a su lado. Ahora estaba solo y capitaneaba una hermosa nave con la misión de encontrar a su dueño costase lo que costase. Tras el fracaso de su primer viaje, debía decidir si unirse a Tomé y a Rui poniendo la nave de Hans Van der Meer al servicio de su adversario, Robin el Rápido, o salir de nuevo a buscarle. Esta última opción se le antojaba una absoluta locura, no tenía ni idea de qué podría haberle sucedido, si estaba vivo o muerto, y de estar vivo dónde estaría, pero era la única opción que su conciencia y su honor podían aceptar. Debía seguir buscándole aunque perdiera la vida en el intento.

Se había tirado sobre el catre del camarote y contemplaba las sombras que proyectaba una vela prendida sobre el techo de madera del cuarto sopesando sus opciones, la ruta a seguir, intentando viajar mentalmente hasta el momento en el que Hans había zarpado de las islas Marianas capitaneando otra nave. A sus oídos llegaban los quejidos de la Reina Ester, crujían las

maderas, el velamen recogido aleteaba ligeramente por la fuerza del viento. Quien mejor conocía al corsario, su barco, intentaba decirle algo y él trataba de descifrar el mensaje. La nave oscilaba ligeramente mecida por el oleaje. Tenía que salir a buscarle, pero ¿a dónde? Crujidos de respuesta. Sombras en el techo. ¿A dónde? Una sombra alargada se movió, paseó de izquierda a derecha y desapareció. Keled se incorporó e instintivamente miró a través de los ventanucos del camarote. Afuera reinaba la oscuridad. Crujidos, quejidos, la Reina Ester no paraba de contarle cosas en un idioma que no entendía, pero sabía que constituía un mensaje de suma importancia.

Salió a la cubierta y se apoyó en la borda por estribor. Las aguas negras le salpicaron el rostro. La mole oscura del castillo de Batavia resaltaba en la noche sin luna. Le arrulló el hipnótico sonido de las olas contra el casco que amortiguaba los crujidos constantes de la Reina.

La noche estaba fresca, la brisa del mar había conseguido vencer el calor pegajoso que se adhería a la piel durante el día. Sintió frío en la garganta. Se echó la mano al cuello y se le congeló el gesto al rozar la hoja de un cuchillo. Al resguardo de la noche, alguien pretendía hacerse con el control de la Reina Ester.

—¿Quién eres y qué haces en mi nave? —escuchó.

—¿Amo?

La presión de la daga cedió y permitió a Keled girarse. Delante de él, una sombra casi de su porte. El mismo brillo de siempre en sus ojos que ni la noche oscura podía apagar.

—¡Amo!

—Keled, mi fiel Keled.

Eso era lo que intentaba decirle la Reina Ester, no eran quejidos, sino crujidos de alegría al sentir sobre sus tablas las botas del corsario. Su capitán, Hans Van der Meer, estaba de regreso.

La oscuridad no permitía ver los rastros de desesperación y dolor que estaban marcados a fuego en el rostro de su amigo. Pero no pudo ocultarlos cuando a la luz de unas velas se sentaron frente a frente en torno a la mesa del camarote dando tragos de una botella. A pesar de sonreír entre trago y trago, en el fondo de sus pupilas bailaba una tristeza profunda. No se dijeron nada. Solo compartieron el licor hasta vaciar esa y otra botella más, en una natural camaradería que no necesitaba de palabras. Cuando el líquido calentó lo suficiente las gargantas y liberó sus mentes de las trabas del pudor, Keled

encontró el valor para preguntarle a su capitán sobre lo que el destino le había deparado en ese año de separación.

Hans tardó en hablar. No encontraba las palabras. Cómo explicarle a su fiel amigo que se había dejado dominar por una pasión tan poderosa que habría estrellado la Reina Ester contra los acantilados si ella si lo hubiese pedido. Que estaba ciego de amor, y que cometió el error de pensar que ese sentimiento voraz, insaciable, que le hacía ansiarla a cada momento, era más fuerte que el imperio de los mares que él tan bien conocía. Que sobrestimó su habilidad. Que el capitán más osado había desafiado al océano y en la furiosa batalla que habían librado había ganado su adversario arrebatándole a su amada.

Keled intentaba entender lo que había sucedido hilvanando las palabras sueltas que Hans pronunciaba en alto, mientras seguía anestesiando su dolor con licor.

El cielo auguraba tormenta. Se echaron a la mar a pesar de las advertencias del viento. Les pilló una tormenta —«vuelve al camarote y no salgas de allí. Lucas, ácala»—, él luchaba con el timón, varias horas infernales, las olas de afiladas mandíbulas lanzaban sus dentelladas sobre el casco, las maderas resistían, se partió el palo mayor, cortaron los cabos. La sentina se inundaba, achicaban agua, contenían la furia asesina del océano. Por fin, llegó la calma. Corrió a buscarla, a estrecharla entre sus brazos, no estaba, dio la vuelta a la nave, la desbarató entera, ni ella si su criado chino estaban. Se los tragaron las aguas.

—El océano se vengó de mi desafío robándome mi máspreciado bien —dijo antes de derrumbarse inconsciente sobre la mesa.

Keled cargó con Hans hasta el catre y se sentó en una silla a velarle el sueño.

Los primeros rayos del sol convertían ya a esas horas tan tempranas el camarote en una pequeña caldera. Sobre las aguas bailaba el astro rey iluminando las aguas oscuras nocturnas de reflejos dorados, azules y verdes. Keled cerró la boca y se limpió la baba que le corría por la comisura hasta la barbilla. Se frotó los ojos despejando las brumas de la mente. Como rayo en su conciencia recordó el regreso de Hans, saltó de la silla y miró el catre. No había nadie. No podía haberlo soñado, se dijo. Hans había vuelto. Salió del camarote con precipitación, necesitaba confirmar la veracidad de sus recuerdos aturridos por el alcohol que había ingerido la noche anterior.

En ese momento el corsario trepaba por la borda y saltaba sobre la cubierta con agilidad.

—¡Buenos días, Keled!

—¡Amo! Al no verle en el lecho pensé que había soñado nuestro encuentro de ayer.

—¿Tan imposible parece que esté de vuelta? —le preguntó sacudiéndose el agua de la ropa y el cabello—. No hay nada mejor que un buen baño de mañana— dijo estirándose de cara al sol.

—Nunca dudé ni por un momento que volvería. Mi misión era encontrarle, no sabe lo que me alegra que me haya librado de tamaña tarea. Tomé y Rui tampoco dudaban de su vuelta.

—¿Dónde están mis capitanes?

—No le va a gustar lo que tengo que decirle, amo.

—Cuéntame sin tapujos, Keled, estoy de buen humor —sonrió.

—Verá, cuando abandonamos Nueva España volvimos a Ámsterdam. Tomé dio parte a la WIC del viaje y después se reunió con la sociedad y con el comerciante... algo Sarré.

—Lourenço Loule Sarré.

—Sí, ese. Había gestionado ya la nueva patente con la VOC. Permanecimos unos meses en casa y tras recibir el mensaje del sastre partimos hacia aquí. Después de vuestra última comunicación desde las islas Marianas nada más supimos de vos, amo. Y eso fue hace unos cinco meses. El gobernador preguntaba por Hans Van der Meer cada semana y Tomé ya no sabía qué más decirle. Exigió que pusiésemos las naves a su disposición en vuestra ausencia y no hubo más remedio que obedecer.

—¿Y a dónde ha enviado Van Niemen a mis buenos amigos?

—La nota que me dejó Tomé con el tabernero decía que Van Diemen ordenaba unirse a la flota de Roberto Guzmán de Cáceres y dirigirse a la ciudad de Orange para apoyar al gobernador Tradenius en su próximo ataque a la colonia española en isla Hermosa.

—¡Ahora entiendo por qué no me iba a gustar la noticia! Roberto Guzmán de Cáceres, Robin el Rápido, sigue tras nuestros pasos.

—¿Qué ordena, capitán?

—Lo primero es deshacernos de la sombra incómoda de mi adversario. Voy a ver a Van Niemen. Puedes ir convocando a la tripulación, si no dispone otra cosa el gobernador, partiremos en unos días a isla Hermosa a recuperar mis barcos. Estoy deseando ver la cara que pone ese necio.

Paulus Tradenius releía el mensaje que acababa de recibir mientras esperaba al emisor de la misiva. Pedía refuerzos cada día en la misa matinal en la capilla castrense situada en el interior del fuerte Zelandia. Refuerzos había solicitado también a la Dirección General de la Compañía de las Indias Orientales en Batavia. Sin refuerzos no podía acometer el ataque a la Santísima Trinidad española en el norte de la isla, pues a pesar del apoyo del hombre fuerte de Zheng Zhilong, no confiaba en la palabra de un pirata y menos de un pirata chino. Y por fin las aguas traían hasta sus costas... Unos golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos.

Un soldado anunció al visitante.

—Hadji Humeya, enviado del sultán de Joló, gobernador.

—Hazle pasar.

El moro no venía solo, tras él entraron al despacho del gobernador holandés Facundo, Cipriano y Mariana. Hernando había querido afianzar su posición mostrando las piezas que pensaba intercambiar por refugio, agua, víveres y lo necesario para reparar sus naves y volver a sus tierras. En el patio, quince sangleyes maniatados, dueños de algunos de los juncos asaltados en Aparri, eran vigilados por varios de los piratas joloneses que habían sobrevivido a la tormenta y por tantos otros soldados holandeses que custodiaban el fuerte. Solo faltaba un sangley. Lucas se había escabullido al llegar a puerto, no habían reparado en él al sacar a los españoles del cuartucho. Escondido en el parían chino, esperaba su momento para vengarse de Hernando.

—Excelencia, *As-Salaam-Alaikum* —saludó Hernando llevándose la mano a la frente y dirigiéndola después al cielo.

—La paz de Jesucristo esté con vos —respondió Tradenius.

—Gobernador, en nombre del sultán de Joló le ofrezco estos presentes a cambio de su hospitalidad —dijo señalando a los tres españoles.

—¿Son cristianos? —preguntó Tradenius.

Antes de que pudiera responder, Facundo exclamó:

—¡Somos cristianos, Excelencia, libérenos de las garras del hereje!

Hernando le calló la boca de una bofetada. Facundo volvió la cara hacia su agresor y le abrasó con la mirada.

—Son católicos, Excelencia, y son mi botín de guerra. No les tenga piedad, los españoles esclavizan cristianos si son vencidos en batalla.

—Si son vencidos en batalla, persisten en su rebeldía y no se convierten a la única fe verdadera o reciben un jugoso rescate a cambio —aclaró Tradenius.

Hernando hizo una venia de asentimiento y el gobernador se dirigió al soldado.

—Desátales.

—Pero gobernador... —intentó quejarse Hernando, pero Tradenius le pidió con un gesto de la mano que guardara silencio.

Facundo y Cipriano se frotaban las muñecas y miraban a su alrededor intentando medir las posibilidades de escape. Mariana estaba ausente, con los brazos caídos lánguidos a los dos lados de su delgado cuerpo, la melena larga suelta y revuelta, los ojos bajos.

—Y bien, ¿están dispuestos a convertirse a la fe verdadera? —preguntó Paulus Tradenius. Los hombres se miraron entre sí y no contestaron—. Tienen suerte. Estoy dispuesto a concederles la libertad y a mandarles a las Filipinas con los suyos a cambio de...

—¿A cambio de qué? —preguntó Cipriano ávido de conocer el precio de su libertad.

—Del bien máspreciado, por supuesto, información. ¿Están dispuestos los señores a someterse a un interrogatorio?

Los hombres se miraron brevemente.

—Lo estamos, gobernador —contestó Facundo en nombre de los dos.

—Excelente. Soldado Linden —dijo dirigiéndose al joven militar que custodiaba a los visitantes—, escolte a estos dos caballeros a la sala verde y deje dos escoltas en la puerta. Estaré con sus mercedes en breve.

Cuando hubieron salido, Hernando retomó la palabra.

—Gobernador, ¿qué gano yo si deja a mis prisioneros en libertad?

—De momento le permitiré reparar sus embarcaciones en mi puerto. Pero no podrá partir, necesito sus naves. Pero antes... —se levantó de detrás del escritorio y caminó hasta la mujer— debemos decidir qué vamos a hacer con la señorita.

—Ella me pertenece, solo estoy dispuesto a cedérsela si es vendida como esclava. Compartiremos los beneficios. Sería una extraordinaria concubina, ¿no le parece? Es una dama española de noble cuna. Mire sus manos, su dueño recibiría las caricias más suaves —dijo levantando una mano delante de los ojos del gobernador—, mire su cintura estrecha, sus caderas redondas, sus

cabellos de seda derramándose sobre el hombre al que haga gozar. Sus labios carnosos darán los besos más ardientes...

—Ya he entendido, señor Humeya, parece que la conoce bien.

—La conozco desde siempre —dijo entornando los ojos.

—¿Cómo se llama?

—Mariana, se llama Mariana López de Peñaflor —dijo acercándose a su cara y echándole su aliento a especias.

La joven, al escuchar su nombre, alzó la cabeza y fijó sus ojos en el odioso hombre que había asesinado a sangre fría a su mejor amigo, a su hermano. Se abalanzó sobre él como una fiera. Fue tan inesperado el ataque que Hernando no pudo esquivarla, lanzó toda su rabia contra el detestable rostro del moro mordiéndole la mejilla y arrancándole un pedazo de carne que escupió al suelo.

—¡Asesino! ¡Maldito! ¡Demonio! —gritó con la boca bañada en sangre.

Hernando daba alaridos palpándose la cara ensangrentada. A los aullidos del moro acudieron varios soldados. Roberto Guzmán de Cáceres, que entraba en ese momento en el despacho del gobernador, se encontraba con una fiera desgredada a la que sujetaban entre dos y que lanzaba improperios en español y un hombre de tez oscura con turbante negro al que le faltaba un pedazo de mejilla y sangraba sin parar.

—Llévadle a la enfermería, rápido —ordenó el gobernador a los soldados.

Tapándose la cara con las manos Hernando lanzó su última amenaza:

—Estás muerta, Mariana, muerta —y salió en dirección a la enfermería.

La joven se derrumbó y empezó a llorar desconsoladamente.

Roberto Guzmán de Cáceres se arrodilló a su lado, le alzó el rostro y sacando un pañuelo le limpió la sangre y las lágrimas.

—No lloréis, venid, sentaos aquí —dijo ayudándola a ponerse en pie y acompañándola a una de las butacas del despacho.

—¿Qué ha pasado, gobernador? —preguntó.

—¿Quién es usted?

—Disculpe, gobernador —dijo irguiéndose y saludando marcialmente—, capitán Roberto Guzmán de Cáceres, llegado de Batavia. Tengo instrucciones de ponerme a su disposición.

—Hoy me llueven las buenas noticias. Excelente, capitán, refuerzos al fin.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar el corsario mientras Mariana seguía sollozando escondida en el pañuelo de Robin el Rápido.

—Por lo que entiendo de la escena que acabamos de presenciar, el pirata asaltó una nave española, ha asesinado a alguien querido para la dama, y ella se ha dejado llevar por la furia atacándole sin medir las consecuencias.

Robin el Rápido se agachó delante de Mariana e intentó animarla.

—Es usted muy valiente, señorita —dijo en perfecto castellano.

Mariana alzó sus ojos canela anegados en agua salada hacia la voz del corsario. Se sostuvieron la mirada apenas unos instantes, lo suficiente para que Roberto de Guzmán se sintiera profundamente conmovido por la tristeza y la belleza de la joven sevillana, quien se refugió de nuevo en el pañuelo y siguió llorando desgarradamente. Intentaba quitarse de la mente la imagen de Hernando rajando el cuello de su querido Álvaro, pero no podía, se repetía en su cabeza en una secuencia infinita, una y otra vez. ¡Maldito! ¡Maldito!, gritaba su corazón encharcado en congoja.

—¿Qué va a pasar con ella, gobernador? —preguntó Roberto acercándose hacia el ventanal que daba al patio y bajando la voz para no agitar más a la hermosa dama.

—Es prisionera de ese Humeya, quiere que la vendamos como esclava y repartirnos el beneficio, no creo que tengamos otra opción. No quiero generar un conflicto y acabar teniendo que rechazar ataques de piratas moros que por el momento han estado muy entretenidos en el sur de las Filipinas acosando a los españoles. Bastante tengo con los nativos, los piratas chinos, los ingleses y los españoles de San Salvador. Además, creo que invitaré al tal Humeya a Batavia, tal vez podamos pactar con el sultán de Joló una alianza para expulsar a los españoles de las islas Filipinas.

—En ese caso, gobernador, yo seré quien pague por ella —dijo Roberto con un hilo de voz.

—Si es eso lo que desea, yo no veo ningún inconveniente, negociaré en su nombre con el moro y le informaré del precio alcanzado.

—Gracias, gobernador. Por las instrucciones que recibí de Van Niemen, prepara el asalto al norte de la isla, ¿no es así?

—Dice bien, estaba esperando refuerzos para acometer el ataque.

—En ese caso gobernador, quiero pedirle que acoja a la señorita en mi ausencia, hasta que pueda llevarla conmigo a Batavia. No querría que terminara en manos del moro que ha amenazado con matarla.

—No se preocupe, capitán, haré que la trasladen a mi casa, le hará compañía a mi esposa —dijo el gobernador abriendo la puerta del despacho para llamar a un soldado.

—¿Dónde está el moro?

—El cirujano le está cosiendo, gobernador.

—Bien, escolta a la señorita hasta mi residencia e intenta evitar que la vea ese moro. Te hago responsable de su seguridad.

—Sí, gobernador —respondió el soldado, quien tomó a Mariana por el brazo—. Vamos, señorita, acompañeme.

La joven se levantó y se dejó conducir hacia la puerta. Roberto Guzmán se acercó a despedirla:

—Va estar bien, no se preocupe —le dijo. Y añadió cuando Mariana quiso devolverle el pañuelo—: Quédeselo, ya me lo dará cuando volvamos a vernos.

Los dos caballeros vieron cómo la joven cruzaba el patio por un lateral y se perdía por detrás de la muralla hacia el nivel superior.

—Bien, solucionado este pequeño incidente, ocupémonos de lo que le ha traído hasta aquí.

Hans Van der Meer no salía muy contento de su reunión con el gobernador de Batavia. Van Niemen le había pedido viajar a Solor y Timor para interceptar el comercio de sándalo de los *topasses* portugueses antes de dirigirse a isla Hermosa y recuperar sus barcos.

Alguien esperaba su salida del despacho del gobernador.

—¿Capitán Van der Meer?

—Sí, ¿quién sois?

—Soy Vincent Audenarden, nos conocimos hace más de año y medio en Ámsterdam, en casa de mi tío Lourenço.

—Ah, sois el sobrino de Loule Sarré. Creo recordar el encuentro.

—Nos hemos cruzado hace un rato, yo salía de ver a Van Niemen y vos entrabais.

—Cierto, erais vos. ¿Qué os trae por Batavia?

—Los negocios de mi tío.

—¡Vaya, qué coincidencia! —exclamó el corsario.

—Parece que tenemos más de una cosa en común.

—Ah, ¿sí? Estáis despertando mi curiosidad —le confesó Hans.

—Hospedo en mi casa a una prima vuestra.

—¿En serio? ¿De quién se trata?

—Creo que será una grata sorpresa que lo descubráis por vos mismo. Si no tenéis inconveniente, me gustaría invitaros a acompañarme hasta mi casa y motivar el ansiado encuentro. Será una gran alegría para ella. Lleva tiempo buscándoos —afirmó entusiasmado Vincent.

—Claro, será un placer.

Los dos hombres salieron del castillo de Batavia conversando. Montaron en una barca entoldada donde esperaba un criado de Vincent. Avanzaron por el canal *Leenwen* en dirección a la casa que había alquilado el flamenco al arribar a la colonia holandesa procedente de Macao, tras su salida precipitada de allí por la orden de evacuación de la población española.

—Ya hemos llegado —anunció Audenarden—. Vuestra prima ha estado un poco delicada debido a su reciente parto, pero ya ha recuperado fuerzas. Tiene un varón con unos pulmones poderosos, nos mantiene en vela la mayor parte de las noches con su llanto, tiene un hambre feroz —dijo riendo—. Adelante, adelante.

María Jimena escuchó la voz de su esposo y salió a su encuentro en el zaguán.

—Vincent, por fin llegas, querido. Espero que traigáis buenas nuevas de don Brás, Amadea está muy inquieta —dijo mientras se percataba de la presencia del corsario, a quien se quedó mirando arrobada.

—Jimena, este es el capitán Hans Van der Meer. Es una de las buenas noticias que le traigo a la señora de Teixeira. Es su primo.

—Ah, mucho gusto, señor Van der Meer, Amadea va a estar feliz de verle.

Hans permanecía un tanto perplejo intentando buscar entre sus parientes a alguien con ese nombre, pero su curiosidad era más fuerte, así que no dijo nada. María Jimena se volvió entonces hacia Vincent.

—¿Qué ha dicho el gobernador de don Brás? ¿Va a liberarlo?

—Sin duda hay esperanza de que así sea, están negociando con los portugueses un flujo constante de esclavos africanos y la renuncia indefinida de Malacca. De alcanzar el acuerdo, liberarán a todos los prisioneros.

—¡Bendito sea Dios! —exclamó María Jimena.

—Entremos, estoy deseando ver la cara que pone Amadea al ver al capitán —sonrió Vincent.

Pero Amadea parecía igual de perpleja que Hans cuando le tuvo delante sin más explicaciones por parte de Vincent.

—Mira a quién me he encontrado en el palacio de gobernación.

El corsario y la dama portuguesa se miraron fijamente, él procurando hallar algunos rasgos que pudieran ayudarle a reconocerla como integrante de su familia, ella admirando el porte y el atractivo del hombre fuerte de ojos marinos que tenía delante.

—¡Es tu primo, Amadea! El pariente al que has estado buscando —estalló María Jimena.

—¿Mi primo? Mi primo, claro, ¡mi primo Juan! ¡Querido! —dijo levantándose del sillón donde había estado cosiendo y avanzando hacia él con los brazos extendidos.

Hans respondió al abrazo con una sonrisa burlona en la boca, mientras se preguntaba qué interés tenía aquella dama, a la que estaba seguro de que no conocía, de pretender ser pariente suyo.

—¡Qué alegría, primo! —dijo separándose y contemplándole de cerca—. Os habéis convertido en un hombre muy apuesto. —Y añadió dirigiéndose a sus amigos—: Muchísimas gracias, de corazón.

Se acercó a María Jimena y le dio un beso en la mejilla. A Vincent le tomó la mano y también se la besó.

—¿Podrías dejarnos a solas? —les pidió—. Tenemos tantas cosas de qué hablar. Éramos dos niños la última vez que nos vimos.

—Por supuesto, Amadea —confirmó Vincent. Los esposos salieron de la sala dejándoles a solas.

—Ni se ha acordado de preguntar por su esposo de la emoción, debe de quererle mucho —comentó María Jimena al salir.

Amadea volvió a su sillón.

—Tomad asiento, por favor.

Hans se sentó cerca de la dama portuguesa.

—Espero que pueda explicarme el ardor de su afecto por mí, estoy casi seguro de que no nos conocemos, e incluso me atrevería a decir que no somos parientes —afirmó el corsario con una sonrisa.

—Estáis en lo cierto, no nos conocemos y tampoco somos parientes.

—Entonces, ¿por qué me buscaba con tanto interés?

—Por hacerle un servicio a una gran amiga —Amadea aspiró hondo—. Es vuestra madre quien os busca.

—¿Mi madre? ¿Estáis segura? ¿Dónde está? —dijo Hans poniéndose en pie de un salto.

—Juan, vuestra madre no os abandonó, la obligaron a marcharse.

—¿Quién? ¡Le mataré! Decidme, ¿quién me separó de mi madre? —se había agachado ante ella, la agarraba con fuerza por los brazos y la zarandeaba.

—Calmaos. Yo no puedo desvelaros nada, es ella, Lucía, quien puede responder a vuestras preguntas.

—Decidme dónde está.

—Está en el convento de Santa Clara de Macao. Preguntad por la hermana María Magdalena.

—La hermana María Magdalena —musitó—. ¡Es ella!, ¡es ella! ¿Cómo está? ¿Se encuentra bien de salud?

—Sí, es una mujer muy fuerte, aunque ha sufrido mucho al estar lejos de vos.

—Quien sea que la obligó a abandonarnos, lo mataré. ¡Gracias! ¡Despedidme de vuestros amigos! —dijo dándole un sonoro beso en la frente y saliendo como un rayo de la casa en dirección al puerto.

Keled le vio llegar a la carrera.

—Zarpamos —ordenó.

—¿A dónde nos manda Van Niemen, capitán?

—Al diablo Van Niemen, pon rumbo a Macao.

Una mano delicada le acariciaba los cabellos desparramados sobre la almohada. La dama se había sentado en el borde de la cama a su espalda; llevaba días intentando levantarle el ánimo. Pero a ella le consumía la rabia y el rencor; también los recuerdos felices de un hombre que la había amado profundamente y que ya no estaba.

—Querida —le dijo su anfitriona en portugués—, este es un mundo de hombres y por eso es tan brutal, pero ¿os imagináis qué sería de él sin nosotras? Sería aún más cruel. Debéis reponeros, no sois la única mujer que ha perdido a un ser amado, ni por desgracia será la última vez que experimentéis este dolor desgarrador. El deseo de grandeza y poder inflama los corazones de nuestros hombres, y nosotras debemos pagar el precio de la guerra de vanidades que ellos libran. Asumid vuestro destino y no penéis más. Hoy el sol ha vencido a las nubes y ha dejado de llover. Tal vez mañana volvamos a sumirnos en tinieblas.

Mariana se giró hacia ella.

—Así está mejor.

Adriana Quina, esposa del gobernador Tradenius, se levantó y abriendo la ventana dejó entrar la luz a raudales en la alcoba en la que lloraba las penas la joven sevillana.

—Permitidme que os preste uno de mis vestidos, es sencillo y austero, mis criadas se encargarán de eliminar la congoja de vuestro cuerpo con un buen baño caliente. Cuando estéis lista, bajad a buscarme.

Mariana, que se había incorporado en el lecho y observaba a la dama holandesa, asintió con un leve gesto de la cabeza.

—¿A que os sentís mucho mejor? —le dijo la esposa del gobernador cuando una hora después Mariana se reunía con ella en el salón principal.

Era la primera vez que se encontraba en una casa holandesa. El suelo parecía un tablero de ajedrez, de losas blancas y negras; los techos eran artesonados de madera oscura y una gran chimenea de piedra encendida reducía la humedad del ambiente.

—Doña Adriana, ¿que ha sido de los prisioneros chinos?

—Ayer fueron vendidos como esclavos en subasta en la plaza del fuerte, y a muy buen precio. No sabéis lo difícil que es hacernos con esclavos, estamos fuera de la ruta de los negreros portugueses y la VOC aún no ha conseguido hacerse con su comercio. Cambiando de tema, os estaba esperando para ir a misa juntas.

—¿Es que acaso sois católica? —preguntó Mariana.

—Oh, no, querida. Pero creo que en estos momentos de oscuridad para vuestro corazón os hará bien escuchar el sermón de nuestro pastor.

—Os lo agradezco, doña Adriana, pero mi fe es todo lo que me queda. Lo siento, no voy a asistir a ninguna misa que no sea católica. Espero que no os ofenda.

—No, querida, respeto vuestro valor y firmeza, pensé que diríais algo así, yo cumplo con mi deber cristiano aconsejándoos alivio para vuestra alma. Os he seleccionado unas lecturas que espero os entretengan en mi ausencia — dijo poniendo en manos de Mariana varios libros ricamente encuadernados.

Después, salió de la estancia seguida de su doncella. Mariana se acercó a la puerta; dos soldados custodiaban la casa; no era una invitada, aunque la anfitriona intentara hacer su estancia más agradable, era una prisionera. Debía escapar como fuese. Hernando estaría acechándola y a la primera oportunidad le rebanaría el cuello como a Álvaro. Si supiera dónde se encontraba... Volvió al salón, se sentó y leyó los títulos de los libros: *Orlando furioso*, *Celos divinos y humanos*, *Discursos morales*, *Selva de aventuras*, *Amadís*, *Diana de Montemayor*, *La Celestina* y *el Lisandro y Roselia* de Sancho de Muñón, *Laberinto de Fortuna* de Juan de Mena. Abrió este último y empezó a leer.

—Pssst, pssst.

Le pareció que alguien la llamaba. Atenta, prestó oído, no escuchó nada más que el trinar de los pájaros y algunas voces en la distancia. Siguió leyendo.

—Pssst, pssst.

El ruido procedía de la ventana. Se asomó. Descubrió un gorro cónico escondido entre la vegetación. Lucas alzó de nuevo la cara para llamarla cuando se encontró con el rostro de Mariana.

—¡Lucas! ¡Has conseguido escapar! —exclamó en un susurro—. La casa está vigilada, te van a atrapar.

—No se preocupe, nadie sabe que yo estaba con los moros, me escapé en cuanto atracamos, pero si me ven con su merced puedo tener problemas. Solo quería decirles que estamos en isla Hermosa.

—¡Isla Hermosa! ¿Estamos cerca de mi padre?

—No, estamos en el extremo sur, a muchas leguas de distancia. Se prepara un ataque al norte, a la zona española, están reclutando chinos en el paríán. Estad preparada, vendré a buscaros. Ahora tengo que irme.

—Ten cuidado, Lucas, Hernando es peligroso.

—No se preocupe por ese moro, ya no puede hacer daño a nadie.

—¿Cómo dices?

—Ahora el espíritu de don Álvaro está satisfecho, su muerte ha sido vengada.

Fue solo un instante, pero Mariana se vio arrastrada por el brillo satisfecho de sus pupilas al callejón oscuro, un silencio denso se cernía sobre el apestoso espacio, el hombrecillo fibroso con la respiración contenida, los músculos en tensión, esperaba, luego el cuello blando, la sangre caliente, el grito silencioso de Hernando, más de sorpresa que de dolor, la muerte arrastrando el despojo de su cuerpo a las profundidades de la tierra ardiente. Salió del trance cuando Lucas se perdía de vista al otro lado de la muralla.

Qué misteriosa es la vida, se dijo, incomprensibles los designios del Todopoderoso, que se valía de la vileza de Hernando para conducirla a su destino y volvía a rescatar su corazón del lugar oscuro al que las circunstancias se empeñaban en arrastrarla. Pronto encontraría a su padre; muy pronto. Y Hernando ya no podría causarle más dolor.

Tradenius estaba satisfecho, pues había conseguido valiosa información de los dos españoles prisioneros. Por fin tenía la ruta del galeón que llegaba de Acapulco cargado de plata para la colonia española en las Filipinas. Los dos españoles habían señalado sobre el mapa los puertos donde se refugiaban de las tormentas para entrar o salir del archipiélago; describiendo las defensas, los baluartes, el número de soldados estacionados en cada zona; señalando además las dificultades de comunicación y de defensa de tan extensa red portuaria e indicando dónde estaban los puntos débiles. Y lo más importante, el galeón aún no había llegado a Manila, al menos eso aseguraban esos dos tipos.

El gobernador holandés había decidido dividir las fuerzas enviadas desde Batavia y asestar dos golpes simultáneos a la Corona española: la capitana y otra nave de Roberto Guzmán de Cáceres, junto con su tripulación, viajarían con su comandante y ciento cincuenta soldados hasta Chilung, acompañados de los juncos con sus colaboradores sangleyes; al llegar debían obtener el apoyo de los nativos asentados en Tanshui, con los que el lugarteniente de Zheng ZhiLong había apalabrado ya su incorporación a las huestes holandesas. El segundo golpe iría dirigido a las Filipinas; las otras dos naves principales arribadas con el corsario desde Batavia interceptarían al galeón español y se harían con las mercancías y la plata; debían liberar además a los dos prisioneros, tal y como había acordado el gobernador holandés con ellos.

Aunque le parecía una estrategia acertada, a Robin el Rápido no le hacía ninguna gracia perder el control sobre los capitanes de Hans Van der Meer. Estaba disfrutando haciéndoles tragar hiel al aceptar sus órdenes. Le molestaba tener que ver en sus ojos reflejados la alegría al recibir la noticia de su próxima misión; y él era el encargado de transmitirles las instrucciones del gobernador de la ciudad de Orange.

Facundo y Cipriano caminaban escoltados por la guardia hasta el puerto. Habían salido bien librados del trance, y con Álvaro en el fondo del océano, no les quedaba más remedio que ponerse a las órdenes de los hermanos De Vera en cuanto llegaran a Manila.

—¿A qué se debe el honor? —sonó sarcástico Rui cuando tuvo ante él a Robin el Rápido.

—Deja los sarcasmos —le atajó el corsario, que no estaba de humor—. Capitán Da Silveira —dijo dirigiéndose a Tomé y ofreciéndole el documento en el que Tradenius explicaba la misión—, os hago entrega de nuevas instrucciones. Así mismo, dejo bajo vuestra custodia a estos dos prisioneros españoles, que deberán ser liberados en tierra firme en las Filipinas, donde estiméis conveniente y no suponga riesgo para las naves que comandáis.

Tomé cogió el documento con una sonrisa en los labios y leyó. La carta contenía un recuento puntual de las respuestas dadas por Facundo y Cipriano al interrogatorio y el plan de acción diseñado por el gobernador, que podría modificar a discreción en función de las circunstancias, pero con el objetivo claro de atrapar el galeón de Acapulco. Terminaba Tradenius conminándole a que entregara las órdenes y el botín de la captura a Van Niemen, en Batavia, y

adjuntaba una nota al final para el director de la VOC sobre los acontecimientos de los últimos días.

Su adversario esperaba que terminara de leer para repetir de viva voz las instrucciones:

—Partiréis sin demora. Os dirigiréis hacia el embocadero, debéis impedir que el galeón español llegué a alguno de los puertos cercanos al estrecho de San Bernardino.

—Parece que ha llegado la hora de decirnos adiós —dijo Tomé sin poder contener una carcajada.

—Reid ahora, que ya lloraréis cuando veáis el Sin Fin hundiéndose bombardeado por los españoles.

—Os hacía un hombre de fe. No temáis, volveremos a vernos.

Robin el Rápido dio media vuelta y volvió sobre sus pasos seguido de los soldados que habían acompañado a los prisioneros. A su espalda se escuchaban las carcajadas que Tomé y Rui le dedicaban de despedida.

Conocía un lugar donde tal vez pudiera compensar el sabor amargo que la humillación frente a los hombres de Van der Meer le había dejado en la boca. Encaminó sus pasos hacia la residencia de Paulus Tradenius.

Una sirvienta de piel como el chocolate anunció el visitante a la dama prisionera, que permanecía con los nervios a flor de piel después del anuncio de su amigo sangley, y que había pasado la mayor parte del tiempo desde que vio desaparecer el gorro cónico de su vista paseando por el amplio salón o asomándose a la ventana ante el más mínimo ruido exterior. Observaba el océano a la distancia y los barcos de pescadores que llenaban la bahía de Taoyuan con la mente absorta cuando escuchó la voz ronca de la mujer a su espalda.

Se giró y vio a un hombre de estatura media, delgado y con un rostro juvenil. Vestía sencillamente con calzas de color claro, botas de piel, una camisa blanca de fina tela, fajín a la cintura, desde donde se descolgaba una espada envainada, y casaca negra abierta que dejaba ver parte del cuello y los vellos del pecho. Llevaba el cabello castaño largo recogido en una coleta detrás de la nuca y en la mano derecha sostenía un sombrero también negro. Él dedicó igualmente los primeros instantes de encuentro a un pausado reconocimiento; se sintió satisfecho de la adquisición que había realizado unos días antes, cuando Tradenius le comunicó el precio solicitado por el moro y él había aceptado sin regatear.

—Buenos días —saludó a Mariana en portugués.

—Buenos días, siéntese por favor, la señora Quina no tardará en volver, ha ido a misa.

—Gracias —dijo tomando asiento—, pero no he venido a verla a ella, sino a vos.

—¿A mí?

—¿No os acordáis de mí?

—¿Debería acordarme?

—Supongo que no, cuando nos conocimos estabais muy alterada, le acababais de arrancar media cara al moro filipino.

—Ah, ya recuerdo.

—No os inquietéis, admiré vuestro arrojo.

—Si hubiera podido le hubiera arrancado el corazón con mis propias manos a ese miserable, asesinó a sangre fría a una persona muy querida para mí.

—¿Vuestro esposo?

—No, no era mi esposo, crecimos juntos, éramos como hermanos —dijo, y se volvió hacia la ventana limpiándose rápidamente las lágrimas que se le escapaban. La muerte de Hernando no había conseguido calmar su dolor.

Robin el Rápido permaneció unos segundos en silencio permitiendo que la joven recuperara la compostura. Mariana se dirigió de nuevo a él.

—Creo que tengo un pañuelo que os pertenece.

—Quedáoslo hasta que no queden lágrimas en vuestro corazón.

—Entonces no creo que os lo devuelva nunca.

—Todo pasa, creedme, el tiempo se lleva el dolor, con el odio es otra cosa, el rencor perdura por siempre y nos da una razón poderosa para seguir adelante. Aferraos a él y nada ni nadie podrá venceros.

—Prefiero la esperanza.

—La esperanza solo sirve cuando es esperanza de venganza —había amargura en la voz del corsario—. Hablemos de algo más amable —dijo recuperando la sonrisa, y dos hoyuelos aparecieron cerca de la comisura de sus finos labios—. Confío en que os estén tratando bien.

—Sí, muy bien, todo lo bien que puede ser tratada una prisionera.

—No sois una prisionera, yo he comprado vuestra libertad.

—¿Qué queréis decir?

—El moro pidió rescate por vos y yo lo he pagado.

—¿Queréis decir que os pertenezco, que soy de vuestra propiedad? —preguntó Mariana con los ojos encendidos.

—No os inquietéis, solo legalmente, moralmente siempre seréis libre.

—¿Cómo os atrevéis a insinuar que soy vuestra esclava?

Roberto no contestó inmediatamente, pues la idea de que esa hermosa mujer fuera de su propiedad le producía una grata sensación de calidez en el cuerpo, un cosquilleo en la boca del estómago.

—Podéis verlo así o como una oportunidad para una vida con alguien que puede protegeros y...

—Y ¿qué?

—Y tal vez haceros feliz —dijo el corsario sonriendo.

Mariana se volvió hacia las aguas azules del océano. Feliz había sido, infinitamente feliz en brazos de un amor ardiente, del único hombre al que se había entregado en cuerpo y alma. «Juan, mi amor, mi vida, mi ser, mi luz».

Roberto Guzmán se acercó a ella por detrás, aspiró el aroma de sus cabellos y le susurró muy cerca:

—He pedido al gobernador que cuide de vos en mi ausencia, volveré y os llevaré conmigo. No es solo una promesa, también es un deseo.

Ella no dijo nada, ni siquiera preguntó su nombre, no le interesaba. Escuchó cómo se alejaban los pasos del corsario perdiéndose en la distancia. Cuando volviese estaría lejos de allí, se dijo.

En Batavia empezaba a notarse el monzón. El viento soplaba con fuerza y la lluvia acompañaba con su goteo incesante los días y las noches de los colonos y sus siervos. Lucía y Nilda habían adquirido una rutina cotidiana que estaba haciéndoles bien a las dos, sencilla y sin sobresaltos. Hablaban del pasado con nostalgia, y cuando Nilda mencionaba a su esposo e hija, Lucía desviaba el tema hacia la vida de algunos de los vecinos o amigos comunes de su barrio sefardí en Ámsterdam. A veces Lucía leía en voz alta, pues Nilda se quejaba de que se le amontonaban las letras a los pocos minutos y no conseguía avanzar en la lectura. También le ayudaba escribiendo cartas que mandaba a sus familiares distribuidos por Europa. Dedicaban algunas horas a la costura o se entretenían mirando por las ventanas de la segunda planta el trajín de barcazas en el canal, subiendo y bajando, cargando y descargando, intentando adivinar qué contenían las cajas y fardos que oscuros nativos transportaban de las naos a los almacenes, de los almacenes a las naos.

Ese día Nilda había recibido una carta de una de las pocas amistades de su antigua comunidad con las que mantenía correspondencia. A pesar de que

Lucía se había ofrecido a leer la misiva, ella, como en veces anteriores, se había resistido a aceptar el ofrecimiento de su amiga, y aunque normalmente terminaba cediendo cuando se daba por vencida, en esta ocasión persistía en su intento de leer por sí misma las noticias contenidas en el amarillento pliego de papel. Con una lente de aumento en la mano que le había regalado su hijo meses atrás, avanzaba descifrando la inclinada letra de la remitente. Iba pronunciando en voz alta palabras sueltas sin que Lucía prestara demasiada atención, concentrada por su parte en la labor, hasta que algo produjo una exclamación.

—¡Virgen María Santísima!

—¿Pasa algo? —preguntó Lucía.

—No estoy segura de si he leído bien, puedes releer esta parte —dijo levantándose y dando los dos pasos que la separaban de donde se encontraba Lucía sentada.

—Desde aquí —dijo indicando la línea en donde debía comenzar.

—«Os acordaréis de Uriel da Costa. Como os conté en mi última carta, el Mahamad había aceptado levantarle la *cherem* y el hombre había soportado el castigo impuesto y ejecutado en nuestra sinagoga públicamente, treinta y nueve latigazos, y ser pisado por todos los miembros de Talmud Torah. Hubiera querido evaporarme en el aire para no tener que plantar mis pies en su cuerpo, ¡qué honda fue la impresión que me dio escuchar crujir sus huesos bajo mi peso y cómo lloré después de aquello! Como os dije, no fui la única en considerar que aquella humillación era excesiva, y válgame si lo era. El hombre se ha quitado la vida disparándose con una pistola. Querida amiga, no puedo expresar lo impactada que estoy con lo sucedido...».

—Sí, había leído bien —afirmó Nilda santiguándose.

—Es terrible.

—Pobre alma atormentada, creo que al final de sus días hasta dudaba de la existencia de Dios. ¿Te has preguntado alguna vez qué hubiera pasado si alguien hubiera sabido que asistíamos a la iglesia clandestina del padre Boelens? ¿Qué habría sido de nuestras familias? Desde que murió Gláucio no me atreví a seguir asistiendo, rezaba sola en casa. Me sentía muy confusa.

—Saúl nunca terminó de digerir que yo no quisiera volver a la fe de Moisés. Es todo muy confuso, pertenecemos a una comunidad hebrea y amamos a Jesucristo y a su Santa Iglesia. En nuestros países de origen no estamos seguros, pues aun siendo católicos tenemos sangre judía. Los que son como nosotros y nos acogen en una tierra lejana y extraña nos imponen volver

al origen y renunciar a nuestra conversión suponiéndola forzada, cuando yo nací y crecí católica. Ahora vivimos entre protestantes; nuestros hijos son sefardíes portugueses, de madre católica, y trabajan para los luteranos holandeses. No me extraña que prefieran el océano a la tierra firme, este mundo no hay quien lo entienda.

—¿Querías volver? —preguntó Nilda.

—No lo sé.

—¿Qué es de Juan? Hace mucho que no le veo. Deberías escribirle e invitarle a visitarnos.

«Ay, Nilda, tan inocente, ni una vez me has preguntado por las razones de mi partida, tal vez ya te olvidaste de que he estado ausente nueve años. Si supiera dónde está mi hijo, si lo supiera...». Quiso decírselo, pero calló.

—Gracias, Nilda querida, le escribiré y le transmitiré tu invitación — dijo volviendo la mirada a la costura.

La madre Leonor, que había adoptado el nombre de María do Carmo para evitar problemas con las autoridades portuguesas, se encontró con los ojos de Lucía frente a ella. Estaban enmarcados por dos mechones que caían de una cabellera rubia despeinada, iluminando una cara masculina de atractivos rasgos, sobre un cuerpo alto y robusto. A su espalda, el mismísimo demonio, un tipo oscuro con un pañuelo atado a la cabeza, su instinto afilado le avisó de que se trataba de un musulmán. Eran el día y la noche, las dos caras de una moneda.

Sor Ascensión le había dicho que un hombre buscada a la hermana María Magdalena.

—¿Y qué le has dicho?

—Nada, madre, su merced nos prohibió hablar de sor María Magdalena para que nadie sepa que partió en vuestro lugar.

—Muy bien, voy a ver qué quiere.

Era la primera vez, sin contar con Amadea de Texeira, que alguien preguntaba por Lucía. ¿Quién sería ese hombre?, se preguntaba mientras atravesaba el atrio en dirección a la portería. Y entonces le vio. Sin duda tenía algún parentesco con ella. La perspectiva de tener que dar explicaciones sobre sor María Magdalena le produjo un temblor en todo el cuerpo. El hombre paseaba de un lado a otro de una sala-locutorio contigua a la portería que comunicaba a través de una reja de forja con la clausura. Al verla entrar clavó

sus ojos marinos sobre ella, se acercó unos pasos y asió con fuerza la verja de hierro que le separaba de ella, como si quisiera arrancarla de cuajo. La madre Leonor se alegró de tener la protección de la clausura, pues podía leer en el rostro de ese hombre que era capaz de cualquier cosa con tal de encontrarla.

—Soy la madre María do Carmo. ¿Me buscaba?

Hans la miró fijamente. Quería penetrar en su mente, descubrir qué escondía bajo velo y el hábito.

—Busco a sor María Magdalena, quiero verla ahora —dijo con un tono que sonó estridente, casi un grito, una orden desesperada.

—Lo siento, entre nuestras hermanas no hay nadie con ese nombre —dijo con seriedad e intentando mantener el temblor de sus manos bajo control sujetándoselas con fuerza, pues el hombre había percibido su nerviosismo—. Os han informado...

Antes de que pudiera terminar de pronunciar la última palabra el hombre alargó el brazo con rapidez y la agarró con fuerza del hábito, atrayéndola violentamente hacia adelante. Se vio con el rostro pegado a la verja a escasos centímetros de los ojos de Lucía.

—Mentís —los ojos marinos relampagueaban anunciando tormenta.

—¡Suélteme o gritaré!

—¿Cree que le servirán de algo sus gritos? —el hombre esbozaba una sonrisa siniestra—. Mis hombres rodean el convento, a una orden mía treparán por sus muros y no dejarán piedra sobre piedra sin revisar, llevan muchos meses en el mar y tienen un apetito voraz, imagínese lo que harán con vos y vuestras hermanas, así que más vale que empiece hablar antes de que termine de impacientarme.

Keled, a su espalda, había desenvainado su daga y acariciaba el filo con su dedo pulgar.

—¿Quién le dijo que estaba aquí?

—¿Le suena doña Amadea? —preguntó pegado a su ajada faz.

—Ella, entiendo. Doña Amadea se equivoca. Le digo la verdad, Lucía ya no está en el convento. Suélteme, por favor, y le contaré todo lo que sé. Por favor —imploró.

Hans abrió el puño que mantenía asido el áspero hábito de la monja y ella se separó rápidamente pegando la espalda contra la pared contraria, lo más alejada que pudo de la verja de separación entre las dos estancias.

—¿Y bien?

—Evacuaron a los españoles de Macao hace varias semanas —explicó.

—Mi madre es portuguesa.

—Ah, ¿Lucía es su madre? Os parecéis, tenéis sus ojos —dijo suavizando el tono la madre Leonor.

—¡Explíquese! —le ordenó.

—Ella no es española, pero yo sí, así que evitó que me expulsaran de la colonia haciéndose pasar por mí. Le estoy muy agradecida por ello. Estábamos muy unidas —mintió.

—¿A dónde se la llevaron?

—No lo sé —mintió de nuevo, pues tenía que evitar a toda costa que el joven encontrara a su madre, ya que su benefactor le retiraría su apoyo y buscaría su ruina.

—Voy a repetiros la pregunta, a ver si podéis recordarlo: ¿a dónde se la llevaron? —le dijo amenazador.

Sus ojos habían adquirido un tono azul oscuro, su iris se iba cubriendo de nubes tenebrosas que ocultaban el brillo marino de su mirada.

—No estoy segura, tal vez a Manila, al convento de Santa Clara —dijo al fin.

—¿Cuánto tiempo la tuvisteis aquí encerrada en contra de su voluntad?

—No sé de qué habláis.

—¡Lo sabéis perfectamente! ¡Hablad! —gritó con toda su potencia de voz. La verja vibró con la fuerza de su furia y la madre Leonor rompió a llorar.

—No llegó a siete años —dijo entre sollozos—, su padre me encomendó cuidar de ella y es lo que hice en todo el tiempo que permaneció aquí.

—Me tomáis por estúpido, mi abuelo murió cuando mi madre era una niña, ¿quién os encargó vigilarla? ¡Hablad!

La madre Leonor se puso de rodillas lejos de su alcance y redobló el llanto y las súplicas.

—Por lo que más queráis, tened compasión, me matará si lo desvelo.

—¿Compasión como la que tuvisteis vos con ella? Si no me lo decís, os mataré yo.

—Prefiero perecer bajo el filo de vuestra espada —dijo escondiendo el rostro entre las manos.

—Si me lo decís, juro traeros su pellejo para que os quedéis tranquila de que nada hará ya contra vos.

—Yo, yo no puedo... —dijo dejándose caer desvanecida sobre el frío suelo.

Keled apoyó su mano sobre el hombro de Hans.

—Aquí no está. Vámonos.

—¡Vieja mendaz! ¡Volveré, podéis estar segura! ¡Y tendréis que contármelo todo!

Isla Hermosa, 5 de septiembre del año de Nuestro Señor de 1641

El consejo de guerra estaba reunido en el fuerte San Salvador. El indio taparri, Santiago, el más veloz de los cuñados de Gonçalo Maradiaga, había dado la voz de alarma llegando a la carrera cuatro días antes: las velas holandesas se habían avistado en la desembocadura del río Tanshui. Sus fuerzas: dos naos, tres embarcaciones de vela con artillería y quince sampanes de sangleyes. Además, habían conseguido sumar a numerosos indios de los poblados cercanos. Pronto estarían en la bahía de Chilung, listos para atacar la colonia española.

La actividad en el fuerte durante esos días estaba siendo frenética. Gonzalo Portillo había ordenado reforzar las fortificaciones, se había abierto un foso alrededor del fuerte principal y un pasillo comunicativo con la Retirada para poder enviar refuerzos en caso de que peligrase el pequeño fuerte de San Antón. La Mira, que encaramada a la colina vigilaba la bahía y que era el primer escollo que tenían que superar los holandeses para desembarcar y avanzar hacia San Salvador, fue también reforzada con cañones.

—Juan de Saraos, ha llegado el momento de demostrar su valía y arrojo. Le encomiendo la defensa de la Mira —ordenó el gobernador de isla Hermosa—. Se unirá a nuestro pequeño pero aguerrido contingente de soldados en la defensa de la bahía. La consigna es impedir el desembarco enemigo bombardeándole sin descanso en cuanto se ponga al alcance de nuestros cañones.

—Entendido, gobernador.

—Maradiaga, irás con él y con tus ayudantes para reparar cualquier daño causado a nuestras defensas.

El portugués asintió.

—Villanueva, desde la Retirada cubrirás las necesidades de la Mira. Yo dirigiré la campaña desde San Salvador. —Y mirando entonces al padre Quirós, que también había sido convocado al consejo de guerra, añadió—:

Fray Teodoro, reúna a todas las mujeres, los niños y los religiosos en el convento de Todos los Santos.

—¿Qué hay de los nativos cristianizados, gobernador?

—Los hijos mestizos y las mujeres nativas de nuestros soldados tendrán protección, los nativos sin lazos de sangre con los nuestros deberán buscar cobijo en la selva. Podrían traicionarnos y entregar a los nuestros como rehenes a los holandeses. No, los indios no encontrarán protección entre nuestros muros.

—Gobernador, si no les protegemos y les dejamos a merced del enemigo, no perdonarán nuestro abandono.

—Limítese a obedecer, Quirós, y dénos la bendición, que no hay tiempo que perder.

Pocos minutos después las compañías salían a ocupar sus puestos y a esperar la llegada de los enemigos. No tuvieron que esperar demasiado, pues tres horas después la flota holandesa ondeando sus oriflamas hacía su aparición en la bahía de Chilung. Un mensajero partía veloz a comunicarle la noticia al gobernador, quien mandó izar los estandartes de guerra en los cuatro bastiones del fuerte: San Antonio el Grande, San Antonio el Chico, San Juan y San Sebastián. La Retirada y la Mira lo imitaron elevando al cielo sus banderas. Cuando la capitana enemiga seguida del resto de naves se adentró en las aguas españolas, un cañonazo desde la Mira les advirtió de la intención de los españoles de defenderse de su incursión en territorio de la Corona. En pocos minutos la isla se llenaba del estruendo producido por el fuego cruzado entre los baluartes españoles y los cañones holandeses. El humo se extendía como una niebla espesa llenando el aire de olor a pólvora.

Mariana, escondida junto a Lucas en la pequeña bodega de uno de los sampanes chinos, ahogaba los gritos de terror para no ser descubierta.

—¿Estás seguro de que esta era la única manera de llegar hasta aquí? —gritaba intentando hacerse oír por encima del ensordecedor ruido de la metralla.

—Era la manera más rápida de salir de la ciudad de Orange.

—De nada habrá servido si perecemos despedazados por un cañonazo.

—No os preocupéis, no estamos aún a tiro.

—¡Dios mío, vamos a morir! —exclamó Mariana cubriéndose la cabeza con los brazos al tiempo que estallaban las detonaciones a su alrededor y la embarcación se balanceaba fuertemente por las olas producidas por la caída de los cañonazos.

Ocho días antes, a plena luz del día, y aprovechando la salida diaria a misa de Adriana Quina, se había descolgado por una de las ventanas de la sala principal vestida como una sangley y con el cabello recogido dentro de un sombrero cónico. Sin alzar la cabeza y caminando a pequeños y veloces pasos, como le había indicado su amigo, le había seguido con la cabeza baja y la mirada fija en sus pies descalzos. Aquel día, Lucas y ella habían permanecido ocultos en el parían hasta que al resguardo de la noche embarcaron en uno de los juncos perteneciente a un fujianés asentado en la colonia holandesa desde hacía varios años y con el que Lucas había negociado su huida. Ocho días sin ver la luz del sol, salvo por los rayos que se filtraban por las rendijas entre las maderas de la bodega exterior. Ocho días comiendo una pasta blanduzca hecha a base de arroz blanco. Por las noches, cuando sobre la cubierta solo se oían los silbidos de las respiraciones de los piratas chinos que acompañarían en el asalto a los soldados holandeses, se escabullía del habitáculo estrecho y húmedo ataviada como uno de ellos y permanecía largo rato mirando el océano, intuyendo el movimiento del agua infinita y oscura frente a ella, respirando a pleno pulmón el olor marino que se había vuelto tan familiar en ese último periodo de su existir, desde que saliera de Cádiz con la flota de Indias, hacía ya una eternidad.

Todo el día acompañaron los ruidos de la guerra a la joven sevillana. Los holandeses se replegaron a la boca de la bahía a la caída de la tarde, a salvo del fuego español, y cuando el cielo cubrió con su manto oscuro bordado de plata la bahía, un silencio espeso se apoderó de los combatientes de ambos bandos, atentos a escuchar el siguiente movimiento del enemigo. Nada ocurrió durante la noche insomne. Al clarear del día, el comandante holandés ordenó el desembarco de sus naves en la costa opuesta a la isla de Chilung, a poca distancia del poblado Quimaurri, cuyos habitantes habían huido a las montañas el día anterior al no poder buscar refugio en San Salvador.

Gonzalo Portillo observaba desde el bastión San Antonio el Chico el desembarco holandés. Mientras, desde la Mira, Juan de Saraos recibía de manos del mensajero del gobernador orden de ahorrar munición y no disparar hasta que el enemigo abriera fuego o realizara alguna maniobra de ataque.

—¡Nos estamos acercando a la costa! ¡Mira! —Mariana espiaba entre dos maderas combadas por el efecto de la mar la aproximación del sampán a la playa.

—Parece que vamos a desembarcar. Debemos esperar —aconsejó Lucas.

—¡Ay, Lucas! ¿Y si mi padre no está aquí? ¿Qué haré? No creo que pueda seguir adelante.

—Seguiremos adelante pase lo que pase —sus ojos eran apenas dos líneas en su rostro en tensión.

La tropa holandesa desembarcaba al ritmo de las cajas y tambores de guerra. Sobre la estrecha playa de fina arena avanzaban en formación hacia el poblado de Quimarrí: los estandartes de la Casa de Orange encabezaban la marcha. Junto al comandante marchaba Roberto de Guzmán, los oficiales y soldados holandeses; detrás, más de cien piratas chinos, y cerrando el despliegue de fuerzas, quinientos indios taparrí reclutados en Tanshui.

No era el despliegue de colores rompiendo la monotonía verde de la jungla en su ascenso hasta la elevación frente a la Mira ni el ruido machacón, insistente, de los tambores enemigos castigando los oídos atentos de los soldados españoles lo que más trastornaba a los hombres protegidos tras los muros de las fortalezas, sino la visión de esa masa indígena en pie de guerra contra los que antes eran sus aliados.

—Salid despacio, agachaos. Sujetad bien el gorro para que no se os vuele con el viento. En cuanto saltemos a la playa corred detrás de mí, y pase lo que pase no os detengáis y no miréis atrás.

Los juncos chinos habían anclado muy cerca de la playa gracias a que sus timones eran extraíbles, su popa corta y no tenían quilla, lo que los hacía ideales para navegar en aguas poco profundas, mientras que los soldados arribados en las naos holandesas desembarcaron en bajeles que descansaban ahora a pie de playa. Cuando Lucas se hubo asegurado de que la tropa holandesa se había alejado lo suficiente de la costa, abrió la portezuela de la bodega donde se escondían, asomó la cabeza primero y salió completamente sobre la cubierta después. Mariana le siguió ataviada como él. Saltaron al agua, que les cubrió hasta el pecho, y recorrieron caminando despacio con los pies hundidos en la suave arena del fondo marino el escaso espacio que les separaba de la playa. Solo unos pasos les separaba del espesor de la selva.

—Eh, vosotros, ¿qué hacéis ahí?

Un soldado holandés se dirigió a ellos en portugués, lengua oficial de Batavia y de todas las colonias holandesas en las Indias Orientales. Lucas y Mariana se quedaron paralizados con la mirada fija en los diminutos granos de arena brillante y ardiente de la orilla. Viendo por el rabillo del ojo que venía hacia ellos, Lucas se puso en movimiento de nuevo seguido por Mariana en un intento por alcanzar la selva antes de que el soldado les alcanzara a ellos,

pero era tarde, se plantó ante los dos con las piernas separadas interceptándoles el paso.

—¿Por qué os habéis rezagado del grupo?

Lucas desempolvó algunos vocablos portugueses que había aprendido de su maestro cuando trabajó como aprendiz en Cavite.

—Estamos *doentes com diarréia* —dijo el sanglej bajándose las roídas calzas y sentándose en cuclillas haciéndole creer que iba a descargar allí mismo.

—¡Eh, aquí no te pongas a cagar! Allá, detrás de esa maleza —dijo indicando con mano—. ¡Menudo chino más guarro! —clamó el soldado alejándose a grandes zancadas.

Lucas se subió los pantalones y sin siquiera echar un último vistazo al individuo se adentró en la tupida vegetación seguido de Mariana, que intentaba controlar las ganas de reír a carcajadas por los nervios y por cómo había esquivado su amigo el peligro de ser descubiertos. Después de caminar durante media hora sin dirigirse la palabra, concentrados en abrirse paso trabajosamente entre la densa jungla, Mariana rompió el silencio.

—¿Estás seguro de que vamos en la dirección correcta? El fuerte está al otro lado de la bahía en la pequeña isla, me da la sensación de que nos estamos adentrando hacia el sur. Lo mejor sería bordear la línea de la costa para no perdernos. ¿Cómo vamos a cruzar el río? La corriente debe de ser fuerte.

—Debemos bordear la montaña donde están encaramados los holandeses, si lo hacemos por delante nos pueden descubrir, es más largo el trayecto, pero más seguro. No os preocupéis por el río ahora, esperemos a ver cómo termina la contienda.

—Comandante, ¿qué hacemos aquí? Deberíamos haber desembarcado en el otro lado y enfrentarnos a los españoles.

—Tradenius no se fía de la información proporcionada por el pirata chino, así que debemos verificar en qué consisten las fuerzas españolas antes de atacar. Desde aquí tenemos una magnífica vista —dijo llevándose el catalejo al ojo.

La colina donde se encontraban estaba más elevada que la Mira, lo que permitía observar el interior de la fortaleza. Tanto la Retirada como San Salvador estaban a menor altura comparados con la Mira; la posición de los holandeses les permitía también una panorámica extraordinaria de ambas fortificaciones, de sus baluartes, de sus cañones y de sus estructuras externas.

Con sendos catalejos, varios oficiales iban dictando lo que veían en cada reducto a los escribanos que tomaban nota y dibujaban los contornos de las fortalezas.

—Pero comandante, podrían salir a atacarnos y sería una carnicería.

—Pretendo provocarles a que cometan tal torpeza, pues de no hacerlo será muestra de que sus fuerzas son inferiores a las nuestras.

—O que no quieren malgastar su pólvora y a sus hombres cuando nosotros permanecemos en actitud pasiva —replicó Roberto Guzmán de Cáceres.

—Podría ser.

—No creo que Tradenius quiera prudencia, sino acción. Somos nosotros los invasores, debemos atacar —le aconsejó Robin el Rápido.

—Calmad vuestras ansias de corsario y aprended que a veces se requiere asestar un golpe a la moral del enemigo antes de rematarle en un enfrentamiento con las armas. ¿O no creéis que ver a sus aliados de nuestro lado sea una buena estrategia para mermar su ánimo?

—Podéis tener razón —admitió—. Entonces, ¿cuál es el plan?

—Primero, solicitar la rendición de la plaza —dijo sacando un documento lacrado del interior de su jubón—. Es una carta de Tradenius para el gobernador español. En caso de negativa, recabar información y dejar bien asentada nuestra colaboración con los nativos de Tanshui de modo que puedan servirnos de informadores y puedan convencer a los poblados de Chilung de unirse a nosotros si no quieren ver arrasadas sus covachas. De esa forma los españoles tendrán que hacer frente a nuestro acoso sin que tengamos que poner un pie en estas tierras, y cuando estén agotados física y mentalmente de bregar con los nativos, entonces asestaremos el golpe definitivo.

—¿Y si se refuerzan en ese tiempo?

—Es un riesgo que debemos asumir. Ahora, capitán, dé la orden de que me traigan a dos de esos cazacabezas y a nuestro intérprete.

—Sí, comandante.

Poco después, habiendo recibido las instrucciones pertinentes, los dos nativos bajaban la montaña con gran agilidad. Al alcanzar la playa tomaron uno de los bajeles custodiados por varios soldados, y con la carta del gobernador Tradenius metida en un morral que uno de ellos llevaba colgado al cuello y agitando un banderín blanco en el aire, se aproximaron hasta la orilla opuesta para entregar el mensaje al jefe español.

Desde la Mira avistaron a los mensajeros.

—¡Se aproximan dos indios! —advirtió el vigía.

—¿Disparamos? —preguntó el capitán de arcabuceros.

—¡No, paso franco, traen un mensaje! —gritó Juan de Saraos.

Cuatro soldados españoles salieron de la Mira y descendieron corriendo la ladera de la colina por donde ya subían los mensajeros indios. Tras recibir la carta de los nativos traidores, uno de los soldados españoles partió a la carrera en dirección al fuerte San Salvador mientras el resto regresaba a la Mira. Los indios taparri recorrían sin prisas el camino de vuelta.

Gonzalo Portillo, que continuaba encaramado al baluarte y observaba el espionaje a cara descubierta de los holandeses, bajó a la plaza del fuerte y recibió de manos del veloz soldado la carta de Tradenius:

A Gonzalo Portillo, gobernador de la fortaleza española de la isla de Kilung.

Señor, tengo el honor de informaros de que he recibido el mando de considerables fuerzas navales y militares con el objeto de hacerme dueño, por medios honestos o de otro modo, de la fortaleza Santísima Trinidad de la isla de Kilung, de la cual es gobernador Vuestra Excelencia. Como es uso de naciones cristianas, de hacer saber sus intenciones y decisiones antes de empezar las hostilidades, cumplo con este deber. Si queréis oír los términos de las capitulaciones que os ofrecemos y entregarnos la fortaleza de Santísima Trinidad y demás ciudadelas, vos y vuestra guarnición seréis tratados de buena fe, siguiendo los usos y costumbres de la guerra; pero si no escucháis lo dicho, no habrá otro remedio que acudir al recurso de las armas. Espero que Vuestra Excelencia examinará atentamente el contenido de esta carta y evitará la efusión de sangre. Cuento que sin tardanza y en pocas palabras me haréis saber vuestras intenciones.

Encomendándoos a Dios, el amigo de Su Excelencia, Paulus Tradenius.

Fuerte Zelandia, 26 de agosto de 1641 **

—Por eso no han atacado, es solo una avanzadilla para ponernos en aprietos con los nativos y recabar toda la información que puedan en su incursión. Tradenius no tomará una decisión hasta no recibir mi carta y para eso sus hombres tendrán que volver al fuerte Zelandia. Su despliegue militar es tan solo una puesta en escena para atemorizar a nuestros indios.

—¿Atacamos entonces, gobernador?

—No, nuestras fuerzas son inferiores. Pero ahora las cosas están claras. Corcuera no tendrá más remedio que enviar refuerzos desde Manila.

El gobernador se encaminó a su despacho seguido de su secretario para responder a Tradenius.

Capturas menores de pequeñas embarcaciones rezagadas que volvían a Fujian a pasar los meses de lluvia eran todo lo que habían pescado el Sin Fin y el Fénix Negro en dos semanas de navegación. Habían esquivado con éxito varias tormentas que azotaban las islas Filipinas refugiándose en puertos naturales no muy lejos de los asentamientos españoles. Pero ni rastro del galeón de Acapulco. Por esa razón Tomé había decidido mantener prisioneros a los dos españoles; no se fiaba de la veracidad de su confesión realizada ante Tradenius en la ciudad de Orange. Barajaba dos opciones: seguir navegando a lo largo del embocadero sin descanso, con el alto riesgo de verse azotados por un huracán o atacados por los españoles que terminarían avistando sus velas, o intentar obtener información directamente de algún puerto español. Les había interrogado de nuevo sin obtener ningún dato adicional, por lo que había ordenado meter a los prisioneros en la sentina para ver si el olor a excrementos y las ratas les hacía darse cuenta de su situación y colaboraban con algún dato que permitiera una captura más sustancial. Tras varios días macerándose en ese apestoso jugo en la sentina del Sin Fin, Cipriano y Facundo fueron llevados a la cubierta, donde les cayeron encima varios cubos de agua salada para sacarles un poco la pestilencia que desprendían sus cuerpos y fueron llevados después ante el capitán Tomé da Silveira.

Les esperaba sentado con las piernas extendidas sobre la mesa y los brazos detrás de la cabeza.

—Sus mercedes tendrán tantas ganas de volver a casa como yo de que lo hagan—dijo tapándose la nariz para impedir que el hedor que desprendían los españoles le envenenara el alma—. Yo no puedo volver a Batavia hasta que este viaje dé los réditos que merece, así que vais a tener que ayudarnos un poco para veros libres. De lo contrario, os venderé como esclavos y al menos sacaré algo por vuestros pellejos. Hablad. ¿Dónde podemos encontrar un buen botín?

Los otrora guardianes de Álvaro Fábregas de Valor se conocían tanto que una mirada les bastó para decírselo todo sin palabras. Solo había un lugar donde los holandeses podían encontrar lo que buscaban: en los almacenes de Cavite, donde Álvaro y los hermanos De Vera guardaban las mercancías antes de embarcarlas en la Nao de China.

—Conocemos un lugar donde puede hacerse con un buen botín. Pero el riesgo es grande y sin nosotros no podrá llegar a él. Antes de desvelarle dónde está —dijo Facundo en nombre de los dos y mirando a Cipriano un instante antes de continuar— queremos que nos asegure el cincuenta por ciento de lo capturado.

—Si el botín lo merece, tendréis el diez por ciento.

Se miraron de nuevo los fortachones.

—Treinta por ciento —propuso Cipriano.

—Quince es todo lo que puedo ofrecer, tengo que repartir con mis hombres, con mi capitán y con el gobernador en Batavia. ¿Qué decís?

—De acuerdo, capitán.

—¿A dónde nos dirigimos, señores? —Tomé se había puesto en pie y observaba la carta náutica extendida sobre la mesa de la cámara de mando.

—A Cavite.

—¡A Cavite, nada menos! —exclamó.

—¿No nos irá a decir que tiene miedo a los españoles? —se burló Facundo.

—Los españoles son fieros combatientes, es respeto lo que les tengo, no miedo. Como sea una encerrona os rebanaré el cuello con mi propia daga —les advirtió.

—Sáquenlos de la sentina, capitán, por caridad —le pidió Cipriano.

—Está bien, pero permaneceréis encadenados hasta que obtenga lo que ansío.

Los ruegos que se alzaban al Creador desde el convento de Todos los Santos en San Salvador habían conmovido al cielo, que desplegando su manto protector descargó sobre el enemigo una lluvia inmisericorde con ráfagas de viento que hacían casi imposible mantener los estandartes enderezados.

El comandante holandés no esperaba hacerse con el fuerte español en esa ocasión, pero aun así leyó con avidez la carta dirigida a Tradenius, como le había indicado el gobernador por si la suerte les había regalado un líder cobarde. No fue el caso.

—¿Malas noticias? —preguntó Robin el Rápido sujetándose el sombrero.

—Se niega a entregarnos el fuerte sin pelear.

—Entonces, enfrentémonos a ellos —sugirió el corsario.

—No creo que podamos vencer. Además, puede que la Providencia esté de su lado esta vez, se acerca un tifón —dijo alzando los ojos al cielo. Y dirigiéndose a dos oficiales que le acompañaban en todo momento, añadió—: Orden de retirada, volvemos a los barcos.

—A sus órdenes, comandante.

Las cajas de guerra anunciaron la retirada y los combatientes descendieron la montaña en ordenada marcha.

—Capitán Guzmán, arrase el poblado, que no quede en pie ni una sola choza —ordenó a su vez el comandante.

El corsario dio orden de saquear y quemar el poblado Quimaurri ante los ojos de los españoles que seguían tras los muros de los fuertes sin intención de defender a sus súbditos. Los huertos y corrales quedaron devastados al paso de los piratas de Roberto Guzmán de Cáceres, a los que por fin dejaban entrar en acción.

Tal como llegaron dos días atrás, los holandeses embarcaron en los bajeles y volvieron a las naves, mientras los sangleyes salvaban la distancia hasta sus sampanes caminando por el agua desde la playa hasta los juncos. El mar, en conjunción con la ira del cielo, castigaba a los invasores con enormes olas que sacudían cruelmente las embarcaciones. Algunos chinos perecieron tragados por la marea antes de alcanzar a nado el escaso espacio que les separaba de sus embarcaciones. El timonel de la capitana holandesa perdía el control de la nao tras haber sido alcanzada en el timón por un proyectil español el día anterior, y poco tiempo tuvo la marinería de ponerse a salvo antes de que la nao se estrellase contra los acantilados. Un rayo partió el palo mayor. Totalmente a merced del océano encabritado, la nave enemiga caía en manos de las rocas y se hundía poco después ante los ojos esperanzados de los españoles.

Mariana y Lucas habían conseguido bordear la montaña y volvían a avistar la tormentosa costa de enormes olas.

—Es imposible cruzar, tendremos que esperar a que pase la tormenta —dijo Lucas volviendo sobre sus pasos en busca de un refugio natural en la falda de la montaña que les protegiera del azote del viento y el agua.

La joven sevillana estaba agotada, no había probado bocado desde el día anterior, cuando comió la masa informe que había tragado sin respirar y de la que se había alimentado durante una semana. El vestido de sangley estaba convertido en un guiñapo, desgarrado en distintas partes por su andadura por la selva; los pantalones, hechos jirones, apenas le cubrían las delgadas

piernas, que se había arañado con las ramas de la espesa vegetación tropical, una manga se había descolgado completamente y dejaba ver el blanco hombro de la mujer como cima nevada. La melena se había soltado y volaba salvaje a su alrededor al ritmo marcado por el vendaval.

Lucas había encontrado una pequeña cavidad y allí debajo, sentados muy cerca el uno del otro, tiritando de frío y de cansancio, contemplaban cómo caía el telón acuoso sobre la selva. Varias horas tardó en amainar la tormenta. Cuando el viento se convirtió en brisa y el sol desgarró con sus rayos la negrura de las nubes, se pusieron en pie y caminaron en dirección a la playa. Seguía cayendo una lluvia fina, casi imperceptible. Las olas habían arrastrado a la orilla los restos del naufragio de la nave holandesa y un esquife yacía boca abajo a poca distancia. Lucas llegó hasta él. Estaba roto, pero si conseguía taponar el agujero podrían llegar a Chilung sin mucha dificultad, calculó. Mariana se había sentado en la playa y contemplaba las fortificaciones que se alzaban en la orilla de enfrente. Contaba mentalmente la distancia que la separaba de su padre. Rezó en voz baja, suplicando a Dios que le ayudase en ese último tramo de su búsqueda y que al fin la reuniera con su padre.

Estaban en el extremo oriental de la bahía, en el lado inverso a mar abierto, el paso más estrecho a San Salvador.

—Ya está, creo que con este apaño podremos alcanzar la otra orilla — anunció Lucas girando el esquife y verificando en el agua su resistencia.

En un abrir y cerrar de ojos fabricó con unas ramas de palmera caídas una especie de remos que puso en el interior de la barcaza. Hizo señas a Mariana para que se aproximara.

Con el agua hasta la cintura, Lucas sujetaba la barca con una mano y con la otra ayudaba a Mariana a avanzar en contra de las olas y a trepar a la embarcación. Después empujó el esquife con las dos manos y avanzó trabajosamente mar adentro, haciendo fuerza con las piernas para evitar ser arrastrados de nuevo a la costa. Cuando se hubieron alejado de la playa lo suficiente, trepó con soltura al interior de la embarcación, cogió una de las ramas de palmera y le entregó la otra a Mariana.

—A mi señal empezad a remar en este sentido —le indicó.

Mariana iba contando las paladas que daba al agua. Avanzaban muy despacio, pero imperceptiblemente iban ganando terreno y se acercaban a su destino. Le dolían los brazos, los sentía pesados y agarrotados por el esfuerzo, pero siguió concentrada en contar y contar, intentando no mirar a la orilla que

tenía delante para no desanimarse. Sentía la respiración agitada de Lucas a su espalda, también al límite de sus fuerzas. Una hora interminable. Cuando estaba a punto de dejarse llevar por las olas y tirarse hacia atrás en la barca, alzó la vista y se le llenaron los ojos de lágrimas, ahí estaba la costa, a unos minutos más de esfuerzo. Cuando el esquife chocó contra el fondo marino, se tiró al agua liberándose del calor y el cansancio del esfuerzo. Se dejó arrastrar por la marea hasta la orilla. Se tumbó boca arriba en la arena y se dejó acariciar por los tímidos rayos de sol que conseguían penetrar las tupidas nubes grisáceas.

Lucas se dejó caer a su lado, agotado. Recuperado el resuello, la joven se puso en pie, se acomodó lo que le quedaba de vestimenta y ofreció la mano al sangley para ayudarle a levantarse.

Desde los baluartes de la Mira los vigías avistaron a la extraña pareja que se dirigía al fuerte y dieron la voz de alarma. Juan de Saraos cogió el catalejo de uno de los vigías y lo dirigió en la dirección en la que parecían moverse dos figuras a la distancia. Se extrañó al descubrir a la mujer que avanzaba en cabeza con la cabellera al viento, seguida de un hombre flaco y de poca estatura. A pesar de la suciedad y del color tostado de su tez, De Saraos no tuvo duda de que era una mujer blanca. ¿De dónde habría salido?, se preguntó. Media hora después Mariana y Lucas alcanzan el fuerte. La verja de forja se elevaba y el portalón de madera caía dejando a la vista a los soldados apuntando con sus arcabuces a la extraña pareja.

—¡No disparen, que somos españoles! —alzó la voz Mariana.

Al escuchar su suave acento sevillano, dulcificado por los dos años lejos de su tierra, los soldados relajaron el gesto y se apartaron para que cruzara el arco de entrada y accediese al patio de armas. Alguno soltó un piropo emocionado al verla. En San Salvador no había mujeres blancas, alguna era mestiza, y la inmensa mayoría eran nativas de piel oscura y ojos rasgados. La noticia de su llegada corrió como la pólvora y en pocos minutos tenía a toda la guarnición destacada en la Mira haciéndole la corte en un corrillo de rudos soldados. Lucas había entrado como un silencioso fantasma al fuerte San Millán detrás de ella y nadie le prestaba atención, entretenidos con esa mujer con la ropa rasgada que había aparecido como el sol para borrar las huellas de la tormenta y los sonidos atronadores de los tambores enemigos.

—A ver, a un lado, deslenguados —se impuso Juan de Saraos abriéndose paso a empujones. Cuando la tuvo delante intentó aguantar el tipo frente a los soldados—. ¿De dónde ha salido, señora?

—Soy Mariana López de Peñafior, hidalga sevillana. Cuando viajaba hacia el norte de las Filipinas con mi hermano nos asaltaron unos piratas moros, a él lo mataron, a mí me llevaron al fuerte Zelandia y me vendieron a los holandeses como esclava. Conseguí escapar gracias a mi... —iba a decir «amigo», pero habría levantado ampollas— mi criado Lucas —dijo señalándole—. Nos escondimos en un sampán chino que llegó hasta estas costas. Lucas escuchó una conversación de los piratas chinos y así averiguamos donde nos encontrábamos y lo que estaba sucediendo. Hemos esperado dos días en la selva para evitar ser descubiertos por los holandeses. Cuando por fin vimos despejada la bahía de sus naves, nos hemos atrevido a acercarnos buscando refugio.

—Sois muy valiente, señora —dijo Juan de Saraos seguido a coro por las exclamaciones de asombro de los hombres que escuchaban atentamente su relato.

—Lo mejor será que la acompañe a San Salvador, daremos cuenta al gobernador de lo sucedido. Él se encargará de que pueda volver a Manila.

—Muchas gracias, capitán. Una cosa más —todos los ojos estaban clavados en sus bellas facciones y en sus jugosos labios, Mariana tragó saliva y tomó aire—: tengo un mensaje para un maestro carpintero que trabajaba en Cavite y que fue trasladado hace unos años a isla Hermosa, Gonçalo Maradiaga, ¿lo conoce?

—¿El portugués? —preguntó Juan de Saraos.

—Sí, ese debe de ser, ¿sigue aquí? —preguntó conteniendo la respiración y buscando los ojos de Lucas para no desmoronarse.

—¡Maradiaga! —gritó De Saraos.

—¡Maradiaga! —empezaron a corear los soldados al unísono.

Gonçalo vio la masa de soldados formando un corrillo y llamándole agitando los brazos.

—¿Qué querrán estos ahora? —musitó mientras bajaba los peldaños de la escalera de piedra y caminaba hacia ellos.

Mariana no veía nada entre los cuerpos altos y cuadrados de los soldados españoles que la rodeaban y que le impedían ver al hombre que se aproximaba. Miraba a Lucas intentando contener las ganas de salir corriendo a su encuentro. El sangley le sonrió por primera vez desde que se conocían.

—¡Maradiaga, acércate! —volvió a gritar Juan de Saraos.

Entonces el corrillo de hombres se abrió como una media luna dejando al descubierto a la mujer que esperaba ansiosa el encuentro con el padre que no

conocía. Leyó en sus ojos la sorpresa. Gonçalo Maradiaga se quedó paralizado, con la boca abierta y los ojos muy abiertos. Se sentía como en un sueño en el que no conseguía moverse, la tenía delante y no podía hablar, no podía decirle que estaba paralizado pero que la amaba, que había esperado toda la vida ese momento, le dio miedo que se desvaneciese antes de alcanzarla como siempre le pasaba. Venciendo la fuerza que lo tenía anclado al suelo, se acercó despacio hasta ella y la contempló durante unos instantes eternos. Por fin, se atrevió y alzó la mano temblando, le rozó la mejilla con tímidos dedos temiendo estar delante de un fantasma. Mariana sonreía a punto de romper a llorar y los soldados a su alrededor se miraban unos a otros, porque no entendían qué estaba pasando.

—Isabel, Isabel, ¡Isabel! —dijo con los ojos llenos de lágrimas y la voz quebrada, abrazándola con todo el amor que había guardado en su pecho durante veintiún años de separación.

Mariana se había dejado abrazar por su padre y había tardado en sacarle de su error. Podía sentir los poderosos latidos de su corazón otra vez juvenil contra su cuerpo; sí, su padre había amado sin medida a Isabel, aún la amaba. Cuando se separó de ella, la observó con ojos aún incrédulos y le tocó el rostro con las dos manos, buscando los estragos de la edad, pero nada encontró en esa cara joven y lozana a pesar de las ojeras violáceas dibujadas bajo los ojos. Pareció despertar por fin del sueño y le preguntó con temblorosa voz:

—¿Quién sois?

—Soy Mariana, la hija de Isabel.

Gonçalo tomó conciencia de la decena de rostros que les observaban y de que necesitaban estar a solas para conocer todos los detalles de la vida de esa muchacha que era el vivo retrato de Isabel.

—Yo la acompaño a San Salvador —dijo Gonçalo Maradiaga a Juan de Saraos, y sin esperar respuesta, tomó a Mariana del brazo y la condujo fuera del fuerte.

Lucas salió detrás de ellos tan invisible como había entrado. A su espalda, los murmullos aumentaban de volumen y terminó escuchando algunas obscenidades que pretendían ser halagos de esos hombres.

—¡Vuelve a visitarnos, sevillana! —gritó el más galante.

Caminaban a través de un claro en la vegetación poco frondosa de esa zona, pues los españoles mantenían lo más despejado posible el terreno para tener máxima visibilidad entre las distintas fortificaciones. No habían emitido una sola palabra, pero se observaban disimuladamente el uno al otro. Mariana no cabía en sí del gozo, ¡le había encontrado, había encontrado a su padre! Se sentía ligera como el viento, flotaba sobre la verde alfombra mojada de la pradera. Las dificultades y pesares del último año se habían evaporado como el agua de lluvia con el calor del sol.

A punto de alcanzar el convento de Todos los Santos, Gonçalo se paró y la miró de frente.

—¿De verdad eres la hija de Isabel?

—Sí, lo soy.

—¿Cuántos años tienes?

—Estoy a punto de cumplir veintidós.

Una gran duda había comenzado a arderle en el corazón desde que le dijo que era la hija de Isabel, los celos se le agarraron al estómago por primera vez en su vida. No se atrevía a preguntar.

—Ella, Isabel, nunca me habló de que tuviera una hija.

—Seguramente no quiso haceros sufrir.

—Entonces, al final sí se casó. En sus cartas... prometía... prometía esperarme.

—Os equivocáis, nunca se casó, os esperó hasta el final. Su padre la encerró en el convento de Santa Marta.

—Sí, lo sé, allí envió cientos de cartas. Pero ¿cómo es posible que tuviera una hija?

Mariana le miró a los ojos con intensidad y sonrió.

—Yo soy el fruto de vuestro amor juvenil, padre.

—¿Tú... tú... eres mi hija? —preguntó tomándola por los brazos.

—Lo soy. He recorrido el mundo entero para encontraros. Se lo prometí a mi madre en su lecho de muerte —dijo bajando los ojos para contener las lágrimas.

—¿Isabel ha muerto? —dejó caer los brazos que asían a su hija.

—Sí, no saber de vos la consumió —no era un reproche, pero se arrepintió en el mismo momento de haberlo dicho, vio un profundo sufrimiento reflejado en el rostro varonil de su padre.

—Fue por mi culpa, alimenté su esperanza durante años, hasta prometí que iría a buscarla cuando... bueno, ahora da igual. Las cosas no salieron como yo había imaginado.

—Yo también tuve culpa. Si me hubiese tenido con ella, tal vez seguiría viva.

—¿Tú no vivías en el convento?

—No, la obligaron a darme en adopción, al principio se negó y opuso resistencia, pero la venció el deseo de darme una vida libre del encierro y aceptó entregarme a un matrimonio de Sevilla. Mi madre adoptiva mantuvo correspondencia con Isabel durante diecinueve años, y cuando recibió noticia de la gravedad de su enfermedad, me llevó a Lisboa y me desveló la verdad. Estuve con mi madre en los últimos instantes de su vida. Antes de morir me hizo prometer que os encontraría, intuía que algo terrible debía haberos

sucedido para que faltaseis a la promesa. Murió en paz, padre —no le resultó raro llamar así a un extraño, sentía una misteriosa familiaridad con él.

—Entonces sabes por qué estoy aquí.

—Lo sé. Fray Pedro me lo explicó en una carta. Hasta ese momento todo eran suposiciones, las conclusiones que había sacado al leer el diario de Isabel. Después, vuestras cartas...

No pudo seguir hablando, porque el rostro de Hans sonriéndole al sacar el atado de cartas de sus alforjas se le apareció para recordarle la profunda herida que había dejado en su alma el naufragio, el frío de su lecho por las noches, la soledad de sus oídos carentes ya de su risa cayendo como cascada de agua sobre ellos.

Lucas se había acercado a ellos sigilosamente. Mariana escuchó el crujir de sus pasos y se volvió hacia él. Su rostro se calmó, había olvidado completamente su presencia.

—Lucas, ven, acércate.

Gonçalo se giró a mirarle.

—¿Tú? —no salía de su asombro.

—¡Maestro! —dijo con una tímida sonrisa dibujada en los labios.

—¡Luolan, muchacho! Ven aquí que te dé un abrazo —dijo envolviéndole con sus fornidos brazos—. Pero ¡qué sorpresa! Ya me vais a contar qué hacéis los dos juntos. ¡Esto sí que es una increíble casualidad!

—Nos conocimos en Puebla de los Ángeles, en Nueva España. Lucas ha sido mi compañero de viaje durante este último año, no sé qué habría sido de mí sin su compañía. Estoy segura de que no estaría hoy aquí con vos.

—Luolan, sabes, tu hermano Roujie está por la zona.

—¡Roujie sobrevivió!

—Claro, hijo, sobrevivió y comanda a cientos de hombres, es lugarteniente de un tal Zheng ZhiLong.

—¿El pirata?

—El mismo.

—¿Podré verle?

—Llegar a él es siempre complicado, solemos encontrarnos cuando él propicia el encuentro, intentaré hacerle llegar un mensaje. ¡Luolan! ¿Eres tú de verdad? —dijo cogiéndole por los dos brazos y observándole con una amplia sonrisa.

—Sí, maestro.

—Has crecido, muchacho.

—No mucho, maestro.

—No digas eso —dijo Gonçalo riendo—, estás más hombre, eras un niño enclenque y temeroso, pero con una fuerza de voluntad interior inquebrantable, estaba seguro de que saldrías adelante.

Había empezado a llover de nuevo tímidamente.

—Ya tendremos tiempo de hablar. Ahora continuemos, debéis de estar agotados. Estamos casi llegando al convento de Todos los Santos, el padre Quirós se alegrará de veros y conocer vuestra historia. Además, tengo un asunto que tratar con el gobernador —añadió pensando en Inés—. ¿Vamos? —dijo ofreciendo su mano a Mariana.

Ella la cogió con fuerza.

—Vamos, padre.

Anochece en la bahía de Manila. Se sentía descorazonado. Nada había conseguido averiguar sobre Lucía en el convento de Santa Clara, adonde se había dirigido directamente desde Macao al mando de la Reina Ester. La abadesa le había informado de que el barco en el que viajaban las monjas fue asaltado y fueron tomadas como botín a cambio de la vida del resto de viajeros. Nada más sabía, pero le recomendaba hablar con alguno de los testigos directos. Le había mencionado a fray Julián como uno de los españoles expulsados de Macao y que había llegado a Manila sano y salvo tras el asalto. La noticia se conocía en toda la ciudad. Se deslizaron en bajeles hasta el puerto de Cavite. Hans y Keled iban acompañados de seis piratas más. Manila era un lugar peligroso para hombres como ellos y había que estar siempre alerta.

Las luciérnagas eran destellos brillantes en la quietud de la noche. Ocultaron las barcas entre la tupida vegetación tropical, entre los árboles de la nipa, los cocoteros y los *kamagong*, y accedieron a la pequeña villa por el lado oriental. La quietud era total, aunque las sombras escondían vigilantes armados, que sigilosos como serpientes en el agua se deslizaban sin ruido y podían darles un buen susto. Alcanzaron el hospital de San José sin toparse con ningún soldado español. El edificio construido por la orden franciscana setenta años antes albergaba el primer hospital para marinos y soldados del puerto. La aldaba resonó escandalosamente y espantó a los murciélagos, que revolotearon en círculos sobre sus cabezas. Los piratas a la orden de Hans se

distribuyeron a lo largo de la arenosa calle y en los dos extremos de la fachada de la casa.

Un hombre anciano vestido con un hábito raído de color marrón sujeto con un cordón con tres nudos, símbolo de los tres votos, castidad, pobreza y obediencia, les iluminó con una vela.

—¿Qué desean sus mercedes? —preguntó intrigado.

—Venimos a hablar con fray Julián.

—Esperen —dijo cerrando la puerta de sopetón.

Keled posó su enorme manaza en el hombro de Hans para transmitirle su apoyo. Podía sentir sus ansias, su desesperación después de haber estado tan cerca de encontrar a su madre.

La puerta de rústica madera de *naga* volvió a abrirse.

—¿Pero están ustedes ahí fuera? A fray Isidro la vejez le está agriando el carácter —les dijo fray Julián—. Pasen por aquí, por favor.

Atravesaron el zaguán y caminaron por los soportales de un patio empedrado lleno de sombras a esas horas de la noche. Fray Julián abrió una puerta bajo llave e iluminó una pequeña sala con una mesa y varias sillas de madera. Por un ventanuco pequeño y enrejado se deslizaba el frescor nocturno.

—Tomen asiento, por favor.

Hans se sentó y Keled se quedó de pie junto a la puerta. Fray Julián se dejó caer en otra silla frente al corsario. Su cara mostraba signos de cansancio.

—Con lo bien que estaba yo en Macao —dijo más para sí que para su invitado—. Su merced dirá en qué puedo ayudarle, joven.

—He oído que iba a bordo de la nave que fue asaltada por piratas donde varias monjas fueron raptadas.

—La verdad es, joven, que ellas se ofrecieron voluntariamente como botín para que los piratas nos dejaran marchar a los demás. Valientes mujeres y entregadas al Señor, especialmente la madre Leonor.

—¿La madre Leonor era la superiora del convento de Santa Clara de Macao?

—Sí, ella misma.

—Cuénteme qué pasó desde que salieron de Macao.

—Pues veré, el puerto era un hervidero de actividad, el gobernador había dado dos días a los comerciantes españoles para salir de la colonia con sus pertenencias, pasados los cuales se les confiscarían todos sus bienes. Había mucho nerviosismo. Mi orden se enteró del edicto de expulsión esa misma

mañana, cuando los soldados vinieron a buscar a los españoles. Las autoridades se dieron prisa en limpiar de españoles todos los conventos de Macao. Subidos a una carreta, fuimos recorriendo los distintos lugares, y cuando estuvimos todos, nos condujeron al puerto. Nos embarcaron sin más ceremonias junto con algunas familias españolas que habían conseguido pasaje para Manila.

—¿Podría describirme a la madre Leonor?

—Una mujer hermosa, de ojos de un azul verdoso, inolvidables, sin duda una mujer de carácter.

—¿Habló con ella?

—Los primeros días no, porque las hermanas permanecieron encerradas en su camarote comunitario en la segunda cubierta. Supongo que extrañaban la clausura. Pero cuando se avistaron las velas piratas, la madre Leonor salió a cubierta e intercambiamos algunos comentarios sobre nuestra trágica situación. Tenía un fuerte acento portugués, supongo que motivado por los años de permanencia en Macao.

—¿Supieron la procedencia de los piratas?

—Eran herejes holandeses al servicio de la VOC, una gran bandera con las iniciales de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales ondeaba en el mayor.

—¡Holandeses! ¿Y les dijeron a dónde las llevaban?

—No, nuestro capitán nunca se encontró con el corsario hereje, negociaron a través de mensajeros hasta que llegaron a un acuerdo que evitó el derramamiento de sangre, en gran parte gracias a la madre Leonor. Supongo que las venderían como esclavas en algún puerto de las islas de las Especias. ¿Puedo preguntarle por qué tiene tanto interés en este asunto?

—Leonor es mi madre.

—¡Ay, hijo, qué desgracia! Espero que podáis encontrarla. Rezaré a Dios Todopoderoso para que os ayude.

—Gracias, fray Julián.

El fraile les acompañó hasta la puerta y les dio su bendición.

—Ahora, ¿qué? —fue lo primero que preguntó Keled al salir a la noche tropical.

—Cumplamos con Van Niemen y de paso seguiré indagando sobre el destino de mi madre. Gracias, amigo, por tu apoyo.

Sonaban las pisadas de los piratas sobre la arena húmeda de las callejas. Caminaban atentos a los ruidos naturales del entorno, el aleteo de las aves

nocturnas, el crujir de las ramas de las palmeras mecidas por la suave brisa, el oleaje de fondo. Hans se paró y desenvainó la espada. Keled le imitó e hizo seña al resto de piratas de que sacaran los cuchillos de las vainas.

—¿Qué pasa? —musitó.

—He oído pisadas y no son las nuestras —le aseguró Hans.

El leve sonido había cesado. Permanecieron a la escucha varios minutos, conteniendo la respiración para percibir mejor los ruidos ajenos.

—Por aquí —susurró Hans indicando con la mano a sus hombres la nueva dirección, contraria a la playa, para adentrarse en la pequeña villa.

—Ramírez —se oyó un susurro muy cerca—, Ramírez, ¿estás ahí?, soy Facundo.

—Sí, aquí estoy, ¿qué pasa?

—Prende una vela, que no se ve nada —le ordenó Facundo.

La luz iluminó la entrada de un cobertizo construido en madera con techado de nipa.

—¿Todo en orden? —preguntó Cipriano a Ramírez.

—Sí, ¿quiénes son esos hombres? —preguntó el forzudo guardián señalando a Tomé, Rui y los piratas que acompañaban a Facundo y Cipriano a robar la mercancía de Álvaro y los hermanos De Vera.

—Don Álvaro nos envía a llevarnos la mercancía. Los he contratado en el puerto para cargar las carretas.

—Vamos, a que estáis esperando, moveos, holgazanes —ordenó Facundo.

Tomé le miró desafiante y cuando pasó por su lado le dijo entre dientes.

—Como te pases de listo, te corto el cuello.

Se oyó un relincho. Los piratas de la tripulación de Tomé salían con cajas y baúles que tenían que cargar entre dos debido al peso y los colocaban en dos carromatos vigilados por dos de sus hombres situados en el lateral del edificio.

—Cuidado con la porcelana —les advirtió Cipriano.

Una hora después seguían sacando mercancía del almacén. Facundo y Cipriano estaban cada vez más nerviosos.

—Daos prisa, estamos tardando demasiado —se exasperaba Facundo.

—Tranquilito —le sugirió Rui, que vigilaba de cerca a Facundo y Cipriano.

Vieron acercarse una luz.

—Si es la ronda de guardia, dejadme hablar a mí —dijo Facundo.

La luz siguió aproximándose hasta que pudieron reconocer los rasgos iluminados por la tenue luminosidad de un candil.

—¡Don Alonso! ¿Cómo su merced por aquí a estas horas? Don Damián, qué bien que se haya recuperado ya de las dentelladas de esa bestia.

—No pensaría mi socio y amigo que no iba a tener mis propios ojos puestos en las mercancías, ¿verdad? —contestó Alonso De Vera.

Los piratas seguían sacando los baúles ante la mirada cada vez más encendida de Alonso y por imitación de Damián De Vera. Con ellos, varios hombres armados con pistolas esperaban la señal de su jefe para intervenir.

—¿Me puedes explicar qué estáis haciendo? —preguntó Alonso De Vera con voz ronca, producto de la ira contenida.

—Don Álvaro nos ordenó transportar la mercancía a una nave que ha alquilado.

—¿Por qué?

—No sé, don Alonso, yo no pregunto, solo obedezco órdenes.

—O sea, que Álvaro pensaba robar mi mercancía y fugarse con mi mujer. He estado en la casa de campo y la señorita Mariana ha desaparecido —dijo sacando un pistolete y apuntando directamente a Facundo—. Diles a estos tipos que vuelvan a meter todo de vuelta al almacén.

Al ver sacar el arma al desconocido, los piratas a las órdenes del capitán Tomé da Silveira dejaron los fardos que llevaban y rodearon a los recién llegados, apuntándoles a su vez con cuchillos, espadas y pistolas.

—¿Qué significa esto? —gritó Alonso mirando en derredor.

Fue Tomé el que apartó con el brazo a Facundo y encaró al sujeto.

—Se ve que sois un poco lento de entendederas. Lo que pasa es que quien manda aquí soy yo, y esta mercancía es mía ahora.

—Y vos, ¿quién sois?, ¿os envía Álvaro?

—¿Quién sois? —repitió Damián como el eco de su hermano.

—No sé quién es el tal Álvaro, ni qué relación tenéis con él, y tampoco me importa. Pero vos vais a guardar el arma y el resto os vais a estar quietecitos mientras terminamos la faena.

Alonso seguía apuntando a Facundo. Intentó ignorar a Tomé y le encaró directamente.

—Miserable, ¿qué tenéis que ver vosotros con este tipejo?

—Don Alonso, somos tan víctimas como su merced. El barco en el que viajamos con don Álvaro al norte, a su hacienda tabacalera, fue asaltada por piratas moros, mataron al amo y nosotros y la señorita Mariana fuimos

vendidos a los holandeses —hizo una pausa y miró a Tomé—. ¡Son piratas holandeses, don Alonso!

—Basta de cháchara. Jurgen, Aart, Diede —llamó a sus hombres—, atadles.

Cuando Jurgen, un tipo bajo de estatura pero con dos brazos del tamaño de dos troncos de roble, se aproximó a Alonso, este le dio un fuerte empujón hacia un lado y saliendo precipitadamente de la estancia, gritó:

—¡A mí, soldados! ¡A mí, soldados! ¡Piratas! ¡Pira...!

Recibió un golpe en la cabeza que le dejó inconsciente. Pero ya era tarde, porque las sombras que guardaban el puerto de Cavite, alertadas por el grito de auxilio, corrieron en tropel hacia el lugar de la llamada.

—¡A los carros, rápido, hay que salvar la carga! —ordenó Tomé.

Uno de los carromatos arrancó con Rui y varios piratas a la fuga antes de que los soldados pudieran detenerlo. El otro carro, en el que viajaba Tomé, no tuvo tanta suerte y volcó con la velocidad al cruzarse la guardia y disparar a los ocupantes del pescante. Los bultos quedaron desperdigados por la calleja oscura y húmeda. Los piratas usaron el carro de parapeto para protegerse de los disparos de los mosquetes españoles y respondieron a su vez disparando los pistolones. La luna iluminaba las siluetas de los dos bandos, los rostros con bigote de la mayoría de españoles y las cabezas rasuradas y sin sombrero de los piratas. El cerco en torno a los holandeses se iba estrechando al tiempo que seguían llegando refuerzos desde la fuerza de San Felipe, y continuaban los fogonazos llenando de bruma espesa la noche caviteña.

—Keled —susurró Hans, que había sido testigo de lo que acontecía en el almacén de Álvaro Fábregas de Valor—, recupera la carga caída y transpórtala sigilosamente con cuatro de nuestros hombres hasta los bajeles. Yo me encargo del resto.

El jolonés se apresuró a cumplir las instrucciones del corsario.

Hans ordenó a los dos filibusteros que habían permanecido con él que se colocaran por detrás de los soldados, en la esquina de la casa más próxima a la refriega, y que empezaran a disparar hasta acabar la pólvora para desviar la atención de los soldados hacia ese lado, tras lo cual debían ponerse a salvo. Mientras, él se deslizaba despacio, lo más pegado posible al suelo, en dirección al carromato vencido.

—Siempre metiéndote en problemas, hermano —dijo llegando súbitamente al lado de Tomé y de otros tres piratas agazapados tras el carromato.

—¡Hans! ¡Esto sí que es un milagro! —dijo Tomé tumbado boca abajo, pegado a la fría arena.

—Poco va a durar el milagro si no salimos de aquí cuanto antes —se quejó el corsario—. ¿Cómo se te ha ocurrido meterte en semejante avispero?

—¿Dónde demonios te habías metido?

—Te lo cuento tomándonos unos tragos en un rato.

Empezaron a escucharse los disparos de los dos filibusteros desde el otro extremo de la refriega.

—Ahora, muchachos, a correr hacia la playa, seguidme —dijo.

Se puso en pie con la cabeza agachada para que no se la volaran de un disparo, echó un vistazo asegurándose de que los soldados se habían dado la vuelta para responder a los fogonazos que les llegaban del otro lado, y agitando el brazo para indicar que avanzaran, salió corriendo seguido de Tomé y el resto de piratas. Mientras, las ráfagas de disparos de los españoles se estrellaban cerca de ellos en los troncos rugosos y peludos de las palmeras. Un bajel les estaba esperando al final del brazo de tierra en forma de anzuelo. La luna, parcialmente oculta en brazos de las nubes oscuras, iluminaba tímidamente la playa, el agua en calma y a los hombres trepando al esquiife y alejándose de una costa llena del tronar de los mosquetes españoles.

Mariana se había bañado en una poza natural para quitarse la fatiga de los últimos días. Vestía un sencillo atuendo de estilo español prestado por una de las esposas nativas de los soldados españoles destacados en el fuerte San Salvador. Como los zapatos eran un lujo, nadie pudo prestarle un par. Lucas se pasó la mañana trenzando ramas finas y elásticas con las que le fabricó una especie de alpargatas. Después, mientras su padre se reunía con el gobernador, ella y Lucas visitaban la pequeña villa de San Salvador, cuyo puerto había sido bautizado como la Santísima Trinidad. El padre Quirós les acompañaba en su recorrido. A Mariana le sorprendió terriblemente la precariedad de la colonia, que contrastaba con la exuberancia del entorno. Apenas había construcciones en piedra, a excepción de la casa del gobernador y el convento de Todos los Santos. El resto eran cabañas como las de los nativos, hechas de bambú con techados de hojas de palma secas. En el extremo norte del enclave empezaron a ver rostros de sangleyes.

—Es el parían —anunció Teodoro Quirós.

—¿Cuánto cuesta una licencia? —preguntó Lucas.

—¿A qué te refieres, hijo? —preguntó intrigado el fraile.

—En la ciudad de Orange los holandeses otorgan licencias de explotación a los colonos chinos: licencia de pesca, licencia de caza, licencia para comerciar. De ahí sale la mayor parte de la riqueza para la gobernación holandesa.

—¿De veras? —se sorprendió el padre Quirós—. ¿Vos también habéis estado en el fuerte Zelandia? —preguntó a Mariana.

—Así es, fray Teodoro.

—¿Y cómo es?

—Digamos que sus mercedes viven más austeramente. El gobernador vive en una casa ricamente decorada y no se priva de las más exquisitas viandas, incluido el mejor vino español.

El padre Quirós movió la cabeza incrédulo y paseó la mirada por las penurias tan bien conocidas por los misioneros que, como él, llevaban años

entregados a la evangelización de esas tierras.

—Pues esto es lo que hay —sentenció—. Ya sé que no es mucho y que, como cuenta vuestra merced, los holandeses sacan más réditos de estas tierras, pero Dios nos juzgará a todos por igual, nos juzgará por la entrega de nuestros corazones a la propagación de su nombre y el arrojo con el que afrontamos las adversidades de tamaña misión, que no son pocas.

Mariana asintió con una sonrisa.

—Volvamos, es casi la hora de la cena —sugirió fray Teodoro.

Caminaron de regreso por el único camino de tierra que podía llamarse calle principal. En el lado opuesto a donde estaba situado el parrián chino, se alzaban unas cabañas de parecido estilo dispuestas en círculo en torno a algo similar a una pequeña plaza natural; el lugar parecía desierto.

—¿Quién vive en esas covachas? —preguntó la joven sevillana.

—Es uno de los poblados taparri de la zona —explicó Quirós.

—¿Dónde están los indios?

—Huyeron a la montaña cuando aparecieron las naves holandesas, pero ya volverán —respondió el fraile sin mucha convicción.

Los españoles les habían dejado desprovistos de protección, incumpliendo su compromiso, cuando ellos les habían consentido pacíficamente apropiarse de sus tierras y habían aceptado de igual manera su concepto del mundo a cambio de amparo.

Cuando se sentaron a comer la frugal cena que había preparado uno de los hermanos dominicos, Mariana no pudo evitar preguntar por Gonçalo Maradiaga, al que no había visto desde que la dejara al cuidado de fray Teodoro, habiéndole explicado brevemente que era una hidalga española recién llegada y que necesitaba que se ocupara de ella y de su criado, a lo que el padre Quirós había respondido haciendo todo lo que estaba en su mano para que se encontrara acogida en ese lugar de estrecheces.

—¿Cree que Gonçalo volverá? Tenía que tratar unos asuntos con el gobernador.

—El gobernador es un tipo rudo de ideas fijas. Esperemos que todo vaya bien.

—¿De qué asunto quería hablarle? —preguntó ligeramente, como si no ardiese en deseos de saber.

—Algo relacionado con su mujer.

—¿Es que está casado don Gonçalo?

—Así es, hija, yo mismo les uní en santo matrimonio. En fin, esperemos que se resuelva pronto.

—¿Que se resuelva el qué?

—Que el gobernador libere a la mujer de Maradiaga y le permita volver con los suyos.

—¿Con los suyos?

—Sí, es una india taparri.

—¡Ah! ¿Y por qué la tiene retenida el gobernador?

—Por testarudo, hija, porque este gobernador es muy bruto. Hubo un tifón y Gonçalo tuvo un accidente en el bosque, el gobernador pensó que se había fugado y detuvo a su esposa como represalia. Cuando apareció al cabo de unos días, la mantuvo presa con la excusa que el carpintero podía fugarse. Supongo que Maradiaga ha ido a solicitar que la libere de una buena vez.

Uno de los hermanos dominicos le echó una mirada de disgusto.

—Sí, sí, ya me callo, fray José. Mejor será que nos apresuremos en terminar, los rezos empiezan en pocos minutos.

Mariana se levantó y se dirigió a la puerta.

—¿A dónde vais, hija? —le preguntó fray Teodoro.

—Me acabo de dar cuenta de que aún no he presentado mis respetos al gobernador, vuelvo enseguida —dijo saliendo resueltamente del comedor comunal.

Un criado la acompañó hasta el despacho del gobernador. Sí, definitivamente los holandeses vivían mejor en el extremo sur de isla Hermosa, pensó mientras paseaba la mirada por la desnudez de las paredes, por los escasos muebles de dudoso abolengo que decoraban las estancias que atravesó. Ni un cuadro, ni un tapiz, ni un solo detalle que mostrara el esplendor del imperio español. Se percibía decadencia y ruina en cada rincón en forma de grandes lamparones de humedad coloreando las paredes encaladas.

Fue anunciada por el criado y pudo escuchar la sorpresa en la voz profunda y cortante de Gonzalo Portillo autorizando su entrada:

—Dices que es una dama española recién llegada, ¿en San Salvador? Hazla pasar inmediatamente —le ordenó.

Las voces crispadas que había escuchado al otro lado de la puerta cuando el sirviente abrió para dar a conocer su visita se habían apagado, pero en el

ambiente se percibía aún la tensión entre esos dos hombres, pocos segundos antes enzarzados en la discusión.

Su padre estaba de pie. Frunció el ceño al verla entrar. A su lado, una india delgada y con pocos años más que ella, calculó, la contempló con interés.

El gobernador se acercó hasta la puerta para recibirla y le tomó la mano con delicadeza para besársela, ni siquiera se percató de la sencillez con la que vestía la joven hidalga. La condujo hasta la butaca más cómoda que poseía la sobria estancia y él se sentó en una silla cerca de ella. Parecía haberse olvidado por completo del asunto que estaba discutiendo un instante antes de la entrada de Mariana en escena y de las otras dos personas que compartían en ese instante la misma estancia.

—Es un honor recibirla en mi gobernación señorita... —dijo dejando el espacio necesario para que ella concluyera la frase, pero fue Gonçalo Maradiaga quien la terminó con presteza— Mariana López de Peñaflor.

Su potente voz consiguió romper el hechizo en el que había caído Portillo al ver entrar a la joven de rostro armonioso y dulces ojos. Se giró con brusquedad hacia el portugués, pero este continuó sin prestar atención al enojo del hombre.

—Juan de Saraos me pidió que la acompañase hasta San Salvador cuando llegó a la Mira en busca de refugio escapando de los holandeses. El padre Quirós se ha encargado de atenderla para que se refrescase un poco antes de presentarse ante vuestra merced.

Mariana captó que su padre no quería desvelar al gobernador el vínculo de parentesco que les unía, aunque no alcanzaba a entender por qué.

—Así es —afirmó la joven sevillana—. La nave en la que viajaba al norte de las Filipinas fue asaltada por piratas de Joló. Una tormenta desbarató su flotilla y buscaron amparo en fuerte Zelandia, donde fui vendida como esclava a un corsario. Gracias a mi criado chino, conseguimos embarcarnos en uno de los juncos que acompañaban a los herejes en su asalto a la Santísima Trinidad.

—¿Ha estado en Orange?

—Sí, y estoy dispuesta a contarle todo lo que vi, pero antes terminen el asunto que estaban discutiendo cuando les interrumpí, por favor.

—Estoy seguro de que podemos dejarlo para otro momento —dijo el gobernador intentando ser agradable con ella, y sin mirar al carpintero y a su mujer india.

—Insisto, gobernador. No se preocupe, estoy al tanto del asunto y me alegra mucho que haya decidido liberar a la esposa de don Gonçalo. Además, ahora que los holandeses se han granjeado la amistad de los indios de Tanshui, creo que su merced acierta en la estrategia de tener a los nativos de esta zona contentos, pues verán su acción como un gesto de amistad. Terrible sería tenerles de enemigos y colaboradores de los herejes, nuestros estandartes no durarían mucho en estas tierras.

El rostro de Portillo había adquirido el color de las amapolas que coloreaban los campos castellanos en primavera. Parecía a punto de estallar, pero en vez de eso esbozó una forzada sonrisa y dijo:

—Está en lo cierto, permitir que esta india vuelva a su poblado facilitará las relaciones con ellos. Pueden irse —añadió con sequedad sin mirar a Maradiaga.

Gonçalo sabía que cualquier comentario podría echar a perder lo que tan hábilmente había conseguido esa joven, su hija. Qué extraño tener una hija con el rostro de su amada Isabel. Tomó a Inés de la mano y salió dedicando una sonrisa a Mariana.

—Ahora que estamos solos, cuéntemelo todo, la escucho —dijo Portillo con los ojos encendidos.

La flota de Hans Van der Meer navegaba unida por primera vez desde que arribara a Nueva España quince meses antes. Se había reagrupado tras la refriega en Cavite y surcaba los mares de China meridional en formación, con la Reina Ester encabezando la travesía, seguida del Sin Fin, a babor, y el Fénix Negro, a estribor. Esa noche echaron el ancla cerca de la costa de la isla de Paragua y los tres amigos se reunieron en el camarote de mando de la Reina Ester; el capitán había pedido a su cocinero que se esmerara especialmente con la cena, porque tenían que celebrar el reencuentro y el botín obtenido de los españoles. A pesar de las bromas y del ambiente alegre, los ojos de Hans no perdían esa profunda tristeza que Keled percibió cuando apareció semanas atrás en la cubierta de su barco, en Batavia. Él también participaba del reencuentro, pero como en veces anteriores estaba más pendiente de las necesidades de los tres jóvenes que de disfrutar él mismo de la velada. Y a medida que vaciaban las jarras de vino y la algarabía de Tomé y Rui se volvía más ruidosa, percibía cómo la mente del corsario se alejaba de la realidad y se hundía poco a poco en las brumas del recuerdo. Con los ojos concentrados

en el líquido ambarino de su copa tenía el pensamiento prendido de los ojos canela de su esposa. La extrañaba tanto, maldita sea, renegó en un susurró, no había amado a nadie como a ella, ni siquiera a Rebecca. No, ese fue un afecto infantil motivado más por el contacto diario en su comunidad y por ser familia de Samuel Palache, su ídolo. Pero Mariana, ardiente, apasionada, testaruda, valiente, la mujer más bella que había conocido, entregada en sus brazos, suplicando sus caricias, apoderándose de su cuerpo y arrastrándolo a las profundidades de un manantial sin fondo, flotando entrelazados en aguas de pasión y éxtasis, y como una sirena hechizándole con su voz cuando le cantaba al oído en susurros, rindiendo su voluntad. Dejó caer la cabeza y sollozó sin ser consciente de dónde se encontraba. A pesar de las risotadas de sus amigos, ese gesto no les pasó por alto, le observaron extrañados, primero, y luego con una creciente curiosidad. Era la primera vez en sus vidas que veían llorar a Hans Van der Meer. Ni siquiera se permitió esa debilidad cuando desapareció Lucía, pensó Tomé. Keled se aproximó a él por detrás.

—Creo que es hora de que nuestro capitán vaya a descansar —dijo apoyando una mano en su hombro.

Hans se deshizo del contacto de malas formas poniéndose en pie, se limpió con la manga las lágrimas, cogió la jarra que había sobre la mesa y la vació de un trago mientras el vino regaba su cuello y llenaba su ropa de color burdeos.

—No bebas más —le sugirió Tomé.

—Esto es una fiesta, ¿no? ¡La fiesta de nuestro reencuentro! Brindemos entonces, amigos —dijo con exaltación.

Los dos capitanes se levantaron y obedecieron mirándose mutuamente, tomaron sus copas y las alzaron:

—¡Por mi esposa! —aulló el corsario golpeando con fuerza la copa de sus amigos.

—¿Cómo que por tu esposa? ¿Estás casado? —preguntó Tomé.

—¡Qué guardado te lo tenías! ¡No irás a decirnos que es la mujer de Lisboa! —exclamó Rui.

Hans se dejó caer de nuevo en la silla y les miró con ojos vidriosos.

—Ella, solo ella podía ser.

—¿Y dónde está?

—Me la arrebató... —balbuceó, el licor empezaba a adormecer por completo sus sentidos, se sentía liviano, la tristeza se volvía transparente y se le iba escurriendo del cuerpo a medida que avanzaba la anestesia del alcohol.

Tomé y Rui se sentaron junto a él.

—¿Quién te la ha arrebatado? —preguntaron casi al unísono.

—El océano celoso, la quería para él y me la arrebató —dijo cayendo en un profundo sueño, desmadejado sobre la silla.

—¿Tú sabes algo de este asunto? —preguntó Tomé a Keled.

—Algo me contó el amo cuando volvió a Batavia, parece que toparon con una tormenta y una ola debió de tragarse a la señora. No debería beber, le vuelve melancólico y su dolor se vuelve insoportable, temo que no pueda controlarlo.

—Lo controlará, solo necesita tiempo, tal vez encontrar a doña Lucía pueda ayudarle. ¿Qué se sabe de ella? —preguntó Tomé.

—Parece que estamos sobre la pista, se encuentra en algún enclave holandés en las islas de las Especias.

—El empeño en buscarla lo mantendrá vivo. Descansemos ahora, mañana veremos qué tal amanece —dijo Tomé mirando con afecto a su amigo.

Keled cargó con Hans hasta su camarote, le tendió en el catre y se sentó cerca dispuesto, como aquella primera noche, a velar su sueño hasta el amanecer.

A la mañana siguiente el capitán de la Reina Ester apareció en cubierta con las primeras luces del día, tranquilo y sonriente, con el excelente humor del que siempre hacía gala. Gritó las órdenes con potente voz a sus hombres y encargó a Keled que avisara a Tomé y a Rui para una reunión antes de partir; ya había demorado demasiado entrar en acción, se dijo, y además tenía que demostrar a Loule Sarré que su sociedad con él merecía la pena. A Keled le agradó verle de nuevo activo y con el ánimo luminoso como la mañana de cielo azul rabioso, como las brillantes aguas turquesa. Sin embargo, un ojo experto como el suyo podía leer el abrazo de la rabia y la congoja refulgiendo en sus pupilas. Disimulaba muy bien, pensó mientras observaba cómo se movía con decisión por su nave.

Desplegó el mapa delante de sus hombres de confianza.

—Estamos aquí —indicó con un dedo—, creo que con la mercancía española Van Niemen se dará por satisfecho en lo relacionado con el galeón de Acapulco.

—Mis órdenes fueron viajar a Solor y Timor para interceptar el comercio de sándalo de los *topasses* portugueses y eso es lo siguiente que vamos a hacer. Después recalaremos en Batavia unos días, informaremos a Van Niemen de nuestro viaje y partiremos de nuevo —dijo señalando varios puntos:

Batam, Japara, Banda, Surat, Makassar, Ternate, Perak, Kedah, Butung... los lugares donde su madre podría haber ido a parar eran muchos, pero se concentraría en los puertos principales donde los holandeses contaban con una comunidad de comerciantes estables y con fábricas—. En cuatro meses, como máximo, quiero tener las bodegas repletas y poner rumbo a Ámsterdam. Preparen sus naves, caballeros, zarpamos hacia Solor.

A Mariana le despertó el repique de una campana. Aún sentía la sombra del dolor de cabeza con que salió del despacho del gobernador la noche anterior. La había acribillado a preguntas, todo lo quería saber de la gestión holandesa de la ciudad de Orange, del fuerte Zelandia, de su gobernador y, por último, sobre ella, aunque esa última parte quedó pospuesta para el siguiente encuentro. Se estiró despacio entre las sábanas húmedas por el rocío que se filtraba por el ventanuco que había olvidado cerrar. Se rascó los brazos llenos de rojeces producidas por mosquitos de afilada trompa que se habían colado en su diminuto cuarto mientras dormía. Se levantó y se asomó de puntillas al verdor exterior. La noche anterior, cuando volvió de la larga entrevista con Portillo, su padre no estaba por ninguna parte. Se imaginó que se habría dedicado a despedir a su esposa desde que abandonaron la casa de gobierno. Sentía cierta desilusión hacia él, creyó que se habría mantenido fiel a su promesa de amor a pesar de la distancia y el tiempo transcurrido, como había hecho su madre. «Hombres —suspiró—, que fácil se desapegan del dolor, lo arrinconan y consiguen vivir manteniéndolo aprisionado en el corazón». Quería saber por qué había decidido casarse con esa india, se lo preguntaría en cuanto le viese. Le sonó el estómago hambriento. Se vistió con el vestido del día anterior, único atuendo que tenía, y que ni siquiera era suyo, y salió del cuarto en busca de las cocinas. Los frailes habrían desayunado seguramente hacía varias horas, calculó. La campana dejó de llenar el aire de sonidos metálicos, daba comienzo la santa misa de acción de gracias por la protección frente a los herejes. Intentó orientarse, atravesó el atrio y bajó por una amplia escalera de escalones de piedra desiguales. Le llegó el olor a pan recién hecho. Se guio por el olfato y por el calor intenso y seco que desprendía un horno de leña, donde uno de los frailes metía y sacaba una gran pala de hierro con mango alargado. El fraile, que debía de tener la misma edad que ella, se sobresaltó al escuchar su saludo de buenos días y la miró como si se le

hubiese aparecido la Virgen María, se le cayó la pala de las manos y se santiguó sin apartar los ojos de la joven.

—¿Puedo desayunar? Llegué ayer a San Salvador, estoy hambrienta. ¿Podría darme algo de comer?

Sin decir palabra, el fraile se aproximó a una gran mesa de madera, puso en un cuenco de barro un huevo duro, una fruta amarilla en forma de estrella y una rebanada de pan y se lo alcanzó a la joven. De pie, Mariana comió despacio mientras seguía con la mirada los movimientos del fraile joven, que le echaba miradas de reojo con la cara colorada aún de la impresión. Agradeció la comida de nuevo y salió en dirección a la iglesia. Entró y permaneció junto a la puerta. El padre Quirós, de espaldas a los feligreses, elevaba al Todopoderoso las plegarias de su pueblo; apoyada en la pared, recorrió con la vista el interior en penumbra de la nave central, donde distinguió más o menos a una treintena de personas; creyó identificar la silueta de su padre. A su lado, Lucas había aparecido como por arte de magia.

—¿Dónde has dormido? —susurró Mariana.

—En el parían.

—Tú sí sabes hacer amigos rápido —sonrió la joven.

—Quería preguntaros si os parece bien que me ofrezca como aprendiz de carpintero, me gustaría seguir con la instrucción que mi maestro no pudo terminar.

—Por supuesto, Lucas, me parece una gran idea. ¿Lo has hablado ya con Maradiaga?

—Aún no, quería saber qué opinabais primero.

—Tenéis mi beneplácito.

—Gracias.

Continuaron en silencio escuchando la liturgia en latín del padre Quirós. Al terminar la misa, Mariana esperó pacientemente a que saliera su padre, y cuando distinguió su rostro con claridad se acercó hasta él.

—Doña Mariana, confío que hayáis descansado bien —le dijo en un tono de voz inusualmente alto. La joven entendió inmediatamente a que se debía la frialdad del saludo, pues Portillo se acercaba por detrás.

—Busca al padre Quirós —musitó. Y añadió subiendo el tono de nuevo a modo de despedida ante Portillo, que había llegado hasta ellos—: Que tengáis un buen día.

—Señorita, buenos días, espero que tenga un rato libre esta tarde, pues me gustaría continuar con la conversación que dejamos a medias ayer.

—Intentaré complacerle, señor gobernador, pero no le prometo nada, porque me he comprometido con el padre Quirós a recorrer la misión y ver en qué puedo ayudar.

—¿Pensáis entonces permanecer entre nosotros? Pensé que querríais partir a Manila lo antes posible.

—No tengo prisa. Por desgracia, mi esposo y mi hermano mayor fallecieron en el asalto, y aunque dejaron algunos asuntos en Manila, prefiero sobreponerme de sus ausencias esperando un tiempo prudencial a que mi dolor mengüe. El resto de familiares cercanos está en Sevilla y la metrópoli queda muy lejos para emprender viaje.

—Entiendo, sabiendo que os tendré cerca una temporada, estoy seguro de que tendremos ocasión de hablar —dijo besándole la mano antes de calarse el sombrero y despedirse con una inclinación de cabeza.

Lucas había ido tras su antiguo maestro para proponerle empezar a trabajar para él de nuevo. Mariana se dirigió hacia el altar en busca de fray Teodoro.

—No quise que os despertaran los sirvientes esta mañana, pues estaba seguro que necesitabais descansar después de la increíble aventura que habéis vivido, hija —le dijo el padre Quirós.

—Gracias, he dormido profundamente hasta que han tocado a misa. Gonçalo Maradiaga me ha pedido que os busque, pero no ha podido decirme para qué.

—Sí, venid, vamos a dar un paseo.

A la derecha del altar una puerta comunicaba con el convento de Todos los Santos; atravesaron una pequeña sacristía, caminaron por un largo pasillo con ventanucos rectangulares y desembocaron en el atrio del convento, siguieron hasta el lado opuesto, y atravesando un pasadizo abovedado llegaron al huerto, donde varios frailes rastrillaban apartando las malas hierbas. En el corto trayecto hasta allí el padre Quirós le resumió la vida de la colonia desde que en 1626, quince años antes, el capitán general de las Filipinas, Fernando de Silva, enviase una expedición para conquistar isla Hermosa al mando de Antonio Carreño Valdés con dos galeones y doce sampanes chinos.

—En el sur llevaban dos años los holandeses, usaban la isla para lanzar continuos bloqueos a Manila y sus corsarios entorpecían el comercio en la región acosando a los juncos de sangleyes y al galeón que llegaba desde Acapulco repleto de plata —le explicaba el fraile dominico—. Fueron duros los primeros años, porque a pesar de no encontrar demasiada resistencia por

parte de los indios y de los pocos comerciantes chinos y japoneses establecidos en esta zona, llegaba poco apoyo de Manila, las enfermedades diezmaron a nuestros soldados y religiosos y costó encontrar agua dulce sin restos de sulfuro. Con Carreño llegaron cinco misioneros dominicos, y desde entonces nuestra orden se ha encargado de la evangelización en isla Hermosa.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?

—Va para seis años, hija.

Ya en el huerto, Mariana no perdió tiempo en preguntarle qué mensaje tenía para ella.

—Maradiaga me ha explicado el vínculo que os une.

—Me alegro, al menos ante usted puedo actuar con naturalidad respecto a él. ¿Por qué no quiere que nadie sepa de nuestro parentesco?

—Ha sufrido mucho la situación en la que se encontraba su esposa Inés. Veréis, el gobernador la ha usado para obtener información. Como sabréis por la última incursión de los herejes luteranos, nos encontramos en verdaderos apuros. Portillo está desesperado, Sebastián Hurtado de Corcuera, el gobernador de las Filipinas, no atiende a sus requerimientos respecto a reforzar la colonia, no envía materiales de construcción, ni artillería ni soldados. Vuestro padre tiene buena relación con los sangleyes, con los que lleva negociando años, y ellos parecen manejar información clave sobre los holandeses, información vital para contener sus ataques. En esta ocasión, gracias a la ayuda proporcionada por los hermanos de Inés, que viven en un poblado en Tanshui y avisaron de la llegada de las naves enemigas, y de los datos que Gonçalo obtuvo de los sangleyes, se pudo preparar la defensa de la plaza con tan pocos medios.

—Portillo tuvo retenida a Inés para asegurarse de que tanto sus hermanos como Gonçalo colaborasen con él. ¿Por qué habría de dudar de que lo harían de todas formas? Son súbditos de la Corona española —preguntó Mariana.

—No olvidéis, joven, que vuestro padre es un reo cumpliendo condena por un delito que no cometió.

—Sí, lo sé.

—¿Sabéis también que el anterior gobernador, Cristóbal Márquez, le prometió el indulto y que Portillo se niega a enviar la petición a Manila?

—No, eso no lo sabía.

—Portillo tiene razones para desconfiar de vuestro padre, además es portugués y los portugueses se han rebelado contra su legítimo rey. Gonçalo teme que si el gobernador se entera de vuestros lazos de sangre se

aprovechará de ellos para obtener su obligada colaboración. Quiere protegeros, por eso me ha pedido que os diga que quiere que volváis a Manila.

Mariana le miró con los ojos encendidos y la boca ligeramente abierta mostrando una mueca de asombro. Apretó la mandíbula antes de hablar alto y claro:

—He recorrido literalmente el mundo conocido para encontrar a mi padre y nada ni nadie me va a separar de él, voy a quedarme aquí mientras él permanezca en isla Hermosa. Necesito saber quién es, cómo es, pues solo así podré entender quién soy yo. No, padre Quirós, no pienso volver a Manila. Acepto mantener nuestros vínculos familiares ocultos, pero decidle, por favor, que quiero verle hoy mismo, en cuanto pueda librarse de la vigilancia de Portillo. Yo misma quiero comunicarle mi decisión.

Fray Teodoro asintió y le dedicó una sonrisa.

—Sois una joven muy valiente y decidida.

—Ahora me gustaría que me explicase bien la labor que desempeñan en la misión, pues quiero ver en qué puedo ayudar.

—Os lo agradezco, hija.

A última hora de la tarde Lucas volvió al convento en busca de Mariana. El padre Quirós había llevado el mensaje a Maradiaga. La condujo a la cocina del convento, lugar situado en los bajos del edificio, donde era improbable que alguien los escuchase a esas horas. El espacio aún estaba caldeado por los rescoldos vivos del gran horno de piedra donde por la mañana había visto al fraile joven hornear panes. Mientras tanto, en el interior del fuerte San Salvador los soldados celebraban la espantada de los holandeses, hasta Portillo se había contagiado de su alegría y alternaba con ellos, se pasaban la bota de vino, jugaban a las cartas, contaban chistes picantes. A ellos se habían unido los destacamentos de la Retirada y la Mira. Estos últimos contaban con pelos y señales en un corrillo la aparición de la joven en el fuerte.

—¡Una hembra de las que no habéis visto en vuestra vida! —comentó uno.

—No sabéis cómo está la sevillana, porque estoy casado, que si no... —aseguraba otro.

Los solteros se miraban unos a otros entusiasmados y apostaban todo lo que poseían sobre quién sería capaz de conquistar a la española. Gonçalo se había podido escabullir del fuerte, visto lo entretenidos que estaban, se dirigió

al lugar de encuentro. Mariana lo esperaba de espaldas, contemplando los rescoldos de la lumbre que Lucas había avivado instantes antes. Al ver llegar a su maestro, el sangley salió discretamente de las cocinas para dejarles a solas. Por fin, ambos pudieron dar rienda suelta a los sentimientos que debían ocultar ante los demás. Gonçalo abrazó con fuerza el cuerpo menudo de su hija, transmitiéndole toda la alegría que conocerla le había producido. Después, se sentaron y hablaron sin parar, todo lo querían saber el uno del otro. Mariana le contó con lujo de detalles su viaje a Lisboa, la explicación de doña Aurora sobre su origen, el encuentro con Isabel, sus impresiones, sus sentimientos, no se guardó nada. Aunque la estancia estaba en penumbra, Mariana vio cómo resbalaban las lágrimas por el rostro sin afeitar de su padre al conocer los últimos instantes de la mujer que tanto había amado y a la que había fallado; tenía aún una deuda con ella. Su hija también le habló de su vida en Sevilla, de su infancia en la hacienda Peñaflor, de sus padres adoptivos. Le contó cuanto sabía de él por el diario de Isabel y las cartas, le preguntó si se acordaba de ellas, de los detalles que le contaba a su madre de la vida que vivía lejos de ella y de su última carta.

—¿Qué pasó, padre? Volvíaís a buscarla, algo providencial había pasado que iba a hacer posible vuestra vida juntos. ¿Qué fue lo que pasó?

Él la miró intensamente:

—Te voy a contar algo que no he contado a nadie, ni siquiera se lo confíe a Isabel.

Ocurrido en las costas de Cuba, 8 de septiembre del año de Nuestro Señor de 1628

—Los años pasaban y yo seguía sin conseguir hacerme con una fortuna que me permitiera volver a Lisboa a buscar a Isabel. El prior del convento de San Francisco, fray Pedro, me animaba a perseverar y a no desfallecer. «Solo el trabajo duro y honrado nos convierte en hombres de bien», solía decirme. Pero mi salario en los astilleros de La Habana no daba como para labrarme el futuro junto a la hija de un hidalgo y menos cuando el candidato preferido por su padre era un conde. Fray Pedro me ayudaba recomendándome como maestro carpintero con amigos y conocidos e incluso me empleó varias veces en el mismo convento para hacer algunas labores de ebanistería para la iglesia. En esa ocasión, por su mediación me contrató un hacendado español de un ingenio situado a unas treinta leguas de San Cristóbal de La Habana. Fray Pedro me prestó un caballo y con él emprendí viaje.

»Siguiendo las recomendaciones del fraile, seguía la fina línea de la costa para no extraviarme. No estaba acostumbrado a montar a caballo y al segundo día de cabalgar casi sin descanso, pues quería llegar cuanto antes, me dolían todos los huesos, la espalda y las piernas. Desmonté y caminé delante del caballo con las riendas en la mano. El camino de tierra por el que llevaba cabalgando largas horas se acabó ante mis ojos. Me pareció que la costa se había acercado a nosotros, tal vez había tomado una bifurcación que no debía, pensé, por lo que me adentré un poco más en el espesor del bosque tropical en dirección contraria a la costa y en busca de un camino de tierra que me llevara a la hacienda azucarera de don Dionisio Belmonte. Llevaba una pequeña brújula para orientarme. De pronto, el caballo relinchó y empezó a mover las patas delanteras elevándolas como si la tierra quemara. Yo no había tenido caballo en mi vida, por lo que no sabía qué demonios le estaba pasando. Empecé a forcejear con él, no quería avanzar, intenté montar, pero giraba en círculos impidiéndome subirme a su grupa. Empecé a tirar con fuerza de las riendas mientras él tiraba en dirección contraria. La detonación me tiró hacia

atrás del susto, solté las riendas y el caballo huyó en desbandada. Tras el primer estallido, escuché una descarga de artillería, cañonazos. No podía creerlo, ¿qué estaba pasando? El ruido venía de la costa, ¿nos estarían atacando?, me pregunté mientras corría en dirección a la playa. Cuando la vegetación me permitió ver la costa, descubrí una bahía de color azul intenso repleta de naves. Alcancé a ver estandartes con la cruz roja de Borgoña ondeando con desesperación, y detrás, a poca distancia, lo que adiviné eran los barcos enemigos que llenaban el espacio de ecos tormentosos con sus cañones y sus mosquetes y que tenían a los españoles completamente cercados. Escapaban en bajeles, incluso algunos, los que sabían nadar, se lanzaban al agua. ¿Por qué los nuestros no disparaban?, me preguntaba. Los piratas se preparaban para el abordaje, bajaban sus esquifes al agua y descendían ansiosos de hacerse con las presas. Ví pendones de humo elevarse al cielo de un azul transparente como el cristal: los españoles intentaban prender las naves, y de una de ellas, la situada más a estribor, salían tímidos cañonazos en dirección a los asaltantes. Marineros, mujeres, niños y soldados abandonaban las barcas al llegar a la costa y echaban a correr en cualquier dirección, sin orden ni concierto, pues temían ser perseguidos por los piratas. No me acerqué, no escapé yo también, me quedé clavado donde estaba, agazapado.

»Un bajel rezagado llegó a la playa. Por el uniforme parecían oficiales, cargaban bultos, algunos sostenían pequeños cofres bajo los brazos, y entre dos arrastraban un baúl de grandes dimensiones, que parecía pesado por el esfuerzo que hacían. Distinguí por sus insignias que debían de ser los de mayor rango, pero me extrañó que cargasen además cada uno un remo del bajel. El grupo se adentró en el espesor vegetal y se dispersó rápidamente, huyendo cada uno en distintas direcciones, como lo hicieran los anteriores, pero estos en su huida se habían llevado algo con ellos. Otro esquife llegó a la playa con varios hombres, uno de ellos vestía el hábito de Santiago y daba gritos desesperados: «¡Volved, cobardes!». Sus palabras traídas por el viento rebotaban en mis oídos, cayó en la arena de rodillas y miró a lo alto en busca de consuelo. Los piratas habían tomado ya las naves españolas y sus alaridos de victoria retumbarían durante años en todo el imperio. Los hombres que acompañaban al caballero le ayudaron a alzarse y se adentraron también en la jungla, dejando tras de sí dieciséis naves rendidas al enemigo.

»Yo seguí el rastro dejado por el enorme cofre, que imaginé que estaría lleno de riquezas. Si no era así, ¿por qué se habían tomado el trabajo de

descargarlo? Pronto les alcancé y con sumo sigilo les seguí durante varias horas. Cuando por fin decidieron que se habían alejado lo suficiente de la costa, de los piratas y de los suyos, se pusieron a cavar durante horas. Cuando alcanzaron la profundidad adecuada bajaron el baúl al agujero abierto en la tierra húmeda, lo cubrieron de nuevo con tierra suelta y disimularon el lugar con ramas. Uno de ellos hizo unas anotaciones en un cuaderno que llevaba y se marcharon de allí a la carrera, echando la vista atrás en un par de ocasiones para asegurarse de que no había nadie merodeando por el lugar. Esperé una eternidad hasta estar seguro de que no regresaban, y entonces desenterré el cofre valiéndome de los remos que ellos habían usado para escarbar la tierra. En un esfuerzo inútil intenté abrirlo, pero un fuerte cerrojo con dos bocallaves me lo impidió. Era imposible moverlo yo solo, así que la única forma que se me ocurrió de trasladarlo fue abrir un pasadizo en la tierra al mismo nivel y empujarlo lo más lejos posible de aquel lugar, por si acaso esos hombres volvían a buscarlo pronto. Me llevó casi todo el día. Caían las primeras sombras de la noche cuando rellené el surco conductor de setentas varas de longitud al final del cual yacía mi única posibilidad de volver junto a Isabel. Recé de rodillas sobre el pequeño bulto que ocultaba el tesoro que en breve esperaba volver a desenterrar y di gracias a Dios por la fortuna casual que había hecho caer en mis manos. Vagué días enteros sin saber hacia dónde iba, desorientado, perdido en el verdor infinito. Mi intención era aún llegar al ingenio de don Dionisio. Al fin, divisé los campos de caña de azúcar y a los esclavos negros cantando mientras con los machetes cortaban las cañas y las echaban a un lado sin detenerse un segundo. Me acerqué y pregunté por la casa principal. Me señalaron la dirección que debía tomar, y caminando campo a través por una de las hileras perfectamente delineadas entre las plantas de azúcar, avancé hasta la mansión que relucía blanca en medio del amarillo y verde de la plantación.

»—¡Muchacho, por fin llegas! Temí que te hubiera pasado algo, hace días que te esperaba —me saludó don Dionisio, que había sido avisado por uno de los sirvientes.

»—Se espantó el caballo y tuve que seguir a pie. Perdone la tardanza.

»—¡Llegué a pensar que te habrían asaltado los piratas! ¡Qué desgracia, Dios mío!

»—¿Qué piratas? —pregunté aturdido. ¿Habrían escuchado los cañones desde allí?, me pregunté.

»—Los que han asaltado la flota de Indias del general Benavides en la bahía de Matanzas, mi carruaje partió esta mañana en dirección a La Habana con tan ilustre noble como pasajero principal, le acompañaban su almirante y un oficial. El hombre estaba desconsolado. Ha partido para dar cuentas al gobernador del suceso e intentar taponar la salida de la bahía de los holandeses.

»—¡Holandeses!

»—Sí, muchacho, sí, herejes luteranos, corsarios. El general calculó unas cuarenta urcas con más de cinco mil hombres a bordo y pertrechados con artillería pesada.

»—¿Y ninguna nave escapó?

»—No lo sé, esperemos que alguna haya podido refugiarse en buen puerto. ¡Cuando el Rey se entere, con lo necesitado que está de caudales para hacer la guerra a estos mismos que ahora le roban sus dineros! ¡Maldita sea su estampa!

»Pasé unas semanas allí, y cuando el trabajo estuvo acabado a satisfacción del hacendado volví a La Habana y lo primero que hice fue escribir a Isabel prometiéndole que pronto estaría junto a ella. Y por fin, por fin, podría estrecharla entre mis brazos, como llevaba soñando ocho largos, larguísimos años. Pero no pudo ser.

Calló perdiendo la juventud que los recuerdos habían dotado por un breve lapso de tiempo al rostro maduro de Gonçalo Maradiaga. Mariana, que había permanecido en silencio a lo largo del relato, evocó los ojos tristes llenos de deshonra del ajusticiado en la plaza de San Francisco ante la muchedumbre congregada. Era don Juan Benavides de Bazán y ahora entendía por qué esos ojos se le habían clavado en el alma.

Esperó aún un instante a que los ojos de su padre reconocieran su presencia, a que volviera al presente seco y caluroso de las cocinas del convento de Todos los Santos de isla Hermosa. Aguantó las ganas de preguntar y su paciencia fue recompensada, pues Gonçalo siguió evocando el pasado y su voz resonó de nuevo en la quietud de la noche.

—Le entregué la carta a fray Pedro para que la enviara con las misivas que mandaba a su hermano, el padre Silvano, y me fui a celebrar mi buena estrella a la taberna que solía frecuentar con mis compañeros de los astilleros. Cuando volví a la fonda donde me alojaba flotando en una nube de vino, con la sangre caliente y la mente enardecida, soñando despierto con los ojos de sirena de Isabel, un fuerte golpe en la cabeza me sumió en tinieblas en cuestión

de segundos. Cuando abrí los ojos, horas después, me espantó la visión de la cicatriz que convertía la sonrisa del tipo que tenía delante en una mueca siniestra. Reconocí su mirada heladora cargada de odio y deseos de venganza, también de satisfacción. Su pelo, otrora negro y crespo, estaba cubierto de hebras blancas, vestía con ropas caras. A su lado, varios tipejos de la peor calaña se apretaban los puños y me lanzaban miradas amenazadoras.

—¡Gaspar de Azevedo, el conde de Portanera! —exclamó Mariana sin poder evitarlo.

—Sabía que terminaría encontrándote, sería tan fácil matarte —dijo pasándome el filo de su daga por la mejilla—, pero no, le estaría haciendo un favor a tu miserable existencia. Te voy a hacer sufrir tanto que desearás no haberte cruzado en mi camino.

»Me torturaron durante días, y cuando se cansaron de mí, me entregaron al alguacil. Acusado de haber robado en casa del conde y haber sido detenido por la guardia cuando intentaba huir, Azevedo consiguió que me condenaran a galeras. Me embarcaron a las Filipinas y pasé un año remando hasta que una tormenta me apartó de los remos. Me ofrecí a reparar los desperfectos causados en la embarcación y eso me valió un traslado a los astilleros de Cavite. El resto ya debes saberlo.

—Sí, eso sí lo sé, pero lo que no sé es por qué os casasteis con una india cuando le prometisteis fidelidad a mi madre.

La voz de Mariana sonó potente y no pudo controlar el tono de reproche de sus palabras.

—Era un reo, un apestado, cómo podía aún pensar que era digno de ella. No, renuncié a Isabel el día de mi condena, me arrancaron la esperanza a latigazos en la galera. Hubo una época en la isla en que había poco trabajo y empecé a relacionarme con los nativos ayudando al padre Quirós con ellos. Para ganarme su confianza les ayudaba a talar árboles, a reconstruir sus cabañas con mayor solidez después de una tormenta o algún tifón destructivo. Después de varios años, y en señal de amistad, me ofrecieron a Inés como esposa. No pude rechazarla para no ofenderles, y además me sentía muy solo. Puede que no me creas, pero ella ha sido la única mujer con la que he yacido desde que estuve con tu madre. Cuando nació mi hijo, algo nuevo se despertó aquí adentro —dijo golpeándose el pecho.

—¿Tenéis un hijo?

—Sí, tu hermano tiene dos años, es un muchachito muy despierto.

—¿Dónde está? Quiero conocerle.

—Está en uno de los poblados taparri, en la zona de Tanshui, allí emigraron después de que un huracán destruyera su poblado.

—Entonces, tenemos que ir a por él.

—Mariana, sigo siendo un reo, yo no puedo moverme de aquí, no mientras Portillo sea gobernador —dijo conteniendo en esas palabras mucho más de lo que quería expresar—, y por eso quiero que vuelvas a Manila. Allí estarás a salvo. No quiero que te use para chantajearme. Además, los holandeses volverán más fuertes, nos destruirán, y puede que muramos todos.

—Padre, no pienso irme, me quedaré con vos hasta el final.

Permanecieron en silencio durante algunos segundos, se miraban con intensidad a los ojos, Gonçalo podía leer la misma determinación que conoció una vez en las lagunas brillantes de Isabel. «No se irá —pensó—, tengo que hablar con Roujie, solo hay una forma de salir de aquí».

—¿Creéis que todavía estará allí? —preguntó Mariana interrumpiendo sus pensamientos.

—¿El qué?

—El tesoro.

—Puede ser.

—Pertenece a la Corona española.

—Pertenece a quien lo encuentre. El corsario holandés se llevó el mérito de hacerse con toda la riqueza de la flota de Indias, el general Benavides fue ajusticiado por ello, su almirante se pudre en un penal, a los oficiales los capturaron y los enviaron encadenados a España y recibieron penas en conformidad a sus culpas. No existe para nadie, salvo para mí y para los que lo robaron de la capitana, y ahora también para ti.

—¿Os habéis planteado alguna vez volver a buscarlo?

—¿De qué serviría? No tengo los medios, se necesita una buena nave, tripulación, abastos y artillería para defendernos de los filibusteros.

Permanecieron callados ampliando la lista de necesidades en sus cabezas. Sí, era imposible, pero Roujie le había prometido proveerle de todo si le ayudaba con la expulsión de los españoles. ¿Qué pensaría su hija si supiese que traicionaba a su patria, que conjuraba con los socios paganos de los herejes luteranos? No, ya no tenía sentido.

—Además, era para Isabel, y ella ya no está —dijo intentando contener la pena.

La pena también embargaba a Mariana, podía ver a Hans subido en las jarcias de su nave con su cabello dorado al viento recibiendo en el rostro

tostado por el sol las gotas marinas que salpicaban las olas, respirando a pleno pulmón, dueño de los mares. Nada menos que ir en busca de un tesoro, el sueño dorado de un corsario como Hans Van der Meer. «¡Cómo te hubiera gustado, amor mío, una aventura así!».

Con la llegada del amanecer, padre e hija se dieron un prolongado abrazo y se despidieron, dirigiéndose Gonçalo de regreso al fuerte San Salvador y Mariana a su pequeño cuarto.

Mariana se adaptó a su nueva vida con la naturalidad de quien no tiene pasado ni futuro, dispuesta a vivir lo único que le quedaba: el presente. Cansaba su cuerpo con mil tareas al día para que al llegar la noche el cansancio la venciera antes de que su mente se llenara de recuerdos dolorosos: había perdido a su esposo, a su mejor amigo y su vida perfectamente planificada y en armonía con su condición de cristiana vieja e hidalga. Ahora, los contornos de lo que un día fue estaban desdibujados por la lejanía de ese otro tiempo. Su anterior vida le parecía un sueño borroso que era incapaz de recordar con exactitud. Pensaba a menudo con afecto en sus padres adoptivos, doña Aurora y don Segundo, pero no encontraba la fuerza para comunicarles todo lo que le había sucedido desde que abandonó Puebla de los Ángeles. Seguía llenando la distancia entre ellos con silencio. Además, don Segundo no sabía que ella conocía sus orígenes y mucho menos que había decidido pasar el resto de sus días junto a su verdadero padre y devolverle con su afecto lo que la vida le había negado tan testarudamente. ¿Cómo poder explicarle algo así a quien la había cuidado y mimado durante veinte años?

Pasaron los días, las semanas y los meses de la estación húmeda, en la que el cielo descargaba sus lágrimas de rabia sobre la colonia, debido a lo cual la mayor parte de las actividades de la comunidad se desarrollaban en el interior del convento de Todos los Santos. Llegó la primavera, apretó el calor. Ayudaba al padre Quirós con la pequeña escuela en la que se enseñaba castellano y los fundamentos de la fe católica a los indios taparri, que poco a poco habían bajado de las montañas para reintegrarse al poblado junto a la pequeña villa de San Salvador. También ayudaba a las mujeres nativas a coser y remendar los uniformes de los soldados y colonos, y ellas a cambio le enseñaban a elaborar los adornos tallados que luego vendían a los comerciantes chinos. Mientras tanto, su padre andaba de un lado para otro con Lucas y dos aprendices filipinos intentando contentar las exigencias del

gobernador, quien según pasaban los meses se iba sumiendo cada vez más en la desesperación: Corcuera no había contestado a ninguna de sus cartas y el socorro de Manila no aparecía por el horizonte anunciando la llegada de refuerzos. Cada vez más iracundo y despótico, mantenía a la guarnición en máxima alerta y contaba los días que faltarían para el ataque holandés, que suponía de una fuerza abrumadora.

Con la llegada del verano del año siguiente por fin se escuchó el ansiado grito de los vigías:

—¡El socorro! ¡El socorro de Manila!

Los cañonazos desde la Mira saludando la llegada de la esperanza. Y como el año anterior, la realidad apagando los ecos de euforia de unos hombres agotados de mal vivir y esperar. Las aguas de la bahía de Chilung reflejando el rostro de un juez implacable: el olvido, sentenciando a muerte la vida española en isla Hermosa.

Dos de las monjas clarisas llegadas con Lucía a Batavia, sor Dolores y sor Sagrario, habían partido con sus maridos de regreso a Ámsterdam. Lucía, que había tenido frecuente trato con ellas en los meses que permanecieron en la capital holandesa de las Indias Orientales intentando hacerles menos amargo su destino mundano y alejado del recogimiento que necesitaban sus almas, les había dado todas las señas para que pudiesen encontrar la iglesia católica clandestina del padre Boelens en su antigua residencia, lo cual consiguió levantarles el decaído ánimo. Sor Verónica, la más joven de las sacrificadas mujeres y la que mejor se había adaptado a su nueva vida, incluso a Lucía le parecía que se había enamorado de su esposo impuesto, también partió de Batavia y se desplazó con él a su nuevo hogar en Batam, situado en el extremo norte de la isla de Java y cuyo puerto ganaba en importancia dentro de la extensa red comercial de la VOC en la región. Sor Amparo y sor Rosario habían contraído nupcias con dos hermanos y vivían en la misma casa, donde en ausencia de sus maridos comerciantes, que viajaban constantemente, volvían a ponerse el hábito que se habían tejido ellas mismas y se aislaban del barullo de las calles y canales de Batavia en la más estricta clausura.

Cuando Nilda tenía uno de sus días despejados de brumas, Lucía paseaba con ella hasta el puerto a observar las naves y a los navegantes, se acercaba a ellos y escuchaba sus conversaciones en busca de la mención del nombre de su hijo. Buscaba su rostro adulto entre las caras bronceadas, barbudas, lampiñas,

llenas de cicatrices de los hombres de mar. No se atrevía a preguntar abiertamente por él y más sabiendo que Roberto Guzmán de Cáceres y probablemente también Hans Van der Meer trabajaban para el hombre que la había separado de sus seres queridos. Sin embargo, los días sin brumas eran cada vez menos frecuentes y la memoria de Nilda se deterioraba a pesar de los intentos de Lucía por recordarle experiencias y vivencias compartidas. Muchas veces ni siquiera sabía quién era ella, y eso le apenaba enormemente. Su hijo sufría en silencio en cada regreso a casa, pues su madre rara vez sabía ya quién era él después de dos o tres meses de ausencia y Roberto espaciaba su retorno cada vez más para no tener que enfrentarse al olvido de su madre. Lucía debía permanecer junto a Nilda, y sus salidas eran cada vez menos frecuentes, y cuando salía, normalmente sola, debía acortar la duración del paseo, pues no se fiaba del cuidado que la servidumbre dispensaba a la enferma.

Ese día decidió dar un rápido paseo por el puerto mientras Nilda dormía. Su respiración se oía pausada, la contempló brevemente antes de salir sigilosamente de la alcoba. Bajó las escaleras con cuidado de no hacer crujir el suelo bajo sus pies, Nilda tenía muy buen oído y además estaba tan apegada a ella que podía percibir su ausencia aun estando dormida, pero confió en que esta vez hubiese caído en un profundo sueño. Otras veces en las que había tratado escaparse de la casa había tenido que volver sobre sus pasos al escuchar cómo la llamaba nada más abandonar la alcoba. Esta vez alcanzó la puerta principal sin escuchar su nombre, así que salió rápido y cerró sigilosamente tras de sí. Avanzó a grandes zancadas, calculó que podía demorarse una hora. Diez minutos después llegaba con la lengua fuera a la explanada de los pescadores y al cabo de unos instantes paseaba frente a las grandes naves atracadas, deteniéndose cerca de los marineros para captar sus conversaciones.

—Lleven los baúles a mi casa.

—Ahora mismo, señor Audenarden.

«Audenarden, Audenarden, ¿de qué le sonaba ese nombre? Audenarden, ¿no era ese el apellido del amigo de don Brás cuyo tío había respondido a la carta de Amadea?». El caballero caminaba deprisa, con ganas de volver al hogar. Lucía empezó a seguirle sin percatarse de la dirección, casi debía correr para darle alcance.

—¡Señor Audenarden!

Al escuchar su nombre, Vincent se paró y giró el rostro buscando entre los transeúntes una cara conocida. En vez de eso, ante él tenía a una mujer madura, con los ojos de un azul imposible, mirándole fijamente.

—Señor Audenarden —repitió Lucía.

—Sí, soy yo, ¿nos conocemos?

—No directamente, pero tenemos una amistad en común, doña Amadea de Texeira.

—¿Es amiga de Amadea? Encantado, señora —dijo quitándose el sombrero y haciendo una inclinación de cabeza.

—Ella me dijo que deseaba pedirle a su merced que viajase a Batavia para interceder por su esposo e indagar sobre un familiar suyo. Me alegro de que haya podido acceder a su petición.

—De hecho, doña Amadea viajó conmigo y con mi esposa hasta aquí.

—¿Amadea está en Batavia?

—Ya no, su esposo fue liberado, volvieron a Macao hace unas semanas junto a su pequeño Mateo.

—¡Dio a luz a un niño! ¡Cuánto me alegro! No puedo creerme que hayamos estado tan cerca la una de la otra sin saberlo. Y dígame, ¿pudo encontrar a la persona que buscaba?

—¿Al capitán Van der Meer? Sí, fue una de esas maravillosas casualidades de la vida, me crucé con él cuando salía del despacho del gobernador, justamente de interceder por don Brás. Se reencontraron en mi casa, Amadea estaba radiante de felicidad, y para el caballero, al que yo conocí brevemente en Ámsterdam hace tiempo, fue una grata sorpresa también.

—¡Qué pena no haberle conocido! Amadea hablaba mucho de él, de sus hazañas, debe de ser un gran capitán.

Vincent se acercó un poco más a ella y bajó la voz:

—Yo creo que es el mejor de las Provincias Unidas, pero es algo que no se puede decir en voz alta para no despertar envidias.

—Y él... ¿sigue en Batavia? —preguntó Lucía con el corazón latiéndole en la garganta.

—No he vuelto a verle.

—Me gustaría conocerle. ¿Cree que podría avisarme si lo volviese a ver? Vivo en... —miro en derredor para orientarse y se dio cuenta de que estaban en su misma calle— en la casa de ladrillo rojo de dos plantas, junto al jardincito balinés.

—Por supuesto, la tendré al tanto. Ahora que lo pienso, verá, mi esposa se siente un poco sola desde que partió Amadea, y estará feliz de saber que al menos una de sus amistades está en Batavia. ¿Le importaría acompañarme? Me gustaría presentársela.

—Claro, será un placer.

Vincent Audenarden ofreció el brazo a Lucía y ambos se encaminaron en busca de María Jimena. Lucía intentaba controlar el temblor que invadía todo su cuerpo. Su hijo, tan cerca, tan lejos.

Portillo se había encerrado en su despacho, hundido en un mutismo oscuro, denso. Miraba por la ventana incapaz de sobreponerse a la estocada de muerte que había recibido de Corcuera. Sus soldados vagaban como almas en pena por el patio de armas, y algunos estaban sentados en el suelo con la mirada perdida, tan perdida como la suya. Tenía que reponerse, reaccionar, los holandeses no tardarían en llegar, puede que hasta uno de sus espías indios les llevara el aviso del estado defensivo deplorable en el que encontraban sin haber recibido del socorro nada más que cavares de arroz, mantas y la mitad de munición que el año anterior.

Su secretario había dejado el inventario sobre la mesa. También le había comunicado que Juan de Saraos volvía a Manila con sus hombres y que Corcuera había autorizado en su lugar al capitán Valentín de Aréchaga y a los dieciocho artilleros que con él viajaban a permanecer en San Salvador a disposición del gobernador.

Maradiaga, libre del férreo control al que le sometía Portillo, cenaba esa noche en el convento de Todos los Santos junto a Mariana, Lucas y el padre Quirós. El carpintero les estaba hablando de la enorme desilusión que habían sufrido los soldados con la llegada del socorro, pues algunos se habían derrumbado llorando como niños sumidos en la desesperación, ya que al no llegar reemplazos, a los que les habían prometido volver a Manila debían permanecer en San Salvador indefinidamente. Los hermanos dominicos solían cenar más temprano, por lo que a esas horas solo estaban ellos en el refectorio. Uno de los criados entraba y salía trayendo viandas. La puerta volvió a abrirse y un extraño apareció en el umbral.

—¿Me permiten? —preguntó.

El padre Quirós se levantó y fue hasta él.

—Buenas noches, usted debe de ser nuevo, ¿ha llegado con el socorro?

—Sí, padre, he llegado con el socorro, me llamo Emérito Almeida y busco a Gonçalo Maradiaga.

—¿A mí? —preguntó el aludido.

—¿Es usted Gonçalo Maradiaga?

—Sí, ese soy.

—¡Qué alegría, hombre!

—Dígame que su hija Mariana está aquí con usted.

La joven miró incrédula a su progenitor. ¿Quién podía buscar a su padre y a ella al mismo tiempo? ¿Y cómo sabía ese hombre que ambos se encontraban en isla Hermosa?

—Es ella —dijo Gonçalo señalándola.

El padre Quirós, al levantarse para hablar con el recién llegado, había tapado la visión de la mujer sentada a la mesa con su figura. Se apartó para que Emérito Almeida pudiera verla. El hombre esbozó una sonrisa satisfecha.

—Mariana López de Peñaflor, sois difícil de hallar, os he buscado por el ancho mundo.

—¿A mí?

—Sí, hija, permitid que me siente un momento, creo que me voy a desmayar de la dicha —dijo Emérito Almeida apoyándose en el respaldo de una silla.

—Siéntese, por favor —le ofreció el padre Quirós—. Tome, beba un poco de vino, le sentará bien —dijo llenando un vaso.

El hombrecillo lo cogió temblando y lo vació de un trago.

—Ya me encuentro mucho mejor —dijo mientras todos esperaban curiosos las explicaciones del señor.

—¿Y bien? —preguntó el padre Quirós.

—Sí, sí, a ello voy. Soy el albacea de vuestro abuelo.

—¿Mi abuelo don Feliciano?

—No, don Manuel.

—¿Quién?

Gonçalo Maradiaga sabía perfectamente quién era don Manuel, su rostro empezaba a encenderse como las ascuas de la lumbre con el soplado del viento.

—Don Manuel, que en paz descansa, era el padre de Isabel —explicó el letrado.

Mariana abrió la boca para decir algo, pero las palabras se le atascaron en la garganta. Emérito Almeida continuó con la explicación:

—Con las últimas fuerzas que le quedaban, don Manuel intentó desandar el camino de rencor que le había llevado a renegar de su hija. Quiso compensar en vos el sufrimiento que le causó a ella, por eso os reconoció como su legítima nieta y heredera universal de sus bienes. Aquí está el acta de reconocimiento que yo mismo redacté y el inventario de sus posesiones en Portugal y en ultramar.

Gonçalo se levantó como un resorte y apretando los puños salió precipitadamente del refectorio.

—Entiendo el sentir de vuestro padre, pues don Manuel fue muy estricto con su hija, pero seguro que ahora que os tiene a vos podrá comprender que un padre solo quiere lo mejor para su hija. Yo no soy nadie para juzgar la situación, pero uno entiende mejor los actos de los demás cuando se ve en la misma tesitura. La honra es un bien precioso y va íntimamente ligado al honor de su familia, y por desgracia, se pierde una sola vez.

—Pero ¿qué hay del amor, de la pasión?

—Las lágrimas derramadas por historias de pasión y deshonra llenan el océano. ¿Qué sería de un mundo sin honor, de un mundo donde las hijas desobedecen a sus padres, de un mundo sin valores, sin respeto, un mundo movido solo por las pasiones? Piénselo.

Lo miró fijamente, meditando sus palabras.

—La honra de una mujer debe consistir en algo más que en su entrega física a un hombre, ¿no cree? —replicó Mariana.

—Lo que yo crea no tiene importancia, las leyes del honor están escritas en piedra, ni su merced ni yo podremos cambiarlas. En fin, yo soy solo el comunicador de la última voluntad de don Manuel. Aquí —dijo abriendo un cartapacio— la declara su heredera, este es el inventario de sus bienes y esta es una carta en la que intenta redimirse con vos. Vuestro abuelo deseaba que disfrutaseis lo que Isabel no pudo, estaba muy arrepentido, dejó este mundo con mucho dolor y solo Dios sabe si no seguirá penando. Hágame caso, acéptelo, tome posesión de sus bienes y borre con perdón la amargura de tantos años. Ah, casi me olvidaba, aquí tiene también cartas que su familia envió a Puebla de los Ángeles, don Francisco me las entregó para que se las hiciese llegar —añadió sacando una encuadernación de piel y un atado de cartas atadas con un lazo verde añadió—. Y esto que se olvidó allí.

Colocó todo ante Mariana. Después, con el agotamiento tallado en el rostro, se levantó y se dirigió a fray Teodoro:

—Padre, ¿sería posible hospedarme hasta que pueda volver a Manila?

—Por supuesto, señor Almeida, debe de estar agotado, venga conmigo, que le acompañaré a uno de los cuartos libres.

—Buenas noches, señorita Mariana —se despidió el caballero portugués.

—Buenas noches don Emérito... y gracias.

Él esbozó una sonrisa y salió dejando a Mariana a solas con el peso de su herencia.

Las tres naves de Hans Van der Meer habían recorrido miles de leguas en el último año. Habían navegado incansablemente las aguas de las Indias Orientales, comprando y vendiendo en nombre de la VOC y de sus socios comerciales. Habían librado innumerables escaramuzas con portugueses e ingleses interceptando sus naves cerca de los principales puertos de las islas de las Especias. En sus viajes a Batam habían adquirido pimienta y ágatas; en Japara compraron madera; en Bengala, Banda y Surat habían intercambiado telas por nuez moscada, macis, limón en conserva y pájaros del paraíso; en Solor y Timor intercambiaron ropas y distintos utensilios por sándalo, miel, cera, caparazones de tortuga y madreperlas; en las islas Molucas se apropiaron de un cargamento portugués de clavo y aceite de palma; en Makassar asaltaron un barco inglés lleno de oro y esclavos que liberaron en la costa; en Ternate adquirieron tabaco y orozuz; en Perak y Kedah, estaño, y en la isla de Butung, caballos, cera y miel. Cuando las bodegas estuvieron repletas de mercancías volvieron a Ámsterdam, donde les recibieron con todos los honores y donde la subasta de los bienes alcanzó un precio extraordinario llenando sus bolsillos de riqueza y fama. Su nana María le entregó emocionada la carta de su madre, donde decía que estaba en el convento de Santa Clara de Macao. No hablaba de la razón de su desaparición, pero le pedía que se la entregara personalmente a Hans y que no le dijera a nadie dónde se encontraba. Sin embargo, en todos sus viajes por las Indias Orientales Hans no había encontrado ni rastro de su madre.

Nadie podía imaginar lo que le costaba contener los aullidos de su dolorido corazón, la demente necesidad de su esposa, el imposible vacío, la desazón sin fin. Por eso navegaba sin descanso, para mantener a raya los recuerdos. Si al menos hubiera podido encontrar a su madre. Con ella creía poder descargar su amargura y tal vez hallar un poco de consuelo entre sus brazos, como cuando era niño. Esa noche, como cada noche, observaba las ondulaciones marinas en soledad. «Si supieran que oigo su voz llamándome desde el fondo del océano —ven a buscarme—, las aguas oscuras me tientan

—ven a buscarla—». Se aferró con fuerza al maderamen de su reina, con los nudillos blancos de la tensión. «Ven a buscarme. Ven a buscarla», volvió a escuchar. Se apretó los oídos con las manos con desesperación, «ven a buscarme, ven a buscarla», rebotaba la invitación en su cabeza. «Si pudiera desprenderme de la cordura que me recuerda que él siempre gana y zambullirme nadando hacia la inconsciencia, hacia el estallido de mi respiración. Sería tan fácil dejarse despedazar por sus caricias, así dejaría de sentir este maldito dolor».

Por las noches la tripulación de la Reina Ester temblaba en sus catres escuchando los desgarradores bramidos que el corsario le dedicaba a su enemigo mortal. Por la mañana, aunque ojeroso y con la mirada vidriosa, volvían a encontrarse con el capitán que conocían: decidido, implacable y todo poderoso.

Hacia dos meses que habían regresado a Batavia y Van Niemen se había mostrado entusiasta de tenerles de vuelta. Las velas de la Reina Ester, del Sin Fin y del Fénix Negro navegaban ya hacia su siguiente misión: adquirir pieles y ornamentos de ciervos en la bahía de Taoyuan y llevarlas a Japón e intercambiarlas por productos locales en el puerto de Deshima, en la bahía de Nagasaki, donde los holandeses podían comerciar a pesar del *sakoku-jidai*, la reclusión a la que estaba sometido el territorio y que lo aislaba del mundo y de las potencias extranjeras.

Era la primera vez que Hans recalaba en el puerto de Orange y le sorprendió la belleza de la isla. Tomé y Rui habían estado un año antes, cuando se vieron obligados a unirse a la flota de Roberto Guzmán de Cáceres. La noche anterior el cielo había descargado una de sus tremendas tormentas y el ambiente se sentía fresco y limpio, las aguas claras, el cielo de un azul transparente, la vegetación de reluciente verde, gotas de lluvia como diminutos diamantes brillaban con los rayos del sol sobre la superficie de las hojas. Numerosos juncos chinos salían a pescar más allá de la bahía de Taoyuan, el océano estaba sumido en una calma espléndida, una suave brisa empujaba las alas de murciélago de los sampanes sangleyes.

Se aproximaron al puerto con el estandarte de la VOC izado en los mayores, un cañonazo desde el fuerte Zelandia saludó su entrada en aguas holandesas. Una hora después, Hans Van der Meer se presentaba ante el gobernador, Paulus Tradenius, para informarle de sus instrucciones en la isla.

—Pensé que erais el refuerzo que llevo semanas esperando —se quejó el gobernador.

—Siento desilusionaros, gobernador.

—Estoy dispuesto a asumir las consecuencias de que retrase el comercio con Cipango si accede a prestarme auxilio en un asunto de suma importancia.

—Por supuesto, gobernador, ¿en qué puedo ayudaros? —se ofreció Hans.

—Hemos recibido información de nuestros espías en el norte: la colonia española está desguarnecida, no han recibido refuerzos, debemos atacar ahora. Además, el cielo parece querer darnos una tregua a tanta lluvia.

—Bien, llame a su comandante, debemos preparar bien el ataque. ¿Podemos esperar una rápida rendición si nuestras fuerzas son muy superiores a las suyas? —preguntó el corsario.

—No lo creo, capitán Van der Meer, esta es la respuesta que recibí del gobernador español a mi petición de entrega del fuerte hace once meses, cuando lancé el primer ataque —dijo Tradenius tomando de su mesa un documento y entregándoselo.

Hans leyó:

Al gobernador de Taiuan, señor:

He recibido a su tiempo vuestra carta del 26 de agosto y, respondiendo, debo informaros que, cual conviene a un cristiano que respeta el juramento hecho a su Rey, no puedo ni quiero entregaros la fortaleza que reclamáis; advirtiendo que yo y la guarnición estamos dispuestos a defendernos. Estoy acostumbrado a encontrar grandes armadas, y yo he sostenido numerosas batallas tanto en la armada de Flandes como en otros países. Ruego, por tanto, no os molestéis en escribir otras cartas de este tenor. ¡Que cada uno de nosotros se defienda como pueda! Somos cristianos españoles, y el Dios en que creemos es nuestro protector. Quiera el Señor conservaros.

Escrita en nuestro principal fuerte de San Salvador, el 6 de septiembre de 1641.

Gonzalo Portillo***

Ese día se reunió en fuerte Zelandia el consejo de guerra, se revisaron las notas tomadas por la expedición del año anterior y el plano que se había elaborado, se fijó el lugar del desembarco y la estrategia militar: hacerse con la fortaleza encaramada a la elevación más próxima al fuerte San Salvador y desde allí bombardear sin descanso hasta derribar los muros españoles. A propuesta de Hans se nombró al capitán Harouse, llegado de las islas Pescadores unos días antes, como comandante de las fuerzas holandesas, pues el corsario quería evitar usar a la Reina Ester como capitana. Dos días

después, el 17 de agosto, levaron ancla las tres naves del capitán Van der Meer, la capitana de Haurose, Waterhondt, un patache, un filibote y un sampán al mando de Roujie, el lugarteniente del pirata Zheng Zhilong; en total, trescientos setenta soldados, doscientos veinte marineros, cincuenta piratas sangleyes, cuarenta naturales y quince esclavos.

Dos días después Mariana estaba plantando hortalizas en el huerto, junto con dos mujeres nativas, ayudando a uno de los frailes dominicos, cuando escuchó un cañonazo. Se incorporó y miró a las mujeres que se habían echado por tierra con los brazos sobre la cabeza. El fraile permanecía como ella, erguido, esperando entender el mensaje de pólvora que emitían los cañones de la Mira. Se escuchó otro estallido y el fraile salió corriendo sujetándose el hábito en busca del padre Quirós, tras decir a las mujeres que fuesen a avisar a la comunidad y que se refugiasen de inmediato en la iglesia del convento. Mariana fue en busca de su padre, que se encontraba en la fortaleza de San Salvador. Al llegar al fuerte, por el portón elevado salía ya el capitán Valentín de Aréchaga y una veintena de hombres para defender hasta la muerte el bastión la Retirada. Con ellos marchaban los flecheros de Formosa, nativos taparri con una habilidad portentosa para manejar los arcos, y que se dirigirían a la Mira para impedir el desembarco enemigo. El patio de armas era un ir y venir de hombres. Pudo ver al gobernador Portillo dando órdenes a voz en grito cuando su padre le salió al encuentro y cogiéndola con fuerza por el brazo la arrastró hacia la salida.

—Debes volver al convento.

—No, me quedo con vos. Ahí está Lucas. ¡Lucas! —le llamó agitando la mano.

—Mariana, no seas testaruda, aquí solo vas a estorbar y es peligroso, en el convento estarás más segura.

—Venid conmigo entonces, vos y Lucas.

Maradiaga volvió el rostro hacia el gobernador.

—Ya queda poco, hija, en unos días seré libre.

—¿De qué estáis hablando, padre?

—Confía en mí —la besó en la frente y la empujó con rapidez hasta la salida de la fortaleza.

Mariana le vio alejarse veloz y reunirse con su amigo chino. Los pocos nativos que habían vuelto al poblado después del asalto del año anterior corrían a refugiarse a la iglesia, y detrás de ellos, los chinos del parían

también se dirigían al convento. Contagiada por sus prisas y su angustia, corrió tras ellos.

Sentados unos junto a otros en la nave de la iglesia, rezaban incansablemente guiados por el padre Quirós. Fueron seis días interminables. Nadie se movía de la iglesia, los frailes repartían comida, agua y mantas para pasar la noche; durante el día se seguía rezando; de vez en cuando, el padre Quirós salía en busca de información.

—Nuestros soldados han matado a muchos enemigos durante el desembarco, pero no han conseguido impedir su avance.

Los holandeses se habían hecho con la Mira en el primer día, hasta allí habían arrastrado sus cañones y lanzaban su ataque sin descanso hacia la Retirada. Día tras día los bravos españoles resistían en el fuerte San Antón a las órdenes de Valentín de Aréchaga, pero por cada diez cañonazos disparados por los españoles, los holandeses lanzaban doscientos en un fuego incesante. Tras cuatro días de bombardeo, los muros de la Retirada se vinieron abajo y los holandeses asaltaron el fuerte. El destacamento del capitán Aréchaga escapaba por el pasadizo abierto el año anterior y que comunicaba con la fortaleza de San Salvador justo a tiempo. Eran recibidos como héroes por su fiera resistencia. El gobernador Portillo ordenó entonces bombardear la Retirada, pero su medida fue respondida con contundencia por los herejes luteranos, que al estar elevados sobre San Salvador contaban con una posición privilegiada. Al día siguiente, un tambor holandés acompañaba a un mensajero con la bandera blanca alzada y una carta ofreciendo la rendición. Gonzalo Portillo miró a sus hombres, un tercio había perdido la vida y los vivos, muchos de ellos heridos, estaban desfallecidos por el esfuerzo de la guerra, pero aún empuñaban los arcabuces.

—Bandera blanca, nos rendimos.

Los soldados a su alrededor lloraron abrazados, de pena, de alivio: habían sobrevivido.

—¡Portillo se ha rendido! —exclamó el padre Quirós.

Hacía una hora que en el interior del convento de Todos los Santos los habitantes de la villa de San Salvador contenían el aliento al haber cesado el estruendo de los cañones.

—Nos pide que nos reunamos con nuestros soldados en el patio de armas de San Salvador, marcharemos todos juntos como un pueblo ante el enemigo.

Con los frailes en cabeza, los pocos españoles colonos de isla Hermosa, los chinos del parían y los taparris que durante dieciséis años habían

compartido penas y alegrías con los soldados se unieron a las menguadas fuerzas españolas en el fuerte de San Salvador. Los holandeses descendían de la Retirada hacia la fortaleza principal por las laderas de la montaña. Mariana corrió a abrazar a su padre. Minutos después, los tambores y los estandartes lideraban la marcha del destacamento español en isla Hermosa que salía del fuerte de San Salvador abandonando los muros levantados con el sudor de unos pocos para la gloria del Rey de España.

Mariana caminaba de la mano de su padre; a su lado, Lucas le dedicó una mirada enigmática, como todas las suyas, estaba sereno. Delante de ellos, los religiosos, los chinos y los nativos seguían a los soldados encabezados por el gobernador en su despliegue de orgullo humillado. Ellos iban casi al final, vio cómo el comandante del bando holandés hacía una reverencia a Portillo y con un gesto a sus hombres ordenaba retirar los estandartes de las manos de los soldados españoles. Mariana observaba la escena recorriendo los rostros desconocidos de los enemigos de España que habían formado un corredor para escoltarles hasta su capitán general. De pronto, vio descender el sol sobre la tierra derramando calor sobre su cuerpo, los cabellos dorados del hombre brillaban llenando de luz todos los poros de su piel.

—¡Juan! —gritó su garganta sedienta.

Se soltó de la mano que la anclaba a la tierra y se zambulló en el océano de sus ojos, corrió hacia él sin darse cuenta, sin entender por qué habían cesado los tambores. Sus ojos de agua se posaron en ella, la reconocieron, sonrieron incrédulos primero, y enloquecidos después, corrió hacia ella. Ninguno de los dos pensó en quiénes eran y a qué bando pertenecían, no existía nadie más en el mundo que ella para él y él para ella. Ya no había dos naciones enfrentadas, no había vencedores y vencidos, todos presenciaban cómo un hombre y una mujer sin más patria que el amor que se tenían se fundían en un intenso abrazo, se besaban, se devoraban, reían, lloraban, se abrazaban, se miraban, se contemplaban sonriendo, recorrían con dedos temblorosos los rasgos amados de quien creían perdido para siempre. Él la atrajo de nuevo hacia su pecho envolviéndola con sus brazos, le susurró al oído:

—Mi bien, mi vida, creí morir sin ti.

Ella se hundió en su abrazo y rompió a llorar, liberándose al fin del dolor y la angustia de su pérdida, aspirando su aroma a hombre, a mar, a infinito, a imposible.

Hans sintió en el hombro la mano de su amigo.

—¿Es que no vas a presentarme a tu esposa? —le dijo Tomé da Silveira. Turbado, se separó de ella.

—Mariana, este es Tomé, mi amigo, mi hermano, crecimos juntos.

Ella se secó las lágrimas y le ofreció la mano, Tomé se la besó. Se acercaron a ellos Rui y Keled. Hans les presentó también a la joven de cabellos alborotados y mejillas encendidas. El jolonés entendió por fin la locura de su capitán por esa mujer fuerte y delicada a la vez, hermosa hasta la demencia. Todos compartieron la alegría del reencuentro. Mariana no podía sentir pesar por sus compatriotas, derrotados ese día y expulsados de la tierra que consideraban suya.

A su alrededor, la vida siguió su curso. Los holandeses entraban al fuerte San Salvador, mientras los españoles eran conducidos de vuelta al convento de Todos los Santos, donde permanecerían prisioneros hasta su traslado al fuerte Zelandia.

—Juan, encontré a mi padre —le susurró.

Se giró buscándole, pero ya no estaba. Hans la tranquilizó:

—No te preocupes, ven, vamos a hablar con el capitán Harouse.

Después de escuchar las explicaciones del capitán corsario, el comandante holandés entendió por fin la escena que había dejado anonadados a los que presenciaron el reencuentro entre Hans y Mariana. Autorizó que fueran a buscar a Gonçalo Maradiaga, encerrado junto con el resto de españoles en el convento de Todos los Santos. Al gobernador Portillo se le había permitido permanecer en la casa de gobierno, esta vez como invitado de Harouse, aunque permanecía vigilado por varios soldados armados. El destacamento holandés se había repartido en los cuatro fuertes que componían la colonia española conquistada. Esa noche, los vencedores celebraron en el fuerte San Salvador su victoria.

Gonçalo y Mariana se despidieron del padre Quirós y del resto de frailes dominicos, también de los que hasta entonces habían sido vecinos de miserias. Mariana dio un abrazo a las mujeres que la habían acompañado esos meses en la isla, y luego salieron de la nave de la iglesia acompañados de Lucas y dejando a los españoles sumidos en una profunda tristeza. Afuera esperaban Hans y sus hombres, que no habían querido entrar al último reducto español en isla Hermosa.

—Padre, os presento a mi esposo, el capitán Hans Van der Meer.

Hans le tendió la mano, pero el portugués le sorprendió con un abrazo sincero. El corsario saludó entonces a Lucas:

—Así que también sobreviviste tú a la tormenta, gracias por cuidar de mi mujer —dijo dándole una palmada en la espalda.

—Espera un momento, tengo que recoger una cosa de mi cuarto.

Mariana corrió hasta la pequeña alcoba donde había dormido el último año y recogió el cartapacio con los documentos de su herencia, las cartas de su familia y el legado de Isabel. Volvió al lado de Hans, que hablaba con su padre sobre la vida en isla Hermosa.

—Vamos, hoy dormiremos en la Reina Ester, y en cuanto lleguen los refuerzos, partiremos de regreso a Batavia —dijo Hans.

—Capitán, me pareció ver un sampán entre sus naves, ¿es así? —preguntó Gonçalo.

—Sí, nos acompañan cincuenta piratas chinos al mando del lugarteniente de Zheng Zhilong.

—¿Dónde están ahora? —preguntó su suegro.

—Quedaron en ese bastión cuando se rindió San Salvador —dijo indicando a la Retirada.

—Adelantaos vosotros, hija, Lucas y yo tenemos algo pendiente que hacer —les dijo Gonçalo.

—¿Qué pasa, padre? —preguntó Mariana.

—Vamos a buscar al hermano de Lucas —le susurró.

Hans se dirigió a sus hombres:

—Acompañadles para que no tengan problemas, esta noche se celebrará en el fuerte la victoria, disfrutad —dijo dando un apretón de manos a cada uno.

El corsario irradiaba alegría y no por haber ganado un pedazo de tierra para la República. Hans tomó la mano de Mariana y echó a andar en dirección a la Reina Ester, prendido de sus ojos canela.

—Disfrutad vosotros también —escuchó que les deseaba Rui entre risas.

El entorno lluvioso de vientos huracanados, donde la humedad se metía hasta el alma, en el que había pasado los últimos meses, le parecía ahora un lugar lleno de luz, de luz azul como sus ojos, de luz dorada como la de sus cabellos. Sentía el tacto de su piel acariciando su mano agrietada de trabajar en el huerto. Caminaban con prisa bajando una pendiente verdosa alfombrada de hierba mojada por la brisa del mar, se sostenían la mirada aún sorprendidos de su propia existencia, se paraban a tocarse, a besarse, enardecidos por el

deseo, por el amor que les salía a borbotones del corazón como maná en el desierto infinito en el que habían vivido el uno sin el otro, la sed insaciable de sus bocas buscando saciarse con la saliva del ser amado, no podían esperar más, echaron a correr hacia la playa. La Reina Ester bloqueaba el paso más estrecho entre la isla de Chilung, donde estaban asentadas las fortalezas españolas, y la gran isla. Los centinelas que vigilaban el paso saludaron a su capitán mirando asombrados a la mujer que le acompañaba. En un bajel llegaron a la Reina Ester.

—Así que esta es la famosa Reina Ester. Estoy celosa —dijo Mariana al subir a bordo.

—¿Por qué, mi amor? —Hans la tenía abrazada, rodeada con sus brazos fuertes y bronceados.

—Porque ella ha estado con vos mucho más que yo.

—Déjame pensar como puedo compensarte, ya sé... —dijo tomándola de la mano y arrastrándola sin resistencia hacia su camarote.

El corsario cerró la puerta y contempló por unos instantes a la mujer de pie en medio de la estancia, la miró intensamente aguantando las ganas de tocarla, exacerbando el deseo de hacerla suya. Ella permanecía quieta, inmóvil, sostenida en sus ojos. Se acercó despacio a ella. Sin apenas rozarla, desató el cordón que mantenía unido el cuello bajo del sencillo vestido que llevaba Mariana. Pasó los dedos con delicadeza por la redondez de sus hombros, por la piel blanca de su escote. La joven empezó a respirar pesadamente, como si le faltase el aire. Después, con suma suavidad, bajó las mangas del vestido hasta las muñecas, acariciando con sus dedos los brazos desnudos de la muchacha. Le dio la vuelta con delicadeza para soltarle por la espalda el sencillo corsé que ceñía sus pechos y su cintura. Antes, le apartó el cabello hacia un lado dejando su cuello esbelto al descubierto. Posó sus labios calientes sobre su piel produciéndole escalofríos y recorrió con la lengua su cuello, su oreja. Luchó con los cordones del corsé hasta que consiguió soltarlo con un suspiro profundo, cavernoso. Mariana, aún de espaldas a él, sentía su aliento caer sobre ella, se liberó del corsé con prisa, después se desembarazó de las mangas del vestido, que cayó hasta los pies. Se giró quedando ante el hombre que la mantenía hechizada con sus ojos de océano, estaba a su merced. Hans la observó como si la viera por primera vez. Muy lentamente acercó sus manos morenas, poniéndolas sobre las blancas cumbres de la muchacha y apretó con suavidad sus pezones deseosos. Ambos sintieron una descarga eléctrica. Sus bocas se acercaron entreabiertas, las

respiraciones desbocadas, se fundieron en un beso profundo de lenguas entrelazadas, cada vez más ansioso, más ardiente, más intenso. Ella le desgarró la camisa y le llenó de besos el torso, le acarició los pectorales deslizando sus manos temblorosas hasta el vientre, siguieron bajando audaces hasta hundirse en el centro de su deseo varonil. Hans, al límite de sus fuerzas, la tomó en brazos y la depositó sobre el lecho. Terminó de desnudarla y se desnudó él. Recorrió con las dos manos el cuerpo de espuma de mar de Mariana, desde el cuello hasta los pies. Se volcó sobre ella ansioso por fundirse en su calor y la penetró con un grito de placer. Sus cuerpos se acoplaron como si nunca hubiesen estado separados, fundiéndose el uno en el otro. Se mecían como olas en una marea interminable que no deseaban que terminara nunca. Hans se volvió agua e inundó las entrañas de Mariana, convirtiendo el desierto de su ser en una jungla exuberante de vida.

Hicieron el amor incansablemente durante el resto del día y con la luna como único testigo. Solo tenían hambre y sed de sus cuerpos añorados.

—Creí que el barco se había hundido, a la playa llegó un trozo de mástil, cuerdas, maderas —dijo ella recordando su angustia.

—Un rayo partió uno de los palos, tuvimos que cortar las sogas, nos hubiera volcado con el peso y las enormes olas. Te busqué por toda la nave, mi alma murió dejando solo mi cuerpo con vida cuando descubrí que te había tragado el océano.

—Lucas me salvó, no sé cómo, pero fue él. Unos indios nos encontraron en la playa y nos llevaron a su poblado, nos costó meses llegar a Manila.

Pausadamente, en susurros, se fueron contando los detalles insignificantes de sus vidas separadas viviendo con el dolor de la pérdida insuperable de su amor. Mariana le enseñó los documentos de su herencia materna: la casa en Lisboa, plantación azucarera en Brasil, viñas en Madeira, salinas en Setúbal. Pospusieron para el futuro tomar una decisión sobre las propiedades de don Manuel.

En la Mira, otro reencuentro tenía lugar. Roujie vio llegar a su maestro acompañado de un sangley delgado, de ropas raídas y pies descalzos, y unos piratas holandeses. No le reconoció. El lugarteniente de Zheng Zhilong salió a buscar a su maestro al portón de entrada al fuerte.

—Dejadles pasar —ordenó a los piratas apostados en la entrada.

—Maestro, libre al fin —dijo tomándole por los brazos con afecto.

—¿Cómo podría responder a tu amistad? —preguntó Gonçalo.

—Ya lo ha hecho, maestro, con su inestimable información. Tenemos que celebrarlo.

Lucas había permanecido en un segundo plano. Observaba a su hermano asombrado del hombre en el que se había convertido, casi le sacaba una cabeza, era también delgado, pero su cuerpo era musculoso, tenía la mirada fiera y emanaba autoridad por todos los poros de la piel, aunque se mostrase sumiso frente a su antiguo maestro. Gonçalo se giró hacia él y le indicó con la mano que se acercara.

Lucas se situó ante Roujie.

—¿Tanto he cambiado que no me reconoces? —le dijo mirándole con ojos sonrientes.

Su hermano le observó, se sentía desafiado, no permitía que ninguno de su pueblo le hablase tan directamente.

—¿Quién eres y de qué te conozco para que oses hablarme así? —los ojos de Roujie indicaban que no le gustaban los acertijos.

—Siempre fuiste el más rebelde de los tres, al menos eso decía padre.

Los ojos de Roujie pasaron del enojo al desconcierto y del desconcierto al asombro en cuestión de segundos.

—Luo... Luo Lan —musitó paseando la mirada por ese rostro envejecido prematuramente—. ¡Luo Lan! —gritó abrazando con fuerza al hombrecillo fibroso.

—¡Mi hermano! ¡Mi hermano! —gritó entrando con él al fuerte y anunciando a su banda de piratas la buena nueva.

Todos se acercaron a conocer al hermano del jefe. Roujie se volvió hacia Gonçalo, que les había seguido al interior del fuerte. Tomé, Rui y Keled, viendo el recibimiento de los piratas chinos, volvieron al fuerte principal.

—Todo lo que necesite, maestro, le estaré agradecido el resto de mis días. Vamos a celebrarlo —dijo en voz alta para que todos lo oyeran—. Verás cuando padre y madre te vean, se les va a alegrar el alma, hermano —dijo a Lucas.

—¿Están vivos? El parrián de Manila se quemó, me dijeron que murieron todos.

—Madre y padre escaparon a tiempo.

—¿Dónde están?

—En Batavia, pronto nos reuniremos con ellos, muy pronto, hermano.

Sobre la cubierta de la Reina Ester, Gonçalo vio alejarse la costa de isla Hermosa con sentimientos encontrados. Era libre al fin de una condena injusta, pero había pasado seis años en ese lugar y no todo había sido negativo: la amistad con el padre Quirós, su reencuentro con Roujie, su afecto maduro por su esposa taparri, el nacimiento de su hijo, la llegada de Mariana y Lucas. A su lado, Inés se agarraba con fuerza a su mano para aguantar las ganas de echarse al agua y nadar de vuelta a la tierra de sus ancestros. Había tenido que elegir entre su pasado y su futuro, sabía que Gonçalo quería llevarse al niño con él y ella no podía impedirselo. Al final, su afecto por ellos había sido más fuerte que su pertenencia a la tierra que la vio nacer. Su hijo correteaba entre los marineros perseguido por su medio hermana, sus risas se mezclaban con el rumor de las olas.

Lucas había zarpado días antes en el sampán de su hermano con el mismo destino. Al fin se había reencontrado con sus padres. Su madre, Meilin, había derramado abundantes lágrimas, y su padre había necesitado sentarse para no desmayarse de la emoción. Roujie le había prevenido de que habían envejecido mucho, pero él estaba tan contento que ni cuenta se dio, volvían a ser una familia unida. Él tampoco les contó el destino de su hermano mayor, prefirió mantener viva su esperanza de que algún día volverían a verle.

Una semana después anclaban en Batavia. Roujie esperaba la llegada de la Reina Ester para conducir a su maestro a su nueva casa, recién adquirida, y proveerle de todo lo necesario para su nueva vida, cumpliendo así con su promesa. Gonçalo se despidió momentáneamente de Mariana para conducir a su familia a su nuevo hogar, mientras ella esperaba para bajar a tierra con Hans.

Le gustó que la ciudad estuviese rodeada de mar, miraba a su alrededor mientras se deslizaban por las aguas tranquilas de los canales. Hans, sentado frente a ella, irradiaba felicidad, ella lo miraba todo y volvía a sus ojos azules, él sólo la contemplaba a ella, le encantaba ver cómo cambiaba su expresión al descubrir cosas nuevas.

Roberto Guzmán de Cáceres creyó ver un espejismo cuando vio pasar la falúa por delante de donde él se encontraba con la mujer de rostro luminoso y cabellera en cascada que le había dejado una honda huella en la memoria. Un año atrás, Tradenius se había disculpado diciendo que había desaparecido sin dejar rastro y quiso devolverle el dinero de la adquisición, se sentía responsable de su pérdida, lo cual él rechazó, pues quería mantener sus derechos sobre ella si lograba encontrarla. Y allí estaba, misteriosamente, alejándose, adentrándose en la ciudad. Caminó con paso acelerado en pos de la barca. Cuando paró frente a una casa de paredes color ocre, la observó escondido en la esquina de un edificio del otro lado del canal. Había cambiado mucho en ese periodo, le pareció que no quedaba rastro de dolor en su rostro, todo lo contrario, su belleza era luminosa, su sonrisa brillaba sobre su cara y sus ojos expresaban alegría. Un hombre la tomaba de la mano y la conducía hasta el interior de la casa, atravesando un jardín delantero. Era alto y fuerte, pero no pudo verle la cara desde su posición. Detrás de ellos caminaba otro hombre de tez morena y frondosa barba. Esperó. Nadie iba a quedarse con lo que era suyo.

Mientras Keled se encargaba de adecentar la casa, abriendo ventanas, destapando muebles, colocando las provisiones que habían cargado en la falúa, Hans condujo a Mariana a la segunda planta para mostrarle la casa, aunque lo que de verdad quería mostrarle era la alcoba en la que iban a amarse hasta la extenuación.

Ella entró y se dirigió a abrir las ventanas, la luz inundó el espacio, una gran cama con dosel ocupaba un tercio de la habitación. Hans cerró la puerta tras de sí.

—Capitán Van der Meer, eres... —él la calló con un apasionado beso—. Ahora no, Keled está abajo —dijo Mariana ruborizándose.

—Le he mandado a comprar algunas cosas, estamos solos —le susurró al oído.

Hicieron el amor sin prisas, como si el mundo no existiese del otro lado de la puerta. Se besaron, se lamieron, se acariciaron eternamente como si no conociesen ya cada centímetro de piel; como si fuese la primera vez, volvieron a sentir el sorprendente éxtasis de un deseo largamente contenido, de un cuerpo ansiado hasta la locura. Desnudos, con las piernas entrelazadas, la cabeza de Mariana descansando sobre el pecho de Hans, escuchaba su respiración que iba serenándose después del despliegue de pasión al ritmo de

sus tiernas caricias. Él envolvía con su brazo la cintura de la joven y le acariciaba el cabello derramado sobre su espalda.

—Hay algo que no te he contado aún —le confesó ella.

—¿Ah sí? ¿Es sobre tu herencia?

—No exactamente, no sé si contártelo.

—¿Por qué no habrías de hacerlo?

—Porque soy tan feliz que quiero quedarme aquí toda la vida, sin moverme, así, pegada a tu cuerpo, y sé que si te lo digo...

—¿Cómo puedo convencerte de que soy digno de confianza? —dijo lanzándose sobre sus labios jugosos para mordisquearlos, atraparlos en su boca y volverla loca con sus besos.

—Me has convencido —dijo ella jadeando de nuevo—. Sé dónde se esconde un tesoro.

—¡Un tesoro! —dijo incorporándose de un salto.

—¿Ves cómo te conozco? No me mires así, con esos ojos de corsario ambicioso.

Él se tumbó de nuevo a su lado.

—Así que un tesoro. No sé por qué habría de interesarme —dijo soltando una sonora carcajada.

—Si no te interesa, no te digo dónde está —dijo ella con una sonrisa pícaro en los labios.

—Eres mi prisionera, tengo un método infalible para sonsacar secretos —sus ojos turquesa brillaron con malicia, la rodeó con sus brazos y la apretó contra su pecho.

—Decidme, ¿habéis usado ese método infalible muy a menudo con otras... prisioneras?

—¿Cómo sabría si no que funciona? —volvió a reír.

Mariana quiso replicar, pero no encontró forma de librarse de sus labios expertos que la enloquecían. Se entregó a él y dejó que entre suspiros y jadeos le sonsacara su secreto.

Unos golpes les sacaron del apacible sueño al que se había rendido tras el amor. Se oyó la voz de Keled del otro lado de la puerta, pasaba algo en el puerto con la mercancía de la Reina Ester. Hans se vistió deprisa, dio un beso a Mariana y salió de la alcoba. Ella permaneció acostada recordando las caricias salidas de sus dedos, sentía un maravilloso dolor en todo el cuerpo. Cansada de descansar se levantó, se aseó y se cambió de ropa. Keled había dejado un arcón lleno de vestidos al lado de la puerta. Se asomó a la ventana

canturreando. Le pareció escuchar unos golpes. Bajó a la planta primera y recorrió la casa, de nuevo los golpes. Se acercó a la puerta y abrió pensando que era Hans.

—Te he extrañado —dijo.

—Yo a vos también —contestó Robin el Rápido entrando a la casa.

Su sonrisa se esfumó al comprender su error.

—Disculpe, pensé que era otra persona.

—Vaya, ¡qué desilusión! Si no te hubieses escapado, tal vez podrían ser ciertas esas palabras, yo estaba dispuesto a que así fuera.

Mariana no lograba entender de dónde conocía a ese joven tan elegantemente vestido.

—No entiendo a qué se refiere.

—Compré tu libertad a un moro que asesinó a alguien querido para ti y que te había llevado como captura a Orange.

Los ojos de Mariana se tornaron oscuros recordando el asesinato de Álvaro.

—Ah, sois vos. ¿Qué queréis?

—Me perteneces Mariana, voy a llevarte conmigo —dijo acercándose a ella y agarrándola por el brazo.

La joven forcejeó intentando soltarse, pero desistió al ver la pistola que sostenía ese hombre.

—Te vas a portar bien y me vas a acompañar —dijo arrastrándola fuera de la casa, a través del jardín.

Caminó con prisa llevándola fuertemente asida por el brazo, Mariana miraba a su alrededor intentando recordar el camino de vuelta, buscaba desesperadamente el rostro de Hans entre la gente con la que se cruzaban. Keled se chocó con ellos de camino a la casa, fue un solo un instante. Roberto caminaba deprisa arrastrando a la joven y Mariana abrió muchos los ojos al verle intentando hacerle entender que no debía enfrentarse solo a ese hombre. El jolonés reconoció al corsario y les siguió a escasos pasos de distancia. Finalmente, después de dar varias vueltas, entraron a una casa. Keled salió corriendo en busca de Hans.

—Bienvenida a tu nuevo hogar —dijo entrando al zaguán y soltándole el brazo.

—Yo no os pertenezco, ¿qué os habéis creído? —le dijo.

—Hijo, ¿sois vos? —dijo Nilda acercándose a la puerta.

—Madre, volved a la sala —dijo acercándose a ella y dándole un beso en la mejilla.

—¿Quién es esa joven?

—Es una... —esclava, iba a decir, pero la mirada furibunda de Mariana le hizo cambiar de opinión—, es una dama de compañía nueva.

—Pero hijo, yo no necesito a nadie más, Lucía es una excelente amiga.

—Dejad de llamarla así, madre, se llama Leonor.

Nilda pareció no escuchar a su hijo, se acercó a la joven y la observó de cerca.

—Eres muy bonita, en fin, si no tienes a dónde ir, puedes quedarte aquí —dijo.

A Mariana le resultó una mujer muy dulce, le dio pena decirle lo miserable que era su hijo.

—Nilda, ¿qué haces ahí? Estamos descuidando a nuestra visita —dijo Lucía, que había acudido en su busca.

—Ah, Roberto, es usted. ¿Y quién esa muchacha? —dijo señalando a Mariana.

—Es una nueva dama de compañía —le explicó Nilda.

Roberto asintió.

—Ven, querida, acompáñanos a tomar el té, hemos dejado sola a una amiga que ha venido a visitarnos, la pobre perdió a su esposo de fiebres hace unos meses, las cosas del Señor, ha quedado viuda con dos niños pequeños —dijo tomando a Nilda del brazo para conducirla de nuevo a la sala.

Mariana se acercó a Roberto y le susurró:

—No podrás retenerme, y cuando...

—¿Vienes, querida? —se oyó la voz de Lucía llamándola.

Mariana dedicó una última mirada de desdén a su captor y fue detrás de las mujeres, seguida de cerca por el corsario, que no pensaba perderla de vista. Aún no se había planteado cómo defendería sus derechos de propietario si el hombre que había visto acompañándola la reclamaba para él.

En la sala, la joven viuda permanecía sentada en el diván sorbiendo de una taza de porcelana china.

—Disculpa, ya sabes cómo es Nilda —dijo Lucía al entrar.

La mujer giró el rostro hacia la puerta y se incorporó.

—Creo que no conoces a Roberto Guzmán de Cáceres, el hijo de Nilda.

La joven se aproximó despacio, pero no hacia el hombre gallardo que había entrado con sus amigas, sino hacia la muchacha de cabello rebelde que

la miraba con los mismos ojos sorprendidos que los suyos.

—¿Mariana? —susurró.

—¡María Jimena! —exclamó ella.

Las dos jóvenes se abrazaron riendo y llorando a un tiempo ante la mirada atónita de las damas y el corsario. Cuando agotaron la sorpresa y se apagaron los comentarios sobre su atuendo, su pelo, sobre la razón de estar ahí brevemente narrada, María Jimena se giró hacia los testigos de tan casual encuentro.

—Mariana y yo somos amigas de la infancia, crecimos en Sevilla. Nuestras familias están muy unidas —dijo sin poder ocultar la tristeza que le producía pensar en sus padres y sus hermanos.

—¡Cuánto me alegro de tan grata coincidencia! —aplaudió Nilda como una niña.

—Es verdaderamente una coincidencia —comentó Lucía.

María Jimena se giró entonces hacia Roberto.

—Disculpe mi mala educación, ha sido demasiado emocionante volver a ver a mi querida amiga —dijo ofreciéndole la mano.

—No tiene de qué disculparse —respondió el corsario, besando educadamente la mano de la dama.

Se oyeron unos fuertes golpes en la puerta, Roberto se llevó la mano al cinto y la apoyó disimuladamente en la empuñadura de la pistola.

—¿Quién será ahora? —preguntó Nilda.

Como un huracán, Hans Van der Meer irrumpió en la casa dando gritos.

—¿Dónde está mi mujer?!

Mariana, al escucharle, quiso ir a su encuentro, pero Roberto la sujetó por el brazo.

—Si te mueves, es hombre muerto —le susurró.

Hans entró en la sala hecho una furia, seguido por Tomé, Rui y Keled armados hasta los dientes. El mayordomo balinés que había abierto la puerta a los piratas intentaba por todos los medios abrirse paso para llegar hasta su señor.

—¡Tú! ¡Miserable! ¿Cómo te atreves a raptar a mi esposa?

Roberto alzó el arma apuntando al pecho de su eterno rival, sorprendido de descubrir en él al hombre que acompañaba a Mariana en la barca, mientras con la otra mano mantenía a su presa agarrada.

—No, no... ella es mía, yo la compré, es de mi propiedad.

—Te voy a arrancar la piel con mis propias manos.

Roberto vio a su sirviente azorado pidiendo disculpas.

—Ve a llamar a la guardia, rápido —le ordenó.

—No vas a llamar a nadie —le aseguró Keled colocándole el cuchillo sobre el gaznate—. Es tiempo de que resuelvan sus desavenencias de una vez por todas.

—¡Suéltala, Roberto! —gritó Hans. Era una orden, una amenaza.

El corsario apuntaba la pistola de Hans a Mariana, de Mariana a Hans.

—¡Es mía, es mía, yo la compré a un comerciante, Tradenius, el gobernador de Orange, fue testigo de la transacción, te llevaré ante el tribunal por ladrón! —gritaba.

—Mariana y yo nos conocimos hace tres años en Lisboa, nos casamos un año después en Nueva España. No tienes ningún derecho sobre ella.

—No puede ser, es mía, siempre me arrebatas lo que es mío —repetía con desesperación.

Hans no se había percatado de la presencia de las otras mujeres que miraban asombradas la escena. Lucía se había acercado despacio intentando contener la emoción que la embargaba. Se colocó delante de Hans, frente a la pistola extendida de su enemigo, dándole la espalda.

—Leonor, apartaos —le ordenó el corsario enloquecido.

—Roberto, dame la pistola —dijo Lucía extendiendo la mano hacia él.

—¡Apartaos, he dicho! ¡Esto no os incumbe!

—Claro que me incumbe, no voy a permitir que mates a mi hijo —dijo con voz firme y serena.

—¿Vuestro hijo? —exclamó Robin el Rápido.

Hans pensó estar soñando al escuchar la voz inconfundible de su madre. Se había sentido arrastrado por una marea de recuerdos.

—Soy Lucía, esposa de Saúl Marín. Juan es mi hijo, crecisteis juntos, erais amigos de chicos, Nilda y yo seguimos siendo buenas amigas —dijo dedicándole una sonrisa a la mujer que no entendía aún por qué su hijo apuntaba con un arma a su querida Lucía—. ¿Por qué ese odio tan enconado, Roberto?

—¡Él... él mató a mi hermana! —aulló Roberto.

—No, Roberto, Juan no tuvo nada que ver con la muerte de Fabiana.

—Sí, ella necesitaba verle para sanarse, ella me lo dijo, Juan era su única esperanza, ella me lo dijo —repitió—, pero él no acudió a su llamada. Podría haberse curado, ella era tan buena, tan frágil, si tan solo... ¡Pero no!

¡Él la mató con su indiferencia! —dijo agarrando con más fuerza el arma—. ¡Apartaos!

—Roberto, Fabiana fue testigo del asesinato de tu padre, yo también estaba allí. Bento Osorio mató a tu padre, fue él y no mi hijo al que debes culpar de la muerte de Fabiana. Sufrió una impresión muy fuerte, era una niña delicada, su corazón no pudo soportarlo —no le dijo que pensaba que fue envenenada, porque de eso no tenía pruebas.

—¿De qué habláis?

—Tu padre, Roberto, descubrió los negocios turbios de Osorio, le chantajeó durante un tiempo, pero se cansó de verse envuelto con ese tipo y amenazó con denunciarle si no se marchaba de la comunidad. Le rajó el cuello frente a su hija, sin miramientos, yo fui testigo casual del asesinato, pero no pude dejar sola a Fabiana, corrí a abrazarla y la llevé a casa. Osorio me esperó, amenazó con matar a mi familia si no desaparecía esa misma noche.

Roberto hacía rato que había bajado el arma y escuchaba desolado la confesión de Lucía. Ella se giró hacia su hijo:

—Solo quise protegerte, Juan. No te abandoné, mi niño —dijo acariciándole la cara.

—¡Madre! —Hans se abrazó a ella volviendo a ser un muchacho de quince años.

—¡Ay, querida! No he entendido nada de lo que has dicho, ¿puedes repetirlo? —dijo Nilda, que se había acercado también hasta ellos.

Hans y Lucía se separaron al escucharla. El corsario se acercó a Mariana y la envolvió contra su pecho, la besó con desesperación. Roberto se había derrumbado en el suelo sin fuerza.

—¿Quién es este joven tan guapo? —preguntó Nilda a Lucía.

—Es Juan, mi hijo.

—Muchacho, al fin vienes a visitarnos. ¡Qué alegría, Lucía! Ya estamos todos juntos, seguro que en breve llega Glaúcio. ¿Y ha dicho que esta muchacha tan hermosa es su esposa?

—Eso ha dicho, Nilda —confirmó Lucía.

—Hacen una bonita pareja —dijo dedicando una sonrisa la dama.

Lucía dio un abrazo a Mariana y volvió a besar sonoramente a su hijo en las dos mejillas. Tomé, que había permanecido en un segundo plano, se acercó a ella.

—Doña Lucía, ¿os acordáis de mí?

—¡Tomé, hijo! —dijo dándole un abrazo—. ¡Estás hecho un hombre!

Hans también le presentó a Rui y a Keled.

María Jimena se sintió muy conmovida por la desesperación y la tristeza de Roberto y se arrodilló junto a él. Le levantó el mentón con dulzura para que la mirara a los ojos. Le sonrió.

—Sería tan amable de acompañarme a dar un paseo, me siento un poco aturdida.

Él se alzó del suelo anclado a su delicada mano, no quiso mirar en derredor, se sentía avergonzado de su demostración de debilidad, de que Hans Van der Meer hubiera salido vencedor de nuevo. Fijó su mirada en ella y se dejó conducir hasta la salida.

Después de disfrutar de la alegría del reencuentro, Hans volvió a casa con Mariana. Lucía no quiso irse a vivir con ellos, les dijo que quería permanecer junto a Nilda cuidando de ella hasta el final.

Pasaron los días en una calma dichosa. Los esposos retozaban el día entero y a la caída de la tarde salían a dar un paseo por la ciudad o hacían excursiones a caballo. Mariana había descubierto con un grito de alegría a Valerosa en las caballerizas de la casa, volvieron a retarse en un duelo de monturas, ella sobre su yegua y Hans montando a Palache. También visitaban a sus padres. Gonçalo y Lucía se habían caído muy bien y no era raro verles juntos, a uno en casa del otro. Los amigos de Hans disfrutaban de las mujeres y el buen vino en las tabernas del puerto esperando con tranquilidad su próxima misión. Van Niemen había recibido las noticias de Hans sobre la caída de San Salvador con algarabía y había organizado una fiesta para esa noche en el castillo de Batavia. Toda la ciudad se había acercado a festejar el triunfo a la gran plaza de la fortaleza. Dentro, en los salones, los miembros de mayor rango de la VOC disfrutaban de la buena comida, del vino en abundancia y del baile.

Mariana y María Jimena se saludaron con afecto al encontrarse en los alrededores del castillo. Se habían visto todos los días desde su reencuentro y nunca habían sido tan amigas como ahora que podían ser completamente sinceras la una con la otra. María Jimena, a pesar del luto, había accedido a acompañar a Roberto a la fiesta, entre ellos empezaba a nacer un tímido amor que se fortalecía con los días.

—Podemos hablar un momento —dijo Hans a Robin el Rápido aprovechando que sus mujeres estaban entretenidas charlando entre ellas.

Roberto asintió y se apartaron un poco del parloteo de Mariana y María Jimena.

—Me siento mal asistiendo a un baile que celebra la victoria sobre nuestra patria —le confesó María Jimena—. Yo no he podido olvidar quién soy, a pesar de haber vivido entre enemigos de España todos estos años y a pesar de que mis hijos tenga sangre holandesa.

—Sí, te entiendo, pero creo que para esos hombres destacados en isla Hermosa ha sido una liberación, vivían muy precariamente, sin apoyo ni recursos.

Pensó también en su padre, que seguiría preso de no haber sido por el ataque holandés.

—He oído que van a traerlos a Batavia prisioneros, pediré a Hans que interceda por ellos ante el gobernador para que sean tratados con consideración y para que pronto sean liberados. Esta noche nosotras no celebramos la victoria de los holandeses, celebramos el renacer de nuestra amistad —le respondió Mariana.

—Quiero que sepas que ese malnacido pagará por sus crímenes —le aseguró Hans.

—De eso me ocuparé yo en persona, se lo debo a mi padre —dijo Roberto.

—Cuenta conmigo para lo que necesites, es un tipo peligroso y muy poderoso.

—Te lo agradezco, pero es una cuestión de honor —le aseguró Guzmán de Cáceres.

—Está bien, espero que no me guardes rencor ahora.

—No, mi odio estaba mal enfocado, fui injusto al convertirme en su destinatario.

—¿Duarte trabajaba para ti?

—Duarte trabajaba para Abraham Cohen, pero también le pasaba información sobre ti a Osorio por unas monedas de plata. Después, la sociedad descubrió que Cohen se vendía al mejor postor y me mandaron tras Duarte para averiguar en qué andaban, le perdí la pista en el Caribe y no hemos vuelto a saber de él. Creo que Cohen tenía un asunto personal contra ti, intuyo que era por Rebecca.

—Vamos —les interrumpió Mariana—, seguro que el baile ya ha empezado —dijo tirando de su esposo.

Esa noche también celebraba la vida junto al hombre que amaba.

Una madrugada yacían enredados en las sábanas de lino. Mariana dormitaba abrazada al cuerpo de Hans. Él permanecía con la vista puesta en lo alto, su mente viajaba lejos, al Caribe, una bahía, una selva tropical. La joven podía sentir su desvelo. Abrió los ojos y buscó su mirada.

—¿No puedes dormir? —le preguntó en un susurro.

—Pienso —respondió él.

Ella se incorporó ligeramente, podía leerle la mente.

—Piensas en...

—Pienso en ese tesoro, ¿seguirá allí? —dijo sonriendo.

Mariana le tomó la cara entre las manos y le besó con ternura.

—Pertenece a mi padre y él quiere que se quede donde está, si es que aún está donde él lo dejó.

—¿Será muy valioso?

—Que más da, no necesitamos más riquezas, la venta de las plantaciones en Brasil nos ha convertido en personas muy adineradas, y además, los otros negocios de mi abuelo dan muy buenos réditos. Y tú también has acumulado un buen caudal. Riqueza no, no es eso lo que no te deja dormir.

—No, no es eso.

—Es el riesgo, el desafío, lo que echas de menos.

Él la besó con pasión. Aspiró con fuerza el aroma a jazmines de sus sedosos cabellos, su alma era un espejo diáfano para los ojos de Mariana.

—No necesitas buscar desafíos lejos de aquí, pronto vamos a tener que enfrentarnos juntos a un nuevo desafío, capitán —dijo enigmática acercándose a su oído—. Nuestro amor llena mis entrañas de vida.

La mirada del corsario expresaba una marea de emociones: estupor, alegría, temor, locura. Mariana vio sus ojos desbordarse sobre ella y se dejó arrastrar por el delirio de sus iris azules, ya no tenía miedo de ese amor infinito como el océano; misterioso, emocionante y profundo, como el océano.

Epílogo

En Batavia, 1645.

Madre, prometí responder con premura cada carta vuestra y aquí estoy sentada con pluma en mano dispuesta a cumplir puntualmente mi promesa. No, madre, nunca más volveré a descuidar la comunicación entre nosotras.

Me apena saber que mi querida bisabuela ha fallecido, Dios la tenga es su Gloria. Doña Ramona era sabia, no me sorprende saber que sus últimas palabras fueran «Bendita la muerte cuando viene después de buen vivir».

Siento que padre no se encuentre bien de salud, siempre fue muy testarudo, comprendo que con la edad se haya vuelto más difícil y os cueste conseguir que siga vuestros consejos. Tenedle paciencia, solo quiere reconstruir lo que perdió en aquella arriesgada transacción por fiarse de Vincent Audenarden. Me alegra enormemente que la muerte de Álvaro haya facilitado al menos la reconciliación de padre y don Sancho.

Dadle un abrazo fuerte a mi querida Vidonia, me parece increíble que esté a punto de traer al mundo a su tercer vástago junto a Salvador. Hablando de vástagos, María Jimena ha dado luz hace poco también a su tercer hijo, ella y su esposo Roberto se encuentran muy felices con la llegada de su primer hijo en común, aunque Roberto tiene mucho cariño a sus otros dos hijos, Alma María y Vincent Javier. María Jimena os agradece enormemente que hayáis intercedido para que sus padres la perdonen, pues recibió una carta muy emotiva de doña Eleonora.

No os preocupéis por mí, estoy muy bien atendida por mi suegra y por la vieja María, que nos va a enterrar a todos con su fortaleza y alegría. Nuestro pequeño Álvaro crece sano y fuerte, y ya muestra signos preocupantes de fascinación por el océano, como su padre. La pequeña Catarina —sí, madre, estáis en lo cierto, a Isabel le habría gustado saber que su nieta se llama como ella me puso a mí—, decía, la pequeña Catarina tiene unos pulmones potentes, tal vez haya sacado mi voz.

El negocio carpintero de Gonçalo está muy consolidado en la ciudad, y aunque no puede ocultar el poso de tristeza por la pérdida de Isabel, me

atrevo a decir que se empeña en ser feliz y aprovechar esta segunda oportunidad que la vida le ha dado.

Qué os voy a contar de mi esposo, al que adoro con toda el alma. En vez de sangre tiene agua en las venas, no consigo que deje a su eterna amante, la Reina Ester, sigue navegando a lo largo y ancho de estos mares. Estoy intentando convencerle de que en pocos años podamos hacernos cargo personalmente de alguno de los negocios que dejó mi abuelo Manuel.

Dadle un abrazo a doña Justa de mi parte, si se deja. Os envío todo mi amor.

Mariana

Sobre la autora

Constanza Chesnott nació en Madrid, España, en 1978. Estudió Derecho y ejerció varios años la abogacía. Es Master of Laws por la National University of Singapore y MBA por la Durham University Business School. Desde 2005 reside en China con su marido y sus tres hijos, donde compagina su pasión por la historia y la escritura con clases en la Universidad y la asesoría a empresas en sus inversiones en el gigante asiático.

Agradecimientos

A mi marido, por que de él fue la idea de que empezara a escribir. Por el destino que compartimos. Por darme lo todo, lo bueno y lo malo.

A mis hijos, los más entusiastas, a ellos quiero enseñarles con esta novela un poquito de la historia de la patria que no conocen.

A mi tía Paloma, mi segunda madre, por sus cuidados y atenciones, por las lecturas que compartimos. Porque imaginé esta historia pensando en lo que a ella le gusta leer.

A Germán y a Ignacio por su ayuda en la documentación de la novela, por su generosidad en los libros que me regalaron.

A Nuria Ochoa por sus oportunas correcciones, por ayudarme a pulir el texto definitivo.

A mi equipo de lanzamiento, por apoyarme y ayudarme a promocionar tanto esfuerzo. Sois los mejores (por orden alfabético): Amanda Cámara, Alicia Pérez, Bárbara García, Cristian Cámara, Emilia Sánchez, Irene López, Iris Bruzzone, Isabel Castells, Isabel Sánchez, Maite Casado, María García, Paloma Cámara, Salomé Limón y Soledad Outes.

A mis lectores, por su contribución a un futuro como escritora.

Notas

* *Fleets, Relief Ships and Trade, Communications between Manila and Jilong, 1626-1642*, José Eugenio Borao Mateo.

** Correspondencia histórica. La carta aparece recogida en la obra de Campbell *Formosa under the Dutch*, tomada de los archivos holandeses. Traducción del historiador español José María Álvarez, mencionada en la obra de José Eugenio Borao *Spaniards in Taiwan* (2001-2002).

*** Correspondencia histórica. La carta aparece recogida en la obra de Campbell *Formosa under the Dutch*, tomada de los archivos holandeses. Traducción del historiador español José María Álvarez, mencionada en la obra de José Eugenio Borao *Spaniards in Taiwan* (2001-2002).

Nota

[1] West-Indische Compagnie

Nota

[2] Vereenigde Oost-Indische Compagnie (VOC)

Nota

[3] Vereenigde Oost-Indische Compagnie (VOC)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual

© Constanza Chesnott, 2017. Todos los derechos reservados.

Primera edición en libro electrónico: junio de 2017

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.